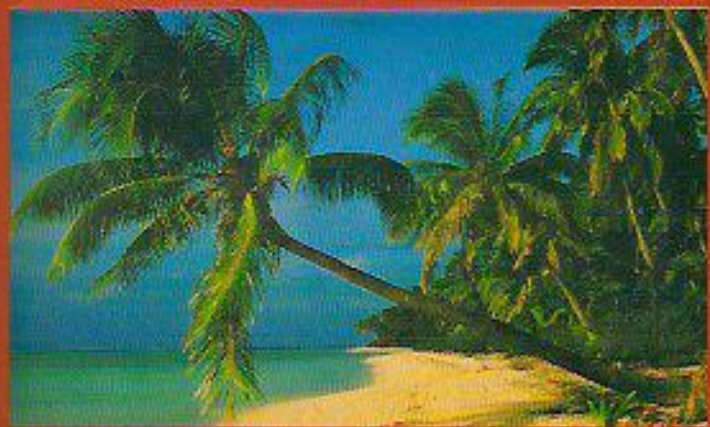


JAMES A.  
MICHENER



CARIBE

libros  Tauro  
[www.LibrosTauro.com.ar](http://www.LibrosTauro.com.ar)

# I

## UN SETO DE CROTÓN

El principal personaje de esta narración es el Caribe, uno de los mares más majestuosos del mundo, rara joya entre los océanos, demarcado por numerosas islas que forman una cadena de bellas gemas al norte y al este. Aunque limitado hacia el sur y el oeste por dos continentes, son las islas las que dan al Caribe su encanto inigualable. En el norte, se encuentran Puerto Rico, La Española (Haití y República Dominicana) y Cuba. Al oeste, pequeñas islas paradisíacas que motean artísticamente las olas azules: Antigua, Guadalupe, Martinica, Todos los Santos, Trinidad y Barbados, entre otras. La costa sur está formada por Venezuela, Colombia y Panamá. Con frecuencia se pasa por alto la costa occidental; donde se hallan Costa Rica, Nicaragua y Honduras, y la misteriosa península de Yucatán, donde florecieron los antiguos mayas.

El Caribe, cuya amplitud supera los tres mil kilómetros entre Barbados y Yucatán, no incluye las islas Bahamas ni la península de Florida, pero sí, cerca del centro, una isla que asumió, a intervalos, más importancia que la mayoría de las otras: Jamaica, con una turbulenta historia.

En los siglos siguientes a su descubrimiento por parte de Colón, en 1492, el Caribe fue dominado por naciones europeas fascinadas por su riqueza, su encanto y su situación estratégica para la guerra naval. España, Holanda, Inglaterra, Francia y, por breves perradas, Dinamarca y Suecia, influyeron en el destino del Caribe, hasta tal punto que en algunos momentos parecía que éste no estuviera determinado por las acciones desarrolladas en el área, sino por lo que ocurría en Europa. A su vez (y esto se convirtió en un factor crucial para la historia del mundo), los destinos europeos se decidieron con frecuencia en las grandes batallas navales que tuvieron lugar en el Caribe, especialmente entre las flotas de España, Holanda, Inglaterra y Francia.

Pero conviene no olvidar en ningún momento un aspecto importante de este mar y sus islas, la población de la zona se compondría en su mayor parte de esclavos negros, llegados de África en tal cantidad que con el tiempo, superaron en número a todos los otros grupos juntos y, finalmente, se hicieron también con el poder. Muchas de las islas llegarían a ser repúblicas negras, donde personas de esta raza ocuparían los cargos principales, tales como el de gobernador general, primer ministro o jefe de policía.

En el siglo XIX, llegó de la India una oleada de emigrantes hindúes y musulmanes que introdujeron influencias únicas, dando aún más colorido a ciertas

islas y regiones. En décadas más recientes, numerosos, empresarios procedentes en su mayoría de Canadá y Estados Unidos han acudido para invertir inteligencia y dinero en un esfuerzo por convertir: las islas en paraísos turísticos y centros bancarios internacionales.

Con frecuencia se llama erróneamente al Caribe «el Mediterráneo de América». En un sentido estrictamente geográfico, la comparación es adecuada. Los dos mares están delimitados por tierra y son casi idénticos en cuanto al tamaño: el Mediterráneo tiene 2.519.660 kilómetros cuadrados; el Caribe, 2.525.640. Y así mismo ambos han tenido gran importancia histórica. Pero ahí terminan las similitudes entre uno y otro. Las tierras que bordean el Mediterráneo han sido cuna de muchas civilizaciones sobresalientes y de tres grandes religiones, mientras que la única civilización indígena importante establecida en la zona antillana fue la maya, en Yucatán, que ya casi había desaparecido cuando llegaron los conquistadores europeos.

En cambio, lo que el Caribe sí proporcionó con generosidad .. fue un mar de celestial belleza, un conjunto de islas sin igual y una variada serie de pobladores; en resumen, nunca le han faltado diversidad ni encanto. Pero era, ante todo; el escenario de una de las manifestaciones más violentas de la naturaleza: los grandes huracanes que se gestaban misteriosamente en las costas de África y llegaban rugiendo a través del Atlántico Sur, con demoníaca furia. Cada verano, estos monstruos. se desbocaban entre las islas, y si bien a veces no tocaban siquiera la tierra, en otras ocasiones lo asolaban todo, derribando palmeras, arrancando casas y provocando cientos de víctimas humanas. Los huracanes seguían un curso prefijado. Rara vez atacaban muy al sur, en Trinidad o Cartagena, y sólo de vez en cuando se desviaban hacia el norte llegando a las Bermudas; pero Barbados y Jamaica recibían estas visitas una vez cada década, por lo menos, y algunas islas más pequeñas eran devastadas aún con mayor frecuencia. Las soleadas playas de arena blanca y cristalinas. aguas azuladas son la gloria del Caribe; los huracanes, su infierno.

Mas, a pesar de la magnificencia de este mar, los relatos sobre las vicisitudes humanas deben centrarse en el disperso territorio insular, tal como en el resto del mundo la historia se concentra en los continentes poblados. No tenemos tiempo ni espacio para ocuparnos de todas las islas, y aunque cada una de ellas merecería ser tratada aparte, sólo visitaremos en detalle algo más de una docena. En el proceso, tendremos ocasión de conocer muy diversas civilizaciones, dominadas por varios países -España, Holanda, Inglaterra, Francia, Dinamarca, Estados Unidos- y por pueblos que no tuvieron relación alguna con Europa -los arawak, los caribes, los mayas, y los originarios de Africa y de Indias Orientales. El que vamos a inspeccionar es un rico tapiz.

La historia se inicia en el año 1310, en una isla que más adelante se llamaría Dominica, situada en, medio del arco oriental.

Tiwani sospechó que podía haber dificultades en cuanto supo que unos extranjeros se habían asentado al otro lado de la isla. Quien le transmitió esta perturbadora noticia era una de los hombres más dignos de crédito de la colonia arawak, su compañero Bakamu, que en una de sus interesantes andanzas había visto las tres extrañas canoas desde lo alto de una colina, donde cavaba en busca de un agutí. Las canoas eran mucho más grandes que las conocidas en la isla; sus tripulantes, más altos y de piel más oscura... .

Olvidándose del agutí, que había hecho una madriguera más profunda de lo habitual, Bakamu volvió a cruzar la isla a toda carrera, bajo las ramas de los altos árboles arracimados que cubrían las colinas, para gritar a su mujer:

-Han venido.

Esas palabras resumían un mundo de misterio y aprensión, pues nunca antes habían llegado desconocidos a la isla y tampoco podía él haber previsto su llegada, ni saber siquiera que existiesen. Pero Bakamu no era un hombre corriente, tal como lo atestiguaba su nombre, que significaba «el que ha luchado por volver», y lo tenía bien ganado.

Siendo joven, cuando aún llevaba su nombre de nacimiento, Marabul había ahuecado un enorme tronco para fabricarse una sólida canoa. En ella remó con valentía hasta otras islas del Caribe, desconocidas hasta entonces. Fue hacia el norte; por el mar abierto, hasta la isla que, siglos después de su muerte, se llamaría Guadalupe; después, navegando hacia el sur, llegó a Martinica. Descubrió así que su pequeña isla se encontraba entre dos más grandes, que parecían deshabitadas.

Había cavilado mucho sobre el misterio de que su pequeña isla estuviera habitada, mientras que sus vecinas; más grandes, no lo estaban. Pero no halló respuesta y no discutió el tema con nadie. Guardó silencio aun después de llevar a Tiwani como esposa al refugio que había construido para los dos. Ella es muy sabia, pensó, y algún día se lo diré. Pero ahora Bakamu ya estaba al corriente de que su esposa poseía una sabiduría poco común; sabía, mejor que otras mujeres, cuándo plantar la mandioca y los camotes, cómo cultivar el maíz y en qué lugar de la selva se podían buscar zapotes, guabas y, sobre todo, la rica y dulce nuez del acajú. y cuando su marido traía a casa una iguana, una o dos veces al año, ella sabía preparar un gran festín y secar el resto de la carne, conservándola para más adelante.

Las habilidades de Tiwani merecían el respeto de toda la aldea. Juntos, formaban una de las parejas más atractivas del lado de poniente: él, hombre de contextura robusta y reflexivo; ella, un pajarillo pardo y nervioso que todo lo observaba. Como él demostraba una insólita destreza en todas las actividades físicas -correr, saltar, nadar, jugar-, contaba con el respeto de sus vecinos y, en público, sus palabras eran escuchadas con atención; sin embargo, todos sabían que en el hogar obedecía a su esposa; Los hombres no la

consideraban hermosa, pero la expresión de su cara cuando hablaba ó sonreía ,despertaba una admiración especial cuando caminaban juntos por la playa o cruzando la aldea,

Tiwani con su atavío de vivos colores y Bakamu con un taparrabo rojizo, ella iba siempre delante, como si fuera explorando el camino para él; con ojos rápidos y curiosidad innata. Dondequiera que estuviesen, hicieran lo que hicieran, siempre reían mucho. Para todos era evidente que formaban una pareja feliz.

Era fácil reconocer la vivienda de Bakamu y su esposa. Si bien la choza redonda, hecha con postes de madera, esterillas y barro, se parecía a todas las demás, construidas en círculos, la parcela en la que se erguía estaba delimitada por un gran seto, que relucía cuando la luz del sol daba sobre él.

Al plantarlo; Tiwani sólo había utilizado crotón, una planta tropical que producía en sus hojas, grandes y anchas, una cegadora variedad de colores. Había rojos, amarillos, azules, púrpuras, marrones intensos y cuatro o cinco colores más, todos salpicados con iridiscentes motas de oro: Había plantas que, por alguna razón, tenían las hojas de un solo color; otras, en cambio, presentaban una gran variación; y en algún que otro caso, como en una demostración de versatilidad, la misma planta lucía un solo color claro en la cara superior de cada hoja y otro mucho más oscuro en el anverso.

Un seto de crotón era una continua fuente de sorpresas y alegría, pues cada una de las plantas era en sí un desenfreno. Crecían con disparatada profusión, sin obedecer a una sola de las sensatas leyes que gobiernan a las plantas comunes. Si Tiwani hubiera plantado su seto con cualquiera de las plantas de flores rojas que germinaban en su aldea (las que más adelante se llamarían flores de Pascua, anturios o hibiscos), habría sabido cómo y cuánto se desarrollaría, pues esos arbustos floridos crecían hasta una altura predeterminada, y se apretaban entre sí como gobernados por un solo espíritu benévolo: «Fuiste creado para ser de este modo y así serás, para alegrar la vista de los hombres» ..

Pero el crotón era incontrolable. Una y otra vez Tiwani podaba su seto para darle una altura uniforme. Una mañana descubría que dos de sus plantas habían alzado el vuelo, como aves marinas que abandonaran la bahía para tomar altura. Crecían como arbolitos decididos, hasta quedar tan fuera de toda proporción que ella debía cortarlos, pues ,estropeaban todo el seto. Otras veces ponía en una parte crotones de un mismo color, todos amarillos, por ejemplo, y una vez más crecían a su antojo.

Nadie puede conseguir que una mata de crotón crezca a voluntad de uno; ni respecto del tamaño ni del color ni del aspecto general. Lo más irritante era que alguna planta de belleza especial, que quizá presentaba una combinación de cuatro colores; dejaba súbitamente de crecer hacia arriba y decidía proliferar

hacia los costados tornándose sus hojas aún más grandes a medida, que su forma degeneraba .

Un atardecer, mientras Tiwani cóntemplaba su encantador y rebelde seto de crotón, sentada con su esposo en el esplendor del crepúsculo dijo a Bakamu: Esta planta es la que más se parece a las personas. Puede ser de cualquier manera: alta o baja, de un color o de otro, clara u oscura. No puedes hacer que obedezca, pues vive según sus propias reglas. Pero si dejas que se salga con la suya, puede ser una maravilla. ¡Mira eso!

Y ambos estudiaron un sector del seto donde todas las plantas eran del mismo tamaño y del mismo color, un rojo chispeante ... salvo una, en el centro, que estropeaba todo el conjunto. Era de un llamativo color purpúreo, el doble de alta que las demás, y decidida a seguir creciendo.

-Esa me recuerda a ti: -comentó ella- qué sigues tu camino.

Tenía razón al pensar que Bakamu actuaba según sus propias reglas. Cuando él le reveló, por fin, sus conocimientos de las otras islas que había descubierto, ella le espetó:

-¿Por qué no me lo has dicho antes? ¿No te parece que es lógico? Si nosotros estamos aquí, ¿por qué no puede haber gente en otra parte?. Le propuso muy seriamente ir allí con él, para inspeccionar aquellas tierras con más atención. Pero eso era imposible. Si una mujer tocaba la canoa de Bakamu, que tenía forma de genitales masculinos, él estaba convencido: de que su magia quedaría destruida. Si Tiwani subía a la canoa para hacer un viaje, la exploración acabaría en un desastre, sin duda alguna.

Pero eso ,no impidió que la ágil mente de Tiwani viajara aún más lejos que su marido, y discurrió:

-¿Recuerdas las leyendas, Bakamu? Dicen que vinimos de grandes aguas del sur, desde allá, y que cuando llegamos nos establecimos en el lado del sol naciente, donde las olas eran enormes. Ahí nos pasaron muchas desgracias, hasta que navegamos en nuestras canoas hacia el lado del sol poniente. Entonces prosperamos.

Bakamu asintió, pues ésa era la verdad aceptada por su pueblo. Y su propia experiencia confirmaba los viejos relatos, pues al iniciar sus exploraciones había circunnavegado. la isla, y en el flanco del sol naciente sólo había encontrado dificultades, olas gigantes y acantilados imponentes. Entonces comprendió que la magia del océano, conocido más adelante como Atlántico, era muy superior a la del mar, que en el futuro se llamaría Caribe.

-No hay protección ahí. Olas poderosas. Y aguas más oscuras. Tras una pausa añadió el dato que condenaba definitivamente al lado de levante: No

hay pesca ..

En su aldea, y también en otras de la costa de poniente, era muy admirado como pescador de prodigiosa destreza que conocía los secretos de las aguas profundas. Pasaba horas enteras en su canoa, con la lanza lista, aguardando la llegada de los peces, y habitualmente adivinaba de antemano por dónde llegarían. En ese momento remó hacia el oeste, siguiendo a un enorme manatí que se había extraviado en esas aguas. No perdió de vista a la gran bestia, ni siquiera cuando la costa desapareció a su espalda, pues sabía que si lograba llevar el animal hasta tierra, todas las aldeas de poniente tendrían carne para grandes festines. Mientras Bakamu perseguía a la enorme bestia, casi tan grande como una ballena pequeña, se desató una de las tempestades que azotaban a la isla de vez en cuando; un temible huracán. Durante tres días terribles las olas fueron tan tumultuosas que hasta el manatí se vio obligado a buscar refugio, mientras la canoa de Bakamu giraba y se sumía en el cavernoso seno de las olas. Él se tendió en el fondo; dando gracias al Gran Espíritu por haberle ordenado: «Haz tu canoa más resistente que las otras, para que las tempestades no la destruyan". Aun así, a veces las olas eran tan grandes que se creyó condenado. No gritó de desesperación ni tembló de miedo; boca abajo, se aferraba con fuerza a la canoa por, él construida, murmurando: «El hombre viene, el hombre se va, tanto en el mar como en la tierra». Luego pensó en su mujer, sola en la cabaña, y se preocupó por ella, porque cuando el huracán atacaba en el mar, el hombre moría rápidamente, con la total destrucción de su canoa, mientras que en tierra la muerte era más lenta y dolorosa, pues las viviendas se desmoronaban y caían grandes árboles atrapando a las personas, que quedaban inmovilizadas hasta morir.

En tanto él sufría en el mar con esos pensamientos, Tiwani estaba en su cabaña, protegida por su seto de crotón y aterrorizada por lo que pudiera haber sido de su marido. Como otros en la aldea, al amainar el huracán miró hacia el mar vacío; todavía turbulento, y murmuró:

-¡Oimé, el gran pescador, el intrépido explorador, ha muerto! y los aldeanos, después de sepultar a los que habían muerto en tierra, organizaron una ceremonia de duelo por Bakamu, que había muerto en el mar.

Un par de días después de la gran tormenta; dos niños que jugaban en la playa divisaron una canoa que se aproximaba y empezaron a gritar. Todos corrieron a la orilla para ver el espectáculo Bakamu, el gran hombre, conducía su canoa entre las olas, remolcando el cuerpo del manatí al que había vuelto a perseguir una vez abatida la tormenta. Fue entonces, en ese momento de júbilo, cuando un anciano gritó:

-¡Ha luchado por volver!

Y el nombre de Bakamu ganó nuevos honores...

Ahora, mientras hablaban de los desconocidos con grandes canoas y él recordaba a Tiwaru lo desolado del flanco oriental, ella preguntó, pensativa:

-¿Es aquello tan feo como dicen nuestras leyendas?

-Peor..

-Pero si a nuestros antepasados les pareció inhóspito, ¿no pensarán lo mismo esos recién llegados?

-Puede ser.

-¿Y no harán lo que hicieron los nuestros? ¿Venir al lado bueno?

-Tal vez.

Entonces ella inició un intenso interrogatorio que hacía siempre que su mente necesitaba más datos específicos:

-¿Dicen que tienen la cara más oscura que la nuestra?

-Sí.

-¿Y que sus mujeres se arrastran como animales asustados?

-Sí..

Conforme hacía sus preguntas, acercando a él su cara inquisitiva, Tiwani descubrió dos cosas sobre las que Bakamu quería hablar con más detalle, pues él también quería comprender a los recién llegados y sondear sus intenciones.

-El jefe es un hombre más corpulento y más rudo, lleva un enorme garrote que agita con frecuencia sobre la cabeza, atemorizándolos a todos. Estaba tan enojado que golpeó con él a un hombre, derribándolo.

-¿Lo mató?

-Creo que sí. Los otros se lo llevaron.

Se hizo una pausa angustiada, pues Bakamu deseaba compartir con su esposa una duda temible que ni siquiera había querido admitir. -Tiwani, debo decirte una cosa. Poco después, los que se llevaron al muerto volvieron con grandes trozos de carne. No era agutí ni manatí. Y metieron la carne en un caldero y prepararon un festín.



Tiwani escuchaba esas sobrecogedoras palabras conteniendo el aliento. En voz baja, preguntó:

-¿Piensas que se comieron a su propio hermano?

Como Bakamu callaba, estalló en un gemido y, llorando, dijo:

-Se acercan malos tiempos.

y el terror cayó sobre los dos .

Las preguntas habían sido tan ordenadas, tan decisivas las revelaciones, que esa misma tarde Tiwani comenzó a tomar ciertas medidas prudenciales para proteger a su familia contra los recién llegados, pues estaba segura de que atravesarían las montañas.

-Esa frase, «cuando atravesen las montañas», dominó todos sus pensamientos en los días siguientes. La repetía mientras cortaba ramas para disimular los accesos a su vivienda. La repetía cuando pidió a Bakamu que le trajera de la selva una rama de madera muy dura.

-¿Qué vas a hacer con ella? -preguntó su compañero. Asombrado, vio que ella cortaba un trozo de la longitud de un brazo y afilaba un extremo. Al intentar endurecerlo al fuego, el frágil extremo se consumió; pero ella volvió a tallarle una punta más dura, hasta obtener una mortífera daga, corta y templada entre las brasas.

Bakamu estaba atónito. En ésa y en otras islas, los arawaks eran uno de los pueblos más pacíficos del mundo; No había en su idioma una palabra que significara guerra, pues no la necesitaban, y criaban a sus hijos con amor. Reverenciaban a los ancianos y les ayudaban en el viaje de los años, llevándoles porciones de maíz y recolectando para ellos raíces de taro; a veces, hasta compartían con ellos un succulento conejo. Vivían en armonía con su pequeño universo y aceptaban los huracanes como recordatorio de que la naturaleza era omnipotente y el hombre no.

En realidad, la vida se medía principalmente por el ocaso. Al terminar cada día era costumbre sentarse en la orilla del mar y contemplar la gloriosa esfera solar, que se hundía rápidamente entre las olas distantes. Entonces las madres decían a sus hijos: «Volverá». Cuando desaparecía el sol, los arawaks renovaban su fe, y en la oscuridad siguiente se retiraban en paz a sus pequeñas viviendas circulares, para la comida de la noche.

Tiwani, madre de una pequeña llamada Iorotto, como el colibrí, sabía que sobre ella pesaba una responsabilidad especial: proteger y cultivar la belleza

de la niña. Los arawaks eran una de las pocas tribus del mundo para quienes la cara humana era mucho más atractiva cuando la frente huía hacia atrás desde las cejas. Toda cabeza que se elevara recta hacia arriba desde el puente de la nariz se consideraba tosca y algo ofensiva. Por eso, Tiwani, todas las noches, en un paciente esfuerzo por hacer más bella a Iorotto, le ataba a la frente una tabla ancha y plana, que iría presionando lentamente la parte frontal del cráneo hacia atrás, hasta obtenerse la inclinación deseada. Así dormía la pequeña, pues entre los arawaks dicha inclinación era algo muy apreciado.

Al ponerse el sol, mientras la pequeña Iorotto dormía plácidamente, los extranjeros se instalaron en el lado oriental de la isla. Eran indios caribes, llegados del norte, desde los grandes ríos del subcontinente que recibiría el nombre de América del Sur, y eran muy distintos de los pacíficos arawaks. Se vanagloriaban de ser belicosos y organizaban su sociedad en torno de la guerra. Eran un pueblo feroz, terrible y caníbal, que combatía contra todas las tribus, no sólo para someterlas, sino también para comerse a sus miembros.

Tal como Tiwani había predicho, llevaban muy poco tiempo en el flanco oceánico de la isla cuando el jefe; Karuku, hombre violento de unos veinticinco años, cuyo pelo negro caía sobre los ojos, decidió que su clan debía cruzar la isla, seguro de que al otro lado habría un clima más benigno y comida abundante. También le animaba la falta de pobladores en la costa oriental, que no proporcionaba objetivos para la guerra, actividad en la que se destacaba. Ansiaba que sus guerreros volvieran a luchar, para que pudieran ejercitar las artes marciales y hacer prisioneros. Tenía asimismo un importante motivo personal: en el viaje hacia el norte, desde la selva del río Orinoco, había muerto su esposa. Puesto que todas las mujeres de las tres canoas tenían marido, él carecía de hembra, y eso no le gustaba. Suponiendo que el otro lado de la isla podía ser más clemente y estar habitado, indicó a sus guerreros caribes que se prepararan para iniciar las expediciones a las montañas, en busca de asentamientos en donde pudiera capturar una esposa.

Está táctica de robar mujeres era un aspecto significativo de la cultura caribe y se practicaba desde hacía siglos. Los guerreros podían comerse a los hombres que capturaban en batalla y castrar a los niños para engordarlos, a manera de capones destinados a grandes festines; pero no se comían a las mujeres, demasiado valiosas para la concepción de futuros guerreros.

Por eso, con diversos propósitos, Karuku el caribe trazó sus planes para la conquista de lo que pudiera hallar en la isla. El fin de la batalla estaba muy claro en su mente: el exterminio de los otros.

En muchos lugares del mundo se iniciaban expediciones similares.

Había grupos de seres humanos a quienes les resultaba, imposible coexistir con otros de diferente color o religión, y entonces determinaban que la

única solución era exterminarlos. Esta convicción continuaría arrasando el mundo durante los ochocientos años siguientes y, probablemente, por muchos más.

Karuku era un enemigo implacable, pues había, demostrado, en sus andanzas a lo largo del Orinoco, su destreza en la guerra. Si había dejado aquel río acogedor era, primordialmente, para encontrar una zona nueva que dominar. No sólo era hábil en la batalla cuerpo a cuerpo, cuando blandía con violencia su garrote y aplastaba todo cráneo que se interpusiera en su camino, sino que también tenía un gran sentido de la táctica y la estrategia, que le habían enseñado su padre y su abuelo, también grandes guerreros.

El legado de los, caribes era la brutalidad, la guerra y poca cosa más.

Aportarían al mundo palabras originadas en la fuerza y el canibalismo: Huracán, canoa (para la guerra), cigarro (tan masculino), barbacoa,(en la que asaban a sus cautivos) ... Cuando marchaban lo hacían al compás de tambores de guerra, pero sólo tenían unos pocos himnos de batalla y ninguno de amor. Sus hábitos alimenticios eran completamente primitivos, carentes de los refinamientos que los arawaks y las otras tribus habían desarrollado. Los caribes comían asiendo con los dedos sucios trozos de carne de una fuente común, e invariablemente los hombres se echaban sobre la comida antes que las mujeres, quienes sólo tenían derecho a las sobras. Sus canoas eran pesadas y toscas, a diferencia de las embarcaciones voladoras de delicadas líneas que otros construían. Hasta sus ornamentos personales eran siempre de naturaleza guerrera. y eran los hombres, nunca las mujeres, quienes se adornaban con los huesos de sus víctimas.

Pero como los militares espartanos de la antigua Grecia, que también parecían brutales comparados con los atenienses, mucho más cultos, los caribes eran diestros en lo que hacían y sembraban el terror en cualquier , zona que invadieran. Creían que al comerse a los más poderosos de sus enemigos heredaban su potencia, y que al tomar a las más bellas y saludables de sus mujeres acentuaban la vitalidad de su propio grupo. En esta última Creencia tenían razón. Formaban un grupo híbrido, siempre reforzado por sangre nueva, y se beneficiaban con la fuerza brutal que esos cruces suelen producir.

Una mañana, Karuku y otros tres abandonaron el flanco del sol naciente para explorar la nueva isla. Avanzaban con sigilo y gran decisión. Tras haber sondeado la selva durante algunas horas, sin hallar indicios de habitantes, comenzaron a ascender por las altas montañas que se alzaban en el centro de la isla. Cuando los alcanzó la noche, aún no habían visto nada; pero eso no los afligió, pues estaban acostumbrados a dormir a cielo abierto. Para comer, llevaban trozos de pescado y carne, que consumirían dosificadamente, pues no podían calcular con qué se encontrarían antes de reunirse con los suyos.

La tarde del segundo día divisaron algo que les causó gran complacencia: un claro en la selva. Llegaron a la conclusión de que había sido

despejado a propósito por seres humanos, pues allí crecía ordenadamente la mandioca, un producto básico de alimentación.

-¡Aquí están! -grito Karuku. Y la forma en que dijo estas palabras delataba no solamente el júbilo de descubrir que había otros humanos en la isla, sino ,la sombría satisfacción de que su grupo pudiera entrar pronto en combate con un nuevo enemigo, por la posesión de nuevas tierras.

Durante el resto del día, los espías se movieron con cautela, siempre hacia el oeste, hasta que llegaron a un punto alto, desde donde pudieron contemplar la aldea que iban buscando. Allí estaba, a la luz de la tarde: un conjunto de chozas bien construidas, que ocuparían cuando sus actuales propietarios fuesen aniquilados; canoas ya hechas; sembrados a poca distancia en los que podían cultivarse alimentos. Pero también estaba allí el plácido mar, mucho más manso que el salvaje océano del este. Y cuando se puso el sol en esa primera jornada, los caribes quedaron definitivamente convencidos de que habían hallado un paraíso mucho más deseable que cuantos habían conocido a lo largo del Orinoco o en parte alguna de su viaje hacia el norte.

-Volveremos --dijo Karuku-. Iremos en busca de nuestros hombres para tomar esta aldea.

Al tiempo que murmuraba estas órdenes, contempló la choza rodeada de crotones multicolores y pensó: Ésa es para mí. Con paso decidido, como si no viera la hora de asaltar la aldea dormida, condujo a sus hombres de regreso aliado oscuro de la isla.

Tanto Bakamu como su esposa disfrutaban de una situación especial en la aldea: él, como atleta de rara habilidad y fuerza; ella, como custodia de un secreto que explicaba en gran parte la buena suerte de la aldea.

Tiwani cultivaba bien la mandioca, origen de cuatro quintas partes de cuanto su pueblo comía y uno de los más notables entre los alimentos del mundo, pues en él se concentraban el bien y el mal. Como las patatas, los camotes y las remolachas, la mandioca produce bajo la superficie de la tierra un bulbo que, una vez desenterrado y desmenuzado, proporciona una fibra parecida a la de la patata, de olor y aspecto apetitosos. Sin embargo, en esa etapa de su existencia, la fibra contiene un jugo espeso y mortalmente venenoso. El cultivo de la mandioca requiere que se le extraiga ese jugo, a fin de poder procesar la fibra hasta convertirla en una excelente harina, con la cual se puede hornear un pan nutritivo y exquisito. Mucho antes de que Tiwani naciera, los antiguos buscaron una solución al problema: ¿cómo extraer los jugos ponzoñosos de la mandioca, anulando su poder mortal? La respuesta surgió de una astuta mujer arawak, que vio en la jungla a una boa constrictor en el momento de asir con sus fauces a un roedor y tragarlo lentamente, aún vivo y chillando. Luego observó que la gran serpiente digería su pesada carga tensando y relajando sus poderosos músculos

ventrales hasta haber roto todos los huesos; entonces podía iniciarse la absorción. La mujer gritó: «Si yo tuviera la ayuda de esa poderosa serpiente, podría estrujar el veneno de la mandioca». Y la idea la obsesionó hasta tal punto, que pasó semanas y meses enteros cavilando sobre el modo de fabricarse una serpiente. Por fin halló la solución: Juntaré las hojas de las palmeras más, resistentes y las vides más finas; con eso tejeré una serpiente larga y estrecha, cuyos costados se compriman y relajen como los de la boa, y de esa manera expeleré el veneno.

Lo hizo así, fabricando una imitación de serpiente llamada matapi, de unos tres metros de longitud, muy estrecha, muy fuerte, y llenó su . insaciable boca con toda la mandioca que ella y sus vecinas habían rallado ese día. Y fue entonces cuando se manifestó su genio, ya que .; tras haber estrujado la serpiente a mano durante un rato descubrió dos hechos: el plan funcionaba, pues los jugos venenosos se iban filtrando; , pero el trabajo era demoledor. ¡Me volveré loca estrujando así todo el día!, se dijo.

Entonces construyó un artefacto que le permitió aplicar una gran presión sobre la serpiente, y así extraer los jugos venenosos con relativa facilidad. En primer lugar sujetó la parte superior de su serpiente a una viga que se alzaba a unos tres metros y medio del suelo. Luego, utilizando un montón de piedras como punto de apoyo, convirtió una tabla larga en una especie de, balancín, con dos niñas en un extremo y una mujer gruesa en el otro. A dicho balancín fijó la cola de la serpiente, poniendo debajo un gran cuenco de madera para recoger el líquido. Cuando la mujer se plantaba en su extremo de la tabla, la tensión ejercida a lo largo de la serpiente tejida provocaba la expulsión de las sustancias venenosas; después, la mujer se desplazaba hacia el punto de , apoyo del balancín y las dos niñas hacían bajar su extremo, con lo cual la serpiente se relajaba. Y así sucesivamente.

Al terminar el juego, el contenido seco de la serpiente artificial estaba listo para ser horneado., Esta harina de mandioca se llamaba cazabe y con ella se hacían grandes tortas planas, a manera de pan, con las que se alimentaban los arawaks.

En la aldea de Tiwani, ella era una de las responsables de procesar la mandioca. Gracias a su inquisitiva mente se introdujo una audaz innovación. En los muchos Siglos transcurridos antes de su nacimiento, el veneno expelido por la serpiente artificial había sido desechado siempre, por inútil y peligroso; cierto día, Tiwani dejó inadvertidamente un poco de ese líquido en un cuenco de arcilla, bajo el fuerte sol, y el intenso calor hizo que adquiriera un tono pardo dorado. Se veía tan apetitoso que Tiwani le dijo a su marido: Si tiene tan buen aspecto ha de ser sabroso...

-¡Tiwani! -protestó él-. ¡No seas loca!

Pese a sus súplicas, ella hundió un dedo en la sustancia alterada y se lo

llevó tímidamente a la boca. Tal como esperaba, la primera exploración gustativa la tranquilizó: salado y picante, invitaba a probar otra vez cosa que ella hizo, sin sufrir daños visibles. En días sucesivos continuó probando el caldo, y cada vez le parecía más sabroso. Por fin, sin avisar a su esposo del audaz paso que iba a dar, tragó una cantidad, tan abundante de esa nueva sustancia que si hubiera sido tan venenosa como en su origen, habría muerto sin lugar a dudas. No murió. Por el contrario, se sintió muy bien. Transcurridos dos días sin haber sufrido efectos perjudiciales, dijo a Bakamu:

-No es venenoso y sabe bien.

Pronto todas las mujeres de la aldea tenían cuencas de ese licor, antes venenoso, burbujeando apaciblemente tras las fogatas. En él echaban trozos de hortalizas, pescado y hasta carne de agutí, en las raras ocasiones en que atrapaban alguno de esos succulentos animalitos. Si se añadían a la mezcla ajíes fuertes y picantes, salía un buen guisado, sabroso y nutritivo. Todo gracias a Tiwani, que se convirtió, por aclamación popular, en vidente de la comunidad. Eso no la ponía en competencia con el viejo chamán, que invocaba a los espíritus, sino que la convertía en protectora del hogar, donde se alimentaban y vivían hombres y mujeres.

Al otorgársele este honor, Tiwani se convirtió en, una mujer distinta:

Adquirió una mayor sabiduría, como si de pronto se codificaran y tomaran forma en ella poderes largo tiempo dormidos, como si conocimientos que hubiera ido acumulando en silencio florecieran misteriosamente, hasta producir un fruto nuevo y totalmente inesperado. Se la reconoció como líder. En todo el mundo se repetía ese milagro: se escogía para algún cargo a un hombre o una mujer y el elegido, durante el cumplimiento de sus deberes, desarrollaba una misteriosa capacidad para solucionarlos, con lo cual una persona originariamente común acababa siendo un gema.

Tras haber sufrido esa metamorfosis, Tiwani empezó a hallar poco placentera su nueva posición. Si bien la complacía ofrecer a su aldea sabios consejos, también comprendía que su nuevo cargo representaba nuevas responsabilidades. Y cavilaba sobre los posibles peligros que podían presentarse si efectivamente unos extranjeros se habían instalado en el lado opuesto de la isla.

Una de sus funciones, como líder de la aldea, consistía en decidir ¡Cuándo había que plantar la mandioca. Pero como esto era de tanta importancia para la aldea, cuestión de vida o muerte, semejante decisión no podía estar sólo en sus manos. En eso compartía la responsabilidad con el viejo chamán, cuyos consejos mantenían a los espíritus del otro mundo inclinados en favor de la aldea. Por fortuna, la cooperación entre Tiwani y el anciano era fluida. El se hacía cargo de todo lo correspondiente al otro mundo; ella, del sol, la lluvia y la llegada del verano, entre ambos conseguían que la mandioca madurara justo cuando más se

necesitaba. Si hubieran estado en desacuerdo, el pueblo habría sufrido.

Y ellos lo sabían.

En un día propicio, antes de iniciarse la época calurosa, con amenaza de huracanes, los dos protectores acordaban que había llegado el momento de plantar los gajos de mandioca. En cuanto el hechicero anunciaba que se podía comenzar a plantar, Bakamu asumía la dirección de todo. Corriendo hasta el agua, gritaba jubiloso: «¡Juego de pelota! ¡Para celebrar la mandioca!. Y todo el mundo acudía de prisa al campo de juego, cuyos límites estaban determinados por grandes cantos rodados, al de cara más o menos plana, que constituían una pared informal en los bordes de un terreno rectangular, con líneas de meta claramente marcadas en cada extremo. Misteriosamente, estas canchas de pelota de los antiguos arawaks y sus primos del oeste, los mayas, eran similares en cuanto a: tamaño a los campos que los europeos y los americanos, siglos más tarde, elegirían para el fútbol, el rugby, el fútbol americano y el lacrosse: unos ochenta metros de longitud por treinta de ancho. Era como si algún sistema de medida, desde el fondo del cuerpo humano, proclamara a lo largo de los siglos: «Acosado por otros, el hombre puede correr esta distancia y no más»: Y los campos de todos estos deportes se adaptaron a esas mismas dimensiones.

El de la aldea de Bakamu estaba localizado en un sitio privilegiado, al paralelo a la orilla del mar y protegido hacia el este por las purpúreas montañas. Su orientación se había calculado con tal esmero que ninguno de los equipos tenía ventaja por la posición cambiante del sol, y la hierba se cortaba cuidadosamente. Ese campo había presenciado hazañas colosales, en medio siempre de gran entusiasmo, juegos que perduraban en la memoria de todos. Y algunos de los mejores se habían producido en momentos como éste, cuando toda la aldea salía a celebrar la renovación de la vida humana. En esta aldea, el gran juego de pelota era un momento de efusión, alegría y victoria para todos, hasta para los derrotados, pues sabían que padecían la derrota en aras de una causa gozosa.

El juego requería una gran pelota de goma, pero las islas no tenían árboles de caucho y la comunicación marítima entre ellas era algo inaudito, exceptuando las tentativas de Bakamu hacia el norte y el sur. Los árboles de caucho sólo crecían en las junglas del continente. Sin embargo, las pelotas de goma, de las que dependía el deporte casi religioso de la región, circulaban hasta en las islas más remotas. Era como si los arawaks supieran qué era lo importante en la vida y protegieran como un tesoro nacional cuantas pelotas de goma llegaran a sus manos. De un modo u otro, la aldea contaba con una serie de pelotas, cada una de las cuales llegaba cuando su predecesora estaba a punto de expirar y pasaba a la protección del chamán, pues era una joya de valor incalculable; La pelota constituía casi el alma de la aldea; sin ella no se podían celebrar los juegos, y sin juegos las plantas de mandioca podían morir, con lo cual moriría también el pueblo.

En la aldea de Bakamu participaban en el juego dos equipos de cuatro hombres; otras tenían campos algo más grandes, con equipos de hasta seis, pero para esas dimensiones cuatro parecía el número más adecuado. Cada equipo tenía una meta a defender, pero todos los miembros podían circular por todo el campo, en tanto estuvieran listos para correr en defensa de su propia meta. El objetivo era impulsar la pelota a través de la línea de meta del equipo contrario, y cada vez que el juego se aproximaba a una de esas líneas, los gritos de los espectadores cobraban intensidad ...

No se podían usar las manos, Si uno tocaba la pelota era enviado a las líneas laterales, pues la bola debía ser golpeada principalmente con los hombros o la cadera. No se podía utilizar tampoco la cabeza, los codos ni los talones, pero aun con esas limitaciones los jugadores se tornaban maravillosamente diestros para mover la pelota. Puesto que las estrategias del juego exigían que los jugadores estuviesen dispuestos a arrojarse al suelo para obstruir el paso de los adversarios o para impulsar la pelota, los hombres usaban protectores en los codos y las rodillas, pero sólo en los derechos. El capitán de cada equipo usaba, además, un elemento notable. Era un enorme aro de piedra, de círculo ininterrumpido, pero con una abertura lo bastante grande como para que el hombre pudiera plantarse dentro de él y subido a lo largo de las piernas y las caderas, hasta que descansaba con comodidad en la cintura:

Como pesaba unos doce kilos, le otorgaba una potencia extraordinaria para golpear la pelota.

Cuando los equipos se alineaban, los dos capitanes, cada uno con su aro de piedra en la cintura, se instalaban como custodios de las metas, enviando cualquier pelota que se les acercara en dirección opuesta, con un golpe tremendo.

Ese día de significado especial, los espectadores atestaban las plataformas situadas tras las dos metas y llenaban los espacios libres entre las grandes piedras erguidas. Había flores festoneando el perímetro del campo, y muchachos con tambores producían un animado estruendo. Durante los momentos previos al juego, las mujeres cantaron, mientras los hombres danzaban con pasos medidos y majestuosos, destinados a aplacar a los espíritus que determinaban el crecimiento de la mandioca.

Cuando el entusiasmo estaba en su punto más alto, un anciano que oficiaba de árbitro hizo sonar un cuerno, hecho con una gran concha marina. Entonces los celebrantes despejaron el campo y el juego comenzó.

El árbitro, arrojando diestramente la pelota de goma de modo tal que rebotara entre dos jugadores opuestos en medio del campo, dio comienzo al juego. Los movimientos de los dos hombres fueron tan brillantes, uno al golpear la pelota con la cadera y el otro al rechazarla con el hombro, que el partido tuvo un comienzo clamoroso: La pelota iba y venía a toda velocidad, y los dos defensores



la arrojaban al otro lado del campo cada vez que llegaba hasta ellos. Pero el máximo fervor se producía cuando algún jugador atrevido, en el centro de la cancha, se arrojaba con abandono al duro suelo, resbalando sobre sus acolchados protectores, y aplicaba a la pelota un fuerte impulso con la cadera o el hombro. Entonces la multitud rugía.

Conforme avanzaba el juego pareció que Bakamu y los suyos iban a ser derrotados, pues por cada tiro de su equipo contra la meta contraria el otro disparaba tres o cuatro veces contra la de ellos. Pero él era tan ágil que desviaba los lanzamientos más difíciles y así mantenía a su equipo en juego.

Súbitamente recibió un pelotazo del enemigo en la cadera, lo rechazó con su gran faja de piedra y despidió la bola diestramente contra la faz de una piedra erguida. Cuando rebotó, él estaba ya en el sitio exacto para lanzarla nuevamente contra otra roca. De esta manera, Bakamu hizo rebotar la pelota cinco veces de piedra en piedra, hasta que, con un fuerte movimiento de su pesado aro, la impulsó hacia la meta y anotó un punto.

Había sido una hazaña prodigiosa, una carrera a lo largo de toda el campo, posible sólo por la gran habilidad con que había aprovechado las superficies verticales. No existían muchos jóvenes capaces de repetir esa asombrosa combinación de agilidad, destreza, precisión y resistencia. Cuando hubo completado la jugada, la muchedumbre estalló en vítores de éxtasis, mientras el viejo hechicero se acercaba a felicitarlo:

-Este año la mandioca crecerá bien.

En tiempos remotos, llegado el momento del triunfo, era costumbre entre los arawaks que el capitán del equipo derrotado, guardián de la meta contraria, con su pesado cinturón de piedra, fuera decapitado; luego se esparcía su sangre por el campo de juego, para garantizar que la hierba siguiera siendo verde cuando se celebrara el siguiente juego ritual. Pero los arawaks, con el sentido práctico que los caracterizaba, tras algunos siglos de semejantes sacrificios razonaron entre sí: ¿No es ridículo, además de poco beneficioso; matar cada año al segundo de nuestros mejores jugadores? Y cuando se descubrió que la hierba, fuera del campo de juego, crecía igualmente verde sin el derramamiento constante de sangre humana, se decidió poner fin a esas decapitaciones .

Desde entonces, el capitán vencido sufría el dolor de haber perdido un partido importante, pero no la pena mucho mayor de perder la cabeza. y toda la aldea aplaudió la nueva regla, pues era más sensata porque permitía conservar a las buenas jugadores para celebraciones futuras.

Sin embargo, el año. en que las sacrificios terminaron había un poderoso chamán, celoso guardián del bienestar de su comunidad, que si bien aprobó, más o menos por la fuerza, la eliminación de esas decapitaciones, insistió

en que se mantuviera el sangriento rito en la víspera del solsticio de invierno; ese trémula día en que el sol, llegaba a su punta más baja en el sur, dejando al mundo en la incertidumbre de si volvería alguna vez al norte con su precioso tesoro..

-Debemos sacrificar algo precioso al *sol*, para atraerlo otra vez -dijo. el hechicero-. Esa es abligatoria.

Pera la tatarabuela de Tiwani, muchas generaciones antes, había sido una mujer con gran capacidad de razonamiento, y argumentó:

-Algunos dicen que debemos decapitar a la gente para resolver, los problemas, importantes: asegurar el crecimiento de la mandioca y garantizar el regreso del sol. A veces la mandioca *no* crece bien, de *modo* que tal vez sea necesario el sacrificio para cambiarla. Pera el sol nunca dejó de retornar, de *modo* que ese sacrificio bien puede ser innecesario. Además, ya hemos probado que la mandioca crece con sacrificios o sin ellos. A veces hay sacrificio, pero si no llueve, no hay mandioca. Par lo tanto, ¿para qué continuar sacrificando a hombres capaces, si, sabemos que el sol siempre retorna?

Salió vencedora. El enfurecido hechicero predijo que moriría antes de un año a partir del día en que dejaran de hacerse los sacrificios; pera ella vivió sesenta años más.

Por lo tanto, aquel día glorioso del juego de pelota en honor de la mandioca terminó casi en la perfección. Tras la incomparable hazaña de Bakamu se jugaron *dos* partidas más, y el equipo de Bakamu ganó por dos puntos contra uno. A continuación hubo un banquete, en el cual Tiwani supervisó la distribución de tartas de cazabe y pequeñas cuencas de su guisado de ajíes, hecho con algo que en otros tiempos había sido. veneno. Hubo bailes y canciones hasta muy avanzada la noche...

Ese pueblo eminentemente práctico, que prescindía de las sacrificios humanos desde hacía tanto tiempo, amaba el goce de vivir. Reverenciaba los maravillosos misterios que llegaban con la puesta de un sol, rojo y con el final de un juego perfecto, y la suave aproximación de la noche, con sus propios triunfos, *como* la luna dorada que se elevaba para iluminar la playa, el mar y las vigilantes montañas.

El día del juego hubo otro espectador oculto en las montañas, detrás del poblado, observando con creciente asombro *lo* que pasaba en la planicie, junto al mar. Era Karuku, el caribe, y lo que veían sus *ojos* oscuros y sombríos lo tenía atónito: ¡hombres adultos jugando! Allí no había guerreros. *No* había barreras que protegieran los accesos a la aldea. Todo el mundo. parecía estar presente, pero ninguno llevaba armas. Los jugadores parecían fuertes, pero ni siquiera ellos llevaban armas. ¿Qué era aquello?

Le pareció incomprendible que hombres en edad de combatir *no* estuvieran siempre listos para luchar, que una aldea con tanta riqueza *no* hubiera tomado medidas para protegerse de posibles invasores. ¿Qué clase de gente era aquélla? Ni ejército, ni armas, ni defensas... ¿Qué se habían creído que era la vida? Y llegó a la única conclusión que le concernía: Mis hombres, bien dirigidos, pueden dominar esa aldea y a todos sus habitantes sin una sola baja. Y contó con los dedos de la mano izquierda el desprotegido botín que le esperaba: mujeres para criar hijos, muchachas para engordar, hombres para el banquete. Y cuando el sol se puso sobre la apacible, casi benévola escena, sonrió con gesto agrio y comenzó a planear cómo prepararía a sus hombres para la tarea que tenían por delante. Una tarea muy simple, pensaba él.

Cuando Karuku volvió a su improvisada y mal construida aldea, al norte de los acantilados y sobre la costa atlántica, comentó con los suyos el resultado de sus observaciones, y, con astucia y habilidad, esbozó un sagaz ataque por tres flancos contra la desprevenida aldea:

-Yo conduciré a mis hombres desde el norte, haciendo ruido.. Pero tú, Narivet, atacarás por el medio. Y cuando estén confundidos, corriendo de un lado a otro, Ukalé, desde el sur, iniciará el verdadero ataque. Yo esperaré a que corran en esa dirección y entraré a la carrera, sin detenerme, matándolos por la retaguardia.

Tres veces aleccionó a sus cuadros, acordando señales, hasta dejar claro que sus hombres debían correr hacia el centro de la aldea, sin preocuparse por los movimientos defensivos que los arawaks pudieran iniciar.

-Si cae uno de *los* nuestros es hombre muerto. Aunque enciendan fogatas para estorbarnos, las atravesaremos. ¡Todos! -y la furia con la que hablaba daba por sentado que se incluía a sí mismo en esa orden.

En el tercer ensayo llevó en la mano derecha la vara de mando. Era un largo garrote, hecho con una madera muy dura, de un «color verde grisáceo», en la cual se habían incrustado, con una poderosa goma de la selva, trazos de piedra y concha; así, cualquiera que fuese la dirección en que se la blandiera, el arma desgarraba la carne y hundía en la herida el veneno de mandioca con que se habían empapado los bordes cortantes. Era un instrumento temible, un tesoro para los caribes, que no habían llevado en sus canoas, desde el Orinoco, deidades domésticas ni antiguas reliquias con que identificar a la tribu: sólo el terrible garrote, perfeccionado hasta convertirse en una herramienta ideal para matar. Simbolizaba la diferencia entre los dos pueblos: los arawaks apreciaban las conchas doradas, que servían para hacer herramientas y como adornos para sus mujeres; los caribes las usaban como letales picas para sus garrotes. Los arawaks usaban el jugo de mandioca para mejorar su alimentación; los caribes la empleaban como veneno contra los enemigos. Los arawaks tenían *como* tótem la pelota de goma; los caribes, su mortífero garrote. Pero la diferencia más

importante era que los arwaks habían progresado hasta ese punto en que la civilización respeta, defiende y adora sus mujeres, mientras que los caribes las trataban como bestias de carga y para la cría de nuevos guerreros.

La inminente lucha entre estos dos grupos, no podía sino ser desigual, pues a corto plazo siempre gana la brutalidad. La amistad tarda mucho más en imponerse.

Esa primera batalla prefiguraría a muchas otras que dejarían una profunda huella en las islas de ese bello mar. En lejanos parajes occidentales, brutales guerreros del centro de México aplastarían a las civilizaciones mayas, más apacibles. Exploradores recién llegados de España diezmarían a los pacíficos indios que encontrarán a su paso. Ingleses de los Barbados, al oeste, acosarían a inofensivos barcos de carga, pasando a cuchillo a todos sus tripulantes. Y en una isla tras otra, los hacendados blancos tratarían con repugnante crueldad a los esclavos negros de Africa. El ataque de los guerreros caribes contra los pacíficos arawaks era solo el primer acto de una interrumpida cadena de brutalidades.

El día del ataque, los caribes actuaron según el plan. El primer grupo a las ordenes de Karuku, llegó a la carrera desde el norte, con notable estruendo, impulsando hacia allí a los asustados arawaks con la intención de proteger la aldea. Pero cuando corrieron en esa dirección, el segundo grupo de guerreros caníbales se precipitó hacia el medio. Haciendo más ruido aún, y todo se convirtió en un caos.

El tercer contingente, blandiendo garrotes de guerra y entre gritos salvajes, llegó desde el sur. Entonces se derrumbó toda la defensa de la aldea. Pero la victoria de Karuku no sería tan fácil como él había previsto, pues en el momento final del ataque, el hombrón a quien él había admirado durante el juego, el que llevaba el cinturón de piedra reunió a los jóvenes de su equipo. Y esos cuatro acompañados por los hombres del equipo perdedor, se reunieron en el campo de juego en el que tanto se habían lucido, con palos y garrotes improvisados, para defenderse como buenos atletas.

Conducidos por la fiera determinación de Bakamu y alentados por sus gritos, los defensores dieron buena muestra de su valor, hasta el punto de acobardar a algunos de los atacantes. Eso enfureció a Karuku, que ordenó a cuatro de sus hombres detener a Bakamu e inmovilizarlo. Hecho esto, con gran peligro para los caribes, que sintieron toda la potencia de la defensa arawak, el jefe canibal corrió hacia el prisionero, que tenía las manos atadas, y le escupió en la cara. Luego blandió su mortífero garrote en un círculo completo, sobre su cabeza, y lo descargó contra el cráneo de Bakamu con fuerza demoledora, matándolo en el acto.

Luego en la batalla ritual de los caribes: pidió ramas de un árbol y las colocó suavemente sobre el pecho del héroe muerto, gritando:

-¡Este era el más valiente! ¡Con él haremos el banquete!

A continuación pidió a sus guerreros que hicieran desfilar ante él, ahora sentado al borde del campo de juego, a todo el grupo de prisioneros arawaks, y fue pronunciando sus órdenes:

-Esos tres muchachos, que se los castre y se los engorde. Esas cuatro niñas son muy pequeñas, no sirven para nada, matadlas. Esas viejas no sirven, matadlas también. Estas mujeres sí, que vivan.

De pronto sus ojos cayeron sobre Tiwani, que estaba pálida y lloraba por la muerte de su esposo. Ella era la más deseable... Por eso gritó:

-¡Esa es para mí! – y la empujaron a un lado.

Así continuó, ordenando a sus hombres que mataran a los ancianos, hombres y mujeres por igual, y a las niñas muy pequeñas, que requerían años de atención antes de poder reproducirse, pero reservando a las mujeres jóvenes para sus hombres. Casi todos los hombres arawaks fueron muertos allí mismo, en el campo de juego que en otros tiempos habían honrado, pero unos dieciséis de los más resistentes quedaron para banquetes posteriores. Los niños varones también fueron castrados allí mismo.

Tiwani, obligada a sentarse junto a Karuko, lo veía todo con creciente horror, en tanto se llevaban a cabo las órdenes del jefe caribe. Pero el estrangulamiento de su bella hija Iorotto, cuya frente ya iba inclinándose hacia atrás, fue más de lo que podía soportar y empezó a perder el sentido. En ese momento sintió bajo su fina prenda la daga de madera, endurecida al fuego, que había ocultado allí al iniciarse el ataque.

-Jamás permitiré que me utilicen –murmuro, mientras la matanza continuaba-. Si no me matan lo haré yo misma.

En esos momentos, mientras el dolor la acercaba a la demencia, ocurrió una cadena de acontecimientos que le despejaron súbitamente el cerebro, permitiéndole ver, no sólo el horror de ese día, sino también el espantoso futuro de esa nueva sociedad.

Lo primero fue una profanación, pues Karuku marchó triunfalmente hasta el centro del campo de juego y gritó:

-¡Derriban esas piedras!

Un grupo de corpulentos caribes derribaron las piedras erguidas que delimitaban el campo en donde se habían celebrado tan animosos juegos.

-¡Este será un sitio de adiestramiento para guerreros! –gritó él.

Y Tiwani lloró al ver como se eliminaba el lugar en donde tantas cosas buenas se habían producido. Allí los jóvenes habían medido sus fuerzas sin hacer daño a nadie, en certámenes donde todos salían ganadores. Y ahora se lo convertía en campo de muerte. Sintió un sombrío aturdimiento, como si el mundo hubiera enloquecido: Y cuando el sol, rojo como la sangre, empezó a descender hacia el oeste. Karuku agitó su mortífero garrote y los guerreros caribes arrastraron hasta el centro del campo grandes brazadas de leña, que acomodaron de modo tal que sirviera para encender una gran fogata.

En ese momento Karuku vio algo que lo irritó profundamente: la pelota de goma utilizada por los hombres arawaks en sus juegos. Y gritó, desdeñoso:

-¡Destruid ese juguete de niños! ¡Esta aldea está ahora ocupada por hombres!

Los guerreros caribes partieron la preciosa pelota en dos mitades, luego en cuartos, y arrojaron los trozos al fuego. Las llamas se precipitaron hacia sus segmentos y el humo se arremolinó sobre la pira, oscura. La pelota que tan misteriosamente había aparecido en la isla se esfumó para siempre.

Pero fue la tercera acción la que, en cierto modo, resultó la peor: no sólo destruyó algo hermoso, sino que también presagió cómo sería el nuevo mundo. Cuando Karuku eligió para sí la choza que antes habían ocupado Bakamu y Tiwani, algunos de sus hombres, actuando por decisión propia, comenzaron a derribar las plantas de croton de la parte trasera y delantera. Como el mismo Karuku protestó, gritándoles que lo dejaran como estaba, uno de ellos dijo:

-Entre esos arbustos se podría ocultar un enemigo que quisiera asesinararte.

-¡Despejad la zona! -dijo entonces Karuku, reconociendo la prudencia de la medida, y los crotones fueron cortados a la altura de la raíz. Al caer las plantas, Tiwani comprendió que el tirano Karuku no actuaba basándose en su fuerza, sino en su miedo, y sintió desprecio por él; pese a su gran poder, no había encontrado el coraje. Lo impulsaban los demonios. No se movía como los héroes, sino como los cobardes. y desdeñando los actos frenéticos de Karuku, Tiwani susurró:

-Debe de temer a sus propios hombres. Lo asustan las sombras. Pero Bakamu, que vivía en libertad, no temía a nada.

Observó con pena la desaparición de su seto, tan amorosamente

atendido por ella. Y mientras contemplaba la escena, dijo a sus plantas en una especie de trance, sabiendo que iban a revivir:

*Crece, crotón, hasta el más alto cielo,  
sin disciplina, decidido a ser libre.  
Rojo, amarillo, azul, purpura oscuro, verde vivo,  
con motas de oro, fulgurante.  
Yerguete libre. Que nadie te domine.  
Aférrate a tus raíces. ¡No te rindas! ¡Crece!*

Mientras se despedía de su crotón, comprendió que aquellos tres actos odiosos, tan repugnantes para ella, no representaban el asesinato de seres humanos, sino la eliminación de las ideas. Y cuando vio destruidas esas cosas grandes y buenas, se sintió tan indignada que se dispuso a luchar contra los espíritus del infierno y oponerse al nuevo orden.

Se iniciaron las formalidades del banquete de la victoria. Cuatro mujeres, especialmente designadas para honrar á los héroes muertos en la batalla, recogieron con reverencia el cadáver de Bakamu y lo llevaron junto al fuego, donde cogieron las ramas que tenía sobre el pecho y se las entregaron a Karuku. Este las llevó solemnemente a la pira y las arrojó a las llamas, como ofrenda votiva. Luego giró en redondo, con los brazos en alto, gritando:

-¡Victoria! ¡Victoria! ¡Nuestra nueva patria!

El fuego rugía. La carne humana fue asada y el banquete comenzó.

Pero a Karuku no se le permitiría disfrutarlo. Pues cuando Tiwani vio las llamas ascendentes emitió un suspiro de trágica resignación, como si ya no pudiera absorber lo que se le había obligado a presenciar durante todo el día. Su antiguo coraje se afirmó rápidamente. Entonces exclamó:

-¡No soporto más este ultraje!

Y de entre los pliegues de su prenda sacó la daga endurecida al fuego, decidida a matarse para no someterse a la brutalidad que ahora dominaba su aldea. Pero al ver a Karuku, festejando con los vencedores, se sintió tan mortalmente ofendida que, con una fuerza hasta entonces desconocida, se desprendió de sus carceleros, corrió hacia el jefe caribe y le hundió la daga en medio de la espalda, profundamente.

## II

### MUERTE DE LA GRANDEZA

El 9 de julio de 1489, según el calendario cristiano (día apuntado como 11. 13.8.15.6 en el sistema maya, mucho más exacto), en la remota isla de Cozumel, hacia el extremo occidental del Caribe, la viuda del sumo sacerdote que atendiera en su día el templo local de la fertilidad se enfrentaba con una dolorosa crisis.

Ix Zubin (su primer nombre significaba «hembra») tenía treinta y siete años y estaba admirablemente dotada para lo que sobrevendría. Gozaba de buena salud, medía algo menos de un metro y medio, y parecía compuesta de tres robustos globos: nalgas, pecho y una oscura cabeza redonda. El pelo, muy negro, le caía hasta las cejas en una línea recta, provocando un efecto de ceño perpetuamente fruncido. Su rostro, sin embargo, solía quebrarse con facilidad en una sonrisa cálida y generosa, como si alguna noticia feliz la hiciera sentirse maravillosamente bien. Tenía unos ojos penetrantes, autoritarios, que volaban de un lado a otro, exigiendo saber qué ocurría a su alrededor, pues era una mujer de raro intelecto.

La crisis se debía al triste estado en el que se hallaban su isla y su templo. Cózumel era una bella isla, aunque pequeña y situada en la periferia del imperio maya, que ocupaba la zona meridional de lo que más adelante recibiría el nombre de México, y no poseía ya el gran poder de antaño. La capital del fragmento de ese imperio que aún existía, llamada Mayapán, se encontraba mucho más al oeste y, sumida como estaba en los problemas de su propio desmoronamiento, no tenía tiempo ni riquezas que dedicar a Cozumel.

Los isleños, que subsistían de sus propios recursos, se mostraban cada vez más pesimistas: «Como en el continente todo se viene abajo, las mujeres embarazadas ya no vienen en tropel a nuestros oficios. El templo es caro de mantener. El mundo ha cambiado Y los viejos centros de peregrinación como éste ya no tienen ninguna utilidad». Corría el rumor de que no se designaría un nuevo sumo sacerdote, de que el edificio sería abandonado a los vientos salitrosos que soplaban desde el mar. Pero algunos veían otro problema: «Los boteros se han vuelto perezosos y ya no quieren traernos a los viajeros desde el continente». Un cínico resumió así la situación: «Nos han olvidado. No vienen suficientes peregrinos como para mantenernos con vida. La desolación ha caído sobre nosotros».



Si el rumor era cierto, Ix Zubin tendría que arrostrar una doble pérdida, pues no sólo amaba el rito que aseguraba el nacimiento de niños fuertes y sanos, sino que, además había urdido un plan mediante el cual su hijo Bolón podría ascender, algún día, al puesto de sumo sacerdote. Por lo tanto, su religión y su familia estaban en peligro.

Ésta no era una mujer común. Debido a la extraordinaria posición de que había disfrutado en Cozumel en vida de su abuelo y de su esposo, a lo largo de los tres últimos años había llegado a convencerse plenamente de que Bolón era la persona ideal para heredar el sacerdocio. Si el padre del niño hubiera vivido cuatro años más, hasta que el hijo cumpliera los veinte, Ix Zubin habría conseguido ser instalado fácilmente en el puesto de sumo sacerdote, garantizando así la continuación del valioso templo y de sus registros. Pero la prematura muerte de su esposo había puesto un trágico final a ese plan.

La posición única de la que gozaba en la comunidad de Cozumel se había iniciado con Cimi Xoc, su abuelo, hombre de noble sabiduría que conocía las estrellas como a sus propios hermanos y era uno de los sumos sacerdotes más importantes, famoso aun entre los gobernantes de Mayapán por su dominio del calendario y de la ordenada procesión de los astros. Cimi Xoc había comprendido que ,su único hijo varón, el padre de Ix Zubin, no tenía capacidad para dominar, las complejidades de la astronomía maya, de la cual dependía el bienestar del mundo. Apenado por la deficiencia de su hijo, se consoló con el hecho de que su nieta, Ix Zubin, poseía realmente ese don peculiar, concedido a unos pocos en cada generación, que permitía comprender, casi intuitivamente, los misterios de los números y los calendarios el movimiento de la luna y la rotación de los planetas.

La niña tenía sólo cinco años cuando su abuelo gritó, encantado: «¡Esta criatura posee una gran sabiduría!~ A partir de ese día el anciano permitió que Ix Zubin lo ayudara a trazar los movimientos de la reluciente estrella del alba y el ocaso, llamada Venus por los eruditos del resto del mundo. Aunque carecía de una belleza física notable, la pequeña conocía tan a fondo el comportamiento de dicho planeta que bien podría haberse llamado, también ella, Venus. «¡Abuelo, cuando se oculta, entre la mañana y el ocaso, es como las mujeres que se esconden cuando van a tener un niño!», dijo la niña una vez, y desde ese momento apreció la estrecha relación que el planeta tenía con el templo de la fertilidad de Cozumel, cuya marcha regían los varones de su familia.

A tan notable perspicacia se debió su acceso a la educación, cosa sin precedentes en la cultura maya, donde lo normal era que las mujeres tuvieran prohibido cualquier contacto con el sagrado aprendizaje que permitía el progreso de la civilización. Los misterios de la astronomía permanecían ocultos para ellas; nunca se les permitía participar en los sagrados ritos propiciatorios que garantizaban la benevolencia de los dioses, e incluso había en todos los templos una veintena de sitios secretos.

en donde las mujeres jamás serían admitidas. Además, estaban sujetas a un reglamento con cien preceptos cuya finalidad era mantenerlas en la obediencia.

Por lo tanto, cuando Cimi Xoc decidió que su genial nieta fuera educada en los misterios matemáticos, la resolución tuvo gran importancia, pues contradecía la antigua creencia de que las mujeres no debían participar en asuntos sagrados. Pero como todo custodio de un conocimiento precioso, el abuelo había decidido que la sabiduría por él acumulada durante toda una vida fuera conservada para generaciones venideras, comprendiendo que constituía un puente entre el pasado, el presente y el futuro.

Ix Zubin había heredado de él el apasionado respeto por la historia de su pueblo, y de ahí sus esfuerzos para inculcar en su hijo el interés por los antepasados. «Nuestro pueblo es el más sabio», le decía. «Otros son mejores para la guerra, puesto que los forasteros procedentes del oeste nos dominaron, e instalaron a sus dioses en el lugar de los nuestros. Pero en todo lo demás somos superiores.» Sus comentarios sobre la historia se referían invariablemente a migraciones del oeste; a veces, a relaciones con el sur, y de vez en cuando a influencias llegadas del norte. Pero el este, allí donde se ondulaba el gran mar, jamás era mencionado.

Sin embargo, los mayas debieron de ser conocidos allí. Los adornos de jade verde tan apreciados por las mujeres arawaks y caribes, así como las bolas de goma que sus hombres atesoraban, les llegaron con toda seguridad de tierras mayas, puesto que en las pequeñas islas alejadas no había árboles de caucho ni minas de jade. Y existía también la costumbre de aplicar pesadas tablas a las cabezas de las mujeres, para inclinadas hacia atrás desde el puente de la nariz. No obstante, ni Ix Zubin ni su sabio abuelo ni cronista alguna de la historia maya habrían podido decir cómo habían llegado esos objetos a aquellas distantes tierras.

En otros aspectos, el conocimiento maya era prodigioso, tanto en volumen como en precisión. Dos mil años antes de que el anciano hiciera sus cálculos, los astrónomos mayas, siempre decididos a afinar sus mediciones, habían determinado que el año no tenía trescientos sesenta y cinco días, sino 365.24. Los europeos, que no lograron efectuar ese cálculo exacto, seguían a tumbos con su calendario, cayendo de año en año en mayores errores. Sólo en 1582, transcurridos casi dos siglos desde la muerte de Xoc, igualaron los astrónomos europeos a los mayas, que también habían determinado la trayectoria de Venus por los cielos en un curso exacto de 583.92 días.

Esos datos básicos estaban registrados desde hacía siglos en tablas, en hojas parecidas al papiro y celosamente custodiadas por los sacerdotes, que las perfeccionaban con pequeñísimos ajustes. Pero el logro de Cimi Xoc y sus pares, el que asombraría a las civilizaciones siguientes fue la capacidad de predecir los eclipses de sol. Cuando el anciano mostró por primera vez las tablas a su nieta, señaló por casualidad una fecha de quinientos años más adelante, según la cual, el

domingo 29 de marzo de 1987 se produciría un eclipse total de sol. Para estupefacción de Ix Zubin, las predicciones de su abuelo llegaban todavía doscientos años más allá.

Mucho antes del nacimiento de Cristo, los mayas habían ideado un sistema numérico múltiple, que les permitía calcular con exactitud fechas de diez mil años atrás o más aún, y de un tiempo equidistante en el futuro. En ese sistema de cinco números, la primera cifra representaba una cantidad muy grande; la segunda, una algo más pequeña; la tercera, una porción comparable a un año; la cuarta, el número de unidades próximo a un mes, y la quinta el número de días.

Cuando los eruditos europeos de principios del siglo XX descubrieron el secreto del sistema del calendario maya, vieron que se podía correlacionar el día exacto de la semana para cualquier fecha distante tres mil años en el pasado o en el futuro. Cada grupo de cinco números mayas representaba un día específico de determinado mes de un año dado. Pero lo más importante era que así establecían un fuerte lazo con los antepasados.

Estos registros se conservaban de una manera muy atractiva. Enfrente de los templos y de los edificios públicos se erigían grupos de estelas -columnas de piedra cuadradas- de un metro veinte de anchura, cuya altura llegaba a veces a la de tres hombres, uno sobre otro. En cada una de esas faces largas y angostas, escultores de extraordinaria habilidad habían tallado intrincados jeroglíficos -caras de dioses, funcionarios con sus atuendos reales, animales y símbolos arcanos- para recordar a los adoradores que misteriosos poderes influían sobre la vida cotidiana. Pero para Cimi Xoc y su nieta, el segmento más valioso de cada estela era la inscripción de fechas del período. Ix Zubin no olvidaría jamás el día en que su abuelo, desafiando las costumbres, la llevó a una ciudad cercana, en el continente, llamada Cobá. Allí le mostró, aunque ella era sólo una niña, el magnífico despliegue de estelas que resumían la resplandeciente historia del lugar.

-Esta habla de cosas que ocurrieron hace más de mil años -dijo el anciano-. Un sacerdote de nuestra stirpe ayudó a este gobernante--e indicó el rey que había reinado en aquel período lejano- a consolidar su poder. Aquí puedes ver a los esclavos arrodillados ante él.

Luego le mostró símbolos que fechaban los acontecimientos relatados en la estela como ocurridos el viernes 9 de mayo del año 755 -9.16.4.1.17 7 Imix 14 Tzec-- y fue con esa fecha clara y precisa como ella inició su conocimiento del sistema numérico maya. Pronto fue capaz de leer otras estelas: una registraba acontecimientos de noviembre del año 939; otra, hechos más recientes, de febrero de 1188.

Desde tan sencilla iniciación, con la lectura de las estelas del Cobá, que ella hizo sin dificultad, él le enseñó el complejo sistema que su propio hijo, el

padre de Ix Zubin, debería haber dominado para hacerse cargo de los cálculos del templo. Pero el joven resultaba demasiado limitado en su Inteligencia como para aprenderlo. Poco a poco, Ix Zubin comenzó a efectuar los cálculos de su padre y, en un tiempo asombrosamente breve, pudo trabajar en la astronomía, después, en los cálculos de Venus, y por fin, en las fórmulas para predecir eclipses.

-En nuestro arte sacerdotal-le dijo su abuelo-, pocas cosas hay más útiles para nosotros y más asombrosas para el pueblo, incluidos nuestros gobernantes, que nuestra capacidad de avisar: «El mes próximo desaparecerá el sol». Eso nos permite exigir ayuda para construir, por ejemplo, una nueva sala en el templo, con la advertencia de que, si se ruegan, el sol no reaparecerá y todos moriremos. La amenaza es útil, porque cuando el sol desaparece, tal como predecimos, todos escuchan, hasta los gobernantes. Y la sala se construye.

Durante quince años, desde 1474 hasta los primeros meses de 1489, Ix Zubin permaneció en las sombras, efectuando los cálculos sagrados que su padre necesitaba para cumplir con sus funciones. Los informes del nuevo sacerdote ganaron tal renombre por su exactitud que se hizo famoso en la isla y todo el mundo lo escuchaba, Formaban un equipo familiar: el sumo sacerdote, que actuaba ante la muchedumbre, y su inteligente hija, que trabajaba entre bastidores con los números mágicos. Los dos desempeñaban un honroso papel en Cozumel. Cuando ella se casó con un joven sacerdote del templo, ayudó también a prepararlo para que algún día ocupara el cargo de sumo sacerdote.

En esos primeros años, Ix Zubin empezó a percatarse de que grandes cambios amenazaban con destruir y modificar el imperio maya. A la sazón, ella, aunque desconocida por completo, se contaba ya entre los astrónomos más eficaces de aquel vasto reino y era muy superior a cualquiera de los que entonces trabajaban en Europa y Asia, pues su sutil conocimiento del tránsito de la Tierra por sus estaciones y del movimiento de los astros en los cielos no tenía comparación, a la vez que su dominio de los números y el cálculo del tiempo eran inconcebibles en otros lugares del mundo.

Fueron años dichosos. Con frecuencia pensaba que su padre, su esposo y ella formaban el trío más feliz de Cozumel. Cuando nació su hijo Bolón, la vida le pareció completa. Más tarde, a la muerte de su padre, el esposo heredó los atavíos externos del sumo sacerdote, mientras ella continuaba proporcionando al cargo sus cálculos astronómicos. Pero ella se esforzaba también por perfeccionar sus conocimientos, buscando secretamente los resultados de experimentos que se realizaban en otras partes del territorio maya. Pero llegó un momento en que tanto ella como su esposo comprendieron la necesidad de transmitir a su hijo el tesoro del saber acumulado. A partir de ese momento, ella comenzó a instruir a Bolón en su ciencia.

Por entonces, el niño tenía catorce años. Ix Zubin no tardó en ver que no poseía la percepción mental que ella había demostrado a los cinco años, pues ella era un genio, uno de esos niños que nacen en total armonía con el universo y sus arcanos movimientos, y esa singular aptitud ninguna madre podía transmitírsela a su hijo. Los genios llegan al mundo muy de vez en cuando, y su advenimiento es inexplicable. Pero si no podía legar a Bolón su capacidad, sí podía enseñarle a ser un buen matemático y a utilizar las tablas que sus predecesores habían recopilado a lo largo de treinta siglos.

Mientras el muchacho aprendía los secretos del sacerdocio, su padre comprobó, satisfecho, que tenía las condiciones necesarias para sucederlo como sumo sacerdote del templo de Cozumel. Por eso comenzó a instruirlo en los aspectos prácticos de esa función.

-Tu madre te ha enseñado a interpretar los principios sobre los que reposa nuestro templo. Es antiguo, poderoso y digno del respeto que le brindan las peregrinas. Pero para protegerlo debes permanecer atento a todos los cambios de poder entre quienes gobiernan, pues estamos sujetos a su voluntad.

Y por primera vez el niño oyó dos nombres poderosos, que resumían gran parte de la historia maya: Palenque y Chichén Itzá.

-Hace muchísimo tiempo, en un lugar que nunca he visto, llamado Palenque y situado muy al oeste -dijo el padre, señalando vagamente hacia el punto por donde se ponía el sol-, sabios sacerdotes y poderosos gobernantes descubrieron los secretos que la convirtieron en la ciudad más admirable de nuestro pueblo. Muchísimo después, enemigos extraños, llegados de los valles de poniente, invadieron nuestras apacibles tierras y nos impusieron una religión cruel, que establecieron en Chichén Itzá y, más tarde, en la gran Mayapán.

En este punto Ix Zubin interrumpió a su esposo a fin de introducir una observación perturbadora:

-Sólo cuando esos terribles extranjeros llegaron con sus sanguinarios dioses, inició nuestro pueblo sus sacrificios humanos. El dios de la lluvia, Chac Mool, es insaciable. Exige el sacrificio de muchos esclavos y también quiere a nuestros jóvenes. Antiguamente, nuestros benévolos dioses mayas nos ayudaban a cultivar los campos, a tener hijos fuertes y a mantener la paz en el hogar. Nunca sacrificábamos a un ser humano ante una estatua de piedra.

-¡Zubin! ¡No! -exclamó su esposo, aterrorizado-. No vuelvas a hablar en contra de los sacrificios. Te lo he advertido cien veces. -Luego añadió, volviéndose hacia su hijo--: Olvida lo que ha dicho tu madre. Si los sacerdotes que ofrecen los sacrificios te oyeran ... -Hizo una pausa amenazante-. Purifica tu mente y mantenla limpia o no vivirás para ser sacerdote.

Pero cuando Ix Zubin estuvo sola con su hijo, susurró:

-Mi abuelo, el más sabio de todos y el único que ha estado en Palenque, me lo dijo: Antes de que vinieran los intrusos no sacrificábamos a nuestros mejores jóvenes. Sin esa ayuda sanguinaria, el sol regresaba cada mañana e iniciaba su viaje hacia el norte en el tiempo fijado, año tras año. Pero los nuevos gobernantes traen reglas nuevas, y los que son sensatos las obedecen.

Fue entonces cuando Balón reveló el hecho de que tal vez no llegara a ser un ferviente seguidor de la religión adoptada, impuesta en Chichén Itzá, pues preguntó:

-¡,Y estaba aquí el templo antes de que llegara la nueva religión?

-Sí -contestó su madre.

Eso fue todo cuanto se dijeron ambos sobre el tema. Pero ella recordaba bien el día en que había hecho a su abuelo la misma pregunta, para recibir la misma respuesta: «Sí».

En los dos meses siguientes a la muerte de su padre, Balón, el nuevo sumo sacerdote, que por entonces tenía dieciséis años, e Ix Zubin, se enfrentaron con una serie de difíciles problemas, pues resultaba obvio que los gobernantes de Cozumel, por no haber recibido órdenes de Mayapán sobre el templo de la fertilidad, estaban decididos a clausurarlo, pero no se atrevían a hacerla inmediatamente debido a la llegada constante de mujeres del continente deseosas de recibir una garantía de los dioses de que gestarían un hijo. Decididos a esperar hasta que fuera posible tomar medidas para detener tales peregrinajes, concentraron su atención en una gran ceremonia ritual cuyo objetivo era poner fin a la adoración en el templo.

El rito tenía un doble propósito: olvidar a los antiguos dioses de los mayas y confirmar a los dioses nuevos. Para lograrlo con mayor efectividad, las autoridades civiles decretaron que se hiciera una ofrenda a Chac Mool, el poderoso dios de la lluvia, cuya benevolencia aseguraba las debidas cantidades de agua durante la estación del crecimiento. Cuando Ix Zubin se enteró, sintió repugnancia, pues a ningún dios del panteón detestaba tanto como a Chac Mool. Consideraba, con sobrados motivos, que sus ritos salvajes degradaban su bello templo, cuya gloria siempre había sido protegida y realzada por los hombres de su familia.

Chac Mool, tanto en aspecto como en funciones, era uno de los dioses más siniestros que los conquistadores del oeste habían impuesto a los mayas: una deidad de tierras extrañas, que exigía sacrificios incomprensibles. Se le veía en cientos de grandes estatuas de piedra por todo el territorio maya: un feroz guerrero, tendido de espaldas, medio incorporado sobre los codos, las rodillas flexionadas y los pies sólidamente posadas en tierra. Esta postura antinatural

permitía. que su tenso vientre proporcionara un espacio plano en el cual se tallaba un gran plato, que el ídolo sostenía con sus manos de piedra. El receptáculo estaba destinado a recoger las donaciones de las mujeres que acudían a pedir la ayuda de los dioses, y en días festivos desbordada de flores, fragmentos de jade y hasta trozos de oro ... forma de adoración a la que Ix Zubin no se oponía.

Pero las autoridades civiles, no los sacerdotes, ordenaron que en ciertas festividades Chac Mool, esa figura brutal incómodamente tendida de espaldas, fuera el destinatario de regalos más importantes que trozos de jade. Cuando se dio a conocer este edicto, el miedo cundió entre los esclavos de Cozumel y todos los hombres jóvenes de la isla, pues sabían que ese plato vacío ahora quería un corazón, arrancado de un cuerpo vivo. Ninguna otra cosa lo complacería.

Cuando Ix Zubin oyó hablar de la inminente fiesta de la lluvia, llevó discretamente a su hijo hasta el templo, con cuidado de no pisar las zonas prohibidas a las mujeres, y lo condujo hasta la estatua.

-¡Mira! -susurró-. ¿Has visto alguna vez una cara tan horrorosa? Con su habitual perspicacia, había identificado el verdadero horror de Chac Mool: además de estar en una posición muy incómoda, su cara de piedra estaba girada noventa grados a la izquierda, de tal modo que su rostro de guerrero, coronado por un gran casco de piedras que le cubría el pelo, con protuberancias en las orejas, relucía malévolamente, con las comisuras de la boca contraídas en una mueca feroz dirigida a quien se aproximara.

Era una representación brutal y deformada del cuerpo humano, pero ella debía admitir que resultaba efectiva: la figura de un dios vengativo, que exigía sus sacrificios. Dondequiera que apareciese se le reconocía de inmediato, pues esa curiosa postura era invariable, con una excepción: a veces su fea cara de piedra estaba vuelta hacia la derecha en vez de hacia la izquierda. Chac Mool era un dios creado para provocar el terror en el corazón de cualquier devoto, y ése había sido el propósito de quienes lo impusieron al pueblo.

-Espera un corazón humano -susurró Ix Zubin-. Este templo no fue construido para eso. Es un impostor.

-¿Cuándo llegó?

-En tiempos de mi abuelo. Pusieron dos Chac Mools en la isla, pero no en nuestro templo. Los sacrificios se tornaron bastante comunes. Generalmente se mataba a esclavos, pero también a nuestros propios hijos cuando así se exigía. Mi abuelo se manifestó contra semejante práctica.

-¡,Y qué ocurrió? -preguntó Balón, con la mirada fija en Chac Mool.

-Algo que mi abuelo no preveía. Hubo una sequía inesperada, y se decidió instalar otro Chac Mool en nuestro templo. Pese a las objeciones de mi abuelo, esta monstruosidad fue arrastrada hasta aquí y puesta donde la ves.

-Ahora también ella miraba con fijeza el semblante de piedra. Y el día en que finalmente la instalaron ahí, con la ayuda de más de cincuenta hombres, los otros sacerdotes apresaron a mi abuelo, lo arrastraron hasta el altar de piedra que ahí ves, lo echaron hacia atrás y le abrieron el pecho con un afilado cuchillo de obsidiana.

Así. -Con un índice tembloroso, trazó el paso de un puñal a través del vientre de su hijo. Luego añadió, con voz sofocada por el dolor-: El sacerdote que sostenía el cuchillo lo dejó caer, metió la mano en la herida, buscó a tientas el corazón, que todavía palpitaba, y lo arrancó del cuerpo de mi abuelo para arrojarlo ahí.

Después de señalar el plato de piedra que la estatua sostenía, fea desde todos los lados, Ix Zubin se estremeció y condujo a su hijo fuera del templo. Ambos salieron seguidos por la mirada maligna de Chac Mool.

Ix Zubin pasó el mes anterior al sacrificio añadiendo dos páginas a los registros de Cozumel; en ellas resumía los logros de su renombrado abuelo y los éxitos, no tan importantes, de su padre. Bajo la observación de Bolón, que confirmó la exactitud de sus símbolos, añadió las fechas exactas durante las cuales cada uno de ellos había ejercido su función. Al terminar, madre e hijo miraron los pergaminos con orgullo.

-Aquí está el registro ---dijo ella-. Tus antepasados fueron hombres que merecen ser recordados. -Luego apretó la mano de su hijo- y también lo serás tú. Para guiarnos por los tempestuosos días que se avecinan.

Apenas había terminado de hacer esa predicción cuando tres corpulentos mensajeros, enviados por los jefes de la isla, se presentaron para confiscar los escritos.

-Quedarán en manos de los gobernantes ---dijeron.

Y por primera vez en siglos los registros abandonaron los confines del templo. En el momento en que los mensajeros desaparecían, ella les preguntó:

-¿Por qué?

-:Crean que cuanto hizo tu abuelo estuvo mal -respondió uno de ellos....Por eso quieren cerrar lo que llaman -su templo.



Aturdida por esa profanación de los escritos sagrados, Ix Zubin vagó por la isla, durante dos días, saludando con la cabeza a las embarazadas que llegaban en las canoas, después de un largo viaje. Después, desde lo alto de una colina; observó el inmenso mar que llegaba a la costa de levante. Pero continuamente sus ojos volvían a posarse en el hermoso grupo de edificios, nueve en total, que componían el templo, con sus senderos de grava blanca; sus altos árboles y sus lomas floridas. Constituían un noble escenario que alegraba el corazón, y ella no estaba dispuesta a entregarlo a hombres malvados, que carecían de visión y no sabían apreciarlo. Estaba decidida.

De regreso a sus habitaciones, en la parte posterior del templo principal, dijo a Balón:

-Debemos partir de, inmediato y presentar personalmente nuestra súplica en Mayapán.

Bolón, sorprendido por los últimos acontecimientos acaecidos en la isla, no preguntó a su madre la razón. Pero no estaba preparado para lo que ella siguió diciendo:

-Debemos partir en una misión de suma importancia, para ti, para mí y para Cozumel. Si quieres salvar nuestro templo y servir en él, debes entender la gloria de nuestros logros. Debes ver lo que fuimos y en qué podríamos convertirnos.

Tras estas palabras, el peregrinaje que su madre le proponía, tomó un significado más trascendente.

Pero Ix Zubin se enfrentaba con un problema casi insoluble: según las costumbres mayas, era inconcebible que una mujer sola, acompañada por un jovencito de dieciséis años, hiciera un viaje, cualquiera que fuese la distancia a recorrer, y viajar para protestar ante el vacilante gobierno de Mayapán resultaba ridículo. Terna que buscar por fuerza un hombre mayor que ella, para que sirviera como jefe de la expedición. Aun siendo la mujer más capaz de toda Yucatán, la tradición le exigía que hiciera ese viaje guiada por un hombre.

Pasó los dos días siguientes analizando la situación con Balón. Mencionaron y descartaron a varios candidatos:

-Demasiado miedoso; si viera brincar a un zorro gritaría pidiendo ayuda.

-Demasiado estúpido. No comprendería jamás.

-Demasiado servil a los gobernantes.

Irritada por la imposibilidad de hallar a un hombre digno de confianza, guardó silencio. En ese momento, mientras ambos permanecían callados bajo un árbol próximo al templo, vio que la solución a su problema se acercaba por el camino, con cuidado de no pisar las flores: su anciano tío Ah Nic (Ah significaba «macho»), un sacerdote de segundo orden, en el templo de Cozumel, a quien pocas cosas interesaban en la vida, salvo las flores y los niños huérfanos. Era un hombre que caminaba con afectación y sonreía cuando las cosas marchaban mal, los hombres superiores lo menospreciaban, pero lo toleraban por su gentileza. Ah Nic podía ausentarse sin provocar sospechas. Por eso ella gritó:

-¡Por favor, tío, necesito tu ayuda!

Cuando le reveló su proyecto de apelar a las autoridades de Mayapán, él dijo con serenidad:

-Si estás dispuesta a malgastar el tiempo yendo a ese sitio que carece de toda autoridad, te acompañaré. Pero creo que antes deberíamos mostrar a tu hijo un verdadero monumento, Chichén Itzá.

Ella se echó hacia atrás ante la mención de la ciudad, en otros tiempos grandiosa, pues en su familia se creía que, al establecer los invasores allí su nueva religión, habían destruido en gran parte la grandeza del pueblo maya.

-Es un sitio poco hospitalario -replicó.

Pero su tío se mantuvo firme.

-Sus dioses son crueles; sus templos, sublimes.

Estas palabras del anciano tocaron un acorde en Ix Zubin, y ella se volvió hacia su hijo:

-Cuando yo tenía tu edad, Bolón, mi abuelo me llevó a Chichén Itzá. y quedé aterrorizada al ver el profundo pozo donde arrojaban a las jóvenes para apaciguar a los dioses.

-¿Por qué hemos de volver? -preguntó su hijo ..

-Porque también ví grandeza ---explicó ella-. Mucho después de que esos dioses detestables abandonaron mis sueños, recordé los nobles templos y los bellos, patios. Tienes derecho a verlos, Bolón, para que sepas lo que es la grandeza.

Así, en la oscuridad de la noche, sin luz que los guiara para no llamar la atención, los tres recogieron las ropas y demás efectos necesarios para el viaje: buenas túnicas de algodón tejidas y cosidas por Ix Zubin, un par de botas de recambio con gruesas suelas de cuero, abrigos contra la lluvia hechos de juncos apretadamente tejidos y finas lianas y, lo más importante, los tres tipos de dinero que precisarían para comprar alimentos en el camino: jade, oro y semillas de cacao.

Ix Zubin sacó de varios escondrijos los trozos de jade que había guardado a lo largo de los años. Sabía que algunos no le pertenecían a ella, sino al templo, pero justificó aquella especie de robo diciendo a Bolón: -Tu padre y yo trabajamos para ganar este jade. Nos corresponde. Bolón había reunido riquezas de un tipo muy diferente. Esparció ante su madre preciosas semillas de cacao, cada una de las cuales valía por una comida. Era, quizás, el tipo de moneda más valioso del mundo entero, pues si, tras circular como dinero durante un año o dos, caía en manos de algún hombre lo suficientemente rico, los granos serían molidos para hacer el delicioso chocolate que tanto ansiaban los mayas. Bolón, guardando cuidadosamente la bolsa en que había acumulado esas semillas, gracias a pequeños trabajos efectuados para familias importantes, aseguró a su madre:

-Con esto podremos ir y volver.

Tanto Ix Zubin como Bolón se sorprendieron al ver que Ah Nic sacaba unas cuantas piezas de oro; durante años las había ocultado entre las ofrendas del templo.

En medio de la noche, se pusieron en marcha.

Los propietarios de la canoa que emplearían para la primera parte del viaje no se entusiasmaron con la perspectiva de aventurarse hacia el sur en la oscuridad, pero habían hecho dos viajes similares y sabían que el desastre no era inevitable. Por lo tanto, cuando Bolón sacó de su saco cuatro semillas de cacao, los remeros se apoderaron de ellas y comenzaron a remar.

Mientras remaban en la noche silenciosa y las suaves aguas del Caribe lamían los flancos de la canoa, Ix Zubin reveló sus planes:

, -En Tulum hay algo importante que debes ver -y explicó que irían hasta Tulum, al sur, y luego a Chichón Itzá antes de continuar hacia Mayapán.

Bolón no le prestaba mucha atención, pues las razones de su madre eran demasiado personales y confusas. Su atención estaba centrada en el mar, musical y misterioso: en esa extraña masa de agua por la que nunca se había aventurado hasta entonces y que lo tenía cautivado.

-¿Por qué no construimos canoas grandes para explorar esta gran superficie de agua?

-Somos un pueblo de tierra. Nada sabemos de aguas como éstas -dijo Ah Nic, repitiendo la respuesta que se daba desde hacía mil años.

Luego contó a Bolón la gran aventura que había representado para los mayas, muchas generaciones antes, abandonar la tierra que era su hogar para dar el gran salto hasta, Cozumel, aunque la distancia no superaba en mucho los -diecisiete kilómetros y la tierra estaba a la vista en todo el trayecto-. Fue un acto de valor. Muchos de esos primeros exploradores murieron convencidos de que los alcanzaría una catástrofe, pues habían faltado a la tradición al cruzar las aguas hasta la isla. -Ah Nic disfrutaba con esas explicaciones.

-¿Tú tendrías miedo si te aventuraras en ese mar? -preguntó Bolón, dejando adivinar en su tono de voz que a él las aguas que surcaban en ese momento le parecían seguras, pues la tierra era visible bajo la noche estrellada, pero que las «otras aguas,, aquellas situadas más allá del punto en donde aún se divisaba la tranquilizadora tierra, lo asustarían en extremo.

-Cuando el abuelo me llevó a Tulum en una canoa como ésta con cuatro corpulentos remeros, tuve la seguridad de que íbamos hacia el fin del mundo -dijo su madre, confirmando ese miedo-. Y puedo asegurarte que me sentí muy aliviada cuando descendimos a tierra. -Riendo entre dientes de sus propios temores, agregó-: En cuanto a aventurarme allá afuera, me aterrorizaría.

-También a mí -dijo Ah Nic.

Entre el punto de partida en Cozumel y Tulum sólo había unos sesenta kilómetros. Puesto que las olas podían ser altas y el avance lento, sólo al amanecer del segundo día se aproximaron a la zona del templo. Mientras los dos remeros sacaban la canoa a tierra, los ocupantes levantaron la vista. A unos doce metros por encima de ellos se alzaba el contorno sombrío de una torre fortificada, diferente de todo cuanto había en Cozumel. Así, erguida al borde del mar, parecía lanzar una advertencia a quienes llegaran: «¡No intentes atacar la ciudad que custodio, pues somos inexpugnables!».

Después de despedirse de los remeros y trepar por la empinada cuesta hasta la ciudad, descubrieron, que esa primera impresión de lugar firmemente defendido se intensificaba. Una vez más se encontraron con algo que Bolón nunca había visto: toda la zona central de fuertes y

templos estaba rodeada por una sólida muralla de piedra, sin aberturas, dos veces más alta que un hombre y de increíble espesor. Había varias puertas, y cuando los peregrinos atravesaron la más próxima al embarcadero vieron una serie de templos alineados a lo largo de una calle principal, que corría de este a oeste. El conjunto causaba una gran sensación de orden., Las viviendas de los ciudadanos se esparcían fuera de las murallas.

Cuando apenas habían inspeccionado un templo, Ix Zubin expresó su disgusto por la forma descuidada y poco artística en que habían sido construidos los edificios:

-Son tan groseros y brutales como nuestro Chac Mool.

Tulum había sido construida en los tiempos en que la gloria maya comenzaba a decaer, y por ese entonces los arquitectos se conformaban con utilizar toscos trozos de roca, sin pulidos. Los edificios tenían fachadas feas y no estaban orientados hacia bellos panoramas. Algunas aberturas daban al Caribe, pero eran muy pequeñas, como si los sacerdotes, en el interior, tuvieran miedo de mirar al mar, como si prefirieran la tierra boscosa que acometía desde el oeste y les era familiar. El templo principal tenía una útil finalidad: era centro de peregrinaje para aquéllos sin recursos suficientes para pagar los largos viajes a Cozumel y Chichón itzá. Los hombres que en él oficiaban eran, sin embargo, tan toscos como el edificio. El principal adorno era un Chac Mool de excepcional fealdad, cuyo cuerpo reclinado estaba tan tenso en su distorsión que apenas parecía humano; su ceño brutal aterrorizaba. Poco más se veía que pudiera provocar cierto esclarecimiento espiritual, e Ix Zubin se mostró dura al ayudar a su hijo en la valoración de lo que estaban contemplando:

-Es un revoltijo sin belleza. No anima el espíritu. Estos arquitectos y escultores no estaban inspirados por un sentido interior de la majestad. En realidad, estos templos no tienen razón de ser, salvo para servir a una población incapaz de pagar el viaje hasta uno de verdad.

Su hijo, que sólo conocía los templos de Cozumel, no estaba de acuerdo:

-Tulum es dos veces más grande que lo que nosotros tenemos. Me gusta el hecho de que mire hacia el mar. Además; está en alto, gracias a este acantilado. La posición es mucho más elevada que la nuestra en Cozumel.

Ese razonamiento limitado irritó a Ix Zubin.

-El tamaño no sirve como medida, Bolón. Mira ese Chac Mool. Por horrible que sea el nuestro, comparado con éste es una obra de arte. El nuestro está bien tallado, debidamente pulido. Y las botas y el tocado

fueron bellamente labrados. Es una estatua de verdad. Si toleras a Chac Mool, cosa que yo no puedo decir, el nuestro puede considerarse impresionante. Pero éste ... -y miró con desdén sus múltiples defectos-. Lo más irritante, Bolón, es que no cumple su función.

-¿Qué función?

-Provocar sensación de sobrecogimiento, de poder místico.

-Cuando vea ese plato posado en su vientre e imagino lo que tiene que contener sienta un sobrecogimiento terrible -comentó Bolón.

Su madre no aceptó la observación.

-Mira ese horrible objeto, hijo. Sólo ofrece espanto. -y le explicó el principio que había guiado tanto a su abuelo como a ella en el servicio a la isla:- Cuando haces algo, hazlo bien en lo esencial, pero añade luego algo que le otorgue importancia. Bien sabes cuánto detesto a nuestro Chac Mool, pero admiro el trabajo que se tomó el escultor para hacer las botas perfectas, el casco adecuado. Guíate por eso cuando llegues a ser el sumo sacerdote de nuestro templo.

Mientras se preparaban para continuar el viaje a Chichén Itzá, Ix Zubin tuvo oportunidad de estudiar a su hijo. Cuanto más lo observaba así, ya en el umbral de la virilidad, más complacida quedaba. Míralo, susurró para sus adentros, al ver que él se adelantaba. Qué bello cuerpo, qué mente tan ágil. Y vio, con maternal satisfacción, que las incontables noches pasadas atando tablas contra la cabeza del niño habían dado su fruto, pues la frente se inclinaba hacia atrás en una línea perfecta, sin interrupciones, desde la punta de la nariz hasta lo alto de la cabeza, tal como debía ser la cabeza de un maya. Con semejante perfil, su hijo sería sin duda uno de los jóvenes más apuestos de cualquier comunidad. Ix Zubin no lograba entender que algunas madres (y podía nombrar a unas cuantas entre las mejores familias de Cozumel) descuidaran la formación de la cabeza de sus hijos, pues sólo se requería paciencia y atar la tabla todas las noches, durante los primeros seis años.

Desde el templo de Tulum hasta la congregación de grandes edificios situados en Chichén Itzá había un sendero mal conservado, que no merecía el nombre de camino. Sin embargo, por él llegaban de vez en cuando algunos personajes importantes, sentados en sillas cubiertas por un palio de esterillas, que cuatro esclavos portaban sobre sus hombros. Bolón, al contemplar la llegada de un cortejo que seguía a la carrera a una de esas sillas, dijo a su madre:

-Así me gustaría viajar.

-¡Qué ambición altanera! -lo reprendió ella-. ¡Viajar sobre la espalda de otros!

Y el muchacho se ruborizó por haber sido tan presuntuoso.

El estrecho sendero recibía sombra suficiente de los árboles bajos que protegían a los viajeros del sol cegador, pero la humedad era tal que todos sudaban profusamente. La fina prenda de Ix Zubin estaba siempre mojada. Bolón iba desnudo de cintura para arriba, pero llevaba empapado el corto taparrabo. Cuando llegaban a alguna pequeña aldea, edificada en un claro, sólo se detenían para tomar algún refresco. Con gran cautela y tras calcular las semillas de cacao, Ix Zubin decidió que podía utilizar un fragmento de jade o un trozo de oro de Ah Nic para pagar los alimentos que necesitaban. Pero se sentía satisfecha cuando su hijo salía en busca de comida sin recurrir al tesoro y traía un mono cazado con una lanza afilada, un pavo atrapado con red, succulentos brotes de árboles, un pez que Ah Nic pescó en un arroyo, raíces y hojas tiernas de arbustos cuidadosamente seleccionadas. Por la noche dormían bajo los árboles, usando el follaje y las ropas de recambio como colchón y abrigo.

Cuando se apartaron de las tierras bajas y boscosas vieron extenderse ante ellos las grandes planicies de Yucatán, quebradas sólo ocasionalmente por tristes grupos de árboles. El sol era tan implacable que temieron perder el sentido. Pero la buena suerte los acompañó, pues un día, al caer bajo la sombra de un árbol, ya exhaustos, se les unió un grupo de peregrinos, procedentes de otro sector de la selva. Estos hombres y mujeres llevaban con ellos ligeras esterillas tejidas, que sujetaban a un par de horquetas para formar un cómodo toldo sobre sus cabezas. Como llevaban algunas para vender en un mercado, cerca de Chichén Itzá, prestaron un par de esterillas a Ix Zubin y a sus compañeros.

Los forasteros, que no tenían interés alguno por Chichén Itzá, se separaron de ellos mucho antes de llegar allí. Pero Ah Nic, reacio a perder la protección de su toldo, exclamó como un niño: «¡Quiero quedarme con el mío!». La transacción quedó completada cuando su sobrina ofreció a los mercaderes un pequeño trozo de jade a cambio de tres esterillas. Una vez que los desconocidos se fueron, Ix Zubin comentó:

-Me alegro de que estemos solos, pues éstos son momentos solemnes.

Como Bolón preguntó por qué, ella le explicó:

-Cuando uno viaja solo debe mirar y también pensar.

Y se sentaron a la sombra de las esterillas recién compradas, para que ella narrara a su hijo las glorias de su pueblo. Quedó encantada al comprobar que él la escuchaba con atención. Esa noche, tendida en el suelo, pensó: Se está convirtiendo en sacerdote. Con el tiempo lo conseguirá.

Al día siguiente, Ix Zubin continuó analizando ciertos temas con su hijo:

-Quien sea nombrado sumo sacerdote de nuestro templo, y no dudo que serás tú, deberá ser fuerte para defender las antiguas creencias. Tendrá que conocer asimismo las grandes tradiciones de nuestro pueblo, de lo contrario no podrá cumplir con sus responsabilidades. -y le habló de su iniciación a la grandeza de la vida maya-: Cuando mi abuelo comprobó que yo, a los cinco años, podía contar y comprendía los misterios de los números mejor que muchos jóvenes de veinte años, aspirantes a sacerdote, me dijo: «Cozumel no es lo bastante grande para tus sueños». E interrumpió lo que estaba haciendo para cruzar el agua hasta la tierra grande. Allí me llevó por los senderos de la jungla hasta Tulum, donde me mostró lo miserable que era el templo. Después continuamos el viaje hasta aquí por los senderos oscuros. Y aquí me dijo: «Ahora verás la grandeza de nuestro pueblo». Cuando le pregunté por qué habíamos caminado tanto, me respondió: «Mientras no hayas visto la grandeza, no podrás lograrla en tu propia vida. Cuando estudies los papiros en nuestro templo, no quiero que los leas como algo singular, sino como uno entre miles, que se guardan en cientos de templos de esta ancha tierra y cada uno confirma lo que dicen los otros. Para eso viajamos a Chichén Itzá». Y para eso hemos venido tú y yo, tantos años después.

Cuando se aproximaron a la vasta serie de edificios, ahora desiertos, pues la jefatura de los mayas había sido trasladada a Mayapán, Ix Zubin vio que los templos que tan vivamente guardaba en su memoria, y asociados a tan temibles recuerdos, ahora eran todavía más imponentes, pues las enredaderas los cubrían como dedos codiciosos. Frente a ese misterio de la tierra, que reclamaba sus templos, se convirtió en una mujer diferente, en una sacerdotisa ordenada por su propia voluntad, inspirada por sus recuerdos de sueños y pesadillas. Volvió a ser aquella criatura de deslumbrante inteligencia, la aventurada joven que había preservado la larga memoria de su pueblo maya. Si su primera visita a Chichén Itzá la había despertado al terror y la gloria de la vida maya, ahora estaba sedienta por inculcar en su hijo igual apreciación. Con ese propósito, pasó de largo junto a Chac Mool y sumergió a Bolón en la grandeza de las ruinas de Chichén Itzá.

El muchacho quedó aturrido ante la vastedad de los edificios, su brillo arquitectónico, la variedad y la manera en que se vinculaban entre sí, proporcionando grandes espacios abiertos para las reuniones, canchas de pelota para los juegos, profundos y misteriosos pozos, llamados Cenotes, en los cuales se arrojaba a las doncellas con las gargantas abiertas, para apaciguar a los dioses, una vez que los extranjeros impusieron su nueva religión. Aunque los invasores del oeste habían llegado a ese sitio quinientos años antes, Ix Zubin aún los consideraba extranjeros, debido a las crueles costumbres religiosas por ellos impuestas.



Pero la prueba que deseaba para su hijo era de otro tipo. De pie junto a uno de los cenotes le dijo a Bolón:

-Cada vez que la ciudad se enfrentaba con una crisis que requería instrucciones inmediatas de los dioses, los sacerdotes traían aquí, al amanecer, a doce doncellas desnudas y las arrojaban una a una a las profundas aguas de allí abajo. A mediodía volvían con largas varas, a fin de sacar a las muchachas que hubieran sobrevivido. Se suponía que esas afortunadas traerían consigo instrucciones de los dioses.

-¿Y si ninguna sobrevivía? .

-Eso significaba que la ciudad estaba en dificultades.

-Quienes estaban en dificultades, a mi modo de ver, era las doce muchachas -aventuró Ah Nic.

Pero su sobrina le reprochó que tomara a la ligera una tradición religiosa, por horrible que fuera.

Había dos detalles que Bolón recordaría: las nobles pirámides, que estaban en ruinas, pero con altos templos aun en los pináculos, y la excelencia artística de las estatuas de Chac Mool, que parecían mejor talladas que las de Cozumel y las que había visto brevemente en Tulum. Pero su madre le hizo ver algo más:

-Fíjate en cómo fueron construidos estos templos, en la perfección de sus piedras, en la manera en que se funden unos con otros. -En tanto él estudiaba los detalles, Ix Zubin continuó, con una monotonía casi mística-: Estos templos fueron construidos por hombres que conversaban con los dioses, que habían visto un mundo más perfecto. -Mientras los tres compartían el espectáculo de cuatro templos, cada uno con su propia finalidad, cuyas fachadas parecían entrelazadas, ella cogió de las manos a Bolón, exclamando--: Pese a los horrores que aquí he visto, si no hubiera contemplado las glorias de Chichén, habría muerto ciega. -y continuó con una ininterrumpida letanía, describiendo las maravillas del lugar.

Pasaron tres días entre los templos en ruinas, pero apenas habían vislumbrado su riqueza, pues cuando Bolón creía haber agotado las cosas que deseaba investigar, dió con una cancha de pelota, mucho más pequeña que la primera que había visto. Estaba entre unos edificios y éstos parecían proteger tanto al terreno de juego como a las dos estelas que señalaban sus metas. Era una joya: una cancha para practicar, sin duda, y él no pudo dejar de correr hasta el centro del campo, brincando, retorciéndose como si participara en un vigoroso juego. Pronto se encontró gritando a sus invisibles compañeros. La madre, que lo observaba desde una de las metas, con sus

hermosas tallas, pensó: Ha atrapado el espíritu. Está preparado para ser sacerdote. Y esa noche, cuando acamparon cerca de la pequeña cancha, le dijo:

-Ya estás listo para ser sacerdote. Y quizá seas de los grandes, como mi abuelo, aunque a tu modo. Queda por ver si estás listo para ser hombre. Continuemos el viaje a Mayapán y veremos cómo batallas contra las autoridades.

Se acostaron hambrientos, pero satisfechos, pues la riqueza de los templos los había saciado.

Por la mañana Bolón se levantó temprano, ansioso por reanudar el viaje a Mayapán y probar su voluntad contra los gobernantes de la ciudad. Pero antes de que iniciaran la marcha los sorprendió la llegada de un grupo de once hombres y mujeres, de aspecto sombrío, obviamente desanimados y sin jefe alguno. Cuando Bolón corrió a interrogarlos, uno dijo, ceñudo:

-Venimos de Mayapán.

-¡Hacia allí vamos! -exclamó él.

-¡No vayáis! gritaron todos acto seguido al unísono. -¡No hay motivo para hacerlo!

-Nosotros acabamos de abandonar la ciudad. Allí todo es confusión.

-¿Qué ha pasado? -se apresuró a preguntar Ix Zubin.

-Cuando nuestros jefes vieron que se les escapaba el poder, que la gran Mayapán se deslizaba hacia el polvo -explicó un hombre de barba cuadrada y negra casi llorando, tomaron decisiones incorrectas, dictaron leyes estúpidas; decretando la decapitación de los ciudadanos que las desobedecían. Hay disturbios por doquier. Incendios, casas destruidas y también templos. El fin del mundo.

Cuando oyeron a los demás recién llegados, estas noticias les fueron confirmadas:

-Sí, Mayapán estaba ya sumido en una gran confusión desde hacía muchos años. Cuando todo era caos, nuevos invasores llegaron desde el sur. con otros dioses y otras leyes. Muchas promesas vocingleras. -El que hablaba, Un trabajador, se encogió de hombros.

-Promesas, y ahora, ¿quién sabe? -completó la esposa del anterior, abrazando a su hija.

-Hasta el intento de ir allí sería arriesgar la vida y la cordura -añadió el hombre de la barba.

-¿Adónde vais vosotros? -preguntó Ah Nic.

-¡Ay de mí! -se lamentó un anciano de pelo cano--, cuando en el cielo aparece la tempestad, los sabios se aprietan a la tierra para que el rayo no los alcance.

-Buen consejo -dijo Ix Zubin, impaciente-. Pero ¿dónde encontrarás esa tierra protectora?

Le preocupaba la seguridad de su hijo. Y el anciano, después de nuevas expresiones de dolor, dio otra respuesta sin sentido:

-En estos tiempos buscamos consuelo, coraje, la sabiduría de quienes existieron antes.

-Vamos a Palenque, donde en otros tiempos los dioses nos tomaron, bajo su protección -lo interrumpió enérgicamente una mujer, irritada por tantas divagaciones.

Ante la mención de ese nombre casi sagrado, tanto Ix Zubin como su tío ahogaron una exclamación, pues ese antiguo lugar resonaba en sus mentes y la inesperada oportunidad de visitarlo los atraía mucho. Sin consultar con sus dos compañeros, olvidando la idea de visitar la moribunda Mayapán, Ix Zubin gritó:

-¿Podemos ir con vosotros?

-¿Podemos? --exclamó Bolón, igualmente suplicante, antes de que nadie pudiera responder.

El anciano sonrió condescendiente.

-Son muchos días de viaje, hacia el oeste y el sur. Siendo mujer, no podrías.

-Soy la nieta de Cimi Xoc -lo interrumpió con audacia Ix Zubin. Cuando el hombre de la barba oyó ese augusto nombre, alargó las manos para saludar a Ix Zubin, pero hizo ciertas preguntas, cuyas respuestas demostrarían si existía el parentesco con el reverenciado astrónomo. -Ella respondió correctamente, superando todos los interrogantes y revelándose bastante informada sobre el secreto de los planetas y sobre cómo se habían gobernado los mayas en tiempos lejanos.

El que preguntaba era un hombre prudente, que no quería entorpecer la marcha de su grupo con gente débil. Por eso, antes de dar su respuesta señaló al cielo, donde, una luna en cuarto creciente aún se mostraba a la luz del día, y dijo:

-Palenque está lejos. Antes de que llegemos, la luna volverá a estar como hoy. Antes de que podamos regresar habrá pasado dos veces por esa fase.

Ix Zubin se volvió hacia sus hombres, para preguntarles si se consideraban capaces de continuar hacia Palenque. Ah Nic, a quien interrogó el primero, mostró la reticencia que ella esperaba. La gente de Mayapán dejó oír un murmullo, oponiéndose a admitirlo en el grupo. Eso preocupó a la mujer, pues veía gestarse animadversiones que echarían a perder la expedición. Por eso desafió a su tío enérgicamente:

-Eres sacerdote del templo de la fertilidad, en Cozumel. Estas mujeres de Mayapán serían capaces de viajar mucho para recibir tu bendición. Eres la conciencia de nuestro pueblo, el custodio de las cosas buenas. Reúne fuerzas y asume el liderazgo que por tu rango mereces.

Sus palabras tuvieron un doble efecto. Las mujeres que integraban el grupo recién llegado, al comprender lo mucho que debían a los ritos de Cozumel, a cualquier sacerdote que oficiara en ellos, comenzaron a murmurar, mientras el mismo Ah Nic reconocía la verdad de lo dicho por su sobrina. Reuniendo coraje, asumió una actitud adecuada y habló con serenidad:

-Soy sacerdote y es mi deber asegurar me de que todos lleguéis a Palenque, un lugar sagrado, en buenas condiciones. Bolón y yo podemos soportar los rigores. Ix Zubin es de corazón más fuerte que cualquiera de nosotros. Marchemos.

Y así iniciaron el largo viaje a Palenque.

Aunque los hombres de Mayapán estaban impresionados por la buena disposición del anciano para encargarse del mando, necesitaban asegurarse en otros dos aspectos.

-Este podría ser el último viaje para cualquiera de nosotros --dijeron--, debemos asegurarnos. Cuando se viaja desde aquí hasta Palenque, es preciso cruzar selvas, pantanos, arroyos que se desbordan súbitamente. Se pasan días sin ver el sol... Hay millones de insectos, serpientes ... Pocas aldeas ...

-Mirando con fijeza a los aspirantes a peregrinos, el portavoz preguntó:- ¿Podréis enfrentaros con todo esto?

-Sí -contestó Ah Nic.

Entonces llegó la pregunta crucial:

-Tendremos que comprar muchas cosas en el trayecto ... cuando haya oportunidad. ¿Tenéis algo de valor?

Bolón iba a contestar que sí, pero Ah Nic apoyó suavemente una mano en el brazo del joven y sonrió a los de Mayapán, asegurándoles: -Tenemos.

Y ellos, comprendiendo la objeción del anciano a revelar la magnitud exacta de su riqueza, asintieron:

-En ese caso, vamos.

Y el grupo, compuesto por catorce personas, inició la caminata de treinta y tres días hasta Palenque.

Fue un viaje mágico. Antes de lo que Ix Zubin esperaba, el estrecho camino, ocasionalmente utilizado por los peregrinos más intrépidos, se sumergió en una espesa selva, donde las ramas superiores de altísimos árboles se entrelazaban en un dosel que oscurecía el sol y el cielo. Luego los viajeros avanzaron en una penumbra perpetua. Las lianas caían de los árboles, gruesas como una pierna de hombre, como serpientes que se retorcieron, intentando atrapados. Entre los graznidos de las aves, los hombres forcejeaban por apartar las enredaderas y continuar adelante. El aire era tan denso que los cuerpos brillaban de sudor. Ah Nic estaba allí a sus anchas, pues como 'todo hombre dedicado a la naturaleza, sabía a primera vista qué hojas y qué raíces eran comestibles, en qué dirección debían aventurarse los cazadores de Mayapán si querían atrapar algún animal para alimentarse, y qué árboles podían ocultar panales de miel para que Bolón los cogiera. En cuanto el muchacho gritaba „¡Abejas!», Ah Nic era el primero en encender las fogatas que las ahuyentarían para que otros pudieran recoger la miel. Y era él quien distribuía las provisiones entre las cocineras, con instrucciones para preparar los alimentos. Se preocupaba de todo y era el cerebro de la expedición.

A Bolón le asombraba que una vía principal hacia un sitio tan importante como Palenque se redujera a ese sendero en medio de la selva. Pero Ix Zubin sabía que experimentar de cerca la capacidad de la jungla para ahogarlo todo era una excelente preparación para lo que probablemente verían en Palenque, si aún era como su abuelo se la había descrito. Dudaba que la antigua ciudad pudiera ofrecer a Bolón algo parecido a lo que ya había visto en los áridos confines de Chichén Itzá.

Había, naturalmente, unas pocas aldeas en los claros, donde los peregrinos podían hallar comida y, agua, pero eran poblados tan míseros que Bolón preguntó al anciano de cabellera blanca:

-¿Cómo pudo Chichén ser tan grandiosa y estas aldeas tan miserables?

-Las ciudades y los pueblos conocen la grandeza por un tiempo -respondió el anciano, apenado-. Luego llega la decadencia.

-¿Por qué haces este largo viaje?

-Para ver otra vez, antes de morir; la grandeza que nuestro pueblo conoció antaño y para llorar su desaparición.

El hombre se mostraba tan paciente con el muchacho que Bolón se mantenía cerca de él, discutiendo sus ideas sobre los templos y explicando con orgullo la importancia del papel que había desempeñado su familia en el templo de la fertilidad de Cozumel. El anciano escuchaba con atención, pero lo que le intrigaba era la repetida afirmación del Jovencito según la cual su madre conocía los secretos de la astronomía y la manipulación de los números, pues nunca había conocido a una mujer versada en esos temas. Cuando Ix Zubin dijo que entendía algo de astronomía, él había, supuesto que sabía señalar la posición en el firmamento de determinadas figuras estelares; pero astronomía de verdad, nunca. Ahora, al descubrir que era sabia, la buscó.

Los dos mantuvieron largas charlas, mientras caminaban y mientras descansaban. El hombre de Mayapán se maravillaba de su sabiduría. En cierta ocasión, al topar con un pequeño templo en ruinas, le pidió que descifrara los símbolos de una estela rota cuya tercera parte inferior se mantenía en pie. Ella lo hizo con facilidad, evocando para él los acontecimientos que en su día habían entusiasmado al pueblo responsable de aquel templo hasta el punto de sentirse obligados a tallar esa estela para conmemorarlos.

-Me gustaría saber qué decía la parte que falta -musitó el anciano. Pero ni aun Ix Zubin era tan inteligente como para reconstruirla. En los largos días en que nada acontecía, salvo el aburrido avanzar por la selva, Ix Zubin y su hijo se dedicaban a cosas distintas. El muchacho salía con otros cazadores, en busca de alimento, mientras la madre conversaba con las dos mujeres que acompañaban a sus esposos. Una le interesaba en especial. La mujer, de mente despierta, tenía una hija de catorce años, llamada Ix Bacal, de gran belleza según los patrones mayas: la madre la había adiestrado cuidadosamente hasta conseguir en sus ojos un marcado estrabismo.

-Cuando tenía sólo cuatro días, puse ante sus ojos una pluma que pendía de una brizna de hierba. Como ella la miraba fijamente, día tras

día, sus ojos empezaron a bizquear. Cuando fue mayor pedí a su padre que nos consiguiera un trozo de concha brillante, y la colgué de modo tal que el sol reflejado le diera en los ojos. Eso también los fue desviando hacia dentro, como lo quiere toda madre. Por fin, cuando supo caminar, yo me ponía de vez en cuando frente a ella: para acercarle el dedo a la nariz desde muy atrás. Con el tiempo quedó correctamente bizca, como la ves ahora. -Luego la madre se disculpó por lo inadecuado de sus propios ojos-: Mis padres no se tomaron tantas molestias.

Ya ves que apenas bizqueo. Los ojos que mucho curiosean llevan a una mujer a meterse en problemas; en cambio, los ojos vueltos hacia dentro, iluminan el alma. Como puedes ver, así los tiene Ix Baca.

Y las dos mayas, descansando en la jungla, se felicitaron mutuamente por las pruebas de sus atenciones maternales: la frente bellamente inclinada hacia atrás de Bolón; el encantador estrabismo de Ix Bacal.

Para horror de Ix Zubin, su hijo parecía no prestar atención a la bella muchacha. Puesto que pronto cumpliría los diecisiete años, la madre comenzaba a preguntarse si descubriría alguna vez al otro sexo, pues un sacerdote soltero a cargo de un templo de fertilidad era inaceptable y ridículo.

A dos tercios de camino, mientras la luna tropical verificaba noche a noche el avance de la expedición, llegaron a un claro ocupado por unos hombres feos y sucios, dedicados a sangrar un bosquecillo de gomeritos silvestres, en busca de la preciosa savia que tantos usos tenía. Bolón vio que la negrura de sus manos y sus caras no se debía al polvo común, sino al hollín acumulado cuando calentaban la savia a fuego lento, para curarla y convertirla en la goma que se utilizaba para hacer pelotas.

También notó que los viajeros de Mayapán trataban a esos trabajadores con notable deferencia, pero ni siquiera ese reconocimiento impidió que aquellos desagradables individuos trataran de manosear a Ix Zubin, pues llevaban muchos días sin ver a una mujer. Al ocurrir esto, Ah Nic lanzó un grito de protesta y Bolón se precipitó a defender a su madre. Pero el gesto de los hombres había sido sólo una triquiñuela, lo que en verdad deseaban era apoderarse de Ix Bacal, la jovencita de catorce años. Cuando trataron de llevársela a la fuerza, Bolón oyó los gritos de la muchacha y, con la ayuda de dos de los viajeros, arremetió contra los atacantes y los puso en fuga, al tiempo que Ah Nic trataba de golpearlos. Ix Zubin y el hombre de la barba se apresuraron a reunir a los peregrinos para abandonar el claro de los malvados trabajadores, que se burlaron de ellos al verles huir.

Ya en la seguridad del sendero, cubierto por la selva, Bolón se dio cuenta de que estaba atrapado en un problema mental: ¿qué habrían

hecho esos hombres con Ix Bacal si hubieran logrado llevársela? Ahora miraba de otro modo a la jovencita. Se acabaron las largas conversaciones con el anciano y las consultas con su madre. Al saltar espontáneamente en defensa de su madre y de la joven, había dado sin saberlo el sutil paso que convierte a un niño en hombre, y era un desarrollo que merecía la aprobación de Ix Zubin. Ella sabía que la definitiva eficacia de su hijo como sacerdote del templo dependería, en parte, de la joven que eligiera como compañera. Su abuelo había tenido la ayuda, en muchas formas, de una buena esposa. Ella misma había sido de inestimable valor para su marido. Por lo tanto, había buenos motivos para confiar en que Bolón se buscara una compañera digna.

De manera que dedicó tanta atención a la jovencita como a su hijo.

En cuanto a su presencia física, Ix Bacal prometía convertirse en una mujer muy hermosa. Pero cuando Ix Zubin trató de entablar conversación con ella, no tardó en notar que era ignorante y que no le interesaba ningún aspecto de la vida maya, ni siquiera su potencial papel de madre. Era una bonita cáscara vacía, y eso no bastaba para un joven tan prometedor como Balón.

Pero Ix Zubin era sabia, no conocía sólo los cielos, sino también el corazón humano, y comprendió que no debía oponerse en absoluto a las relaciones entre su hijo e Ix Bacal. Bolón había llegado a la edad de tomar decisiones por su propia cuenta. Al ver que su hijo conducía a la muchacha a los sitios más oscuros del bosque, tuvo la sensatez de dejarlos en paz. Pero se preguntó cómo podría ayudarlo a encontrar una esposa adecuada, cuando ambos volvieran a Cozume!.

Tras varios días de viaje, llegaron a las lindes de Palenque, en otros tiempos grandioso centro religioso y político. Tanto Ah Nic como Ix Zubin, anticipándose a la desilusión que experimentarían muchos del grupo, se dispusieron a suavizar la desagradable sorpresa. Ix Zubin se acercó a su hijo, pero de nada sirvió. El muchacho, al mirar a Palenque, sólo vio árboles, en una selva de profusión tal que en ninguna dirección la vista alcanzaba más allá de seis largos.

-¿Dónde está Palenque? -preguntó, inquieto; pues el viaje había sido demasiado prolongado como para acabar en tan poco.

-Trep a ese árbol y mira a tu alrededor -sugirió su madre.

-Sigo sin ver nada -dijo él desde lo alto del árbol.

-¡Mira hacia los montículos, Bolón! -gritó su madre.



Al obedecer, el joven advirtió que, en algunas zonas de la espesura, los árboles alcanzaban una altura mayor, como si ocultaran algo debajo, y comentó:

-Es como las olas del mar, en Tulum.

Así era, allí debajo estaban los grandes templos, veintenas de reveladoras estelas y bellos palacios, pero ninguno era visible, pues los seres humanos habían abandonado el lugar hacía ya casi mil años, dejando que la selva lo invadiera todo.

Palenque, tal como Bolón la vio desde el árbol, aquel día de octubre de 1489, era sólo una vasta colección de montículos sepultados bajo un mar de árboles, raíces torcidas y lianas trepadoras. No se veía siquiera un vestigio de la grandeza que en otros tiempos caracterizara al lugar. Al descender para reunirse con los peregrinos que esperaban entre los promontorios cubiertos de vegetación, apenas distinguibles unos de otros, les invadió a todos el dolor por la gloria pasada.

Entonces el hombre de la barba empezó a explicar lo ocurrido, en voz susurrante:

-En su día, hace ya millares de lunas, éste era un sitio de noble estirpe, pero su hora pasó. El pueblo perdió su entusiasmo. Su orgulloso mensaje pasó a otros centros, y éste pereció. ¿A qué hemos venido? , os preguntaréis. Hemos venido para recordar de dónde salimos, para descubrir nuestro pasado. Descubrirlo, sí. -y explicó que era un viaje anterior, años antes, él y su grupo se habían dedicado a un montículo, arrancando los árboles y las enredaderas hasta revelar el tesoro oculto debajo. Por la mañana, ellos harían lo mismo. Señalando a Bolón y a dos de los hombres, dijo:- Escoged un montículo y veremos qué esconde.

Los tres pasaron varias horas caminando entre los monumentos ocultos .. Cuando, estaban por elegir un promontorio imponente, seguros de que ocultaría algo meritorio, el hombre de la barba se les acercó con una advertencia:

-Que no sea demasiado grande. Tendremos que cavar mucho antes de llegar a los muros.

Por eso eligieron un montículo pequeño y bien formado, que no soportaba la carga de árboles altos. '

60

Por la mañana emprendieron la emocionante tarea, pero después de una hora comprendieron que sería imposible despejarlo todo; eso les hubiera llevado toda una luna de esfuerzo. En cambio podían, tal como otros habían hecho en visitas anteriores, despejar un túnel de amplitud suficiente para permitir una razonable inspección de parte de lo oculto~' A esa tarea, más limitada, se aplicaron los excavadores.

Al segundo día, Bolón estaba profundamente hundido en el túnel, arrancando raíces que se adherían avariciosamente a un objeto oculto, cuando logró desgarrar las últimas, con un poderoso esfuerzo de sus

brazos. Y gritó:

-¡Aquí está!

Los otros corrieron tras él para terminar de ensanchar el paso, a fin de que sus compañeros pudieran erguirse y examinar, así verían, por fin, un residuo de la grandeza de Palenque. Cuando hubieron despejado una superficie considerable del templo sepultado, todos pudieron contemplar la exquisita artesanía que caracterizaba los edificios de la civilización maya en su máximo apogeo,

-¡Mirad! -exclamó el hombre de la barba, con ojos maravillados- Mirad cómo se ajustan las piedras entre sí, por todos lados. Y lo pulido de las superficies. Si pudiéramos localizar una estela tallada veríamos verdaderas maravillas.

Ese desafío entusiasmó tanto a Bolón y a los otros dos excavadores que se debatieron entre los escombros, tirando y empujando, hasta descubrir no una estela tradicional, sino una parte tallada del muro. Y cuando lo hubieron limpiado, los peregrinos vieron lo que su jefe había prometido, una talla tan fina que la silueta del antiguo cacique allí representado, artífice de alguna acción meritoria, parecía saltar del muro para asumir nuevamente el mando.

-¿Por qué se ponían siempre esos enormes tocados en la cabeza? -preguntó Bolón, estudiando la fantástica corona, compuesta de serpientes, hojas, flores y la cabeza de un jaguar enseñando las fauces.

-Nuestros antepasados sabían que el hombre es una criatura limitada -explicó, el peregrino de la barba, como si hubiera vivido en aquellos tiempos-. Por eso adoptaron un tocado que les hiciera parecer más altos, que trajera en su apoyo a todos los poderes místicos. -Luego añadió, sonriendo-: Además, eso impresionaba, y hasta asustaba, a la gente corriente.

-Volviéndose hacia los otros, preguntó-: ¿Os imagináis de pie ante ese juez, con esas serpientes y esos ojos de jaguar fijos en vosotros, admitiendo que habéis hecho algo malo?

El tocado de la figura, de tamaño natural, medía casi un metro de alto. Los excavadores habían despejado sólo un rincón del pequeño templo, pero Bolón y otro hombre decidieron cavar un poco más. Al hacerlo dieron con la entrada de un cuarto interior. Una vez franqueada, Ah Nic los condujo adentro a la luz de las antorchas, hasta el verdadero milagro de Palenque. Allí, en la oscuridad, protegida de las intrusas raíces por los gruesos muros exteriores, se alzaba una pared, de unos dos metros de altura y tres y medio de longitud, completamente cubierta de jeroglíficos, escrituras y siluetas de bellísima

composición, algunas de ellas talladas, otras pintadas. Todas resumían el relato de lo que debió de ser una acción heroica en tiempos muy antiguos.

Era una majestuosa obra de arte, un mensaje del corazón de la tierra maya, compuesta en los tiempos anteriores a la nueva religión llegada del oeste. Ix Zubin quedó más asombrada que nadie por su tamaño y su magnificencia, pero cuando su hijo le preguntó qué decía, se vio obligada a confesar que ni ella ni Ah Nic ni ser humano viviente podían leer la antigua escritura. Era tentador, pues obviamente describía acontecimientos importantes, que los redactores habían querido registrar para la posteridad.

-Me enfurece -gruñó Ix Zubin- que ninguno de nosotros pueda leer ese mensaje. *(En el verano de 1959, cuando vi ese muro recién descubierto, sus jeroglíficos continuaban siendo indescifrables, pues aún no se había descubierto la piedra Rosetta maya, que revelaría los secretos de esta escritura. Sin embargo, recientemente, los eruditos de varios países, con la ayuda de los ordenadores, han comenzado a hacer traducciones)*

Pero, pese a su frustración, tuvo el placer de descifrar la fecha, equivalente a jueves 14 de junio del año 512.

Bolón contemplaba las tallas como hipnotizado por la gran pureza de aquella superficie de un tono blanco agrisado, con discretas pinceladas aquí y allá de otros varios colores, y no podía siquiera imaginar cómo habían sido hechas.

-¿Qué es esto? -preguntó a los otros, tocando con los nudillos aquel material que parecía piedra, aunque distinta de todas las conocidas.

-Las colinas próximas daban una piedra fácil de triturar -respondió Ah Nic-, fácil de mezclar con arena, guijarros molidos, piedra caliza y un poco de agua. Formaba un yeso, ni sólido ni líquido, muy sencillo de trabajar. Al secarse se podía tallar, pero una vez que fraguaba ... - Recogió una piedra del suelo y golpeó con fuerza el rostro tallado de un dios fiero. El guijarro se quebró sin dañar la mejilla del dios-. Se llama estuco, y explica la belleza de Palenque.

Cuando Balón inspeccionó el pequeño cuarto de los tesoros, vio que todo, los muros, el techo, los elementos ornamentales y las estatuas, era de estuco. Al marcharse, contra su voluntad, se volvió a mirar hasta que se apagó el último resplandor, Entonces comprendió que la primera figura que había admirado debió de esculpirse de la misma manera: una columna recubierta de estuco mojado que, al secarse, podía ser tallada en fantásticas formas.

Al acercarse el momento de iniciar el viaje de regreso Ah Nic condujo al grupo a través de la selva, hasta un gran montículo que se elevaba a considerable altura y estaba cubierto por árboles:

-Si ese pequeño rincón de un templo de escasa importancia ha revelado tales maravillas, ¿os imagináis cuánta grandeza se verá cuando se desentierren los montículos grandes? -Luego dejó que su voz se redujera a un susurro--: Y tal como hemos visto, los hay por docenas,. docenas de templos ocultos a nuestro alrededor.

En el silencio reinante, Bolón comprendió por qué su madre había insistido en hacer el peregrinaje. Pues sabía que el conocimiento del pasado daba, a los hombres valor para afrontar el futuro.

Cuando Ix Zubin condujo a su hijo convertido en hombre hecho y derecho, hasta el punto del continente en que debían tomar el bote hacia Cozumel, se encontraron con una verdadera confusión, pues los hombres que habitualmente guiaban las grandes canoas no estaban a la vista, ni tampoco sus embarcaciones. En cambio, se mecían allí unas cuantas barcas en manos de hombres que poco sabían de ellas. Cuando los tres vilijeros eligieron una, pese a la poca confianza que les inspiraba, el joven al mando les contó una triste historia.

-Mal andan las cosas este año. En Mayapán no hay nadie que dé órdenes. En Cozumel no hay quien imponga normas.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó Ah Nic, percibiendo que una mujer no debía hacer ese tipo de preguntas.

-Ha habido incendios en Cozumel -les explicó el apesadumbrado joven mientras los conducía al hogar con mano inexperta-, En la lucha han desaparecido muchos edificios antiguos. -Ninguno de los tres se atrevió a preguntar por el templo de la fertilidad, pero el hombre siguió hablando sin que se lo pidieran--: Ya no vienen peregrinos a nuestros templos. En Mayapán hay muchos problemas, y no quedan canoas grandes para llevarlos.

-Hizo una pausa y miró a Ah Nic, a quien no deseaba ofender. Luego añadió, como a tientas--: Tal vez la gente .. , ya no cree en los sacerdotes.

Cuando desembarcaron, sin prestar atención a quien los interrogaba por haber estado ausentes más de medio año, caminaron aturdidos hacia su templo. Dondequiera que miraran veían ruinas y desechos. Por fin Bolón, que se había adelantado, se detuvo, espantado. El templo de la fertilidad, que él habría debido heredar, había sido destruido; las paredes estaban derribadas e incendiados los edificios adyacentes. El detestable

Chac Mool había sido trasladado a un lugar más céntrico, donde se pudieran realizar sacrificios humanos con un efecto más espectacular.

Pero lo que horrorizó a Ix Zubin sin consuelo fue que los documentos en donde su abuelo había apuntado sus cálculos sobre el planeta Venus habían sido quemados, junto con las predicciones sobre los eclipses de siglos venideros; Estaba furiosa, pero no reveló sus sentimientos a Bolón, pues tenía miedo de que él reaccionara tan violentamente como ante el ataque de los trabajadores de la goma. Sin embargo, le advirtió:

-Nosotros mismos podemos haber provocado la destrucción de nuestro templo al ir en peregrinaje sin permiso. Ten cuidado, hijo. Quizá tengan otros castigos para nosotros, ten cuidado.

Y vigiló los movimientos del muchacho; tratando de mantenerlo lejos de sus superiores, con la esperanza de protegerlo.

Pero muy pronto la atención general se desvió hacia otro hecho, la llegada de una larga canoa, sin precedentes en cuanto a amplitud y construcción, cuyos remeros indicaron por señas que provenían de una tierra grande, muy al este, con montañas altas y buenos ríos. Las leyendas de Cozumel sostenían que muy al este había una isla enorme, ocupada por salvajes de una raza completamente distinta. A esos misteriosos isleños, los hombres de antaño habían comprado a veces bolas de goma mayas y trozos de jade verde a cambio de materiales menos elaborados. Bolón supuso que los remeros eran los mismos hombres de los que hablaban con frecuencia sus mayores.

Le pareció obvio que habían atravesado el mismo mar que tanto le había dado que pensar cuando oteaba el horizonte desde las torres de Tulum. Así que se unió a los jóvenes que se acercaron a conversar con ellos. Los forasteros no sabían una sola palabra del idioma hablado en Cozumel, pero, como buenos mercaderes, eran capaces de expresar sus necesidades y explicar qué artículos ofrecían a cambio.

-Son el pueblo de antaño del que hablan los ancianos -explicó Bolón ante sus mayores-. De nosotros quieren sólo dos cosas, trozos de jade y bolas de goma para sus juegos.

--¿Qué ofrecen?

-Hermosas esterillas, las mejores jamás vistas -dijo Bolón con entusiasmo, dejando entrever que se había excitado ante lo misterioso de esa súbita aparición-. Conchas bellamente talladas. Remos de una madera nueva, muy fuerte.

-No tenemos necesidad de remos -gruñeron los rudos hombres que gobernaban ahora Cozumel.

Bolón protestó, imprudente, señalando que podía llegar un momento en que los hombres de Cozumel quisieran cruzar el mar. Los extranjeros parecían haberlo cruzado con facilidad.

-No -bramaron los nuevos gobernantes-. El mar no es para nosotros. Somos gente de tierra.

Pero Bolón pensaba lo contrario, pues había caído bajo el hechizo del mar que tan majestuosamente acariciaba la costa este de su isla, y se había entregado a especular sobre su importancia: si esos hombres habían llegado con esa gran canoa, tal vez llegaran otros, en embarcaciones aún más grandes. Atesorando sus pensamientos, caminó horas enteras por la orilla del mar, mirando hacia levante, como si se esforzara por divisar las tierras que, según sospechaba, podían descansar en la distancia, invisibles. En determinados momentos de esas cavilaciones, comenzó a comprender los secretos del mar, y le pareció que relámpagos de luz le cruzaban la imaginación. ¿No es posible que el futuro de Cozumel no esté en el continente del oeste, donde todo parece derrumbarse, sino en este mar desconocido que se abre al este, donde todo parece fresco y nuevo?, se dijo. Al concluir una de estas visiones, anduvo a grandes pasos entre las olas, exclamando:

-¡Aguas del mundo, os abrazo! -y en ese momento la decisión quedó tomada.

Trataba constantemente con los remeros de la canoa, tomando trocitos de jade del tesoro materno y pelotas de goma de sus amigos, que utilizaba para intercambiar por esterillas y conchas talladas. Lo significativo era que no guardaba esos objetos para sí, pues había concebido la idea de que quizá viajara con esos hombres cuando partieran de Cozumel. y si los acompañaba a su patria, sería una estupidez llevar consigo las cosas que ellos fabricaban. Pero esa generosidad le costaría terriblemente cara. Uno de sus amigos se había hecho confidente y susurró a las autoridades:

-Balón comercia con los extranjeros, pese a las instrucciones, y hasta es posible que piense navegar con ellos.

Ambas acusaciones eran veraces. Balón había quedado tan sobrecogido por su visita a Palenque que, a su regreso a Cozumel, ardía por hacer algo que recreara la grandeza perdida en esa ciudad sepultada. Pero ahora, con su templo destruido y perdida cualquier posibilidad de convertirse en sacerdote, buscaba otros asuntos en los que ejercitar su energía. Y la idea de llevar los conceptos mayas sobre la vida a tierras nuevas era tentadora. Una mañana, sin estudiar cuidadosamente lo que significaría esa emigración, corrió hacia la canoa y dijo a los remeros:

-Me gustaría ir con vosotros.

Y ellos le contestaron que podía considerarse bienvenido.

Esa noche, después del ocaso, aún ignorante de que las autoridades de Cozumel lo vigilaban, dijo a su madre:

-He estado pensando. Como aquí todo está perdido, quizá sería mejor que me embarcara con los extranjeros por la mañana, cuando partan.

Ix Zubin no respondió inmediatamente, pues desde la visita a Palenque le preocupaba el futuro de su hijo. Algunas de las señales que detectaba eran preocupantes, como la relación constante con los extranjeros; otras, tranquilizadoras, como su creciente madurez y su buena disposición a discutir con ella de cosas importantes. Pero lo que en verdad la preocupaba eran sus frecuentes vagabundeos por la costa, pues adivinaba que estaba obsesionado con el mar. Al recordar lo afectado que había quedado en el viaje a Tulum, le advirtió:

-No te enamores de lo desconocido, Bolón; mantén tus pies en tierra firme.

En un desesperado intento por determinar si su hijo era niño aún o al se había convertido en un verdadero hombre, una noche habló con él:

-En Tulum dijiste que te gustaba más esa ciudad, porque era más grande que Cozumel. ¿Recuerdas esas tontas palabras? También dijiste, al ver al funcionario del palanquín que pasó a nuestro lado en el camino, que tu ambición era viajar así cuando crecieras. ¡Qué tonto! Y en el campo de juego de Chichén eras un niño, jugando con sueños. -Luego lo tranquilizó-: Pero al buscar panales en el viaje te desenvolvías mejor que los hombres. Al luchar contra los trabajadores de la goma fuiste el más fuerte de todos. Y con la encantadora Ix Bacal te comportaste como debe hacerlo todo joven correcto y orgulloso. Pero fue en las exploraciones de Palenque donde en verdad te convertiste en líder, para descubrir tesoros, para entender lo que hallabas. -Durante unos instantes se meció hacia adelante y hacia atrás, doblando la cintura. Después se inclinó a un costado para abrazar a su hijo-. Cuando te saqué de Cozumel eras niño; cuando te traje de regreso, hombre. -y le cogió de las manos, susurrando-: Dices que quizá te vayas con los desconocidos en su canoa. Ese tipo de decisión sólo puede tomarla un hombre hecho y derecho. Y bien, ya eres hombre, así que decide, hijo.

Se llevó a los labios las manos de Balón y se las besó, en una especie de bendición.

Al comprender que quizá dejara a Ix Zubin para siempre, el joven quedó sobrecogido y silencioso, sin saber qué decir. Como le inquietaba revelar el amor que por ella sentía, le dijo:

-Es difícil, cuando el mundo cambia, cuando lo antiguo muere y aún no se ve lo nuevo.

En las horas siguientes, esas dos buenas personas, que veían con tanta claridad la desintegración de su mundo, sin que nada mejor ocupara su lugar, estuvieron sentadas en la oscuridad, atenuada sólo por las estrellas que con tanta fidelidad habían estudiado, y lloraron la muerte de Palenque, de Chichón Itzá, hasta de la enorme Mayapán, que había cumplido un propósito útil en sus buenos tiempos. Habían sido grandes ciudades, originadas en propósitos dignos, pero ya no existían o estaban en vías de desaparición. También Cozumel estaba condenada, tan fatalmente herida como Tulum, pronto no habría necesidad ni de astrónomos ni de matemáticos ni de hombres que supieran cómo preparar y utilizar el estuco.

-Por doquier la selva reclama la tierra -dijo Ix Zubin. Pero se negó a lamentarse. Irguiendo sus hombros menudos, como para hacer acopio de nueva resolución, dijo:- A nuevos mundos, nuevas tareas.

Pero no lograba adivinar qué propósito podían cumplir en ese orden nuevo ella y Bolón, tal como habían sido educados.

La larga noche terminó de un modo extraño, con la madre y el hijo sentados en silencio: él, desolado por ser incapaz de imaginar su futuro; ella, aún más angustiada por ver que con la destrucción de sus registros, también el pasado podía haberse perdido. Y ambos convencidos de que el presente continuaría siendo gris. *(El temor de ella estaba justificado, pues el 12 de julio de 1562, Diego de Landa, cuarto obispo de Yucatán y hombre de buenas intenciones, por proteger al catolicismo de la herejía maya mandó reunir todos los papiros como aquellos que Ix Zubin y su abuelo Cimi Xoc habían acumulado y los hizo quemar en un gran hoguera. En todo el territorio maya no sobrevivieron más que tres, y es gracias a ellos que conocemos la historia de esta gran civilización.)*

•••

Unos pocos días después Balón tuvo que tomar su crucial decisión, pues los viajeros le habían advertido: «Por la mañana partiremos hacia nuestra isla. Al levantarse comió con nerviosismo, besó a su madre y vagó casi sin rumbo hacia donde estaban cargando la gran canoa, sin decidir todavía si se embarcaría para la gran aventura o si se limitaría a darles una afectuosa despedida. Cuando llegó al borde del agua, los hombres



le saludaron cálidamente, como invitándolo a acompañarlos. Pero en el último instante Bolón se echó atrás y los dejó partir.

Ix Zubin, que lo observaba desde lejos, sintió un arrebató de júbilo al saber que lo retenía a su lado. Pero esa euforia desapareció cuando se formuló la pregunta que la perseguiría durante el resto de su existencia: ¿No debería haberlo alentado; impulsado a abandonar este sitio sin futuro para buscar una vida mejor? El temor de haber actuado indebidamente se calmó al ver que su hijo se alejaba del mar con paso decidido. Al verla fue hacia ella, diciendo con voz de la que toda indecisión había desaparecido:

-Mi vida está aquí. Para ayudarte a reconstruir nuestro templo. Para salvar a esta isla de un terrible error.

Y la llevó a preparar los primeros pasos de esa empresa. Ella lo seguía, con el corazón cantando: Se ha convertido en el hombre que necesitamos.

Pero al aproximarse a su choza, siete guardias saltaron sobre Bolón, impidiéndole cualquier intento de huir hacia la canoa que se alejaba. Le sujetaron los brazos, lo despojaron de sus ropas y le informaron, en voz muy alta:

-Serás el próximo sacrificio para Chac Mool. En el festín, dentro de tres días. . y se lo llevaron precipitadamente a la jaula de mimbre en la que encarcelaban a los jóvenes destinados a los sacrificios humanos, para que esperara allí el día del festín.

Ix Zubin, presa de un pánico atroz, trató de rescatar a su hijo de su horrible fin, pero era impotente: los gobernantes habían presentado acusaciones tan graves contra ella que todas sus súplicas quedaron anuladas. Había salido en peregrinaje sin permiso. Había alentado a su hijo a tratar con los extranjeros. Y peor aún: había tenido en su posesión páginas de papiro que contenían cálculos místicos, cuando éstos debían de estar sólo en manos de hombres. Si la costumbre hubiera permitido el sacrificio de mujeres al dios de la lluvia, Ix Zubin se habría ofrecido a tomar el lugar de su hijo en la jaula. Pero sólo le quedaba sufrir su dolor y su indignación a solas.

En su solitaria choza, repasó el horror de la situación y el papel que ella había desempeñado: Tantos trabajos como me tomé para criar a un hijo digno; Le apliqué las tablas para dar una noble apariencia a su cabeza; le enseñé los ritos de nuestro templo; le enseñé a comprender las estrellas; le inculqué la responsabilidad; lo alenté cuando conoció a aquella muchacha. ¿Qué más podría haber hecho?

Ella sabía la respuesta: Podría haberle exigido que huyera de esta isla espantosa; con los hombres de la canoa. El sabía que su destino estaba

en el mar, hacia el este, pero yo me entrometí. Y entonces sobrevino la más terrible de todas las recriminaciones: Yo ayudé a derribarlo en el momento mismo en que se convertía en un hombre de verdad. Y a los ojos de su mente acudí la última imagen de, Bolón, en el momento en que volvía desde la costa, con el cuerpo bronceado por el sol, su mente y su valor forjados en el fuego de su generación. Gimiendo para sus adentros, Ix Zubin exclamó:

-Era el mejor entre los hombres de esta isla y yo ayudé a destruirlo.

Y maldijo a los dioses.

Bolón, bien sujeto en su jaula, nada sabía de ira ni de miedo. Las recientes experiencias vividas en la majestuosa Chichén Itzá y la sagrada Palenque le habían brindado un nuevo valor. Comprendía que las civilizaciones llegaban a un punto culminante para menguar luego, y que él tenía la desgracia de haber nacido en una época en que los antiguos valores morían sin remedio. Se alegraba de que su madre hubiera desestimado el proyecto original de ir a Mayapán, pues intuía que semejante visita a una ciudad moribunda no habría sido sólo improductiva, sino también deprimente. Palenque, por el contrario, había sido como una llama en la noche oscura, que arrojaba bellas sombras a rincones que, de otro modo, habrían permanecido en las tinieblas. Se sentía orgulloso de ser el heredero de los hombres y las mujeres que habían construido Palenque.

Además, recordaba su coraje al luchar contra los trabajadores de la goma, pues eso le había hecho tomar conciencia, a los diecisiete años, de que le esperaba el mundo de las mujeres, con sus propios misterios. La vida era mucho más complicada e interesante de lo que hasta entonces imaginara. Esa idea llegaba a provocarle dolor, pues no quería morir antes de explorar esas otras tierras; no estaba dispuesto a desaparecer sin saber de dónde venían los extranjeros.

Pero ante todo era maya. Estaba profundamente adoctrinado en la historia de su pueblo, y creía que si se comportaba cobardemente en su ejecución arrojaría vergüenza sobre su madre y una gran sequía sobre su isla. Por eso, acurrucado en su jaula, libre de todo temor, aguardaba el momento en que lo llevarían al altar de- piedra, junto al cual esperaba Chac Mool, con el plato sobre el vientre.

A la hora fijada, los guardias se acercaron a la jaula, la abrieron y sacaron a Bolón. Pero eso no requirió esfuerzo alguno, pues estaba hipnotizado. Mientras lo llevaban arrastrando, vio las ruinas de su templo; pero nada le dijeron. Vio el Chac Mool que esperaba, pero sus odiosas facciones ya no lo aterrorizaron. Vio llorar a su madre, pero estaba tan entumecido que ni siquiera pudo hacer un gesto de despedida.

Los guardias lo arrojaron bruscamente, boca arriba, en el gran altar de piedra. Luego, cuatro jóvenes acólitos dieron un paso hacia delante para sujetarle brazos y piernas, tirando de ellos hacia atrás, obligándole a alzar el pecho. -Balón lo miraba todo con desapasionado interés. El sumo sacerdote, ataviado con una túnica cubierta de símbolos arcanos pintados en oro y sangre y con un imponente tocado de más de un metro de altura en donde reptaban serpientes y jaguares, levantó su cuchillo de obsidiana, lo hundió en el costado izquierdo del costillar, y ejecutó un profundo corte transversal. Estando Bolón todavía vivo; el sacerdote metió la mano y sujetó el corazón palpitante, arrancándolo de su escondrijo. El joven vivió lo suficiente para ver su propio corazón, colocado con reverencia en el plato de Chac Mool.

El mismo día en que Balón moría en la isla de Cozumel, en la ciudad española de Sevilla se celebraba una reunión de cierta importancia. El rey Fernando y la reina Isabel escuchaban con atención a un grupo de tres sabios que citaban seis razones por las cuales Cristóforo Colombo, navegante italiano convertido ahora en el solicitante español Cristóbal Colón, se equivocaba egregiamente en su ridícula teoría de que se podía llegar al Asia navegando hacia el oeste desde un puerto del sur de España:

*En primer lugar, ya sabemos que el océano occidental es infinito. En segundo término, puesto que el viaje que proponla requeriría por lo menos tres años, le sería imposible volver. Tercero: si llegara a las antípodas, en el otro lado del globo, ¿cómo haría para volver, navegando contra la pendiente? Cuarto: san Agustín ha dicho claramente: «No puede haber antípodas, pues no hay tierra allá abajo». Quinto: de las cinco zonas en las que se divide la tierra, los antiguos nos han asegurado que sólo tres pueden estar habitadas. Sexto, y más importante: si han pasado tantos siglos desde la Creación. ¿es razonable pensar que todavía haya tierras sin descubrir?*

Cuando todos los presentes acabaron de aclamar él irrefutable razonamiento de los sabios, Colón se adelantó un paso y, como un dogo cerril que se negara a entregar el hueso, retenido entre sus dientes, gruñó:

-Sé que Asia está donde digo que está. Sé que puedo llegar a ella navegando hacia el oeste. Y antes de morir lo haré, con la ayuda de Dios.

Los cortesanos rieron. La pareja real lo miró con horror, moviendo la cabeza. Los sabios se felicitaron por su contribución a impedir que España cayera en un error. Pero Colón salió de la corte decidido a llevar a cabo la gran aventura, en la cual tenía una fe inquebrantable.



### III

## CRISTÓBAL COLÓN EN LA ESPAÑOLA

En la primavera de 1509, los cortesanos que atendían al rey de España en su provisional alojamiento de Segovia, aguardaban con impaciencia la llegada de un jinete, al que esperaban desde hacía algunas horas.

Cuando éste entró en el patio adoquinado, todos corrieron para ayudarlo a desmontar, pero él bajó enérgicamente de su caballo, sin prestar atención a las manos tendidas. ....

-¡,Cómo os atrevéis a hacer esperar al rey? -exclamaron todos.

-Gitanos acampados bajo un puente -fue la seca respuesta-. Lo incendiaron al cocinar sus carnes robadas . . -El rey os ha llamado tres veces.

-Y yo no estaba allí para acudir, ¡,verdad? -les espetó el hombre.

Pero mientras se arreglaba la ropa, tras arrojar la capa a la silla de montar, su momentánea brusquedad se disolvió en una graciosa sonrisa-:

Él sabrá comprender-dijo. Y se encaminó hacia las puertas del palacio.

Era un hombre alto. Un pequeño parche de brocado rojo y dorado le cubría el ojo izquierdo; una vieja cicatriz le cruzaba la mejilla curtida. Se trataba de don Hernán Ocampo, de cuarenta y siete años, veterano de las guerras que España había librado en tiempos recientes para expulsar a los moros de Europa. Su prolongado servicio militar en batalla

I había sido una circunstancia impensada, pues de 'joven había estudiado leyes en vez de adiestrarse para la guerra. Tras sus éxitos militares demostró ser tan apto en la profesión escogida que llegó a licenciarse, oficiando legalmente en Sevilla, donde contrajo nupcias con una nieta del duque de Alba. También había ayudado a Fernando de Aragón a consolidarse como rey de España, puesto que Ocampo había colaborado asimismo en el casamiento de Fernando con Isabel de Castilla. Tenía motivos, pues, para confiar en que el rey perdonaría su tardanza. Sin embargo, encontró al monarca, que era un año mayor y mucho más corpulento, de muy mal humor.

-Me hacéis falta, Ocampo. Debéis realizar una tarea importante por cuenta mía.

Ocampo se inclinó con la gracia del cortesano galante y dirigió la mano izquierda hacia el rey.

-Como siempre, Majestad. -La manera familiar en que se movía y hablaba, evitando la palabra rey, por ser impropia entre dos hombres que por mucho tiempo habían trabajado juntos, expresaba en cierto modo lo que ambos sabían: «¿Acaso no he perdido un ojo y ganado esta cicatriz por cuenta vuestra?».

Fernando asintió levemente, pero no abandonó su expresión irritada.

Echando un brazo a los hombros del cortesano, lo llevó hasta un diván cubierto de bordados de oro y púrpura., obligándolo a sentarse a su lado. - Son esos malditos herederos de Colón. Me están volviendo loco con sus exigencias y sus reclamaciones.

-¿Todavía? Yo pensaba que eso había terminado hada tiempo.

-No. Hace tres años, al morir el padre, comenzaron a importunarme otra vez. Dicen que, como él descubrió el Nuevo Mundo para Isabel y para mí, les debo a ellos, sus herederos, grandes cantidades de oro. ¡Más de lo que hay en el tesoro!

-Soy abogado, Majestad, pero no me inmiscuyo en cuestiones de herencias familiares. En esas' batallas, . los hombres honrados siempre salen gerdiendo.

-Ese es problema mío, Ocampo. El vuestro es navegar hasta La Española y averiguar cómo desempeñó allí Colón las funciones que le encomendé.

Ocampo se apartó del rey, puso el pulgar izquierdo bajo el mentón y, con el índice, empezó a acariciarse la mejilla derecha, cerrándose el ojo sano; en esta postura, que adoptaba con frecuencia cuando trataba de demorar una decisión, daba la clara impresión de estar inmerso en profundas cavilaciones. El rey, al verlo así, le dio tiempo para reflexionar. Por fin, Ocampo habló, sorprendiendo al monarca:

-Pero ¿no enviasteis a un inquisidor, hace ocho o diez años, para hacer lo mismo que me encomendáis ahora?

La agudeza de esa respuesta complació al rey, haciendo que se relajara. Dio una palmada en la rodilla de Ocampo y dijo:

-Tenéis buena memoria. Sí, hace nueve años envié a Francisco de Bobadilla a La Española para que investigara a Colón. Le di cinco poderes extraordinarios.

-¿Y no hizo buen trabajo?

-Ahí está el problema. Isabel y yo aceptamos su informe, pensando que eso liquidaba la cuestión. Pero ahora los herederos de Colón aseguran que Bobadilla tenía prejuicios contra su pariente y mentía. En tal caso, tendrían razón al pedir más recompensas.

-¿Qué clase de hombre era Bobadilla?

El rey se levantó al responder. Tomó a su camarada por el brazo y salió con él a los jardines del palacio. Allí, entre las flores de primavera y los árboles llenos de brotes nuevos, hizo un punzante resumen sobre su antiguo emisario:

-Tan distinto de vos, Ocampo, como puede serlo un hombre de otro.

Si vos sois delgado, él era gordo casi hasta la ridiculez. Si vos tenéis una mente cauta y bien cultivada; él era impetuoso. Si vos lucís las cicatrices de un honorable servicio a vuestro país, él se aterrorizaba ante un simple ratón y sólo de oír el disparo de un cañón ya se desquiciaba.

-¿Por qué disteis a un hombre así una misión de tal trascendencia?

-Isabel le tenía aprecio -respondió el rey-. Y yo no podía negarle nada a mi reina.

Esas palabras produjeron un resultado asombroso, pues el rey caminó hasta una línea de altos cipreses, que le hacían pensar en los que rodeaban el cementerio en donde se habían celebrado los ritos fúnebres por la gran Isabel, y rompió en lágrimas. Volviéndose hacia Ocampo, estrechó contra sí a su amigo de confianza y sollozó:

-Desde su muerte estoy desolado, Ocampo. Ella era la mejor reina que haya existido nunca en el mundo. Ninguna sirvió a su rey con mayor gracia ... -se interrumpió bruscamente para decir, con voz muy distinta-: En muchos aspectos, era más inteligente que yo. Yo trabajo mucho, estoy atento a mis obligaciones, me adapto a las tormentas que me rodean. Ella era serena y firme, como una pradera llena de flores cuando pasa la tormenta.

Habían llegado a un punto desde donde se veía, por encima de los campos, el famoso acueducto de Segovia. La notable estructura, que ya tenía casi quince siglos de antigüedad y aún llevaba agua a la ciudad, les hizo pensar en el imperio, en el gobierno, en las cosas poderosas que ellos mismos habían ayudado a crear en el país. El rey se sentó en un banco de madera, diciendo:

-Nosotros unificamos esta nación. Nadie creía que se pudiera hacer. Pero nosotros triunfamos.

-Lo que siempre he admirado en vos, Majestad, es vuestra disposición a realizar movimientos audaces. A hacer cosas grandes que intimidan a los demás.

-¿Como lo de expulsar a los musulmanes de España y Europa? -y a los judíos.

-Ese fue un acto de fuerza -reconoció el monarca-. Pero debéis recordar que les dimos una justa oportunidad. Si se convertían a nuestra religión, les permitíamos quedarse. Si no ... -Vaciló, luego acarició un medallón de oro que pendía sobre su pecho, suspendido de una cadena de plata-. Estoy más orgulloso de esta medalla que de cuanto poseo en el mundo. Me la dio el Papa, al concederme el título de El Católico. Dijo que yo era el primer católico del mundo, pues luchaba por que todos mis reinos, Castilla, Aragón, Sicilia y Nueva España fueran tan católicos como yo.

Los dos amigos sentían especial orgullo en el papel que habían desempeñado para establecer la Santa Inquisición como defensa de la Iglesia., Su función, conforme a los decretos dictados por Fernando al instituir el Oficio, era arrancar de raíz la herejía, dondequiera que se encontrase.

-Los sacerdotes han hecho un trabajo estupendo, Ocampo. Cuando lleguéis a La Española tendréis que luchar contra aquellos infieles, sean paganos, ateos o judíos. ¡Aniquiladlos!

Antes de que Ocampo pudiera afirmar su decisión de apoyar la fe en el Nuevo Mundo tal como la había apoyado en el Viejo, se reunió con ellos Germaine de Foix, sobrina del rey de Francia, nueva esposa de Fernando. Él se mostró complacido al verla, pero cuando ella los hubo conducido a un salón en donde les esperaba un sabroso refrigerio (carne, queso, pan y fuerte vino español), los dejó solos. Ocampo preguntó:

-¿Se ha adaptado bien a España?

-¡Oh, sí! -respondió el rey, alegre:-. Mejor de lo que cualquiera de nosotros habría podido esperar. Y gracias a ella, nuestra amistad con Francia es más firme. -Luego hizo una pausa y miró hacia la puerta, para asegurarse de que ella no escuchaba-. Pero no se la puede comparar con Isabel.

Ocampo vio que aquel gran hombre, que tanto bien había hecho en Europa, estaba por romper nuevamente a llorar. Iba a volverle la espalda, pero el monarca se dominó y le asió de un brazo para ponerlo frente a sí.

-Por favor, mi fiel amigo, descubrid la verdad sobre Colón.



-Lo haré, os lo prometo. Pero antes de partir, ¿no podemos reconocer que Colón cumplió con sus promesas? ¿No halló tierras nuevas de inmenso valor? ¿No completó con éxito tres viajes posteriores, en 1493, en 1498 y en 1502, para demostrar a otros lo fácil que era cruzar el océano?

-Sabemos lo que hizo en el mar. Ahora quiero saber qué hizo en tierra.

-¿Qué tierra? Si le damos crédito, tocó muchas tierras. Tal vez China, Japón, India. Con seguridad, las islas a las que bautizó Cuba, Puerto Rico, Jamaica ...

-Sólo nos interesa La Española. (Conocida históricamente como La Española, esta isla se dividió más tarde en dos países: el tercio occidental se convirtió en Haití; los dos tercios orientales, en la República Dominicana). Allí sirvió como virrey y de allí provienen los cargos contra él. -y luego el rey, tras despedirse de Ocampo y desearle la protección de Dios, añadió:- Resolvedme este problema, Hernán, y cualquier puesto del reino será vuestro .. Cualquier . título que deseéis. Y se abrazaron.

Cuando el vigía gritó «¡Tierra!» al capitán del barco, él marino vaciló un instante, hasta asegurarse de que era La Española lo que tenía ante sí. -¡Allí está vuestra isla! -dijo luego, tras llamar a su lado al importante pasajero.

Durante toda la hora siguiente, Hernán Ocampo permaneció en la proa del navío, contemplando el milagro de una isla que emergía poco a poco del mar. El capitán, reparando con aprobación en la expresión del tuerto mientras oteaba el horizonte, dijo al timonel:

-Está imaginando que es Colón y que llega para asumir el gobierno de esa isla y de este mar.

-¿Por qué lleva ese parche en el ojo?

-Porque lo perdió luchando contra los moros.

-Lo sé, pero ¿por qué rojo y dorado?

-Yo también querría saberlo.

-Pregúntaselo.

-No se formula a un hombre como él ese tipo de interrogantes.

-Yo lo haría.

-Dadme el timón, que yo también quiero saberlo, y el joven se encaminó directamente hacia Ocampo. Después de toser para dar a conocer su presencia, preguntó con tono deferente:

-¿Puedo haceros una pregunta, Excelencia?,

-No soy Excelencia. Sólo un licenciado más.

-¿Porqué vuestro parche presenta esa mezcla de rojo y oro?

Ocampo no se ofendió. Por el contrario, miró al marinero con una sonrisa.

~¿No lo sabéis?

-No tengo la menor idea.

-Cuando lucha un ejército, necesita un estandarte que todos reconozcan, una señal de que es nuestro bando contra el otro. ¿Habéis visto alguna vez el estandarte que los españoles usamos contra los moros? Era una bandera roja y dorada. Dos colores magníficos, ¿no os parece?

-En efecto.

-Por eso, cuando perdí el ojo en el sitio de Granada, juré: «Proclamaré los colores de España hasta mi muerte». Y heme aquí. y volvió a observar la tierra que esperaba.

La Española era una isla grande, que ofrecía un perfil de colinas. Al aumentar su nitidez, Ocampo vio que ofrecía numerosas playas de arena blanca, bordeadas por palmeras que bailaban al impulso de la brisa. Siempre recordaría esa primera imagen poética: una playa curva, sugerente y limpia, con una danza de palmeras ondulantes.

-Esa es vuestra ciudad, Santo Domingo ,-gritó el capitán. Ocampo vio entonces la primera colonia organizada del Nuevo Mundo, capital no sólo de esa isla, sino de todas las pertenencias españolas en las tierras descubiertas por Colón. Mientras veía emerger la, ciudad desde el mar, notó que aún era sólo un conjunto de construcciones de madera, de una sola planta, entre las que sobresalía un edificio obviamente importante, el único de. piedra y con dos pisos.

-¿De quién, es ése?-preguntó.

-De un tal Pimentel-respondió el capitán-, lugarteniente del gobernador. Hombre de alta cuna. Parece que es quien reina aquí.

Cuándo una pequeña flota de canoas conducidas por indios salió de la costa, Ocampo vio que eran hombres de aspecto salvaje: frentes pequeñas, pelo muy oscuro, piel parduzca y un taparrabo por todo atavío, pero de ojos vivaces y deseosos de realizar sus transacciones comerciales en el buque. Cuando miró por encima de las manos que palmoteaban y de los remos agitados, tuvo una impresión notablemente clara de la ciudad en sí.

Albergaba, según calculó, unas novecientas almas, una cadena de casas toscas a lo largo de la playa y una plaza central, o algo parecido en cuyo flanco norte se elevaba una iglesia de madera, con una orgullosa cúpula coronada por una sólida cruz. En todos sus aspectos, se parecía a esas robustas poblaciones españolas que con tanta frecuencia había visto en las colinas del sur de Castilla. Su apariencia tranquila lo reconfortó: En esta ciudad no me sentiré extranjero.

En cuanto los espectadores, que se habían agrupado en la costa para saludar al navío, vieron desembarcar a Ocampo, sobriamente vestido con el sombrero inclinado en la cabeza, imperioso en todos sus movimientos, reluciente al sol su parche rojo y dorado, todos comprendieron que una importante personalidad acababa de llegar entre ellos, con una misión de cierta trascendencia.

Los que habían estado robando los dineros del rey empezaron a temblar, temiendo ser descubiertos. Pero un momento después quedaron atónitos por un súbito cambio en la actitud del recién llegado: sonrió a los silenciosos circunstantes, se inclinó ante ellos como rindiéndoles homenaje y hasta relajó su rígido paso, pues quería transmitir este mensaje: «Llego a vosotros como amigo».

Después los impresionó haciendo una señal hacia el barco, desde donde descendían ya dos escribientes, hombres de alrededor de veinte años, cargados con papeles. En cuanto hubieron pisado tierra empezaron a andar por todas partes, buscando una vivienda adecuada que confiscar para ser usada como cuartel general. Con bastante prontitud se fijaron en la casa de dos pisos que, según el capitán, estaba ocupada por un tal Pimentel. Pero cuando pidieron autorización para inspeccionar el sitio el propietario, anticipándose a la misión que traían, les informó fríamente:

-No podéis ocupar esta casa. La familia de mi esposa ocupa más de la mitad y los nietos juegan por todas partes.

-¿Qué ocurre? -preguntó Ocampo al reunirse con sus escribientes. Pero antes de que sus hombres pudieran dar explicaciones, el dueño se adelantó para presentarse:

-Alejandro Pimentel y Fraganza, representante del rey.

Ocampo le hizo una reverencia, pues los dos apellidos del hombre eran importantes en la historia española.

-Yo soy Hernán Ocampo de Sevilla, emisario personal del rey, y estoy deseoso de hallar una casa para ejecutar el trabajo que me encomendó hacer por cuenta suya.

De una manera cortés, ambos se habían informado de que eran hombres de cierta importancia y de que nadie podía tratarlos a la ligera.

Pimentel, hombre austero, que ya tenía más de sesenta años, se inclinó y aseguró al recién llegado:

-Haré todo lo que pueda para ayudaros, pero ya he explicado a vuestros hombres que esta casa no os conviene. La familia de mi esposa...

Su declaración fue interrumpida por la aparición en el umbral de la señora de Pimentel, mujer atractiva, de unos treinta años, acompañada por una mujer mayor que probablemente había sido su dueña en los años previos al casamiento y ahora servía como doncella y confidente, pues se acercó a su ama en cuanto vio que había hombres desconocidos presentes.

-Estaba explicando al emisario especial del rey -informó su esposo- que como vuestra familia ocupa gran parte de la casa ... -La casa de Escobar, en la plaza, frente al mar, casi no se utiliza , -terció la señora con suavidad pero deseosa de solucionar el problema.

Y echó a andar junto a su esposo, mientras la antigua dueña la seguía dos pasos más atrás, en el sitio tradicional, para mostrar a Ocampo un edificio simple pero cómodo, con dos grandes ventanas, una con vistas al mar y la otra a la plaza de la iglesia, que los ciudadanos llamaban ya «nuestra catedral».

En cuanto Ocampo y sus hombres estuvieron seguros de que la casa satisfacía sus necesidades y se hallaba disponible, los dos escribientes entraron en acción, confiscando muebles en nombre del rey e indicando a los marineros cómo descargar y acomodar los objetos que Ocampo traía consigo desde Sevilla. La pieza principal era un gran sillón de roble, con el respaldo cubierto de tallas y dos sólidos apoyabrazos; quien lo ocupaba adquiría un aspecto altanero y formidable.

-Ponedlo de modo tal que yo quede frente a esa pared sombreada - indicó Ocampo--, y colocad la silla para que el interrogado quede frente a la luz intensa de la ventana. Vuestras dos mesas pueden estar donde lo creáis más conveniente.

Pero cuando las cuatro sillas estuvieron en su sitio, las estudió, las cambió de lugar y acabó pidiendo un serrucho.

Después de buscar por la ciudad, llegó el serrucho pedido. Entonces Ocampo reveló su estrategia:

-Cortad un poco cada pata delantera de la silla del testigo. Quiero estar cómodo y relajado, reclinado en mi gran sillón, mientras ellos, nerviosos, se deslizan hacia adelante en la silla pequeña.

En esos primeros días, los ciudadanos de la isla miraban con silencioso sobrecogimiento al recién llegado, pues veían en él a un hombre nada fácil de clasificar.

-¡Miradle! Alto y erguido como cualquier hidalgo, con la mirada penetrante y la barba en punta de los caballeros. Pero esa cicatriz y ese parche en el ojo no los ganó jugando a los naipes en algún jardín. Si te adelantas para hablarle, sonrío y te da la bienvenida.

Uno de los escribientes, al oír esos comentarios, advirtió a quienes le escuchaban:

-Suave como una tórtola, tenaz como un halcón. Y ese epigrama circuló. Antes de pasar la primera semana, Ocampo y sus hombres estaban ya escuchando un raudal de testimonios relativos a la conducta y la actuación en esas costas del difunto almirante Cristóbal Colón, nacido Cristóforo Colombo.

Ocampo aceptaba los testimonios tal como se presentaban, sin tratar de mantener un orden cronológico. Quería escuchar el torrente de quejas con todas sus contradicciones, sus mentiras y sus cargos verificables según fueran apareciendo. Sin embargo, todas las noches, cuando los dos escribientes terminaban de hacer crujir sus plumas, disponían las páginas según el orden lógico, y fue en esta secuencia como se presentó el informe de Ocampo al rey.

La declaración inaugural de ese informe final fue hecha por un tal Vicente Céspedes, rudo marino de treinta y nueve años, proveniente del famoso puerto marítimo de Sanlúcar de Barrameda, en la desembocadura del Guadalquivir, desde donde partían regularmente los galeones de Sevilla. Con un agresivo gruñido, dijo:

-Si os han hablado de mí, como sin duda habrá sido, pues hay algunos que quieren acallarme, ya sabéis que no tengo una gran opinión del almirante, considerando que me robó dinero.

-Si se refiere a la retención de vuestra paga, ya estamos enterados.

-No. Se refiere a lo que ocurrió un jueves, el 11 de octubre de 1492.

Al oír esa notoria fecha, Ocampo hizo un ademán de prevención, pues recordaba las órdenes del rey: «Ya sabemos lo que hizo en el mar. Quiero saber que hizo en tierra». Por lo tanto, mirando al marinero con mucha severidad en su único ojo, le dijo:

-Os lo advertí, sólo nos interesa lo que haya ocurrido en La Española.

-Pero si de eso se trata, si queréis escuchar y disculpar mi torpeza, porque no sé leer ni escribir, ni hablar como un caballero...

Viendo que no podía detener el torrente de palabras, Ocampo aceptó:

-Esa tarde, el capitán general reunió a todos los marineros en la cubierta de popa. Estaba muy nervioso y dijo: «¿Qué os prometí ayer, cuando estabais a punto de amotinaros?» Y un hombre, cerca de mí, gritó: «Que si no veíamos tierra en tres días volveríamos sanos y salvos a casa». Y él dijo: «La promesa sigue en pie». Entonces todos gritamos de júbilo.

»Pero él apretó los dientes, como un verdadero loco, y nos dijo: .Estoy seguro, lo juro por la tumba de mi madre, de que Asia está un poco más adelante; allí tiene que estar». Y yo susurré al hombre que estaba a mi lado: «Está tratando de convencerse a sí mismo». Pero entonces él nos recordó: «¿Qué prometió la reina cuando partimos de Palos?». Y fui yo quien respondí, pues ambicionaba ese premio: «Diez mil maravedíes por año, de por. vida». Y él dijo: «Cierto, y hoy. agrego que también daré al afortunado un chaleco de seda». Yo ya sentía esa seda acariciándome la espalda.

»En fin, el caso es que, más o menos por entonces, empezó a soplar un viento fresco del este y nos empujó hacia las costas de China. Y como Colón había sido tan convincente .con su discurso; todos creímos que antes de terminar el tercer día, llegado el momento de mirar hacia atrás, veríamos la China. Y yo estaba seguro, porque había soñado muchas veces que sería yo el primero en verla.

-¿Por qué estabais tan seguro de que había tierra?

-Había estudiado el mar todos los días. Me daba cuenta por él aspecto del agua, pura cuestión de olfato quizá, de que estábamos entrando en una zona distinta. Las olas grandes habían desaparecido, y aquel mar tranquilo parecía una de esas joyas que se ponen las mujeres.

-¿ y vuestros sueños se hicieron realidad?

-Sí. Cerca de medianoche ví una luz en lo que, por fuerza, tenía que ser una costa y anuncié: «¡Tierra a la vista!». Entonces me preparé para ponerme el chaleco de seda y embolsarme esos maravedíes por el resto de mi vida. ¿Y a que no sabéis qué pasó, Excelencia?

-No soy Excelencia. ¿Qué pasó?

-El capitán general Colón se negó a reconocer mi descubrimiento y a darme las recompensas. Pero hizo algo mucho peor, a la mañana siguiente gritó de pronto «¡Tierra a la vista!» y reclamó para sí los maravedíes y el chaleco de seda.

-¿Qué tiene eso que ver con La Española? -preguntó Ocampo, procurando no mostrarse demasiado impaciente, pues sabía desde hacía mucho que los testimonios más desordenados solían ser valiosísimas fuentes de verdad.

-A eso iba, y cuando lo sepáis tendréis que admitir que dice poco a favor de Colón. El 5 de diciembre, después de explorar al sur y al oeste de la isla que el capitán general llamó más adelante Cuba, nuestras tres carabelas tocaron tierra por primera vez en esta isla. -Con una especie de reverencia burlona, añadió--: Y aquí me tenéis ahora, en esta isla de La Española, donde me queríais.

-Proseguid -se limitó a responder Ocampo, pasando por alto tanta familiaridad.

-Una costa desnuda, sin nada que nos tentara. Algunos marineros preguntaron: «¿Puede ser esto la China de Marco Polo?». Entonces, el capitán general se puso hecho una fiera y se negó a hablar una palabra más con nosotros. Conque navegamos alrededor de esta isla en la víspera de Navidad; lunes, creo que era, pues a mí me tocaba la guardia y uno siempre recuerda esas cosas. Llegamos a una bahía preciosa, en la costa norte de esta misma isla en la que estamos. Todo era paz, y los hombres que no estaban de guardia ... en total éramos cuarenta, contando a los oficiales ... comenzaron a tararear villancicos. Y a medianoche, como no tenía guardia, me quedé dormido y soñé con las Navidades de España.

»¿Dónde estaba el general Colón? Profundamente dormido. ¿El segundo piloto, el tercero? Todos profundamente dormidos. Y en esa situación, la Santa María se deslizó silenciosamente hasta un banco de arena. Antes de que los hombres corriendo todos como enloquecidos por la cubierta, pudieran librarla, las grandes olas que llegaban del noroeste la impulsaron más y más sobre lo que podría decirse que era la tierra. Fue horroroso. Colón debería haberse avergonzado, pues en esa hora que faltaba para amanecer todos nos dimos perfecta cuenta de que nuestro barco estaba perdido. Entonces pasamos a la pequeña Niña, que poco espacio tenía para nosotros, puesto que su habitual tripulación de veintidós hombres la ocupaba por completo y nosotros éramos cuarenta más.

-¿Y entonces?

-El capitán general dijo: «Usaremos los tablones de la Santa María para construir la primera ciudad española de la China». Porque él insistía en que allí estábamos. Construimos dos cobertizos. Colón y el cura, o el que se hacía pasar por tal, celebraron un oficio y bautizaron ese sitio como Natividad, en recuerdo del día en que habíamos desembarcado. Y cuando llegó el momento de

que la pequeña Niña nos llevara de regreso a España, Colón comprendió que veintidós tripulantes más nosotros cuarenta eran demasiados para hacer el viaje. Así que designó a treinta y nueve hombres para hacerse cargo de la nueva ciudad, y yo fui uno de ellos. Y partió para salvar su propio pellejo.

En cuanto Ocampo oyó esas palabras, comprendió que la declaración era falsa, pues testimonios anteriores manifestaban que todos los hombres desembarcados que se habían quedado en la Natividad en enero de 1493 habían perecido. Como no había sobrevivientes, Vicente Céspedes acababa de delatarse en su condición de mentiroso que pretendía desquitarse de Colón por algún asunto personal. El licenciado se inclinó hacia adelante y preguntó con aspereza:

-¿Por qué vienes a mí con mentiras? ¿No sabes que todos los hombres de La Natividad murieron?

Céspedes, casi resbalándose de la silla inclinada, mostró una ansiedad infantil por aclarar su posición.

-Fue un milagro, Excelencia. Nunca he logrado desentrañarlo. Pero cuando La Niña estaba por izar velas, uno de los hombres de a bordo, un amigo mío de Cádiz, gritó: «¡Céspedes! Me gustaría quedarme para ver a los nativos». Y cambiamos nuestros puestos. Él murió y yo sigo con vida.

La declaración despertó un enorme interés en Ocampo. Tocaba directamente la responsabilidad de Colón para con sus hombres.

-¿Qué medidas se tomaron para proteger la vida de los treinta y nueve que quedaban en tierra?

-¡Muy pocas, demonios! -En cuanto hubo pronunciado esas palabras, el marinero se echó hacia atrás, mirando a Ocampo con aprensión. Acababa de recordar que para algunas autoridades, la palabra- «demonios» era considerada una grave blasfemia, que en Nueva España se castigaba con una visita a las cámaras de la Inquisición: Pero Ocampo, ex soldado, no pensaba así. Céspedes tragó saliva y continuó:- Para ser justo con Colón, era muy poco lo que podíamos dejarles. Pero cuando levamos anclas aún no se habían construido buenas casas, y no pudimos dejarles mucha pólvora para las pocas pistolas que les dimos, ni mucho plomo para balas. En cuanto a comida, nada.

-¿Nada?

-Tal vez medio tonel de harina y algunos trozos de cerdo. -Céspedes movió la cabeza y añadió:- Pero mi amigo de Cádiz, con el que cambié el puesto, dijo: «Podemos pescar, cazar y contar con la ayuda de los nativos».

-¿Había nativos?



-Muchos. Y puesto que estábamos en buenas relaciones con ellos, supusimos que los treinta y nueve dependerían de ellos.

-Pero ¿no dejó el general Colón a sus hombres en una especie de colonia? Quiero decir, ¿no había senderos, letrinas y sitios donde dormir? ¡Oh, sí! Era una ciudad en ciernes. Después de todo, hasta tenía nombre, La Natividad.

-Pero ¿casas de verdad? ¿Mujeres? Céspedes rió, nervioso.

-Los hombres pensaron en eso. Tal vez un año o dos sin mujeres.

Mi amigo, el de Cádiz; dijo: «Quizá tomemos a las mujeres necesarias de entre los nativos».

Cuando os hicisteis a la mar, vosotros, los marineros comunes, ¿suponíais que los treinta y nueve iban a sobrevivir?

-¡Sí! En el momento de separarnos, le presté un buen cuchillo a mi amigo. -Te lo reclamaré cuando regrese», le dije. Pero él murió y yo no, como he dicho. -Dejó caer la cabeza y se llevó las manos a los labios; mirando fijamente a Ocampo. Luego susurró-: Los nativos los mataron a todos. Pero, aunque no tengo ningún aprecio por Colón, no creo que se le pueda culpar por eso.

-¿Cómo volvisteis a La Española?

-En 1493, con Colón, en el viaje siguiente. Por entonces, él ya era almirante. Yo no le gustaba, pues al verme recordaba que me había robado la recompensa. Pero me tenía por un buen marinero. ¡Y qué diferencia entre esos dos viajes! La primera vez, sólo tres barquillas y un puñado de hombres avanzando a ciegas por un océano desconocido, todos aterrorizados ante la idea de caer por el borde del mundo. En el segundo viaje, casi dos docenas de buenos barcos, cientos de hombres, una rápida navegación por el océano apacible, y en cuanto atravesamos esa cadena de islas que custodia el borde oriental de este mar interior, reconocimos la belleza de lo que ya empezábamos a llamar «nuestro lago español». Para nosotros se estaba convirtiendo en nuestra casa, sobre todo desde que divisamos esta isla que ya conocíamos. Se nos ensanchó el corazón. Habría sido un triunfo. Pero cuando llegamos a La Natividad no hallamos nada. Casas derribadas, donde los nativos habían atacado. Encontré un cadáver que podía ser el de mi amigo, con la cabeza cortada. Y recé una plegaria al enterrarlo: -Diste tu vida por mí. Yo viviré en esta isla y la convertiré en un lugar decente, en tu honor. Y aquí estoy.

Quedaba por formular una pregunta importante, pero fue Céspedes quien sacó a relucir el tema.

-Señor, ¿daréis a los marineros como yo el dinero que el almirante nos robó?

-¿Todavía pensáis que hizo tal cosa?

. -No sólo a mí, sino a todos esos pobres hombres que murieron en La Natividad. -Al ver que Ocampo le clavaba una mirada fulminante por repetir rumores, terminó con aire manso-: Tal vez él pensó que de ese modo el dinero de esos hombres estaría más seguro. Además, ¿de qué les habría servido, en un sitio como La Natividad?

Un viejo marino, una viuda y un hijo abandonado se presentaron para relatar que a los hombres se les había pagado sólo una parte de sus salarios, o nada en absoluto, cuando era obvio que existían fondos disponibles para eso. Un residente, llamado Alonso Peraza, cuyos modales y manera de hablar revelaban que había recibido educación en Salamanca, ofreció una explicación parcial de por qué Colón había actuado de forma tan mezquina:

-El almirante se volvía loco por el dinero. Decía que los reyes no le pagarían lo que habían prometido. Que le debían un décimo, un octavo y un tercio.

-¿Qué significan esos términos? No estoy familiarizado con ellos.

-Cuando Colón regresó de su primer viaje aún no se le reconocía como gran héroe. Entonces el rey Fernando y su reina Isabel acordaron un documento escrito y sellado por notarios, que formalizaba una propuesta absurda, hecha por Colón, según la cual él recibiría a perpetuidad una décima parte de toda la riqueza generada por las nuevas tierras por él descubiertas.

-En ese documento, ¿la palabra perpetuidad significaba lo que pienso?

-Sí, a Colón hasta su muerte y a sus herederos a partir de entonces, para siempre.

-Una enorme fortuna.

-No habría barcos tan grandes que pudieran llevarla a la patria -replicó Peraza.

Luego explicó que la octava parte se refería a la porción de riqueza que se podía generar en los viajes, intercambiando mercancías con los pobladores locales.

-Eso tenía sentido, dijo Peraza-, pero a Colón le resultaba difícil cobrar su parte, porque costaba mucho llevar las cuentas.

-¿Qué quedó? '-preguntó acampo en tono sarcástico-. Una tercera parte de cualquier cosa tiene que ser sustanciosa.

Peraza estalló en una risa irrespetuosa y dijo:

-Colón exigió, con toda seriedad, el derecho a imponer un impuesto de esa magnitud sobre las transacciones llevadas a cabo en las Indias. Sí, un tercio de todo.

Ocampo se reclinó en el sillón para estudiar sus flacos dedos en tanto hacía algunos cálculos.

-Esas tres sumas, en total, el décimo, el octavo y el tercio, habrían representado más de la mitad de toda la riqueza generada en el Nuevo Mundo. Con eso se habría convertido en el hombre más rico de la cristiandad, y ningún rey podría permitirlo:

-Inclinándose hacia adelante, preguntó:- ¿Y decís que lo exigió?

-Así fue, y sus herederos aún reclaman las cantidades. Quieren ser más ricos que el mismo rey.

La atención de Ocampo se centró en una de las acusaciones más serias contra el almirante. El testimonio era el de un simple marinero llamado Salvador Soriano, que había servido en la famosa Niña y regresado para pasar el resto de su vida en Santo Domingo.

-Es un milagro que aún esté yo aquí para responder a vuestras preguntas, Excelencia.

-Sabed que, en realidad, no soy Excelencia; pero, veamos, ¿qué deseabais decirme?

-A Colón lo llamábamos el «Asesino», porque mientras fue virrey en esta isla su pasión era hacer ahorcar a la gente. Había patíbulos en todas partes, seis, ocho, y todos con sus frutas, hombres que bailaban si!! tocar el suelo con los pies. Y los ahorcamientos habrían continuado si el emisario especial Bobadilla no hubiera tenido el valor de interrumpirlos.

-¿Cuáles eran las acusaciones? ¿Motín?

-Cualquier cosa que lo irritara en ese momento. Ocultarle oro al recaudador designado. Hablar mal del almirante o de alguno de sus familiares. Se pasaba el tiempo yendo a España y volviendo, cada vez con más parientes. Y todos ellos eran sagrados aquí. Dos hombres fueron ahorcados por utilizar un bote pesquero sin permiso.

-Parece increíble -comentó acampo.

-Yo mismo fui sentenciado a la horca -añadió entonces el hombre con más energía, sorprendiendo al licenciado- , junto con mi sobrino Bartolomé, ¿y por qué? Por comer una fruta que estaba reservada para otros fines y discutir con uno de los hombres de Colón cuando nos reprendieron. Motín. Él decía que eso era motín, y nos llevaron al patíbulo .

-Veo que aún estáis aquí. ¿Acaso el almirante revocó la orden?

-No fue él. Ahorcó a una veintena. ¡Qué carácter tan terrible!

-¿Y quién os rescató?

-Bobadilla. Se puede decir que él salvó a toda la isla. Porque si Colón seguía actuando así, sin duda acabábamos en una revolución.

Puesto que ésa era la cuarta vez que Ocampo oía mencionar a Bobadilla, siendo del propio rey la primera de las alusiones, era obvio que debía aclarar bien en su mente quién era ese personaje. En cualquier dirección hacia la que el licenciado se volviera, se hallaba cara a cara con ese hombre escurridizo, que parecía haber desempeñado un papel importante en la vida de Colón. Después de reservar para eso toda una tarde, se sentó con sus escribientes y preguntó:

-Bien, ¿qué sabemos de Bobadilla? El rey me dijo varias cosas. Bobadilla fue elegido por la reina Isabel, no por él. Era un hombre de antecedentes distinguidos, sumamente grueso y un verdadero cobarde. -No parece muy atractivo -comentó uno de sus escribientes.

-Muy inteligente. Y lo más importante es que llegó a esta isla para rastrear la mala conducta de Colón, armado con cinco cartas diferentes que le otorgaban poderes muy superiores a los míos. En verdad, el rey me dijo: «Como Bobadilla abusó de sus cinco cartas, a vos os daré sólo una.

-¿Eso significa que no tenéis poderes para arrestar? ¿Para obligar a alguien a prestar testimonio? ¿Para usar el potro si fuera necesario?

-No tengo tales poderes ni los quiero. -y el licenciado puso fin al diálogo con esta orden-: Dedicuemos toda nuestra atención a averiguar todo lo posible sobre Bobadilla. Si lo comprendemos a él, podremos comprender a Colón.

Dos días después, su primer escribiente le informó: . -He hablado con un hombre a quien Bobadilla salvó la vida.

- Tráelo -ordenó Ocampo.

A los pocos minutos cierto Elpidio Díaz, marinero procedente de Huelva, muy nervioso, estaba sentado en la silla torcida, dispuesto a testimoniar:

-Bobadilla era un caballero, un hombre espléndido. Sabía gobernar.

Apenas hubo desembarcado de la nave quejo traía de España, lo primero que vio en la isla fue a mí y a mi primo, los dos con la soga al cuello y a punto de ser ahorcados. Y gritó con todas sus fuerzas. Aún puedo oírlo, creedme: «¡Soltad a esos hombres!». La gente de Colón se puso furiosa. Se negaron a obedecer, y yo pensé: «Es él fin». Pero Bobadilla sacó unos papeles. Decían que había sido enviado por el rey para aclarar las cosas en La Española. Y los ahorcamientos terminaron.

-¿Ahorcamientos, decís? ¿En plural?

-Había veinte condenados como yo, esperando en una zona o en otra. En la pequeña ciudad de Xaraguá, al oeste de aquí, dieciséis prisioneros vivíamos en un pozo profundo, todos sentenciados a la horca. Fue Bobadilla quien nos salvó la vida. «Sacad a esos hombres de ahí. Dejadlos a todos en libertad.»

-¿Tenéis una buena opinión de él?

-La mejor. Hombre de sentido común y ordenado.

Ocampo comenzó a adquirir una valoración equilibrada sobre el hombre, que no agradaba al rey ni a él mismo. Podía haberse mostrado cobarde en la batalla, pero no tenía miedo, desde luego, de enfrentarse con feos asuntos. Parecía haber ejercido un sólido criterio y no era cruel, sin duda. Era honrado, hasta donde se podía apreciar. Pero allí acababa la lista de aspectos positivos, pues una y otra vez emergía de los testimonios como funcionario obeso, glotón, muy pagado de sí, que utilizaba sus cinco cartas reales de una manera obscena, como el gato usa sus zarpas para jugar con el ratón.

Los partidarios de Colón, que eran muchos, sobre todo entre quienes debían sus puestos al almirante, vapuleaban a Bobadilla, considerándolo insensible y vengativo, y lo acusaban de deleitarse en degradar al gran explorador. Pero los ciudadanos más sobrios aseguraban a Ocampo que Bobadilla había hecho una labor magistral, desempeñando su cargo con humanidad. Y era casi imposible discernir quién decía la verdad.

Y así continuaron los interrogantes, tanto sobre Colón como sobre Bobadilla.

Al caer la tarde, terminados los interrogatorios, Ocampo abandonaba su oficina para dar un paseo vespertino por la bella costa de Santo Domingo. Siempre andaba tres pasos por delante de sus escribientes, de modo tal que los tres españoles venidos de la patria formaban un elegante terceto: Ocampo a la

vanguardia, alto y rígidamente erguido, con su llamativo parche y su cicatriz como testimonios de valor, los dos escribientes detrás, vestidos de negro y marchando con andares disciplinados. Y los tres, comportándose como hidalgos de centurias pasadas.

Cuando se encontraban con algún ciudadano conocido, Ocampo se inclinaba graciosamente y preguntaba por su salud. Los escribientes notaron que siempre era el primero en la reverencia. Cuando le preguntaron por qué, dijo: «Todo soldado lleva la dignidad en el corazón. Puede permitirse ser generoso con otros, sobre todo con quienes no tienen dignidad alguna».

-Pero vos sois licenciado -le dijo en tal ocasión el mayor de sus ayudantes.

-Cuando un español ha blandido armas -respondió él-, es soldado para siempre.

En sus paseos, Ocampo aprendía mucho sobre la capital del trópico, que aún no sumaba veinte años, pues a su puerto llegaban todos los barcos, que atravesaban el Caribe o pasaban rumbo a islas como Puerto Rico y Cuba, aún sin colonizar. Al observar esos atrevidos navíos, el licenciado vio con claridad que España estaba destinada a reinar sobre ese mar interior; pero también le interesaron los nativos, a quienes se llamaba indios, nombre propuesto por Colón al admitir finalmente que no había llegado a la China. En su obstinación, había dicho: «Pues entonces ha de ser la India». Por eso los nativos, vástagos de esos, primeros arawaks que habían escapado de la aniquilación a manos de los caribes, recibieron un nombre totalmente inadecuado y erróneo.

A veces, mientras caminaba; se encontraba con Alejandro Pimentel y Fraganza, el lugarteniente. Esos dos hombre altivos, cada uno sospechando de los poderes que el rey pudiera haber concedido al otro, se saludaban formalmente, sin decir nada, y continuaban su marcha. Para Ocampo era obvio que Pimentel lo suponía llegado a la isla para investigar su conducta. En una oportunidad, el licenciado dijo a sus hombres:

-Es un gran alivio que nos entendamos bien con ese hombre. Sé que sospecha de nosotros, pero me gusta.

En dos ocasiones, al cruzarse con él, vieron con placer que iba acompañado de su joven esposa, pero ésta salía tan celosamente custodiada por su antigua dueña que no tenían oportunidad alguna de conversar con ella.

De vez en cuando esos paseos vespertinos daban frutos inesperados, pues algún desconocido se acercaba a Ocampo para susurrarle furtivas sugerencias sobre preguntas que quizá le conviniera formular. Pero una consecuencia más importante fue que las mujeres de Santo Domingo se habituaron a ver a ese hombre, a quien habían supuesto tan austero, acercarse a

ellas con una sonrisa graciosa y una reverencia cortés. Cuando la ciudad se sintió a gusto con él, el licenciado sorprendió a ciertos ciudadanos, sobre todo a aquellos de buenas familias, que se ajustaban a los antiguos cánones de la vida española, invitando a sus interrogatorios a varias mujeres, como si hubiera llegado el momento de que ellas también debieran hacerse oír. De estas mujeres obtuvo esas confesiones íntimas que con tanta frecuencia aclaran asuntos importantes.

Por ejemplo, cuando interrogó a la mujer de Bermúdez, escuchó con paciencia mientras ella desarrollaba el distinguido linaje del que provenía. Aseguraba que era mucho más excelso que el de su esposo, y Ocampo descubrió varios datos de interés: Francisco de Bobadilla era el hombre más adecuado para la misión encomendada pues era de antiguo linaje, había ervido al rey en muchos cargos de honor y era caballero de la orden militar de Calatrava, superior a cualquier otra. Hombre excelente, sabio en las costumbres del mundo y muy capaz de intuir las osadías, de un campesino como Colón y los insufribles miembros de su familia, que sólo deseaban enriquecerse a expensas de otros. Ocampo consideró que debía enmendar de algún modo tan cruda declaración, no fuera a figurar en el definitivo informe oficial:

-En todo caso, señora Bermúdez, no pudo haber aquí siete miembros de la familia Colón, pues no había tantos en España. Su hermano Bartolomé, su hermano Diego, su propio hijo, también llamado Diego, y quizás algún sobrino. Si los contamos son sólo cinco. Y no es habitual que el cabeza de una familia española busque empleos a su alrededor para cinco familiares.

La señora Bermúdez, una vez que comenzaba, no se rendía con facilidad.

-Vuestra cuenta es correcta, pero olvidáis a los parientes de su esposa, de las esposas de sus hermanos, y a todos aquellos emparentados de una manera o de otra, ¿Siete, decís? -y levantó la voz-. Antes bien, una docena. -Luego se mostró conciliadora-: Pero Colón descubrió esta isla, sí... y todas las otras. Sólo él impidió que sus barcos regresaran a España. Sólo él perseveró. -Sin embargo, cuando se levantaba para abandonar el despacho se detuvo y volvió a sentarse, para hablar como si la entrevista apenas comenzara-. Lo malo de Colón y sus interminables parientes, los cuales se apoderaban del dinero que habría debido llegar a nuestras manos, es que eran italianos. No eran españoles. Y resultaba intolerable que mandaran sobre buenos españoles, como mi esposo y yo, que provenimos de grandes familias. ¡Simplemente, era intolerable!

Fue una mujer de muy distinto temperamento quien proporcionó a Ocampo la información más valiosa con respecto a Colón. Cuando el licenciado estaba a punto de partir desde Sevilla para hacerse cargo de sus tareas en La Española, cierto hidalgo de noble familia se le había acercado secretamente para entregarle un frasco de perfume, destilado por expertos árabes que trabajaban en Venecia. y era tan valioso que el noble suplicó: «Protegedlo con vuestra vida, don

Hernán, y cuando lleguéis a La Española entregadlo en privado a la señora de Pimentel. Su partida me dejó desolado».

Por este sutil motivo, Ocampo sentía un interés más que casual en todo encuentro con los Pimentel durante sus paseos vespertinos. Había pasado muchas horas a solas, preguntándose qué tipo de mujer seda la joven señora. Por la magra información de que disponía y tras haber observado su tranquila dignidad', sospechó que se trataba de una de esas mujeres ardientes que nada diría a su esposo sobre la presencia de un admirador en Sevilla. Entonces decidió seguir el consejo del caballero y entregar el perfume en el más estricto secreto.

Por lo tanto, envió a uno de sus escribientes a casa de los Pimentel, para informar a la señora que deseaba interrogarla sobre el gran almirante,. A su debido tiempo, apareció la mujer, acompañada como siempre por su implacable perro guardián. Ocampo, sin demostrar la menor irritación, comenzó a interrogar a su visitante sobre Colón, pero manejó las cosas de modo tal que pudo distraer la vista de la dueña y pasarle disimuladamente a la señora el frasco de perfume. Luego volvió a su escritorio y la miró con expresividad por un momento, diciendo luego en tono indiferente:

-En Sevilla, conocía a muchas personas que os recordaban con placer, a vos y a vuestro esposo. -E hizo arreglos para volver a interrogarla en otro momento.

En la siguiente visita, con aquella aquilina sirvienta siempre tras ella; Ocampo notó que la señora Pimentel había depositado en su registro o en su cuello una gota o dos del raro perfume, pues su suave aroma impregnó la oficina de una manera muy sugerente. Entonces ella comenzó a hablar sobre el gran almirante, y sus sagaces conclusiones ofrecieron más sentido común que las de ningún otro testimonio.

-Cristóbal Colón me ha fascinado desde el día en que llegué aquí, cuando él ahorcaba hombres por docenas. Le vi entonces como un monstruo. Cuando supe lo mal que había preparado a sus dos primeras colonias. La Natividad e Isabela, esta última una triste ciudad de la costa norte, muy lejos de la primera, no logré comprender que Sus Majestades lo toleraran. Mi esposo y yo fuimos de visita a Isabela en sus últimos días, el viaje en barco fue atroz; si nuestro mar es liso como el vidrio, cuando llegamos al océano se torna increíblemente turbulento. Era un sitio desolador, que no merecía llevar el nombre de nuestra reina. No ofrecía un puerto decente para los barcos. No tenía una sola casa de piedra. Habían hachado los bosques para abrir sembradíos, pero no estaban cultivados. Dicen que los últimos pobladores estuvieron a punto de morir de hambre, pues los indios no les llevaban alimentos .. Ese era Colón en su peor aspecto: incapaz de fundar una aldea y de mantenerla.

»En ese período, que podría decirse que para él fue el peor, lo conocí muy poco, y yo lo veía básicamente como un tosco aventurero italiano. Pero



después comenzó a comer con nosotros. Aunque mi esposo era representante personal del rey, como todos los otros, en esos primeros días nuestra casa era casi una choza, pero Colón la colmaba con su extraordinaria vitalidad, su imaginación, su constante búsqueda de algo nuevo y desafiante. Entonces llegué a admirarlo por su genio. Había hecho algo muy difícil: llegar al límite de lo conocido. Escucharle explicar sus sueños con su acento italiano era presenciar la grandeza en acción, y me abrumaba su poder volcánico.

»Pero mi esposo y yo también advertíamos sus fallos, que eran monstruosos. Rara vez llevaba a cabo lo que había iniciado. No era capaz de gobernar, simplemente porque no sabía mantener los ojos en la tarea que tenía entre manos; siempre estaba mirando hacia el futuro. A veces era brutal, arbitrario hasta el punto de ahorcar a cualquiera que estuviera en desacuerdo con él. Y no puedo negar que era avaricioso, maligno, mentiroso y mezquino, incluso cuando trataba con sus propios hombres. Su peor defecto era un nepotismo casi demencial, un favoritismo terrible.

»Sin embargo, cuando se hace balance, Colón es el hombre que nos dio este Nuevo Mundo, y dudo que alguna vez pueda conocer a otro igual. "

Había hablado sin permitir interrupciones. Cuando terminó indicó a su acompañante que debían retirarse; pero al salir de la habitación dejó tras de sí el aroma de su presencia, flotando en el aire como un recuerdo de flores.

-Me interesó saber que habíais estado en Sevilla –dijo y desapareció.

Ocampo había supuesto que ésa sería su última entrevista con la señora de Pimentel. Por eso le sorprendió que, sólo unos pocos días después, uno de sus escribientes entrara en la sala de interrogatorios para anunciar una visita inesperada:

-Una mujer quiere veros. Creo que es la que acompaña a la señora de Pimentel.

Y de inmediato entró la dueña, con reverencias y pidiendo disculpas.

-Excelencia, el lugarteniente Pimentel y su señora solicitan el honor de su presencia en la cena de mañana por la noche y se disculpan por lo tardío de esta invitación.

Ocampo aceptó con indecorosa prontitud, pero la noche siguiente, cuando se preparaba para salir hacia la casa de piedra de los Pimentel, se detuvo ante la puerta de su alojamiento, pensando, en lo que estaba a punto de hacer. Y la cautela que demostró es un indicio de cómo se gobernaba la España colonial: Sería una gran imprudencia ir a esa casa solo. Pimentel podría haber descubierto el perfume y, suponiendo que provenía de mí, llegar a la conclusión de que yo estoy enamorado de su esposa. También podría sospechar de los motivos que me

han traído a La Española. En cualquiera de esos casos, bien podría querer eliminarme. Será mejor que no vaya solo. Así que llamó a sus escribientes y les pidió que formaran el desfile acostumbrado. Una vez en casa de los Pimentel, él dijo, en tono desenvuelto:

-He venido con mis hombres.

-Pueden cenar con el resto de la familia -respondieron los Pimentel.

Y no se volvió a ver a los escribientes.

La casa, que la señora había descrito modestamente como «casi una choza», era ahora una mansión colonial digna de cualquier ciudad rural española. La mampostería de piedra era fuerte y estaba bien unida; El suelo del salón principal estaba hecho con alguna madera tropical dura, bien lustrada; el de los cuartos menos importantes, de mosaicos traídos desde Sevilla. Toda la casa revelaba la tranquila dignidad de un caballero español obviamente, los Pimentel habían importado muchas cosas de la patria, incluyendo carpinteros y albañiles de primera, pero no se veían despliegues rebuscados de alas costosas ni de metales preciosos. Por el contrario, el mobiliario era escaso, aunque Ocampo tuvo el placer de notar que lo mejor de España había llegado a esa capital del Nuevo Mundo.

-Esta casa se mantendrá siempre en pie -predijo. .

-Así debe ser -replicó Pimentel-. España debe echar raíces profundas aquí, pues pronto los envidiosos aparecerán en este mar de oro para arrancamos las islas, o lo intentarán.

La cena fue impecable. Había, cuando menos, cuatro sirvientes distintos, que aparecían a intervalos con los platos.

-Primos de mi esposa -dijo Pimentel.

Pero Ocampo observó que uno de ellos era indio y los otros de origen campesino.

Puesto que la señora Pimentel no tomaba parte en la conversación, Ocampo se sintió desconcertado en cuanto al motivo de la invitación. Pero cuando se sirvió el exquisito vino de Cádiz, terminada la comida, el lugarteniente dijo:

-Si hemos tardado tanto, en invitaros a nuestro humilde hogar ha sido, francamente, porque no podíamos adivinar a qué habíais sido enviado realmente a nuestra isla. Ahora tenemos motivos para creer que lo que dijisteis desde un comienzo era cierto. Habéis venido a investigar al difunto Colón, no a nosotros.

Ocampo, que buscaba alguna frase agradable con la que aceptar esa graciosa concesión, reparó por casualidad en el único adorno importante de la sala, un gran arcón con flejes de hierro que debía de haber sido traído desde Toledo; a juzgar por su cuidadosa artesanía y sus dos intrincadas cerraduras.

-España está tan segura en este mar especial como ese arcón seguro contra los ladrones.

Y los Pimentel asintieron, sin mirar hacia el arcón.

Así terminó esa notable cena con la distinguida familia, sin que nadie hubiera pronunciado una palabra sobre Colón ni sobre Bobadilla, por lo cual Ocampo se manifestó agradecido:

-He oído hablar tanto de esos dos adversarios que lo de esta noche ha sido un agradable respiro. Gracias.

Mientras volvía a su alojamiento dijo a sus escribientes:

-Es hora de que limitemos nuestras convocatorias a hombres de mayor edad y buen criterio, que puedan hablar de Colón en su papel de administrador comercial. No olvidemos que, por unos cuantos años, fue el todopoderoso virrey de nuestras colonias en esta parte del mundo.

El primer testigo citado por Ocampo fue Gonzalvo Pérez, hombre ya mayor, que había desempeñado, un alto puesto en tiempos del virrey Colón. El hombre poseía ese enfoque sagaz de los problemas que sólo se adquiere con los años. Era apuesto y las profundas arrugas de su cara revelaban un carácter maduro y una actitud objetiva, casi divertida, hacia la vida. Cuando hablaba se le iluminaba todo el rostro, y entonces las arrugas se convertían en marcos de sus ojos centellantes, que habían visto demasiada estupidez en el mundo, comprendiéndola toda.

-Me parece -dijo, señalando con la cabeza a los escribientes, mientras intentaba ponerse cómodo en la silla de los testigos- que se debería juzgar a un virrey por el éxito con que haya realizado las tareas específicas que constituyen la base misma de su función, sea éste quien fuere. ¿Colonizó las nuevas tierras puestas bajo su mando? ¿Protegió el dinero del rey? ¿Era justo al tratar con los hombres que debían obedecerle? Cuando se retiró, ¿estaban las cosas mejor o peor que a su llegada?

-Son ésas las cuestiones que he estado tratando de resolver.

-Despejemos primero los puntos cruciales. ¿Si era honrado al tratar con los fondos del rey? Escrupulosamente, y yo estaba en condiciones de saberlo. Nunca derivó un solo céntimo para su propio uso, ni un maravedí. Y tampoco permitía que ninguno de nosotros lo hiciera. Por lo tanto, en ese aspecto podéis

cerrar vuestra investigación aquí mismo. -Segundo punto fundamental, ¿dejó las cosas mejor o peor que al tomar el mando?

-Ni lo uno ni lo otro. Nuestra isla no se había deteriorado, pero tampoco había progresado como hubiera podido. Pero la culpa no fue de Colón, sino de España.

-¿Queréis decir ... del rey?

-No, de España. Del carácter español. De la innata arrogancia de los hombres españoles, sobre todo de los bien nacidos.

-No os comprendo.

-Deberíamos haber traído a esta isla, hace doce años, carpinteros, tejedores, constructores de barcos, dieciséis o diecisiete hombres de edad madura que supieran manejar tiendas, panaderías, herrerías. Hombres que supieran hacer cosas.

-Puso especial énfasis en estas últimas palabras. Luego añadió, con un dejo de pena: En cambio trajimos a los hijos de las familias ricas, a jóvenes que en su vida habían dedicado un solo día a nada constructivo. Y Colón no pudo imponerles la menor disciplina. Les dio un buen ejemplo. Créame que trabajaba mucho. Yo llevaba sus cuentas porque sabía escribir y calcular. Su hermano Bartolomé trabajaba porque tenía un cargo que defender. Pero la inmensa mayoría de los hidalgos no hacían nada. Habían cruzado el Atlántico para combatir, para recoger oro a cubos de los arroyos y volver ricos a la patria.

Y eso nos conduce al primero de los grandes fracasos de Colón como virrey. Con el tipo de hombres que tenía a su disposición, no fue capaz de construir colonias. Todo fracasó. Cuando descubrió que La Natividad había sido destruida en su ausencia, fundó una segunda ciudad, que llamó Isabela, por amor a la reina que tanto había hecho por su carrera. Fue un desastre, un sitio de infinita tristeza. Creo que usted debería incluir en su informe cierto relato de lo que ocurrió allí, pues lo escuché de primera mano, a mi primo, que estuvo en la ciudad.

E interrumpió sus comentarios para relatar la aventura:

Se llamaba Girolamo y era hijo de mi tío. Me contó que al visitar las ruinas de Isabela, hace dos años, dio en caminar por la calle desierta, contemplando los edificios vacíos. Y al girar en una esquina se encontró con dos caballeros: espadas, capas largas, sombreros emplumados... hombres de evidente distinción. Asombrado al encontrar allí a semejantes pobladores, mi primo se les acercó y dijo, con voz cordial: «¿Cómo estáis, caballeros?» Ellos respondieron en silencio, llevándose la mano a los sombreros para devolverle la cortesía, pero cuando se quitaron los sombreros emplumados también las cabezas salieron con ellos. Por un momento se estuvieron así, decapitados. Luego, de las cabezas

surgieron dos desoladores suspiros, como si la carga de vivir en Isabela hubiera sido demasiado grande. Y antes de que mi primo pudiera interrogarlos, desaparecieron sin que él pueda decir cómo.

-Muy interesante --: dijo Ocampo-. Pero si Colón fracasó en sus dos primeros intentos de colonización, cuando menos triunfó aquí, en Santo Domingo:

-Falso. Puso la ciudad en el buen camino, sí, porque el lado sur de cualquier isla siempre es mejor. Pero el verdadero progreso se inició sólo cuando Bobadilla se hizo cargo del gobierno, con los poderes plenipotenciarios que el rey le había otorgado.

-¿Decís que le quitó el mando a Colón?

-Y muy a tiempo. Ahora el crecimiento de la ciudad está asegurado. Bobadilla también se encargó de su protección. Y cuando le reconozco esto, no es poco decir, porque siempre fui hombre de Colón. Bobadilla nunca me gustó mucho, y menos todavía al ver cómo trató a Colón.

-Acabáis de decir algo muy interesante -le interrumpió Ocampo:- «Siempre fui hombre de Colón». ¿Fuisteis uno de los beneficiarios de la conocida debilidad del almirante por el nepotismo?

Pérez sonrió con mucha simpatía, mostrando las palmas, como signo de culpabilidad y confesó.

-Fui el ejemplo perfecto. Veréis, el hermano de mi esposa, un verdadero inútil, se casó con una hermana ... -Se echó a reír, como desaprobando su propio comportamiento, y concluyó:- La historia es demasiado larga y nada feliz, pero tenéis razón. Colón sabía que nosotros, los españoles, lo mirábamos con rencor por ser un advenedizo italiano. Por eso consideró que debía rodearse de hombres que le fueran completamente leales. ¿Y qué mejor que conceder los puestos de mayor importancia a sus familiares? En mi caso, a los familiares de sus familiares. -Se encogió de hombros-. Con los Pérez, nuestra rama de la familia, se equivocó en una de sus elecciones, el hermano de mi esposa; en cambio, en otra dió con un experto muy trabajador que le ayudó a mantener el orden: el marido de mi esposa.

-Me han dicho que fuisteis excepcional-reconoció Ocampo, con una ligera reverencia;--'¿ Y qué podéis decirme sobre los otros criterios del buen virrey?

-¿Si extendió los dominios del rey? Lo hizo, ciertamente. ¿Si sometió a los nativos rebeldes e impuso el orden dentro del caos? Lo hizo, lo hizo. Y lo más importante, a mi modo de ver, siempre puso atención en la labor de llevarles el cristianismo. Sí, eso estaba muy presente en mí, pues con frecuencia él me

recordaba: «Pérez, la reina Isabel me suplicó personalmente que me asegurara de que los nativos adoptaran el cristianismo, y lo he hecho».

-Por lo tanto, si he de aceptar vuestro testimonio, el gran almirante triunfó en las cosas importantes, pero no en los aspectos menores.

-Es exactamente lo que he tratado de expresar.

Ocampo recibió el testimonio más intrigante en una fiesta, en casa del gobernador, cuando una invitada de voz ronca y mirada refulgente lo llevó aparte, hasta un pasillo donde nadie pudiera oírla, y le confió: -Se me ocurre que estáis pasando por alto lo más importante de todo, Excelencia.

-No soy Excelencia, señora, sólo un honrado estudioso que trata de hacer lo posible por esclarecer el pasado.

-En lo, que a mí concierne, todo el que llega con poderes otorgados por el rey es una Excelencia. Lo que deseaba recordaros es algo que los demás pueden considerar demasiado delicado para mencionarlo. ¿Sabía usted que Cristóbal Colón era judío?

No, Ocampo no lo sabía y la sugerencia le ofendió; pero la mujer continuó, con su murmullo confidencial y ronco:

-Sí, indiscutiblemente judío. Un converso. Fingió convertirse al cristianismo, pero continuaba practicando los ritos judíos. Y si vos y yo lo denunciáramos a la Inquisición, habría que quemarlo en la hoguera. -Me parece imposible, señora. Un hombre que ha sido tan amistosamente recibido en la corte

-¡La corte! Está infestada de judíos. Y muchos de ellos también deberían ser quemados.

Tratando de descubrir cómo, había averiguado la mujer el secreto judaísmo de Colón, el licenciado le hizo varias preguntas, pero ella siempre retrocedía a su primera excusa: «Todo el mundo sabe ese feo secreto». Tiempo después, al interrogar a otros pobladores, Ocampo supo que sólo la mujer y algunos otros descontentos mencionaban ese supuesto judaísmo y, aunque recordaba el encargo del rey en cuanto a aplastar la religión judía allí donde apareciera, llegó a la conclusión de que no había fundamentos para la acusación contra el almirante.

La actitud de Ocampo era la de la mayoría de los caballeros españoles sensatos y educados de la época: respetaba a aquellos judíos que, habiendo reconocido la superioridad del cristianismo, se habían convertido, y los recibía sin reservas en el centro de la vida española. Había extendido su amistad a muchos conversos en los años transcurridos desde la gran expulsión de los judíos, acaecida en 1492. Pero le repugnaban aquellos que, tras haber hecho el gesto público de

convertirse, continuaban practicando sus ritos en secreto; éstos estaban más allá de toda disculpa y merecían el duro tratamiento que les aplicaba la Inquisición. El mismo había presenciado varias ejecuciones públicas en la hoguera, allá en Sevilla, y en ellas había visto la mano de Dios.

Por lo tanto, fue un placer que muchos isleños lo tranquilizaran al respecto, asegurándole que, si bien Cristóbal Colón tenía muchos defectos, principalmente su condición de italiano, no era judío. Una tarde, dio a sus escribientes instrucciones precisas:

-Nuestro informe no dirá nada sobre los escandalosos rumores de que el virrey era secretamente judío practicante, merecedor de las atenciones de la Inquisición.

Y no se transcribió nota alguna sobre este delicado tema.

Pero había otro asunto referido a Colón que involucraba una similar, gravedad moral, y Ocampo no estaba preparado para enfrentarse a él. Se lo planteó un visitante poco común, que apareció en su despacho sin hacerse anunciar. Era un joven sacerdote de veintiséis años, llamado padre Gaspar, de tipo nervioso, pelo muy rizado, mal aspecto y manos inquietas. Su torpe conducta revelaba que era muy consciente de estar rebasando el límite de sus responsabilidades. Pero allí estaba, sentado en la silla de los testigos, con la intención de permanecer en ella hasta haber dicho lo que deseaba:

-Con vuestro permiso, Excelencia ... Como siempre, Ocampo rechazó ese título:

-Soy como vos, padre, un simple trabajador de este viñedo.

Eso tranquilizó al joven sacerdote, que dijo en un torrente de palabras:

-Todo el mundo sabe lo que estáis haciendo, señor, y lo que debo relatar es importante si queréis tener una imagen completa del gran almirante.

-Bien dicho, padre. Muy bien expresado. Eso es lo que estoy tratando de hacer pintar una imagen del virrey que cumplió un papel importante en esta isla. Y se inclinó hacia adelante para añadir:- ¿Cuáles son los detalles que, según vos, puedo haber pasado por alto?

-Los nativos.

-¿Os referís a los indios? -preguntó Ocampo.

-Llamémoslos indios, si así lo deseáis, Excelencia.

-No tiene importancia -reconoció Ocampo, reclinándose.

-A los eclesiásticos se nos ha dicho -prosiguió el padre- que una de las misiones principales, sobre todo en lo que concernía a la reina Isabel, sagrada sea su memoria, es la conversión de los indios al cristianismo ...

-No hay misión más elevada en la tierra, padre. ¿Por qué mencionáis el tema?

-Porque el almirante no trató de convertir a los indios.

-Eso no es cierto, joven, y confío en que retiréis esa acusación

Todo el mundo me comenta que Colón era muy devoto y muy diligente en traer a Dios las almas de los indios. El testimonio es unánime.

-Entre los miembros de la Iglesia, no-afirmó el joven, sin ceder.

Como Ocampo hizo ademán de reprenderlo otra vez, lo dejó atónito con una interrupción. Por favor, permitidme concluir con mi declaración.

El licenciado, comprendiendo poco a poco que se encontraba ante, una situación muy delicada, inclinó la cabeza, como si estuviera ante un cardenal.

-Continuad, por favor.

-Decía que Colón debía convertir a los indios, pero lo que hizo fue matarlos.

-Horrenda declaración.

Me he tomado la libertad de traeros unas cifras que ninguna otra persona se atrevería siquiera a mencionar. -El joven sacerdote desenvolvió un paño de seda atado por las puntas y extrajo de él un resumen, cuidadosamente preparado, de lo que había ocurrido con los indios taínos (*con el nombre de taínos. se designaba en varias de las grandes islas del Caribe Occidental a los pacíficos arawaks, que alrededor del año 1300 habían buscado refugio en ellas tras la llegada de los caribes caníbales a las pequeñas islas orientales*) desde la llegada del almirante Colón, en 1492. y procedió a recitar las catastróficas cifras- En 1492, esta isla tenía, al parecer, una población de trescientos mil taínos.

-¿Cómo es posible afirmar algo así?

-Por los registros de la iglesia. Nuestros sacerdotes llegaban a todos los rincones. Cuatro años después, en 1496, la población, y esta cifra es exacta, pues yo, siendo un cura muy joven, ayudé a averiguarla, había descendido en un tercio, a doscientos mil.



-¿Qué queréis decir con la palabra «descendido»?

-Me estoy refiriendo a matanzas sin sentido. -La horrible palabra estalló en la plácida sala de testimonios como un saco de pólvora negra apilado negligentemente, y Ocampo quedó escaldado. De ahí en adelante, la entrevista adquirió un cariz muy distinto: el joven padre Gaspar asumió el papel de acusador, mientras Ocampo actuaba como defensor del Gran Almirante.

El licenciado tosió, acomodándose inquieto en su sillón; y preguntó.

-¿Qué significa eso de «matanzas sin sentido»?

-Asesinatos innecesarios y bárbaros -respondió el cura sin dejarse amedrentar.

-Pero era preciso proteger nuestras fronteras -replicó Ocampo- El virrey tenía pleno derecho a defender las tierras del rey, ¿o no? -¿Eran del rey? -preguntó el padre Gaspar, con una sencillez casi infantil-. Los táinos las ocupaban desde hacía siglos.

Esa era una cuestión espinosa, y Ocampo lo sabía. Pero tenía el tranquilizador respaldo de una poderosa doctrina:

-El Papa ha decretado que todos los salvajes que no conozcan a Dios, que no sepan de la salvación de Cristo, sean civilizados por nosotros y conducidos al cobijo y la santidad de la Iglesia.

-Sí. Para, eso estoy aquí, como tantos otros. Trabajamos con denuedo para alcanzar esa salvación.

-Lo mismo hizo Colón, así lo aseguran todos.

-No nosotros, quienes trabajamos para la verdadera conversión. -¿Qué queréis decir con eso?

-Me refiero a la conversión de las almas. A llevar la luz a lugares oscuros para que hasta los indios conozcan el amor de Jesucristo.

-¿Acaso no es eso para lo que trabajamos todos? ¿No es ésa la misión de España en el Nuevo Mundo?

El padre Gaspar, que ese año cumpliría veintisiete, se atrevió a sonreír ante tan idealista concepción de los objetivos españoles.

-Yo diría que nuestra misión en el Nuevo Mundo, es cuádruple, hallar tierras nuevas, conquistarlas, buscar oro y cristianizar a los salvajes. Exactamente

en ese orden. Los cien mil indios que perecieron en los primeros cuatro años de violencia fueron innecesariamente exterminados por orden del almirante Colón.

Profundamente agitado, el licenciado Ocampo se levantó de su ornamentada silla para pasearse por el cuarto. Por fin, se detuvo ante el sacerdote.

-No puedo aceptar la palabra «innecesariamente». Sin duda, Colón castigó a los indios por su propio bien. -y se interrumpió de pronto, cayendo en la cuenta de lo estúpida que era semejante afirmación. Como hombre juicioso que era, enmendó su argumento. Mejor dicho, ¿no es cierto que los salvajes amenazaban la colonia?

El padre Gaspar se echó a reír nerviosamente.

-Excelencia, ¿se detuvo vuestro barco en la Dominica al venir hacia aquí? ¿No os contaron los marinos que los feroces indios caribes, caníbales todos ellos, mataron a cuanto español intentó desembarcar en su isla? Eso es lo que significa la palabra salvaje. Nuestros taínos no son así en absoluto. Ellos huyeron de los caribes. Son el pueblo más pacífico de las islas. En ningún momento tuvo Colón excusa alguna para aniquilarlos.

-Un momento, padre. Llevo días aquí oyendo decir que esos pacíficos indios vuestros mataron a los treinta y nueve hombres que dejó Colón en La Natividad en 1493. Y que alrededor de 1496, época atroz, acabaron con otros muchos en Isabela. No me vengáis, pues, con que vuestros apreciados indios eran pacíficos.

Para asombro de Ocampo, el joven sacerdote lo interrumpió sin miramientos, insistiendo en un punto tan importante para él que no podía esperar:

-Pero es que vuestros hombres, para empezar, les robaban la comida. Y, por si fuera poco, también las mujeres.

El licenciado recordó la memorable frase del marinero Céspedes, repitiendo un comentario de su amigo el gaditano: «Quizá tomemos las mujeres necesarias de entre los nativos». Pero dijo:

-Digo yo que un español que se precie no haría ...

-Permitidme completar mis cifras -volvió a interrumpirlo el fiero sacerdote-. El año pasado, en 1508, hicimos otro censo, esta vez muy preciso: quedaban setenta y ocho mil taínos, de los trescientos mil que había hace sólo unos años. A este paso, muy pronto no llegarán a un millar. *(La estimación del padre Gaspar era muy optimista, pues, según un censo exhaustivo de 1548, por entonces quedaban tan sólo 490 arawaks. En alguna otra de las islas occidentales ya se habían extinguido completamente mucho antes de esa fecha.)*

-No puedo aceptar esas cifras -dijo Ocampo.

Y súbitamente el padre Gaspar se convirtió en la imagen misma de la humildad.

-Perdonadme, Excelencia. He estado descortés y me avergüenzo de ello. Pero vuestra misión consiste en elaborar un documento importante y es preciso respetar la verdad.

-Gracias, joven. Rezaré por que no me hayáis dicho la verdad.

-Con vuestra venia, ¿podría exponer los detalles de cierto incidente, a mi juicio muy representativo? Oficié como capellán de un grupo expedicionario que partió de esta capital, así que presencié todo lo ocurrido.

-Proceded -concedió el Licenciado y, algo intranquilo, se inclinó hacia adelante una vez más para escuchar lo que el cura tenía que contar. Lo que había oído hasta ese momento era sin duda inquietante, pero también curiosamente convincente.

En el verano de 1503, mis superiores me ordenaron presentarme ante el gobernador Nicolás de Ovando, que quería organizar una expedición de muchos soldados para disciplinar a los talnos en el extremo occidental de La Española. Marchamos durante muchos días hasta esa peligrosa y lejana parte del reino, pero al llegar impusimos un castigo sistemático a aquellos caciques o gobernantes nativos que venían negándose a obedecer las órdenes de nuestro gobernador el antedicho Ovando.

En todos los casos, antes de iniciarse la matanza, supliqué al gobernador que me autorizara a visitar a los talnos, pues estaba seguro de poder resolver sus problemas, explicar las nuevas leyes y pacificarlos, como tantas veces lo habla hecho antes. Pero siempre el gobernador respondió: «Han desobedecido mis órdenes y deben ser castigados». Por lo tanto, sin que se hubiera declarado la guerra, sin siquiera librarla, devastamos la provincia de Xilraguá, incendiando aldeas y matando a los pobladores. En total. matamos a ochenta y tres caciques. Y cuando digo que los matamos, quiero decir que los pasamos por el potro, les aplicamos el garrote lento, los descuartizamos y los quemamos vivos a fuego lento. Cuando queríamos mostrarnos benévolos, los ahorcábamos rápidamente. Además de los caciques importantes, calculo que aniquilamos a cuarenta mil indios.

Entre los caciques había una jefa muy bella llamada Anacoana. No tenía ni treinta años, creo yo. Lucía una larga y graciosa cabellera que le caía sobre el cuerpo, por lo demás desnudo. Cuando desdeñó al gobernador Ovando y se negó a jurar obediencia sus futuras órdenes, él, enfurecido, ordenó que la quemaran viva. Pero mientras se ocupaba de otros asuntos pedí a tres soldados que la estrangularan tan rápida e indoloramente como fuera posible. Ella, al sentir

aquellas manos misericordiosas en su cuello, me sonrió. Y fui yo quien lloró, no ella.

El licenciado había escuchado este relato con mucha atención. Luego mandó llamar a unos funcionarios locales, a quienes interrogó allí mismo, en presencia del padre Gaspar.

-¿Existió una expedición contra la provincia de Xaraguá?

-Sí.

-¿Iba al frente el gobernador Ovando?

-En efecto.

-¿Mataron a muchos caciques?

-Era preciso.

-¿Hubo una bella jefa que fue quemada viva?

-Esa fue la orden, pero el buen sacerdote aquí presente nos hizo señas, a mí ya otros dos, para que la estranguláramos. Y así lo hicimos .

Ocampo guardó silencio unos instantes, apoyando el mentón en los índices y tratando de representarse lo que había ocurrido. Por fin, tosió y se inclinó hacia delante, como diciendo: «Vamos a los hechos de este caso».

-Decidme, padre Gaspar, ¿sois de quienes sostienen que los negros y los indios poseen alma?

-Lo soy.

-¿Y cómo justificáis tal creencia?

-A mi juicio, todos los hombres son humanos, todos iguales en el amor de Dios y la estima de Jesús.

-¿Aun los indios salvajes que no conocen a Dios ni a Jesús?

-Jesús nos encomendó que les enseñáramos la verdad, que les mostráramos la luz, para que pudieran conocerlo.

-¿Sostenéis, pues, que los blancos hacen mal en esclavizar a los negros?

-Sí. Sería mejor que los trataran como a hermanos.

-¿Condenáis, entonces, a nuestros reyes por tener esclavos?

-En efecto.

-Pero si al hacer esclavos de estos salvajes podemos traer los al rebaño del buen pastor Jesús, ¿no es ése un camino a la salvación?

El padre Gaspar reflexionó unos instantes sobre este dilema, y luego concedió.

-Si fuera el único camino hacia la salvación, sí, estaría justificado. Pero creo que en cuanto el negro o el indio adoptaran el cristianismo habría que liberarlos de su esclavitud.

-Volviendo a mi pregunta original: ¿creéis que los negros y los indios tienen alma, como vos y como yo?

-Lo creo, sí. De lo contrario, ¿cómo podrían llegar a ver la luz del cristianismo? ¿Con los ojos, con los oídos, con el estómago? Sólo se la puede captar con el alma.

Eso dio que pensar a Ocampo. Al cabo de un rato preguntó, casi vacilante:

-¿Sabéis, supongo, que muchos doctores versados en teología niegan que los salvajes tengan alma?

-He oído ese argumento, pero cuantos lo sostienen dejan muchas cosas por explicar.

-Yo lo sostengo. Desde que desembarqué en esta isla he tratado incesantemente de comprender cómo podían tener alma los salvajes que veía, esos que nuestro Gran Almirante se vio obligado a castigar tan duramente. Tampoco los puedo clasificar como seres humanos. -Lo dijo enérgicamente. Luego preguntó--: Supongo que vos los consideráis humanos, ¿no?'

-En efecto. -Antes de que Ocampo pudiera contestar, el sacerdote añadió--: Y lo pienso así por este motivo: no puedo creer que ese indio sin instrucción que hay bajo aquel árbol esté desprovisto de alma y, de pronto, sólo con acercarse, escuchar mis enseñanzas y, aceptar el bautismo, yo se la confiera. ¿Cómo? ¿Con el agua que vierto sobre él? Lo dudo mucho.

-Y entonces ¿cómo?, según vos.

-Con toda franqueza, Excelencia -dijo el padre Gaspar muy humildemente-, creo que todo ser humano, al nacer, trae un alma que Dios le ha

otorgado, y esta alma puede permanecer oculta en la oscuridad hasta que alguien, como nuestra noble reina Isabel, que Dios la tenga en Su Gloria, envía a un hombre como el almirante Colón, auxiliado por personas como vos y como yo, para explicarle el cristianismo y la salvación.

-Pero al comenzar nuestra conversación habéis sido muy duro con Colón.

-Porque perdió de vista su misión primordial se contentó con ser homicida, no salvador.

-¿Seguís igual de duro después de esta exploración que hemos efectuado?

Como el joven asintió, dispuesto a no ceder un ápice ante su superior, Ocampo se levantó, agitado, y caminó por su despacho. Finalmente se detuvo ante una ventana que daba a la transitada calle. Sus ojos se posaron en un espectáculo sobrecogedor y nada familiar: un negro corpulento y apuesto, cuya piel sudorosa relucía bajo el sol mientras marchaba detrás de su amo. El esclavo había llegado a la Española en un mercante español, comprado en un puerto portugués de la costa africana, pues por entonces sólo los portugueses se dedicaban a ese tráfico; Ocampo; allí asomado, tuvo súbitamente una visión de lo que vendría: días turbulentos en que las calles de la ciudad y los caminos de la isla estarían atestados de negros como ése con sus mujeres. Y la perspectiva le dejó a un tiempo fascinado e inquieto.

Sumido en una profunda perplejidad, llamó al padre Gaspar y, cuando lo tuvo a su lado, señaló al negro, preguntando:

-Padre, ¿en verdad creéis que ese negro, el corpulento, tiene un alma como vos y yo?

-Sí -respondió el padre Gaspar, y en ese momento el don de la profecía actuó en él. Desde el día en que el almirante Colón inició la masacre de los taínos, simplemente porque no se ajustaban a la idea de lo que debía ser un pueblo sumiso, él había cavilado mucho al respecto y predijo:-La historia de esta isla y de todas las islas que España ha capturado en este mar encantador incluirá la aceptación, lenta y hasta renuente, de que ese negro corpulento tiene alma.

Ocampo, en absoluto convencido por el joven sacerdote; dedicó su atención a la parte más difícil de la investigación: la afrenta que Francisco de Bobadilla, su distinguido predecesor en la investigación especial; había infligido al almirante Colón. Al iniciar su estudio intensivo, pensaba igual que Bobadilla,

pues ambos habían sido enviados más o menos con el mismo propósito. Pero la tarea de su antecesor había sido mucho más difícil. Ocampo, comprendiéndolo así, comenzó con pies de plomo. Los primeros testimonios fueron resumidos por los escribientes.

Me1chor Sánchez, hombre desagradable, enemigo declarado de Colón, dijo que Bobadilla, si bien había llegado con tres años de retraso, había esclarecido la situación brillantemente, tratando a Colón con justicia y hasta con misericordia. En opinión de Sánchez, Bobadilla tenía razones suficientes hasta para ahorcar al almirante. Esta declaración, no obstante, quedó neutralizada al descubrir el licenciado que Colón, muy justamente, había hecho colgar al hijo primogénito de Sánchez por robo reiterado:

Álvaro Abarbanel, un mercader cuya actividad había favorecido Colón haciendo transportar género en barcos de la Corona, dijo, lacónico y severo: «Bobadilla habría tenido que ser azotado por tratar así a tan gran hombre. El almirante tenía motivos sobrados para matarlo de un pistoletazo, y yo estuve muy cerca de hacerlo».

Así continuaban las declaraciones, de un lado y del otro. Después de escuchar a unos dieciséis testigos, nueve a favor de Bobadilla y siete partidarios de Colón, Ocampo dijo a sus escribientes:

-Necesitaríamos alguna declaración imparcial, sin opiniones, sin acaloramientos ni animosidad, ajustada a lo que realmente ocurrió.

Y un funcionario que había trabajado sucesivamente al servicio de todos los virreyes de la isla, un cierto Pablo Carvajal, de buena familia y mejor reputación, estableció así los hechos:

-Francisco de Bobadilla llegó aquí el 2 de agosto del año 1500, provisto de una serie de documentos mediante los cuales el rey, le, concedía poderes plenipotenciarios. Debo decir que Bobadilla obró de forma brillante. Ningún general, ni el mayor de los estrategas; lo ha hecho jamás mejor.

Para empezar, nos reunió e hizo leer al notario algo así como un despacho oficial con una visión global de las cosas. A los territorios españoles, tanto aquí como en la madre patria, llegan frecuentemente hombres como él con documentos como ése, así que no le dimos mucha importancia. Lo ayudamos a efectuar los exámenes de rutina, que no se centraron ni mucho menos en el almirante. En realidad, Colón, demostrando su disgusto ante todo eso, se marchó de la ciudad en medio de la investigación. "Salgo a cazar taínos», dijo, con una insolencia que enfureció a Bobadilla.

»¿Y qué hizo Bobadilla? Contra Colón nada, desde luego, pero volvió a convocarnos a todos para hacemos escuchar la lectura del segundo documento. Recuerdo que yo estaba de pie junto a él, a pleno sol, mientras todo el pueblo, sus

trescientos ciudadanos, se congregaba en la plaza, ante la iglesia. Bobadilla, con su gran humanidad, subió la escalinata de la iglesia, bastante inestable por aquel entonces pues ni siquiera teníamos cúpula aún, y con una voz asombrosamente fuerte leyó unas palabras que nos asombraron a todos. Eran de Fernando e Isabel: «Nuestro buen y fiel servidor, Francisco de Bobadilla, es nombrado por la presente gobernador de La Española».

»¡Bueno, menudo revuelo que se armó! Pero los arrogantes hermanos Colón, y recordad que eran italianos, se negaron a obedecerle. Una vez más Bobadilla fue la paciencia en persona. Al día siguiente hizo leer al notario su tercera carta, que le daba poder sobre todos los efectivos militares de la isla, y con este tercer edicto comenzó a acaparar poder. Pero fue la lectura de la cuarta carta, al día siguiente, lo que le otorgó autoridad para someter a los tres Colón. Todavía oigo la voz del notario, pues ese mensaje me atañía personalmente: «Nuestro muy fiel amigo, Francisco de Bobadilla, tendrá facultades para pagar a todos aquellos súbditos leales que, siendo beneficiarios de sueldos, los hayan visto confiscados». Ya comprenderéis lo que eso significó. Los hombres como yo recibiríamos, sólo con apelar a Bobadilla, todo el dinero que el Gran Almirante nos había retenido. Naturalmente, nos convertimos en partidarios declarados de Bobadilla. Y cuando, por fin, Colón volvió a la ciudad, todos estábamos contra él.

»Y entonces llegó el golpe definitivo. Con todo ese apoyo, Bobadilla reveló la más poderosa de sus cartas, la que le daba poderes absolutos para efectuar tantos cambios en el gobierno y tantos arrestos como juzgara necesarios: Y antes de que sus palabras se hubieran desvanecido en el aire del trópico, los tres Colón fueron detenidos por la policía de Bobadilla, arrojados a la cárcel y obligados, a soportar la humillación de tender los brazos y los tobillos para que el herrero les pusiera unos grilletes con pesadas cadenas en las extremidades.

-¿Como criminales comunes? – lo interrumpió en ese punto el licenciado-. ¿Como ladrones, contrabandistas o asesinos?

-Como todo eso.

-¿También el almirante?

-El almirante más que ninguno. Y así se los llevaron, a rastras y sin miramientos, hasta la costa, donde fueron embarcados a bordo de un pequeño velero y enviados a España para ser juzgados.

-Aquí, Carvajal hizo una pausa y miró a su interrogador, para aclarar un punto revelador y cruel: A mí me encargó Bobadilla que acompañara a los hermanos Colón a España y verificara que fueran entregados a las autoridades competentes. En cuanto el barco hubo abandonado la sombra de La Española, bajo mi propia responsabilidad llamé a un herrero y lo hice bajar conmigo a la bodega, donde el Gran Almirante estaba acurrucado contra las tablas. «Almirante», le dije, «no me parece correcto que un hombre de vuestra dignidad,



nada menos que un virrey, permanezca encadenado durante tan largo viaje. Pedro os quitará las cadenas Y os las volveremos a poner cuando lleguemos a Sevilla». Pero Colón, con gran esfuerzo, se levantó y dijo: «Estas cadenas me han sido impuestas por el rey y la reina, así que cargaré con ellas hasta que Sus Majestades den, personalmente, la orden de quitarlas». Y por ningún concepto permitió que Pedro las tocara. Cuando volvió a dejarse caer, entre el tintineo de los eslabones, los ojos se me llenaron de lágrimas. Él, al verlas, me dijo: «Hacéis bien en llorar, don Pablo, pues estáis viendo al hombre cuyo valor brindó a España todo el Japón y la China, con riquezas inconmensurables para la eternidad. ¿Y cuál es su recompensa?». Levantó las manos esposadas y exclamó: «¡Estas cadenas! ¡Este gran oprobio!».

»Durante ese largo viaje lo visité a menudo y, con el tiempo, acabé acostumbrándome a verlo así pues llevaba las cadenas con honor, y llegué a sentir un inmenso respeto por aquel esforzado héroe. Sin embargo, una cosa me dejó perplejo y aún hoy me desconcierta.

-Habláis de él como si lo amarais, don Pablo -comentó Ocampo, muy conmovido por ese retrato de un héroe empecinado en lucha contra el mundo.

Carvajal pensó su respuesta y luego habló despacio y eligiendo cuidadosamente las palabras.

-No es amor la palabra que corresponde usar en este caso, pues él no despertaba amor. -Se interrumpió y al instante, como si iniciara una conversación totalmente distinta, agregó con viveza:- Un mediodía, cuando le llevé sus gachas, apartó el cuenco de sí y dijo, casi suplicante, como ansioso de convencerme, aunque yo ya estaba convencido: «Nunca comprendieron, Carvajal. ¡No me enviaron a servir de virrey en Sicilia, colonizada desde hace mil años, con rutas y hombres capaces de razonar! ¡No! Me enviaron donde nunca antes había pisado el hombre».

Y yo protesté: «Aquí ya estaban los indios». Pero él me espetó: «Yo hablo de cristianos».

Al terminar ese revelador relato, Ocampo y Carvajal permanecieron en silencio, con la vista clavada en el suelo, como si temieran mirarse y reconocer la terrible injusticia cometida con Cristóbal Colón, descubridor de mundos, nuevas oportunidades y nuevas ideas. Al cabo de un rato, Ocampo dijo:

-¡De qué extraño modo se burla el destino de nosotros! Anoche, mientras preparaba las últimas páginas de mi informe, me acosaba el recuerdo de lo sucedido a Bobadilla, allá en 1500, cuando terminó su propio informe. El texto era ya de por sí voluminoso e iba acompañado, además, de grandes fajas de documentos y declaraciones individuales.

Según me dicen, hicieron falta tres hombres para transportarlo todo al barco que partía rumbo a España. Pero cuando apenas había abandonado el puerto, la nave se hundió con Bobadilla y todos sus papeles, llevándose al fondo del mar. ¿Quién sabe si no fue ese el juicio de Dios sobre tan triste asunto?

Antes de abandonar La Española, con un informe extraordinariamente ecuánime sobre los aciertos y desaciertos del Gran Almirante, Ocampo mantuvo otras dos entrevistas, ambas accidentales, ambas reveladoras. La primera fue con un marinero analfabeto, que se presentó acompañado de mi sacerdote, hombre a quien Ocampo no había visto nunca. El marinero dijo:

-Sé que la gente os ha estado hablando mal del almirante y temía que les creyeráis. Quiero que sepáis toda la verdad. Colón era, ante todo, un marino, el mejor de cuantos han surcado los mares. Yo hice con él dos viajes, pero el que jamás olvidaré, ni yo ni ninguno de quienes participamos, fue el último, después de que le quitaron las cadenas.

-Nadie me ha hablado de eso -dijo el licenciado, inclinándose hacia delante, como solía siempre que sospechaba que iba a escuchar algo interesante.

-Fue un viaje descorazonador -dijo el marinero-. No había nada nuevo en las islas pequeñas, y sólo cuando llegamos a las costas de Asia *-(En realidad, se refiere a Centroamérica, concretamente a zonas de las futuras Nicaragua y Honduras)* encontramos un poco de oro, pero no tanto como para que el viaje valiese la pena. Además, perdimos muchos hombres en la lucha.

El relato degeneró entonces en una sucesión de insensatas incursiones y repetidos desencantos. Ocampo, impaciente, empezó a moverse en el sillón y buscó algún modo de sacar de ahí al marinero. Pero, de pronto, la narración cobró interés. El licenciado comenzó a entrever la figura espectral del verdadero almirante:

-Cuando retornábamos hacia esta isla, con un escaso provecho para tantas fatigas, fuimos presa de violentas tempestades que parecían no amainar nunca. Nuestros dos viejos y crujientes navíos quedaron muy castigados, separándose tanto los maderos que las grandes olas barrían continuamente las cubiertas. Sólo mediante diligentísimos esfuerzos logró el almirante mantenernos a flote y juntos, y en esas lamentables condiciones llegamos a la costa sur de Jamaica, una isla que habíamos descubierto en su segundo viaje, años antes, pero que aún estaba poblada sólo por indios. Allí varamos los dos barcos y construimos sobre ellos una especie de techo que nos protegiera del sol y las tormentas. Una horrible situación, pues no había manera de continuar navegando, ya que los barcos no tenían arreglo. Lo que hacía las cosas más difíciles era que, en La Española, nadie podía enterarse de que habíamos varado ni de dónde estábamos. Todas las mañanas, al despertar, alguien se lamentaba: «¿Cómo saldremos de aquí? ... A nadie se le ocurría nada.

»A decir verdad, Excelencia, ya dábamos por hecho que allí pereceríamos, sin que nadie supiera jamás cómo habíamos muerto, pues ningún barco llegaba a Jamaica.

-¿Cómo escapasteis? -preguntó Ocampo.

-Sólo por el valor del almirante, que en ningún momento flaqueó -respondió el marinero-. Todos los días nos aseguraba: «De algún modo nos rescatarán». Y cuando pasábamos hambre, prometía: «De algún modo hallaremos comida». Y nos enseñó a hacer redes para atrapar pescado. También probaba personalmente las frutas desconocidas, para determinar si se podían comer sin peligro. Y era incansable cuando se trataba de impulsarnos a construir mejores chozas.

-¡ Chozas ! ¿Cuántos días pasasteis varados en Jamaica?

-¿Días? -dijo el marinero horrorizado, mirándolo fijamente-. Fueron meses enteros, Excelencia. Desde junio de un año hasta marzo del siguiente. Estábamos en el fin del mundo, Excelencia. Nadie sabía dónde nos encontrábamos. En La Española nos daban ya por muertos, y estoy seguro de que más de uno se alegró, porque el almirante tenía a veces muy malas pulgas, sobre todo con los jóvenes hidalgos. El hombre se limpió la nariz con el índice izquierdo y se inclinó hacia Ocampo, diciendo- Estábamos todos muertos, Excelencia. Los últimos meses, especialmente, fueron un infierno.

-¿Por qué?

El marinero vaciló, sin saber cómo explicar aquel terrible aislamiento y la pérdida de toda esperanza. Luego carraspeó y dijo:

-Si alguna vez os metéis en un lío, no encontraréis amigo más digno de confianza que Diego Méndez -pronunció el nombre con tal reverencia que Ocampo se sintió impulsado a preguntar:

-¿Quién es?

-Nuestro salvador -respondió el marinero.

-Contadme.

El marinero no respondió directamente, pues tenía cosas importantes que decir sobre Méndez y no quería desviarse del tema.

-Casi todos los jóvenes hidalgos que se embarcaron con nosotros eran verdaderos canallas, sobre todo cuando se trataba de dar órdenes a los hombres como yo. Méndez, que era muy distinto de los otros, me dijo un día: «Hay que calafatear esas vías de agua, así que ¿a qué esperamos?». Y en los peores

momentos, cuando parecía que estábamos a punto de hundirnos, él trabajaba en las bombas como el que más.

Ocampo asintió, en señal de respeto por aquel noble joven desconocido que parecía haber sido todo un dechado; cosa que quedó fuera, de duda con lo que el marino contó a continuación:

-Méndez no conocía el miedo. Cuando todos habíamos descartado la posibilidad de escapar, él construyó una canoa. Parecía inservible hasta para cruzar un río; él, sin embargo, nos dijo: «Con esto iré a La Española y volveré con un barco para rescataros». Y así lo hizo, con aquella pequeña embarcación. Tormentas, olas, un primer intento fallido, amenazas de los indios ... Pero Méndez. siguió remando con su pequeña canoa.

-El marinero se interrumpió para persignarse-. Con la ayuda de Dios, nos salvó después de nueve meses en Jamaica, donde con toda seguridad hubiéramos muerto sin que nadie nos echara de menos. -Volvió a hacer una pausa y se enjugó los ojos antes de concluir-: El Gran Almirante no acabó en una tumba sin lápida gracias al heroísmo de un solo hombre. Porque Méndez remó hasta esta isla, buscó un barco grande y lo llevó a Jamaica, como había prometido. Cuando desembarcó allí, el almirante Colon y todos nosotros lo abrazamos.

En el silencio siguiente, Ocampo no miró al marinero, abrumado por la emoción, sino al sacerdote que lo había acompañado.

-Y a vos, padre, ¿qué os trae por aquí?

-Mientras el Gran Almirante estaba varado en Jamaica, convencido de que moriría allí sin siquiera presentar un informe sobre su último viaje, redactó una carta muy larga al rey y a la reina, contándoles sus aventuras y repasando los puntos sobresalientes de esa última parte de su vida. Era el tipo de testimonio que todo hombre de bien imagina escribir cuando se acerca su hora y desea que sus hijos conozcan, aunque sea someramente, su vida. Un documento realmente notable.

-¿Y a qué viene eso ahora? -preguntó Ocampo.

-A que Colón dejó aquí una copia de esa carta, fechada el 7 de julio de 1503, cuando volvió a esta isla desde Jamaica -respondió el sacerdote-. Creo que, antes de redactar vuestro informe, deberíais saber qué pensaba Colón de sí mismo a las puertas de la muerte. Cuando se olvide la polvareda que se ha levantado aquí y allá sobre sus errores, éste será el Cristóbal Colón que prevalezca.

El sacerdote tomó aliento y comenzó relatando en sus propias palabras la increíble afrenta que sufrió Colón por parte del gobernador de Santo Domingo, el puerto donde él mismo había sido virrey anteriormente:

-Al ver que se preparaba un huracán, Colón envió un mensaje a tierra, aconsejando dos medidas: «Permitidme anclar en vuestro puerto y no deis salida hacia España a la flota que parece lista para hacerse a la mar". Ambas sugerencias fueron desoídas, probablemente porque el virrey temía perder su prebenda si Colón desembarcaba allí. ¿El resultado? Escuchad el informe que el Gran Almirante ofrece de ese huracán.

El documento que el sacerdote leyó cubría muchas páginas. Al leer, iba saltándose largos fragmentos, pero las palabras de ciertos párrafos reverberaban en la oficina de Ocampo como el tañido de una fina campana de bronce:

*La tormenta era terrible, y en aquella noche me desmembró los navíos; a cada uno llevó por su cabo sin esperanzas salvo de muerte; cada uno de ellos tenía por cierto que los otros eran perdidos. ¿Quién nació, sin quitar a Job, que no muriera desesperado que por mi salvación y de mi hijo, hermano y amigos me fuese en tal tiempo defendido la tierra y los puertos que yo, por voluntad de Dios, gané a España sudando sangre?*

*El dolor del fijo que yo tenía allí me arrancava el anima, y más por verle de tan nueva edad de trece años en tal fatiga y durar en ello tanto. Nuestro Señor le dio tal esfuerzo, que él avivava a los otros, y en las obras hacia él como si uviera navegado ochenta años, y él me consolava.*

*Mi hermano estava en el peor navío y más peligroso. Gran dolor era el mío, y mayor porque lo truxe contra su grado; porque, por mi dicha, poco me an aprovechado veinte años de servicio que yo he servido con tantos trabaxos y peligros, que oi dila no tengo en Castilla una teja; si quiero cómer o dormir no tengo salvo al mesón o taverna, y las más de las vezes falta para pagar el escote.*

*Respondan ahora los que suelen tachar y reprehender diciendo allí de en salvo: «¿Por qué, no hacíales esto allí?». Los quisiera yo en esta jornada. Yo bien creo, que otra de otro saber los aguarda, o nuestra fe es ninguna.*

*Cuando yo descubrí as Indias, dixé que eran el mayor señorío rico que ay en el mundo. Yo dixé del oro, perlas, piedras preciosas, especerlas, con los tratos y ferias, y porque no pareció todo tan presto fui escandalizado. Este castigo me hace agora que no diga salvo lo que yo oigo de los naturales de la tierra. De una oso dezir, porque ay tantos testigos, y es que yo vide en esta tierra de Beragua (La costa caribeña de la moderna nación de Panamá.) mayor señal de oro en dos días primeros, que en la Española en cuatro años, y que las tierras de la comarca no pueden ser ni más famosas ni más labradas ...*

*Siete años estuve yo en su Real Corte, que a cuantos se fabló de esta empresa todos a una dixeron que era burla. Agora fasta los sastres suplican por descubrir. Es de creer que van a sastrear y se les otorga, que cobran con mucho perjuicio de mi honra y tanto daño del negocio.*

Ante la frase sobre los sastres que solicitaban licencias para explorar, Ocampo chasqueó los dedos, comentando:

-Es cierto. Yo los he visto, una veintena de inútiles, incapaces de gobernar un barco o construir un cobertizo, que pretendían, al llegar aquí, seguir los pasos de Colón.

Y el sacerdote esperó antes de leer el solemne y suplicante final del notable documento, escrito al pie mismo de la tumba:

*Yo vine a servir de veintiocho años, y agora no tengo cavello en mi persona que no sea cano y el cuerpo enfermo y gastado, quanto me quedó de aquellos. y, me fue tomado y bendido y a mis hermanos fasta el sayo, sin ser oído ni visto, con gran deshonor mío. Es de creer que esto no se hizo por su real mandado.*

*Yo estoy tan perdido como dixé. Yo he llorado fasta aquí a otros. Aya misericordia agora el cielo y llore por mi la tierra. En el temporal no tengo solamente una blanca para el oferta, en el espiritual he parado aquí en las Indias de la forma que está dicho: aislado en esta pena, enfermo, aguardando cada día por la muerte y cercado de un cuento de salvajes y llenos de crueldad. y enemigos nuestros. y tan apartado de los Sanctos Sacramentos de la Sancta Iglesia, que se olvidará d'esta ánima si se aparta acá del cuerpo. Llore por mí quien tiene caridad, verdad y justicia. Yo no vine a este viaje a navegar por ganar honra ni hazienda: esto es cierto, porque estava ya la esperanza de todo en ello muerta.*

*Yo vine a Vuestras Altezas con sana intención y buen celo, y no miento. Suplico umildemente a Vuestras Altezas que. si a Dios place de me sacar de aquí, que aya[n] por bien mi ida a Roma y otras romerías ...*

Con ese grito desde las profundidades, el sacerdote calló. Por un rato nadie dijo palabra, pues esas frases evocaban tan claramente el acosado espíritu de Cristóbal Colón que, de pronto, parecía estar presente en la sala. A la postre, Ocampo se echó a reír comedidamente.

-¡Extraordinario, en verdad! He aquí al pobre hombre, varado, enfrentado a la muerte, y aún escribe primero sobre su hermano y su hijo. Fue Colón hasta el fin. Alargó entonces la mano hacia la carta y leyó en voz alta la referencia al peregrinaje-. Helo aquí, sin haber vuelto aún de un viaje desastroso, y ya planeando otro. -Dio unos golpecitos a la carta y se reclinó hacia atrás, contemplando el techo-. Es como si lo estuviera viendo. Él, sus dos hermanos, sus dos hijos, seis o siete sobrinos, recorriendo toda Europa y Tierra Santa como peregrinos y quejándose de todo.

Devolvió la carta a su dueño y saludó tanto al sacerdote como al marinero.

La noche antes de partir de La Española, con sus documentos en orden y sus conclusiones sobre el Gran Almirante debidamente expresadas, Ocampo recibió en su alojamiento una nueva visita de la señora de Pimentel; a quien se apresuró a saludar:

-¡Qué elegante manera de poner fin a esta larga estancia! Me hacéis un honor, pero si no soy mal juez, diría que deseáis confiarme alguna revelación de último momento.

-Sí. Intuyo que vuestro informe y el bienestar dejos muchos parásitos dependientes de Colón, esos que reclaman cualquier fortuna que él haya podido dejar junto con sus títulos, tomará un cariz u otro según lo que digáis sobre Bobadilla. Por eso creo que debéis conocer dos hechos más. En 1502, cuando Colón llegó aquí en la primera etapa de su último viaje, ancló sus cuatro pequeñas embarcaciones fuera de nuestro puerto. Bobadilla, dispuesto a impedir que Colón pisara tierra por miedo a que discutiera su autoridad, se negó a permitirle la entrada a puerto .

"Mi esposo, hombre recto, protestó: «Excelencia, se está gestando una tormenta, si resulta ser un huracán, es preciso permitir que sus barcos anclen aquí». Pero el virrey se mostró implacable. El pobre Colón tuvo que permanecer fuera, y esa misma noche, tal como había previsto mi esposo, se desencadenó un tremendo huracán. ¿Habéis visto alguno de esos temporales? Son espantosos.

»¿Y qué suponéis que pasó? Una flota importante con rumbo a España, de la que Bobadilla era responsable, fue destrozada por la tempestad: treinta navíos en peligro y trece perdidos, con quinientos tripulantes y toda su carga.

-¿Qué fue de los cuatro pequeños barcos de Colón?

-Gran navegante como era, maniobró magníficamente, en las garras mismas del huracán, y los salvó todos. Pero aun después de esa demostración, Bobadilla le negó la entrada, y Colón siguió su curso, en un último intento de exploración. No halló nada y acabó en las playas de Jamaica, sin oro, sin barcos, sin esperanzas, sin misiones para el futuro, y mirando cara a cara a la muerte durante todos los días de casi un año.

Ocampo, sobrecogido por la sagacidad y el maduro juicio de aquella mujer, le preguntó si podía orientarle en dos cuestiones cruciales. Ella, agradecida de verse tratada con igualdad en lo intelectual, asintió con la cabeza.

-Los caprichosos nobles -preguntó él- ¿lo acosaron por ser italiano?

-Sí, unos cuantos idiotas presuntuosos -respondió ella sin titubeos-. Pero eso fue ridículo, porque la verdad es que Colón ya no era italiano, sino español de los pies a la cabeza. Por lo que nosotros, sabemos, nunca escribió una sola palabra en italiano, porque el español era su único idioma y España su única patria; los hombres dignos; como mi esposo, se mostraban orgullosos de tenerlo como líder.

-¿Era judío?

-Cuando yo le conocí, no.

-¿Era, tal vez, un converso renegado, de los que viven amenazados por la hoguera?

-Mientras vivió con nosotros, tras haber sido rescatado del naufragio en Jamaica, fue a misa todos los días para dar gracias a Dios.

La señora no quiso decir más, pero después de que el licenciado le ofreció un último café, hecho con granos cultivados y tostados en la isla, agregó:

.-Era un gran hombre, Colón. ¿De eso no hay duda. -y en el momento de despedirse, ya de pie en el umbral, dijo-: Es preciso corregir, uno de vuestros malentendidos. Con respecto a Bobadilla estáis completamente equivocado. Lo que os han contado es una leyenda popular. Bobadilla no era hidalgo. Nunca fue miembro de la Orden Militar de Calatrava. Ese era otro del mismo nombre, que murió en 1496, cuatro años antes de que Bobadilla viniera a la isla.

-Aun así –observó Ocampo-, y por macabro que suene, resulta grato pensar que vuestro Bobadilla se ahogó aquí mismo, en el puerto al que había prohibido entrar al almirante.

-Más leyendas locales. El barco se hundió, como todos recordamos, pero él no iba a bordo.

-¿Dónde está?

-De vuelta en España. Uno de mis primos lo vio en Sevilla, en carne y hueso, aguardando una nueva asignación del rey.

Cuando la señora de Pimentel salió, Ocampo la vio dirigirse hacia su casa por el puerto con andar sereno. Entonces dijo a sus escribientes: -Allí va el alma de España, una mujer que trae lo mejor de nuestra tierra a las colonias. Su hogar, el que visteis, es un faro de civilización en este mar.



Aún no había acabado de hablar cuando sus escribientes se echaron a reír. Él, visiblemente irritado, les preguntó qué encontraban de gracioso en sus reflexiones, y el mayor de ellos explicó:

-Aquella noche; mientras vos cenabais con los Pimentel en la sala' grande, nosotros conversábamos con sus criados en la cocina. Y comenzamos a oír ciertas insinuaciones ... ninguna acusación en firme, claro está. Por lo que oímos, el estado de cuentas de este año no soportaría un detenido escrutinio. Al parecer, esa hermosa casa ha sido construida con dinero, perteneciente sólo al rey. En teoría, los albañiles trabajaron para el gobierno, no para Pimentel. Además, usa las naves del rey para efectuar su propio comercio, y cuando empezamos a formular preguntas discretas nos fuimos dando cuenta de que es completamente corrupto.

Ocampo quedó espantado por esos datos, que él mismo habría debido descubrir. Pero antes de que pudiera despegar los labios, el menor de los escribientes le asestó un duro golpe.

-Pimentel es un ladrón, pero peores son los miembros de la familia de su esposa. Verdaderos bandidos, y ella los alienta. -Ocampo ahogó una exclamación, pero aún no había oído la revelación más grave-: Se cree que el gran arcón, aquel que guardan bajo llave en el cuarto donde vos os hallabais, está lleno de plata del rey. Tres hombres, en distintos momentos, han visto a la señora Pimentel guardar allí dinero que se le había dado por el derecho a comerciar en esta isla. Ha de contener una fortuna, y creemos que deberíais informar de esto al rey.

-Porqué no me lo dijisteis antes? -preguntó Ocampo, furioso.

-Queríamos asegurarnos.

- ¿Y ya estáis seguros?

-¡Sí! Lo hemos escrito aquí.

Ocampo aceptó los papeles, estudió una página y se los devolvió al escribiente.

-Quemadlos.

Mientras ellos encendían una fogata en el suelo de mosaico para destruir las acusaciones, agregó:

-Soy soldado .. El rey sólo me ha encomendado investigar a Colón. Vosotros y yo hemos hecho ese trabajo como era debido. Ya es hora de que cojamos nuestro informe y nos embarquemos rumbo a la patria.

-¿Dejaremos que los Pimentel continúen con sus abusos?

-Si no roban ellos, otros lo harán.

Y el licenciado salió del despacho andando a grandes zancadas. Por primera vez paseó a solas por las calles, dejando atrás a su guardia de honor.

Se dirigió hacia el mar, y el primer edificio que vio fue la hermosa casa de piedra de los Pimentel. Y rió para sus adentros: Yo ví ese arcón de plata, pero no se me ocurrió investigar lo que contenía.

Caminó varias horas, reflexionando sobre los confusos datos que había descubierto. Y al final dictaminó: Colón, Bobadilla, Pimentel, todos hombres honorables, como se requiere de un caballero español, pero también bandidos y ladrones, según la tendencia de todo caballero español. Colón se ganó sus honores más honradamente que ningún otro en la tierra, y el rey debe permitir que sus herederos reciban la recompensa, dentro de lo razonable. Bobadilla, si en verdad sigue con vida, poco daño hace fingiéndose caballero. Y Pimentel, con toda su plata, llegará a marqués o algo mejor.

Experimentaba cierta frustración, la que habría sentido cualquier militar habituado a probar su honor sólo en el campo de batalla, donde todo hombre cumplía su deber con valor o lo eludía por cobardía. Le repugnaban las complejidades y sutilezas de la vida política. Mientras contemplaba el mar, exclamó:

-Esa ciudad, a mis espaldas: todo en ella está a la venta, es botín de ladrones ... o ya ha sido robado. Me gustaría estar con el rey Fernando a bordo de un barco, rumbo a Sicilia, para librar una franca batalla. Aquí, los amigos; allá, los enemigos. -Pero luego se preguntó:-

Fernando podría confiar en mí, pero y yo, ¿podría confiar en él?

Adelantándose hacia el agua, se arriesgó a recorrer un breve trecho, aunque estropeaba sus botas cordobesas. Miraba hacia el oeste, donde estaba la isla de Jamaica; y se dijo: Después de todos estos testimonios tengo la sensación de que sólo había un hombre en el que podría confiar, alguien a quien nunca vi, Diego Méndez, que surcó el mar en su canoa para rescatar a Colón y a sus hombres.

Y meneó tristemente la cabeza, exclamando con dolor:

-¡España, España! Ojalá pudieras dar mil hombres como él.

Cuando se calmó, creyó estar listo para regresar a su alojamiento, pero mientras echaba a andar no pudo resistir la tentación de volverse una vez más

para contemplar aquel bello mar, que un día sería llamado Caribe. Y tuvo una intuición de lo que depararían los siglos venideros:

Veo a los hombres de España venidos a estas islas repetir una y otra vez la conducta de Colón y Pimentel: robar, abusar de los nativos, instalar a sus parientes en los puestos oficiales, pensar sólo en sí mismos y en sus familias y jamás en el bienestar general. Es un mal precedente el que estamos sentando aquí, en La Española.

## IV

### EL LAGO ESPAÑOL

En los últimos años del siglo XVI, de 1567 a 1597, dos fabulosos marinos, uno español y otro inglés, libraron un duelo incesante en toda la superficie del Caribe. Los dos combatieron en el extremo occidental, cerca de Nombre de Dios, y más allá de los límites septentrionales, en Vera Cruz, México. Combatieron en el istmo, en las proximidades de Panamá, en pequeños puertos de la costa sudamericana y en el enorme fondeadero de San Juan de Puerto Rico. Pero se enfrentaron con más frecuencia en Cartagena, la ciudad amurallada que, a principios de ese siglo, se había convertido en capital del imperio español en el Caribe. En cuanto a estirpe, educación, religión, modales y aspecto personal, estos dos hombres eran muy distintos, pero en su heroísmo personal y en su voluntad de defender el honor resultaban idénticos.

El español era alto y delgado, un aristócrata lampiño; con esa imagen austera de magras mejillas que tanto aparece en los ceñudos retratos que hizo El Greco de nobles españoles y jerarcas eclesiásticos. Portaba habitualmente una espada toledana con una elegante empuñadura de filigrana, un mortífero instrumento que él siempre estaba presto a blandir en defensa del rey Felipe y de su católica iglesia.

El inglés era un hombre bajo y musculoso, de origen plebeyo, capitán y propietario de un pequeño barco mercante con el que atracaba en los puertos de Francia y de los acosados Países Bajos, y celoso defensor de los intereses de la reina Isabel de Inglaterra y su nueva religión protestante. Los hombres a sus órdenes decían de él: «Es todo cartílago y nervios».

El español llevaba el insolente y sonoro nombre de don Diego Ledesma Paredes y Guzmán Orvantes. Si hubiera sido inglés, se habría llamado simplemente James Ledesma y ya está, pero la gracia propia del estilo español le confería un atractivo especial al nombre. Los diversos apellidos evocaban recuerdos para cualquier español que los oyera. Por ejemplo, por vía paterna, los Ledesma siempre habían sido notables defensores del rey; llamarse Ledesma representaba todo un honor. La rama masculina también descendía de los Paredes, una familia del norte de España que había contribuido heroicamente a la derrota definitiva de los moros, en 1492; era un apellido digno de conservarse.

La conjunción “y” significaba que los nombres siguientes pertenecían a la rama materna de la familia. Allí, los Guzmán se distinguían tanto como

cualquiera de los antepasados paternos y los Orvantes eran considerados, al menos en la pequeña región de la que provenían, los más sobresalientes de las cuatro familias, debido a su bravura en el esfuerzo de expulsar a los moros de España. Para complicar las cosas un poco más, en el momento de su nacimiento hubo que honrar a importantes y queridos miembros de la familia. Así pues, su nombre completo acabó siendo Juan Tomás Diego Sebastián Leandro Ledesma Paredes y Guzmán Orvantes: Pero eso no ocasionaba ningún problema, porque todo el mundo lo llamaba simplemente don Diego, omitiendo los otros ocho apelativos, por muy cargados de honor que estuvieran.

Don Diego estaba muy orgulloso de la antigua fama de su familia y veía en sus tres hijas solteras, Juana, María e Isabel, la oportunidad de realzarla, si lograba hallar a tres jóvenes aceptables con quienes desposarlas. Pero nunca perdía de vista su obligación primordial, esto es, aumentar el poder actual de su familia. Siendo un joven marino de notable audacia, se había hecho con una envidiable reputación defendiendo de los piratas las naves españolas que transportaban el oro peruano y la plata panameña a través del Caribe, rumbo a Sevilla. Sus triunfos le permitieron ascender a capitán y, en 1556, a la edad de veinticuatro años, fue designado gobernador de Cartagena. En su primer día de ejercicio, firmó el decreto que caracterizaría su largo gobierno: «El Caribe es un lago español, del cual todos los intrusos deben ser expulsados». El primer paso que dio para poner en vigor tal mandato fue convertir su ciudad de Cartagena en una fortaleza tan inexpugnable que ningún enemigo se atreviera a atacarla.

La naturaleza lo ayudó en ese esfuerzo, pues el lugar era de por sí fácil de defender: Cartagena estaba en medio de una extraña isla que se extendía a lo largo de unos once o doce kilómetros frente al litoral del continente sudamericano. En uno de sus lados la costa era bella, recta y suave; el otro parecía un pulpo, con numerosas penínsulas como patas, vastas marismas impenetrables y acantilados imposibles de escalar. Se diría que la naturaleza había enloquecido al diseñar esta isla. Invadir Cartagena, su único asentamiento, era casi imposible, a pesar de que cuando el enemigo se aproximaba a la ciudad desde el Caribe hallaba una entrada que parecía fácil y halagüeña, pues en el extremo meridional del pulpo se abría una ancha y bella entrada al puerto de acceso a la ciudad; Boca Grande se llamaba. Pero este señuelo era engañoso, pues tenía muy poca profundidad, y lo que era peor; don Diego, para mantener fuera, a los enemigos, había ordenado que se hundieran, varios barcos en medio del paso, y de este modo no podía penetrar ni siquiera un bote a remos.

Y si el enemigo continuaba su viaje algunos kilómetros hacia el sur; se encontraba con Boca Chica, una entrada profunda, pero traicionera; debido a su extrema estrechez y a unos cuantos islotes diseminados por el agua. Si algún capitán decidido se las ingeniaba para pasar, se encontraría perdido en la primera de cuatro bahías distintas: la del sur, la grande, que conducía a la mediana, de menor tamaño. Ésta a su vez, daba a la pequeña del norte, que desembocaba en un

diminuto puerto encima del cual se alzaban las fortificaciones de la ciudad. Cartagena era casi inexpugnable.

Ya avanzado el verano de 1566, el rey Felipe de España envió a Cartagena un embajador para que investigara, como el que había atormentado a Cristóbal Colón en La Española ochenta años antes. Pero a diferencia de Bobadilla, éste hombre; pese a un sondeo muy inquisitivo, no descubrió ninguna fechoría. Su sagaz informe, no obstante, señalaba ciertas irregularidades que podían ser causa de problemas en el futuro:

Don Diego es un hombre valiente y honrado, que sirve admirablemente a Vuestra Majestad. Protege vuestros barcos cargados de tesoros. Rechaza a los piratas. No roba. Y la palabra cobardía le es desconocida. Si tuvierais muchos gobernadores como él prosperaríais.

Hallo sólo dos debilidades. Don Diego está tan orgulloso de su porte delgado y regio que ha dado en hacerse llamar almirante, pese a no tener derecho a ese rango. Pero puesto que combate con sus naves más resueltamente que ninguno de los verdaderos almirantes de Vuestra Majestad recomiendo que se pase por alto esta presunción.

Su otra debilidad es más preocupante. Puesto que sólo tiene hijas, le aflige que el apellido Ledesma no se perpetúe, y por eso trae a Cartagena a cualquier varón portador de ese apellido y lo asciende de inmediato a algún puesto de autoridad, sea capaz o no. Temo que si Vuestra Majestad lo deja mucho tiempo como gobernador, todos los puestos importantes de la ciudad acaben ocupados por un Ledesma.

Mi dictamen final sobre este hombre coincide con el que oí a uno de sus subordinados una noche, ya a hora avanzada: «Don Diego es un noble austero, a quien le encanta pasar por militar. Pero Dios proteja al pirata inglés que ose aventurarse en su lago, pues entonces sale a la carga con todas las banderas desplegadas, para aniquilar al insolente invasor». Yo mismo le oí jactarse: «Mi ciudad de Cartagena no puede ser invadida por ninguna potencia de la tierra». Estoy de acuerdo con él.

Sin embargo, mientras el rey Felipe leía este tranquilizador testimonio, había en la fría costa oriental de Inglaterra un rudo marino, de "veintitrés años, dueño de un mísero barquichuelo, que juraba con ciega furia.

-Lucharé contra el rey de España hasta el día de mi muerte. Y le extraeré una buena recompensa por cada esclavo que me han robado sus hidalgos. Cuando yo termine, Cartagena yacerá en ruinas.

• • •

El marino que así se jactaba no era un hombre corpulento ni agresivo. Medía sólo un metro sesenta y era de constitución fornida. Tenía una cabeza redonda en forma de bala y un mentón saliente cubierto por una barba bien recortada. Su rasgo dominante eran los ojos, azules y penetrantes, capaces de echar fuego. Muchos marineros más viejos que él habían aprendido a eludirlo cuando se gestaba algún problema, pues en cualquier discusión tenía por costumbre salirse con la suya. Era un joven difícil y competente. Deseaba volver a navegar por el Caribe, lo deseaba casi con lujuria. Los motivos de tan ardiente apetito eran múltiples y tenían que ver con la religión y los esclavos.

Se llamaba Francis Drake y era el primogénito de un marino retirado que había engendrado a otros once hijos y, ya de vuelta en su aldea de Devon, cerca de Plymouth, se había convertido en un activo clérigo protestante. Aquellos eran años turbulentos. Inglaterra se debatía en la incertidumbre de permanecer en el catolicismo tradicional o, por el contrario, decantarse del lado de lo nuevo, el protestantismo. Un día de Pentecostés de 1549, los católicos de Devon se alzaron en rebelión contra el nuevo credo que les era impuesto. El reverendo Drake y su familia lograron por muy poco salvar la vida, y el joven Francis jamás olvidó el terror de esa noche.

Temerosos de volver a su antiguo hogar, los catorce Drake se instalaron en una base naval, cerca de la desembocadura del Támesis, donde vivirían miserablemente en el casco de un buque abandonado. Allí tuvieron que pagar muy caro, una vez más, su condición de protestantes, pues cuando la reina María ascendió al trono, decidida a reinstaurar la fe católica en Inglaterra, hizo ahorcar a todos cuantos se resistieron a la orden, incluso a sus amigos. Los Drake escaparon milagrosamente a la ejecución. Ese segundo y desafortunado roce con el catolicismo generó en el joven Francis el intenso odio que dominaría su vida, una vida de febril actividad.

Hacia fines de 1567 tuvo otro motivo. más para despreciar a los españoles: el brutal modo en que habían tratado a su amigo Christopher Weed. Drake, deseoso de venganza, corrió a Plymouth para consultar a uno de los más prestigiosos capitanes de Inglaterra, el marino John Hawkins, a quien llamaba «tío». Si bien nadie conocía cuál era exactamente el parentesco que los unía, casi todo el mundo decía, sin precisar, que eran «familiares».

Hawkins era un marino formidable, uno de los mejores que el mundo ha conocido. En aquellos tiempos, cuando las brújulas eran poco fiables y no existían medios para determinar la longitud, ni armas potentes, ni medicamentos eficaces, ni ninguno de los accesorios con los que contarían los capitanes en el futuro, él hacía llegar sus barcos muy lejos entre tempestades y batallas, volviendo siempre a puerto con buenas ganancias.

Contaba treinta y cinco años. Era de estatura media y tenía la cabeza pequeña y unos ojos acerados que casi no parpadeaban. Su aspecto de por sí impresionante se veía realzado, si cabe, por un gran bigote y una pequeña barba. Tenía unas orejas enormes, de las que se avergonzaba. Aunque era hombre de gran coraje, nunca hacía alarde de ello. Sabía ganarse el respeto de otros hombres, y de quienes estaban a su servicio exigía una lealtad que lindaba con el fanatismo. Navegar con John Hawkins era el mayor desafío para un marino. No era guerrero por naturaleza. Se sentía mercader y navegante, capaz de llegar a cualquier acuerdo para evitar una batalla en el mar. Cuando, en una zona bajo la dominación española, iba de isla en isla vendiendo esclavos, los funcionarios con los que se encontraba no tenían motivos para temerle, pues sabían que él no saqueaba poblados ni quemaba aldeas.

Allí, sentado junto a Francis Drake en un edificio que utilizaba como cuartel naval; con vistas al puerto de Plymouth, sospechó que una vez más se vería forzado a poner freno al obstinado brío de su sobrino. Pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, la furia de Drake hizo explosión:

-Debo navegar contigo, tío, en tu próximo viaje al Caribe. Ahora más que nunca.

Hawkins, para contenerlo, le puso una mano en la rodilla.

-Un loco deseo de venganza no es nunca buen punto de partida para la acción, Francis. Temo llevarte conmigo.

-Es que tengo motivos, tío .. Los españoles ... -un odio inmenso ardía en sus palabras.

-¿Debo recordártelo? Si te haces a la mar conmigo, será para vender esclavos a los españoles, no para entrar en guerra con ellos. -Comerciaré con ellos, sí... a punta de pistola ... de mi pistola.

-Me gustaría llevarte. Necesito hombres valerosos como tú cuando estoy en la Costa de los Esclavos. Hay piratas, aventureros portugueses con la intención de robarnos los negros ... La escoria del mundo siempre atacando a los barcos ingleses.

-Esa es la clase de acción que busco -dijo Drake, ansioso.

-Pelear contra los piratas en África, es pelear contra nuestros pacíficos clientes españoles en el Caribe, no -le reprochó su tío una vez más. -¿Pacíficos clientes españoles? Permite que te hable de esos pacíficos clientes españoles. A principios de este año, en Río de la Hacha -escupió ese nombre como si lo odiara:, e] gobernador me pidió que desembarcara con mis noventa esclavos, haciéndome creer que quería comprarlos. Pero cuando llegó el momento de pagar,



llamó con un silbido a sus soldados. Me llevaron de regreso a mi barco y él se quedó con mis esclavos, sin pagarme nada.

-Eso son cosas que pasan, Francis. A mí, muchas veces, un funcionario corrupto me ha robado los esclavos. Pero también he vendido otros muchos a buenos precios a funcionarios honrados. En tu batalla con los españoles saliste ganando, ¿verdad?

Drake se levantó de un salto .

-¡Tío! ¡Cuarenta de esos esclavos eran míos! ¡No de la reina! Pagué por ellos en África con mi propio dinero. Esos españoles me robaron mis ganancias personales. Y he jurado resarcirme.

-No seas tonto -le espetó Hawkins, impaciente-. Nunca permitas que la venganza te impida ganarte decentemente un dinero.

-No me entiendes -barbotó Drake, y llamó con un silbido a un joven marino de diecinueve años-: Cuéntale al capitán Hawkins lo que le ocurrió a Christopher Weed. -Y se volvió hacia su tío, explicando-: ¿Te acuerdas del joven Weed, el hijo de Timothy Weed, el predicador de la flota?

-Lo conozco -dijo Hawkins.

-Ya no -corrigió Drake, con gran odio en sus palabras. Luego, dijo al marinero-: Cuéntale a mi tío qué suerte corrió mi amigo Weed.

-Zarpamos desde Plymouth -dijo el joven marinero- para intercambiar nuestras mercancías por las de Venecia. Pero cuando pasábamos ante la costa española, nuestro pequeño barco fue capturado y fuimos llevados a prisión. Dijeron que, como éramos ingleses, debíamos de ser herejes y, por tanto, merecíamos el consiguiente castigo.

-¿Y luego?'-preguntó Drake, con un destello en los ojos.

. -La mitad de, nuestra tripulación se retractó, declarando todos ellos que siempre habían sido fervientes católicos y que seguían siéndolo, Los azotaron por haberse aventurado en aguas españolas y los dejaron en libertad. Los otros, yo entre ellos, no quisimos renegar de nuestra fe, y fuimos condenados a galeras. A seis años, diez años, de por vida.

-¿Y tú? ¿A cuántos?

-A diez, pero nuestro barco fue atacado por los piratas y escapé.

-Dios cuidaba de ti -intervino Drake-. Pero cuenta lo de Christopher Weed y los otros dos.

-De algún modo, los españoles averiguaron que eran hijos de pastores protestantes.

-También tú lo eres -interrumpió Hawkins:

-Sí, pero nadie lo reveló a los españoles -dijo el joven marino.

-Dile, dile lo que les pasó a esos otros tres hijos de pastores -insistió Drake, apretando las manos con tanta fuerza que no se veía sangre bajo su clara piel.

-Todos nosotros, los que debíamos ir a galeras y hasta los que iban a ser puestos en libertad, fuimos conducidos a la plaza mayor de Sevilla. Allí, delante de la catedral y de la hermosa torre, lo recordaré mientras viva; se clavaron estacas en el suelo y se encendieron hogueras alrededor. Weed y sus dos compañeros fueron atados a las estacas, donde se los quemó vivos. Uno de los hombres que estaba a mi lado gritó:

.. "Matadlos de un tiro, por el amor de Dios! Pero los dejaron arder para darnos una lección al resto.

-Puedes retirarte -dijo Drake, ceñudo.

Cuando los dos marinos se quedaron otra vez solos, Hawkins dijo ásperamente:

-Cuando veo arder el odio en tus ojos, Francis, no siento deseo alguno de llevarte conmigo: -Luego, suspirando, añadió: Pero creo que debo hacerlo, por diversas razones. Los barcos que llevo pertenecen a la reina y deben ser protegidos. Dos tercios de los esclavos que capturemos le pertenecerán, así como dos tercios de todas nuestras ganancias. Esta expedición es de la reina, y ella me ha ordenado escoger sólo a los hombres más dignos de confianza, pues no puede permitirse el lujo de perder la fortuna que le daría esta empresa. Necesita desesperadamente ese dinero.

-¿Por qué?

A manera de respuesta, Hawkins, fiel amigo de la reina, le dio una explicación que revelaba el curioso estado de los asuntos europeos.

-Recordarás que nuestra reina María, bendita sea su memoria -se persignó, tomó por esposo al rey Felipe de España. Aunque María ha muerto, Felipe sigue interesado en ser rey de Inglaterra y ruega a Isabel que se case con él... y que reinstaure el catolicismo en el país. Ella necesita dinero para resistirse a

él, necesita hasta el último centavo que podamos obtener con esos esclavos. -Hizo una pausa, esbozando una sonrisa maliciosa-. ¿Comprendes la jugada, Francis? Tú y yo vamos a robarle al rey Felipe para después perjudicarlo con su propio dinero.

-Y si volvemos a Río Hacha, ¿me darás permiso para atacar a ese miserable que me robó los esclavos?

-¡No! Y ahora quiero enseñarte por qué te necesito .

Los dos hombres abandonaron el cuartel naval y caminaron hasta el muelle, donde. Drake vio por primera vez el gran navío que la reina Isabel había comprado recientemente con su propio dinero, para que sirviera como buque insignia en su tráfico de esclavos. Era el Jesus of Lubeck. un barco capaz de alegrar el corazón a cualquier marino sobre todo a cualquiera que planeara encontrarse a bordo cuando el navío entrara en combate. Había sido construido en Alemania, unos treinta años antes, destinado desde un principio a la guerra.

-¡Míralo! -exclamó Hawkins, al tiempo que su sobrino abrió los ojos de par en par-. Más de setecientas toneladas. Cada uno de esos cuatro mástiles es dos veces más grueso que cualquier otro que hayas visto. Ese largo bauprés, esas grandes torres, dignas de una fortaleza, que se elevan en el aire a proa y a popa ... ¡Y las banderas!

En distintos salientes del buque flameaban ocho banderas de Inglaterra, y otras diez a la altura de la cubierta. Pero Drake observaba otros detalles:

-¡Fíjate en esos monstruosos cañones! Y aquellos otros, más pequeños... espacio para albergar soldados, además de marineros ... una cubierta despejada para combatir a espada si es preciso rechazar un abordaje. Esa nave está pidiendo a gritos que se la use para una batalla como es debido, y nosotros podemos hacerlo.

Luego dijo a Hawkins que sería un honor navegar en ella, pero su pariente movió la cabeza:

-No, Francis, no navegarás en el Jesus. -Y como Drake frunció el ceño, agregó--: Quiero que estés siempre detrás de mí, en tu propia nave, como capitán.

Y señaló un bonito barco de combate, más pequeño, llamado Judith.

En él, después de comprarlo, navegaría Drake hacia su gloria y su vergüenza.

Hawkins le apoyó un brazo en los hombros, diciendo:

-Supe desde un principio que sería menester llevarte. La reina ansía tanto tener bien protegido su nuevo y costoso juguete que me dio estas órdenes: «Contratad a vuestro sobrino Drake, un verdadero combatiente según me han dicho, para que navegue a vuestro lado y custodie mi adquisición». Ya ves que te embarcas por orden de ella y por deseo mío.

Y así fue.

En las semanas siguientes, Drake estuvo muy ocupado visitando las proveedurías navales de Plymouth y abasteciéndose para el largo viaje. Una lista de compras, escrita de su puño y letra, indicaba su escaso nivel de educación y las libertades que se tomaba con la ortografía. Compró «seis canoas, gayeta, zerbeza, carne de baca, queso, arroz, binagre, azeite doliba, martiyos»; pero también municiones y armas, pues Drake insistía en que su pequeño Judith estuviera bien preparado para la contienda.

El 4 de octubre de 1567, Hawkins guió su pequeña flota hacia la costa de Africa, donde recogería unos quinientos esclavos para llevarlos al corazón del Caribe; allí serían vendidos de isla en isla. Pero si Hawkins y Drake navegaban como socios, una vasta diferencia los separaba: el mayor, más cauto, quería la paz; Drake, el impetuoso joven, buscaba venganza contra los españoles, donde y como quiera que los encontrara.

En la primavera de 1568, mientras Hawkins navegaba hacia el oeste desde la costa africana, con las bodegas de sus navíos atestadas de esclavos, el gobernador Ledesma, de Cartagena, escuchaba el desagradable informe del capitán de un pequeño buque mercante español, originario de Sevilla:

-Su estimada Excelencia, cuando partí de España se me ordenó entrar en las Indias por la ruta más septentrional, a fin de informar sobre las condiciones imperantes en nuestra isla de Trinidad. Y como bien sabéis, pues está dentro de vuestro territorio, allí no ha habido ningún asentamiento español ni otro alguno que yo pudiera detectar, Trinidad estaba desierta y a salvo.

"Pero unas siete leguas después de desviamos hacia el oeste, al largo de la costa, llegamos a nuestras grandes salinas de Cumaná. Fué una suerte que mi tripulación y yo nos encontráramos mar adentro, pues un grupo de diez o doce barcos, por su aspecto diría que renegados holandeses, había atracado frente a nuestras salinas y sus hombres estaban robando una fortuna.

Cuando Don Diego escuchó esta perturbadora noticia, no reveló su horror. Controlando sus emociones preguntó, sereno:

-¿Y qué hicisteis al ver a los ladrones holandeses?

-Huí -respondió el capitán con franqueza-, alegrándome de que mi barco fuera veloz y los otros lentos.

-Sois hombre prudente -comentó don Diego con igual sinceridad-. Habrían bastado dos naves holandesas, para someteros, si sus tripulaciones estaban dispuestas a llevarse la sal. ¿Decís que eran diez o doce? -Al asentir el capitán, don Diego concluyó--: Creo que debemos brindar por vuestro victorioso viaje ... y por vuestra prudencia.

La aparente calma con la que Ledesma recibió el informe sobre las incursiones holandesas en las salinas disimulaba el disgusto provocado por la noticia. Cuando el capitán se hubo marchado, don Diego corrió hacia su esposa, enrojecido:

-Ven .conmigo a las almenas, querida. No quiero que nadie escuche.

Pasearon un rato sobre la muralla defensiva que protegía el centro de la ciudad.

-Malas noticias. Los holandeses han entrado otra vez en nuestras salinas.

-¿En Cumaná?

-Sí, y esta vez en gran número.

-¿Cómo lo sabes?

-Por un capitán de barco, recién llegado de Sevilla. Los vio robar. Y si me advirtió a mí, no dejará de hacer lo mismo con el rey. Y Felipe esperará que yo actúe ... y expulse de allí a los bandidos.

-¿No está Cumaná muy lejos de aquí?

-En efecto. Razón de más para mantener a distancia a los holandeses. - Y mientras caminaba describió brevemente aquel lugar tan preciado para el comercio español--: Un largo garfio de tierra, que empieza al este y corre hacia el oeste, aísla del mar una bahía de escasa profundidad. Ese es un accidente geográfico muy frecuente en las costas. ¿Recuerdas aquella tan hermosa que vimos cuando anclamos en el lado sur de la isla de Jamaica? -Doña Leonora asintió--. El golfo de Cumaná parece igual, pero es distinto. Tiene poca profundidad y todos los veranos, cuando el sol está alto, el agua se evapora, dejando un enorme depósito de sal. Hay allí tanta sal que se la puede recoger con pala.

-¿Porqué no tenemos soldados para protegerla?

-Porque la temperatura es tal que nadie puede pasar mucho tiempo en Cumaná. El calor que despide esa sal blanca es increíble, distinto de todo lo conocido. Además, el aire salitroso corroe las fosas nasales y dificulta la respiración. Los hombres trabajan con grandes zapatos de suela plana atados a los pies, para no romper los depósitos de sal cuando caminan, y esa superficie; intensamente blanca, refleja un resplandor cegador. Una temporada en Cumaná es una temporada en el infierno. Pero los capitanes holandeses que se escabullen hasta allí disponen de una ventaja; En Holanda, los jueces dicen a los criminales: «A muerte , o a trabajos forzados en Cumaná». La sal, pues, es recogida por hombres que están obligados a trabajar allí. Cargan sus barcos y pueden preparar arenque salado para los países europeos. Lo que debo hacer es ir con una flota antes de que el rey me lo ordene.

-¿No puedes enviar a uno de tus capitanes? -preguntó ella.

-Supongo que podría, pero ¿no quedaría mejor si. .. ? -respondió su marido con franqueza, pero vaciló. Como padre de tres hijas solteras; y tío de dos muchachos de futuro limitado, se enfrentaba con lo que podríamos llamar «el problema español»: ¿cómo proteger y ampliar los intereses de su familia?

En la sociedad española, un hombre como don Diego reconocía tremendas obligaciones ante cuatro entidades: Dios, la Iglesia de Dios, el rey y ,la propia familia. Pero, como español prudente, invertía el orden.

Se habría podido discutir quién tenía prioridad, si Dios, la Iglesia o el rey, pero cualquier hombre sensato debía admitir que la familia estaba ante todo. Y la de don Diego era muy exigente. Sus tres hijas necesitaban esposos de fortuna y buena posición, y los dos capacitados sobrinos de su esposa merecían cargos importantes. Además, estaban sus tres hermanos, que carecían de título nobiliario pero no de un devorador apetito por las cosas buenas, y la interminable colección de primos de doña Leonora. Si el gobernador jugaba sus cartas con astucia y retenía el cargo quince o veinte años más, tendría ocasión de instalar a todos sus parientes en posiciones ventajosas. Nadie podía cumplir más honrosamente las obligaciones familiares.

Por eso era aconsejable realizar en persona esa campaña contra los invasores holandeses, pues así podría lograr dos ascensos para los sobrinos de su esposa y, al mismo tiempo, congraciarse con un joven capitán de tropa, hombre de una excelente familia zaragozana, a quien doña Leonora había echado el ojo como marido adecuado para Juana la mayor. Si durante la acción don Diego tenía la oportunidad de ascender al joven y luego lo elogiaba en su informe al rey, bien podía arreglar el casamiento. Y si iniciaba a sus sobrinos en el servicio naval desde jóvenes, más adelante tendría una justificación para ponerlos al mando de

uno de los galeones cargados de tesoros que se hacían a la mar todas las primaveras, desde Cartagena hacia La Habana y Sevilla. En realidad, cuanto más pensaba don Diego en esa expedición a las salinas, más atractiva se tornaba. Era posible matar a toda una banda de palomas con una sola flecha bien disparada.

Fue por esos motivos personales, aparte del deseo de asestar a los renegados holandeses un buen golpe en la cabeza, que el gobernador Ledesma reunió a fines de febrero de 1568 una flota de siete barcos bien tripulados- y armados, y zarpó rumbo a la lejana Cumaná, población que la mayoría de los gobernadores no visitaba nunca, pero a la cual enviaban tropas de vez en cuando para vigilar las valiosas salinas.

Designándose a sí mismo almirante de la flota, don Diego capitaneaba el mayor de los navíos, aquel que tenía los cañones más grandes. Después de navegar unos días con rumbo nordeste, a fin de sortear el saliente que protegía Maracaibo, viró hacia el este para continuar en línea recta hacia Cumaná. y puso a sus sobrinos a cargo de las alas de babor y estribor de la flota.

La idea era ridícula, como declaró indignado uno de los capitanes, los que debieron ceder sus puestos: «Esos críos no han pasado los veinticinco años y nada saben del mar», Pero la respuesta de otro viejo lobo de mar le hizo ver la realidad: «Cierto, mas no olvides que son los sobrinos de su esposa; y eso cuenta.

Satisfecho por sus dos juiciosas medidas, don Diego se dedicó luego al joven hidalgo que había estado cortejando a Juana Ledesma; para él creó un puesto completamente nuevo: vicerregente del almirante. Nadie sabía qué significaba eso, pero el nombramiento inspiró en el joven un sentimiento de afecto por Don Diego y toda su familia. Uno de los viejos capitanes preguntó: «¿Cuáles son las funciones del vicerregente?». Y don Diego respondió sin vacilar: «Transmitir mis órdenes a los vicealmirantes». Esa noche se acostó sin una pizca de vergüenza por haber abusado tan descaradamente de su autoridad: había colocado a otros tres miembros de su familia. Muy probablemente, los lejanos antepasados, cuyos distinguidos apellidos lucía, habían adquirido su esplendor mediante atenciones similares a la promoción de hijos, sobrinos y primos, pues así era la costumbre española.

-Hacia finales de marzo, la flota se acercó a Cumaná desde el oeste y halló, en la boca de la laguna salada, a un grupo de tres grandes barcos holandeses, cada uno protegido por grandes cañones. Sin la menor indecisión, don Diego atacó. En cuarenta minutos terminó la batalla de Cumaná, tal como la llamarían los escribientes españoles en sus entusiastas informes: un barco enemigo hundido, otro ardiendo en un arrecife y el tercero capturado.

Don Diego no olvidó, ni siquiera en el calor de la batalla, que era un caballero español obligado a respetar las reglas del honor, por lo que indicó a su intérprete que gritara en holandés a los supervivientes:

-Podéis conservar el barco que os queda y buscar puerto donde lo encontréis. Pero os derribaremos los mástiles para que no podáis perseguirnos de noche.

En embargo, cuando sus hombres observaban a los holandeses derrotados, que abordaban el barco indemne, uno protestó:

-¿Por qué dejarles ese hermoso barco mientras nosotros debemos conformarnos con éste, tan pobre?

Y don Diego ordenó a los que se disponían a derribar los mástiles:

- ¡Deteneos! ¡No toquéis ese palo!

Sin reflexionar un solo instante más, indicó a sus hombres que derribaran el palo mayor de uno de sus propios barcos y lo entregaran a los holandeses.

Cuando su tripulación hubo abordado la presa y todos los holandeses estuvieron hacinados en el viejo navío, lleno de filtraciones, don Diego preguntó:

-¿Cómo se llama este barco?

Ellos le señalaron la proa, donde estaban las palabras pulcramente talladas en el roble: Stadhouter Mauritz. Mientras los holandeses discutían sobre el rumbo a tomar, una bandada de resplandecientes mariposas amarillas que buscaban tierra, viendo el barco capturado, se posaron en sus cordajes, enfundándolo en oro.

-Un presagio-gritó don Diego.

Antes de caer la noche, los carpinteros habían preparado otra tabla, con el nombre de Mariposa. Cuando estuvo en su lugar, se le entregó a cada hombre una botella de cerveza, capturada a los holandeses, para que brindaran con el almirante mientras él vertía el contenido de su botella sobre el nuevo nombre, anunciando:

-¡Te bautizamos Mariposa!

Esa noche, arrebatado por la victoria, don Diego indicó a su escribiente que redactara una carta para el rey Felipe, informándole de la captura del buque holandés, Y escribió de su puño y letra: «Sin la excepcional bravura y sagacidad militar del vicerregente y los dos vicealmirantes, esta victoria sobre tres enormes barcos holandeses no habría sido posible. Combatieron en las cubiertas mismas del enemigo y merecen tanto una condecoración como un ascenso».



En el viaje de regreso, durante un periodo de buen tiempo en que el Caribe se mecía con sus olas largas y graciosas, don Diego dijo a su futuro yerno:

-Ved qué buen barco hemos conseguido. Cuando se inclina a babor o a estribor siempre vuelve a la posición vertical y la mantiene durante un largo instante. No se bambolea constantemente de lado a lado, como los franceses ebrios. -y señaló otro detalle de importancia aún mayor-: Fijaos en la construcción. Se ha utilizado la técnica de tinglado, con las tablas de forro sobrepuestas para darle resistencia. No como tantos barcos españoles, hechos mediante el sistema de juntas a tope con las tablas ensambladas que tan fácilmente se rompen en una tormenta. -Pero el detalle que más parecía gustarle era muy poco visto en buques españoles-: El casco es de tablonos dobles. -Chasquéó la lengua y agregó-: Cuando vos y yo capturamos este navío conseguimos un verdadero barco.

Henchido de euforia, Ledesma completó derrotero hacia el oeste dirigió al sur, rumbo a su casa. Al costear el borde occidental de la isla de Cartagena vio en los acantilados la sólida y segura ciudad que gobernaba. Se sintió entonces movido a disparar siete salvas para informar de la victoria a los ciudadanos:

Pero mientras se recreaba en la derrota de los holandeses y la captura del barco, el vicerregente, su futuro yerno, demostró cuán perceptivo era pidiéndole permiso para una observación:. Como don Diego asintió, el joven dijo:

-¿Sabéis, Excelencia, que mi tío abuelo fue en otros tiempos gobernador del Perú?

-¡Por supuesto! Ése es uno de los motivos por los que doña Leonora y yo estamos orgullosos de consideraros como posible miembro de la familia. ¡Don Pedro, un gran hombre!

-Pero sabréis también qué fue de él.

La complacida sonrisa de don Diego se convirtió en ceño.

-Una injusticia atroz. Sus enemigos presentaron todo tipo de infames acusaciones contra él. Los informes al rey fueron sumamente tendenciosos y ...

-... y fue ahorcado.

En el camarote se hizo el silencio, Al cabo de un instante, don Diego preguntó:

-¿Por qué me recordáis ese triste asunto?

-Porque no os conviene jactaros de vuestra victoria en Cumaná, ni en vuestros informes al rey ni en los comentarios que hagáis aquí, en Cartagena -dijo el joven.

-¿Qué peligro habría en hacerlo ... aunque no lo haré, claro está?

-La envidia. La envidia que sentirían vuestros enemigos, aquí y en España. -En una nueva pausa, el mozo hizo acopio de valor para agregar-: Me habéis ascendido a un alto cargo. Lo mismo hicisteis con vuestros dos sobrinos. Y antes de hacernos a la mar ayudasteis de igual modo a dos de vuestros hermanos. Habrá rumores. Los espías, aun a bordo de este, barco comenzarán a presentar sus informes secretos al rey.

¡Qué acertada era esa advertencia; como bien sabía don Diego! Todo gobernador a cargo de un territorio alejado de la patria corría el riesgo constante de tener que comparecer en España para refutar acusaciones viles. Era un gaje inevitable del puesto, ya que disponía de una autoridad enorme y administraba un volumen de riquezas tal que ni los hombres más codiciosos lo imaginarían, siendo, en cambio, su remuneración casi nula. Los reyes de España estaban en la ruina y se apoderaban de todo el oro y la plata que producían sus colonias, pero se negaban a dar sueldos decentes a sus representantes. Los virreyes y gobernadores españoles estaban casi obligados a robar. Se les permitía enriquecerse durante diez o quince años, dando por sentado que retornarían a España fortuna suficiente para gozar de ella, en compañía de sus numerosas familias, por el resto de la vida.

Pero al mismo tiempo los suspicaces reyes fomentaban las delaciones de una continua cadena de espías, ya resultas de ello, cuando alguien

-Colón, por ejemplo-- llevaba diez o doce años en un cargo, era casi seguro que recibiría la visita de una delegación oficial, cuyos miembros pasarían cerca de dos años investigando su Conducta e invitando a sus enemigos a declarar secretamente en su contra. De este modo, más de un funcionario que había disfrutado de poderes extraordinarios en países lejanos, como México, Panamá o Perú, acabó su ilustre carrera encadenado en un barco camino de la patria, para pudrirse después en una cárcel. A los más infortunados se los ahorcaba.

Don Diego recordó la larga lista de grandes conquistadores españoles que habían padecido un amargo final y mientras recitaba sus destinos, su futuro yerno asentía, ceñudo.

-¿Cristóbal Colón? A España, encadenado. ¿Cortés? En México, encadenado. Núñez de Balboa, uno de los mejores? Decapitado. El gran Pizarro, en Perú'? Asesinado por subordinados envidiosos.

Los dos hombres, un gobernador que no robaba sino lo razonable , y un vástago de noble familia destinado asimismo a convertirse en gobernador de colonias, habían identificado los motivos fundamentales por los que las tierras españolas del Nuevo Mundo no lograrían, en los cuatrocientos años posteriores, alcanzar un sistema de gobierno sencillo y responsable, democrático o no, en el cual los hombres honrados pudieran ejercer el poder sin robar ni entregar las riquezas de sus países a las potencias extranjeras.

En tiempos de Diego Ledesma ya se había arraigado en Cartagena una tradición funesta: crear un gobierno razonablemente bueno, robar tanto como la envidia ajena y la decencia permitieran, Y por último, debido a la fragilidad misma de la propia posición, instalar a todos los parientes en los mejores cargos posibles, a fin de que cada uno pudiera también acumular fortuna. De éste modo, si a uno lo enviaban a la patria en desgracia, los familiares quedaban en puestos de autoridad y, después de algunos años, podían retornar a España cargados de dinero y títulos nobiliarios, para convertirse en los nuevos virreyes y gobernadores o para unirse, por esponsales, a las familias que estuvieran ya en el poder y así hallar nuevas oportunidades para amasar más fortuna.

Semejante sistema propiciaba tales vaivenes en el poder que, al final la gente no sabía a qué atenerse, y era una forma de gobierno que malgastaba los inmensos recursos del Nuevo Mundo. Tanto Francia como Inglaterra, con muchas menos riquezas naturales, establecerían formas de gobierno más duraderas y eficaces que España. Aquel día de 1568 en que don Diego navegaba, triunfador, hacia Cartagena, España llevaba más de tres cuartos de siglo dominando el Nuevo Mundo. Francia e Inglaterra, en cambio, no iniciarían su ocupación hasta 1620 y 1630 medio siglo después. Pero la simiente de las deficiencias ya estaba sembrada. '

Sin embargo, ninguno de estos hombres percibía el daño que ésta filosofía iba creando. En primer término, era sabido que el gobernador se apropiaba de los fondos públicos, y se aceptaba. Por tanto, los funcionarios del rango siguiente se sentían justificados si hacían lo propio pero en menor volumen. Para los del tercer peldaño, tal ejemplo era una invitación a probar suerte, y así hasta llegar al último. Todos alargaban la mano, y toda la administración en sus distintos escalafones funcionaba mediante el robo y el soborno. En segundo lugar, un aspecto igualmente destructivo: si miles de hombres como don Diego volvían cada año a Europa con su botín, las colonias del Nuevo Mundo se empobrecían paulatinamente.

Más o menos por entonces un poeta de Cartagena resumió estas pautas de conducta en seis versos satíricos:

Mi España contra todas las demás naciones.  
Su religión contra cualquier otra religión.  
Mi parte de España contra todas las demás partes.

Mi colonia contra ÚI colonia de aquéllos.  
Mi gran familia contra cualquier otra gran familia.  
Y mi esposa e hijos contra la esposa y los hijos de mi hermano.

El gobernador de Cartagena, uno de los más afables practicantes de este arte de la protección personal y familiar, aplicaba nueve décimas partes de su energía en buscar puestos para su familia y tesoros para sí mismo, y sólo el resto en defender el Caribe de los intrusos. Pero su victoria contra los holandeses demostró que; cuando se lo incitaba, sabía ser valiente. Pues en la sociedad española un hombre podía ser un malversador de fondos públicos, pero jamás un cobarde.

El día en que John Hawkins y Francis Drake cargaron el Jesus of Lubeck con el máximo número de esclavos; don Diego de Guzmán, espía a español infiltrado en la corte de la reina Isabel de Inglaterra, redactó una nota en clave y la llevó apresuradamente a la orilla del Támesis, donde un veloz barco esperaba para partir rumbo a España. En El Escorial, una monstruosa mole de piedra oscura cercana a Madrid, los escribientes del rey Felipe prepararon rápidas copias de las órdenes que él había dado en fría c6lera. Seis horas después de recibida la noticia, un jinete galopaba hasta Sanlúcar de Barrameda, cerca de la desembocadura del río Guadalquivir. Desde allí, con la marea, partieron tres barcos pequeños hacia la isla de La Española, donde los mensajes fueron entregados al gobernador de Santo Domingo. Este despachó con toda prontitud un enjambre de pequeñas y rápidas fragatas costeras para llevar la nueva a siete capitales caribeñas.

Así, hacia el 3 de febrero de 1568, cuando Hawkins partió de África, con objetivo, las islas caribeñas, estaban apunto de recibir noticias de su inminente llegada.

Una de las fragatas de La Española entró en el bien protegido puerto de Cartagena, donde el mensajero se apresuró a informar a Ledesma.

-Excelencia, el mensaje que os traigo no augura nada bueno. John Hawkins viene hacia aquí. Guzmán, en Londres lo ha sabido de la fuente más fidedigna, alguien próximo a la reina. Se dirige a Puerto Rico, Río Hacha y Cartagena, con autorización para desembarcar en cada una de estas poblaciones y, si ofrecemos resistencia, destruirlas.

Don Diego escuchó, asintió varias veces y esperó hasta haber leído personalmente las instrucciones. Luego dijo, con una voz juiciosa que no delataba temor alguno.

-Hay modos de manejar a esos ingleses. No son como los piratas franceses, que asesinan e incendian sin hacer preguntas, ni como los holandeses, que medran a base de pillaje.

Pero su tranquilidad se vio perturbada al revelarle el mensajero la información, confidencial que le había llegado verbalmente:

-Hawkins navega en un barco muy poderoso, de la propia reina, el Jesus of Lubeck.

Mientras el nombre del famoso barco de guerra flotaba aún en el aire, el almirante Ledesma, marino bien informado; se representó mentalmente aquel terror de los mares. Que el Jesus, provisto de numerosos cañones, se dirigiera contra sus barcos, más pequeños y con menores defensas, no era una grata perspectiva; pero fue lo que agregó seguidamente el mensajero su mayor causa de preocupación:

-Hawkins traerá consigo otro barco de guerra, el Minion, imposible de hundir, y cinco navíos menores: el Swallow, de cien toneladas, el Judith; de cincuenta; el Angel, de treinta y tres ... -:- Terminada la lista, añadió:- Al mando del Judith estará el joven Francis Drake, pariente del capitán Hawkins de quien dependerá éste si es necesario combatir.

Ledesma hizo una mueca ante la mención de ese nombre, pues había oído hablar de las amenazas pronunciadas por Drake el año anterior, cuando los españoles de Río Hacha le robaron cuarenta esclavos: Cuando regrese a estas aguas exigiré el pago total de mis esclavos e incendiaré Cartagena.

Esa tarde, Ledesma dio una serie de instrucciones para fortificar mejor la ciudad. En los días siguientes se hundieron otros tres barcos en la entrada de Boca Grande para hacerla totalmente intransitable, y se pusieron más cañones para proteger el acceso a Boca Chica. Cada uno de los promontorios que tendría que salvar la flota de Hawkins para amenazar al pequeño puerto interior fue dotado de un mayor número de armas y la tropa fue adiestrada para rechazar a los atacantes ingleses si trataban de escalar las murallas.

-Cartagena no puede ser tomada -anunció Ledesma cuando el trabajo estuvo terminado. Pero unas semanas después, una pequeña embarcación se escabulló hasta allí desde Río Hacha, con la terrible noticia de que Hawkins no se había limitado a retornar al Caribe, sino efectivamente traía consigo al porfiado y pendero Drake.

-Excelencia, mis tres tripulantes y yo escapamos milagrosamente de los cañones ingleses. En el quinto día de junio de este año, el capitán Hawkins, con una flota de siete navíos ingleses y algunos franceses adquiridos en el

trayecto, pasó ante las salinas de Cumaná sin detenerse, pero vendió algunos de sus esclavos en la isla perlífera de Margarita y también en Curacao; desde donde envió como avanzada a dos de sus barcos más pequeños, el Angel y el Judifh, este último bajo el mando del capitán Francis Drake, para que despejaran el paso a su gran barco, el Jesus of Lubeck.

Drake fue elegido para esa misión, porque había visitado Río Hacha el año pasado, como recordaréis. Apenas llegó, inició las hostilidades, capturando el barco correo de La Española y tomando prisioneros a los funcionarios, cosa que nunca hasta ahora había hecho. Luego disparó dos cañonazos contra la ciudad, pero no por encima de los tejados, como suelen hacer]o los ingleses cuando comercian, sino directamente contra la casa ocupada por su gran enemigo, el tesorero Miguel de Castellanos, que se apoderó de sus esclavos el año pasado. Y me avergüenza decir que uno de esos cañonazos atravesó la casa del tesorero. Si hubiera estado cenando, habría muerto.

~¿Qué hizo Castellanos? -preguntó Ledesma.

-Durante cinco días se limitó a fulminar con la vista a los dos pequeños barcos anclados en su puerto -respondió el mensajero-. No tenía poder suficiente para actuar contra ellos, pero sí para impedir que Drake desembarcara con sus soldados.

¿Significa eso que el ataque a Río acabó en tablas? Parece impropio de Drake.

-¡Oh, no! Al sexto día llegó el capitán Hawkins, trayendo hasta el puerto al gran Jesus of Lubeck. Ahí cambió todo. Lo primero que hizo Hawkins, según su costumbre de no encolerizar nunca a los españoles, fue devolver el barco correo y sus pasajeros, como prueba de sus pacíficas intenciones. Luego, para demostrar que iba en serio, hizo desembarcar a doscientos hombres armados. Pero como ya sabéis, el tesorero había decidido, tiempo antes, que si los ingleses retornaban los mataría. Y eso hizo. O mejor dicho, eso intentó hacer.

»Siguió una dura batalla. Dos ingleses murieron, pero su ataque fue tan implacable que las tropas de Castellanos huyeron. Hawkins se encontró entonces dueño de una ciudad en la que no había mujeres ni oro, ni plata, ni perlas ni objetos de valor. Dio al empecinado tesorero tres días para volver con su gente y su tesoro. Como el hombre se negó, Hawkins amenazó con incendiario todo. Castellanos, heroico, dijo:

Antes que rendirme a vos prefiero ver en llamas a, todas las islas de las Indias». Drake, viendo que aquello no eran más que bravatas, comenzó 'a incendiar casas. Pero Hawkins lo detuvo diciendo: «Tiene que haber otro camino».

"Tras cinco días de paciente espera, un esclavo, fugitivo mostró a Hawkins dónde estaba oculto el tesoro. y así Hawkins obtuvo todo cuanto deseaba.

-¿A qué os referís?

-Nos, vendió doscientos cincuenta esclavos a precios justos; exigió una suma adicional por los dos soldados ingleses muertos, y luego nos pidió que le presentáramos a las mujeres cuyas casas Drake había incendiado. Cuando las tuvo ante sí, cansadas y sucias tras permanecer escondidas en la selva con nuestro tesoro, les dijo: «Los ingleses no hacemos la guerra contra mujeres: Os daré a cada una cuatro esclavos para recompensaros por vuestra pérdida»: y entregó sesenta esclavos más sin cargo.

-¡Qué generoso! -comentó el gobernador, irónico---:... Pero se quedó con nuestro tesoro, ¿no?

-Sí -dijo el mensajero-, con todo.

-¿Y cómo se comportó el capitán Drake mientras Hawkins hacía estas cosas?

-Se mordió la lengua y obedeció, eso es lo que hizo. Pero yo estaba en la costa cuando zarpó y le oí gruñir: \_

-Cuando regrese como capitán de mi propia flota, incendiaré todas las casas de ésta maldita ciudad.

El gobernador repasó la humillación impuesta a una de sus ciudades, la gran pérdida del tesoro y la peculiar conducta de los españoles.

-Nuestro tesorero parece haberse comportado como un verdadero hombre.

El mensajero asintió.

-Pero nuestros soldados... qué actitud tan despreciable!

-Excelencia, cualquiera se aterroriza viéndose el Jesus of Lubeck en el puerto, respaldado por otros seis barcos ingleses y por dos franceses, con todos los cañones apuntados hacia la costa. -Iba a agregar -Ya lo descubriréis dentro de algunos días, cuando Hawkins y Drake lleguen a vuestro puerto, pero lo pensó mejor y se limitó a decir-: -Cuando los ingleses partían, Drake gritó desde el Judith: -A Cartagena.

El primero de agosto de 1568, la flota inglesa arribó a Cartagena. Hawkins sólo quería vender los cincuenta esclavos restantes al precio acostumbrado y trocar sus mercancías ordinarias por los alimentos y las perlas que los españoles pudieran ofrecer, pero Drake tenía esperanzas de invadir la ciudad y exigir un rescate. Sin embargo, aunque los ingleses contaban con toda una horda de marineros, sólo había entre ellos trescientos setenta combatientes adiestrados, mientras que el gobernador Ledesma, en su ladera, tenía seiscientos soldados de infantería, española, dos compañías de caballería bien entrenadas y no menos de seis mil indios preparados y armados. Por lo tanto, cuando el capitán Drake envió un mensajero bajo bandera blanca para informar a Ledesma sobre las condiciones que los ingleses proponían para tratar con Cartagena, el gobernador esperó a leer la carta; aconsejando al mensajero informar a Drake que, en Cartagena, a nadie le importaba lo que los ingleses hicieran o dejaran de hacer, y que cuanto antes se fueran, mejor.

Cuando Drake recibió la insultante respuesta, se acercó tanto como le fue posible y ordenó a sus hombres que dispararan los cañones contra la ciudad. Pero aún no estaba a tiro, de modo que los proyectiles cayeron sin causar daños y rodaron por las calles. Ledesma, riendo entre dientes por la impotencia del inglés; indicó a sus cañoneros que respondieran al fuego, pero también fallaron.

Hawkins, preocupado al ver que las cosas marchaban mal, desembarcó en las islas yermas, al sur de la ciudad, donde sólo encontró algunos toneles de vino, que ordenó a sus hombres dejar intactos, diciendo: «No somos piratas ni ladrones». Acto seguido, Ledesma mandó decir que bebieran a voluntad, puesto que era de muy mala calidad y sólo los ingleses podrían tragarlo.

En realidad, el vino era de buena cosecha española y los ingleses lo disfrutaron, salvo Drake, que se negó a tocarlo. Como Hawkins comprendió que debía abandonar Cartagena sin haber logrado nada, ordenó a sus hombres que pusieran, junto a los toneles vacíos, una adecuada cantidad de finas mercancías inglesas. «Para demostrar que seguimos la costumbre de los caballeros.» Pero en cuanto las naves salieron de la bahía del sur, Drake oyó que los españoles de guardia en los fuertes se reían de ellos. Sus hombres tuvieron que contenerse para no disparar.

Ledesma y Drake ya habían mantenido dos confrontaciones sin haberse siquiera visto. Si el fornido inglés era audaz, el austero español era resuelto y, no se asustaba con facilidad. Su fortaleza, como la de su delegado en Río Hacha, había permitido que los españoles rechazaran a Drake, pero los dos adversarios sabían que la próxima vez el enfrentamiento podía ser sangriento y decisivo, aunque nadie adivinara dónde se produciría.

Ledesma advirtió a sus hombres: «De una cosa podemos estar seguros: Drake volverá .



Y Drake dijo a sus marineros: «Algún día humillaré a ese español arrogante» .

Ahora que los barcos ingleses vagaban por el Caribe impunemente, traficando donde y como deseaban, el mar ya no podía ser considerado el «lago español». Se había convertido en vía pública. Pero don Diego, que tenía por misión mantenerlo español, estaba convencido de que, si lograba hacer entrar a Drake y a Hawkins en una gran batalla marítima, el poderío inglés se vendría abajo. Por eso dedicaba todas sus horas de vigilia a dicha empresa. Y se sintió muy complacido cuando llegó una fragata correo desde Sevilla y La Española con estas órdenes:

*Al gobernador Ledesma Paredes y Guzmán Orvantes. Se os saluda. Una gran flota de barcos míos, veinte en total, partirá de Sevilla a San Juan de Ulúa para cargar el embarque de otoño de plata mexicana. Puesto que el capitán Hawkins, según se sabe, está en el Caribe, trasladad desde Cartagena todos los barcos posibles para garantizar la llegada de mis naves desde La Habana y la patria. Tengo noticias de que os habéis otorgado vos mismo el título de almirante. No debisteis haberlo hecho. pero, por vuestro coraje en Cumaná y vuestro buen gobierno en Cartagena, convierto vuestro almirantazgo honoris causa en una designación permanente. Rey Felipe II. De su puño y letra en Madrid.*

El almirante Ledesma reunió velozmente nueve navíos, precedidos por el Mariposa. y se hizo a la mar desde Cartagena, hinchando las velas con el viento que lo llevaría rápidamente a Ulúa antes, esperaba, de que Hawkins y Drake llegaran allí, si es que ése era su destino secreto. Una vez más, sus dos sobrinos Amador estaban al mando de las alas de babor y estribor y su flamante yerno servía en el sólido Mariposa como vicerregente, cargo aún indefinido. Con este apoyo, Ledesma tenía fe en que podría dominar a los piratas ingleses, si éstos se aventuraban en su lago.

En el viaje a México, rumbo al norte, el nuevo almirante reunió a sus capitanes e invitó a un oficial que conocía Ulúa, a fin de que informara a sus hombres sobre lo que encontrarían cuando llegaran a ese puerto vital.

La isla de Ulúa, situada a unos ochocientos metros de Vera Cruz, emplazamiento en tierra, servía como protección al continente, donde se reunían las riquezas de las minas de plata de México, en espera de que pasaran a recogerlas los galeones destinados a Sevilla. Ulúa, compuesta de roca viva y

defendida del mar abierto por sus grandes arrecifes, también era famosa por sus cavernas mazmorras, donde se destinaba a los marinos y trabajadores amotinados.

Fue un momento de euforia aquel en que el almirante Ledesma comprobó que había llegado antes que Hawkins y era el primero en surcar con sus navíos las aguas del golfo de Ulúa. Allí está la gran fortaleza, absolutamente inexpugnable. Allí, los arrecifes protectores. Allí, los depósitos de Vera Cruz, atestados de barras de plata y oro. Y más adelante, los seis barcos que, España mantiene aquí para rechazar a cualquier pirata que pretenda atacar.»

Con los nueve barcos de Cartagena, el puerto contenía ahora quince naves de guerra, pero los amarraderos eran tan abundantes que se lo veía casi vado. Aun así, innumerables cañones montados en la costa mantenían a los diversos barcos en sus miras, por sí se presentaban problemas inesperados. Ulúa era invencible, y el almirante Ledesma, oficial de más antigüedad entre los presentes, debería asumir el mando de sus defensas hasta que llegaran los galeones vacíos de Sevilla.

A los pocos minutos de anclar el Mariposa, su capitán se dirigió en un pequeño bote hacia el fuerte; ya desde la escalinata de piedra iba dando órdenes:

-Esos cañones deben permanecer apuntados hacia la entrada del puerto, por si Hawkins o Drake tratan de escabullirse. Y estarán siempre listos para disparar, atendidos por un artillero las veinticuatro horas del día.

Mientras recorría las instalaciones de tierra, alrededor de un kilómetro y medio de trincheras y estructuras protectoras para los cañones allí ocultos, dió otras órdenes similares. Más adelante, al inspeccionar las tres compañías estacionadas permanentemente en Vera Cruz, les asignó nuevas misiones:

-Esta compañía debe permanecer lista para correr, al primer aviso, a proteger los cañones de la costa. Esta otra ir inmediatamente al fuerte. Esta defenderá la entrada a la propia Vera Cruz.

Aquella primera noche, Ledesma se acostó satisfecho de haber hecho todo lo posible para proteger a los barcos anclados, como comandante en jefe de las defensas de San Juan de Ulúa. Por eso se regocijó al saber que pronto llegaría otra flota española desde Nombre de Dios, un rico asentamiento caribeño del istmo de Panamá, que traía más tesoros desde el Perú.

-Cuando llegue, éste será el puerto más rico del mundo –se jactó ante sus subordinados-, y también el mejor defendido.

Al día siguiente, un maltrecho barco español entró con dificultad en el puerto. Traía noticias de que se había declarado un tremendo huracán hacia el sur. Sus ráfagas habían sido tan potentes que si Hawkins y sus barcos ingleses habían

tratado de enfrentarse con la tempestad, debían de haberse hundido o estarían camino de Inglaterra bastante dañados.

Por eso Ledesma quedó horrorizado cuando un vigía anunció, dos días después:

-¡Barcos a la vista!

El primer barco que entró en el puerto resultó ser el famoso Jesus of Lubeck, aunque le faltaba uno de sus característicos castillos. Allí estaba, deforme pero aún formidable, seguido por el recio Minion y cinco barcos más pequeños. Los barcos invasores se habían entremezclado hasta tal punto con los españoles que las baterías de la costa no se atrevieron a disparar por miedo a hundir sus propios navíos, y hasta el Mariposa quedó abrumado ante los potentes cañones del Jesus, que apuntaban directamente hacia él, desde una distancia de pocos metros. Hawkins y Drake habían ocupado el puerto de San Juan de Ulúa, sin disparar una sola vez y Ledesma no podía hacer nada por rechazarlos.

Cuando, don Diego miró hacia el mar desde el fuerte; vio al provocativo Jesus allí anclado, meciéndose ufano, acompañado por el insolente Judith de Drake. Su cólera alcanzó entonces un punto tal que se le nubló la razón y perdió muchos de los reparos normales impuestos por el sentido del honor que debía regir a los caballeros en una batalla. De pronto, su objetivo único era: «Muerte a los invasores ingleses». Pero mediante qué tácticas podía conseguir tal propósito era algo que ignoraba; por eso intentó ganar tiempo hasta que las posibilidades estuvieran más claras.

Primero, desplegando su indudable coraje, se hizo llevar a remo hasta el Jesus y lo abordó, en tanto éste se mecía con suavidad, pese a haber perdido el castillo de popa. Escortado con la debida ceremonia hasta el camarote de Hawkins, encontró al gran capitán inglés vestido como para asistir a un baile en la corte: zapatillas italianas con, hebillas de plata, calzones del más fino hilo gris, camisa de seda con volantes, chaqueta de grueso brocado; un pañuelo también de seda y un sombrero emplumado.

-Por fin nos, vemos cara a cara -dijo Hawkins, graciosamente, señalando una silla acolchada para que su huésped se pusiera cómodo.

Ledesma quería saber por qué ese inglés se había atrevido a entrar en un puerto de tanta importancia para España, y Hawkins se lo dijo con franqueza:

-Las tormentas nos impulsaron hacia aquí.

-Pues una tormenta peor os obligará a salir -dijo Ledesma. y luego, con exquisita astucia o necia estupidez, agregó--: Porque muy pronto llegará desde España la poderosa flota de la plata, con sus veinte navíos armados, para llevar los

tesoros de México a Sevilla. Si todavía estáis aquí, os destruirán en cuestión de minutos.

-Los barcos ingleses pueden llevar tanta plata como los españoles -dijo Hawkins.

-Siempre que puedan echarle mano -replicó Ledesma, desdeñoso.

El duelo verbal fue interrumpido por la inesperada aparición del primer asistente de Hawkins, un marino bajo y fornido, de cabeza redonda y barba recortada. En cuanto don Diego lo vio se levantó de la silla, señalándolo con un dedo al tiempo que exclamaba, casi con placer de conocer a un hombre tan famoso:

-¡Vos sois Drake!

Y por primera vez los dos combatientes se enfrentaron cara a cara, saludándose con la cabeza, como caballeros; cada uno esperaba a que el otro hablara.

Drake rompió el silencio:

-Vuestra gente me robó cuarenta esclavos en Río Hacha.

-Pero os dimos vino gratis en Cartagena ... cuando no pudisteis entrar en nuestra ciudad -dijo Ledesma con una sonrisa.

-Esa vez no tratamos de forzar la entrada -dijo Drake; sin revelar su enojo ante el insulto-. Pero la próxima, andad con cuidado.

-Fue buen vino el que nos dejasteis en Cartagena, don Diego -terció Hawkins para romper la tensión-, pero recordad que os pagamos por él.

Y por fin los tres se echaron a reír, con esa risa de camaradería tan propia de los marinos. Alentado por eso; Ledesma preguntó, de navegante a navegante:

~¿Cómo perdisteis el castillo de popa?

-Estos malditos, barcos, tan pesados en cubierta, se balancean mucho en los huracanes -respondió Hawkins con franqueza,-. Tuvimos que derribar esa estructura para evitar que el navío diera una vuelta de campana. -y agregó:- Cuando yo mismo me encargue de construir barcos no pondré más castillos, ni a proa ni a popa. Todo bajo y veloz. -Hizo una pausa-. Vuestro Mariposa es mucho más de mi gusto.

-Era holandés -dijo Ledesma-. Esa gente sabe construir barcos. Vuestro Jesús es alemán. Mucho peso.

Hawkins estableció entonces las razonables condiciones bajo las cuales él y Drake abandonarían Ulúa.

-Me quedan cincuenta esclavos por vender, y vos debéis comprarlos. Además, tendréis que vendernos, a precios aceptables, provisiones suficientes para que mis siete barcos vuelvan a Inglaterra. Por último, debéis dar instrucciones a vuestros artilleros, los del fuerte, para que nos permitan salir libremente de aquí. Si así lo hacéis, no habrá ningún problema.

-Y a las veintenas de artilleros que tengo a lo largo de la costa, donde no podéis verlos, ¿debo darles instrucciones? -Comentó irónicamente Ledesma casi en un susurro. Luego agregó, con más firmeza-: Tal como; sin duda, os dijeron mis hombres en Río Hacha, igual que hice yo en Cartagena, mi Rey ha prohibido comerciar con los ingleses. Las provisiones de que disponemos son necesarias para la flota que aguardamos. Y debéis comprender, capitán Hawkins, que pese a todo vuestro valor nuestros artilleros no permitirán que vuestro Jesús abandone este puerto. Decís que es propiedad de vuestra Reina. Pues bien, Isabel no volverá a verlo.

En el silencio siguiente, los tres marinos se saludaron con la cabeza y Ledesma abandonó el barco.

Cuando Ledesma volvió a su fuerte, comenzó a tender sus trampas. Trasladó secretamente a otros cien soldados asignados a tierra a otras posiciones, desde las cuales podían vigilar el puerto. Cuando estuvieron en sus sitios, llamó otros cien hombres a la isla para añadirlos al fuerte., Eligió uno de los grandes navíos españoles que ya estaban anclados y dijo a su capitán:

-;Convertirlo secretamente en un buque-tea.

-¿Queréis que lo incendiemos? -preguntó el hombre, asombrado.

-Lo haremos -replicó Ledesma fríamente-, y debe estar tan cargado de sustancias inflamables que arda hasta la línea de flotación en el curso de una hora.

Luego mantuvo largas -reuniones con sus sobrinos y el vicerregente, durante las cuales trazaron minuciosos planes para atacar a los barcos ingleses cuando llegara el momento. Así pues, terminadas esas conversaciones, los jóvenes capitanes sabían qué función habría desempeñar cada uno de ellos en el aniquilamiento de los ingleses.

Pero cuando se disponían a iniciar los primeros movimientos del plan, una flota de trece enormes barcos españoles llegó desde el sur, transportando no

sólo un gran cargamento de oro y plata desde Nombre de Dios, sino también al flamante virrey de México, don Martín Enríquez, hombre taimado, siempre presto a hacerse cargo de cualquier situación, razón por la cual el rey lo enviaba a México, donde se requerían temperamentos audaces.

Enríquez se encontró a la sazón ante un asunto muy delicado, Tres flotas se disputaban la ocupación de Ulúa: quince barcos de guerra españoles, incluyendo los del almirante Ledesma; trece navíos de España, y los siete barcos ingleses de John Hawkins, que bloqueaban la entrada y la salida. Se requerían nervios de acero ante semejante callejón sin salida, y los tres comandantes los tenían.

Hawkins inició las maniobras enviando su chalupa al barco del virrey Enríquez con una formal invitación a cenar. Cuando el español entró en el camarote del inglés, quedó atónito al ver el elegante atavío de Hawkins. Las palabras del británico fueron directas:

-Honorable virrey, ordene a los hombres del almirante Ledesma, los de la costa, que satisfagan las condiciones que propuse. Entonces me marcharé en paz, sin disparar un cañón.

-¡Esto sí que tiene gracia! -replicó el virrey, casi en tono despectivo-. No estáis en situación de exigir nada.

Hawkins no se acobardó. Por el contrario, dijo:

-Vuestros trece barcos, Excelencia, cargan tesoros y muchas vidas, ninguna tan preciosa como la vuestra. Todo ello ha de tener algún valor para el rey Felipe. Vuestros barcos permanecen ahí afuera, sin protección. Si estallara una tempestad como la que arrancó el castillo de popa de mi nave, las vuestras se harían pedazos contra las rocas que desde aquí vemos. Sabéis que estáis en peligro mortal y debéis hacer algo.

-Uno, dos, tres ... -comenzó a contar el virrey, muy sereno. Al llegar a sesenta cambió su silla de posición y continuó: Sesenta y uno, sesenta y dos ... - hasta llegar a cien. Luego giró otra vez hasta quedar frente a tierra y la cuenta ascendió a más de ciento treinta-. He ahí cuántos cañones españoles os están apuntando en este mismo instante, almirante Hawkins.

-Soy sólo capitán. Resistiré a los cañones, la mayoría de ellos están demasiado lejos para alcanzarme. Bloquearé la entrada del puerto y veré cómo se destrozan vuestros barcos en la próxima tormenta.

Puesto que era obvio .que ese día no podrían llegar a ningún acuerdo; el virrey, furioso, volvió a su flota, pero al caer la tarde hizo que sus remeros lo condujeran silenciosamente al fuerte, para reunirse con el almirante Ledesma. Sus

planes espantaron tanto a don Diego que, por un momento, se quedó sin habla. Luego contestó:

-Tengo fuera a un joven oficial de extraordinaria bravura y habilidad. Lo incluiréis en el grupo negociador que vais a enviar a parlamentar con Hawkins. Y durante la conversación ...

Hizo entrar en el cuarto a su joven asesino, y el bribón mostró a Ledesma el estilete envenenado que llevaba oculto en la manga izquierda de su chaqueta, donde nadie podría descubrirlo. Con un destello de la mano derecha, tan veloz que Ledesma apenas lo vio, el estilete quedó apuntando al corazón de don Diego.

-¡Hawkins ha muerto! -gritó el asesino .

-Los otros miembros del equipo protegerán a nuestro hombre -explicó Enríquez, y nuestros botes volarán a rescatar a todos cuando salten a la bahía.

Por un largo instante don Diego pensó en el plan. Recordó sólo que pocos días antes, en ese mismo cuarto, había dicho, presa de cólera: «Recurriré a cualquier stratagema para destruir a ese pirata». Pero ahora que se le ofrecía una, su sentido del honor no le permitía aceptarla. Como caballero, se sentía en la obligación de rechazar aquella sucia treta.

-¿Asesinar bajo bandera de tregua? ¿Bajo la bandera blanca de Ledesma? ¡Ni hablar.

-El rey me ha enviado para que proteja su imperio, su oro y sus barcos -observó el virrey sin levantar la voz-. ¿Imagináis lo que haría si yo le dijera que me impedisteis acabar con la vida de ese pirata Hawkins? -Luego, con un áspero grito, indicó a sus hombres que .inmovilizaran a Ledesma-: ¡Apresadlo! Disparadle si trata de estorbarnos.

Inmovilizado en un rincón, Ledesma oyó que el joven asesino preguntaba:

-Si sólo tengo una oportunidad, ¿a cuál de los dos piratas he de matar?

-Nuestro enemigo perpetuo es Drake -dijo el virrey después de un instante de vacilación-. Con Hawkins sabemos cómo tratar.

-En ese caso, será Drake -repuso el asesino, confiado.

-¡No! Resolvamos el asunto como es debido ... en combate -exclamó Ledesma, que forcejeaba con sus guardias.

Pero lo hicieron callar.

El joven oficial, haciéndose pasar por miembro del equipo negociador, fue llevado a remo hasta el Jesus of Lubeck bajo bandera blanca y participó en las discusiones con Hawkins. Este último, siempre cauteloso, había notado que el joven desconocido, un individuo muy arrogante, no le prestó ninguna atención en el momento de las presentaciones; en cambio, cuando Drake se incorporó al grupo, se mostró muy alerta y no dejaba de rondarlo. Fue por eso que cuando el joven sacó su estilete envenenado y, al grito de «¡Muerte!», saltó hacia Drake, Hawkins estaba preparado para inmovilizarle el brazo.

-Vinieron a nosotros bajo bandera de tregua -dijo Hawkins, pálido como el papel-. Devolvedlos del mismo modo, para eterna vergüenza de quienes .los enviaron.

Terminadas las falsas formalidades, los tres jefes de flota (Ledesma, Enríquez y Hawkins) comprendieron que ahora se trataba de un duelo a muerte. No hubo más, negociaciones ni cortesías navales entre supuestos caballeros, sólo cañonazos y maniobras para salvarse. En la tarde del 23 de septiembre de 1568, Ledesma y Enríquez descargaron una furiosa cañonada que hundió a tres navíos ingleses: el Grace of God, el Swallow y el Angel, mientras los sobrinos de Ledesma se enfrentaban contra los mosquetones ingleses para abordar un buque, incendiarlo e izar las velas de modo tal que navegara directamente hacia el Jesus of Lubeck. Ardiendo como un volcán furioso, la nave se estrelló contra el Jesus y, en un minuto, prendió fuego a los maderos secos del castillo derribado.

Muy pronto el gran navío, orgulloso buque insignia de la Marina Real, propiedad de la reina, ardía por los cuatro costados, consumiéndose hacia la línea de flotación. Aún habría podido abrirse paso hasta salir del puerto, a no ser porque el almirante Ledesma, nuevamente al mando del Mariposa, esquivó al incendiado Jesus y descargó una cañonada que atravesó la línea de flotación. Ya sin posibilidades de salvar su nave capitana, Hawkins gritó a sus leales tripulantes:

-Sauve-qui-peut -Era el antiguo grito francés: «Sálvese quien pueda».

Los marineros se agolparon sobre la borda del histórico barco para, arrojar a la cubierta de un navío inglés que maniobraba a su lado, el último que saltó dijo:

-¡Saltad, capitán Hawkins!

Cuando el buque de rescate ya se separaba, Hawkins dio un brinco desde el Jesus. Alcanzó por muy poco la cubierta del otro barco, y habría resbalado al agua si no lo hubieran sujetado unos marineros en el momento, en que caía hacia atrás.



A la lúgubre luz de las llamas, los pocos ingleses sobrevivientes que habían logrado abordar los dos barcos aún a flote, el gran Minion. ahora a las órdenes de Hawkins, y el pequeño Judith con Drake como capitán, contemplaron con enojo e impotencia al Mariposa, que continuaba castigando al Jesus, el barco más noble que jamás se aventurara en el Caribe. Ardió hasta que todos sus maderos se desvanecieron en humo. Luego, casi como si dejara escapar un último suspiro de desesperación, las llamas sisearon al encontrarse con el mar y los restos del casco se deslizaron bajo las olas.

Lo que ocurrió a continuación sigue siendo un misterio para los marinos ingleses y una mancha permanente en la historia naval de su país. Francis Drake, al mando del pequeño Judith, aún a flote y con su habitual contingente de hombres y provisiones suficientes, tomó demasiado al pie de la letra la frase «Sálvese quien pueda» y huyó del escenario de la batalla. John Hawkins quedó sin protección en un barco excesivamente cargado y desprovisto de lo más esencial. Según la jerga de la época, Drake, futuro héroe de la marina inglesa, tan notable como Nelson, puso «pies en polvorosa»" dejando a su tío a merced de los españoles.

Bajo las diestras órdenes de Drake, el Judith realizó sin dificultad el trayecto de regreso a Plymouth, llegando indemne el 20 de enero de 1569, con las tristes nuevas sobre la derrota en San Juan de Ulúa y la pérdida del capitán Hawkins, con todos los demás barcos. Hubo un sentido duelo, pues Inglaterra no podía aceptar así como así una derrota tan absoluta y la muerte de un capitán como Hawkins, junto con tantos otros buenos marinos. La reina Isabel, que seguía sufriendo la implacable presión de España, no tenía barcos ni marinos que malgastar.

Pero cinco días después, el 25 de enero, un vigía apostado en un promontorio, cerca de Plymouth avistó a un barco inglés, maltrecho y casi inmóvil, que se esforzaba en vano por aproximarse a tierra. El vigía corrió a Plymouth para alertar a la ciudad y se enviaron barcos de rescate para interceptar al Minion. cuya tripulación se hallaba en tan lamentables condiciones que ya no podía manejar los cordajes. Cuando el sólido barco, veterano de una veintena de batallas, llegó finalmente a puerto, John Hawkins, sin nombrar siquiera a su pariente, presentó su informe de la derrota de Ulúa, concluyendo con una amarga condena, que aún duele en la marina inglesa, al referirse al comportamiento de Drake: «Así escapamos, sólo con el Minion y el Judith, un pequeño barco de cincuenta toneladas que esa misma noche nos abandonó a nuestra suerte».

De los cien hombres que habían partido de Ulúa aquella condenada noche a bordo del Minion. solo quince sobrevivieron al terrible viaje de regreso a Plymouth. En el Judith de Drake, en cambio, debidamente aprovisionado, llegaron todos. De los cincuenta esclavos que Hawkins llevó consigo a Ulúa, la mitad se ahogaron, pues estaban encadenados en la bodega del Jesus. y se hundieron con él mientras los marineros saltaban para salvarse. Los veinticinco restantes llegaron a

Inglaterra en los buques sobrevivientes y fueron vendidos a propietarios de Devon, con notables ganancias.

Cuando el almirante Ledesma llegó con sus siete barcos a Cartagena, anunció erróneamente que tanto Hawkins como Drake habían perecido en la tremenda victoria española de Vera Cruz y que el Caribe volvía a ser un lago español. Hasta envió al rey un jactancioso despacho:

Majestad Imperial: Con la muerte de los dos principales piratas ingleses, Hawkins y Drake, vuestro Caribe sólo recibe ahora la visita de barcos españoles, y vuestras armadas tesoreras, procedentes de Nombre de Dios, navegan hacia La Habana y Sevilla sin temer ataques.

Quedó alicaído cuando el rey replicó; en tono acre: «Al parecer los fantasmas de hombres tan audaces como Hawkins y Drake son de temer, pues han sido localizados por nuestros espías en Plymouth, Medway y Londres». Más tarde llegó a Cartagena la información de que Drake había sido visto merodeando por el Caribe, pero puesto que no desembarcaba en ninguna parte, no atacaba las colonias ni molestaba a los barcos españoles, nadie prestó atención a los rumores.

En 1571 se repitieron esas habladurías, pero si era cierto que Drake visitaba su mar favorito, no actuaba de forma agresiva, pues una vez más se abstuvo de atacar nada que fuera español. Esa conducta tuvo un efecto curioso en la casa de los Ledesma, donde las tres hijas habían dado a la familia varios nietos. Cuando los niños alborotaban demasiado en sus juegos, las niñeras imponían disciplina advirtiéndoles: «Si no te portas bien, vendrá el Draquee y se te llevará en su gran barco negro». y Ledesma notó que hasta los adultos utilizaban asiduamente la figura de Drake en sus conversaciones: "Eso será si no viene el Draque» o "Creo que ya no es temporada de Draque».

Este nebuloso periodo de incertidumbre respecto de la supuesta muerte de Drake confundió al mismo don Diego, que un día dijo al vicerregente: «Casi desearía que estuviera vivo para ajustarle otra vez las cuentas y expulsarlo de nuestro mar para siempre». Por fin, un día de, junio de 1572, el rey envió a Ledesma informaciones que le causaron gran agitación:

El 24 de mayo del corriente. el capitán Francis Drake, que está bien vivo, zarpó con el apoyo de su hermano John desde Plymouth. Lleva el barco de guerra Pasha, de ochenta toneladas como nave capitana. y el Swan, de treinta. como vicecapitana. Por Londres circula el feo rumor de que podría estar planeando, marchar a través del istmo e incendiar Panamá con la esperanza de capturar nuestra plata procedente del Perú y el oro que baja de México. Para tal empresa. Drake lleva consigo a una tripulación de setenta y tres hombres. sólo

uno de los cuales pasa de la edad de treinta años. Por lo tanto, apresuraos a acudir a la ciudad de Panamá. a fin de asegurar el paso sin dificultades de nuestro oro y nuestra plata hasta el puerto de embarque, en Nombre de Dios.

Los barcos de Drake no eran grandes, pero debían de ser extraordinariamente sólidos y ofrecer más espacio de bodega del que parecía pues el rey agregaba una posdata con un detalle que obviamente lo fascinaba:

Un marinero inglés. bajo tortura, confesó que el capitán Drake había construido en las costas de Plymouth tres canoas completas de cierto tamaño, después de lo cual numeró todas las piezas y las desarmó para guardarlas en la bodega de su nave, capitana, a fin de rearmarlas al llegar a la zona de su objetivo. Estad alerta.

Cada dato proporcionado por el rey era correcto, pues tras una veloz travesía de apenas cinco semanas, los dos pequeños barcos llegaron a la Dominica y entraron rápidamente en el Caribe, donde navegaron hacia la costa occidental, a un sitio no muy alejado de la ciudad de Nombre de Dios, lugar al cual se encaminaban. Allí pensaban apoderarse del oro y la plata del rey Felipe, que aguardaban para ser embarcados hacia Sevilla .

Pero otro hábil marino había estado trazando cautelosos planes, pues Ledesma se había puesto en acción nada más recibir las indicaciones del monarca. Y a la sazón quedó demostrado el valor de contar con parientes en puestos de relativa importancia, pues cuando daba órdenes a sus numerosos familiares estaba seguro de ser obedecido. A su yerno, el vicerregente, le dijo con sequedad:

-Id a Nombre de Dios y preparad lo todo.

A sus dos sobrinos Amador:

-Adentraos en la selva y levantad barricadas para bloquear la ruta entre Panamá y Nombre de Dios.

A un hermano:

-Corre a Río Hacha y prepara sus defensas. Drake podría detenerse allí por puro afán de venganza.

A otro hermano y a tres primos encargó las defensas de Cartagena, en tanto él, obediente a las órdenes del rey, viajó apresuradamente a la ciudad de Panamá, donde asumió la dirección del sistema de defensa. Cuando Drake llegara al Caribe occidental, encontraría a no menos de dieciséis miembros de la familia Ledesma defendiendo los intereses españoles.

El 12 de julio de 1572, Drake estaba listo para atacar. En un puerto seguro, a cierta distancia de Nombre de Dios, población que se asociaría para siempre al pirata, sacó los maderos de la bodega del Pasha y rearmó las tres canoas construidas en Plymouth. Esa noche celebró en tierra una reunión con los hombres que intentarían la gran aventura. Uno de los jóvenes marinos, casi un niño, le preguntó con temor:

-¿Cómo sabremos qué hacer cuando llegemos a Nombre?

-¿Qué crees que hice durante los dos veranos que pasé explorando el Caribe? ¿Perder el tiempo? -preguntó Drake con suavidad, volviéndose hacia el muchacho.

Y con un palo dibujó en la arena blanca, sobre la que descansaban las tres grandes canoas, un plano de la ciudad que había espiado en sus dos viajes.

-Remamos hasta aquí, sin prestar atención a los grandes barcos que nos mirarán desde arriba, pues estarán dormidos. Desembarcamos aquí y vamos directamente a casa del gobernador ... aquí. Cogemos barras de plata para todos ... y hacemos prisionero al gobernador. Luego corremos hasta aquí, a la Casa del Tesoro, de fuerte construcción y bien custodiada, donde está lo que en verdad buscamos: el gran tesoro de oro y piedras preciosas.

-¿Y entonces?-preguntó una vocecilla.

-Entonces -prosiguió Drake, sin detenerse a averiguar quién había hablado- arrojamus nuestro tesoro a bordo de las canoas y remamos hasta aquí, donde nos protegerán los grandes cañones del Pasha y el Swan.

-Hizo una pausa para reír entre dientes y añadió-: Remaremos muy velozmente.

Como todas las empresas de Drake, estaba perfectamente planeada y se, llevó a cabo con decisión. En realidad, en las primeras etapas del ataque a Nombre de Dios pareció que los españoles estaban actuando según papeles asignados por Drake. Los marinos a bordo de los grandes barcos que custodiaban el puerto dormían y no vieron nada. Los ciudadanos presentes en la plaza se apartaron para dejar pasar a los invasores ingleses. Y la primera parte del plan dio resultado, pues en la casa del gobernador los hombres de Drake hallaron más de un millón de pesos en barras de plata, que aguardaban su traslado.

Pero también encontraron algo que no esperaban. En una alcoba dormía el valeroso vicerregente del almirante Ledesma. Despertado por los ruidos de abajo, saltó de la cama, se ciñó la espada, cogió dos pistolas y, después de bajar tranquilamente la escalera, preguntó en tono desenvuelto:

-¿Qué pasa aquí? -De inmediato reconoció a Drake, a quien había visto en los sucesos de Ulúa-. ¡Ah, capitán Drake! ¿Sobrevivisteis a la gran derrota de VeraCruz?

-Siempre sobrevivo, dijo Drake, apuntando su pistola al joven entrometido.

El vicerregente no demostró temor alguno. Mantenía sus dos pistolas apuntadas al corazón del inglés, de modo que la confrontación resultaba un empate. Ambos se comportaban con suma cortesía. Drake dijo:

-He venido a cobrar los esclavos que vuestra gente me robó en Río Hacha. -y señaló los lingotes de plata apilados

-El rey se afligiría muchísimo si tocarais su plata -observó el vicerregente.

-Cada uno de vosotros puede llevar tantos lingotes como pueda -dijo Drake a sus hombres-. Después iremos a la Casa del Tesoro, donde nos espera una verdadera fortuna.

Pero todos se entregaron tan solícitamente a robar las riquezas de los grandes depósitos que el vicerregente tuvo oportunidad de huir hacia la libertad. Irritado, Drake gritó: ' '

-¡Olvidaos de este pequeño botín! ¡Ahora vamos a la Casa del Tesoro!

Pero mientras los ingleses trataban de reunirse ,con sus compañeros en la plaza, el vicerregente, que se les había adelantado, gritó:

-¡Fuego, fuego!

Una bala se incrustó en la pierna izquierda de Drake, haciéndole perder mucha sangre; pero él mismo restañó la herida con un pañuelo que llevaba en el bolsillo.

De ese modo llegó a la Casa del Tesoro, donde algunos de sus hombres intentaban volar las puertas. Mientras tanto, el vicerregente había reunido a sus tropas para lanzar un contraataque, que habría podido aniquilar la pequeña fuerza inglesa, a no ser por un marinero que, viendo que Drake sangraba profusamente, le instó a abandonar el plan.

Como Drake vaciló, enfurecido al verse tan cerca de aquellas riquezas sin poder tocarlas, cuatro de sus soldados se lo llevaron por la fuerza, alejándolo del ataque español, hacia la seguridad de las canoas.

Para asombro de los españoles de Nombre de Dios, los arrogantes ingleses retrocedieron lentamente hasta una isla, en medio de la bahía, donde establecieron su cuartel general con una amenaza: «Desalojadnos, si os atrevéis».

Los españoles despacharon entonces un pequeño bote hacia la isla, bajo bandera blanca. Conducía al vicerregente, que bajó a tierra y se dirigió a Drake como si ambos fueran diplomáticos en una reunión formal de la corte.

-¿Cuándo zarparéis, capitán? -preguntó el español.

-Sólo después de coger el oro y las piedras preciosas que guardáis en vuestra Casa del Tesoro -respondió Drake:

-Temo que eso no sucederá en mucho tiempo -advirtió el español sin alterar su tono-, puesto que nuestros cañones os destruirán si avanzáis en esa dirección.

-Sólo un disparo, me impidió saquear ayer vuestro tesoro -dijo Drake.

-Nuestros hombres a veces tienen suerte en el tiro, sí -replicó el español. y luego, como para echar sal a las heridas de Drake-: Como quizá recordaréis, soy yerno de don Diego, gobernador de Cartagena., El me envió aquí para deteneros, cosa que he hecho. Queda haceros saber que si os hubierais ido con la plata que ya habíais robado en mi casa, serían unos diez millones de pesos, y si hubierais abierto nuestra Casa del Tesoro, cien millones más. -Drake no hizo un solo gesto, y el vicerregente agregó: El gobernador Ledesma y yo hemos frustrado ya cuatro de vuestros intentos. ¿Por qué no volvéis a Inglaterra y nos dejáis en paz?.

-Aceptaré vuestro consejo -respondió Drake sin rencor-. Pronto me haré a la mar. Pero vos y vuestro suegro quedaréis atónitos Con lo que harán mis hombres antes de partir.

La visita terminó con tanta cordialidad aparente que un marino inglés, encargado de servirles, Susurró:

-Cualquiera diría que son primos.

En cuanto al vicerregente, al llegar a tierra dijo a quienes lo esperaban:

-Una espléndida reunión. Nunca en mi vida he sido tratado con tanta cortesía.

Lo que Drake hizo, como primer paso de su venganza, fue tan asombroso para sus hombres como para los españoles, pues dejó intacta Nombre de Dios con su tesoro, volvió a sus dos barcos y, con las tres canoas a remolque, regresó a Cartagena, para disparar algunos cañonazos Por encima de las murallas

de la ciudad. Atravesó audazmente Boca Chica y capturó a varios barcos mercantes, que llevaban las provisiones necesarias para la isla.

Luego, en un gesto temerario sin par en aquellos tiempos, él mismo hundió el menor de sus barcos, como si fuera demasiado pequeño para , cargar con él, y aseguró a sus hombres:

-Ya hallaremos uno mejor.

Y así fue. Poco después capturó un mercante español, grande y sólido, que pronto se convirtió en nave vicecapitana para la increíble hazaña que iba a intentar.

Después de disparar algunos cañonazos de despedida en Cartagena, cuyos ciudadanos suspiraron de alivio al verlo partir, escapó a tiempo para no encontrarse con una flota española, procedente de España, con cientos de soldados bien armados.

. Una vez fuera de peligro, se dirigió hacia el oeste, rumbo al istmo de Panamá, donde reveló a sus estupefactos hombres sus planes, hasta entonces secretos .

-Marcharemos a través del istmo hasta la ciudad de Panamá, interceptaremos la caravana de mulas cargadas de oro y plata, y cada hombre ganará su fortuna.

Eran sesenta, y nueve hombres jóvenes y adolescentes, de los que dependería para cumplir tan osado ataque contra una ciudad poblada por millares de almas.

Cruzar el istmo era tarea harto difícil, debido a las terribles nieblas, los animales desconocidos, las serpientes venenosas, el agua contaminada y algunos de los indios más rebeldes del Nuevo Mundo, armados con flechas emponzoñadas. Eran una raza aparte, distinta de los caribes del este, los arawaks de La Española, los incas del Perú y los aztecas de México; eran formidables y hacían de su istmo uno de los lugares más peligrosos del mundo conocido. Pero esa zona era el vínculo entre las minas de plata del Perú y el seguro puerto de Nombre de Dios. Tal era la vital arteria que Drake se proponía cortar.

Pero en los meses transcurridos desde que Drake recibió las últimas noticias sobre Panamá se había producido un cambio importante: había llegado allí el gobernador Ledesma, de Cartagena, para ocuparse personalmente de la recaudación de tesoros en Panamá y su transporte con mulas a Nombre de Dios, donde aguardaba su yerno.

Había efectuado todos los pasos prácticos: su sobrino había instalado fuertes a lo largo del camino selvático y tanto los muleros como los soldados habían sido adiestrados en procedimientos para hacer frente a los ataques ingleses. La caravana de mulas que el gobernador Ledesma conducía podía ser atacada, pero no por sorpresa.

En la Oscura noche del 14 de febrero de 1573, Drake, habiéndose abierto paso a machete por la selva virgen para evitar a los soldados que custodiaban el camino habitual, emboscó a su reducido grupo cerca de una pequeña aldea, a pocos kilómetros de Panamá. Todos sus hombres vestían de blanco para evitar la confusión en el combate nocturno que se avecinaba. Sus órdenes fueron estrictas: «Que nadie, se mueva hasta que la caravana haya pasado y esté delante de nosotros. De ese modo, cuando atacemos no podrá correr a Panamá, sino que deberá hacernos frente. Recordad que si lo logramos, habrá oro para todos».

Su atrevido plan habría dado resultado, de no ser por la sabia previsión del gobernador Ledesma, que iba personalmente a la vanguardia, alto, silencioso, resuelto. Un momento antes de que sus mulas comenzaran a cruzar la selva, tuvo una idea brillante:

-¡Comandante, que seis de nuestras mulas de reserva, sin carga alguna, pasen al frente, con tres peones que parezcan soldados! -Se hizo el silencio mientras se llevaban a cabo sus órdenes, pero en el momento en que las mulas descargadas se disponían a avanzar, Ledesma tuvo otra idea-: Poned las campanillas en el cuello.

De ese modo parecería que en vez de seis mulas eran sesenta.

El nombre del inglés al que engañaron, Robert Pike, ha entrado con infamia en los anales de la marina inglesa. El pobre oyó las mulas que se acercaban, acompañadas del tintineo de sus campanillas y precedidas por cautelosos soldados. Impaciente por jugar al héroe, Pike se levantó de un salto, en el momento en que las mulas pasaban ante él, y atacó a los tres peones al grito de:

-¡Por San Jorge y por Inglaterra.

Ledesma oyó ese extraño bramido y la agitación de las mulas. Oyó también un disparo, hecho por Pike o por alguno de los aterrorizados peones. En menos de tres segundos dio la orden:

-¡Media vuelta! ¡Huid!

Así, en la oscuridad, la inoportuna acción de Robert Pike y el buen juicio del gobernador Ledesma privaron al capitán Francis Drake de más de quince millones de pesos.



No había nada que se pudiera hacer. Cuando Drake hubo reagrupado a sus hombres, Ledesma y su caravana de mulas galopaban ya hacia Panamá, precedidos por veloces jinetes que llevaban orden de movilizar a una fuerza tan numerosa y tan bien adiestrada que aniquilaría a los ingleses, si éstos trataban de seguirlos. En su desesperación por haber sido engañado una vez más por Ledesma y su equipo, Drake sólo pudo retroceder por la selva húmeda y buscar refugio en los barcos que lo esperaban.

Y entonces, en la profundidad de su angustia ante el fracaso, demostró ser uno de los hombres más notables de su época. Aún no había realizado las hazañas que lo inmortalizarían: la circunnavegación del globo, su incursión en Cádiz y la humillación de la armada española. Por eso precisamente lo que hizo en aquel remoto rincón del mundo, con sólo un puñado de hombres, resultó más increíble.

Primero regresó a Nombre de Dios, no con la audacia anterior, sino escabulléndose como un animal en la selva. Luego, tan cerca ya de la ciudad que sus hombres podían oír el bullicio de los ciudadanos en pleno trabajo, acechó a la siguiente caravana de mulas proveniente de Panamá, con lo que sus hombres ganaron una pequeña fortuna. Pero ahora era preciso recorrer muchos kilómetros para volver a las naves, a través de una selva sin senderos, acosados por las serpientes, los pantanos, los insectos y el hambre. Cuando volvió a sus barcos, el Pasha original y el que había capturado a los españoles, comprendió que no estaban en condiciones de llevarlo a Plymouth con su tesoro. Así pues, en un desafío increíble, navegó hasta Cartagena, donde una gran flota española descansaba en el puerto interior. Con la esperanza de que ninguno de aquellos grandes barcos pudiera maniobrar a tiempo, se introdujo directamente en el gran puerto del sur, navegando por los estrechos de Boca Chica a toda vela. Eligió un barco enorme del tipo que necesitaba, lo abordó, sometió a la tripulación y abandonó con insolencia Cartagena, en un buen barco y no en sus dos viejos y maltrechos navíos. Después de disparar un saludo final hacia la ciudad que lo había atormentado en sueños, repitió el juramento que hiciera mucho tiempo antes. En Río Hacha: «Volveré, Cartagena». Zarpó luego hacia Inglaterra, y hacia las grandes aventuras que lo esperaban.

Pero cuando Diego Ledesma Paredes y Guzmán Orvantes retornó a Cartagena fue él quien pudo reivindicar la mayor victoria, pues tal como informó al rey:

Siguiendo las instrucciones que Vuestra Majestad nos dio con tanta prudencia, hemos podido frustrar todos los intentos del capitán Francis Drake. No robó oro alguno en Nombre de Dios. No llegó a Panamá. No capturó la caravana de mulas, ricamente cargada, que yo organicé. Y fracasó tres veces en sus ataques a Cartagena. Más aún: le hicimos perder el Pasha y el Swan, obligándolo a huir hacia su país en el primer barco que pudo hacer suyo.

El almirante Ledesma no estaba obligado a contar a su rey toda la verdad: que el mismo Drake había hundido el Swan, porque su tamaño lo retrasaba, o que, en un gesto ejemplar, había entregado su Pasha a un grupo de prisioneros españoles que se vio obligado a detener. Tampoco explicaba que -el primer barco que pudo hacer suyo- era uno de los mejores galeones de Su Majestad.

En cambio, Ledesma se puso mucho cuidado en señalar que las notables victorias obtenidas contra Drake sólo habían sido posibles gracias a la notable participación de diversos miembros de la familia Ledesma.

En sus siguientes instrucciones a Cartagena, el monarca ascendió a siete de ellos.

Llegaron esos años cruciales que marcan la historia de las grandes naciones, en los que unas comienzan a ascender y otras entran en decadencia. Al principio, nadie nota que se está produciendo un cambio en el poder, pues las señales son tan leves que sólo un genio podría detectar su significación. En una pequeña ciudad de los Países Bajos, seis hombres se atreven por fin a oponerse a su gobernador español y son ejecutados. En las lejanas Célebes, un sultán adquiere inesperado poder y decide comerciar con todo aquel barco europeo que logre llegar a sus dominios. En una pequeña ciudad alemana, un hombre inventa un modo mejor de grabar caracteres, con lo cual en su imprenta los libros se hacen más rápido.

En la década de 1580, España e Inglaterra estaban involucradas en este desplazamiento del poder, pues en las oscuras y sombrías salas de El Escorial, el rey Felipe II concibe y perfecciona lentamente, con paciencia, una gran operación que llama -la empresa de Inglaterra- y mediante la cual pretende zanjar de una vez por todas su larga competencia con la reina Isabel, su cuñada.

Pero ella tampoco pierde el tiempo en espera de que el enemigo ataque. Bajo la inspirada dirección de John Hawkins, forma una flota de naves pequeñas y veloces, de diseño radicalmente nuevo, y congrega a los grandes héroes de Inglaterra para tripularlas: Howard, Frobisher, Hawkins y, sobre todo, Drake. Cualquier nación de Europa con espías en España o Inglaterra sabe que se prepara una inmensa confrontación entre estas dos naciones, entre Felipe e Isabel.

El gobernador Ledesma, a salvo tras las murallas de Cartagena, recibió noticias de que iban a producirse eventos de vital importancia que determinarían el destino de Europa. Lo supo por dos medios: los informes recibidos de España,

donde se le alertaba ante el posible peligro, se le advertía de otros riesgos más inmediatos, y se le comunicaban los rumores que corrían por el imperio; y los comentarios de los viajeros que iban de paso de una posesión española a otra. Con frecuencia, estos hombres y mujeres le proporcionaban datos que ni siquiera el rey, allá en Madrid, conocía, y a los que, de todos modos, tampoco hubiera prestado atención.

A principios de enero de 1578, una de las veloces fragatas correo del rey Felipe llegó a Cartagena con un pliego de instrucciones algo confusas, que se estaban distribuyendo en todas las ciudades caribeñas:

*Hay cosas que sabemos con certeza. otras son oscuras. El 15 de noviembre de 1577, el capitán Francis Drake zarpó de Plymouth con cinco navíos, el Pelican como nave capitana, de cien toneladas, el Elizabeth, de ochenta, como vicecapitana. Se desconocen datos exactos, pero entre sus cinco barcos no puede llevar más de ciento sesenta hombres. contando a los tripulantes. Adónde va y cuál es su misión, no hemos podido determinarlo. Nuestros hombres de Plymouth detuvieron a uno de sus marineros y lo embarcaron hacia Cádiz; pero, pese a las prolongadas torturas, no hubo forma de sonsacarle nada, Sus carceleros creen que él y los otros marineros no recibieron instrucciones en cuanto a su destino. Pero, a juzgar por el tamaño y el cuidado con que se compuso la flota, debemos suponer que se encaminan hacia un objetivo importante en vuestros dominios. ¿La Española? ¿Puerto Rico? ¿Cuba? ¿Cartagena? ¿Panamá? Estad alerta.*

El desarrollo cronológico de las reacciones fue idéntico en todos los sitios mencionados. Primer mes: ligera aprensión. Segundo mes: cierto alivio al saberse que si Drake se hallaba en el Caribe, al menos no estaba atacando la propia ciudad. Tercer mes: total perplejidad y una pregunta en boca de todos: «¿Dónde estará Drake?».

Pasó casi un año hasta. que los servicios de inteligencia españoles pudieron despejar el misterio:

*Ahora sabemos con certeza que el capitán Francis Drake ha llevado su flota al océano Pacífico, pero al pasar por el estrecho de Magallanes parece haber perdido todos sus barcos menos uno, su nave capitana originariamente bautizada Pelican pero ahora llamada Golden Hind.*

*Drake provocó un considerable alboroto en las costa:; de Chile y Perú, pero parece haber dejado en paz Panamá. Nadie sabe hacia dónde se dirige a continuación, pero varios de nuestros leales servidores. a los que tomó prisioneros y dejó en libertad, dicen que mientras estuvieron bajo su custodia, le oyeron hablar larga y libremente de navegar, bien hacia el*

*norte, hasta hallar el paso perdido, bien hacia la China y las islas de las Especias, bien nuevamente por Magallanes, para un gran ataque al Caribe. Estad alerta.*

Pero a principios de 1579 llegó a Cartagena desde Panamá, en uno de los barcos del tesoro que zarpaban de Nombre de Dios, una tal señora Cristóbal, cuñada del famoso San Juan de, Antón, propietario de barcos, mercader y funcionario gubernamental de Lima, en Perú, Era una mujer muy locuaz. Como amiga de la esposa de don Diego, se hospedó naturalmente en la residencia de los Ledesma. Durante su estancia allí habló sin pausa sobre los grandes acontecimientos que tenían lugar en la costa oeste de América del Sur, informando sobre diversos incidentes que el rey Felipe, al parecer, ignoraba.

-¡Contradicciones, contradicciones! Vos, almirante Ledesma, sabéis mejor que muchos lo monstruoso y cruel que es el Draque, que incendia y asesina de modo tal que a los niños españoles se les recomienda obedecer bajo la amenaza de que el Draque vendrá por ellos. Por las noches se cuentan mil historias sobre sus perversas acciones. Pero puedo decir con verdadero conocimiento de causa, puesto que yo estuve allí y conocí a docenas de personas que habían tratado con él: ni en Chile ni en Perú incendió ni asesinó. Doscientos marineros y mercaderes atestiguaron que, al ser capturados en alta mar o dormitando en algún puerto escondido, él les devolvió las naves después de transferir a sus barcos todo lo valioso, y hasta se preocupó de darles provisiones suficientes para volver a sus países. Claro que a veces les tiraba los mástiles, y en una ocasión enrolló todas las velas alrededor de las cadenas del ancla y las arrojó al fondo del mar para que no trataran de seguirlo ni se adelantaran a advertir a otros de su llegada. Es terrorífico, de eso no hay duda, pero no salvaje y brutal, como los franceses. Y, desde luego, obedece las leyes establecidas en el mar.

Animada por don Diego, continuó relatando su versión de lo ocurrido en Santiago de Chile.

-Todos los informes oficiales de lo que aconteció allí están llenos de mentiras: Drake llegó en el Golden Hind, como salido de la nada, a Valparaíso, el puerto más cercano a Santiago. En pocos minutos sometió a la ciudad, lo cual no es asombroso, porque todos los habitantes huyeron a las colinas en cuanto vieron el barco inglés; y cuando digo todos, no exagero, pues más adelante hablé con muchos de ellos. Valparaíso fue completamente saqueada, pero no se la incendió ni hubo víctimas. Lo que se oculta es que Drake se apoderó de verdaderas fortunas, tanto en Valparaíso como en los asentamientos entre esa ciudad y Santiago. Un marinero inglés dijo a mi cuñado, mientras estaba cautivo en el barco de Drake: «Conseguimos tal botín en Valparaíso que habríamos podido emprender el regreso a casa allí mismo, ya ricos». Para escarnio de don San Juan, Drake le permitió que bajara a la bodega del Golden Hind y viera con sus propios ojos las riquezas robadas en ese puerto. Mi cuñado asegura que eran enormes, «como para

adornar una docena de catedrales», según sus propias palabras. Y recordad que Valparaíso fue sólo uno de sus muchos objetivos a lo largo de la costa. Sólo Dios sabe qué robó en otras ciudades de las que nada sé.

El almirante Ledesma se inclinó hacia adelante en su silla, hipnotizado por lo que su visitante contaba, pues no se cansaba de oír hablar sobre las acciones de su mortal enemigo,

-Decidme, ¿qué pasó cuando Drake capturó el barco de vuestra familia, el Cacafuego?

Ante la mención de ese famoso navío, la señora Cristóbal alzó las manos y entre risas, respondió:

-Sin duda sabéis tan bien como yo que fue decentemente bautizado como Señora de la Concepción. nombre en el que resuenan la piedad y la gracia. Era un noble barco y aún lo es, pues Drake, aunque se apoderó durante un tiempo de él, lo devolvió después a don San Juan.

Creo que aún continúa mereciendo el apodo de «Gloria del Pacífico», puesto que no lo hay más grande ni más lujoso. Yo navegué en él varias veces, entre Lima y Panamá, y mi camarote estaba mejor equipado que el dormitorio de mi casa. El nombre por el cual se lo conoce vulgarmente, Cacafuego. es tan bochornoso que me avergüenza pronunciarlo. ¡Quién sabe cómo llegó a merecer tan desdichado apodo! Yo, la verdad, lo ignoro. ¡Nuestro bello barco, tan horriblemente, mancillado! Pero así lo llaman y así lo llamaba Drake, cuando lo tripuló hacia Panamá, con sus riquezas, en un viaje de cinco días.

-Aquí la señora Cristóbal se derrumbó, pero después de sollozar por un momento reanudó su relato. Buena parte de lo que ese condenado Drake robó del Cacafuego .. en fin, le llevó tres días completos trasladar todo desde nuestro barco al suyo. Y digo «nuestro barco» porque una buena parte nos pertenece, a mi esposo y a mí. Nuestros marineros me han contado ... porque, como tal vez. sepáis, Drake los liberó a todos, para que condujeran al Cacafuego de regreso a Panamá, después de haber transferido la carga desde nuestro barco al suyo. Un marinero me contó que, cuando el Golden Hind se alejó para reanudar su exploración en busca del paso del norte; la carga de tesoros robados era tan grande que el barco navegaba peligrosamente bajo. Oyó que uno de los tripulantes de Drake comentaba: "Si logramos llegar con esta carraca a Plymouth, todos podremos comprar una finca en Devon». Porque el tremendo tesoro iba a ser repartido entre menos de ciento treinta hombres. No había más en el barco de Drake. ¡Y pensar que tan pocos asolaron tantos puertos, capturaron tantos barcos, nos robaron tantas riquezas! -Cuando la señora Cristóbal se hubo repuesto, continuó:- ¿Sabíais, don Diego, que cuando Drake se apoderó del Cacafuego comenzó por asignar a su propietario, mi cuñado, un buen camarote a bordo del Golden Hind. Dio instrucciones a su tripulación de otorgarle las mismas

atenciones que a él mismo. Más tarde le permitió regresar a su alojamiento a bordo del Cacafuego, más amplio, y allí conversaban los dos todas las noches. ¿Dicen eso los informes? Y cuando llegó el momento en que los dos barcos debían separarse, Drake dio a todos los marineros del Cacafuego algún tipo de regalo, y hasta tuvo la consideración de escoger los presentes entre el botín de Valparaíso y no entre lo que había robado de nuestro barco. Entre los obsequios había valiosas herramientas y cosas de ese tipo, que los hombres aprecian mucho. Cuando le ofreció a don San Juan tres joyas para su esposa, mi cuñado dijo: «Tengo también una cuñada que es, en parte, propietaria de este barco, y ella adora las cosas bellas». Entonces Drake me envió estos dos broches de esmeraldas, también de Valparaíso.

El prolongado monólogo de la señora Cristóbal tuvo efectos contradictorios en don Diego. Por una parte, le aliviaba saber que Drake estaba exhibiendo sus poderes demoníacos en otras partes del imperio español.

«Ahora sabrán esos gobernadores lo que tuvimos que soportarle. Tal vez reconozcan el valor de lo que hicimos para mantenerlo a raya».

Pero también, retorcidamente, se sentía deprimido al pensar que Drake realizaba esos audaces ataques y robos en otra zona, negándole una nueva oportunidad de vencer al más grande de los piratas ingleses.

-En nuestro océano nunca le permitimos que robara un Cacafuego.

Era como si él y Drake estuvieran destinados a librar sus duelos en el Caribe, y cambiar de pronto las reglas del enfrentamiento no fuera justo. A veces, atrapado en estas confusiones, se imaginaba a Drake y a sí mismo como dos caballeros medievales en una justa. El, héroe designado por un gran rey; Drake, campeón de una bella reina. Claro que esas divagaciones se desvanecían cuando recordaba el mezquino espíritu del rey Felipe y la épica fealdad de Isabel.

Don Diego quedó fascinado al recibir desde Madrid la noticia de que Drake había completado su viaje alrededor del mundo.

-Eso demuestra que es tan empecinado como yo decía en mis despachos -comentó ante miembros de su gobierno. Y para sus adentros: . «Debo de ser el único hombre del mundo que ha derrotado a Drake cuatro veces».

En 1581 se sintió aún más complacido cuando llegaron al Caribe diarios europeos donde se mostraba a la reina Isabel, con grandes golos de encaje en el cuello, de pie en la cubierta del Golden Hind, mientras Drake se arrodillaba ante ella para ser nombrado caballero. Ese acto rimbombante, todo un gesto de desprecio al rey español -era como decir: «Mira, Felipe, cómo honro a tu peor enemigo»- Pareció poner en un plano de igualdad a Drake y Ledesma. El primero era ahora caballero inglés; el segundo, almirante español.

Pero don Diego no se sintió muy feliz cuando sus ceceantes nietos comenzaron a canturrear en los jardines de Cartagena la versión española de una nueva rima infantil que celebraba el ascenso de Drake:

*Lograré este señor  
que tiemblen las olas,  
cuando venga por  
la laguna española.*

En dicho punto, uno de los niños preguntaba «¿Qué señor?», y los otros gritaban al unísono "¡Francis Drake, el lord!».

A finales de agosto de 1585, las fragatas correo del rey Felipe atravesaron otra vez como dardos el Caribe con amenazadores depachos:

*El almirante Drake. al mando de veintiún barcos, nueve por encima de las doscientas toneladas, entre ellos dos que pertenecen a la reina, y tripulados por marinos experimentados, como Frobisher, Fenner y Knollys, se prepara para alguna gran aventura, no sabemos cuál. Por lo que nos informan nuestros espías sobre el aprovisionamiento de dichos barcos, inferimos que deben de dirigirse hacia vuestros mares y vuestras capitales.*

Una acertada conclusión, pues a finales de enero de 1568 llegó un joven oficial español con una historia increíble, que reveló con sílabas entrecortadas sentado junto a don Diego en el alojamiento del gobernador:

-En el día de Año Nuevo, la flota de Drake entró, con gran alarde de fuerza, en nuestro puerto de Santo Domingo, en La Española. Esta vez todo fue diferente, pues no desembarcó con marinos aventureros, sino con un verdadero ejército. Me avergüenza informar que, de vez en cuando, nuestros soldados echaban un vistazo a esos fieros ingleses, disparaban sus mosquetones, generalmente al aire, y emprendían la fuga. Lo mismo habían hecho antes los jefes de nuestra ciudad. Al caer la noche, Santo Domingo estaba completamente abierta a Drake, que desembarcó el 3 de enero para reclamar la ciudad y todo cuanto contenía.

Ledesma se sobresaltó al oír tan horrenda noticia, referida a una ciudad que él visitaba con frecuencia y con cuyo gobernador había colaborado: «No era una mísera ciudad, edificios de madera y chozas de paja, como la que Colón y Ocampo conocieron a comienzos de siglo. Esta era una ciudad de piedra tallada y anchas avenidas. Si Drake pudo someterla, ¿qué haría aquí, en Cartagena?». Con los labios secos, preguntó al mensajero:

-¿Decís que tras un solo día de combate ... ?

-Ni eso, Excelencia; le bastó con una mañana.

-¿Y Drake se adueñó de todo? ¿Edificios, casas, iglesias?

-De todo. Se ensañó especialmente con las iglesias. Se llevó todos los objetos de valor y se enfureció al saber que los sacerdotes se habían llevado las joyas y otros tesoros a los bosques circundantes.

-Pero ¿por qué? Conozco a ese hombre. No es así.

Ledesma no pretendía tanto proteger la reputación de Drake como escapar a la dolorosa evidencia de que Drake, tan cambiado en su actitud, representaba un peligro mucho más grave que antes. Y el balbuciente mensajero añadió leña a esa idea:

-A un grupo de militares que negociaban con él les envió su respuesta en manos de un niño negro. Pero uno de nuestros oficiales gritó con desdén: "Yo no acepto mensajes de negros». En su ira, atravesó con la espada el cuerpo del pequeño. La herida fue fatal, pero el niño no murió sino después de, arrastrarse hasta Drake, a quien entregó la respuesta del oficial.

-¿Y qué hizo Drake?

-En el calor del momento, sacó a dos de nuestros monjes de una celda llena de prisioneros españoles y los hizo ahorcar en el acto. Llego: mandó a un prisionero con el mensaje de que, si no entregaban al militar, que había matado al niño, ahorcaría a dos monjes cada mañana y cada tarde.

-¿Lo entregasteis? -preguntó Ledesma.

-Lo hicimos -dijo el joven-, y Drake se negó a ahorcarlo. Nos arrojó al culpable, diciendo: ... Colgadlo vosotros mismos». Y nosotros lo hicimos.

-Pero ¿por qué ese súbito rencor contra nuestra iglesia?

-Le oí decir: -Vuestra Inquisición quema vivo a cuanto marinero inglés captura, si se confiesa fiel a la nueva fe de Inglaterra. Así han perecido muchos de mis hombres -respondió el oficial.

-¿Qué hizo con Santo Domingo? Si no había tesoro en las iglesias ni dinero de rescate ...



-Dijo que aguardaría tres días. Como las personas que habían huido no enviaron dinero, comenzó a incendiar la ciudad, barrio por barrio. Los edificios de piedra, que no ardían con facilidad, los destruyó derribando las paredes.

-¿Cómo escapasteis vos?

-Siempre hemos tenido nuestras fragatas escondidas en los estuarios, lejos de la ciudad.

-Así pues, ¿Santo Domingo está destruida?

-No. Al cabo de tres semanas hasta Drake se cansó. Los incendios habían cesado cuando yo partí. Más o menos la mitad de la ciudad sigue en pie.

-Descansad un poco. Quiero que mañana vayáis a Nombre de Dios para advertirles que deben estar preparados.

En la tarde del 9 de febrero de 1586, el almirante sir Francis Drake pasó elegantemente al frente de sus veintiún barcos ante las murallas occidentales de Cartagena y desapareció hacia el sur, como si le tuvieran sin cuidado la ciudad y los inútiles cañonazos que se dispararon contra él desde las fortificaciones. Pero mientras el gobernador Ledesma y sus jefes militares se congratulaban de haber escapado al temible Drake, éste viró cerradamente hacia babor y entró en Boca Chica, cuyo estrecho ya había franqueado anteriormente. Sin aminorar la velocidad, se adentró en la gran bahía del Sur, donde ancló en aguas para él tan conocidas, como el puerto de Plymouth. Pronto sus veinte compañeros estaban amarrados junto a su barco. Obviamente, el sitio de Cartagena había comenzado.

-¿Podrá forzar la entrada a la ciudad? -preguntó el gobernador Ledesma a quienes lo rodeaban.

Y ellos le aseguraron que la única calzada hacia la ciudad era demasiado estrecha para permitir el acceso de soldados, sobre todo considerando que los cañones de las murallas les estarían apuntando:

-Estamos a salvo -repitieron sus hombres-. Y puesto que tenemos alimentos dentro de las murallas y pozos profundos, no hay nada que Drake pueda hacer.

Pero sí lo había. Después de poner al mando de sus tropas al general que con tanta facilidad había sometido Santo Domingo, el almirante pasó con sus barcos a la espaciosa bahía del Medio, y luego a la cercana bahía del Norte, desde donde unos pocos soldados de infantería desembarcaron para realizar un ataque de flanco por la calzada. Después, con gran audacia, trasladó varios de los buques más grandes a la pequeña bahía Interior, que daba directamente a los accesos a la ciudad.

Cartagena nunca había sido atacada por un ejército tan numeroso y tan hábilmente dirigido. Antes de que los generales de Ledesma tuvieran tiempo de trasladar sus tropas a posiciones más favorables, los hombres de Drake estaban ya sobre ellos. La lucha fue encarnizada, porque cuando Ledesma dirigía la defensa de una ciudad no caía en pusilánimes rendiciones como la de Santo Domingo. Los soldados ingleses caían por docenas. Ledesma y sus tres yernos desplazaban sus tropas de un lado a otro, y el resultado de la contienda parecía puesto en una balanza, inclinándose ya del lado de los ingleses, ya en favor de los españoles.

Pero, a la postre, la superior potencia de Drake se impuso. Gradualmente, los hombres de Ledesma se vieron acorralados hacia la plaza central. Allí, bajo la dirección personal de don Diego, combatieron con extraordinario valor. Pero los ingleses olían la sangre, sobre todo la de sus propios muertos; y con incomparable furia hicieron retroceder a los españoles metro a metro, literalmente, hasta que el combate llenó la plaza del mercado y los españoles, incluidos los quince hombres del clan Ledesma que habían blandido las armas, se entregaron al enemigo.

Por la mañana temprano, Drake llevó todos sus barcos a la estrecha bahía Interior, posición desde la cual sus artilleros dominaban la ciudad. Sólo entonces desembarcó para saborear el sitio de Cartagena, ciudad considerada inexpugnable por los españoles. Pidió indicaciones para llegar a la casa del gobernador, donde dictaría las condiciones de la rendición, y fue conducido a la hermosa residencia de Ledesma, frente a la catedral. Allí se encontró con los dieciséis miembros de la familia, que tantos problemas le habían causado.

-Almirante Ledesma -dijo, en el excelente español que había aprendido de los cautivos españoles durante su viaje alrededor de las tropas inglesas, añadió:  
-No sólo sus tropas, Drake, también él mismo

Y Drake lo saludó al estilo militar.

Las simples negociaciones de la rendición requirieron cinco semanas pues si Ledesma era terco en la batalla, cuando se trataba de negociar con los conquistadores ingleses parecía un león de bronce, por razonables que fueran las exigencias. Sin el respaldo de sus soldados, sin una flota, sin siquiera el apoyo de los dignatarios eclesiásticos, que habían huido en tropel a las colinas del continente, llevándose los objetos de valor, el sereno don Diego sólo podía confiar en el sagaz consejo de unos pocos familiares y en la fuerte solidaridad de su pueblo sometido.

Drake inició las negociaciones con una demanda, tal Como lo había hecho al tratar con otras ciudades españolas capturadas.

-Me marcharé apaciblemente, sin haber derribado siquiera una puerta, a cambio de un modesto rescate, un millón de ducados que vuestros hombres

embarcarán en mis naves. ( Un ducado valía cinco chelines y seis peniques. Por lo tanto, Drake pedía doscientas setenta y cinco mil libras, que a valores actuales equivaldrían a no menos de trece millones de dólares).

-Pero, almirante, como bien veis no hay dinero en la ciudad, ni un céntimo -respondió don Diego serenamente.

-En tal caso -replicó Drake sin elevar la voz-, por lo que ha pasado en Santo Domingo sabréis que, de no pagarse el rescate, mañana por la mañana empezaré a incendiar la ciudad y quemaré a razón de un barrio diario, hasta que Cartagena desaparezca.

-Almirante, ¿deseáis que se os recuerde como al Tamerlán de Occidente, el azote de las Indias Occidentales, y ser por siempre odiado? -preguntó don Diego, manteniendo el mismo tono.

Durante esas torturantes primeras cuatro semanas, mientras todos los españoles, incluidos algunos miembros de su propia familia, le aconsejaban que cediera a las exigencias de Drake hasta donde fuera posible, Ledesma resistió las presiones y, al mismo tiempo, convenció al inglés de que no debía incendiar la ciudad. En las últimas etapas de la negociación contó con el único apoyo de sus tres yernos, cuyas esposas, escondidas en las colinas, hacían llegar mensajes subrepticios a la ciudad: «No cedas, esposo mío». y con esa consoladora ayuda, el gobernador porfiaba.

Aquellas fueron cuatro de las semanas más extrañas en la historia de Cartagena, porque Drake y Ledesma compartían la misma casa -la residencia del gobernador- y por las noches invitaban a los ciudadanos eminentes que aún permanecían en la ciudad, tratando de superarse mutuamente con opíparos banquetes. Como Drake hablaba en español y Ledesma en inglés, ambos discutían temas de suma importancia para sus dos naciones y para el Caribe en general, y tanto ellos dos como sus partidarios expresaban y defendían sus convicciones con toda libertad.

Un atardecer de marzo; cuando la primavera asomaba ya por las montañas del este, el diálogo se desvió hacia la religión y don Diego dijo:

-¡Qué sencillo sería todo si vuestra católica reina María hubiera vivido más tiempo en Inglaterra, casada con nuestro Felipe, y el vínculo de una gran religión hubiera unido nuestras naciones! Entonces, como aliados, podríamos terminar con esa maldita apostasía de los Países Bajos y borrar el luteranismo de Alemania, y compartiríamos, junto con Francia e Italia como nuestras primas católicas, una sola ciudadanía, una sola fe.

-Temo que las diferencias han aumentado demasiado en Europa -comentó Drake. Pero luego dijo a los invitados:- En mi viaje alrededor del mundo

y también en mis otros viajes, he rezado todas las noches y he celebrado misa cada domingo con mi propio capellán protestante, a quien llevo siempre conmigo. Pero nunca he exigido a ninguno de mis hombres que participara, si pertenecía al credo de la reina María y el rey Felipe. Cuando capturaba a algún sacerdote, lo invitaba a decir la misa católica para aquellos de nuestros marinos que quisieran escucharle.

Eso alentó a Ledesma a ofrecerle una, propuesta interesante, que había estudiado anteriormente:

-¿No sería mejor para todos si las naciones aceptaran dejar las tierras del Caribe en manos de España y el catolicismo, tal como lo dispuso Colón cuando las descubrió, pero invitando a ingleses, franceses y holandeses a comerciar libremente dondequiera que desearan?

-¿No dudáis al menos un poco al hacer esa sugerencia, sabiendo que ejerzo un poder absoluto sobre vos y vuestra ciudad? -preguntó Drake.

-No -respondió Ledesma-, porque me consta que, si bien podéis incendiar la ciudad, no me haréis daño.

El pirata se echó a reír.

-¿Aunque vos trataseis de hacerme matar mediante una daga oculta, allá en Ulúa?

-Teníamos que mataros para llegar a vuestros barcos -repuso don Diego-. Vos no precisáis matarme para llegar a mi ciudad. -y entonces, para sorpresa de todos los invitados y del propio Drake, propuso -Sir Francis, ¿podríamos quizá pasear por las murallas a solas?

-No -dijo Drake-. Una vez tratasteis de matarme. Volveríais a intentarlo.

Ledesma, humillado por esta réplica propia de un soldado cauteloso, se disponía a disculparse, pero Drake lo interrumpió:

-Caminaré con vos si nos acompañan diez soldados: cinco españoles para protegeros de mí; cinco ingleses para protegerme de vos.

Y los dos adversarios, enemigos en tantas refriegas, salieron a la noche estrellada: un español rígido e imperial de aquilino rostro rasurado y un inglés de baja estatura y movimientos nerviosos con la barba cuidadosamente recortada.

Fue Drake quien pronunció las primeras palabras al tiempo que contemplaba las cuatro bahías de Cartagena y su sorprendente cadena de Islas protectoras.

-Aquí, don Diego, tenéis uno de los mejores puertos del mundo.

Pero Ledesma se sentía obligado, a hablar de asuntos más importantes, de temas que necesitaba aclarar:

-Drake, sabed que no fui yo quien envió al asesino contra vos.

-Ya lo sabía -respondió el inglés.

-¿Cómo?

-Por el modo en que habéis obrado en nuestras pasadas luchas ... y porque mis hombres interrogaron a aquel miserable granuja antes, de soltarlo. El nos dijo que habían acallado vuestras protestas poniéndoos ,bajo arresto.

Los dos hombres caminaron hasta distintas partes de la fortificación, deteniéndose siempre en algún punto desde donde se veía el Caribe, aquella noble masa de agua, a veces plácida, a veces agitada por los huracanes, de la cual se sentían responsables ambos almirantes.

-Hemos librado nuestras batallas en un mar magnífico, don Diego.

-A veces se diría que nuestro buen mar del Norte fue hecho para la batalla ... un lago español protegido a cada lado por islas o por grandes masas de tierra.

-Nosotros fuimos hechos para este mar, don Diego. Hemos luchado por él con honor y bravura. Pero quiero advertiroslo, ya no es lo que llamáis vuestro lago español. Ahora es también el lago inglés.

Los soldados, que los custodiaban veían a una curiosa pareja, cada uno el mejor de su raza, cada uno tocado de grandeza. Pero si, los soldados hubieran oído el siguiente diálogo entre los dos gigantes del mar del Norte habrían quedado estupefactos, pues Ledesma estaba cantando una cancioncilla infantil al inglés:

-Mis nietas ... ¡Pardiez, las más pequeñas son ya mis bisnietas! ... Las pequeñas cantan, en vuestro honor y para mi disgusto:

Logrará este señor  
que tiemblen las olas,  
cuando venga por

la laguna española ...  
¡Francis Drake, el lord!

-Lo haré grabar en mi lápida -dijo Drake, y los dos volvieron a reunirse con sus invitados.

„Al iniciarse la quinta semana de ese caballeresco duelo se desarrolló un plan, que no era del todo satisfactorio para ninguno de los bandos. Don Diego, después de consultar con sus yernos, admitió que no podía reunir un millón de ducados de rescate pero sí unos cien mil. Drake contraatacó:

-Quiero una suma adicional por no tocar el monasterio y otra por no saquear vuestras iglesias:

Cada uno de los capitanes de barco y el general de las tropas presentaron también sus pequeñas exigencias. Así pues, Ledesma acabó entregando mucho más de lo que habría deseado, mientras que Drake tuvo que conformarse con mucho menos de lo que había pedido inicialmente.

Fue una paz honrosa, aceptada a regañadientes por ambos bandos, pero aplaudida tanto por los españoles, que habían estado escondidos en los bosques, como por los marinos ingleses, que ansiaban volver a la patria y reclamar su porción del mermado botín. En los últimos días de marzo, Drake cargó sus naves y, una radiante mañana, levó anclas y salió por Boca Chica. El gobernador Ledesma, profundamente aliviado al ver que partía -pues sólo él y Drake conocían lo arduo del regateo-, ordenó que se dispararan los cañones de la fortaleza en una salva de despedida, que fue acompañada por los jubilosos vítores de los cartageneros. El valor de don Diego había salvado la ciudad.

Pero de pronto, para horror de todos, la flota de Drake viró bajo el sol de la mañana y volvió a entrar por Boca Chica hasta la bahía del Norte, desde donde podría, si así lo deseaba, reanudar el bombardeo de la ciudad.

-Dios misericordioso -rezó don Diego-, no me hagas esto.

Y su yerno, el vicerregente, tuvo que sostenerlo para que no cayera desmayado.

- Está vez las exigencias de Drake eran muy sencillas:

-Esa gran nave francesa que capturamos ... está muy desvencijada. Necesito que algunos de vuestros hombres me ayuden a trasbordar la carga.

-¡Sí, sí -exclamó don Diego, y designó a sus yernos para que supervisaran el trabajo. Durante los ocho días que requirió esa pesada operación

(el barco francés estaba cargado hasta la línea de flotación con mercancías capturadas en las ciudades y los barcos españoles del Caribe), Drake, Ledesma, los generales de ambas partes y los clérigos que habían vuelto de las colinas se reunieron en la casa del gobernador, para disfrutar de gratas conversaciones y de los buenos vinos que los religiosos habían escondido de los invasores. En una de esas cenas, Ledesma presentó a sus hijas, diciéndole a Drake:

-Fueron estas tres las que os derrotaron. Todas las noches ellas me enviaban notas desde las colinas donde decían: «¡No cedáis, padre!» ...

Drake besó la mano de cada una y dijo al grupo: .

-He ahí la mayor decepción de mi vida: aunque he estado casado, no tengo hijos varones ... ni tampoco hijas. -Esas fueron las últimas palabras que pronunció en Cartagena. –

A la mañana siguiente, cuando volvía a su barco para preparar la partida, Ledesma lo observó desde las almenas y juró:

-Sé qué clase de hombre eres, Francis Drake. Volverás, de eso estoy seguro, y cuando lo hagas, mi destino será cavar tu sepultura.

Durante los diversos periodos de paz, estos dos adversarios, tan diferentes en todos los sentidos, empleaban de un modo muy parecido sus energías. Tan idénticos eran sus actos que casi se diría que eran gemelos.

Drake sirvió como alcalde en Plymouth, Ledesma, como gobernador de Cartagena. Drake, por propia iniciativa, proveyó a Plymouth de una buena fuente de agua; Ledesma dio a su ciudad una gran muralla que la encerraba. Drake cumplió una legislatura como miembro del Parlamento, Ledesma formó parte del informal Consejo de Indias. Drake se entregó con todo su empeño a buscar una heredera como segunda esposa, Ledesma tuvo que hallar maridos ricos para sus nietas. y mientras Drake proporcionaba a la Corona inglesa un sinfín de consejos para aumentar la influencia de Inglaterra en el Caribe, Ledesma asesoraba al rey Felipe para que ese mar llegara a ser aún más español.

Con todo, y dado que ambos seguían siendo, en esencia, grandes marinos, los dos leyeron con suma atención el informe de un espía francés destinado en Londres que circuló hasta los puestos españoles más alejados, como Cartagena, y cayó también en manos de espías ingleses, quienes enviaron una copia a Drake.

Las altas jerarquías de Londres creen que el rey Felipe de España ha ordenado una vasta concentración de naves, marinos y armamento en los puertos de su país, a fin de efectuar un gran ataque contra Inglaterra en los últimos meses de 1587. La reina Isabel, cuando sea capturada, será llevada a rastras hasta Roma y quemada viva en una plaza pública\_ ya escogida con esa finalidad. Felipe tratará de ocupar el trono de Inglaterra. Se están tomando medidas para frustrar los planes de Felipe.

Don Diego opinó que tan singular relato era ridículo en todos sus puntos, pues, tal como dijo a los miembros de su familia,:

-España no tiene barcos suficientes para semejante empresa. Jamás quemarían a una reina como a un vulgar delincuente. Y Felipe ya tiene suficientes problemas con mandar en España, los Países Bajos y parte de Austria..

Sin embargo, una semana después de expresada esta opinión, el correo de Santo Domingo, o lo que de ella quedaba, trajo un informe oficial de Madrid que aclaraba mucho las cosas:

En los círculos cortesanos de España se la llama La Empresa de Inglaterra y consta de tres partes. que se pondrán en obra a finales de 1587. Una enorme flota. de cientos de navíos. partirá de España rumbo a la costa inglesa. Mientras tanto. un numeroso ejército de tropas españolas se reunirá en los Países Bajos para su transporte a Inglaterra. Isabel, una vez capturada. será eliminada. Cuando Felipe suba al trono, el luteranismo será aniquilado. Puesto que estos planes ya son conocidos en Inglaterra. no se requiere un secreto extremo, pero al, hablar de tales asuntos debéis referiros sólo a La Empresa de Inglaterra, dejando que los otros adivinen de qué se trata.

Don Diego apenas había tenido tiempo de disfrutar de la inminente humillación de Inglaterra, cuando desde Madrid despacharon una enmienda a la cronología. Como tantos de los comunicados del rey Felipe, decía mucho y explicaba muy poco:

La Empresa de Inglaterra ha de ser retrasada. No se producirá en 1587, sino en 1588.

Ante eso los gobernadores del Caribe no podían más que tratar de adivinar qué clase de desastre ocultaban las crípticas palabras "ha de ser



retrasada<sup>a</sup>. Don Diego tuvo un aciago presentimiento: «Estoy convencido de que Drake ha tenido algo que ver con esto. Sus sospechas quedaron confirmadas cuando un hombre maduro, muy ponderado, de unos treinta y dos años, llegó de España con terribles noticias.

-Me llamo Roque Ortega, Excelencia. Soy hijo de vuestra prima Eufemia. Como probablemente sabréis, la fortuna no le ha sonreído. Se casó con un capitán de la Marina que perdió a un tiempo el barco y la vida. Gracias a Dios, mi padre tenía su hogar en Sanlúcar de Barrameda, en la desembocadura del Guadalquivir, y yo aprendí a navegar,

Ortega era tan apuesto, tan atractivo con su sereno modo de hablar, que doña Leonora permaneció en la sala de recepción, aunque nunca lo hacía cuando su esposo invitaba a políticos o militares.

-¿Qué os trae a la ciudad? -preguntó ella.

La respuesta fue notable., -La desesperación y la esperanza -fue la notable respuesta del visitante. Luego añadió:- La desesperación, porque capitaneé uno de los barcos del rey en el desastre de Cádiz.

-¿Qué desastre? ,-preguntó don Diego, saltando casi de su silla. , El capitán Ortega explicó las dimensiones del trágico episodio. "

-En febrero de este año, el rey comenzó a reunir en diversos puertos los barcos destinados a La Empresa de Inglaterra -interrumpiéndose; preguntó:- ¿Sabéis a qué me refiero?

El matrimonio Ledesma asintió al unísono.

-Tenía órdenes de llevar mi Infanta Luisa hasta Cádiz, donde anclamos entre dos grandes buques de guerra. Durante todo marzo llegaron barcos importantes, y a primeros de abril se habían congregado allí, además de nuestras propias naves, fuertemente armadas, un total de sesenta y seis barcos: holandeses, franceses, turcos y cuatro ingleses,! todos capturados en los últimos meses. Era una flota más que suficiente para invadir Inglaterra. Teníamos pleno derecho a llamarnos armada.

Ya avanzada la tarde del 19 de abril, fecha que me gustaría poder olvidar, se adentró audazmente en el puerto una flota de unos veinticinco buques grandes que no pude identificar de inmediato. Pero cuando el bote del práctico salió a darles la bienvenida, descubrió, para su horror que eran ingleses. ¡Sí! El almirante Drake había navegado hasta nuestro puerto más protegido.

-¿Y qué hicisteis? preguntó doña Leonora, acercándose para captar los detalles.

-Como los otros capitanes-respondió el capitán Ortega-, traté de desamarrar mi Infanta para poder combatir con efectividad, pero antes de que mis hombres pudieran soltar un solo cabo, un barco inglés se lanzó contra el mío, destrozó mi popa y la de los grandes barcos que me flanqueaban y lanzó una cañonada contra las líneas de flotación, de tal modo que nos hundimos hasta el fondo sin haber disparado siquiera una descarga. Fue humillante. -Obviamente disgustado consigo mismo, Ortega continuó-: Perdí mi barco antes de que comenzara la batalla.

Durante un momento permaneció callado, moviendo la cabeza. Eso proporcionó a doña Leonora una buena oportunidad para estudiar sus viriles facciones y el modo en que, su cara adulta parecía anunciar: «Estoy dispuesto a cualquier desafío». Pero él agregó detalles aún más endurecedores.

-Al caer la noche, los barcos de Drake hicieron estragos en nuestra flota, asestando un golpe tras otro, enmarañándolo todo, prendiendo fuego ... y nosotros incapaces de impedirlo. Nuestras baterías de tierra, en las cuales confiábamos, no podían disparar contra ellos sin dañar nuestras naves. Por la mañana, la bahía de Cádiz estaba sembrada de barcos hundidos, todos nuestros, y de cadáveres de marinos españoles. -Ortega se calló un instante, y luego, mirando al gobernador Ledesma con las manos levantadas, dijo-: Ni uno solo de nuestros navíos anclados pudo desamarrar para presentarle batalla. Los que trataron de hacerlo acabaron hundidos. Cayó la noche, pero no la oscuridad, pues los incendios de los barcos alcanzados hacían visible la carnicería. Cuando llegó el alba, Drake arremetió contra los barcos ya dañados, enviando a otros muchos hombres a sus tumbas de agua. -El recuento de las inmensas pérdidas sufridas era tan doloroso que tuvo que interrumpirse unos instantes. Cuando pudo hablar de nuevo, resumió la tragedia en pocas palabras-: En la mañana del día 19 éramos la flota más poderosa de Europa. A medianoche del mismo día estábamos prácticamente destruidos.

Don Diego, como marino avezado que era, no sintió azoramiento al preguntar:

-¿Cuántos barcos perdimos?

-Tantos -dijo Ortega- que La Empresa no puede continuar:

-Ése es el desastre, obviamente. Pero ¿cuál es vuestra esperanza? -preguntó doña Leonora en la pausa siguiente.

-Cuando volví a casa -respondió el capitán en voz baja-, tan lejos de Cádiz, mi madre sollozó: «Has perdido el barco, como tu padre, y tuviste suerte de no perder la vida». Viendo que yo tenía pocas perspectivas, me dijo: «Tienes

una especie de tío que es gobernador de Cartagena. Prueba suerte allí". Y aquí estoy. Mi esperanza sois vos y vuestro esposo.

Ante tan franca revelación, doña Leonora miró a su marido con las cejas arqueadas, en un gesto secreto que significaba: «¿Por qué no?», y él asintió imperceptiblemente, como para indicar: «Adelante». Entonces ella dijo, animosa:

-Debéis hospedaros en casa hasta que halléis alojamiento, capitán Ortega.

-Sois muy generosa, pero un capitán sin barco tiene muy poco que ofrecer como retribución -dijo él, sin falsa humildad.

En los días siguientes, doña Leonora observó, con aprobación, que su esposo y Ortega se entendían muy bien, pues ambos eran hombres activos que requerían pocas palabras para ponerse de acuerdo en la manera de obrar. Muchos días, al atardecer, paseaban juntos por las fortificaciones, contemplando el puerto cerrado.

-¿Era Cádiz parecido a esto?

Ortega, en respuesta, indicaba la imaginaria posición de los barcos españoles entre las islas y mostraba luego cómo llegaba Drake y provocaba la debacle.

-¿Mi barco? No logré sacarlo siquiera de su amarradero.

-La pérdida de un barco como el vuestro no es problema, en realidad -replicó don Diego-. Para vos sí, pero no para el rey. Lo que en verdad duele es el rumor de que ese astuto John Hawkins está reuniendo una veintena de barcos para venir contra nosotros. Los hombres como Drake siempre idean maneras de protegerse por si atacamos. A más barcos ingleses, más marinos ingleses.

-Y más municiones cuando empieza el combate -añadió Ortega.

-Como marino he combatido contra Drake muchas veces, ganando unas y perdiendo otras; sé lo tenaz que es -concluyó don Diego.

Estudiaron el mar en silencio hasta que, por fin, don Diego preguntó:

-¿Volveréis para luchar contra él?

-Volvería nadando, con tal de aprovechar esa ocasión -respondió Ortega.

Pero surgieron en Cartagena otros asuntos de importancia y La Empresa de Inglaterra quedó momentáneamente olvidada, pues, así como don Diego se esforzaba constantemente por mejorar la fortuna de su familia, su esposa estaba igualmente decidida a mejorar la suerte de la propia. Su campaña se inició una noche, durante la cena, cuando ella preguntó directamente:

-¿Estáis casado, capitán Ortega?

-Lo estuve -respondió él-, pero mi mujer murió. -Y no se dijo más.

En la isla de La Española, la señora Ledesma tenía una prima de su edad, y ésta tenía a su vez una hija con el encantador nombre de Beatriz; por desgracia, el rostro de la joven no poseía el mismo encanto. Puesto que Santo Domingo, la capital de La Española, había sido saqueada en tiempos recientes por Drake, la vida social de la isla estaba interrumpida y la pobre Beatriz tenía menos oportunidades que nunca de pescar marido. Doña Leonora decidió hacer algo al respecto.

La fragata del correo fue a toda velocidad a Santo Domingo y volvió para depositar en los muelles de Cartagena a una joven de veintidós años, sumamente descompuesta por lo movido del viaje. Su único deseo era meterse en cama, en la casa de su tía, para cebarse en su propia desdicha. Pero doña Leonora no estaba dispuesta a aceptar tal actitud, pues era importante que el capitán Ortega viera a Beatriz cuanto antes y con el mejor aspecto posible. Así pues, Leonora convocó a dos de sus hijas casadas en la alcoba donde Beatriz se proponía descansar. Mientras las tres Ledesma estudiaban el problema, la descompuesta muchacha escuchaba.

-Lo primero es suministrarle unas sales -decidió Leonora.

En tanto la madre agitaba un frasco bajo su nariz, las dos hijas revisaron el guardarropa de la recién llegada y expresaron su disgusto:

-¿No tienes nada decente que ponerte?

Como Beatriz estalló en lágrimas, Leonora la abofeteó:

-Todo tu futuro está en juego, mujer. No todos los días se encuentra a un hombre como el capitán Ortega.

Entre las tres hicieron un milagro en bien de la afligida prima:

Después de coger uno de los finos vestidos de Juana, llamaron a una costurera para que redujera la cintura. María, la segunda hija de los Ledesma, le dio un par de zapatos y un chal tornasolado para los hombros. Luego la metieron dentro del vestido y lo ciñeron hasta que la joven gritó:

-¡No puedo respirar!

-No hace falta que respires hasta que te lo hayamos presentado.

Cuando la transformación quedó completada, la cabellera exquisitamente peinada y algunos cosméticos aplicados a la cara pálida, la muchacha quedó convertida en lo que había sido siempre sin saberlo: una encantadora joven española, si no deslumbrante por su belleza, sí adorable por su vulnerabilidad, su porte y sus labios trémulos, que susurraban: «No voy a vomitar, no voy a vomitar».

Cuando doña Leonora y sus hijas la empujaron hasta el salón principal, donde esperaba el capitán Ortega, Beatriz era la más hermosa del grupo, Su cara pálida, perfectamente empolvada, le daba el aspecto de una princesa de cuento de hadas. No es de extrañar que Ortega se prendara inmediatamente de ella. Pero le costó bailar con Beatriz, pues otros se le adelantaron.

El cortejo se desarrollaba a ritmo normal, orquestado por doña Leonora. Habría casado sin inconvenientes a su sobrina si en enero de 1588 no hubieran llegado noticias apremiantes:

Almirante Ledesma, se os saluda. Se reanuda La Empresa de Inglaterra. Reunid todos los barcos grandes de que dispongáis, con tripulación y material para reparación, y presentaos inmediatamente en Lisboa. Allí formaréis parte de la flota que lleva provisiones a las tropas del duque de Parma, a quien transportaréis desde los Pa(ses Bajos, cruzando el Canal, para la invasión de Inglaterra.

Para marinos como Ledesma y Ortega, el mensaje traía a un tiempo júbilo e irritación: júbilo, pues temían otra oportunidad de combatir contra Hawkins y Drake; irritación, pues sus barcos no llevarían al ejército invasor, sino sólo la carga para los soldados españoles que ya esperaban en los Países Bajos.

-Naturalmente -dijo Ledesma a modo de consuelo-, en cuanto hayamos entregado parte de las mercancías llevaremos el resto a través del Canal para depositarlo en Inglaterra. Aún veremos gran parte de la lucha.

Pese a su desencanto por no formar parte de la flota de combate, dijo a su esposa:

-Para un hombre de mi edad es una gran satisfacción volver a la cubierta de su barco. Para manejar el Mariposa hace falta una mano fuerte, y yo aún puedo hacerlo.

Ella lo vio asombrosamente viejo para esas aventuras. También le disgustó mucho que el capitán Ortega se marchara, pues eso ponía fin a cualquier esperanza de casar inmediatamente a Beatriz. Pero no era la primera vez que sufría semejantes desilusiones, y con asombrosa frecuencia acababan resolviéndose para bien, cuando el tiempo se medía en años y no en días.

Ella y Beatriz hallaron consuelo en el hecho de que sus hombres participaran en la aventura con un barco tan sólido como el Mariposa, pues se les había asegurado: «Este nos llevará y nos traerá de regreso». Hubo lacrimosas despedidas en tanto aquella curiosa colección de barcos distintos levaba anclas para salir al Caribe, disparando salvas de saludo al pasar por Boca Chica y costear las fortificaciones de Cartagena.

Transcurrieron meses tensos. Puesto que todas las naves disponibles habían sido confiscadas por el rey Felipe para su vasta armada -la flota invasora más grande de cuantas se hubieran constituido-, no quedaba ninguna para llevar noticias a las posesiones españolas del Caribe. Los ciudadanos de Cartagena permanecían en la oscuridad, mientras la madre patria libraba grandes batallas en su intento de dominar todo el orbe conocido.

Doña Leonora y sus hijas se reunían regularmente con su sacerdote, quien sólo predicaba un mensaje a los habitantes de la ciudad amurallada: «Puesto que nuestros hombres combaten para proteger la verdadera" religión de Dios, Él jamás permitirá que triunfen los herejes», Tales palabras consolaban a doña Leonora .

Pero viendo que pasaban los meses y no llegaban nuevas, dio en razonar ante sus hijas:

-Si las noticias fueran buenas, el rey habría enviado al menos, un barco pequeño para informarnos. Si no hay barco, si no hay noticias.. es el desastre.

Gradualmente fueron tantos los que llegaron a esta conclusión que las exhortaciones del sacerdote ya no servían. Muchos susurraban: -¿Qué importa la victoria? ¿Volverán nuestros barcos? ¿Se habrán perdido nuestros hijos, nuestros esposos, en esos mares ventosos? y cundía el desánimo.

Por fin, una mañana, un vigía gritó la noticia jubilosa:

-¡Velas en el horizonte'!

Y todos corrieron a las almenas para ver al recio Mariposa. que descendía desde el norte como si regresara de una rutinaria singladura hasta Cuba. Mientras navegaba paralelo a la ciudad, rumbo a Boca Chica y a la entrada de Cartagena, los espectadores juraban que podían identificar a tal o cual hombre, y

circuló la voz de que el almirante Ledesma estaba entre los tripulantes; otros, en cambio, negaban que se pudiera reconocer a nadie desde tan lejos.

Pasó una angustiosa hora y media antes de que el lento buque holandés efectuara el viraje en el sur y se ocultara tras las obras de fortificación en Boca Chica, para reaparecer en la bahía Interior, aparentemente en excelentes condiciones.

-Tiene todos sus palos. No hay agujeros en los flancos. Y mientras el barco se hacía más grande al avanzar por la bahía, la gente fue reconociendo a un hombre y a otro, hasta que se oyó un grito triunfal:

-¡Ledesma! ¡Ledesma!

El pelo blanco del gobernador se avistaba ya claramente.

Como la nave no hizo ninguna señal de triunfo, doña Leonora susurró:

-Las cosas no marcharon bien.

Cuando el Mariposa se acercó más todavía, vio algo que la hizo estremecer .. Don Diego, que volvía de la guerra con muchos de sus tripulantes, de puro agradecimiento a la Divina Providencia que lo había guiado en las terribles batallas del Canal, en los feroces enfrentamientos con Drake, su antiguo adversario, se hincó de rodillas en la cubierta tan pronto como el buque tocó el muelle y besó las tablas. Para su esposa era obvio que estaba sobrecogido por la emoción, pero también vio que se encontraba demasiado débil para levantarse sin ayuda del capitán Ortega. Y pensó: El viejo ha sufrido alguna derrota espantosa. En ese instante, el corazón le dolió de amor por él.

Sin embargo, al verle recobrar el equilibrio contra el brazo de Ortega, notó que se erguía, según su vieja costumbre, y cuadraba los hombros como para enfrentarse con un enemigo más. Después desembarcó. Con un brazo en alto, acalló los vítores que sólo merecen los conquistadores victoriosos y se encaminó directamente hacia donde estaban los asistentes de gobierno, quienes se hablan encargado de proteger Cartagena en su ausencia. De pie ante ellos los saludó solemnemente inclinando la cabeza y anunció, con voz clara:

-España ha sufrido una terrible derrota. Que doblen las campanas. Durante todo ese día, las campanas de Cartagena tocaron las notas lentas y pesadas de un duelo.

Por la tarde, cuando las campanas aún doblaban, Ledesma tuvo el valor de reunir a los jefes de la ciudad y, en tono apagado, él y Ortega informaron sobre el enfrentamiento de los grandes y lentos barcos de la Armada con los navíos pequeños y más veloces de los ingleses.

-Todo comenzó con una humillación monstruosa -dijo Ledesma.

-No se nos permitió participar en el combate -confirmó Ortega-.

Ni siquiera llevábamos armas. Cuando nos presentamos en España para ocupar nuestro puesto en la flota, se nos envió a la retaguardia.

Estaba tan avergonzado que no se atrevía a revelar lo que ocurrió a continuación. Ledesma, en cambio, no tuvo reparos:

-En las bodegas de nuestro barco, donde esperábamos cargar armas y municiones, ¿qué suponéis que llevábamos? Heno. Y donde habríamos podido embarcar grandes cañones y balas para ellos, ¿qué pusieron? Caballos.

-Bajando la vista al suelo, añadió con suavidad-: Vosotros recordáis cómo partimos: enseñas, saludos, hombres dispuestos a morir por la gloria de Dios y del rey Felipe. Pues lo que se nos ordenó hacer fue alimentar a los caballos.

-Pero ¿los entregasteis a las tropas? -preguntó un consejero.

-No encontramos ningunas tropas -reveló Ortega-. Supuestamente estaban con Parma, un gran general, en algún lugar de los Países Bajos. Nunca apareció.

-¿No invadisteis Inglaterra? -preguntaron varios al unísono. Ledesma, con la amargura que estaba creciendo en él desde hacía meses, confesó:

-Ni siquiera nos acercamos a ella. Tampoco a sus barcos.

-¿Y la gran batalla? ¿Nuestras tropas contra los ingleses? -preguntaron los hombres asombrados.

Ledesma permitió que fuera su capitán quien explicara:

-Zarpamos canal arriba en espléndida formación. Todos nuestros capitanes sabían ,exactamente lo que debían hacer .

-¿,Y luego, en la batalla?

-No hubo tal batalla. Los ingleses rehusaron atacarnos de frente como se esperaba. Los habríamos destrozado. Lo que hicieron fue picotearnos desde atrás, mandando botes incendiados entre nuestros barcos para romper nuestra formación.



Los funcionarios, horrorizados por lo que escuchaban, miraron a Ledesma en busca de explicaciones. Este dijo:

-Esa es la verdad. No hubo batalla. Navegamos por el Canal, luchando contra los mosquitos que zumbaban a nuestro alrededor, y no pudimos entablar contacto con nuestras tropas de tierra. Pasamos de largo. Pronto habíamos dejado Inglaterra tan atrás que sus naves dejaron de perseguirnos. Escapamos.

-Pero vuestro duelo con Drake, el que tanto ansiabais cuando partisteis...

-No vimos a Drake. Tampoco a Hawkins. Pasaban entre nosotros como estrellas fugaces en la noche.

-Estaban allí -replicó Ortega-. Nos dimos cuenta por el modo en que luchaban los ingleses. Pero no los vimos.

-¿Y vuestra flota se salvó? -preguntó uno de los eminentes ciudadanos.

-Perdimos unos pocos barcos, pero la mayoría escapó -contestó .  
Ledesma.

-Nuestro almirante, aquí presente -continuó Ortega-, recibió honores por sus hazañas. El inició la invasión al mando de veintitrés naves de carga y sacó a veinte de ellas sanas y salvas, pese a las batallas, los ataques con fuego y los cañonazos que Drake y los otros dispararon contra nosotros. Cartagena debe estar orgullosa de su gobernador.

-Pero ¿y los caballos? -preguntó un hombre que tenía fincas fuera de las murallas-. ¿Qué hicisteis con los caballos?

Ledesma desvió la cara y se negó a responder, haciéndole una indicación al capitán con la mano izquierda.

-Como no pudimos hallar a la caballería que debía recibidos, se nos ocurrió devolverlos a sus granjas de España; pero nos llegó una orden:, "En cuanto iniciemos nuestra larga navegación alrededor de Irlanda, todos los barcos deben aligerar la carga».

-¿Y los caballos?

-Los arrojamos por la borda. En medio del Canal.

-¿Pudieron nadar hasta la costa? -inquirió el hacendado.

-Nadie lo sabe -se vio obligado a reconocer Ledesma.

A estas alturas, los presentes se revolviaron en las sillas, obviamente impacientes por escuchar más detalles acerca del combate. Uno preguntó: \_

-Pero si escapasteis canal, arriba y circunnavegasteis Escocia e Irlanda, la mayor parte de vuestros barcos debieron de volver a España. Así que la derrota no pudo ser tan grande como nos hacéis creer.

Doña Leonora, que escuchaba atentamente esta narración, vio que su esposo encorvaba los hombros y palidecía.

-Demasiado para un solo día, queridos amigos. Estamos de regreso, y confío en que llegarán otros seis barcos. Continuaremos con la conversación en otro momento.

Sin más detalles; los dejó con Ortega, quien prosiguió con la triste historia, aunque tampoco él quería hablar del regreso de los barcos a España.

Doña Leonora, al acompañar a su esposo al lecho, notó que estaba exhausto, no por el viaje, pues amaba a su viejo Mariposa, uno de los navíos más sólidos del océano, sino por la angustia de verse obligado a relatar las humillaciones y los desastres que habían asaltado a la pequeña flota de Cartagena. En cuanto ella vio su reacción a las primeras preguntas, comprendió que debía dejarlo dormir. Pero preguntó:

-Tus otros barcos, ¿también llevaban caballos?

El emitió un gruñido lastimero.

-Si salvaste a veinte de tus barcos en la batalla, ¿cuántos llevaste a España?

Y su marido volvió la cara contra el muro, indicando que no deseaba hablar más. Una vez más, era el valiente guerrero, siempre el mismo a lo largo de los siglos, que llega a casa de la batalla, incapaz de explicar a su esposa lo ocurrido.

Sin embargo, al día siguiente volvió a reunirse con los principales ciudadanos de Cartagena. Estaba mejor preparado y, con la ayuda de Ortega, pudo hablar francamente sobre las catástrofes en las que se había visto envuelto.

-Nos guiaba un verdadero inútil, el duque de Medina-Sidonia, hombre que detestaba el mar hasta el punto de marearse al menor bamboleo. El mismo había advertido al rey: «Puesto que no sé combatir en barco, lo haré mal». Y así fue. Los ingleses lo burlaban a cada giro.

-¿Era cobarde?

-Un español nunca es cobarde, pero bien puede ser estúpido.

-Llevasteis una gran flota a Inglaterra, ¿y jamás hubo batalla? - insistían incrédulos los presentes.

-A la antigua usanza -dijo Ledesma-, no la hubo, no. Grandes barcos atacándose entre sí, no. La cosa fue más bien como si una jauría de perros adiestrados azuzase a un toro hasta hacerlo tambalear.

-¿Y no visteis a Drake ni a su barco?

-No ... ví... a ... Drake -repitió Ledesma muy lentamente.

-No obstante, sabíamos que estaba allí -, aclaró Ortega, como ya había comentado el día anterior. Y al preguntar alguien la razón de tal sospecha, dijo: Por los resultados.

-Ahora decidnos, ¿qué pasó con la flota al costear Irlanda? Ledesma cuadró los hombros y se volvió hacia su capitán.

-Ortega, ¿qué pasó con nuestra cordura en Irlanda? ¿Cómo hicimos los españoles para arrojarlo todo por la borda?

Esta pregunta sería causa de desvelos para los historiadores navales durante el medio milenio siguiente, sin que nadie acertara a dar respuestas coherentes. Sin embargo, Ortega, uno de los pocos capitanes que habían salvado su barco del desastre, conocía ciertos datos básicos:

-No teníamos mapas adecuados. Nuestras cartas no mostraban hasta dónde sobresalía Irlanda en el Atlántico. Nuestras naves viraron antes de tiempo hacia el sur y, arrastradas por potentes vendavales del oeste que les impedían cambiar la bordada, se estrellaron contra promontorios que no deberían haber estado allí.

Enfocado el relato, Ledesma, siempre dispuesto a asumir su parte de culpa cuando las cosas marchaban mal, dijo serenamente:

-Habríamos debido volver a los puertos españoles sanos y salvos, pues no había buques ingleses que nos acosaran. Pero perdimos a veintiséis de los navíos más grandes de la Armada ... toda una flota ... y ni un barco se hundió como consecuencia de la acción enemiga. En las atroces tormentas del Atlántico Norte, las naves se deshicieron. Algunas chocaban entre sí en la oscuridad y se hundían. Pero casi todas corrían empujadas por los feroces vientos del inminente invierno y se estrellaban contra los horrendos promontorios del oeste de Irlanda.

Así se ahogó la mitad de la tripulación, mientras la otra mitad iba aparar, desnuda, a las inhóspitas costas ...

Moviendo la cabeza ante la magnitud del desastre al que su destreza de marino le había permitido escapar, indicó a Ortega que continuara. -Contadles lo que ocurrió cuando nuestros náufragos tenían la suerte de llegar a tierra.

Y el capitán reveló una historia increíble:

-Cuando zarpamos de España hacia aquí sólo teníamos rumores, pero interrogué a tres de los marinos que escaparon a los terrores de Irlanda, y ellos me contaron algo tan horrendo que circuló por toda la flota. Al parecer, cada vez que una tripulación española llegaba a la costa, ocurría una de estas tres cosas: unos eran desnudados por los salvajes campesinos irlandeses y, en su mayoría, asesinados en el acto; los que sobrevivían caían en manos de terratenientes irlandeses que, por ganar el favor de los ingleses, los mataban o los entregaban; y aquellos que se rindieron honorablemente a los funcionarios ingleses fueron ejecutados uno a uno, públicamente, a manera de lección.

Más tarde, cuando esos rumores quedaron constatados, se determinó que seis mil de los mejores hijos de España habían llegado a las playas irlandesas tras hundirse sus barcos, y de éstos, sólo setecientos se salvaron de morir asesinados.

Ledesma, mirando a sus conciudadanos, dijo:

-Los bravos jóvenes que se embarcaron conmigo en esta ciudad ... tan valientes ... tan indestructibles ... Los arrastramos a un infierno que pocos hombres han conocido y los mantuvimos unidos ...

-Sacudió el puño en el aire-. Los hicimos sobrevivir a todo lo que Drake pudo arrojar contra nosotros, y total, para perderlos a manos de asesinos ingleses en las costas de Irlanda: Oh, Dios mío, Dios mío... -Los presentes vieron que apretaba los puños, tensando los músculos del cuello-: Los ingleses asesinaron impunemente a nuestros hombres, sí. Pero serán vengados. Estoy seguro de que Drake volverá a estas aguas antes de que yo muera. Es preciso. Y cuando venga, si Dios me concede fuerzas, batallaré contra él una vez más, hasta llevarlo a la tumba.

En adelante, Ledesma manifestaría un odio contra los ingleses tan sanguinario como el que Francis Drake había sentido siempre por los españoles que quemaron vivos a sus compañeros. Ninguno de los dos dejaría entibiar esa apasionada enemistad.

La tragedia que el almirante Ledesma había vivido en su inútil aventura europea era tan dolorosa que, en un esfuerzo por olvidada, dedicó sus

energías a ocupaciones más humanas. Día tras día caminaba por la ciudad, planeando proyectos que debía llevar a la práctica.

-Quiero terminadas murallas para que rodeen toda la ciudad. Necesitamos mejores pozos de agua ... y una fortificación para proteger Boca Chica.

En cierta ocasión, mientras inspeccionaba un sector de la muralla, se detuvo bruscamente y se volvió hacia Ortega.

-Te he estado observando con atención, Roque.

-Era la primera vez, en el curso de todo un año, que tuteaba a su pariente y no lo llamaba capitán-. He podido ver que eres hombre de honor. Con un capitán de menor valía no habríamos salvado al Mariposa.

-Ortega le hizo un saludo militar-. Estoy envejeciendo, Roque. Este año cumpliré los sesenta y uno. Me siento muy viejo y no tengo un hijo varón que prolongue mi apellido. ¿Por qué no te conviertes en Roque Ledesma y vas pensando en ocupar mi lugar cuando yo me vaya?

-Ortega volvió a saludarlo, mudo. Al gobernador se le ocurrió una idea-. Mira, tienes derecho a llamarte Ortega y Ledesma. Cámbialo por Roque Ledesma y Ledesma, que la gente imagine algún tipo de incesto.

Su propio chiste le hizo reír, pero Ortega seguía sin decir palabra, de modo que el almirante dejó la sugerencia en el aire.

Pronto supo que el capitán viudo estaba atendiendo asuntos muy serios, acicateado por doña Leonora, que había reanudado su decidida campaña en pos de un marido adecuado para la señorita Beatriz, su sobrina de La Española.

-.Quiero que concedas al capitán Ortega una semana de descanso, Diego -dijo.

En esos días de reposo, doña Leonora mantuvo a Beatriz permanentemente ante Ortega. Si bien al principio él se mostró todavía preocupado por la derrota de España, al tercer día comenzó a darse cuenta de que Beatriz era una mujer encantadora. Pero la muchacha, impedida por su propia timidez, era incapaz de exigir sus atenciones. Doña Leonora comprendió que a ella le correspondía intervenir.

-Capitán Ortega -dijo, audaz-, sin duda habréis notado que Beatriz, está prendada de vos ... con vuestras actitudes viriles y todo eso .. , -El tosió, modesto-. Es una niña realmente encantadora. Mientras vosotros estabais en la guerra he tenido oportunidad de comprobar que sería una esposa estupenda. -Al ver que Ortega vacilaba, agregó:

Los años pasan, Roque.

Ante ese inusitado uso del nombre de pila, él recordó que el almirante había hecho lo mismo al sugerirle el cambio de apellido. De pronto vio los fragmentos dispersos de su vida: su madre empobrecida, la pérdida de su esposa, la derrota en Inglaterra, la incertidumbre en el Nuevo Mundo ... Y el remedio a todo eso era aquella magnífica unión con los Ledesma de Cartagena. Se casaría con la sobrina, adoptaría su nombre e ingresaría en la gran alianza que ellos estaban construyendo para sí mismos en esa rica y famosa ciudad. En voz baja, preguntó: -Doña Leonora, ¿tendría vuestro permiso para pedirle a vuestro esposo la mano de la señorita Beatriz?

Ella reaccionó abriendo la boca y arqueando las cejas, como si la idea hubiera sido sólo de él y la cogiera por sorpresa.

-Creo que él os escucharía. -,y lo dejó, con la satisfacción de saber que había resuelto los problemas de otro entre sus muchos parientes.

Pero cuando el vicerregente, ahora funcionario de alto rango, se enteró del pretendido cambio de nombre de Ortega, presentó varias objeciones.

-¿Dónde está vuestra cordura, don Diego? La gente ya está murmurando: «Esta ciudad no es Cartagena, sino Cartaledesma». Si efectúaís ese cambio de nombre será como arrojarles el nepotismo a la cara.

Don Diego prometió meditar sobre el riesgo; pero esa noche, mientras paseaba por los terraplenes, pensó: La meta más permanente que todo hombre puede alcanzar es el tejido de una red de influencia y estabilidad con los miembros de su propia familia. Mira a Drake, en las sombras, pues la fama es transitoria. Mira lo que pasó con Cortés; el favor de un rey frágil junco para quien se apoya en él. Pero tener a tus yernos en puestos de poder, ver a tus nietos con buenos sueldos; eso es permanente. En eso puede uno confiar. ¿Qué dijo Drake aquella última noche? Se quejó de no tener hijos varones. Pues bien, yo tampoco los tengo, pero voy a conseguir uno, Roque Ledesma y Ledesma. Buen nombre. ¡y si a alguien no le gusta, puede irse al infierno!

Así tuvo lugar el cambio de nombre.

Los siete años posteriores al desastre de la Armada produjeron poco movimiento en el Caribe, principalmente porque Drake lo dejó en paz. Sin él como duelista, el sitio parecía menos importante. Las caravanas de mulas cruzaban el istmo desde Panamá a Nombre de Dios y cargaban sus tesoros en los barcos que la flotilla de Cartagena escoltaba hasta La Habana, donde se organizaban flotas cargadas de metales preciosos para el viaje a Sevilla. En esos años no se perdió un solo barco.

Llegaron noticias de que Drake había tomado como segunda esposa a una heredera de buena familia, y además había sido electo miembro del Parlamento por Plymouth, donde discursaba de vez en cuando sobre asuntos marítimos y militares. Instado a salir de su retiro para dirigir un ataque contra la costa noroccidental de España y Portugal, llevó a sus barcos al desastre y fue castigado con un retiro que todos supusieron definitivo. En el Caribe no se supo más de Drake a partir de entonces, y la gente empezó a suponer que tanto él como su compañero, Háwkins, ahora llamado sir John, habían muerto.

Pero de pronto, a fines de febrero de 1596, llegó la revivificante noticia que don Diego esperaba desde hacía tantos años. No la enviaba el rey Felipe desde El Escorial, sino uno de sus ministros desde Madrid:

*Nuestros espías de confianza nos informan que, el 25 de enero de este año. la infame hereje Isabel de Inglaterra encargó a sus dos caballeros. Drake y Hawkins, encabezar una flota de veintisiete barcos de guerra para atacar nuestras ciudades de las Indias Orientales. El rey Felipe está anciano y enfermo. Entregadle las cabezas de esos dos piratas antes de su muerte.*

Cualquier gobernador español habría experimentado un escalofrío al saber que Drake y Hawkins se disponían a atacarlo, no así don Diego, pues gozaba con la idea de que sus dos enemigos mortales llegarían a sus aguas predilectas al mismo tiempo.

-Dios es bondadoso conmigo -dijo a sus familiares.

Y todos ellos reunieron el equipo para frustrar ese último desafío de los lobos de mar ingleses.

Después de desplegar mapas en las mesas, los Ledesma concertaron la estrategia, siempre guiados por don Diego, que tenía un sexto sentido para adivinar las instrucciones que daría la reina Isabel a sus almirantes y los pasos que éstos seguirían para cumplirlas. En sus planes, todos se referían a Drake siempre en primer lugar y luego a Hawkins, pues todas las flotas europeas coincidían en que el viejo tío aceptaba órdenes del sobrino, más joven y audaz. Don Diego, al proyectar sus tácticas, pensaba sólo en Drake, y así lo dijo al vicerregente:

-Puesto que aquella otra vez lo derrotasteis en Nombre de Dios, volved allí y hacedlo de nuevo.

El joven vaciló.

-Dudo que Drake se tome la molestia de pasar por una ciudad tan pequeña.

-Es Drake -le espetó don Diego-. Se sentirá atraído hacia allí tal como el tiburón lo es por el olor de un cuerpo herido. Busca venganza ..

Convencido de que Drake intentaría nuevamente saquear Panamá, indicó a sus dos yernos que construyeran una docena de barricadas a lo largo del sendero selvático que los ingleses tratarían de utilizar, y que envenenaran todas las fuentes de agua. Luego miró hacia su nueva y más prometedorá esperanza, Roque Ledesma, y con este buen marino estudió las cartas del Caribe y decidió:

-No vendrá a La Española, que ya destruyó. ¿Adónde irá?

Después de largas especulaciones, los dos llegaron a la conclusión de que Drake invadiría Puerto Rico, donde la rica capital de San Juan le ofrecería el tipo de tesoros que había conseguido la última vez en Santo Domingo.

-Allí iremos tú y yo, Roque, para amargarle la vida.

-Nunca tenéis en cuenta a Hawkins en vuestros cálculos, observó uno de sus sobrinos.

-Hawkins es como yo, previsible -replicó don Diego-. Se combate contra él cuando y donde se lo encuentra. Pero con Drake es preciso adivinar continuamente sus maniobras, pues su cerebro es como un colibrí: sus alas no descansan nunca.

Para terminar, asignó arbitrariamente sus misiones. A los hermanos Amador, leales asistentes de décadas, dijo:

-Volved a Río Hacha. Es seguro que atacará allí en alguna de sus incursiones.

Como los hermanos arguyeron, con razón, que Río Hacha era ahora un sitio desolado, sin nada que atrajera la avaricia de un pirata, replicó:

-Sus recuerdos están allí, porque allí sufrió su primera derrota. Volverá.

Pero fue Roque quien expresó la principal objeción a ese modo de dispersar las fuerzas de los Ledesma:

-Estáis dejando sin protección Cartagena.

-No vendrá aquí -contestó don Diego---,-. Como ya conquistó una vez esta ciudad, no necesita repetirlo. Puerto Rico es un objetivo nuevo. Los otros son derrotas que debe vengar.



-En ese caso, ¿no volverá a San Juan de Ulúa, la más grande de todas sus derrotas?

Era una pregunta incisiva, que el viejo guerrero sopesó con cuidado.

Por fin dio una respuesta propia de un hombre que está muy cansado:

-Si va a Ulúa, y con Hawkins presente, habría motivos ... En fin, en ese caso a México le corresponderá luchar contra él. -Caviló un momento más-. Nuestra misión, proteger el Caribe, ya es demasiado exigente.

Pasó la primavera y sólo llegaron noticias insustanciales sobre los movimientos de Drake. Pero a mediados de abril llegaron velozmente a Cartagena nuevas de índole muy distinta, provenientes de San Juan de Puerto Rico. Eran, ciertamente, muy sustanciosas:

*El 9 de abril llegó trabajosamente al puerto de esta ciudad el Begoña, gran galeón de Su Majestad y buque enseña de la flota tesorera. Perdido el mástil en una violenta tempestad, con trescientas almas a bordo y más de dos millones de pesos en oro y plata, no tenía ninguna posibilidad de reanudar el viaje hacia la patria, y ahora está a salvo en nuestro refugio: Su carga de metales preciosos ha sido debidamente escondida en tierra, donde se la retendrá hasta que conozcamos los planes de sir Francis Drake. Mientras tanto, las otras ciudades deberían enviar rápidamente a Puerto Rico todas las fuerzas de las que puedan prescindir, para proteger este gran tesoro; que el rey necesita tanto para sus empresas.*

Fueron momentos de ansiedad para don.Diego. Quería correr a Puerto Rico, para ayudar a defender el gran tesoro, y en el fondo le complacía haber previsto, meses antes, que Drake iría hacia allí. Pero no quería hacer movimiento alguno sin estar seguro de que la flota de Drake se hubiera hecho realmente a la mar. En la tercera semana de septiembre circuló como un rayo la noticia, entre las islas y el continente: -¡Drake se ha hecho a la mar!-. Poco después, sin embargo, llegó la desconcertante nueva de que Drake y Hawkins se habían detenido en Gran Canaria para llevar a cabo un improductivo sitio.

-¡Aja! --exclamó don Diego, al saberlo-. Si viene desde las Canarias, se encamina hacia Puerto Rico.

Y al día siguiente despachó a los diecinueve miembros de su familia hacia diversos puestos.

Cuando don Diego se acercó a San Juan, a bordo del Mariposa y vio el puerto en donde sin duda se libraría el último duelo con aquellos dos intrépidos ingleses, pensó con sorna: ¡Buen Dios! Somos tres viejos. combatiendo como si fuéramos chiquillos! Ese verano, Drake había cumplido los cincuenta y dos. Hawkins tenía sesenta y tres, y él mismo, el más anciano, sesenta y siete. Pero aún somos los mejores de estos océanos, se dijo.

Al entrar en el puerto, don Diego comprendió que los informes sobre el Begoña eran acertados. Tras perder el mástil en una feroz tormenta caribeña, no le sería posible continuar viaje hacia España. Los marinos a bordo del barco escolta gritaron:

-Tenemos sus dos millones bien guardados en la fortaleza, allí dentro. Drake no podrá tocarlos.

Cuando desembarcó le esperaban ciertas sorpresas. El comandante local le comunicó:

-Hemos decidido que si combatimos con esos dos en mar abierto, estamos perdidos. Todas las naves se quedarán dentro del puerto.

Por mucho que le desagradaran esas restricciones, se vio obligado a obedecer. Por eso, contra su propio criterio, llevó a un amarradero su sólido buque insignia: Pero cuando el último de su flota estuvo cómodamente amarrado, el comandante lo sobresaltó con otro anuncio.

-Mañana cerraremos el puerto hundiendo los restos del Begoña en medio de la entrada y cuatro barcos menores a cada lado.

Aunque tanto Ledesma como el capitán del gran galeón protestaron, así se hizo.

Puesto que la pequeña flota de don Diego estaba ahora prisionera y no podía salir, ni Drake entrar, preguntó a las autoridades locales: .

-¿Qué se espera que yo haga?

-Ayudad a instalar nuevas baterías en la costa -le respondieron secamente.

Por lo tanto, él y Roque retiraron todos los cañones de los buques inmovilizados y los instalaron en, sitios estratégicos, en las colinas que custodiaban las entradas al puerto.

Como creían disponer de tres o cuatro semanas, trabajaron sin prisas en la preparación de sus defensas, Pero se equivocaban. Sin embargo, tuvieron

dos golpes de extraordinaria buena suerte que les dieron ventaja. Cuando la flota inglesa llegó al Caribe, dos de sus barcos quedaron rezagados, y las fragatas españolas, siempre alertas, lograron capturar a uno de ellos. Así supieron que Drake y Hawkiris llegarían muy pronto a Puerto Rico. Con esa preciosa información, los barcos exploradores volaron a San Juan y anunciaron la noticia a gritos. De este modo, cuando las naves inglesas aparecieran, todos los cañones estarían listos para disparar.

El otro acontecimiento era algo que los españoles a la sazón ignoraban: poco después de zarpar de Plymouth, en el mes de agosto, los dos almirantes ingleses cayeron en una violenta disputa. Hawkiris, el más anciano y prudente, quería cruzar el Atlántico a toda velocidad para atacar Puerto Rico antes de que pudiera fortalecer sus defensas. Drake, en cambio, insistió en librar una serie de infructuosas batallas en el trayecto, perdiendo así semanas enteras.

Aun en esos momentos, en vísperas del combate y cuando cada segundo era valioso, Drake exigió otra inútil demora en las Islas Vírgenes, que estaban a menos de una jornada de Puerto Rico. Hawkins protestó con vehemencia y fracasó una vez más en su intento de persuadir a su impulsivo colega. Al comprender que esa última aventura en el Caribe estaba condenada al desastre por la intransigencia de Drake, se retiró a su camarote, acostó su cansado cuerpo de cara hacia la pared y murió.

Después de sepultar a Hawkins en el mar sobre cuya gloriosa superficie había ganado renombre, Drake arribó tardíamente a San Juan, donde las fuertes defensas de tierra organizadas por los generales españoles lo rechazaron con facilidad. Ni siquiera se acercó al puerto de San Juan, tampoco llegó a saber dónde estaban ocultos los dos millones de pesos del Begoña, y mucho menos a apoderarse del tesoro.

Enfurecido porque los españoles se negaban a luchar en mar abierto, trató de desembarcar con una pequeña fuerza, pero sólo consiguió perder muchos hombres. Debatiéndose como un animal herido, Drake se comportó exactamente como don Diego había previsto. En su furia cegadora, navegó bramando hacia el sur, a través del Caribe, para descargar su ira contra la indefensa ciudad de Río Hacha, donde no se apoderó de una sola pieza de oro, pero sí perdió diecinueve días en vano. Al final, en un ataque de rabia casi diabólica, lo incendió todo en venganza por los esclavos que le habían sido robados treinta años antes. Desde allí avanzó como una tempestad hacia Santa Marta, otra ciudad indefensa en la que no halló tesoro alguno y que también dejó en ruinas.

Ledesma, al enterarse de esa conducta irracional, se detuvo en Cartagena sólo el tiempo suficiente para reunir en torno del Mariposa una pequeña flota, con la que estaba decidido a acosar a Drake hasta llevarlo a la muerte. La noche anterior a su partida, para el enfrentamiento en Nombre de Dios,

caminó por las fortificaciones con Leonora, aún bella, pese a la cabellera blanca, y le dijo:

-En cierto modo, lo compadezco. Se debate como un toro herido, atacando a cualquier cosa que se mueva, sea o no parte de su designio. -Cúidate -le advirtió su esposa-. El toro herido es siempre el más peligroso.

Pero al acostarse él replicó:

-Drake es siempre peligroso, herido o no, y ahora lo tenemos.

Por la mañana, Ledesma levó anclas y condujo sus fuerzas familiares en la persecución final. Tal como había predicho, Drake no se molestó en atacar nuevamente Cartagena. Don Diego y Roque, con gran sensación de alivio, lo siguieron a respetuosa distancia. Se encaminaba una vez más hacia esa pequeña ciudad que tanto acicateaba su imaginación: Nombre de Dios. Allí no halló nada, salvo un grupo de casas podridas, casi todas abandonadas hacía ya tiempo; la estación terminal de las caravanas que traían los tesoros desde Panamá había sido trasladada apenas veintisiete kilómetros más al oeste, hasta un sitio más favorable, para anclar, llamado Porto Bello. Enfurecido al no hallar ningún tesoro en Nombre de Dios, incendió las ruinas. El vicerregente, que lo observaba todo con sus soldados desde lugar seguro, dijo:

-No es nuestra ciudad lo que está quemando, sino la suya.

Presa de una ira cada vez mayor, Drake navegó los pocos kilómetros que lo separaban de la desconocida Porto Bello. Como no encontró tesoros tampoco allí, la incendió, como si le hubiera hecho una afrenta personal al suplantar a Nombre de Dios. Luego, en un acto de pasmosa irresponsabilidad, envió a un pequeño grupo de soldados de infantería, fuertemente armados, por el horrible sendero que cruzaba la jungla, con la misión de saquear Panamá y destruirla. Eran sesenta hombres contra seis mil. Pero los soldados ingleses más sensatos, después de luchar inútilmente contra los pantanos, los mosquitos y las sucesivas barricadas construidas por los yernos de don Diego, donde los indios acechaban con flechas envenenadas, se rebelaron, gritando a sus oficiales:

-No seguiremos tolerando esto». Y volvieron a las naves, con las manos vacías. Drake, descorazonado por esa ininterrumpida cadena de desastres, concibió la demencial idea de invadir las ricas ciudades que, supuestamente, se alzaban en las tierras altas de Nicaragua. Pero un español capturado en un pequeño navío costero le persuadió de que no existían esas ciudades doradas y las pequeñas poblaciones existentes no tenían un céntimo. Entonces abandonó la idea y volvió a Nombre de Dios, como atraído por el mismo desafío misterioso que lo llevara allí años antes.

Desesperado por la presencia de los barcos de don Diego, que rondaban en el horizonte como buitres, deliberó consigo mismo, en busca de un acción grandiosa con la que humillar al rey Felipe: Me apoderaré de un gran tesoro, como en Valparaíso. Destruiré La Habana, como hice con Santo Domingo. Pero no hizo sino lanzar, con escasa convicción, algunos ataques contra la flota de don Diego, como una enorme ballena atormentada por una horda de molestos enemigos que no pudiera, alcanzar.

Tal como Diego había previsto, terminaba sus días «a manotazos, pero sin lograr nada. Cuando las temibles fiebres de Nombre de Dios atacaron su nave, provocando la muerte de muchos marineros ingleses sin que hubieran tenido siquiera ocasión de asestar un golpe significativo contra el rey Felipe, maldijo su malhadado destino.

Una noche, la fiebre -que rondaba siempre en esas fétidas zonas, matando con gran imparcialidad tanto a los españoles, dedicados a cruzar el istmo con sus tesoros, como a los ingleses, que trataban de arrebatarlos- se apoderó de Drake con furia maligna. Cuando miró a sus compañeros, inerme, éstos vieron terror en sus ojos.

-¿Así ha de terminar todo? -preguntó, débilmente.

Por la mañana había muerto.

Sus hombres, para impedir que los acechantes españoles, en su odio, pudieran profanarlo, envolvieron el cadáver en una lona, le pusieron plomo en los hombros y en las piernas y lo arrojaron a las aguas del Caribe, que guardarían por siempre los ecos de su grandeza.

Don Diego, que con tanta tenacidad había perseguido a Hawkins y a Drake hasta la muerte, no pudo disfrutar por mucho tiempo de su victoria. Cuando volvió a Cartagena para reunir a su dispersa familia, encontró en el amplio muelle una pequeña flotilla. Por un momento temió que algún contingente de las fuerzas de Drake se hubiera deslizado hasta allí, para atormentar una vez más a su ciudad amurallada. Pero al acercarse vio que los barcos eran españoles. Cuando llegó a su casa supo que esos hombres habían ido a mortificarlo, tal como él lo hiciera con Drake. Pero eran españoles, no ingleses.

Constituían una delegación triunfadora enviada por el rey Felipe para evaluar las numerosas acusaciones que se habían acumulado contra él, treinta y un cargos, que variaban entre el simple robo de los fondos reales, hasta la sospecha de herejía, pues alguien le había oído decir, después de una batalla: «Que Drake

adore a Dios a su modo; yo lo adoro al mío». Uno de los cargos más reveladores contra él era que: «Había colocado a diecinueve miembros de su familia en puestos donde podían robar grandes sumas de dinero perteneciente al rey y había hecho que un tal Roque Ortega cambiara: su nombre por el de Roque Ledesma a fin de otorgar distinción adicional a su apellido».

En los cuatro meses siguientes a la muerte de Drake, época que los Ledesma habrían debido pasar celebrando con todos los españoles del Caribe, el cabeza de familia permaneció sentado ante su escritorio, tratando de contestar a las acusaciones, algunas tan graves que, de ser probadas, podían valerle la sentencia de muerte, pero en su mayoría tan triviales que cualquier magistrado las habría desechado entre el desayuno y el almuerzo. Pero al fin hallaron a don Diego culpable de todos los cargos. Por lo tanto, el salvador de Cartagena fue cargado de cadenas, enviado a España para ser juzgado en una de las cortes del rey Felipe, que no eran famosas por declarar inocentes a los funcionarios de colonias.

En su última noche en la costa, rogó a sus guardianes que le dejaran caminar una vez más por las fortificaciones, desde donde se veía el lago español que con tanto valor había defendido, pero ellos no lo permitieron, temiendo que los ciudadanos se precipitaran a la defensa del héroe y se lo arrebataran. Así pues, hubo de contentarse con permanecer sentado, con los grilletes puestos, en el noble salón donde se había entrevistado con los gobernantes de Nueva España, con los almirantes que regresaban victoriosos, con aquella maravillosa parlanchina que le había narrado «las heroicas hazañas de Drake en Chile y Perú» ... y, sí, con el mismísimo Drake, mientras luchaban por la ciudad.

Cuando su esposa, tan leal a lo largo de las décadas, fue a sentarse a su lado y le deslizó paños fríos entre la piel y los grilletes para aliviar el dolor, ella dijo:

-Tal vez sea Dios, que me recuerda: «Tú, Hawkins y Drake fuisteis hermanos de armas. Es hora de que vayas a reunirte con ellos»: Estoy listo.

Don Diego tenía, no obstante, un consuelo: podía contemplar a su numerosa familia y saber que estaban bien seguros. Detentaban los cargos, el poder y el tesoro que les permitiría dominar Cartagena y el medio circundante mucho después de que él hubiera partido. Como hombre de honor, había cumplido sus deberes para con su Dios, su rey y su familia. Revestido de esa seguridad, no sentiría vergüenza en volver a España cargado de cadenas.

Pero vivió un instante de intenso resentimiento cuando, para viajar a la patria, fue llevado a rastras a su propio barco, el Mariposa, y arrojado con sus cadenas a la bodega.

-Yo combatí con este barco, lo capturé, lo guié contra el Jesus of Lubeck. y resistí en él a Drake, en la Armada -protestó, alzando las manos esposadas para cubrirse la cara y la degradación que sentía.

Pero no llegó a España, pues cuando el Mariposa se acercaba al famoso paso de los Vientos, entre Cuba y La Española, se levantó una fuerte tormenta. Como el desastre parecía inminente, gritó desde la bodega:

-Corred en busca del capitán. Decidle que yo sé cómo gobernar este barco en una tempestad.

Pero tras unos agitados vaivenes, una voz respondió:

-Dice que debéis permanecer encadenado por orden del rey.

Así, don Diego quedó en la bodega, sintiendo que su bien amado! barco era conducido de un error fatal a otro, hasta que por fin se hundió, en la agonía, hasta el fondo del Caribe.

Viajero: cuando navegues por el Caribe, en un yate plateado, en uno dorado o en un crucero, detente al entrar en esas aguas para recordar que, en sus profundidades, descansan tres hombres de honor que ayudaron a forjar la historia de lo que se llamó el «lago español»: sir John Hawkins, organizador de la marina inglesa; sir Francis Drake, conquistador de todos los mares conocidos, y el almirante Ledesma, empeinado defensor de las prerrogativas reales y de los intereses de su fuerte familia.

## V

### **GRANDES TORMENTAS EN PEQUEÑA INGLATERRA**

Como la isla de Barbados, sitio de celestial belleza, ocupa una posición tan oriental en la cadena de islas que delimita el Caribe y tan meridional respecto de las corrientes oceánicas que los barcos siguieron por naturaleza al partir desde Europa y África, Colón no la descubrió en ninguno de los viajes que hizo entre 1492 y 1502. Por eso permaneció ignota durante varias décadas. Hasta allí llegaron unos pocos indios arawaks, buscando refugio de los terribles caribes que asolaban las otras islas; pero al parecer se extinguieron mucho antes de que llegara el hombre blanco.

Sólo mucho más adelante, en 1625, aquel suelo despoblado pero sumamente rico fue tomado muy en cuenta por un comerciante inglés, y pasaron dos años más hasta que se inició una colonización ordenada. Como ese paraíso esperó tanto tiempo al hombre blanco, muchos consideraron que lo mejor del Caribe había sido reservado para el final. Aunque estaba varios cientos de kilómetros hacia el este y no pertenecía a ese mar mágico, la opinión general la tenía por una de las islas más hermosas entre todas cuantas formaban la hermandad del Caribe.

Como los arawaks habían hecho anteriormente en Dominica, los pobladores ingleses rehuyeron el violento rompiente y las tempestades dominantes en el flanco de barlovento, la orilla atlántica, prefiriendo el costado occidental, más cálido y amable y orientado hacia los magníficos crepúsculos. Allí, en una pequeña bahía no muy protegida, se construyó un grupo de toscas casas que, con el correr del tiempo, merecerían el nombre de Bridgetown. Este pequeño núcleo urbano pronto cobraría fama como uno de los lugares más civilizados del Caribe, con su playa curva, caracterizada por palmeras cimbreantes, estrechas calles bordeadas de casas blancas y bajas, al estilo holandés, una población industrial, una pequeña iglesia, coronada por una cúpula diminuta, y, de fondo, unas onduladas colinas bajas, muy verdes después de llover. Aun en esos primeros años era ya una aldea ante la cual el corazón se ensanchaba con cálidas expectativas. En cuanto uno la avistaba desde el mar por primera vez pensaba: He aquí un lugar en donde una familia puede ser feliz.

Al comenzar la década de 1630, un pequeño grupo de esforzados emigrantes ingleses trajinaba en los sembrados, detrás de la ciudad; tratando de conseguir cosechas que bastaran para alimentados; pero también para despachar a Inglaterra algún sobrante a cambio de las mercancías que necesitaban: ropas,



medicinas, libros y cosas semejantes. El cultivo de los tres productos codiciados por los comerciantes ingleses -algodón, tabaco y añil para teñir- requería un esfuerzo tan brutal que los primeros colonos no tardaron en idear un plan que les permitía supervisar sus plantaciones con cierta tranquilidad mientras otros se ocupaban del trabajo: importar a jóvenes paupérrimos; con frecuencia del sudeste de Inglaterra o de Escocia, que trabajaran como siervos durante cinco años; transcurrido este tiempo, los mozos recibían una pequeña cantidad de dinero y el título de propiedad por dos hectáreas de tierra que cada uno podía elegir a voluntad.

En el primer grupo de trabajadores contratados así apareció un joven mohíno, proveniente del norte de Inglaterra, cuyo nombre era John Tatum. Según la costumbre, su pasaje había corrido a cuenta del más rico de los plantadores de tabaco radicados en Barbados, Thomas Oldmixon. La relación entre ambos nunca fue buena. Oldmixon era un hombre corpulento y efusivo, de voz atronadora y cara rubicunda, que tenía por hábito descargar palmadas en las espaldas de sus colegas, obsequiándolos con chistes que consideraba divertidos, pero cuya gracia los oyentes no solían captar; con sus inferiores, y así consideraba a su sirviente Tatum, se mostraba despótico.

Durante los cinco años de servicio que Tatum debió prestar -sin paga, en una habitación húmeda, con comida miserable y sin la ropa de trabajo que otros amos proporcionaban a sus siervos-, Oldmixon se dedicó vigorosamente a adquirir nuevas tierras. Eso significaba que Tatum tenía que talar árboles, desenterrar tocones y arar terreno virgen para plantar. Ese trabajo tan duro, sin retribución visible, generó en él un amargo odio contra Oldmixon. Cierta inglés de Bridgetown, que trataba a sus sirvientes con más humanidad, predijo: “Antes de que Tatum termine su contrato, bien podría haber un asesinato en casa de Oldmixon”.

Pero al año siguiente, concluido el periodo de servidumbre de Tatum y una vez que hubo elegido dos hectáreas al este de Bridgetown, ocurrió uno de esos accidentes que suelen alterar la historia de una isla. Un barco inglés, que iba hacia Barbados con un nuevo grupo de trabajadores blancos, tropezó con un navío portugués cuya tripulación se dedicaba a vender esclavos negros de isla en isla, igual que las mujeres de los hortelanos europeos vendían los productos del huerto de casa en casa.

Los ingleses, siempre atentos a cualquier oportunidad de ganarse honradamente unos centavos, atacaron al negrero portugués, ganaron la batalla naval y se encontraron con un cargamento de esclavos a su disposición. El primer puerto accesible fue Bridgetown, Barbados, y allí desembarcaron no solo a los trabajadores destinados a la isla, sino también a ocho esclavos africanos. Se efectuó una subasta en los peldaños de la iglesia, frente a la plaza central, y Thomas Oldmixon compró tres. John Tatum, su siervo, recientemente liberado, gastó el primer dinero que había ganado en Barbados en adquirir uno. Estos dos

hombres, astutos ambos, habían comprendido, a primera vista, que podían ganar una buena suma con los servicios de los potentes negros.

Así se inició la esclavitud en esa isla exquisita.

En esos años, Bridgetown se estaba convirtiendo en un sitio cada vez más delicioso para quien quisiera habitarla. Las blancas casas holandesas tenían ahora tejados rojos, subrepticamente importados de España; se abrían calles nuevas, algunas con espaciosos jardines entre las casas; había bancos de caoba en la iglesia, y hasta una pequeña tienda, abierta por una viuda, que vendía mercancías “importadas”. de todas partes de Europa. La arquitectura holandesa y el contrabando tenían una fácil explicación, y gozaban de la aprobación de los habitantes de Bridgetown: los pobladores se habían vuelto hacia los holandeses cuando los codiciosos comerciantes ingleses, hambrientos de cualquier chelín que pu-dieran exprimir a sus colonias, persuadieron al Parlamento para que obligara por ley a los colonos a comerciar sólo con empresas inglesas y a los precios que éstas desearan establecer. Esas mismas leyes mercantiles despertaban ya protestas en otras colonias, como las de Massachusetts y Virginia. El tráfico lucrativo con los proveedores de Francia, Holanda, Italia y España estaba prohibido, así como el intercambio entre las distintas colonias, de modo que un aspirante a mercader de Barbados no tenía permitido comerciar directamente con los fabricantes de Massachusetts, para gran disgusto de hombres establecidos, como Oldmixon, y de los que acababan de instalarse, como Tatum. Para agravar más las cosas, las firmas inglesas con frecuencia no entregaban las costosas mercancías, frustrando así a los colonos por partida doble.

La solución era simple. Los barcos mercantes holandeses, capitaneados por hombres muy audaces y de gran competencia comercial, pasaban por alto las leyes inglesas y navegaban por donde se les antojaba, y desarrollaron una gran habilidad para eludir las patrullas inglesas, con lo cual realizaban su contrabando a gran escala. Barbados sobrevivió por dos motivos: un gobierno inglés sensato, apoyado por capaces semipiratas holandeses. Cuando los pobladores de Bridgetown veían acercarse subrepticamente al navío holandés *Stadhouder* bajo el experto mando del capitán Piet Brongersma, extraordinario contrabandista, sabían que era posible adquirir las mercancías necesarias y aplaudían su llegada. Hasta instalaban centinelas en todos los promontorios, para que le advirtieran en el caso de que alguna nave de guerra británica apareciera inesperadamente. Si eso ocurría, todos los tripulantes del barco de Brongersma se ponían en acción. Levaban anclas e izaban las velas, y; pocos minutos después, el veloz *Stadhouder* estaba a salvo, en alta mar, antes de que llegara la nave inglesa.

De esta manera, sin disparos ni violencia, sin hombres honrados en la cárcel ni rencores, proseguía la vida. Thomas Oldmixon. Compraba nuevas año tras año. A sus dos hectáreas, John Tatum llevó a una robusta muchacha inglesa, que le dio una hija llamada Nell y dos hermosos varones: Isaac, muy sobrio, y

Will, un muchacho desenfrenado. Llegaban gobernadores desde Inglaterra, sagaces unos y pésimos otros, como en todas las colonias. Y la población de esclavos iba aumentando, porque los que ya estaban en la isla se reproducían fácilmente y porque los contrabandistas holandeses continuaban llevando otros muchos de África.

Dos detalles preocupaban a los hombres previsores de Barbados y de Inglaterra: con el gradual agotamiento de la tierra, cada año era más difícil cultivar los productos básicos, siendo el tabaco especialmente destructivo. En Londres, los comerciantes dependientes de Barbados notaron, con horror, que el tabaco de la isla se tornaba año tras año inferior a los de las colonias competidoras, como Virginia y Carolina; en cuanto al algodón, el de Barbados no podía compararse con el de los campos de Georgia, más fácilmente cultivables. En 1645, cuando Oldmixon contó el poco dinero que sus representantes de Londres habían remitido por la venta de su tabaco y su algodón, dijo a los otros plantadores: “Esto se viene abajo. Cada año es peor. Debemos hallar otra cosa que cultivar, si no queremos hundimos bajo las olas”.

Todos estaban de acuerdo en que Barbados hallaría un nuevo cultivo para prolongar su prosperidad. Ese optimismo generalizado fue bien expresado por Oldmixon el día en que bajó al puerto, para saludar a un nuevo colono procedente de Devon, la patria de Francis Drake. Mientras el recién llegado caminaba por las limpias calles de Bridgetown, el colono le iba señalando los rojos tejados holandeses y recitaba una letanía: “¿Habéis visto mejor isla que la nuestra? ¿Ciudad más bella? Aquí se siente la paz, la tranquilidad. Ya veréis las pequeñas iglesias que se alzan en nuestras travesías. Esto es Pequeña Inglaterra, amigo mío, y algunos la creemos mejor que la grande”.

Esa frase quedó en la memoria. Con el tiempo se convirtió en la descripción de Barbados: «Pequeña Inglaterra, por siempre fiel a la patria».

En 1636 hubo una mala época, cuando las autoridades aclararon un asunto que había estado causando preocupación. Hasta entonces la naturaleza de la esclavitud no había sido claramente definida. Ni el esclavo ni el amo sabían con seguridad cuánto tiempo debía durar la servidumbre. Unos cuantos ingleses, de corazón generoso, argumentaban que era sólo por un periodo limitado, y algunos hasta llegaban a proclamar que cualquier hijo de esclavos de la isla debía ser libre desde su nacimiento.

Las autoridades pusieron rápido fin a esta herejía, promulgando una ley según la cual los esclavos; fueran indios aborígenes o africanos, debían servir de por vida, al igual que sus vástagos. Sólo unos pocos esclavos supieron que se había promulgado la nueva ley, en su mayoría sirvientes domésticos, de modo que no ocasionó una protesta generalizada. Pero quienes comprendieron la magnitud de la ley, se indignaron ante la perspectiva de que su servidumbre no tuviese fin.

Poco a poco, esos escasos disidentes comenzaron a contagiar a muchos de los negros isleños. Hacia 1649 se había esparcido por toda la comunidad una vaga sensación de desasosiego, sin que los amos blancos tuvieran noción del cambio. La composición racial de la isla se había alterado en los últimos años, pues en 1636, al aprobarse la ley, Barbados tenía pocos esclavos negros, en comparación con los siervos blancos, en una población total de sólo sesenta mil almas. Pero hacia 1649 había en la isla treinta mil esclavos negros, casi el mismo número que de blancos, de modo que los esclavos creyeron tener posibilidades de triunfar.

Entre ellos estaba un esclavo de Tatum, un sagaz yoruba llamado Naxi en su tierra natal y rebautizado Amílcar por su propietario. Tanto en África como en Barbados había demostrado poseer una notable aptitud para el liderazgo. Si hubiera sido un emigrante europeo blanco, radicado en una colonia como Massachusetts, habría desempeñado un papel importante en el desarrollo político de su colonia. En Barbados, puesto que era negro, no disponía de ninguna oportunidad para desarrollar su capacidad. Por eso, en su desesperación, comenzó a organizar secretamente una rebelión contra las privaciones raciales que padecía.

Era un hombre alto y fuerte, de ojos centelleantes y voz autoritaria, tan persuasivo que pronto se ganó a diez o doce partidarios, y cada uno de éstos, a su vez, enroló a cuatro o cinco hombres más de confianza. Llegó la noche en que reveló su plan.

Obviamente, los cincuenta y tantos negros nunca se reunían todos juntos, pues desde los primeros tiempos de la esclavitud las leyes de la isla prohibían las reuniones de esclavos pertenecientes a distintas plantaciones; las autoridades de Barbados no querían conspiraciones de medianoche en su isla. El mensaje se transmitió en el inglés de los esclavos, puesto que sus seguidores provenían de diferentes partes de África y hablaban distintas lenguas: “Tres noches desde ahora, baja el sol, espera dos horas, luego cada hombre mata a todos los blancos en tres casas cercanas. Luego, dominaremos toda la isla”. No era un plan muy minucioso, pero si los esclavos lograban inmovilizar a las principales familias blancas de Bridgetown tendrían una buena oportunidad de tomar la isla. Y gracias a la sutil destreza con la que Amílcar había organizado el intercambio de información y estrategias, tres noches antes de la rebelión no había blancos enterados del peligro.

Tras haber fijado la fecha, Amílcar pasó la primera noche sin dormir, pues imaginaba infinidad de cosas que podían salir mal. Pero en la segunda noche, cansado por sus apresuradas reuniones con los principales líderes, se durmió con facilidad, seguro de que el plan resultaría. Y a la mañana siguiente se levantó preparado para ejecutar la masacre.

En el lado oriental de Bridgetown, lejos del mar, se alzaba una pequeña cabaña ocupada por los dos hijos de John Tatum, el antiguo siervo de Thomas Oldmixon. El padre había muerto joven, tras haberse dejado la vida labrando los campos de Oldmixon, y después los propios. Pero dejó a su viuda la cabaña y cuatro hectáreas, las dos que habían recibido como pago por su servidumbre y otras dos que había adquirido con sus primeros ahorros, pues amaba la tierra y había enseñado a sus hijos a amarla también. La viuda murió poco después. Los muchachos, el cauto Isaac y el desenvuelto Will, heredaron la pequeña finca. El primero tecla una esposa que le recordaba sin cesar: “Esta cabaña es demasiado pequeña para tres. Tu hermano debería buscar trabajo en otro sitio”. Pero Will no parecía tener intención de marcharse.

La plantación era pequeña y no daba trabajo más que para tres esclavos, pero Isaac, con su desmedida ambición, no pensaba continuar siendo por mucho tiempo un pequeño propietario. “Pronto”, les decía a Clarissa, su esposa, y a su hermano, “el apellido Tatum tendrá cierta importancia en esta isla.” Y les confió que el único camino a la posición social que tanto ansiaba era “más tierra cada año, más esclavos cada semestre; esta familia ahorrará, a fuerza de privaciones, hasta que se alcancen estos objetivos”

Will, un muchacho indisciplinado, ya a sus catorce años tenía un carácter imprevisible y una sonrisa fácil y seductora que revelaba que podía transformarse en un bribón. Los dos Tatum diferían mucho en su aspecto físico. Isaac era muy bajo, defecto que trataba de disimular con posturas viriles, cuñas en los zapatos y una afectada resonancia en el hablar que hacía su voz más grave. Tenía el pelo pajizo y ojos huidizos, como si estuviera calculando siempre la mejor posibilidad. Para pasar cuanto antes por hombre adulto se había casado muy joven, tras hallar a una muchacha dos años mayor que él y doblemente ambiciosa. Como pareja, él y Clarissa eran formidables.

Los dos hermanos, tan distintos en aspecto y carácter, trabajaban bien juntos, pues Will ayudaba a su hermano de una manera eficaz: trataba tan generosamente a los tres esclavos, que éstos desarrollaban el trabajo de seis. Cuando era preciso ejecutar rápidamente una tarea sucia, él se ponía a su lado y los, ayudaba, cosa que su austero hermano no habría hecho jamás. “Los caballeros tienen su lugar; los esclavos, el suyo”, pontificaba. “Es preciso mantener las distancias”.

Los dos negros varones trabajaban la tierra; Naomi, la mujer, hacía de criada y ayudante doméstica de Clarissa. Naomi había crecido en las riberas del río Volta, en la Costa del Oro, disfrutando de una existencia despreocupada hasta ser capturada por negreros portugueses. Cuando se la arrojó a la costa de Barbados se rebeló furiosamente. De su primer amo recibió un trato tan cruel que estuvo a punto de matarse, desesperada. La compraron entonces los Tatum, que la trataban con justicia. Naomi veía en Will un hermano y le daba lecciones caseras sobre cómo debe comportarse un mozo; él, por su parte, le enseñaba el

abecedario, lo cual pudo haber contribuido a la tragedia en que estaba a punto de sumergirse Barbados.

Desde los primeros tiempos de la esclavitud, los gobernantes de la isla habían previsto que, si educaban a sus esclavos, tarde o temprano habría una insubordinación o algo peor, por eso se les prohibía el aprendizaje del alfabeto y recibir cualquier enseñanza sobre el cristianismo. Los negros nunca pisaban una iglesia. Naomi sabía todo eso y se deleitaba con las lecciones prohibidas de Will. No tardó en darse cuenta de que éste era, como ella, un rebelde. Se sentía responsable por el muchacho y, a medida que éste se desarrollaba, ella se enorgullecía de su creciente virilidad y de su oposición a ceder en sus derechos.

-Ese Will -comentaba a sus dos compañeros- vale por seis como su hermano.

La noche anterior a la matanza de blancos, Naomi sintió remordimientos, pues no resistía la idea de que aquel buen muchacho acabara con el cuello cortado. Por eso buscó a Will y le susurró:

-Mañana no vaya al campo. -Como él le preguntó por qué, ella añadió-: No se quede tampoco en casa-, Luego, algo confundida dijo-: Promesa de sangre que no dirá nada a nadie.

Will Tatum era un joven inteligente. Al acostarse trató de desentrañar el verdadero significado del mensaje de Naomi. Cuando concibió claramente la desagradable perspectiva, despertó a su hermano y ambos dedujeron rápidamente lo que Naomi sabía y temía decir. Advirtieron inmediatamente a las familias blancas vecinas y salieron a toda prisa hacia las plantaciones circundantes.

Cuando los dos hermanos Tatum llegaron a las afueras de Bridgetown para dar la alarma, Isaac se encaminó primero hacia la plantación de Henry Saltonstall, un respetado terrateniente, aunque no de los más ricos, mientras Will se disponía a marchar hacia el norte para avisar a Thomas Oldmixon, hombre poderoso y dueño de una de las plantaciones más grandes. Pero al instante de separarse Isaac gritó:

-¡Oye, Will! Ya iré yo a casa de Oldmixon.

Sin detenerse cambiaron de direcciones, pues Isaac, calculando como siempre dónde estaba la ventaja, creía poder mejorar su suerte, si era él quien salvaba la vida de aquel hombre.

Cuando llegó a la propiedad de Oldmixon, en la parte norte de la isla, una mansión precedida por una larga arboleda, comenzó a gritar: -¡Señor! ¡Señor!

Con agrado vio que se encendía en el acto una luz.

-¿Quién es? -preguntó el viejo Oldmixon al abrir la puerta. Llevaba camisa de dormir y un gorro con borla. Cuando Isaac reveló su apellido, el iracundo amo gruñó: Conque eres el muchacho de John Tatum. Tu padre nunca me gustó. Escatimaba el trabajo que me debía. -Iba a despedir al visitante, pero afloró su innata bondad-: Me gusta cómo te has hecho cargo de la finca desde la muerte de tu padre, Tatum. Sé que compras tierras cuando puedes. Así comencé yo. -y al notar el nerviosismo del joven-: ¿Por qué has venido galopando desde Bridgetown? ¿Hay peligro de incendio o qué?

-Peor -susurró Isaac, tratando de aprovechar a fondo la oportunidad de hacerle un favor-: Será mejor que hablemos dentro-. Una vez seguro de contar con toda la atención de Oldmixon, le dio la horrible noticia-: Hay un alzamiento de esclavos, señor.

Oldmixon, pese a tener ya más de setenta años, aún era capaz de actuar con celeridad. Primero cogió sus dos pistolas. Luego gritó, balbuciente:

-¡Pardiez, Tatum, ya deberíamos estar en marcha! -y caminó rumbo a la puerta en camisón. De pronto se detuvo para lanzar un grito-: ¡Rebecca, no irás a consentir que haga el ridículo! -:-Y a Tatum, como pidiendo disculpas-: No se puede andar por ahí en gorro de dormir .

Mientras Isaac esperaba, el viejo, con la ayuda de su esposa, se puso los pantalones de montar, las botas de cuero con la ancha parte superior vuelta hacia abajo, la camiseta y el chaleco de brocado. Luego, su insignia de rango y honor: un sombrero de ala ancha, con el costado izquierdo sujeto hacia arriba por una vistosa pluma de pavo. Ya vestido de uniforme, corrió hacia su caballo, montó de un brinco y voló por la arboleda, volviéndose para gritar:

-¡A la guerra, Tatum, a la guerra!

Will Tatum recorrió una distancia mucho más corta, hacia el este de Bridgetown, y llegó a la plantación de Henry Saltonstall, un hombre delgado, erguido y lampiño, que tenía cuarenta y dos años. Aún vestía su ropa de trabajo, pues había estado leyendo a la luz de una vela.

-¿Qué ocurre, joven?

-Soy Will Tatum, de las lindes de la ciudad.

-Ah, sí. ¿Y qué te trae por aquí tan tarde?

-Será mejor que entremos, señor. -Cuando los dos entraron, Will dijo en voz baja-: Hay un levantamiento de esclavos, señor.

Ante la mención de tan terribles palabras, que los blancos del Caribe temían más que a ninguna otra, Saltonstall se apoyó contra una esquina del escritorio para no perder el equilibrio. Luego preguntó:

-¿Cómo lo sabes con tanta seguridad?

Cuando Will se explicó, el alto caballero buscó su revólver, entregó otros dos a Will y dijo, sin alzar la voz:

-Debo informar a mi esposa. Espérame fuera. -A los pocos minutos estaba de regreso. Mientras montaba su caballo exclamó:- Debemos advertir a los plantadores del oeste.

Y partieron para difundir la espantosa noticia.

Como tantas veces ha ocurrido en la historia, la rebelión negra se vio frustrada gracias al aviso de un esclavo afectuoso. En este caso ahorcaron a dieciocho de los cabecillas, incluido Amílcar y el otro esclavo varón de los Tatum. Los relatos escritos en esos días y reimpresos después sólo dicen: “Amílcar, esclavo de los Tatum, y diecisiete de sus cómplices fueron ahorcados” Esos bravos hombres, algunos de los cuales habían detentado puestos de poder en Africa, murieron sin que se registrara siquiera sus nombres; pero sus cuerpos quedaron meciéndose al viento, a manera de advertencia.

Cuando se supo, por la excesiva cháchara de los jefes blancos encargados de organizar y supervisar los ahorcamientos, que había sido Naomi quien traicionó a los suyos, ningún esclavo sobreviviente pudo tolerar su presencia. Una noche, al regresar los hermanos Tatum del trabajo, vieron señales sospechosas en la pequeña cabaña de los esclavos. Cuando miraron en el interior encontraron a Naomi degollada. Las autoridades prefirieron no hacer preguntas. Y de este modo acabó en Barbados la primera insurrección de esclavos. Así quedó establecido que los esclavos eran bienes muebles, sin más derechos que los que la benevolencia de su amo quisiera darles.

Como resultado de los ahorcamientos y el asesinato, los Tatum quedaron sin peones para sus sembrados y se evaporaron los sueños de Isaac, que deseaba seguir adquiriendo tierras hasta convertirse en un gran propietario. El hecho de que fuera él quien había alertado a la isla antes de que estallara la tragedia, no impresionó a sus adinerados vecinos, pues en Barbados sólo había tres clases de gente: los blancos que poseían grandes heredades, los blancos dueños de pequeñas fincas o de nada, y los esclavos negros. El primer grupo no hacía nada por ayudar a los miembros del segundo.

Los hermanos Tatum, sin esclavos, tuvieron que hacer personalmente todo el trabajo de sus tierras. Era notable ver a Clarissa colaborar como si ella también fuera hombre. Sin quejarse nunca, mantenía la casa limpia ya sus dos



hombres debidamente alimentados y vestidos; si la ocasión lo exigía, ofrecía su ayuda en las labores del tabaco y el algodón, pero no daba a su esposo pie a pensar que las cosas podrían seguir así.

-¿Cuándo llegará otro barco? -preguntaba, día tras día-, Hemos ahorrado lo suficiente para comprar tres o cuatro buenos esclavos. Es preciso hacerlo.

-Cuando llegue el barco -prometía su marido-, yo seré el primero en saludar al negrero.

Y en las plegarias que la mujer repetía por la noche y por la mañana, se la oía susurrar:

-Por favor, Dios mío, mándanos un barco.

Pero en aquellos años, Inglaterra tenía problemas, razón por la cual, las naves rara vez zarpaban de Londres o Bristol con destino a Barbados, con lo cual no llegaban esclavos nuevos.

Muchos rezaban pidiendo el regreso de los buenos tiempos, aquéllos en que cuanto los isleños necesitaban, desde agujas hasta medicamentos, llegaba a Barbados en esos barcos, que a cambio llevaban a Inglaterra fardos de algodón, tabaco, añil y, en los últimos años, toneles de un nuevo cultivo experimental, el azúcar. Pero por muy leales que los isleños fueran con la patria madre, también estaban atentos a sus propios intereses comerciales. Puesto que no arribaban barcos ingleses, hasta los patriotas declarados como Thomas Oldmixon transgredían las leyes que prohibían comerciar con barcos de otras naciones. Y estaban más dispuestos que nunca a dar la bienvenida al conocido capitán Brongersma y su *Stadhouder*.

-Hummm -había gruñido Oldmixon al enterarse de que debía esperar la llegada de barcos ingleses-. Si esperamos a esos remolones nos moriremos de hambre: -Y añadió pertinentemente-: Además, no conseguiremos los esclavos que necesitamos. En lo que a mí respecta, que Dios bendiga a los holandeses.

En una seca mañana de principios de marzo de 1649, Will Tatum, que estaba levantado desde las cinco y observaba el mar, vio el difuso contorno de un barco cuya silueta le resultó conocida. Cuando hubo más luz y el barco estuvo más cerca de la costa, el muchacho dio un brinco, dejó escapar un grito y corrió por las calles, anunciando:

-¡Viene el *Stadhouder*!

Y todos los mercaderes que deseaban reponer sus mercancías corrieron a la costa.

Cuando Will llegó a su casa con la buena noticia, Clarissa dejó de preparar el desayuno, se limpió las manos en el delantal y levantó la cara en una plegaria:

-¡Por favor, Dios mío,. que ese barco traiga lo que necesitamos!

Pero su esposo, siempre presto a congraciarse con Thomas Oldmixon, montó su caballo y galopó hacia el norte para informar al importante plantador de que había llegado un barco holandés, seguramente con un cargamento de esclavos.

Encontró a Oldmixon ya levantado, supervisando a sus esclavos en el cultivo de la caña de azúcar, con el que estaba experimentando ese año. Tatum corrió hacia él, deseando comunicarle la buena nueva, pero el viejo fue el primero en hablar:

-Me alegro de verte, Isaac. Quería hablar contigo-. Y aunque Tatum trató de interrumpirle, el viejo prosiguió:- Si eres tan sagaz como creo, dejarás los cultivos que estás haciendo y pasarás al azúcar. Va a tener un gran futuro, te lo aseguro.

Isaac, que no lo escuchaba debido a su ansiedad por darle la noticia, exclamó:

-¡Señor! Mi hermano Will ha visto al *Stadhouder* en la bahía. Trae esclavos.

En cuanto Oldmixon oyó aquello, su semblante cambió,. pues los esclavos desempeñaban un importante papel en su vida. Había sido uno de los primeros plantadores en utilizarlos, y su reputación de líder entre los isleños surgía de cierta solución ingeniosa que había ideado para un molesto problema. Un clérigo informó sobre el caso en una carta enviada a su hermano, residente en Inglaterra:

*Como te informé en mi último misiva, he estado muy preocupado por un lamentable rumor que circula entre nuestros esclavos. Hartos de trabajar en nuestros campos y convencidos de que no volverán a su patria, susurran entre sí: "Si te suicidas. burlas a tu amo y tu espíritu regresa a África". Y así es como nuestros esclavos se van matando, en detrimento de sus amos, que han pagado buen dinero por ellos y tienen derecho a sus servicios. Los plantadores me pidieron que trabajara con sus negros, explicándoles que esa creencia era falsa; pero no conseguí nada y los suicidios continuaron. Thomas Oldmixon, uno de los líderes de la isla. perdió un excelente ashanti, valorado en once libras, y decidió que aquella práctica debía cesar. Ideó un simple remedio. Fue a la tumba de su*

*esclavo muerto, hizo desenterrar el cadáver y cortó la cabeza. Luego la llevó a los alojamientos de sus esclavos y la hizo colocar sobre un poste.*

*“¡Ya veis!”, gritó a sus esclavos. “César no ha vuelto a África. ¿Cómo iba a volver sin cabeza? Tampoco vosotros volveréis, así que acabad ya con esa tontería de mataros”. No hubo más suicidios y, de ese día en adelante, Oldmixon es reconocido como hombre de sentido común.*

Ahora, ante la buena noticia llevada por Tatum, Oldmixon exclamó:

-¡Estupendo! Pero debemos llegar antes de que se inicie la subasta. Y con su pluma de pavo flotando en la brisa, azuzó a su caballo taloneándole los ijares, y los dos galoparon hacia Bridgetown.

A medio camino, con los caballos ya al galope, Isaac consideró que había llegado el momento de revelar los problemas que asediaban su vida.

~Clarissa y yo perdimos a nuestros tres esclavos en el alzamiento. Pero hemos ahorrado todo lo posible y nos enfrentamos a un problema delicado, que no sabemos cómo resolver.

-¿Cuál es? -preguntó Oldmixon, girando en su silla.

-:No puedo decidirme entre dos opciones: gastarlo en nuevos esclavos o en nuevas tierras.

Oldmixon tardó tanto en responder que Tatum se preguntó si acaso no le habría escuchado. Pero el plantador lo sorprendió con una respuesta de notable sagacidad.

-Creo, mi joven amigo, que te preparas para pedirme un préstamo. Y yo no concedo préstamos. Demasiadas complicaciones. Tendrás que decidir tú solo cómo quieres invertir tus fondos, y me alegra saber que los tienes. Debes ser muy ahorrativo.

-Es mi esposa quien administra el dinero -comentó Isaac para disimular su decepción-. Y es ahorrativa, os lo aseguro.

-Excelente. Cuanto más sé de ti, Tatum, más me gustas. En realidad tu padre no era mala persona, sólo algo perezoso. Bien, he aquí mi propuesta. Voy a dedicar al azúcar tres cuartas partes de mis tierras. Ahora bien, me sería muy útil que algunos de los otros plantarais también caña azucarera, porque de ese modo podríamos combinar nuestra producción y enviarla a Inglaterra como carga completa.

-Pero el azúcar requiere esclavos.

-Sí. Lo que quiero que hagas es comprar tanta tierra como te permitan tus fondos. Luego hipotécala para comprar más y cultiva azúcar.

-¿Cómo voy a cultivar azúcar sin esclavos?

-No se puede, y por eso voy a comprarte siete. Mantendremos los títulos de propiedad a mi nombre hasta que puedas pagarme con tu primera cosecha. Tú los alojas y los alimentas, y los haces trabajar en tus campos como si fueran tuyos.

Isaac dejó caer la cabeza, como para rezar, pues el ofrecimiento excedía sus más halagüeñas esperanzas. Al mirar de soslayo a Oldmixon, lo vio asentir con un guiño, como diciendo: “Eso es lo que prometí”. Entonces dijo:

-¡No esperaba semejante ayuda!

-Te equivocas; serás tú quien me ayude, si conseguimos imponer el azúcar en Barbados -le corrigió Oldmixon, Luego, mirando por encima del hombro de Tatum, agregó, malhumorado-: Bueno, aquí viene Saltonstall con sus malditas bestias.

Isaac se volvió para ver algo que nunca dejaba de sorprenderlo.

Desde la plantación de Henry Saltonstall venía un hombre alto y ceñudo, encaramado al lomo de un enorme camello, detrás del cual marchaban ordenadamente otros seis, todos cargados con los productos de las tierras de Saltonstall. Se encaminaban hacia el *Stadhouder*, que iba a transportar la carga a los mercados europeos. Era una caravana extraña, los niños lanzaban gritos de júbilo y corrían tras las bestias, tan adecuadas para las duras labores de las plantaciones.

Pero Oldmixon y Tatum tenían cosas más importantes de que ocuparse: la subasta de los cuarenta y siete esclavos que el capitán Piet Brongersma había traído desde África, enjaulados en la bodega. El holandés no había bajado a tierra para la venta, pero su primer timonel, un hombre capaz que hablaba inglés, se estaba preparando para iniciarla. Al ver que se acercaba Oldmixon le hizo una profunda reverencia y preguntó guiándose por la experiencia anterior:

-¿Queréis comprar todo el lote, señor Oldmixon?

Los plantadores menores, que tenían esperanza de adquirir algunos esclavos, dejaron escapar algunos gruñidos. Oldmixon respondió:

-No, pero este amigo mío quiere siete, y yo, quince. Quedarán más que suficientes para los otros.

Y señaló a los presentes, que lo vitorearon. Oldmixon, impresionado por la astucia con que el joven Tatum eligió a sus siete esclavos, comentó:

-Sabes mucho de esto, amigo.

-Sé qué hombres y qué mujeres son capaces de trabajar -replicó Isaac.

-Pues elige quince para mí.

Isaac se paseó entre los temerosos cautivos, tratando de seleccionar otros quince tan buenos como los siete que había escogido para sí .

Luego llegó el momento deseado de ese luminoso día otoñal. El capitán Brongersma llegó a tierra en un bote de remos. Al desembarcar, se adelantó con ademán grave; su cabeza redonda y su cara cuadrada causaban una gran impresión. En silencio, avanzó directamente hacia Thomas Oldmixon, a quien tenía por plantador de confianza. Sin embargo, no lo saludó según acostumbraba, sino que, acercándose a él, le susurró con fuerte acento holandés:

-Reunid al resto de personalidades de la isla.

Una vez reunidos, anunció, como si informara a cada uno de la muerte de un hermano:

-En el trigésimo día de enero pasado, los hombres de Cromwell decapitaron a vuestro rey Carlos.

-¡No, Dios santo, no puede ser! -gritó Oldmixon, aferrando a Brongersma por la chaqueta. Los otros plantadores importantes, a quienes Oldmixon había llevado al cobertizo, afirmaron con él que ningún inglés leal, aunque fuera un cuervo como Oliverio Cromwell, se atrevería a atacar a su rey, y mucho menos a decapitarlo.

-¿Qué prueba tenéis? -gritó un terrateniente.

-Ninguna -se vio obligado a admitir Brongersma-. Ya estaba en el Canal cuando ... No pude comprar un periódico.

-Si no estabais siquiera en tierra, ¿cómo podéis saber ... ? -acusó Oldmixon.

-Un barco inglés me dio la noticia -replicó el holandés. Otros comenzaron a acosarlo; pero él, pese a su falta de pruebas visibles, se ciñó al informe que había escuchado-: El 13 de enero, los hombres de Cromwell decapitaron a vuestro rey. Todo es un caos.

Entonces Henry Saltonstall se unió al grupo, aunque no había sido invitado.

-Estabais ocupado descargando vuestros camellos -dijo Oldmixon, como pidiendo disculpas.

Y Saltonstall, hombre de aguda inteligencia, percibió en las caras de sus amigos que algo terrible había ocurrido.

-¿Qué pasa? -preguntó--. ¿De nuevo la guerra contra los holandeses?

-Esos días han pasado -respondió Brongersma-. Vuestro rey Carlos ha' sido decapitado.

-Tenía que ser así. -respondió Saltonstall de inmediato.

Los plantadores presentes en el cobertizo lo miraron con odio. La actitud de todos ellos presagiaba los días de hambre que devorarían Barbados.

Los días siguientes fueron los mejores en la vida de Will Tatum, pues ahora que su hermano disponía de siete esclavos, él tenía tiempo para escapar de los campos y pasar largos ratos a bordo del Stadhouders, casi siempre en el camarote del capitán, pues a Brongersma gustaba conversar con él. Además, al holandés le resultaban útiles estas conversaciones como fuente de información sobre lo que acontecía en Barbados. El, por su parte, le explicaba cosas fascinantes:

-Traemos la bodega llena de sal que recogimos tras una batalla en las salinas de Cumaná, en el continente español.

-¿Qué es el continente español?

-La costa de América Central y del Sur, donde el Caribe toca el continente.

-¿Por qué tuvisteis que combatir por la sal?

-Los españoles no quieren que la toquemos. Dicen que es de ellos.

-¿Por qué la cogéis, pues?

-Para salar nuestro arenque. ¿Sabeis lo que es el arenque para un holandés? Lo mismo que un chelín para un inglés.

¿Lucháis con frecuencia contra los españoles?

Brongersma reflexionó un momento antes de responder a esa delicada pregunta:

-Es hora de que lo sepas, Will. Nos ganamos la vida mediante tres actividades: cogiendo sal de Cumaná, trayendo contrabando a Barbados y a las otras islas inglesas y, sobre todo, persiguiendo a algún rico barco español para abordarlo y saqueado.

-Eso significa que sois piratas, ¿eh?

-No es palabra que nos guste. Podrías decir que somos piratas legales, filibusteros con documentos que nos dan derecho a atacar a los barcos españoles dondequiera que los hallemos.

-Y ellos, ¿no se resisten? -preguntó Will.

-¡Que si se resisten! -<lija Brongersma, rompiendo a reír-. Mira la cicatriz que tengo en la muñeca. Me la hicieron en un hermoso barco español, cargado con plata del Potosí, que zarpó de La Habana hacia Sevilla. Era parte de una gran armada, protegida por cuatro naves de guerra. Pero lo desviamos, lo abordamos, y habríamos ganado una verdadera fortuna si no ...

-¿Qué ocurrió? -Will estaba sentado en el borde de su silla.

-Una de las naves de guerra nos divisó -dijo el holandés, sombrío, al recordar aquel triste día-. Vió lo que estábamos haciendo y acudió de inmediato. Tuvimos suerte de salvar el pellejo.

-Y los españoles, ¿son buenos combatientes?

-No vayas a creerte ese cuento de que un inglés vale por tres españoles. Los hidalgos de Sevilla bien armados, con afilados aceros toledanos, pueden enfrentarse a cualquiera. ¡Venga, Franz! Muéstranos la cara -gritó al corpulento holandés que acababa de entrar en el camarote, con la mejilla derecha cruzada por una larga herida apenas cicatrizada. Es nuestro mejor espadachín. No hay mejor -aseguró el capitán-. Pero un español, con una espada toledana, lo habría matado si otro de nuestros hombres no hubiera disparado contra él.

Cuando Will volvió a visitar el barco, Brongersma le dijo:

-Me gustaría tener un hijo como tú.

-¿Me llevaríais a navegar con vos? -preguntó el muchacho-. ¿A combatir contra los españoles?

-Esa sí que es una pregunta difícil, joven. Como padre estaría de acuerdo con tu madre. Diría que debes quedarte en Amsterdam y estudiar. Pero como capitán del Stadhóuder te querría a mi lado cuando lucháramos contra los españoles, pues no hay en este mundo nada más noble para un holandés que luchar contra esos canallas.

-¿Por qué los llamáis así? \_

El capitán se puso muy serio. Luego habló, en el caluroso camarote, con una intensidad que Will nunca le había oído:

-Mi abuelo, y también mi tatarabuelo, fueron ahorcados por los españoles que gobernaban los Países Bajos. Eso es algo que ningún hombre puede olvidar.

-¿Por qué los ahorcaron?

-Porque eran protestantes, seguidores de Lutero. Pero el duque de Alba ... y el duque de Parma ... eran enérgicos católicos. La pelea entre las dos religiones sólo podía ser solucionada con la horca. -Con la vista clavada en el

suelo, siguió en voz baja; Si navegaras conmigo, si fueras mi hijo, tendríamos que incendiar ocho o nueve barcos españoles para saciar mi cólera.

En la última visita, Brongersma se mostró más sereno.

-Ésta ha sido una estancia provechosa .. Compramos esclavos a los portugueses a nueve libras y los vendimos a treinta. Compramos seis camellos para el señor Saltonstall a once libras cada uno y los vendimos a treinta y tres. Volvemos a casa con una carga de sal pura y toneles de azúcar moreno, que nos darán una fortuna. -y añadió, golpeándose la mano izquierda con la pipa-: En días como éste, cuando el mar está sereno y el viaje a casa es rápido, y cuando existe la posibilidad de atrapar a un galeón cargado de oro o plata .... -Hizo una pausa, sin saber cómo terminar la frase. Luego concluyó, en voz baja-: Uno podría navegar eternamente .... eternamente, hasta que llegara la oscuridad final.

-Os gusta navegar en vuestro barco, ¿verdad?

-Navegaré en el Stadhouder hasta que los gusanos se hayan comido totalmente su fondo y mi trasero esté listo para volver al polvo -respondió Brongersma.

-¿Por qué os enoja que alguien os llame pirata? -preguntó Hill ¿Acaso no lo sois?

-Hay una diferencia -replicó Brongersma-. Yo soy un honorable capitán holandés que combate a los españoles. Me hará infeliz que me llames pirata.

A la mañana siguiente, cuando Will vio amanecer en el mar, el Stadhouder ya no estaba.

En los once días siguientes, los hombres y las mujeres de Barbados no tuvieron noticias sobre el rey, sólo los rumores del capitán Brongersma.

Por fin, llegó un barco mercante desde Bristol, trayendo la confirmación impresa. El rey Carlos I, bien amado de los monárquicos de la isla, había sido decapitado en Whitehall por un verdugo que ejecutaba a delincuentes comunes.

La impresión fue profunda. En los días de tensión que siguieron, los isleños se dividieron en los dos bandos que lucharían por el derecho a gobernar. Tanto en Barbados como en Inglaterra, cada lado adoptó un nombre para diferenciarse, los conservadores eligieron llamarse Caballeros, lo cual sugería que eran hombres de buena crianza, posición importante e incuestionable lealtad al rey, mientras que los liberales se hicieron llamar Cabezas Peladas, apelativo de esforzados hombres de clase media, dotados de criterio comercial, sentido común y preferencias

por el gobierno parlamentario.

Las deducciones de esos dos nombres eran interesantes. Los Caballeros tomaban el suyo de los oficiales de caballería que, vistosamente vestidos y con llamativas pelucas, tan valerosamente luchaban en defensa de su rey. Lo de Cabeza Pelada provenía de los austeros cortes de pelo preferidos por la clase media, cuyas testas semejaban feas calabazas comparadas con los elaborados rizos de sus adversarios.



Un personaje de la época, que conocía bien a los miembros de ambos grupos, los describió así: «Los Caballeros comprenden a la nobleza rural, al clero de la Iglesia Anglicana y a los campesinos rurales; los Cabezas Peladas suelen contarse entre la clase media, los mercaderes ricos y un asombroso número de aristócratas, es decir, entre todos los que saben leer y escribir».

El Caballero por antonomasia fue el deslumbrante príncipe Ruperto, sobrino del rey, probablemente el más grande entre los oficiales de caballería. Libró una batalla tras otra, ganando la mayoría. La quintaesencia del Cabeza Pelada fue el poeta ciego John Milton, austero en su persona, pero con una pluma que esparcía feroces diamantes, sobre todo en sus ensayos en prosa referidos a la política.

En Barbados los Caballeros tenían al frente al robusto Thomas Oldmixon, quien anunció:

-Siempre he sido leal sólo al rey y seguiré siéndolo. Si en verdad Carlos I ha muerto, mi rey es su hijo, Carlos II, y combatiré para proteger su derecho a reinar.

Hombres de similares tendencias comenzaron a arrimarse a Oldmixon y buscaron liderazgo en él.

El mando de los Cabezas Peladas, menores en número pero igualmente entregados a su causa, recayó naturalmente en Henry Saltonstall, que aprobaba el destronamiento del rey, aunque no su asesinato, convencido de que un parlamento podía gobernar Inglaterra más eficazmente que la realeza.

Esta división separó especialmente a los hermanos Tatum. A Isaac le atraía instintivamente la realeza y la aristocracia circundante. En el fondo, esperaba amasar fortuna mediante la expansión de sus tierras, sus esclavos y la consiguiente cantidad de azúcar producida. Entonces donaría grandes sumas a empresas en las que el rey estuviera interesado, de ese modo ganaría la atención de Londres y quizás hasta un título nobiliario.

El inquieto Will, por su parte, no habría sabido qué hacer con un título, si alguien se lo hubiera ofrecido. En realidad, presentaba ciertas tendencias que preocupaban mucho a Isaac y a Clarissa. Era excesivamente familiar con los esclavos y a veces ridiculizaba las actitudes pomposas de Thomas Oldmixon. Por dos veces había estado ausente de la iglesia en domingo, pese a saber que la asistencia era legalmente obligatoria. Pero lo más inquietante era su costumbre de frecuentar el puerto para visitar al capitán Brongersma, quien apenas unos años antes había estado en guerra contra Inglaterra.

Al intensificarse el debate político, Clarissa advirtió a Isaac:

-En tu hermano no se puede confiar. En cuanto te descuides anunciará que está de parte de Saltonstall.

Demostró ser buena profetisa, pues pocas noches después, durante la cena, Will tuvo el coraje de decir, aun conociendo las tendencias de su hermano y su cuñada.

-Creo que Saltonstall y sus Cabezas Peladas tienen mucha razón. ¿Para qué necesita Inglaterra un rey?

La pregunta fue formulada tan bruscamente que Isaac y Clarissa, pasmados, no pudieron responder.

En tanto se expandía la agitación en la isla, Isaac se preocupaba cada vez más por la posibilidad de que sus buenas relaciones con Oldmixon se vieran entorpecidas en el mismo comienzo, tal como explicó a su esposa.

-Con la ejecución del rey, cualquier cosa es posible. Pero ella le aconsejó mantenerse firme.

-No vayas a flaquear. Todo está en juego. -Al enterarse de que Oldmixon se había declarado en favor del rey, le dijo a Isaac, acompañándolo hasta su caballo para animarlo: Este es el mejor momento para actuar. Ve a su casa y dile que estás de su parte.

Isaac irrumpió en el salón de Oldmixon, exclamando grave que había cultivado.

-Estoy a favor del nuevo rey.

-Te damos la bienvenida a los Caballeros, Tatum -dijo el rico propietario, dándole una calurosa palmada. Luego dio un paso atrás para estudiar al hombre que apenas empezaba a conocer y gritó: ¡Pardiez, Tatum! Me has hecho tres favores: detener la rebelión de los esclavos, plantar azúcar y, ahora, unirte a mí por el rey. Tengo la sensación de que en adelante nos veremos con frecuencia.

Pese a su entusiasmo, Oldmixon tuvo la prudencia de decir «pardiez»; y no «por Dios», porque en la isla usar el nombre de Dios en vano se castigaba severamente...". Al volver a su casa, Isaac Tatum dijo a Clarissa:

-He hecho lo que me dijiste. Ahora estamos juntos en esto.

A Will no le dijeron nada, pero esa noche el matrimonio mantuvo una seria conversación, iniciada por la esposa.

-Si tu hermano insiste con esas tendencias, prefiero que no viva con nosotros.

-La mitad de la casa es de él, amor mío. Y la mitad de los campos.

-¿No podemos comprárselos?

-¿Con qué?

.Will es un revoltoso, ya lo has visto -dijo Clarissa tras un silencio-. Es un rebelde, y si esta isla se mantiene leal al nuevo rey, cosa que no dudo, él acabará expulsado de Barbados. Perderá las tierras ... -Amor mío, no hay modo de pedirle que se vaya ahora. Necesito que me ayude con los esclavos nuevos y el azúcar.

-¡Isaac! -protestó ella, irritada-. No me hace feliz tenerlo cerca.

Respóndeme a esto, ¿por qué Naomi le reveló lo de la conspiración? ¿Por qué no nos lo dijo a nosotros? ¿Qué había entre ellos?

-Lo necesitamos -contestó Isaac, imponiendo su autoridad-. Necesitamos su parte de las tierras. Y necesitamos su parte del trabajo.

-Como ella empezó a llorar, le prometió-: En cuanto todo esté listo, le pediremos que se vaya. Puede vivir con los Pennyfeathers.

-Se refería a Nell, la hermana, que se había casado con Timothy Pennyfeather, un tendero insignificante. La idea puso en funcionamiento la mente de Isaac-: En algo tienes razón, Clarissa, la parte de Will debe ser nuestra, pues el secreto de la fortuna en esta isla es la posesión de tierras, y yo quiero acumular grandes extensiones.

Y entonces, mientras concluía el año con la isla dividida en dos facciones casi en guerra y con desacuerdos familiares como los de los Tatum, ocurrió algo que vino a demostrar la singular condición de Barbados. Al anunciarse en las diversas iglesias que un grupo de cazadores partiría hacia la isla de Todos los Santos, distante doscientos treinta kilómetros hacia el oeste, hombres de todos los credos se amontonaron en el barco que los llevaría allí. Thomas Oldmixon, jefe de los Caballeros y hombre de muy buena puntería, iba acompañado por diecinueve de sus seguidores; Henry Saltonstall, armado con dos buenas pistolas, conducía a los Cabezas Peladas. Isaac Tatum iba junto a Oldmixon; Will, su hermano, con Saltonstall.

Cuando el barco llegó a la vertiente occidental de la hermosa bahía de Todos los Santos, un pequeño bote llevó a los cazadores a la costa. Los jefes Oldmixon y Saltonstall compartían la embarcación; los hermanos Tatum hicieron juntos un viaje posterior. Cuando todo el grupo estuvo reunido, Oldmixon dio instrucciones con su potente voz:

-Señores, Saltonstall, que es un buen tirador, llevará a su gente en esa dirección. Los demás, venid conmigo. Ya veremos si podemos acabar con esta lacra.

¿Qué iban a cazar? Indios caribes, que se habían abierto en abanico desde la originaria ,Dominica hacia las islas, vecinas, Todos los Santos y San Vicente, donde habían demostrado ser peligrosísimos para todos los marinos ingleses o franceses que naufragaran en sus costas. Eran un enemigo implacable y rechazaban tan hostilmente cualquier ofrecimiento de compartir en paz sus tierras, que los colonos europeos se habían decidido por el exterminio como única solución posible. Esa no era la primera partida de caza que iba tras ellos, pero sí la más numerosa. Los ingleses, armados de largos mosquetones, se pusieron en marcha, gritando para darse alientos. La lucha no era desigual. Mercaderes venales de Holanda, Francia e Inglaterra -piratas, en realidad, entre los cuales Brongersma, el del Stadhouter, era uno de los peores- habían proporcionado a los caribes armas fabricadas en las colonias americanas y municiones en abundancia. Por lo tanto, la partida de caza de Barbados y la supuesta presa estaban en pie de igualdad; los tiradores ingleses sabían que también servirían de blanco.

Y así; sólo unos siglos después, los feroces caribes que habían lanzado tan salvajes gritos de guerra al aniquilar a los arawaks oían ahora esos mismos gritos dirigidos contra ellos.

En la primera media hora, Thomas Oldmixon, con Isaac Tatum a su lado sirviéndole de escudero, mató a dos caribes, esquivando las balas de los indios. El grupo de Saltonstall, que contaba con muchos Cabezas Peladas de buena puntería, también hizo lo suyo. La cacería continuó durante unas dos horas. Los cazadores de Barbados dejaban escapar gritos triunfales cada vez que derribaban a un aborigen y llevaban la cuenta, como si se tratara de cazar palomas, pues resultaba muy excitante descubrir una silueta parda escurriéndose entre los matorrales, dispararle y verla girar y retorcerse en la caída. Claro que a veces la silueta correspondía a una mujer o a un niño, pero los disparos continuaban. Durante toda la cacería, ni uno solo de los participantes expresó preocupación alguna por matar a los salvajes, hombres o mujeres; nadie tenía remordimientos.

Al final de la tercera hora, cuando la luz empezaba a faltar, ambos grupos hicieron un último esfuerzo. Como atacaban desde diferentes direcciones, obligaron a los indios a agruparse en una posición defensiva, en el extremo más alejado de la bahía, que caracterizaba a la isla. Allí acosaron a los caribes con un mortífero fuego cruzado, hasta que acabaron con unos diecinueve entre hombres y mujeres, sin contar el puñado de niños. Esa noche volvieron momentáneamente al barco para una respetable celebración, en la que Caballeros y Cabezas Peladas brindaron los unos por los otros con buena cerveza inglesa.

Durante el segundo día, mientras el grupo rodeaba otro campamento caribe, un tirador indio que dominaba su mosquetón americano disparó desde el árbol en que se escondía. Alcanzó con una bala al joven Will Tatum, y lo habría matado de no ser porque el muchacho se movió en el último instante. La bala le atavesó el brazo izquierdo, pero sin tocar el hueso. Mientras Isaac vendaba la herida con un jirón arrancado a los faldones de una camisa, todos los miembros del grupo felicitaron a Will, como si fuera el héroe de la expedición.

En tan solidaria actitud, los barbadenses se alejaron de Todos los Santos, satisfechos de haber dado una buena lección a los malditos caribes.

Cuando la partida de caza regresó a Barbados se reanudó la disputa casi olvidada. A veces, el debate entre los dos grupos se acaloraba y los hombres con algún sentido de la historia anticipaban que un día los insultos serían reemplazadas por actos violentos. Pero, en esos años críticos, Barbados presentaba una característica: ambos bandos, Caballeros y Cabezas Peladas, ponían sumo cuidado en evitar cualquier gesto hostil y el derramamiento de sangre que bien podría haber podido acompañar a diferencias tan básicas y emotivas. Cabía agradecer tanto sentido común a los dos jefes, Oldmixon y Saltonstall, pues ninguno de los dos alentaba a sus seguidores a iniciar acciones drásticas, ambos creían en los procedimientos legales y en la conveniencia de evitar disturbios y rebeliones.

Aunque Oldmixon elevara la voz sobre la de SaltonStall, nunca lo hacía hasta el punto de incitar a los suyos. Saltonstall parecía tener sus creencias más arraigadas, pero no consideraba que la revuelta civil o el ataque al adversario, en su propiedad o en su persona, fueran un medio adecuado para defenderlas.

En pocas palabras, y éste es el elogio más grande que puede hacerse a Barbados en ese punto crucial de la historia caribeña, los isleños se comportaban como caballeros ingleses bien educados, demostrando que merecían el envidiable título de «Pequeña Inglaterra».

Esa misma cortesía imperaba en la casa de los Tatum, aunque era obvio que Clarissa deseaba desembarazarse de su indeseable cuñado y que para Isaac era una molestia, sobre todo cuando Thomas Oldmixon un día preguntó:

-¿Qué pasa con tu hermano Will? ¿Está con nosotros o no?

-Saltonstall lo ha contagiado.

-Sepárate de él, Isaac. Nada bueno puede resultar de dos hermanos que disputan.

-Él es dueño de la mitad de mis tierras.

Oldmixon, que se complacía en sus decisiones inmediatas, gruñó:

-Puede estar cerca el momento en que los hombres como tu hermano se vayan de esta isla ... para siempre; Isaac. Prepárate para ese día.

Cuando Isaac contó a su esposa que Oldmixon coincidía con su opinión sobre Will, ella repuso:

-Celebraremos juntos la Navidad y el Año Nuevo, para no estropear las fiestas. Pero después se irá, con tierras o sin ellas.

Fueron celebraciones, tensas, pese a que Barbados estaba más hermosa que nunca. Las palmeras se inclinaban en el viento que soplaba con fuerza desde el este. El día de Navidad, los tres Tatum llevaron su comida a una colina, en las afueras de Bridgetown. Allí, Isaac, en un arrebato de afecto fraterno al que pronto pondría fin, dijo:

-Este, divino viento del este no nos falla nunca. Protege nuestra independencia, Will, y nuestra libertad. -Como Clarissa le preguntó por qué decía eso; él respondió, con voz soñadora:- Entre todas las islas del Caribe, ¿por qué los españoles no conquistaron nunca ésta? ¿Por qué franceses, holandeses y otros se adueñaron de islas y más islas, pero no de Barbados? ¿Por qué parece que cuide de nosotros?

-¿Te refieres al viento? -preguntó Will; y su hermano le dio una palmada en el hombro.

-De eso hablo, sí: El viento del este, el que dobla esos árboles, no nos ha fallado a lo largo de mil años. Todas las naciones que he mencionado quisieron conquistar Barbados. Sabían que era la mejor del Caribe, el mejor suelo, los

mejores cultivos. Pero para conquistarnos habrían tenido que llegar con sus barcos desde el oeste, donde hay otras islas, y no podían hacer frente a este viento feroz.

-Entonces, ¿cómo desembarcaron los ingleses? -preguntó Clarissa.

-Porque llegaron en son de amistad. Tardaron tiempo en entrar, y lo hicieron con tranquilidad, sin que nadie les disparara desde la costa. -E indicó a su esposa y a su hermano que observaran un buque mercante holandés que hacía dos días que intentaba entrar a puerto contra el viento exasperante-. Imaginad que fuera un barco de guerra con intenciones de hacernos daño. Lo tendríamos allí, casi inmóvil, atrapado en el viento, y nuestros cañones lo harían pedazos. -Los otros comprendieron que estaba en lo cierto. Isaac continuó--: Pero si queremos adueñarnos de Todos los Santos, cosa que quizá nos convenga hacer, dentro de poco, bastará con que carguemos nuestros barcos, los pongamos en la corriente y naveguemos impulsados por el viento furioso. Desembarcaremos en Todos los Santos cuarenta minutos después de que nos hayan divisado.

Durante un rato continuaron examinando las virtudes de aquel viento, oriental, envueltos en una cálida camaradería familiar. Will rompió el hechizo al preguntar:

-¿Por qué hemos de invadir Todos los Santos? Allí sólo hay indios.

-El momento de la prueba puede estar al llegar -respondió Isaac con aspereza-. No debemos arriesgarnos a abandonar una isla sin custodia ... para que caiga bajo el dominio de los enemigos del rey.

-¿Crees que podríamos capturarla? -preguntó Will, casi inocente.

-Somos más poderosos de lo que crees -espetó su hermano- Estas islas podrían ser la salvación de Inglaterra. -Se-levantó y, nervioso; se dio una vuelta por las inmediaciones. Al fin se detuvo junto a su hermano- Tal vez te interese saber que ciertos mensajeros secretos de Virginia y Carolina, dos de las colonias americanas más fuertes, se han deslizado hace poco hasta Barbados para asegurarnos que, si damos un golpe en nombre del rey, ellos nos apoyarán. También las Bahamas.

Will, que había estado hablando de geografía y asuntos marítimos con el capitán Brongersma y sus piratas holandeses, se echó a reír ante las pretensiones de su hermano.

-¿Sabes qué tamaño tienen las Bahamas, cuánta gente hay en Virginia? En tres semanas el Parlamento convocaría a una flota y ...

-No hables como un traidor -interrumpió Clarissa.

-Y tú no digas tonterías -replicó Will.

Antes de volver a la tranquilizadora paz de la casa, de la cual Isaac sólo poseía la mitad, Clarissa gritó:

-Será mejor que nos dejes, Will. Hoy mismo. Vas camino de la horca.

Will no podía entender que lo echaran de su casa. Se dirigió a ella en silencio, reunió sus pocas pertenencias y se marchó rumbo a la casa de su hermana, construida sobre la tienda que administraba su cuñado, Timothy Pennyfeather.

En 1650, las tormentas políticas en Pequeña Inglaterra se convirtieron en huracanes. El primero de mayo, los hombres que gobernaban la isla más o menos de facto, como Thomas Oldmixon, declararon que toda la población era leal al rey Carlos II, pretendiente a la corona, que se hallaba en el protector exilio de Francia. Pero toda Inglaterra permanecía bajo el dominio del Parlamento Cabeza Pelada y casi todas las colonias norteamericanas obedecían a esa autoridad. En las islas británicas del Caribe, la mayoría estaba en contra de los monárquicos; pero allí, en la pequeña Barbados, se desafiaba a un poder abrumador para declarar fidelidad al nuevo rey hasta que el resto del mundo recobrara el juicio. Las Bahamas y ciertas colonias monárquicas del sur hicieron saber que también ellas simpatizaban con la postura de Barbados. Eso, hizo que la distribución de apoyo fuera de diez para Barbados y diez mil para el Parlamento.

Pero Oldmixon y sus optimistas Caballeros no vacilaban. En cuanto corrió por la isla la noticia de que la decisión estaba tomada surgieron fuertes voces de apoyo desde todos los rincones. Los prudentes monárquicos comenzaron a acumular armas y municiones para el momento en que se presentara alguna flota enemiga y tratara de desembarcar para ocupar Bridgetown. Oldmixon, ayudado por su bien dispuesto Isaac Tatum, empezó a adiestrar a las tropas. Se levantaron pequeñas fortificaciones y se organizaron guardias.

Si aquello no desembocó en una guerra abierta fue, sobre todo, porque los Cabezas Peladas sensatos, como Saltonstall, dominaban su temperamento, convencidos de que los hombres de Cromwell no les fallarían. Pero cuatro días después de que Oldmixon decidiera consagrar Barbados a la defensa del rey; sus caballeros recibieron exultante apoyo.

Llegó un barco con noticias que entusiasmaron a Oldmixon y sus partidarios: «El gobierno de Cromwell envía un nuevo gobernador. Se llama Willoughby y se dice que, en el fondo, es monárquico».

Pero un marinero, un individuo agrio con el pelo cortado al estilo Cabeza Redonda, advirtió disimuladamente a cuanto isleño encontró:

-Tened cuidado con lord Willoughby. Cambia de bando con tal prontitud que lo deja a uno mareado. ¿Caballero, Cabeza Pelada? ¿Quién sabe qué es hoy o qué será mañana?

Tres días después, cuando Francis, quinto barón Willoughby de Parham, fue conducido a remo hasta la costa desde el barco recién llegado, el puerto estaba lleno de gente que deseaba presenciar su imperial arribo. Vieron en la proa de la embarcación a un hombre apuesto, que se mantenía muy erguido, con espada al cinto, banda cruzada en el pecho y un aire que decía: «Aquí vengo, a tomar el mando».

En los precipitados días que siguieron, los isleños descubrieron que el noble señor había sido por tres veces Caballero fanático y Cabeza Pelada. En su última encarnación había mandado tropas fieles al Parlamento; en la anterior había sido presidente de la Cámara de los Lores y vociferante partidario del rey. Finalmente, atrapado en sus contradicciones, había sido sentenciado a morir ahorcado en la Torre, pero huyó a Holanda, donde proclamó a gritos que siempre había sido monárquico de corazón. Por increíble que pueda parecer, tras la decapitación de Carlos volvió a servir a Cromwell. Como tributo a su flexibilidad en los grandes asuntos de estado y a su integridad en las cuestiones cotidianas, tanto los Caballeros como los Cabezas Peladas le tenían simpatía y confiaban en él. Era un milagro de su tiempo, exactamente el tipo de pragmático sereno que Barbados necesitaba en esos momentos.

En cuanto hubo establecido su residencia, llamó a Oldmixon y le hizo saber que él, lord Willoughby, tenía intenciones de continuar con el curso que el plantador había seguido. Así comenzó el ascenso de Isaac al poder.

Muy pronto él y Clarissa adquirieron, de un plantador azucarero que había caído en desgracia por su ruidosa defensa del Parlamento, otros once esclavos a precio misérrimo. Pudo efectuar la operación porque había conseguido que el hombre fuera enviado al exilio.

Tras ese golpe de suerte, Isaac se apropió, en rápida sucesión, de tres pequeñas plantaciones adyacentes a la suya, por el simple hecho de iniciar acciones que concluían con la deportación de los propietarios. Con esas partidas forzosas obtuvo más esclavos. Cierta noche en que los Tatum cenaban en la casa de Oldmixon, éste les dijo:

-Estás bien encaminado, Isaac, pero debo hacerte una advertencia: toma medidas para consolidar tus propiedades. Podrías perderlas todas, si lord Willoughby se viera obligado a abandonar la isla y las circunstancias cambiaran. Bien sabes que eso puede ocurrir.

-¿Cómo se hace para protegerse? -:-preguntó Isaac.

-Consigue documentos para probar que las tierras son legalmente tuyas -contestó el viejo Oldmixon.

Los Tatum aceptaron el consejo y pasaron el verano de 1650 dedicados a tales maniobras, que lord Willoughby se vio forzado a facilitarles los documentos que le exigían, según los cuales confirmaba a los Tatum como propietarios de las tierras que habían adquirido tan dudosamente. En octubre de ese año, las personalidades de Barbados --especialmente los Tatum- agradecieron la buena suerte de contar con lord Willoughby, que había organizado la isla conforme a los principios monárquicos y que otorgaba títulos de propiedad para aclarar qué tierras pertenecían a quién.

De pronto, la paz de Barbados quedó hecha trizas. Los hombres de Cromwell, cansados de la burla que permitía a esa pequeña isla pasar por alto las reglas que regían el resto de Gran Bretaña, dio órdenes a sir George Ayscue, uno de sus mejores almirantes: «Reunid una gran flota, id a Barbados y sometedla. Se os autoriza y se os ordena desembarcar tropas, tomar por sorpresa sus fortificaciones, someter a los isleños, derribar sus castillos y apoderaros de todas



las embarcaciones que les pertenezcan, así como de cualquier otra nave que allí trafique ...

Cuando estas órdenes draconianas se conocieron en Barbados, no hubo pánico, por extraño que parezca, pues los isleños estaban convencidos de que, aun solos y en tan escaso número, podían hacer frente a todas las fuerzas británicas y obligar al almirante Ayscue a retroceder hasta Inglaterra. Una semana después de llegar la noticia, lord Willoughby dijo a Oldmixon y a Tatum, durante una cena que les ofreció en su casa:

-Sir George es un marino capaz y traerá su flota hasta el puerto, como corresponde. Pero ¿cómo desembarcará las tropas? Y si le negamos el desembarco; ¿qué comerán sus hombres? ¿De dónde sacarán agua? Recordad lo que os digo: aguardará aquí cuatro o cinco meses. Luego correrá a Virginia para tratar de imponer disciplina allí. ¡Resistir!, eso es todo lo que debemos hacer: resistir hasta que Inglaterra recobre el sentido común.

Una vez refinada esta estrategia y calurosamente aprobada, brindaron por «el rey Carlos II, momentáneamente exiliado en Francia, pero que pronto asumirá el trono. Luego el milord dijo:

-¡Cuánto desprecio ese nombre que tratan de imponernos! Gran Bretaña ... La cosa empezó en tiempos de mi padre, cuando Jacobo Estuardo ascendió al trono conjunto. Le llamábamos «Primero y Sexto»:

Jacobo I de Inglaterra, VI de Escocia. Pero por deferencia a Escocia, Gales e Irlanda, el nuevo nombre tuvo que ser Gran Bretaña. ¡Qué palabras más feas e informes! Nada significan. Somos ingleses y nuestra patria es Inglaterra. Me atrevo a proponer otro brindis: «Por Inglaterra, :, por que pronto recobre el tino» . .y mientras tanto, agradezcamos a Dios por Pequeña Inglaterra.

Y todos repitieron el brindis levantando las copas.

Cuando se reanudó la conversación, Willoughby preguntó a Isaac: - ¿Cómo está vuestro hermano? Oldmixon me dijo que se ha convertido en un problema.

-En efecto, milord -respondió Tatum-. Ha caído bajo el hechizo de Saltonstall. Lo veo poco, pero me gustaría verlo aún menos.

-Es preciso aclarar esas relaciones, Tatum. Tengamos en cuenta que este Ayscue no es tonto. Necesitaremos de toda nuestra inteligencia para contenerlo. Pero lo haremos.

Y con esta grave decisión, concluyó el informe que había empezado antes de cenar. Helo aquí:

Aseguro a Vuestras Señorías que vuestro sargento mayor se ha tomado muchos trabajos para adiestrar a vuestras tropas. Levantándose temprano y acostándose tarde, ha ideado el medio de proteger los intereses de Vuestras Majestades contra los intereses y las acusaciones que los plantadores de la isla han presentado.

Algunos días después, un barco pequeño llegó a Bridgetown con buenas noticias. Con el deseo de inspirar sus fuerzas, Willoughby indicó a Oldmixon y a Tatum que reunieran a tantos plantadores caballeros como fuera posible. Cuando tuvo ante sí a los principales de la isla, les informó:

-El príncipe Rupert, sobrino del rey, el estratega que dirigió todas las batallas ganadas por los monárquicos, ha sido nombrado almirante de la flota. Es leal a nuestro nuevo rey, exiliado en Francia, y se encamina hacia aquí para salvarnos de Ayscue y de sus Cabezas Peladas.

Esta información fue recibida con fuertes vítores, pues no había militar viviente en el mundo entero que disfrutara de tan excelsa reputación como el apuesto príncipe, a quien el destino sonreía. Su presencia en el Caribe podía representar grandes cambios. Al continuar la reunión, los Caballeros se iban convenciendo, con cada vaso de cerveza consumido, de que Rupert castigaría a Ayscue y pondría fin a la guerra inminente aun antes de que hubiera comenzado.

-Todo acabará hacia las Navidades -predijo Oldmixon, en voz muy alta.

Y mientras los otros hacían interpretaciones aún más extravagantes sobre lo que podía significar la llegada de Rupert, los animados caballeros se dispersaron.

Willoughby, al quedar a solas, musitó: Bien puedo morir en esta isla, pero jamás la entregaré. Ayscue tendrá que combatir si quiere desembarcar, ganarme palmo a palmo. ¡Oh, qué vergüenza sería que a mí me tocara perder esta isla celestial! ¡No seré yo, no!

Su mente giró hacia el príncipe Rupert. Lamentaba profundamente no tener un Caballero local en quien confiar, pues quería revelar las sospechas que lo acosaban. No podía analizar cuestiones delicadas con Thomas Oldmixon, que era demasiado engreído y vocinglero, y carecía de juicio. y con Isaac Tatum no le atraía en absoluto conversar de cuestiones serias: demasiado servil, demasiado codicioso. Movi6 la cabeza, pensando en estos dos calificativos: ¿Se puede decir algo peor de un amigo?

Por lo tanto, se vio obligado a evaluar las pruebas inminentes sin consejo ajeno, y sus conclusiones resultaron lúgubres: El príncipe Rupert es hombre gallardo. Yo encabecé sus tropas en tierra dos veces, durante sus grandes cargas de caballería, y en una oportunidad serví con él en el mar. Era un verdadero hombre, tan hermoso como sus uniformes. Pero ... ¡Rupert como almirante! Dios mío, dudo que sepa distinguir la proa de la popa. A caballo es un genio. En un barco, a cargo de diez ó doce barcos más, un perfecto idiota. Esta noche estamos en un grave problema. Dioses de la guerra, orad por mí.

Sus predicciones con respecto a la capacidad naval de Rupert resultaron acertadas. Tras una, inconsciente pérdida de tiempo, cuando el genio de la caballería decidió finalmente encaminarse al rescate, de Barbados, tropezó con pequeños problemas, tales como los que su navegante informaría más tarde:

Cuando estábamos a unas cincuenta leguas al este de Barbados, en lo que me pareció una dirección perfecta, un vigía divisó un barco pequeño, que podía ser holandés y estar muy cargado, por lo tanto navegamos tras él. Pero

resultó más veloz y no lo alcanzamos. Durante esa persecución, al barco del almirante Rupen se le abrió una filtración tan grande que nos costó mantenerlo a flote. Al terminar la persecución descubrimos que habíamos dejado atrás nuestro objetivo, pasando junto a Barbados en medio de la noche, sin verla. Viramos hacia atrás, pero no la encontramos, y las tropas que llevábamos para defender la isla no tuvieron empleo.

Peor aún: Rupert, en busca de Barbados, llevó su escuadra de cabeza a la cola de un huracán caribeño proveniente de la Martinica. En las violentas sacudidas, sus barcos perdieron gran parte de las fuerzas que llevaban. Entre esos hombres se perdió Maurice, su hermano, que también era militar de tierra. Lleno de oprobio, el almirante volvió a Europa, dejando Barbados peor que al iniciar el viaje con idea de salvada.

El almirante Ayscue fue notablemente más eficaz que el príncipe Rupert, pero, aun así, necesitó de todo un año -entre octubre de 1650 y octubre de 1651- para organizar, reunir y adiestrar a su flota, de siete navíos y dos mil soldados, y cruzar el océano hasta Barbados. Mientras tanto, los isleños continuaron su existencia, ignorantes de que descansaban sobre un tonel de pólvora negra con una mecha muy larga, pero que ardía resueltamente hacia el punto de explosión. Lord Willoughby seguía organizando recepciones en su tosca mansión; donde los plantadores ricos, que vendían subrepticamente sus cosechas de caña azucarera a los barcos de Holanda, se aseguraban mutuamente: «Ese idiota de Ayscue no llegará con sus barcos a nuestra bahía. Los Cabezas Peladas, como Saltonstall, soportaban Cada vez una mayor presión.

Pero la aparente tranquilidad de los Caballeros no podía disimular la inquietud que también ellos sentían viendo que transcurrían los meses y no aparecían en el horizonte las naves de los Cabezas Peladas, en tanto que los partidarios del Parlamento se preguntaban con visible irritación: «¿Acaso esas naves no piensan llegar jamás? ... Mientras, ambos grupos asistían a los servicios dominicales de sus respectivas iglesias, tal como exigía la ley. Los miembros de la Iglesia Anglicana eran diez veces más numerosos que quienes se reunían en las dispersas capillas destinadas a los disidentes como los metodistas y los cuáqueros. Barbados seguía siendo una isla bella, una de las más bellas, pero ya no ofrecía serenidad.

La tensión no afectaba al joven Will Tatum, de dieciséis años, que disfrutaba de su pequeño cuarto sobre la tienda de los Pennyfeather, en la calle mayor de Bridgetown. Su hermana era una persona bondadosa y toleraba sus peculiaridades como su cuñado, más estricto, nunca había podido hacerlo. A Will, la vida cerca del puerto le ofrecía entusiasmo y libertad. Allí podía apreciar por primera vez el ordenado talante holandés de los edificios de Bridgetown; algunos de los cuales eran bloques de piedra muy dignos, coronados de tejados rojos, mientras que otros, como la tienda de los Pennyfeather, estaban constituídos de madera oscura. Pero era feliz porque en la acera de enfrente, en la pulcra tienda de James Bigsby, a la vez carnicería, panadería y bazar, vivía Betsy, la hija del tendero, que tenía catorce años. La sonrisa tranquila y las cuidadas trenzas de la muchacha aceleraban el corazón de muchos jóvenes. Era una niña sobria, reservada en público y de hablar suave con los amigos. Nunca coqueteaba descaradamente como otras niñas de la clase media de Barbados, y daba cierta sensación de bienestar dondequiera que estuviese. No era tan alta como Will y, según pensaba él, cada vez que podía detenerla en la calle para cruzar unas palabras, se complementaban perfectamente. Con frecuencia soñaba tenerla

consigo en una casa de cuatro habitaciones sobre una tienda pequeña, tal como vivían Nell y Timothy en la suya.

La naturaleza ofrece pocos espectáculos tan bellos y tranquilizadores para el espíritu humano, como la conducta de una niña bonita, de catorce años, apenas consciente de sus poderes, que desea atraer la admiración de un muchacho de dieciséis. Danza suavemente por la calle de la aldea; se torna más atractiva de diez maneras distintas; hace más grave la voz y deja que sus ojos enloquezcan, enviando mensajes nuevos y asombrosas promesas, antes nunca soñadas. Ese año, los ciudadanos de Bridgetown observaban con divertida aprobación a la preciosa hija, del tendero, que practicaba con el joven Tatum sus primeras armas en el arte de la coquetería.

Will, incitado por esta experiencia, se sentía movido a reflexionar sobre tales asuntos por el hecho de que su hermana, ese otoño, estaba embarazada. Al muchacho le maravillaba que pudiera caminar y atender a los clientes con semejante carga.

Cuanto más estudiaba a Nell, más apreciaba a Betsy. La imaginaba igualmente cargada con un hijo de él. Fue un periodo confuso e instructivo en su vida. Para aumentar su perplejidad, llegó a puerto el Stadhouter del capitán Brongersma. Cuando él cogió un bote de remos, para ser el primero en Saludar al intrépido mercader, descubrió que el capitán estaba mucho más serio.

-Tuvimos una triste aventura después de nuestra última conversación, muchacho. Ví una rica presa española, la alcanzamos con facilidad, y la abordamos, como de costumbre. Mientras yo conducía a nuestros hombres, súbitamente salió de la nada una compañía de soldados bien armados, que habían permanecido ocultos hasta entonces.

Y quiero mostrarte lo que ocurrió.

Llevó a Will a la cubierta y le enseñó unas manchas descoloridas por el sol. Eran restos de la sangre holandesa que habían derramado los soldados españoles, invirtiendo los papeles al abordar el Stadhouter, con mortíferos resultados.

-Pudimos haber perdido nuestro barco :-continuó Brongersma, tristemente, cuando regresaron al camarote. Pero ante esa amenaza nuestros hombres demostraron su valentía. A puñal; a espada, disparando sobre ellos ... los obligamos a volver a su barco. Ellos navegaron hacia Sevilla, nosotros, como pudimos, hacia Amsterdam.

Esa conversación impresionó profundamente a Will Tatum. En los días siguientes, las gentes de Bridgetown veían al muchacho detenerse de pronto, en medio de cualquier sendero, para trabarse en imaginario combate contra los españoles: «A puñal, a espada, disparando sobre ellos ... los rechazamos». En ningún momento se representó la derrota holandesa ni los muertos en la cubierta del Stadhouter, sólo podía pensar en la gloria. Pero tanto se obsesionó, con ese relato que, un día, decidió llevar a Betsy Bigsby al barco. El capitán Brongersma se prendó.

-¡Qué linda señorita ... ! ¡Qué trenzas tan doradas ... ! ¡Ah, si tuviera una hija como tú!

Pasó casi una hora mostrándole los recuerdos que había acumulado en sus recorridos por diversos mares. Cuando ella le preguntó por los embargos impuestos, el capitán respondió:

-¿Ves a ese hombre, allí arriba? Está alerta a la llegada de las naves de guerra inglesas. Cuando ve una, grita: «¡Peligro al oeste! ... Y marchamos a toda prisa, pues este barco es más veloz que los ingleses.

-Pero si estáis fuera de la ley -preguntó ella, con su vocecita inquisitiva-, ¿por qué os reciben tan bien los ingleses de estas costas?

-¿A qué se dedica tu padre, jovencita? -preguntó él.

-Vende de todo en la tienda de la calle mayor.

El capitán se echó a reír.

-¡Ah, sí! Pregúntale, pues, a tu padre por qué se alegra tanto cuando me ve llegar.

-¿Creéis que no lo sé? -susurró ella, mirándolo encantada.

Will también quería preguntarle sobre la lucha contra los españoles.

El filibustero holandés, en respuestas agudas y breves, resumió lo que era la vida a bordo del Stadhouter:

-Quince días de navegación al sol, trabajando sin cesar. Diez días de calma, hay que remar como demonios. Tres días en una tormenta, achicar y rezar. Luego divisamos un barco español, pero no logramos alcanzarlo. Por fin alcanzamos otro, pero está custodiado por soldados. Huimos de una patrulla inglesa. Finalmente, si Dios lo quiere, damos con un navío español sin protección, cargado de plata, Entonces el largo viaje vale la pena. -Bajó la voz-. Pero sólo si uno tiene el valor de abordarlo cuando llega el momento.

Betsy Bigsby, que escuchaba con atención, se estremeció al pensar en la sangre, pero por el rabillo del ojo vio que Will se inclinaba hacia delante, entusiasmado, con los ojos encendidos. Cuando abandonaban el barco, la niña dijo:

-Creo, capitán, que habéis encontrado a otro marinero. y Brongersma rodeó a Will con un brazo.

A mediados de 1651 se aceleró el tiempo en Barbados. La aprensión por lo que podría ocurrir cuando llegara la flota de Ayscue indujo a los Caballeros que rodeaban a lord Willoughby a promulgar duras medidas, que él no habría propuesto por propia voluntad. Se apartó de los cargos importantes a todos los Cabezas Peladas identificados, los Caballeros se organizaron en regimientos y se adiestraron en tácticas para rechazar a las fuerzas de tierra. En una medida que

horrizó a la isla, los líderes Cabezas Peladas fueron deportados a Inglaterra. Will Tatum interrumpió su discreto cortejo a Betsy Bigsby por el tiempo necesario para cabalgar hasta la plantación de Henry Saltonstall, al este de la ciudad, y despedirse del honorable hombre, que debía abandonar la casa de piedra construida por su padre. Los dos se despidieron al borde de las lágrimas.

-Cuida de la plantación -dijo Saltonstall, después de montar a caballo. Y se marchó hacia el puerto, hacia el exilio. . . Antes de que la nave hubiera levado anclas, Isaac Tatum se presentó con Clarissa para reclamar la propiedad de Saltonstall: Traía consigo un certificado de que «la propiedad antes conocida como Casa Sálton Stall, ocupada por el notorio traidor Henry, del mismo apellido, es entregada en dominio a Isaac Tatum, leal servidor del rey Carlos II y oficial del Regimiento de Sotavento, quien será su dueño a perpetuidad, así como sus herederos». Esa noche, los Tatum durmieron en su nueva casa, cada uno soñó con los interminables honores de años venideros, pues cuando las tierras de Saltonstall fueron añadidas a las ya adquiridas por él y Clarissa, el matrimonio poseería una de las tres o cuatro haciendas más grandes de Barbados, colmadas de caña azucarera.

Pero cuando ciertos amigos Cabezas Peladas dieron a Will Tatum, que dormía en su cuartito sobre la tienda, la noticia de que su hermano se había apropiado de la casa y las tierras de Saltonstall, el muchacho pidió prestado un caballo para ir a la propiedad. Cuando llegó, aporreó la puerta hasta que apareció su hermano.

-¿Qué has hecho, Isaac? -preguntó Will.

-S6lo lo que la ley ordena. Henry Saltonstall es enemigo declarado del rey y ha sido deportado para siempre. Sus tierras fueron confiscadas y entregadas a mí, por ser un servidor leal.

Will se indignó tanto por esa conducta arrogante que saltó contra su hermano. Se habría producido un grave altercado de no aparecer Clarissa, en camisón, gritando:

-¿Qué haces, Will?

-Cuando los ánimos se serenaron, dio un sobrio consejo a su cuñado:- Te he estado observando, Will. Vas a tener problemas, problemas muy graves: Barbados será de los Caballeros, ahora y por siempre, y no habrá lugar para ti. ¿Por qué no te vas, como Saltonstall y los otros?

Will apretó los dientes.

-Me habéis robado mis tierras, tal como robasteis a otros que no podían protegerse. Pero, por Dios lo juro, no permitiré que os quedéis con la tierra del señor Saltonstall. No lo voy a permitir.

Mientras marchaba a grandes pasos hacia su caballo, oyó una amenaza de su cuñada:

-Has usado el nombre de Dios en vano, Will. Tendrás que responder ante las autoridades de la Iglesia.

En los días siguientes, mientras Will buscaba inútilmente algún modo de revertir la usurpación de la propiedad, olvidó la amenaza de Clarissa, pues Nell estaba a punto de dar a luz. Fue él quien corrió en busca de la partera y atendió la tienda hasta que el bebé nació, y él quien estuvo junto al lecho cuando pusieron al crío en los brazos amorosos de su hermana.

-Se llamará Ned. Si algo le pasa a Timothy, debes cuidar de él. Los dos se estrecharon la mano, y Will se inclinó para apretar los diminutos dedos del pequeño; como para confirmar que su sobrino estaba bajo su responsabilidad.

Esa noche, Will, sumido en un torbellino de dicha y tensión, vagó por las calles de Bridgetown, observando las bonitas casas, las prósperas tiendas y las tranquilizadoras naves inglesas, que llegaban a Barbados cargadas de mercancías y salían del puerto con las bodegas llenas de azúcar. Pese a la amenaza de una guerra naval, el comercio debía continuar. Hablando en voz alta consigo mismo, trató de aclarar los pensamientos que se le arremolinaban en la cabeza: No quiero ir al exilio, como el señor Saltonstall. Me gusta esta isla. y no quiero dejar a Betsy. Además, si llegan las naves prometidas, ciertos Caballeros van a recibir una buena lección.

En ese momento estaba casi decidido, a caminar hasta el lado de barlovento, donde varios Cabezas Peladas formaban un regimiento para enfrentarse a los Caballeros, si estallaba la lucha. Pero recordó sus conversaciones con el filibustero holandés. ¡Ésa sí que era vida. En un barco como aquél, un hombre animoso podía tener aventuras. Luego se impuso el sentido común: Prometí a Nell que cuidaría de Ned y además, quiero cuidar de Betsy, si ella me acepta. Por fin se planteó la pregunta principal, que atormentaba a tantos isleños en esos días: ¿qué hacer cuando llegasen los barcos de los Cabezas Peladas?

El suspenso terminó el 10 de octubre de 1651, cuando los siete barcos del almirante Ayscue, con dos mil combatientes a bordo, se acercaron a la bahía de Bridgetown y más allá, donde las tropas podían ser desembarcadas sin oposición. Estaba a punto de iniciarse la gran batalla entre los Caballeros de tierra y los Cabezas Peladas de a bordo.

Aunque los gobernantes parlamentarios deseaban humillar a Barbados, para evitar que se extendiera la rebelde llaga de la simpatía monárquica, no enviaron para ese menester a un loco matasiete que desembarcara disparando contra todo cuanto tuviera a la vista. Con elogiada prudencia inglesa, escogieron a un hombre notable por su serenidad, veterano de negociaciones apacibles antes que de grandes despliegues militares. Desde el momento en que sir George Ayscue tuvo Barbados ante sus ojos, actuó con un dominio ejemplar. En realidad, se mantuvo fuera de la costa durante la mayor parte de octubre, todo noviembre y gran parte de Diciembre, con la esperanza de saldar las diferencias por la vía pacífica. Agotada su paciencia por el empecinado desafío de Willoughby, acabó por desembarcar con sus dos mil hombres. Se produjeron algunos combates, en los que no se perdieron muchas vidas. El pobre 'Timothy Pennyfeather, siempre torpe, figuró entre las pocas bajas.

Thomas Oldmixon actuó con gallardía entre los Caballeros, lo mismo hizo Isaac Tatum, pero sólo con el coraje suficiente para que se lo viera en el combate, nunca tan cerca de los Cabezas Peladas que pudieran herirlo. Will Tatum, por su parte, dio heroicos pasos para establecer contacto con las fuerzas invasoras y combatir junto a ellas. Hizo sentir su presencia hasta tal punto que, al

volver los Cabezas Peladas a sus naves, en busca de provisiones y seguridad, lo llevaron consigo como guía. En ese papel, él les informó de la confiscación de la plantación de Saltonstall. "Pronto solucionaremos eso», prometieron los hombres de Ayscue.

Sin embargo, aquella caballerescas guerra no se reanudó, pues tanto Willoughby como Ayscue comprendieron que si bien cada bando podía infligir graves daños al otro, ninguno lograría una victoria militar indiscutible. Por lo tanto, en la segunda semana de enero de 1652, las dos partes se encontraron en una serie de históricas sesiones, que se llevaron a cabo en la Taberna de la Sirena, en la ciudad portuaria de Oistins donde idearon uno de los documentos más justos y sensatos que, jamás pusieron fin a una guerra. En términos graves y conciliatorios, el gobernador y el almirante establecieron los principios por los que se gobernaría, de ahí en adelante Pequeña Inglaterra, isla demasiado bella para ser destruida. Y algunos de esos términos resonarían largamente en la historia británica:

ARTICULO 1: Se permitirá la libertad de conciencia a todos ...

ARTÍCULO IV: Ningún hombre será encarcelado ni privado de sus posesiones sin los debidos procedimientos, según las leyes vigentes de Inglaterra

ARTICULO IX: El pueblo de esta isla podrá comerciar en libertad con Inglaterra y con cualquier Nación que esté en tratos comerciales y de amistad con Inglaterra...

ARTÍCULO XI: Toda persona está en libertad de trasladarse, junto con sus propiedades, cuándo y dónde quiera ...

ARTÍCULO XII: Todos los integrantes de ambos bandos quedarán en libertad y libres de cargos, y todos los caballos, el ganado, los siervos, los negros y otros bienes serán devueltos a sus legítimos propietarios ...

ARTÍCULO XV: Los tres pequeños navíos varados ahora ante Bridgetown seguirán en posesión de sus respectivos propietarios, con libertad de navegar a cualquier puerto, cargados ...

ARTÍCULO XVII: Las personas de esta isla cuyas propiedades hayan sido secuestradas o confiscadas, las recuperarán ...

ARTICULO IX: El gobierno de esta isla lo formarán un gobernador, un concejo y una asamblea, según la antigua y habitual costumbre ...

El artículo XX contenía una previsión desacostumbrada. Puesto que los problemas de la isla, en su mayor parte, habían sido causados por «el lenguaje descuidado, vil y descortés», se promulgaría una ley «con fuertes penalizaciones. que prohibiera «cualquier expresión denigrante, que recuerde o haga referencia a anteriores diferencias y reproche a cualquiera por la causa antes defendida..

En otras palabras: «Hágase la paz en Pequeña Inglaterra y que las viejas enemistades queden sepultadas en el olvido». La estrategia de los dos jefes dio resultado. Los ciudadanos de Barbados continuaban siendo Caballeros o Cabezas Peladas, pero ya no exhibían sus diferencias y nadie insultaba a otros por sus tendencias pasadas. Pero no debe pensarse que de este modo se consiguió depurar o erradicar todas las crueldades de la naturaleza humana, pues cuando Will Tatum, llevando en la mano izquierda una copia del artículo XVII, corrió a la propiedad confiscada de Henry Saltonstall, exigiendo que fuera devuelta a su custodia, Isaac y Clarissa le dijeron que el caso Saltonstall era diferente y que, por acuerdo secreto entre Willoughby y Ayscue, quedaba exento de la amnistía general, junto con otras dos fincas tomadas por Isaac. Como Will, que ya era un joven fornido, amenazó a su hermano, Clarissa le advirtió que podía ir a la cárcel



según los términos del artículo XX, que prohibía el lenguaje rudo contra los antiguos enemigos. A él no le quedó sino retirarse, dejando a su hermano en posesión de las plantaciones robadas.

En los años siguientes, Will asumió las funciones de Tim, su cuñado, haciéndose cargo de su familia y de su tienda. Aún deseaba casarse con Betsy algún día, pero no podía hacer planes al respecto.

Pero en 1658 llegaron noticias jubilosas. Oliverio Cromwell había muerto, y aunque los Caballeros de la isla se indignaron al saber que el implacable enemigo estaba sepultado en la abadía de Westminster, los regocijaron verse libres de semejante amenaza. Hubo festines. Thomas Oldmixon invitó a todos los vecinos que pudieron conseguir un caballo para acudir a su casa y cenar a sus expensas en largas mesas de madera instaladas bajo los árboles. Una banda improvisada tocó marchas. Algunos amigos selectos; como Isaac Tatum y su esposa, se reunieron con él en la tranquilidad de un cuarto trasero, para brindar por algo que ya no parecía tan remoto: «Por el rey Carlos II, el que está en Francia y pronto volverá a Inglaterra». La alegría se adueñó de Barbados.

En realidad, el resurgimiento de los Caballeros dio tanta confianza a Isaac Tatum que, cuando él y Clarissa regresaron a la casa que había sido de Saltonstall, le pidió a su mujer que se sentara a su lado en el espacioso jardín, frente al lejano mar y dijo:

-Cromwell ha muerto. El rey ha de ir ya hacia Londres. Tenemos la tierra necesaria y sesenta y nueve esclavos para atender la caña. El precio del azúcar nunca había estado tan alto. Todo está en orden.

-¿Qué te preocupa?

-Will. El otro día, cuando llevé un regalo al niño, Nell me dijo que Will iba a casarse con esa bonita niña de la tienda de enfrente, donde se puede comprar todo lo que trae el último barco llegado a puerto. No recuerdo su nombre.

-¿Y qué tiene eso de malo?

-Will me da miedo. Se hace fuerte en la comunidad. La gente lo respeta. Si es escuchado, se convertirá en un peligro para nosotros.

-Pero ¿qué puede hacer?'

-Jamás renunciará a esta casa y a estas tierras. Estoy seguro de que está en contacto con Saltonstall, dondequiera que éste se halle.

-Eso está solucionado, Isaac; tenemos papeles de sobra.

-No bastarán, si Saltonstall tiene influencias sobre el nuevo rey.

-Improbable. Era demasiado Cabeza Pelada.

-Fíjate en los Cabezas Peladas que tenemos aquí, en Barbados. Cualquiera diría que fueron ellos quienes ganaron la guerra.

-Creo que sé cómo deshacernos de Will.

Algunos días después, Clarissa fue a Bridgetown para acosar a su cuñado, que atendía la tienda. Después de presentar sus respetos a Nell y a su bien educado hijo, que ya tenía siete años, Clarissa llevó a Will aparte y le dijo:

-En esta isla no hay futuro para ti, Will. Deberías irte a Londres. Allí hay más de los tuyos.

Como él se tomó a risa la sugerencia, la mujer dijo, amenazante: -Muy bien, Will. Ya has tenido tu oportunidad.

Dicho esto, se marchó, pero en vez de regresar a la plantación corrió a la iglesia parroquial, donde buscó al clérigo, que ya la respetaba por su riqueza.

-Tengo tristes noticias, padre. No me gusta decirlo, pero Will, el hermano de mi esposo ...

-Lo conozco. Un joven muy inestable.

-Ha caído en la blasfemia. Abusa caprichosamente del nombre del Señor.

-Es una grave acusación, señora . ¿Queréis prestarla formalmente?

-Sí -respondió ella, severa.

-¿Os dais cuenta de que esto representaría el cepo para vuestro hermano? -dijo con cierta vacilación ,el clérigo después de reflexionar.

-Creo que también debería ser estigmatizado -añadió ella con obvio afán de venganza, para horror del párroco-. Así recordará las buenas costumbres.

-No, señora, eso sería demasiado duro -contestó el eclesiástico ante tan horrible, castigo. Pero ella insistió, y él tuvo que tomar en cuenta la posición de la mujer en la comunidad y la suya propia. Al fin consintió--: Lo propondré a las autoridades.

Esa noche, al llegar a casa, Clarissa dijo a su marido:

-Estoy segura de que hemos aplastado a esa serpiente. Tu hermano no podrá volver a mostrar la cara en Barbados.

La iglesia establecida en las islas inglesas disfrutaba de un papel especial e importante: Era la guardiana de la ortodoxia y de la propiedad; apoyaba al gobierno, sobre todo si se trataba de la realeza; y, puesto que en las islas nadie tenía imprenta, servía para propagar las noticias oficiales. De ahí la frase que aparecía al pie de todos los documentos: «Léase por tres domingos en todas las iglesias parroquiales». Y en una época en que la blasfemia era pecado capital, protegía también la moral pública.

Así pues, cuando Clarissa Tatum acusó a su cuñado de blasfemia, las autoridades de la iglesia de Sto Michael tuvieron que escuchar, y cuando hubieron acumulado pruebas suficientes contra el joven, las presentaron a los magistrados, quienes lo sentenciaron a «la estigmatización y a dos horas en el cepo público,

donde se cruzan las calles principales de Bridgetown», Allí, un caluroso miércoles, a las diez de la mañana, se preparó una fogata, con tanta yesca que no dejara de levantar buena llama, cuando el fuego cobró altura, Will Tatum fue conducido al cepo cercano, donde le sujetaron la cabeza y las muñecas en la estructura que lo inmovilizaría. Mientras la población observaba, algunos con horror, otros con sombría satisfacción, un funcionario de la iglesia hundió entre las llamas el hierro con la marca B, de blasfemo. Cuando estuvo al rojo, lo apretó con fuerza contra la mejilla izquierda de Will, donde siseó hasta que la herida sangró, de modo que la cicatriz del estigma sería imborrable. Will se desmayó, entre gritos de horror y de júbilo por el triunfo de la virtud.

El mozo permaneció inconsciente media hora, pero las moscas, cebadas en la herida y los ojos, lo obligaron a revivir; y el palpitante dolor continuó. Forzado a escuchar las burlas del público, mientras su propio hermano y su cuñada pasaban a caballo, mofándose de él, permanecía al sol, con la cabeza expuesta, padeciendo una agonía pública que no estaba destinada a pecados sin importancia, como los suyos. Sólo tuvo en su desgracia la ayuda de Nell y Betsy, dos valientes mujeres que se arriesgaron a la censura pública por llevarle paños húmedos para refrescarle el rostro, ungüentos para suavizar la herida.. También le acercaron cazos de agua fría para aliviarle la sequedad de los labios. Nell fue la primera en acercarse a él, y cuando ella se retiró, oyendo las protestas de la multitud, Betliy acudió con pócimas y miradas tiernas, dejándole saber que era amado.

A las dos de la tarde lo liberó un sacristán. Algunos espectadores se preguntaron qué haría. En ciertas ocasiones memorables, los hombres así castigados iban directamente a los funcionarios eclesiásticos que los habían condenado al cepo y los golpeaban sin piedad, En una ocasión, el inculpado golpeó al denunciante con tal crueldad que lo mató, por lo que fue ahorcado. Al acercarse al patíbulo, el condenado había gritado a todo pulmón: «Ojalá esta isla se pudra en el infierno». y habría seguido maldiciendo si el verdugo no le hubiera atado con fuerza la capucha negra.

Will Tatum no hizo nada parecido. Con una tensa sonrisa en la cara marcada y dolorida, marchó por entre la muchedumbre silenciosa hasta la tienda de su hermana. Subió la escalera, besó a Nell y le dio las gracias. Luego estrechó la mano del joven Ned, diciendo:

-Ya volveré para cuidar de ti. Entonces desapareció escalera abajo. Continuó por la calle hasta la costa, sin haber tenido valor para despedirse de Betsy Bigsby. Con la mejilla para siempre marcada con la detestable B, llamó a los remeros del Stadhouderskerk, que aún estaba en el puerto. Una vez a bordo se presentó al capitán Brongersma.

-Quiero combatir contra, los españoles. No se le volvió a ver en Barbados.

En los largos años siguientes pensaría en Betsy antes de atacar a un galeón español, en una cárcel de la Península Ibérica y mientras atravesaba una selva pantanosa. Con los ojos de la mente la vería siempre hermosa, con veinte años, cintura estrecha; trenzas y ojos centelleantes. Ella estaría a su lado en cien escenarios diferentes, siempre igual, siempre queriéndola con su recuerdo, sin envejecer jamás. Y él la atesoraría como el recuerdo más puro de una isla que no lo había tratado bien, tal vez porque él no la respetaba como su hermano. Esa

noche, al abandonar Barbados, comprendió que estaba tomando una decisión de vital importancia. Perdía a Betsy Bigsby y tal vez no volviera a verla jamás.

En 1660 llegó la noticia que Barbados esperaba con tantas ansias: Carlos II había sido ungido rey de Inglaterra, encaramado sobre la Piedra del Destino, para simbolizar que también era rey de Escocia. Hubo grandes celebraciones, de las que participaron hasta los renuentes Cabezas Peladas. El alivio era general: en la Pequeña Inglaterra todo estaba volviendo a la normalidad.

Como prueba de que todos deseaban olvidar las antiguas animosidades, a finales de 1661 llegó a Bridgetown un documento que dio gran alegría a la isla: «Su Majestad, el rey Carlos II, ha tenido el placer de conceder a sus fieles servidores de Barbados siete baronías y seis títulos de caballero». La gente se arracimó ante la Casa de Gobierno, para averiguar a quién habría que llamar «sir» en adelante. Los ciudadanos de más edad explicaban a los más jóvenes: «El título de barón pasa de generación en generación dentro de la misma familia; el de caballero, en cambio, expira a la muerte de quien lo recibe».

Las siete baronías causaron gran agitación, pues cuatro de ellas beneficiaban a Caballeros que, desde el primer momento, habían sido leales al rey, mientras que las otras tres eran para Cabezas Peladas que habían servido honrosamente a la causa del Parlamento, para inclinarse al fin ante la voluntad popular. Si algún gesto en este problemático periodo dio prueba del deseo inglés de cerrar viejas heridas, fue ese reparto de honores entre victoriosos y vencidos a partes iguales.

En la lista de los barones el primero era, por supuesto, sir Thomas Oldmixon, quien nunca había vacilado en su lealtad, sin abandonar por un instante la defensa de su rey, fuera en el debate o en la guerra. Su elección fue largamente aplaudida, al igual que la de sir Geoffrey Wrentham, otro valiente defensor del monarca. Pero hubo alabanzas casi iguales para el primero de los Cabezas Peladas: sir Henry Saltonstall, cuyo paradero se ignoraba..

Cuando se inició la lectura de los seis títulos de caballero, Isaac Tatum y su esposa parecieron quedar petrificados. Sabían que su tenaz defensa del rey, así como su posición social y económica en la isla, les daba derecho al reconocimiento. Poseían una de las plantaciones más grandes, los embarques de azúcar que enviaban a Inglaterra no tenían igual entre los otros del Caribe. En la guerra habían luchado con bravura, aunque brevemente, en favor del rey. Por tanto, era lógico albergar esperanzas, aunque sabían que a veces las cosas salen mal.

Los dos primeros nombres fueron los de Caballeros bien conocidos: sir John Witham y sir Robert Le Gard. No sorprendía a nadie, pero los dos siguientes fueron de antiguos Cabezas Peladas. Los Tatum empezaron a sudar. Luego se oyó la clara voz del empleado: «Sir Isaac Tatum». El nombrado habría perdido el sentido si su esposa no lo hubiera sujetado con firmeza por el brazo.

Algunas semanas después llegó de Londres otra noticia que alegró los corazones de los Caballeros isleños: «La furia de la muchedumbre no pudo ser

contenida. Al grito de "La abadía ha sido mancillada", la gente corrió a Westminster, abrió la tumba de Oliverio Cromwell, desenterró su cadáver y lo arrastró por las calles hasta llegar a un patíbulo, donde lo colgó por los crímenes que en vida había cometido». Cuando se confirmó la noticia y se supo que ese relato de venganza era cierto, las campanas de la iglesia se echaron al vuelo. En ciertas parroquias se ofrecieron plegarias de perdón.

Resulta difícil explicar cómo pudo escapar a la guerra civil esta pequeña isla, tan dividida por ideologías diferentes, pero un funcionario del lugar sugirió algunos hechos interesantes: «Desde el principio quisimos que Barbados fuera un refugio para quienes ofrecieran ideas nuevas, ya fueran religiosas o comerciales. Por eso recibimos de buen grado a los mercaderes, holandeses y a los cuáqueros, y también invitamos a los hugonotes, cuando Francia los expulsó. Saltonstall, antes de abandonar la isla, fue autor de la ley que admitía a católicos y judíos, aunque añadió una advertencia: «... siempre que no cometan escándalo público en nuestros días de culto». Prueba de esta compatibilidad fue lo que ocurrió en una cena de gala, celebrada poco después del ahorcamiento del difunto Cromwell.

Durante años enteros la isla había estado al borde de la guerra y la invasión, mientras sus habitantes reñían entre sí y todos sufrían verdaderas privaciones. Sin embargo, poco tiempo después de terminadas las hostilidades se hizo una fiesta deslumbrante. La describió muy bien un visitante francés, quien por no ser Caballero ni Cabeza Pelada, redactó un informe que puede aceptarse como correcto:

Tuve la suerte de conocer a sir Thomas Oldmixon, recientemente nombrado barón, pues él me anunció que otro caballero, sir Isaac Tatum, ofrecería a la tarde siguiente a sus seguidores una «fiesta magistral», según sus propias palabras. Cuando le pregunté qué se festejaba, respondió que el ahorcamiento de Oliverio Cromwell, y me explicó que el cadáver había sido retirado de la abadía de Westminster para su profanación, cosa que me pareció muy poco inglesa.

Anoche cabalgué hasta la plantación de sir Isaac, quien había invitado a unos cincuenta amigos a una fiesta en honor de los recién nombrados sires. El y su esposa tenían dispuestas unas mesas, atendidas por unos treinta esclavos de uniforme, quienes sirvieron a los huéspedes una variedad de platos ante la cual Lúculo se habría retorcido de envidia. Al pasar el noveno o décimo plato, cuando se me hizo evidente que aún faltaban muchos, pedí permiso a nuestro anfitrión para hacer una relación. Temía que él se resintiera, considerándome un entrometido, pero creo que estaba orgulloso de la variedad que ofrecía. Para esa ocasión había matado a un buey, cuya carne sirvió de catorce maneras diversas: los cuartos traseros, hervidos; el lomo y el costillar, asados; las quijadas, al horno; la lengua, las tripas y otras menudencias, picadas y en pasteles sazonados con sebo, especias y chicharrones; también había un plato de huesos con caracú. Luego se sirvió un budín de patatas, raciones de cerdo, pollos hervidos, paleta de cabrito, lechón, ternera rellena, paleta de cordero, pastel de cabrito, liebre, paleta de ternera con salsa de naranjas, limones y limas, tres pavas, dos capones, cuatro patos, ocho tórtolas y tres conejos.

Como carnes frías habla pato a la moscovita, tocino a la Westfalia, lengua seca, ostras encurtidas, anchoas, caviar y las mejores frutas: bananas, guayabas, melones, peras, manzanas en natillas y sandías. Para beber, coñac,

whisky, vino rosado, vino blanco, vino del Rin, jerez, vino de las Canarias, de Fiall y otras bebidas espirituosas traídas de Inglaterra, que no reconocí.

El anfitrión nos ofreció a todos una bienvenida tan alegre y cordial como cualquier hombre de estas islas puede ofrecer a sus mejores amigos. Lo que me asombró fue que, en este caso, entre sus amigos incluía a todos sus enemigos anteriores, sobre todo a aquellos Cabezas Peladas que habían sido nombrados caballeros al mismo tiempo que él. Me dicen que llaman a esta isla Pequeña Inglaterra, pero cuando uno está en manos de sir Isaac se conviene en la Gran Inglaterra.

Esa noche, cuando los invitados se hubieron ido y los esclavos de los Tatum, incluido el cocinero, hubieron terminado con los restos del banquete, sir Isaac y lady Clarissa, sentados en su bello jardín delantero, contemplaron los tejados de Bridgetown, que centelleaban a la luz de la luna. Varios barcos se mecían en la bahía, dos de ellos mostraban luces que creaban senderos de plata en el agua. Una sensación de serenidad invadió a los dueños de aquella magnífica plantación. Por fin Clarissa dijo; reflexiva:

-A veces me pregunto qué hará Will en una noche como ésta.

Si le hubieran dicho que su cuñado estaba en ese momento en una prisión española, esperando a que lo quemaran vivo, no habrían comprendido cómo había llegado el muchacho a ese fin ni qué significaba.

Sir Isaac no se preocupaba por las andanzas de su inquieto hermano:

-Olvídalo. Fue un inútil desde el principio. Sin duda, sigue siendo un inútil. Además, poco antes de la cena recibí una excelente noticia.

Su esposa se inclinó para escucharlo, pues disfrutaba con los triunfos de su esposo; sabía que lo había ayudado a alcanzarlos.

-Los empleados que rastrearon a Henry Saltonstall para informarle de su nombramiento y de que, por el acuerdo que puso fin a nuestra guerra, podía reclamar su antigua plantación, recibieron de él esta respuesta: «Al diablo; Boston es mejor, pese a la nieve».

Los dos guardaron silencio durante un rato, reflexionando sobre las turbulentas tempestades que habían invadido la isla en tiempos recientes. Por fin, al llevar a su esposa a la cama, sir Isaac dijo con justificado orgullo:

-Estando tan alto el precio del azúcar y dado el modo en que se reproducen nuestros esclavos, estas tierras, por las que apenas pagamos noventa libras, valen ahora más de noventa mil, gracias a nuestros cuidados: -y cuando su esposa le aferró el brazo para demostrar su aprobación, añadió-: En medio de las peores confusiones, nosotros conservamos el equilibrio, preservando las antiguas virtudes y demostrando a todos los testigos que éramos, en verdad, Pequeña Inglaterra.

## VI

### EL BUCANERO

Hacia el siglo XVII, la ciudad mediterránea de Potosí, situada en la parte oriental del Perú y rodeada de montañas, era uno de los asentamientos más ricos de las Américas. Su gran riqueza se basaba en las minas de plata que había en sus montañas; no existía en el mundo nada comparable. En el escudo de armas de la ciudad se leía: «Rey de todas las montañas y envidia de todos los reyes»:

En la mañana del 6 de octubre de 1661, el superintendente Alonso Esquivel, responsable de una de las fundiciones de plata más grandes del lugar, ordenó a sus esclavos incas que rompieran los costados del molde en el que habían dado forma al último lingote. Así lo hicieron, quedando a la vista un hermoso lingote de unos veintidós centímetros de espesor.

No brillaba, pues la plata no era completamente pura, y, además, el molde de madera en donde se había formado no estaba pulido; pero a la luz del día su bella superficie, aunque tosca, tenía el indudable aspecto de la riqueza. Una vez purificados en las fundiciones de España o los Países Bajos, los lingotes servirían para hacer objetos de gran valor o monedas de plata, con las cuales se costearían las aventuras del rey en los campos de batalla de Europa.

Esquivel, una vez cubierta su cuota de lingotes y verificado el peso de los ciento diecinueve, orgulloso de haber, cumplido los deseos del virrey del Perú, cogió un pincel impregnado en tinta negra y marcó el último con el número codificado P-663, que lo identificaría como cumplimiento del pago total de la contribución de Potosí en 1661.

Cuando las cincuenta mulas estuvieron cargadas, los muleros se pusieron junto a las testas de sus bestias, y los treinta soldados armados, con cascos relucientes, aguardaron las órdenes del capitán a cargo. Esquivel hizo la venia, resonó un clarín, y la preciosa carga inició su largo trayecto por las montañas, descendiendo hacia el puerto marítimo de Arica, a más de quinientos kilómetros de distancia.

Al principio, la antigua calzada, con amplitud suficiente para permitir el paso de dos caravanas similares cruzaba terrenos abiertos, donde el peligro de asalto era mínimo. Allí, los soldados podían relajarse, llevando de cualquier modo sus pesadas armas; en los últimos noventa kilómetros, en cambio, el terreno se tornaba escarpado y densas arboledas dificultaban el avance. La caravana tenía que pasar por túneles de ramas entrelazadas y la fila se estiraba tanto que cada

mula no podía ver más que el rabo de la precedente. El peligro de asalto era enorme en esa zona, de modo que cada soldado vigilaba dos mulas, la que tenía a su lado y la que iba delante.

El 10 de noviembre de 1661, el capitán al mando de la expedición suspiró aliviado: sus cincuenta mulas habían llevado el tesoro, intacto, hasta los muelles de la ciudad de Arica, donde se cargó rápidamente en el pequeño galeón español, La Giralda de Sevilla. El barco izó velas inmediatamente hacia El Callao, puerto marítimo que servía a Lima, la cercana capital del Perú. Los mil cien o mil doscientos kilómetros que constituían esa etapa del viaje se recorrieron sin dificultades, pero en El Callao sucedieron cosas importantes: el virrey bajó para inspeccionar el galeón; se certificó el número y la calidad de los lingotes; los funcionarios que iban, hacia España embarcaron; se añadieron a la carga las barras de oro procedentes de las minas del norte peruano, y un pelotón de soldados subió a bordo para custodiarla.

En El Callao perdieron siete días, pero el 2 de diciembre de 1661 el Giralda zarpó hacia la ciudad de Panamá, en el gran océano Pacífico. Eran dos mil cuatrocientos kilómetros peligrosos, pues en esas aguas solían atacar los piratas franceses e ingleses, sabedores de que los galeones procedentes de Lima llevaban casi siempre grandes cargamentos. Capturar un galeón con rumbo hacia el norte justificaba diez años de infructuosos vagabundeos, por eso los soldados españoles permanecían alertas y hasta los pasajeros con título nobiliario se ofrecían para montar guardia. Y el capitán les recordaba: «Fue en estas aguas donde Francis Drake capturó al gran Cacafuego en 1978».

Una vez más, el viaje fue tranquilo y, tras cincuenta y seis días de navegación, el lingote P-663 descansaba en el puerto de Panamá, donde se concentraban las vastas riquezas de la América española. Panamá era una ciudad capaz de excitar la imaginación, donde había almacenes llenos de oro y plata, donde cada casa guardaba su buena porción de monedas, y donde se amontonaban ricas mercancías importadas de España, Francia y los Países Bajos, en espera de un posterior envío a las ciudades y pequeñas poblaciones del Perú. En aquellos tiempos no se la habría llamado entrepot -ciudad portuaria que servía de rápido paso a las mercancías-, porque Panamá era un reino por derecho propio, centro de un imperio increíblemente rico, que alimentaba al este y al oeste, al norte y al sur. También era una de las ciudades más grandes del Nuevo Mundo y una de las mejor defendidas, pues, tal como se jactaba el gobernador, «si Drake no pudo someterla en 1572, cuando sólo contaba con unas magras fortificaciones, ¿qué posibilidades tendría hoy cualquier otro invasor?».

El Giralda necesitó una semana para vaciar sus bodegas, y habrían hecho falta dos, pero el gobernador fue al puerto para apremiar a la tripulación. La caravana de mulas que llevaba el tesoro a través del istmo tenía que partir a principios de febrero, para reunirse con los galeones españoles que llegarían a Porto Bello, en el lado caribeño. Así pues, el 8 de febrero de 1661, tras una



estancia demasiado breve para apreciar las maravillas de Panamá, los funcionarios del Perú supervisaron la carga de la caravana y ésta se puso en marcha a través del istmo. La senda entre el Pacífico y el Caribe era de sólo noventa kilómetros, pero todavía resultaba tan infranqueable como cuando, Drake había luchado por recorrerla. Aún había troncos podridos bloqueando el camino, pululaban serpientes y animales salvajes, y si un soldado se lastimaba una pierna, la herida podía no cicatrizar debido a la infección producida por las materias en descomposición.

Hacia el final del viaje, con la hermosa Porto Bello a la vista, el peligro no desaparecía, pues la ciudad era en sí pestilente. Al salir de la selva, los soldados que veían la población por primera vez se detuvieron en la ladera de la colina y contemplaron, boquiabiertos, los barcos que se arracimaban en el puerto esperando sus respectivos cargamentos de oro y plata, los grandes almacenes que bordeaban la costa y la hilera de cañones que sobresalían de las colinas circundantes. Viéndose ya seguros, comentaban, para tranquilizarse mutuamente: «No habrá ni un maldito pirata inglés que se acerque a este puerto».

Pero el capitán de la caravana, que ya había hecho el viaje tres veces, murmuró: «Buen Dios, Tú que eres nuestro Salvador, permíteme estar entre aquellos que sobrevivan». Pues sabía que, de los noventa hombres que formaban su caravana, no menos de cuarenta probablemente morirían de las fiebres que acechaban aquel matadero. Luego se persignó, diciendo a su teniente:

-A veces uno no entiende a los españoles, a menos que uno sea tan idiota como ellos. Abandonaron la vieja Nombre de Dios porque era insana y se vinieron unos kilómetros hacia el oeste, hasta este agujero del infierno, que es cinco veces peor.

-¿Qué tiene de malo Porto Bello? -le preguntó su ayudante, que cruzaba el istmo por primera vez.

-Ya lo verás -respondió él. Y mientras conducía las mulas hacia el puerto, fue señalando las deficiencias del lugar-: Habría que tapar este arroyo. Así, abierto, es una cloaca que esparce enfermedades por doquier. Ese cobertizo podrido debería haber sido quemado hace años; ahora sólo es una guarida para las ratas. Esa casa parece estar bien, pero fijate en el pozo: está junto a la letrina. La gente que vive ahí se morirá por beber, y no precisamente vino español. Mira esas reses pudriéndose al sol. Serán responsables de diez o doce muertes más. Y las chozas, tan juntas que la causa de una muerte en cualquiera de ellas se desplaza rápidamente a las otras. Y ya ves el aire, tan denso con la selva a un paso ... - Concluyó el adoctrinamiento con un sabio consejo--: Te diré cómo debes actuar para ser de los pocos afortunados que conserven la vida en Porto Bello. No comas carne, que está podrida. No comas pescado, que es venenoso. No respire el aire, que porta las fiebres de la jungla. Y no tontees con las muchachas de Porto Bello, si no quieres que sus amantes te degüellen.

-Decís que habéis estado aquí tres veces antes. ¿Cómo sobrevivisteis?

-Observando esas reglas.

Pero ni siquiera este atento visitante de Porto Bello supo identificar el misterio del lugar. Esta camaleónica ciudad tomaba su letal colorido de los últimos que la habían visitado. Si una flota amarraba en el puerto para cargar plata, medraban en ella las enfermedades que los marineros hubieran traído consigo. Si no había barcos, la ciudad contraía las dolencias que portaba la última caravana de mulas desde el Pacífico. Y cuando sus calles estaban desiertas, las enfermedades endémicas se concentraban en los pantanos próximos y reunían fuerzas para atacar a quienquiera que se aventurase por ellos.

El motivo de tan alta mortalidad era complejo: la cercanía de la selva con su putrefacta vegetación, el aire estancado debido a la situación de la ciudad en una hondonada por donde no corrían las brisas la imposibilidad de purificar el suministro de agua. Un cura católico que pasó un año oficiando en la ciudad y presenciando una epidemia tras otra, dijo: «Porto Bello es como una hermosa mujer con una enfermedad mortal, no para ella pero sí para quienes la tocan: ¡Y qué bella es, amigos míos! Tal profusión de flores, esa maravilla de puerto, las colinas circundantes pobladas, de árboles, las callejuelas con sus casas acogedoras ... y las nobles fortificaciones que protegen todos esos encantos. La gente que visita nuestra ciudad, en los lindes de la selva, se marcha con dos cosas en la memoria: la belleza y la muerte.

Los habitantes tenían por costumbre agolparse en los muelles cuando llegaban las caravanas de mulas a descargar la plata, y aunque nadie podía ver el precioso metal, los cajones en donde se guardaban los pesados lingotes aumentaban el misterio de la riqueza. Parecían obsequios destinados a un lejano rey, y sólo se iniciaban las celebraciones cuando la plata estaba segura a bordo de las naves y bajo la protección de los guardias armados.

Era como una de esas representaciones rurales que tenían lugar hacia el siglo X en las remotas aldeas alemanas, donde la muerte acechaba los festejos, escogiendo a éste y a aquél, mientras sonaban las flautas y las danzas seguían en la plaza.

Ese año, las plegarias del capitán no tuvieron respuesta. Pese a sus tres afortunados viajes anteriores y a sus desvelos, la fiebre lo atacó como a cientos de personas. Cuando los galeones levaron anclas para el viaje de regreso a Cartagena, las filas de soldados y marinos se habían reducido a la mitad. Porto Bello había sido durante seis semanas la ciudad más rica del mundo, pero también la más peligrosa.

En esos años, Nuestra Noble y Poderosa Ciudad de Cartagena, como se la llamaba con frecuencia en los documentos oficiales, era todavía un asentamiento majestuosamente situado en la costa sudoccidental del continente español. El famoso gancho que protegía la bahía interior aún cumplía su servicio, pero las docenas de islotes próximos habían sido fortificados con castillos, cañones y baterías. Drake la había sometido una vez y algunos piratas franceses la habían capturado para pedir rescate. Pero eso no volvería a ocurrir. Ahora era inexpugnable, y en sus amplios puertos exteriores e interiores se reunían los barcos españoles, en espera del oro y la plata del Perú.

El 6 de abril de 1662, los galeones cargados de Porto Bello llegaron a Cartagena y, después de aprovisionarse en los almacenes del puerto, estuvieron listos para emprender un viaje de casi dos mil kilómetros hacia el norte, rumbo a La Habana. En cuanto el gobernador Alfonso Ledesma, descendiente directo de aquel notable segundo gobernador de Cartagena, Roque Ledesma y Ledesma, hubo subido a bordo, la flota salió del puerto.

El 7 de mayo, Ledesma ancló sus buques en el amplio puerto de La Habana, donde el gobernador local salió precipitadamente en un bote para darle una sensacional noticia:

-¡Don Alfonso! El rey, en honor de vuestro indudable valor y vuestras pasadas aventuras, os ha investido con el cargo de almirante de la Flota Conjunta para el viaje a España por el Atlántico. Os saludo, almirante Ledesma.

La otra mitad de esta gran flota -cientos de barcos de distintos tamaños- llegaría desde el puerto de Vera Cruz, cargada con gran cantidad de plata extraída de las minas de San Luis de Potosí, ciudad mexicana llamada así por las minas del Perú. Cuando los inmensos galeones comenzaron a amarrar, Ledesma se hizo cargo de la gran responsabilidad que sobre él había recaído y se dijo: Aquí navega la riqueza que ha de surtir a España en los próximos diez años.

Cuando todos los barcos estuvieron presentes, el gobernador de Cuba ofreció una cena para los capitanes que iban a partir.

-Don Alfonso -preguntó-, tal vez estéis ausente de Cartagena varios años; cinco, quizá seis. ¿Qué habéis dispuesto para vuestro gobierno y vuestra familia?

-Por don Victorio Orvantes, hijo de mi primo, que se encargará de Cartagena en mi nombre -brindó Ledesma alzando su copa-, y por mi esposa, doña Ana, quien en este momento va camino de Panamá con Inés, nuestra hija, para hospedarse en casa de su hermana hasta que yo retorne ... cubierto de gloria, si Dios así lo quiere.

Bebieron a su salud, pidieron que se rezara por él y por su flota, y, por la mañana, cuando los galeones y los barcos de guerra iniciaban el viaje, dispararon muchas salvas. Pasó todo un día antes de que los últimos componentes de la flota recogieran en sus velas viento suficiente para avanzar, pero cuando estuvieron debidamente formados fuera del puerto de La Habana, el gobernador gritó a quienes estaban con él, en las torretas de las fortificaciones:

-¡Ningún pirata inglés se atreverá a atacar a esta poderosa flota!

El comentario era vana bravuconería, pues en noviembre de 1662, cuando la armada se acercaba a las costas de España, «justo en el lecho de plumas del rey», se jactaría más tarde un inglés, «siete de nuestros barcos más veloces se lanzaron contra los españoles, y hubieran partido un galeón de no ser porque su almirante ejecutó una súbita maniobra que nos desconcertó. No conseguimos nada y, por el contrario, perdimos uno de nuestros barcos, el *Pride of Devon*, con toda su tripulación».

Animado por esta victoria, fruto de su rapidez, el almirante Ledesma condujo su flota hasta la boca del río Guadalquivir, donde estaba el aduanero de Sanlúcar de Barrameda. Allí los funcionarios registraron debidamente el hecho de que en esa fecha, 20 de diciembre de 1662, los galeones de Cartagena y Vera Cruz habían llegado sin perder un solo barco, ni siquiera una de las pequeñas naves protectoras, gracias al arrojo y la habilidad del almirante, don Alfonso Ledesma Amador y Espiñal.

El tesoro que había entregado, pese a todos los peligros, no permaneció en España; fue rápidamente enviado a frentes de batalla en el extranjero, donde las tropas españolas combatían la insurgencia de su imperio.

El lingote de plata P-663, junto con muchos similares, viajó mil quinientos kilómetros más, hasta los Países Bajos, donde la Corona intentaba en vano recuperar el control de esa colonia rebelde. Cuando la plata fue acuñada, se distribuyeron las monedas como sueldos entre los soldados, como ganancias entre los representantes de países extranjeros, y como intereses para la banca Fugger, que a veces parecía contar en su haber con media España en pago de pasados empréstitos al Trono. Así, la fortuna trasladada con tanto esfuerzo -más de veinte mil kilómetros en quinientos veintiséis días- no sirvió para nada. Sin embargo, aunque los capitanes españoles que seguían luchando en los Países Bajos eran conscientes de esto, en Potosí seguían fundiéndose lingotes de plata, Y otros galeones se reunían en Cartagena, como una bandada de hambrientas aves marinas, para cargar en Porto Bello el tesoro tras cruzar éste el mortífero istmo.

El rey y sus asesores consideraban, erróneamente, que la prosperidad de una nación residía en la posesión de metales preciosos: cuanto más oro y plata trajeran los galeones a Sevilla, más rico sería el país. Esta filosofía no tenía en

cuenta que la riqueza de una nación nace del duro trabajo de sus ciudadanos: los agricultores, los talabarteros, los carpinteros; los constructores de barcos y los tejedores ante sus telares; todos ellos son quienes crean las mercancías útiles por las cuales se mide la prosperidad de una nación.

En España, durante esos críticos años en que estaba en juego el futuro de la nación, si bien los galeones seguían trayendo grandes riquezas, los artesanos y los mercaderes languidecían. Al otro lado del Canal de la Mancha, las naves inglesas tenían muy poco oro, pero cargaban los productos de las nuevas tierras y llevaban hacia aquel continente el excedente de los artículos producidos por los ciudadanos ingleses. Año tras año, España sólo importaba metales preciosos, mientras Inglaterra exportaba e importaba materiales que daban vida a hombres y naciones. Aunque aquel año los observadores británicos quizás envidiasen la enorme fortuna que Don Alfonso entregaba a Madrid, si hubieran sido omniscientes se habrían dado cuenta de que sus pequeñas naves mercantes llevaban a Inglaterra la principal riqueza.

En un luminoso día de enero de 1665, en la ciudad española de Cádiz, sucedió algo que, unos años más tarde, tendría violentas repercusiones en el Caribe.

Durante la resuelta defensa del almirante Ledesma ante las costas españolas, diecinueve marineros ingleses del *Pride of Devon* cayeron prisioneros: El capitán del galeón español quiso ahorcarlos a todos, pero el almirante Ledesma era, además de valiente marino, un político oportunista y vio en esos prisioneros la ocasión de congraciarse con las autoridades eclesiásticas, que tan importante papel desempeñaban en la vida de España. Así pues, dio la siguiente orden: «Estos hombres son herejes. Llevadlos a Cádiz y entregadlos a la Inquisición. Pero no dejéis de advertir a las autoridades que soy yo quien los envía», Y así se hizo.

Durante más de dos largos años, entre noviembre de 1662 y enero de 1665, los ingleses se consumieron en las mazmorras de Cádiz, sin luz, ejercicio ni alimentación adecuada. Las ruedas de la Inquisición avanzaban con una fuerza inexorable, pero también con irritante lentitud. A veces se interrogaba a los ingleses cinco días seguidos, y después los jueces de austeras túnicas negras los tenían olvidados durante cinco meses.

En los interrogatorios se recordaba a los marineros que, muchos años antes, la sede de la Inquisición en Toledo había promulgado un extraordinario edicto consistente en tres partes. En 'los primeros días del reinado de Enrique VIII, todos los ingleses habían sido católicos leales; en 1563, siguiendo su ejemplo y en un acto definitivo de disolución, se los obligó a convertirse al protestantismo. Esto significaba que habían vuelto la espalda al catolicismo y a la única iglesia

verdadera de Cristo. Así que cualquier marino inglés que naufragara en las cestas españolas o fuera capturado en alta mar era culpable de herejía, y por lo tanto la sentencia era la hoguera.

Naturalmente, la Inquisición no llevaba a cabo personalmente esa cruel sentencia; se limitaba a declararlos culpables y los entregaba al gobierno secular, que se encargaba de ejecutarlos. Así pues, en ese día de enero, sin ningún miembro de la Inquisición presente, los soldados llevaron a tres ingleses hasta las hogueras, vestidos con túnicas negras y con la cabeza rasurada. Otros dieciséis prisioneros estaban allí para presenciar el castigo, que se repetiría con ellos en las semanas siguientes.

Mientras marchaban hacia la muerte, los tres infortunados gritaron a sus hermanos:

-¡Resistid! ¡Por Cromwell y la libertad religiosa!

No habrían podido elegir mejores palabras para enfurecer a los funcionarios españoles, que consideraban a Oliver Cromwell, fallecido mucho antes, enemigo y asesino del rey Carlos I de Inglaterra, espléndido gobernante que había estado a punto de conducir a Inglaterra de nuevo hacia el Papa. Cromwell había instaurado algo que, para ellos, era un protestantismo ferozmente ateo, y quienquiera que invocara su nombre en España merecía morir. Por lo tanto, se encendieron las hogueras y, entre el humo y los gritos, se oyó la voz desafiante de una de las víctimas:

-¡Por Inglaterra y la libertad!

Cuando se apagaron los fuegos y las cenizas fueron esparcidas en el camino, los funcionarios encargados se pasearon entre los marineros sobrevivientes, indicando a los que serían quemados en el siguiente auto de fe:

-Tú, tú y tú.

La última designación recayó en un corpulento marino, con una profunda cicatriz en la mejilla, en forma de B. Tenía treinta años y provenía de la remota isla caribeña de Barbados. Había llegado a Europa en el Stadhouder, barco mercante holandés, y tras la descarga del azúcar morena y los toneles de rico ron dorado había pasado a un barco inglés, el Pride of Devon, que participó con otros de la misma nacionalidad en el ataque a la flota tesorera.

El hombre se llamaba Will Tatum, y la noticia de que pronto sería quemado en la hoguera despertó en él una furia tal que, al regresar a su celda, golpeó los muros durante dos días. Pero al tercer día cedió su frenesí, entonces se miró las manos ensangrentadas: «¡Loco, más que loco! Te quedan algunos días de vida. ¡Piensa en algo!». Así, espoleado por un fiero deseo de conservar la vida,

estudió hasta las probabilidades más remotas de escapar. Los muros eran demasiado gruesos para ser agujereados; el techo, demasiado alto; la puerta de la celda no se abría nunca. Pero su mente febril continuaba brincando de una imposibilidad a otra, llevándolo siempre a la hoguera.

Tres días antes de la ejecución, la puerta se abrió y entraron dos guardias armados, apuntándole a la cabeza con sus pistolas; detrás de ellos entró un funcionario de la Inquisición, quien le pidió que renegara de su fe protestante, y así sería misericordiosamente ahorcado y escaparía al horror de las llamas. Tatum, conteniendo su impulso de precipitarse contra el hombre y matarlo; explicó por décima vez:

-No comprendéis nada. Oliver Cromwell murió hace tiempo y su hijo huyó. Inglaterra tiene otra vez a su rey y los católicos no son perseguidos.

El austero funcionario no escuchó .. Como trabajaba tan lejos de la capital, su información arrastraba varias décadas de retraso; sólo sabía que los ingleses habían expulsado a los sacerdotes católicos, renegando de la verdadera religión. Eran herejes y como herejes debían morir. En un último intento suplicó:

-Marinero, ¿no admitirás tu error para reunirse con la madre Iglesia para que puedas morir de un modo más fácil?

-¡No! -'gritó Tatum, con una mirada de odio que jamás se extinguiría.

Los dos guardias se retiraron, sin dejar de apuntarle con sus armas a la cabeza, y la puerta de la celda se cerró ruidosamente. Sólo se volvería a abrir cuando llegara su muerte.

Al día siguiente, cuando ya se oía a los carpinteros que añadían asientos a la plataforma donde los funcionarios le verían morir, ocurrió el milagro que ansiaba. Uno de los condenados agarró, por el cuello al soldado que le traía el pan y el engrudo para la cena, y después de estrangularlo arrancó del cadáver las llaves de las celdas. Al comprender que si contaba con la ayuda de otros, tendría más posibilidades, corrió a las celdas más cercanas y las abrió, susurrando:

-No podemos echamos atrás, si nos atrapan nos torturarán.

Los cinco hombres, entre ellos Will Tatum, avanzaron con sigilo por el corredor de piedra, cogiendo por sorpresa a los dos soldados que los custodiaban. Así se abrieron paso hasta la libertad.

Una vez fuera de la cárcel se mantuvieron pegados a las paredes, para que las sombras de la noche los protegieran, y de ese modo se alejaron un poco antes de que sonara la alarma y los guardias comenzaran a salir en su persecución. En el primer enfrentamiento, tres de los hombres fueron sorprendidos y muertos a garrotazos, pero Tatum y el que le había facilitado la huida, un fiero galés llamado

Burton, se las compusieron para llegar a un sector pobre de la ciudad y allí pasaron la noche, escondidos entre dos chozas.

Poco antes del amanecer irrumpieron en una casa, asfixiaron a sus ocupantes en el lecho y robaron ropas y comida con las que sobrevivir en los peligrosos días siguientes. Esos asesinatos no les provocaron remordimiento alguno, pues, tal como dijo Burton mientras salían de Cádiz, «eran ellos o nosotros» .

Tenían ante sí una aventura azarosa, ya que la única posibilidad de escapar era llegar a Portugal, que estaba hacia el oeste, y numerosos obstáculos se interponían en su marcha. Primero tendrían que cruzar el río Guadalquivir, por donde entraban los barcos tesoreros procedentes de México con destino a Sevilla. Luego, las grandes marismas desiertas bloquearían el camino a Huelva, desde donde había zarpado Colón para descubrir el Nuevo Mundo. En Huelva había otro río; después, una breve y peligrosa carrera hasta Portugal. El principal peligro residía en que, en esos agitados años, España y Portugal estaban enzarzadas en una suerte de guerra no declarada razón por la cual la frontera permanecía vigilada. Pero en esa situación algo tenían a favor, pues ,ningún portugués los deportaría a España.

Sobrevivieron a días de terror y a noches de hambre. En Sanlúcar , cruzaron el Guadalquivir en un bote de remos que robaron, pasando casi bajo la crujiente proa de una carabela que volvía desde La Habana, cargada de plata y oro, y cuando las lámparas de la nave iluminaron el rostro de Tattim, Burton susurró:

-¿Cómo te hicieron esa cicatriz?

-Un sacerdote protestante me marcó en Barbados –respondió Will-.Los sacerdotes católicos iban a quemarme aquí en España. En este juego, ¿quién gana?

Atravesar las marismas, un vasto semidesierto situado frente al golfo de Cádiz, resultó en extremo difícil. Durante la primera mitad del viaje carecían de comida, pero por fin Burton, el más ingenioso, tapó los dos agujeros de una madriguera y logró sacar un par de conejos, que los fugitivos devoraron crudos. La Segunda mitad del trayecto la hicieron sin agua, y, cerca de Huelva dieron con un pequeño arroyo, donde bebieron casi hasta reventar. Nuevamente sin ningún remordimiento, asaltaron dos casas, asesinando a los ocupantes de una. Luego cruzaron el río que corría al norte de la Ciudad y entraron en Portugal.

Las privaciones del viaje aumentaron el odio que ambos sentían por todo lo español. Por eso, cuando las autoridades portuguesas les dieron la bienvenida y quisieron ponerlos a bordo de un barco que bloquearía el paso a los españoles, los dos aceptaron sin pensárselo dos veces. Ellos espoleaban a sus compañeros cuando se presentaba la ocasión de abordar y capturar una nave española. Si ésta presentaba combate, pues los marinos españoles se habían



habitado a cuidarse de los ingleses, franceses y holandeses que trataban de robarles sus tesoros, Tatum y Burton no mostraban piedad. Mataban aunque no fuera necesario y el resultado de la batalla estuviera ya decidido, y lo hacían con placer. Tal como decían a sus compañeros: «Si los españoles te capturan, te queman vivo».

En esa temible sed de venganza, los dos férreos marinos pasaron casi todo el año de 1665 en barcos portugueses que rondaban la costa española, interceptando a sus navíos y propagando el terror. En cierta ocasión, anclados en Lisboa, se enteraron de que su patria estaba a punto de volver al catolicismo, y se preguntaron si no correrían peligro en el caso de volver a Londres.

En 1666, una mañana de primavera, zarparon de Lisboa en uno de los muchos barcos ingleses que comerciaban en ese puerto. En el trayecto hacia el norte, cerca ya de la costa inglesa, los marinos informaron a Will y a Burton de la tragedia que había afligido a Londres el año anterior.

-Ahora prácticamente ha pasado. Pero mientras duró fue horrible. La llaman la Peste negra, y morían tantos que ni siquiera se podían enterrar debidamente a las víctimas. Las arrojaban en zanjas cavadas a las puertas de la ciudad y hacían que los caballos las cubrieran de tierra.

-¿Y qué es esa peste? ;-preguntó Tatum.

-Nada que pueda verse -explicó uno de sus compañeros-. No hay nada que la provoque. Te levantas una mañana con mareos y como un peso en los pulmones; entonces te acuestas y no vuelves a levantarte. A los tres días, siempre tres, eres carga para el carro.

-La última vez que estuvimos en el puerto fue terrible -añadió otro marinero-. Morían a cientos. Huimos sin haber llenado las bodegas; una tarde el capitán gritó: «¡Nos vamos de este puerto del infierno!».

Y nos fuimos, indemnes.

-Pero vamos a volver-protestó Tatum.

-Ya no hay peligro -le aseguraron los marineros-. La peste pasó. Otro barco nos informó en Lisboa.

Era cierto, pero no del todo. Cuando Tatum y Burton desembarcaron, profundamente conmovidos por pisar otra vez tierra inglesa, utilizaron algunas de sus monedas para alquilar habitaciones en el feo barrio próximo a los muelles. Allí, el bravo galés Burton despertó una mañana con una fiebre altísima. Incapaz de levantarse, dijo a Tatum:

-Tengo la peste. Encárgate de que me entierren como es debido. A los tres días murió. Con cierto peligro para sí mismo, -Tatum sepultó al hombre que le había salvado de la hoguera y de quien no conocía el nombre de pila. Ante la tumba solitaria, acompañado sólo por el clérigo y el sepulturero, éste, debido a lo solitario de su oficio, se mostró muy locuaz mientras paleaba la tierra:

-La semana pasada era imposible cavar tumbas suficientes. Dos semanas antes, lo mismo. Ésta podría ser la última. La peste ha pasado, nos dicen; pero para él no pasó.

Durante los cinco meses siguientes; Tatum trató en vano de hallar un buque de carga que se dirigiera hacia el Caribe. Por miedo a la peste había cesado todo el tráfico con Londres, de modo que él estaba aún en su mugriento cuarto del muelle cuando, la segunda, semana de septiembre, tal como exclamaban los devotos, «Dios envió a Londres una hoguera para limpiarla de su pecado y de la peste. Todo comenzó con un incendio sin importancia entre algunas casas viejas. El primer día, Tatum no adivinó que se estaba iniciando una conflagración; pero al día siguiente, él y los vagabundos que vivían en las miserables casuchas de los alrededores se reunieron para contemplar las columnas de humo que se elevaban desde el centro de la ciudad: Los soldados corrían por la zona de los muelles, gritando:

-¡Que todos los hombres se presenten de inmediato! Traed hachas y, palas. -Al anoecer, el cielo estaba iluminado por las llamas, y el 4 de septiembre parecía, que toda la ciudad estuviera ardiendo. El incendio abarcaba tres cuartas partes de la misma.

Tatum trabajó durante dos días y dos noches, unas veces salvando a personas atrapadas en casas a punto de incendiarse y otras intentando derribar viejas construcciones para contener el avance. Al atardecer del cuarto día, cuando las llamas cedieron, dejando a la orgullosa ciudad de Londres convertida en un humeante montón de escombros, Tatum se quedó dormido al borde de la calzada, completamente exhausto. Pero mucho antes del amanecer lo despertó un oficial del ejército que le dijo:

-¡De pie. Coge estos papeles.

Pasó el resto del día correteando detrás del oficial; mientras éste redactaba su horrible censo.

-Todas las iglesias que hemos visto, destruidas hasta los cimientos. Anota setenta iglesias.

Las residencias que se habían quemado por completo, según calculó el oficial, se contaban por decenas, pues los informes de los soldados que corrían hacia él eran siempre idénticos: «Todas las casas de mi zona han desaparecido».

La única buena noticia que Tatum oyó en todo el día, considerando que la noche anterior aún quedaban una veintena de incendios incontrolados, fue que todos se habían extinguido. Hacia las tres de la tarde, un grupo de mujeres preparó un poco de comida entre los muros de un almacén construido de piedra, y Tatum comió con avidez. El oficial, sonriendo ante tan voraz apetito, exclamó:

-Te has ganado el derecho a comer hasta hartarte.

La semana siguiente llegó al Támesis un barco con un cargamento de azúcar y melaza del Caribe. Tras ayudar en su descarga, proveyendo a las gentes que lloraban al ver nuevamente azúcar después del incendio, Tatum consiguió pasaje para el viaje de regreso. Como casi todos los barcos de esa época, aquél se detuvo primero en la isla de Barbados. Al ver aquellos campos verdes, tan familiares para él, y el tranquilizador espectáculo de los cañaverales creciendo, los ojos de Will se llenaron de lágrimas: Había abandonado aquella tierna y graciosa isla en 1659, marcado y deshonorado, a bordo de un buque holandés, en busca de aventuras, y durante sus años de vagabundeo había participado en actos de piratería, había visto morir quemados a sus compañeros, tratado de reconfortar al galés Burton cuando la peste lo convirtió en una de sus últimas víctimas, y se había frotado los ojos irritados por el humo en el incendio de Londres. Volvía al hogar sin dinero, sin perspectivas de trabajo. Pero tenía algo que hombres menos valiosos no conocerían jamás: un ferviente anhelo, más insaciable que la vida misma, de vengarse algún día de los españoles.

En el otoño de 1666, cuando Will desembarcó en Bridgetown, consciente de que en pocos minutos volvería a los lugares conocidos, experimentaba un acuciante deseo de ver a cuatro personas: Betsy Bigsby, con sus trenzas doradas, Nell, Ned y, por alguna perversa razón, a su pomposo hermano Isaac. No veo la hora de saber qué hace ése, se decía.

Al pisar el puerto, con un saco pequeño que contenía los restos de cinco años de aventuras, fue casi corriendo a la tienda de los Bigsby; sólo para descubrir que había pasado a unos nuevos propietarios. Cuando preguntó qué había sido de Betsy, pues quería volver a verla, con la esperanza de que aún aceptara casarse con él, su sueño se disipó con un duro final:

-Conoció a un soldado y se fue con él a Inglaterra.

Tuvo más suerte al cruzar la calle para entrar en la tienda de su hermana. Nell parecía consumida, pero se mostró animosa:

-Ned y yo vivimos arriba, como siempre. Es un muchachito del que cualquier madre estaría orgullosa. ¿Isaac? El título de caballero y las plantaciones se le han subido a la cabeza.

-Lo nombraron caballero, ¿eh? –Will silbó por lo bajo-. ¿Y ahora es un gran hacendado?

-Sí. Algunos dicen que llegará más lejos que Oldmixon. Lo que puedo decirte es que entre los dos, gobiernan la isla.

Will se encariñó con Ned en cuanto lo vio, pues era un agradable joven de quince años, con el pelo rojo y rizado, pecas y ése tipo de cara sincera que inspira confianza y despierta en los otros chicos el deseo de tenerlo en el bando propio y en las muchachas el deseo de bailar con él.

Había dejado el colegio de la aldea a los catorce años, después de aprender el alfabeto, las cuatro reglas, los teoremas más sencillos de Euclides y algo de historia grecorromana. Sus tempranos tratos con Caballeros, en la escuela y en la iglesia, lo habían convertido en un monárquico convencido, circunstancia que podría haberle granjeado el aprecio de su tío, sir Isaac. Pero este último eludía toda relación con los mercaderes Pennyfeather y rara vez veía a su sobrino. Ned pasaba, casi todo el tiempo ayudando a su madre en la tienda, tarea para la que no tenía aptitudes. En la ciudad, algunos se preguntaban qué sería del muchacho cuando creciera, pues su actitud vivaz y su mente fantasiosa no daban señales de madurar.

El tío Will de inmediato se dio cuenta de que el jovencito era tal como había sido él a esa edad. Para sorpresa de Nell, una noche, durante la cena, dijo:

-Recuerda siempre esta cicatriz que llevo en la cara, Ned. No tendría por qué estar ahí. No andes ganándote cicatrices porque sí. ¡Gánatelas haciendo cosas importantes!

Will se instaló con su hermana. La ayudaba a atender los negocios y hacía algunos trabajos en el puerto, donde permanecía atento a los diversos barcos que llegaban desde Inglaterra o navegaban por el Caribe hacia el oeste, rumbo a otras islas. No decía a nadie qué se proponía, pero cuando la gente de la ciudad se enteró de que, durante algunos años, había sido pirata a bordo de barcos de diferentes banderas, todos supieron que volvería a marcharse: «No tendremos aquí a Will por mucho tiempo. No es hombre formal como su hermano».

Will se preguntaba cuándo encontraría a sir Isaac.

Un día Nell sugirió que a él le correspondía ir a la vieja plantación de Saltonstall para saludarle.

-El sabe que he vuelto, por eso es a él al que le corresponde venir - replicó Will.

Así pasó más de un mes, sin ver a sir Isaac ni a lady Clarissa. Tampoco le importaba. Si experimentaba alguna desilusión, aparte de por haber perdido a Betsy Bigsby, era por saber que el capitán Bron-gersma, su amigo holandés, ya no llegaba a Barbados con el Stadhouder.

-Y bien se explica -le dijo un marinero-, puesto que perdió el barco junto con su propia vida,- en una batalla contra los españoles frente a las salinas de Cumaná.

-¿Qué ocurrió?

-Lo mataron los españoles, al abordar. Trató de defenderse, pero las espadas de los invasores eran más largas y más afiladas.

Eso apenó tanto a Will que, el domingo, acompañó a su hermana y a Ned hasta la iglesia parroquial, donde rezó por el alma turbulenta de Brongersma. Al abrir los ojos vió a sir Isaac y a lady Clarissa, que lo miraban desde el otro lado del pasillo. Luego comprobó que iba a celebrar el oficio el mismo clérigo indigno que lo había marcado. No fue un domingo feliz, ni sus pensamientos fueron muy religiosos. Por el contrario, sólo imaginaba lo que le gustaría hacer con el clérigo, sir Isaac y lady Clarissa.

Al terminar el oficio, salió con Nell de la iglesia. Ambos deseaban evitar a su hermano y a la desagradable cuñada, pero por desgracia se encontraron en la puerta de la iglesia, donde sir Isaac manifestó, con su habitual altanería:

-Me alegro de verte Will. Espero que esta vez todo marche mejor.

Al mismo tiempo, lady Clarissa le dirigió la sonrisa más afilada que había visto en muchos meses. Un momento después habían desaparecido.

Esa noche, durante la cena, Will esperó a que Ned se retirara de la mesa para hacer la pregunta que lo tenía preocupado:

-Nell, ¿Isaac no comparte contigo su riqueza? ¿No te ayuda?

-Nunca. Se avergüenza de nosotros. Y sin duda lo mortifica que hayas regresado.

Will, que había entregado a su hermana los pocos fondos, reunidos mediante sus trabajos en el puerto, se sintió tan indignado por el egoísmo de Isaac que se dirigió a Saltonstall Manor, como aún llamaba a la casa con la esperanza de que el tenaz Cabeza Pelada retornara algún día para reclamarla. Entró en la

residencia, ahora palaciega, sin molestarse en llamar, y encontró a su hermano en el despacho. Isaac, temeroso de que Will hubiera ido para vengarse por el estigma, alargó la mano hacia un atizador, pero Will se echó a reír.

-Deja eso, Isaac. No he venido a hablar de mí, sino de Nell.

-¿Qué pasa con ella?

-Es indecente que vivas aquí, mientras ella se esfuerza tanto por mantener la tienda abierta y vestir a su hijo.

-El muchacho ya está crecido. Puede conseguir trabajo como capataz de alguna plantación. -Isaac, a quien la prosperidad parecía haberle dado estatura, añadió con bastante altanería-: En realidad, Will, tú también podrías hacerlo. - Luego sonrió con frialdad-. Por supuesto, supongo que prefieres hacer de pirata.

Cuando acompañó a Will hasta la puerta, quedó muy claro que los Pennyfeather no recibirían ningún dinero de su mano.

La alusión de sir Isaac a las dificultades para conseguir capataces alertó a Will, haciéndole reparar en los muchos cambios sufridos en Barbados en los últimos años. Nell le comentó:

-Los hombres ricos, como Thomas Oldmixon e Isaac, han acumulado tantas plantaciones que los agricultores más modestos no encuentran tierras que comprar. Muchos se han marchado hacia el oeste, a las tierras de Jamaica.

-¿Qué tiene eso que ver con la plantación de Isaac?

-Puesto que se van los blancos que normalmente trabajarían como capataces, Oldmixon e Isaac, junto con sus colegas, tienen que traerlos de otras partes, como se hacía en tiempos de nuestro padre. Siguen llamándolos siervos. Son buenos muchachos que vienen y se matan a trabajar durante siete años, a cambio de alojamiento y comida, pero sin sueldo, con la esperanza de poder, al término del contrato, comprar un poco de tierra para una plantación.

-Pero dices que Isaac y los otros se han apoderado de todas las tierras disponibles. ¿Qué hacen esos jóvenes escoceses? -preguntó Will.

-Ve a ver al joven McFee, que vino para trabajar con tu hermano. Él te lo dirá-respondió su hermana.'

Will escuchó de Angus McFee una historia escabrosa:

-Yo nací en una casa de campo en Escocia, al oeste de Inverness, y me embarqué por un malentendido. En Escocia, el agente me prometió :«Sir Isaac Tatum te pagará el pasaje hasta Barbados; en señal de agradecimiento, estás legalmente obligado a brindarle siete años de honrada ayuda. Al terminar ese tiempo, él te entregará los sueldos que te ha estado reservando, más cincuenta libras por gratitud, y quedarás libre para comprar tu propia plantación».

-Dicen que así vienen muchos.

-Sí, pero al llegar aquí se descubre que sólo hay trabajo, una choza horrible y peor comida; además, no se nos guardan los sueldos ni hay pago final. Y si uno tuviera dinero, no podría comprar tierras.

-¿Qué hacéis entonces?

-¿Qué podemos hacer? Como hombres libres, volvemos a trabajar para tu hermano o para otros como él, por el salario que quieran pagarnos, -Angus se recostó contra un poste y agregó amargamente-: He perdido toda esperanza de traer a mi novia desde Inverness, para comprar una plantación y formar familia.

-¿No has protestado? -preguntó Will.

-Claro -espetó McFee. Apelé a los tribunales, pero ¿quiénes son los jueces? Oldmixon y tu hermano, que invariablemente apoyan a los otros propietarios; Un capataz corriente casi no tiene derechos, y los trabajadores no tienen ninguno.

Al escuchar estos detalles de la vida en la nativa Barbados, Will dijo a McFee.

-Me gustaría saber más.

Recorrió, pues, la isla y vio muchas cosas que lo dejaron perplejo. En su siguiente conversación con McPee dijo:

-Más de la mitad de la gente que veo son negros. Antes no era así.

-Cuando un blanco como Oldmixon posee las tierras que antes trabajaban dieciséis hombres, necesita esclavos, cada vez más esclavos -explicó el escocés-. «Cómprame esclavos en las subastas, cuando llegue algún barco holandés», dice siempre. Por eso hay ahora tantos negros en la isla. Dentro de diez años, entre cincuenta hacendados poseerán toda la tierra y la explotarán con jóvenes escoceses como yo uno por cada plantación y cuarenta mil esclavos que supervisar.

-Los, esclavos que yo he conocido no eran estúpidos -dijo Will- , En cuanto se juntan muchos, comienzan a luchar por sus derechos.

Una tarde. anticipando lo que eso acarrearía, dijo a McFee:

-No quiero vivir en Barbados, si las cosas son así.

-Yo tampoco soy feliz aquí -replicó el escocés, mirando a su alrededor.

Esta breve conversación puso en marcha una cadena de acontecimientos que llevaría a los dos conspiradores mucho más allá de lo que pensaban al hacer irreflexivamente tales comentarios. McFee comenzó a estudiar con atención las operaciones de las propiedades de Tatum; y Will, por su parte, merodeó por el puerto de Bridgetown; observándolo todo con ojo de marinero experto, y así reparó en muchas cosas, especialmente en la procedencia de los barcos que iban llegando. Como resultado de este proceso, renovó su conocimiento de 'ortuga, el islote del que el capitán Brongersma le había hablado con tanto entusiasmo. Según los marineros, era un lugar inigualable, cercano a la costa noroccidental de la gran Española, que Colón había colonizado y gobernado.

-Prácticamente es francesa --dijo un canoso veterano que la conocía bien-. Apenas la mitad que Barbados. Supuestamente pertenece a España que de vez en cuando trata de recobrarla. Pero los franceses...en fin, son piratas, o mejor dicho, bucaneros, que es como se hacen llamar. Trabajé cuatro años en Tortuga, con ellos, y te aseguro que me gustó. Pero como te decía, estos salvajes, porque son mucho más salvajes que cualquier hombre de Barbados, no hacen más que dos cosas: por un lado, perseguir pequeños barcos españoles, matar a la tripulación y quedarse con el navío y toda su carga; por otro, cazar jabalíes en los bosques de La Española. Cogen la carne, la cortan en tiras, la frotan con sal y especias, y la asan a fuego muy lento durante unos cuatro días. Boucan, la llaman, de ahí lo de boucaniers. Venden la carne, con una pequeña ganancia, a los corsarios holandeses e ingleses que actúan en esta agua contra los españoles.

-¿Y capturan barcos españoles?, preguntó Tatum, que estiró las orejas al oír la respuesta del viejo.

-Muchísimos. Verás, el odio que los bucaneros sienten por España y todo lo que viene de ese país se remonta a 1638, año en el que había un gran asentamiento de boucaniers en Tortuga. -Utilizaba indistintamente las dos versiones de la palabra, pero era obvio que prefería la francesa-. Los funcionarios españoles de Cartagena enviaron a Tortuga una fuerza numerosa de soldados, que mataron a todos los boucaniers de la isla. hombres, mujeres y niños, y hasta a los perros. Como quizá te haya dicho, si hay en este mundo algo que los boucaniers aman, son sus perros de caza, unos animales capaces de olfatear a un jabalí a tres, kilómetros. Pero cientos de nosotros estábamos ausentes, cazando en La Española.



Cuando volvimos a Tortuga y vimos los cadáveres de nuestros amigos, aún sin sepultar, juramos que antes de morir ...

-¿Qué hay que hacer para ser un bucanero? -preguntó Will. -Basta con que vayas allí -respondió el viejo-. Roba un barco, navega hasta La Española, evita a los españoles que hay en el lado Sur de la isla y sigue hacia el noroeste. No necesitas papeles para unirme a ellos. Hay franceses, indios de Honduras, holandeses que se han rebelado contra sus capitanes, quizás asesinandolos para robarles el barco, ingleses y cinco o seis de las colonias americanas...

El hombre habría dicho mucho más, pero Will ya había oído bastante, y esa noche comenzó a hablar seriamente con Angus McFee.

Durante el día hacía lo posible por cuidar los intereses de su hermana. Notaba, con preocupación, que la salud de la mujer mermaba rápidamente. Habló con Ned, que le dijo:

-Mamá lo sabe. Me dijo que no pasaría mucho tiempo más en este mundo.

-¿Por qué no me lo contaste?

-Ella me hizo jurar que guardaría el secreto--:respondió el muchacho-- . Dijo que tú ya tenías demasiados problemas.

-Tenemos que hacer algo por ella.

Vendió la tienda a una joven pareja que acababa de llegar desde Inglaterra, puso el dinero en manos de un honrado comerciante local; añadió a esa suma todos sus ahorros e instaló a Nell en la casa de una vecina que cuidaría de ella. Hasta visitó a Isaac, para rogarle que contribuyera a la manutención de su hermana. Pero sir Isaac, con lady Clarissa remilgadamente sentada a su lado, respondió:

-Ella hizo su vida, yo hice la mía -dando a entender; por su expresión presuntuosa, que también Will parecía haber hecho su vida, y bastante mal, por cierto.

-Pero se está muriendo, Isaac. Se lo veo en los ojos. Se ha matado trabajando.

Ese alborotador de su hijo debería buscar trabajo, en vez de tontear en la tienda -replicó Isaac.

-La tienda ha sido vendida.

En ese caso ella tiene algún dinero, ¿verdad? -intervino Clarissa.

Will se limitó a mirar fijamente a los dos avaros. La piel de la cicatriz se le enrojeció por el odio que le inspiraban: No tenía nada más que decir. De regreso a la ciudad se detuvo en la choza de McFee para decirle, con toda decisión:

-El plan del que hablamos la otra noche es acertado. Nos vamos. Sir Isaac, como muchos de los propietarios más adinerados, tenía un barco, llamado Loyal Forever en recuerdo de su defensa del rey Carlos durante los disturbios, entre 1649 Y 1652. No era grande; pues estaba destinado únicamente al comercio entre las islas y a los viajes a Todos los Santos para las cacerías de caribes. Pero era sólido, pues lo había comprado, junto con todas sus cartas y todos sus esclavos, en una gran operación, gracias a la cual ya llevaba ganado mucho dinero, y esa suma se duplicaría cuando vendiera el Loyal Forever a cualquier propietario que quisiera agrandar sus plantaciones.

En unas serie de reuniones secretas, McFee, Tatum, otros dos siervos, Ned y tres esclavos de confianza y gran habilidad, analizaron los planes para capturar el Loyal Forever. Si convencían a tantos tripulantes como les fuera posible de que no abandonaran el barco, irían a Tortuga en él para unirse a los bucaneros. Con una aguja afilada, Will pinchó el índice izquierdo a los seis conspiradores y les hizo manchar una hoja de papel en la que nada había sido escrito:

-Este es vuestro Juramento. Si nos traicionáis con una sola palabra ... -  
Y se pasó el índice ensangrentado por el cuello.

Cuando Will y Ned vieron, desde su cuarto en la isla, la señal de que el barco había sido capturado sin necesidad de abrir fuego, se acercaron por el muelle para abordarlo, andando con lentitud para no llamar la atención; En el último momento, Ned se apartó de su tío para correr a la casa de la vecina en donde se hospedaba Nell. Entró a la carrera, en la pequeña habitación, abrazó a su madre, que se debilitaba rápidamente, y susurró:

-¡Mamá, me voy para ser bucanero! Con el tío Hill.

Ella levantó la vista hacia su hijo, tan radiante, tan lleno de esperanza, y dijo con suavidad:

-Tal vez sea mejor así. Aquí hay poco para vosotros dos. -y lo besó por última vez....-Ten cuidado.

El joven salió de la casa sin echar una sola mirada atrás y marchó tranquilamente hacia el barco robado, tratando de actuar como cualquier viejo marino indiferente.

Había más de mil quinientos kilómetros entre Barbado y Tortuga. Los futuros bucaneros eligieron la ruta que consideraron más adecuada para no encontrarse con otros barcos, a través del paso de San Vicente, por el Caribe propiamente dicho y luego hacia el noroeste, hasta el paso de Mona, entre las islas de Puerto Rico y La Española. Luego siguieron frente a la costa norte de esta última y atravesaron el canal que la separaba de Tortuga.

En los primeros días del viaje, que duró casi tres semanas, se puso de manifiesto que McFee, si bien era valeroso e inteligente, no servía como capitán de barco, pero nadie más quería el puesto. Por suerte, Tatum y otros de a bordo eran marinos expertos, y Will contaba con un ayudante, Ned Penriyfeather, que había aprendido de un holandés a utilizar un instrumento notable, si bien todavía primitivo: el astrolabio, que permitía verificar la latitud al mediodía, si el sol estaba visible, o por la Estrella del Norte de noche. Habían partido de Barbados a unos trece grados, para ascender la escala de las latitudes hasta más de veinte. A Ned le encantaba comunicar al capitán McFee la situación del barco dos veces al día «Dieciséis grados latitud norte y en curso», Pero ningún barco de esa época tenía una manera fiable de determinar la longitud, de modo que él nunca sabía exactamente dónde estaba el Loyal Forever. Cuando hubieron avanzado hacia el norte lo bastante como para tener la razonable certeza de haber dejada atrás La Española, viraron hacia el oeste, rumbo a Tortuga.

Al entrar en el canal, cuando Will vio lo pequeña que era la isla, y lo bajas e insignificantes que parecían sus colinas, tuvo un momento de incredulidad: ¿podía ser aquello el maravilloso lugar que le, había descrito Brongersma? Y cuando McFee ancló el Loyal Forever entre otros nueve o diez barcos, Ned dijo:

-Estos son aún más pequeños que los mercantes holandeses que llegan hasta Barbados.

Pero al desembarcar se encontraron con un extraño panorama. Ese centro vital del Caribe no era una ciudad, sino un conglomerado de viviendas agrupadas al azar. Cada una reproducía los recuerdos que su propietario guardaba de su patria: un, famoso pirata holandés había utilizado su enorme fortuna para construir una réplica del hogar de su infancia, con buhardillas y un molinete de viento; un inglés; que más tarde sería ahorcado en Tyburn,, tenía una cabaña al estilo de Devon, con jardín y cuadros de flores, un español, una casa con tejas. Pero eran los franceses, precisamente los más numerosos; quienes aportaban el más disparatado surtido de chalés en miniatura y casitas de campo.

La mayoría de las viviendas eran, no obstante, cobertizos paupérrimos, carpas y lonas aseguradas contra los árboles. Había sitios donde se comerciaba, pero tiendas, de verdad, ninguna. Dondequiera que se mirara, se veía una mezcla de riqueza y pobreza.

Puesto que la situación de cada pirata dependía del último barco capturado en el mar y, en su mayoría, llevaban meses y hasta años sin conseguir nada, Tortuga no era un lugar bonito.

Pero todas las viviendas tenían dos cosas en común: un hogar abierto, coronado por una broqueta de hierro para ahumar lentamente el boucan. y un perro por lo menos, si no dos o tres. Ésos eran los distintivos de Tortuga.

Cuando los amotinados del capitán McFee anclaron el Loyal Forever junto a la costa de esa isla salvaje, ninguno sabía que eso había sido, en otros tiempos, parte de la zona gobernada por Cristóbal Colón, pues Tortuga era un apéndice de La Española. Santo Domingo, la antigua capital, que seguía siendo una ciudad importante, estaba a más de trescientos cuarenta kilómetros de distancia, pero daba al Caribe, mientras que Tortuga debía soportar las tormentas del Atlántico. Se trataba de un lugar tempestuoso, sin reglas. Su caótico, aspecto se explicaba por el hecho de que a intervalos irregulares, algún gobernador, español radicado en Cartagena bramaba: «¡Ya estoy harto de esos malditos piratas de Tortuga, que se ensañan con nuestros barcos! ¡Destruid ese poblado! Entonces los soldados españoles se ponían el yelmo e incendiaban todas las casas, matando a todo el mundo, incluidos niños y perros, y dejando sólo las cenizas. Tortuga quedaba entonces desierta por un tiempo, hasta que una nueva banda de piratas desembarcaba, rebuscaba entre las cenizas aún calientes y comenzaba a construir otra serie de viviendas.

Cuando los hombres de Barbados llegaron a la isla, la encontraron atestada de forajidos que, a regañadientes, habían reconocido la necesidad de someterse a una tosca forma de gobierno si querían vivir con más tranquilidad. Hasta tenía una especie de gobernador: un francés elegido por los bucaneros.

Tortuga, la isla que merecía ese nombre por su forma de galápagos, rebosaba de entusiasmo e ilusiones. Ned se sentía orgulloso de contarse entre los bucaneros más jóvenes, y como su tío Will había insistido en que él debía aprender francés y español, lo reclutaron para negociar con el Loyal Forever.

Dos importantes piratas franceses ofrecieron unos servicios que McFee y los ingleses no pudieron rechazar. Tal como ellos explicaban:

-Si robasteis ese barco que tenéis ahí fuera, las patrullas inglesas os estarán buscando. Y si os cogen, ¡la horca! Porque ahora sois piratas. -Mientras McFee y Tatum escuchaban esta afirmación, Ned les vio hacer una mueca. Pero

entonces los franceses dijeron: Nos llevaremos vuestro barco, y nuestros carpinteros ...

-¿No hacéis vosotros mismos el trabajo? -interrumpió McFee. Los franceses se echaron a reír:

-Nos vamos arreglando: Cuando capturamos el último barco español, conseguimos ocho carpinteros experimentados. Se podría decir que los conservamos como esclavos, pero los alimentamos bien.

Llamaron a los carpinteros, y éstos explicaron cómo desarmarían el Loyal Forever para reconstruirlo de modo tal que no pudiera ser jamás identificado.

-Además -dijeron los franceses, como prudentes banqueros que buscaran cerrar un trato, nos llevaremos vuestro barco y os daremos el nuestro, ése que está ahí anclado: No es tan grande como el vuestro, pero tampoco tan vulnerable.

El trato quedó cerrado. A media tarde, los carpinteros españoles estaban destruyendo prácticamente todo lo que podía delatar el origen del Loyal Forever, para construir en su lugar una estructura distinta, que creaba otro tipo de silueta. Tras una semana de trabajos intensos, el barco parecía más largo, más estrecho, y tenía dos mástiles en vez de uno. El barco que recibieron a cambio también estaba modificado, y Ned Se preguntó a quién habría pertenecido. En cuanto a su nombre, McFee pidió a los obreros españoles que le tallaran un tablón para la popa, y cuando estuvo en su lugar, Ned preguntó:

-¿Qué es Glen Affric?

-Una cañada de Escocia, donde cantan los ángeles ...,-respondió McFee.

Ned vio, con satisfacción, que el nuevo barco tenía ojos de buey para ocho cañones pequeños.

-Este Glen Affric también va a cantar -predijo.

Pero pronto tuvieron que abandonar la idea de efectuar un viaje rápido hacia el norte para interceptar algún barco español solitario cargado de metales preciosos, pues McFee trajo noticias desalentadoras:

-No habrá acción hasta que pasen los barcos españoles, en mayo.

Quieren que vayamos a La Española a cazar jabalíes.

Ned recibió un fusil muy largo, con una culata que parecía, una pala, una gorra alta y puntiaguda para que lo protegiera del sol, una ración de tabaco y una perra de caza, grande y fuerte, de color negro, que había pertenecido a un bucanero francés, muerto durante un abordaje. Con ese equipo, más un cuenco hecho con medio coco, y una manta enrollada, cuyos extremos se ató a la cintura, se encontró listo para ir a los bosques de La Española. Cuando el pequeño bote lo depositó en las costas que se extendían frente a Tortuga, junto con otros diez hombres, estaba preparado para su iniciación en los arcanos ritos de los bucaneros.

Aunque estaban en la isla de La Española, desde donde los españoles habían colonizado todo el Caribe, la zona en la que se hallaban era un indómito paraje de árboles bajos, sabanas y jabalíes, totalmente despoblado. Pero seguía siendo parte del imperio español, aunque pocos de los que mandaban recordasen su existencia. *(En 1697, como los piratas franceses se habían apoderado efectivamente de la porción occidental de La Española, ésta fue concedida a Francia por el tratado de Ryswick, que puso fin a una guerra europea. Estuvo en poder de esta nación hasta 1804, año en que los negros insurrectos expulsaron a los ejércitos napoleónicos y establecieron la República de Haití. También Tortuga forma actualmente parte de Haití).*

En esa extraña, pero cautivadora mezcla de páramo y praderas, Ned fue apartado del grupo de su tío para formar otro con cinco hombres más, encabezado por un inteligente mozo de unos veintisiete años, que, llevaba varios años cazando en La Española durante los periodos en que los filibusteros no podían salir al mar.

-Mompox, mi nombre -dijo, sólo eso.

En los días siguientes, Ned se enteró de que era mitad español, indio misquito de Honduras en una cuarta parte y negro del istmo de Panamá en la otra cuarta.

-Por mi color, españoles me hicieron esclavo. Trabajé construyendo fuerte Cartagena –explicó.

-¿Cómo te liberaste? -preguntó Ned.

-Como uno, como otro, tal vez como tú, -respondió aquel gigante de ojos, pícaros.

Y así quedaron las cosas; sin embargo, por comentarios que hizo mientras cazaban, Ned dedujo que estaba en Tortuga desde hacía algunos años.

De todo el grupo designado para cazar a sus órdenes, Mompox parecía preferir a Ned, pues se tomaba un especial interés en enseñarle a manejar el arma grande y utilizar su perra adiestrada para rastrear jabalíes. Cuando por fin el muchacho mató a dos sucesivamente, después de haber fallado en dos

oportunidades, Mompox le enseñó a destriparlos, desollarlos y cortar la rica carne en tiras.

Cuando cazaron animales en número suficiente para, encender una gran fogata, Mompox enseñó a Ned el arte de asarlos en barbacoa. Durante varios días, el joven estuvo a cargo del fuego. Debía vigilar que las tiras de cerdo no se prendieran, ponerles la sal y frotarlas con un puñado de hierbas aromáticas que le daba ,Mompox.

Esta carne -le aseguró Mompox, en una mezcla de varios idiomas -se conserva meses enteros. Muchos barcos se paran a comprárnosla. Es buena para el escorbuto.

Cuando el mestizo consideró que Ned conocía los principios básicos del boucan, lo llevó a una larga excursión. Junto con otros tres más, penetraron hasta un punto tan alejado de la costa que llegaron a un sitio visitado con frecuencia por las patrullas enviadas desde la parte española de la gran isla. Ese día tuvieron la mala suerte de tropezar con una, y Ned habría sido alcanzado por un disparo si Mompox no hubiera visto al español y tirado antes contra él. Al terminar la confusa lucha que siguió, los bucaneros hicieron prisionero al hombre, y Mompox lo degolló y dejó su cadáver apoyado contra un árbol.

Cuando los diversos grupos de ,caza estuvieron listos para regresar a Tortuga, se reunieron en la costa y allí, con sus enormes atados de carne seca, aguardaron durante dos días a que llegaran los barcos. Entonces, Will observó con cierto recelo el interés que Mompox se tornaba por Ned. El mestizo deslizaba hacia el muchacho los mejores trozos de carne, y cuando acamparon junto al canal, Mompox juntó ramitas para acolchar el rincón de Ned. Tatum notó también, que, aun cuando se separaban, los ojos penetrantes del hombre buscaban a Ned con frecuencia, estuviera el muchacho dónde estuviera.

Durante la espera, Will nada dijo a su sobrino. Pero cuando llegaron los barcos para recoger la carne curada y los equipos de cazadores, Will se sentó en un banco, para que Mompox no pudiera sentarse junto a su sobrino. Aun así, el jefe de la partida de caza lo burló diciendo, con audacia:

-Siéntate aquí, Ned.

Will lo pasó por alto, como si no tuviera importancia. Sin embargo, cuando estuvieron de regreso en Tortuga y a solas, habló al muchacho como un padre.

-¿No has notado, Ned, que cada bucanero parece elegir a otro para trabajar con él, como si se cuidarán mutuamente?

-Sí. Si Mompox no hubiera vuelto a buscarme, aquella vez, yo estaría muerto.

-No me lo habías dicho. ¿Qué pasó?

Cuando Ned le explicó el incidente con el español, Will dijo, con aprobación:

-Fue una suerte que Mompox, estuviera allí.

-Pero luego enfocó la cuestión desde otra perspectiva:- ¿Estabas con nosotros la noche antes de que zarpáramos hacia La Española, cuando uno de los hombres se levantó bruscamente de un salto y apuñaló a otro?

-Sí.

-¿Por qué supones que lo hizo?

-¿Por dinero, quizá?

-Ned no lo sabía, en realidad, ni tenía experiencia para adivinarlo.

-Digamos que fue por dinero -le dijo Will en voz muy baja- cuando muchos hombres están juntos y sin mujeres ... cuando no han visto a una hembra durante meses enteros, quizá durante años ... se comportan de manera extraña y luchan entre si por motivos inexplicables.

Se detuvo, pero Ned era lo bastante sagaz como para saber que la conversación no había terminado.

-¿Qué tratas de decirme?

-No te acerques demasiado a Mompox -se limitó a recomendar Will:-. O mejor dicho, no dejes que él se acerque demasiado a ti.

-¡Pero si me salvó la vida!

-Es cierto, y es mucho lo que le debes. Pero no demasiado.

Para Will, Ned, y también para Mompox, fue una. desilusión descubrir a su regreso, que en Tortuga no había planes para atacar galeones tesoreros españoles ni ninguna ciudad de Cuba o Campeachy. Lo que se propuso les horrorizó. McFee lo explicó como pudo:



-Hemos vendido toda la carne que teníamos y no hay incursiones que nos den dinero. Pero esos dos barcos que hay ahí fuera; uno inglés, holandés el otro, han prometido comprar todo el campeche que podamos cortar.

Ante la sola mención del campeche, los bucaneros de más edad gruñeron quejosamente, pues no había en los siete mares trabajo peor que el de talar ese árbol. Un viejo marinero que una vez se había visto obligado a trabajar en las salinas de Cumaná dijo:

-El campeche es peor que las salinas. En Cumaná se trabajaba en tierra con el campeche hay que tener el culo en el agua dieciocho horas al día.

Pero como no había tesoros españoles, a los hombres de McFee no les quedó más remedio que navegar hacia el oeste, hasta las lejanas costas de Honduras, seguidos por los dos grandes barcos enviados para comprar los campeches que los bucaneros fueran derribando. Cuando Ned vio la maraña de marismas donde crecía el campeche, imaginó los insectos, las serpientes y las panteras que debían de infestar la selva y se amedrentó. Pero su tío, que había estado a dos días de su propia muerte en la celda de Cádiz, lo alentó:

-Son seis meses en el infierno, Ned, pero pasarán. Y después tendremos años enteros para contar a otros lo horrible que fue.

Resultó exactamente como Will predijo, seis meses del trabajo más torturante que un hombre pueda hacer, hundido hasta el muslo en agua lodosa, asediado por insectos, atacado de vez en cuando por mortíferas víboras de agua y con los brazos tensos de tanto talar los campeches enmarañados. Costaba creer que esos feos árboles fueran valiosos, pero un veterano explicó a Ned:

-Kjlo por kilo, valen casi tanto como la plata.

-¡Pura mierda! gritó otro. Con lo que estalló una riña.

Ned lo habría pasado muy mal en la selva a no ser porque Mompox estaba siempre allí para cuidarlo. Le curaba las picaduras de insectos cuando se le infectaban y se encargaba de que se alimentara bien. En cierta ocasión, hallándose Ned a punto de desmayarse por la fiebre causada por las picaduras y la inmersión constante, Mompox convenció a los del barco holandés para que lo aceptaran a bordo y le permitieran dormir sin interrupciones. En ese tiempo, el debilitado mucliacho preguntó al capitán:

-¿Para qué quieren esta maldita leña?

-Mira el centro de la madera -explicó el holandés. ¿Alguna vez has visto un pardo purpúreo tan oscuro, intenso y bello? Hasta tiene un toque dorado.

Ned, al fijarse, vio la magnificencia de la madera que había estado cortando.

-Aún así no sé para qué lo queréis.

-Para tinturas, hijo. Es una de las más potentes y bellas del mundo.

-Pensé que los tintes eran amarillos, azules y rojos. Esos son los colores intensos que gustan a las mujeres.

-Son vistosos, sí, pero éste ... éste es imperial.

Cuando Ned estuvo en condiciones de volver al trabajo, cortó los árboles con más respeto. En cuanto a la ocupación en sí, tuvo que declararse de acuerdo con los que se la habían descrito antes del viaje a Honduras:

-Es infernal.

En el trayecto de regreso a Tortuga, Ned preguntó, con cierta irritación:

„¿Cuándo atacamos a los españoles?

-Esperaremos el año adecuado, el viento adecuado y las ventajas adecuadas -le respondió un antiguo miembro de la fuerza bucanera-. Recuerda que, en 1628, Piet Heyn; el gran pirata holandés, aguardó dos años antes de actuar, pero atrapó a toda la flota tesorera que volvía a Sevilla. En una audaz acción que jamás será repetida, capturó, no tres galeones ni cuatro, toda la flota. Sí, quince millones de guilders de una sola vez, cuando el guilder valía más que la libra. Ese año, su compañía pagó unos dividendos del cincuenta por ciento. Yo navegaba con Heyn, el botín fue tan grande que habría podido comprarme una granja. Pero no lo hice.

En los tediosos meses de 1667 y principios de 1668, los bucaneros del capitán McFee, con su pequeño y vivaz Glen Affric, no participaron en ataques tan afortunados; pero se las compusieron para entablar dos buenos combates, en asociación con otros tres barcos pequeños, contra dos galeones armados. Perdieron uno y capturaron al otro tras un difícil abordaje. El galeón rindió un gratificante botín para las cuatro tripulaciones, y Ned tuvo la oportunidad de observar cómo trataban su tío y Mompo a los prisioneros españoles: los mataron a todos a tiros y arrojaron los cadáveres desde la borda.

En enero, McFee dijo a su tripulación que, en la siguiente temporada de calma y sin que se pudiera contar con el paso de buques españoles, podían escoger entre dos opciones: cazar jabalíes en La Española o volver a Honduras para talar campeches. Todos se rebelaron:

-No. Corrimos grandes peligros para venir aquí, para pelear contra los barcos españoles, y eso es lo que haremos.

-¡Valerosas palabras!-exclamó McFee, como si aplaudiera su coraje. Pero luego dijo con desdén: ¿Y qué comeréis en los diez meses venideros? Elegid: cazar o talar.

Quien resolvió el dilema fue Mompox, hombre diestro, que escuchaba todos los rumores circulantes.

-Dicen que cierto capitán tiene mucha suerte en Jamaica. Y a mí me gusta navegar con los capitanes afortunados, pues comparten todo lo que capturan.

Por primera vez, Will Tatum y su sobrino oyeron algo más que los rumores que se infiltraban en el Caribe: El capitán en cuestión era Henry Morgan, galés de treinta y tres años que, tras haber llegado a Barbados como siervo unos años antes se había dedicado a la vida de bucanero, como McFee, conociendo éxitos espectaculares. Se lo tenía por hombre de suerte, que atraía presas ricas como un imán. Aún no había realizado hazañas como el gran Piet Heyn ni saqueado las ciudades españolas; como tan efectivamente hacía L'Ollonais; el cruel francés; pero demostraba su garra dirigiendo sus pequeños barcos contra adversarios enormes a los que invariablemente derrotaba. Tal como Mompox dijo a los hombres del Glen Affric: .

-Dicen que cuando uno navega con Morgan, vuelve a casa con dinero. Y zarparon rumbo a Port Royal.

Ned no olvidaría jamás el día de su llegada. De pie en la proa del Glen Affric, observó la gran isla de Jamaica que se acercaba desde el sur. Como si algún día, en el futuro, fuera a tener que llevar a puerto su propio barco, parloteaba con entusiasmo, aunque Will apenas le prestaba atención.

-Desde esta distancia es imposible imaginar que en esa costa hay un puerto. Sólo Jamaica, enorme y alta. Pero, ¡mira! parece haber una cadena de islotes diminutos hacia el oeste, paralela a tierra. No pueden estar lejos de la costa, pero veo que protegen una bahía que está atrás. Claro que, para entrar en ella, tendríamos que navegar muy hacia el oeste, virar y regresar hacia él este. Y eso es lo que estamos haciendo.

Apenas manifestar esa deducción, ahogó un grito, pues la bahía oculta tras el arco de islotes era enorme.

-¡Allí podrían anclar todos los barcos de guerra de Inglaterra! ¡Esto es magnífico, tío Will!

Pero Will estaba observando la verdadera maravilla del puerto. Lo que el joven Ned había tomado por una cadena de islotes, era en realidad un alargado banco de arena que se curvaba desde tierra. En su extremo había una ciudad.

-¡Ésa debe de ser Port Royal! -susurró Will.

El tono de respeto reverencial con que envolvió esas palabras indujo , a Ned a estudiar con más atención la famosa capital de los bucaneros.

-Tiene fortificaciones ... eso significa que la protegen. Y cientos de casas, de modo que hay habitantes. Eso es una iglesia, un sitio para varar los barcos y limpiarles el fondo. Y aquello parecen tiendas. ¡Pero, mira ese cartel! .Es una taberna ... y ésta también.;. ,y ésta ... -Solo entonces desvió la vista hacia el este, para inspeccionar la gran bahía;- . ¡Veinticuatro o veinticinco barcos, todos enormes! ¡No pueden ser todos de bucaneros! No habría barcos españoles suficientes para que éstos los atacaran.

Mientras el capitán McFee conducía el Glen Affric hacia su amarradero, la tripulación quedó impresionada por aquel puerto legendario, el más salvaje e incontrolado del mundo occidental. Desde el Glen Affric, los marineros vieron una sugerente ciudad, de casas blancas enfiladas, grandes almacenes, costeros para mercancías, cuatro o cinco iglesias y, una pequeña catedral o algo parecido. Lo que no podían ver, pero que daban por sentado, después de los relatos de Mompox, eran las cuarenta tabernas y las cincuenta casas de diversión a las que la ciudad debía su mala reputación.

No era exagerada. Cuando desembarcaron no tardaron en apreciar lo que Port Royal tenía de especial. Allí no había policía ni restricciones de ninguna clase. Los soldados apostados en las fortificaciones parecían tan indisciplinados como los piratas que ocupaban la costa. Había allí representantes de todas las razas y todos los colores, dedicados a las ocupaciones más nefastas. En los meses más activos, en Port Royal había un promedio de doce asesinatos por noche. En la costa sobresalía un tosco patíbulo, desde cuya horca danzaba al sol de Port Royal el cadáver de algún pirata que había atacado al barco que no debía.

En los días siguientes, Ned apreciaría sus diferencias con Tortuga, agria y estéril, de comidas monótonas y mala cerveza. Port Royal, por el contrario, era un disfrute constante. La comida era excelente, había fruta fresca traída desde el interior de Jamaica, carne de las plantaciones y pescado del mar. De Europa llegaba buen vino y allí mismo se hacía una cerveza áspera. Pero lo mejor, en opinión de casi todos los piratas, eran las mujeres de cualquier raza que llegaban de todo el mundo. Dada la ausencia de mujeres en Tortuga, aquí buscaban con afán las diversiones que estas vivaces hembras podían proporcionar.

Lo curioso era que en domingo, las iglesias de la ciudad se llenaban tanto como las tabernas en días de entre semana. Los clérigos no vacilaban en recordara sus adormilados fieles que si continuaban con la piratería y la disipación como estilo de vida, el castigo era seguro. La Iglesia de Inglaterra, que aprobaba una copita de vez en cuando, no predicaba contra la bebida, pero sí los sacerdotes de religiones más rigurosas, y de vez en cuando llegaba un misionero de Inglaterra o las colonias americanas que anunciaba el fuego divino contra el vicio de Port Royal!

Ned, que había prometido a su madre asistir a misa, fue fiel a su palabra. Después de un sermón especialmente severo, que él había escuchado con Mompox a su lado, el pastor reparó en la juventud del muchacho sentado entre bucaneros reconocidos y lo detuvo a la salida para invitarlo a cenar en la rectoría. Ned dijo que Mompox también debía asistir, y el pastor se echó a reír.

-Donde comen dos, comen, tres.

La cena incluyó una comida sabrosa, buen vino y la fascinante historia de Jamaica, relatada por un testigo presencial.

-En 1655, Oliver Cromwell envió al Caribe a dos hombres de gloriosa incompetencia, unos verdaderos bufones. Eran el almirante Penn, a cargo de sólo Dios sabe cuántos barcos, y el general Venables, con un ejército. ¿Y quién era el capellán? pues yo. Nuestras órdenes eran sencillas: arrebatarle La Española a los ibéricos. Pero cuando lo intentamos, Penn desembarcó a cincuenta kilómetros del objetivo y Venables olvidó llevar agua y provisiones. Cuando por fin llegamos a las murallas de Santo Domingo, estábamos tan exhaustos que trescientos soldados españoles derrotaron a los tres mil que éramos. Huimos a nuestros barcos como si nos persiguiera el demonio, tirando las armas.

Ned, horrorizado por tanta incompetencia, observó:

-¡Una derrota espantosa!

-¡En absoluto! ¡Una gloriosa victoria!-le corrigió el clérigo con una amplia sonrisa.

-¿Cómo es posible? ¿Volvisteis y os apoderasteis de la ciudad?

-¡Nada de eso! -aseguró el rubicundo pastor, con el mismo tono de exaltación-. Ya a bordo, convocamos una reunión y Penn dijo: «Si volvemos ahora a Inglaterra, Cromwell nos cortará la cabeza». Y Venables preguntó:~¿Qué podemos hacer?». A ninguno se nos ocurría el modo de escapar, pero un teniente muy joven, llamado Pembroke, casi un niño, preguntó con vivacidad: «Ya que estamos en estas aguas, ¿por qué no capturamos Jamaica?». Penn, al estudiar sus

mapas, vio que estaba sólo a setecientos kilómetros al oeste. Y gritó: «¡A Jamaica!» ..

»Bueno, yo esperaba otro desastre, pues era obvio que Penn sabía de barcos tan poco como Venables de ejércitos. Pero Pembroke guió a nuestra flota hasta el puerto y, esta vez, nuestros millares de soldados desembarcaron a corta distancia de los españoles, que eran sólo un puñado de hombres. Vencimos y tomamos posesión de esta isla magnífica. Cuando Penn y Venables retornaron a Inglaterra, poco declararon a los periódicos y al Parlamento sobre la derrota de La Española, pero hablaron mucho de la captura de Jamaica. Fueron héroes.

Tanto Penn como Venables querían que yo regresara a Inglaterra con ellos. Me prometieron una buena iglesia en la nueva religión de Cromwell. Pero tras haber visto Jamaica, me resistí a abandonarla. –Sonrió a sus huéspedes y añadió–: Ya veis, jóvenes, a veces se puede perder una batalla, pero ganar después una mayor. Jamaica es la joya del Caribe.

El lunes siguiente, mientras Ned holgazaneaba en una taberna, varios veteranos se reunieron junto a él y, con la esperanza de que los invitara, a una copa, le explicaron de buena gana las amenidades de la guerra naval conducida por los ingleses.

-No debes decir nunca que somos piratas. Un pirata es un marino que surca los mares sin obedecer leyes ni normas de decencia. Ataca a todo lo que flota, aunque sea una gaviota si no tiene un galeón español a mano. Piratas son los franceses o los holandeses, los verdaderos ingleses, jamás.

Advirtieron a Ned que si quería que le rompiesen el cráneo, bastaba con que tratara de pirata a un habitante de Port Royal.

-Filibustero tampoco. Ni siquiera bucanero, que es un hombre rebelde, que se pasa la vida varado en Tortuga, con su fusil y su perro, no se lava nunca, ataca de vez en cuando, captura algún barquito con una mísera carga y vuelve a Tortuga, a celebrarlo con sus mugrientos camaradas.

-El que hablaba escupió por la comisura de la boca-. Y cuando no puede atrapar a un español, ¿qué hace? ¿Corta campeche en Honduras?.

Sólo de oír nombrar ese trabajo, Ned sintió náuseas.

-¿Cómo queréis que se os llame? -:-preguntó.

-¿Qué es lo que somos? Corsarios. Navegamos con patentes de corso libradas por el rey, y actuamos en obediencia a sus leyes. Se podría decir que formalmente somos parte de su marina.

Entonces los presentes quedaron electrizados por un grito de Mompox, que apareció en el vano de la puerta:

-¡Henry Morgan zarpa hacia el continente!

Apenas había empezado a explicar que se refería al continente sudamericano cuando otros entraron a la carrera, aumentando con sus gritos la confusión general.

-¡Henry Morgan va hacia Cartagena!

-¡El capitán Morgan va a La Habana!

En cuestión de segundos la taberna quedó vacía. Hombres de todas las clases corrieron a un pequeño edificio del gobierno, en cuya sala principal aguardaba el gran corsario para dar instrucciones a los capitanes cuyos barcos formarían su flota. Tanto Neo como su tío quedaron encantados cuando uno de los ayudantes de Morgan anunció que entre quienes participarían, figuraba Angus McFee con su Glen Affric. Luego Morgan se levantó. Era un hombre fornido de estatura media con extraños bigotes, muy finos bajo la nariz y como pequeños bulbos redondeados en las mejillas oscurecidas por el sol, bajo el labio inferior le asomaba una barbita de chivo, y de los hombros le pendía un pesado abrigo de brocado. Su rasgo más impresionante era, no obstante, la severidad de los ojos, pues cuando los clavaba en un hombre para dar una orden era evidente que no cabía desobedecer.

Pidió a los once capitanes escogidos que dieran un paso al frente y les dijo, en voz baja:

-El objetivo será Porto Bello .

Antes de que nadie respondiera a la asombrosa noticia, pues se suponía que ese puerto fortificado era inexpugnable, habló como si la captura fuese una operación normal y corriente. Pero más adelante, cuando el capitán McFee reunió a su tripulación a bordo del Glen Affric.

Ned oyó con sorpresa que las leyes eran muy estrictas.

-Bajo pena de muerte instantánea, queda prohibido atacar barcos ingleses o de alguna otra nación que haya firmado un tratado de paz con la nuestra. Por el momento, eso incluye a los holandeses. -En cuanto a las heridas, se aplicarían las condiciones habituales- Por la pérdida del brazo derecho se recibirán seiscientos piezas de a ocho o seis esclavos, por el izquierdo quinientas o cinco esclavos. Otro tanto si uno pierde una pierna, derecha o izquierda. Por un ojo cien piezas o un esclavo, por un dedo, lo mismo.

Los capitanes podían formar su tripulación con hombres de cualquier nacionalidad, McFee tendría ingleses, portugueses, holandeses, indios de la costa misquita, muchos franceses y unos cuantos españoles, que habían recibido malos tratos en Cartagena o Panamá. La regla referida a los esclavos era compleja.

-Podemos llevar esclavos a bordo para que hagan las tareas pesadas, pero sólo los que encontremos en los navíos capturados. Habrá graves penas si se admiten esclavos huidos de las plantaciones de Jamaica, pues sus propietarios los necesitan para los cultivos de caña.

Luego había dos reglas curiosas, que determinaban ciertas costumbres de los corsarios:

-Si capturamos en el mar a un barco extranjero, debemos llevarlo a Port Royal, para que la corona clasifique su contenido y separe la parte que nos corresponde. Pero si saqueamos una ciudad española, todo el botín nos pertenece. Por eso el capitán Morgan pasa por alto a los grandes barcos españoles y se encamina directamente hacia Porto Bello, donde está el tesoro.

Morgan se presentó personalmente ante los capitanes para recitar, con aire amenazador, la última regla dictada por el rey, que mandaba por igual sobre piratas, corsarios y bucaneros ingleses. Sus duros términos explicaban en gran parte la bárbara conducta en la cual participaría Ned en los años venideros.

-Si capturáis a prisioneros españoles, tratadlos exactamente como los españoles tratan a nuestros súbditos cuando los cogen prisioneros.

A continuación, los doce capitanes firmaron recibos, declarando haber obtenido del gobierno jamaicano, patentes de corso que otorgaban legalidad a la empresa. Pero esos detalles no tenían importancia para Tatum ni para su sobrino.

-Nosotros no somos corsarios ---dijo Will-. Somos simples bucaneros y así quiero que se me llame.

Ned estaba de acuerdo. No había abandonado su casa por la vida salvaje de Tortuga y la esclavitud de la selva de campeches sólo para refugiarse en los refinamientos legales de los corsos. Navegaría con Morgan y obedecería sus órdenes con orgullo, pero en el fondo seguía siendo un bucanero.

Mientras la armada de Henry Morgan, compuesta por doce navíos, navegaba en secreto frente a la costa de Nicaragua, acercándose a Porto Bello, divisaron en las aguas una barca y pensaron que serían españoles que corrían



hacia allí, para advertir a la población que se acercaban piratas. Al aproximarse vieron que eran seis indios que les hacían señas, como si pidieran ayuda. Una vez a bordo, los indios resultaron ser ingleses y les contaron una historia desagradable:

*Somos prisioneros comunes, capturados en barcos ingleses por los españoles. ¿Que cómo nos trataron? Se nos encadenó de manos y pies al suelo de una prisión en donde éramos treinta y tres y nos hallábamos tan apretados que el olor de cada hombre sucio ofendía el olfato del que estaba encadenado a su lado. Al amanecer nos quitaban las cadenas y nos hacían trabajar todo el día bajo un sol abrasador, hundidos en agua salada hasta el vientre. Miradnos el cuerpo, parece de cuero. A veces no nos daban de comer en todo el día, otras veces, sólo carne con gusanos. Piernas desgarradas, pies sangrantes y por la noche, las mismas cadenas, en el mismo suelo frío, en la misma sala atestada.*

El capitán Morgan les preguntó cómo habían, escapado.

-Matamos a dos de los guardias -respondieron ellos-. Si llegan a capturarlos, nos esperan la tortura y la muerte.

-¿Nos guiaréis durante el ataque a Porto Bello? -preguntó entonces Morgan..

-A cuatro patas, si fuera necesario -contestó el portavoz.

-Podréis vengaros -prometió el capitán.

A continuación, aquel hombre les dio noticias que provocaron exclamaciones ahogadas:

*¿Recordáis al príncipe Rupert, el glorioso jefe de la caballería que perdió uno de sus barcos en el huracán de Martinica? Todos creyeron que allí había muerto su hermano, el príncipe Maurice. ¡Pues no fue así! En un bote, él y otros llegaron a la costa de Puerto Rico, donde los hidalgos los arrestaron. Es uno de los que languidecen en las entrañas de ese castillo.*

Morgan, al comprender que podía rescatar al príncipe y devolverlo a la familia real de Inglaterra, con gran honor para él y para sus hombres, hizo que los ennegrecidos ingleses pasaran de barco en barco, a fin de que todos pudieran escuchar el informe de lo que les ocurriría si se dejaban capturar durante el ataque. Cuando los hombres llegaron al Glen Afric de McFee, Will Tatum pidió que se le permitiera custodiarlos. Al terminar el relato de los rescatados, solicitó unos minutos para relatar sus propias experiencias en la cárcel de Cádiz, donde se quemaba vivos a los prisioneros ingleses. Los marineros enmudecieron y escucharon con aire sombrío.

Los barcos se deslizaron frente a la costa sin ser vistos hasta donde les pareció prudente, y desde allí botaron veintitrés canoas, cada una con capacidad para veinte hombres. Durante tres días con sus noches, los remeros las impulsaron hacia el este. Y por fin, en la oscura noche del 10 de julio de 1668, Will Tatum, que guiaba la primera de las canoas, pasó un mensaje a quienes lo seguían:

-Dicen los guías que éste es el último sitio seguro.

En silencio, los marineros dirigieron las canoas hasta la costa. Cada uno revisó sus tres armas: pistola, espada y daga. Sólo entonces dio Morgan la orden:

-Tomaremos primero la ciudad. Después, el fuerte grande.

Puesto que Porto Bello contaba con tres poderosos fuertes -dos en puntos estratégicos de la bahía y el tercero dominando la ciudad-, los españoles estaban seguros de que ninguna fuerza marítima podría atacar con éxito. Pero nunca los habían atacado por tierra hombres como los corsarios de Morgan. El sigilo, más los datos proporcionados por los fugitivo, permitieron a los agresores llegar hasta los alrededores occidentales sin ser vistos. Allí, en las horas previas al amanecer, se reunieron todos. Súbitamente, entre gritos salvajes y disparando contra todo lo que se movía, crearon el caos y lo aprovecharon para tomar el centro de la ciudad, sin perder un solo hombre. Pero Morgan sabía que sería una victoria vana mientras los españoles retuvieran los tres fuertes. Así que, sin perder tiempo en celebraciones inútiles, se puso al frente de sus hombres y gritó:

-¡Al castillo!

El castillo estaba tan estratégicamente emplazado y tan sólidamente construido, con grandes cañones dominando las calles de la ciudad y el puerto que parecía inexpugnable. Sin embargo, padecía los efectos de la indolencia, que fue la perdición de tantas empresas españolas en los calurosos climas del Nuevo Mundo. El oficial al mando, el Castellano, era un hombre de carácter tan débil que su ineptitud resultaba cómica. Muestra de ello fue que el encargado de la artillería habría debido disparar los cañones contra cualquier grupo agresor, pero no pudo hacerlo porque no estaban cargados. Así las cosas, la gran fortaleza se rindió con una prontitud casi vergonzosa. En el ataque final, el Castellano, gracias a Dios, pereció, ahorrándose de este modo la dolorosa obligación de explicar al rey su ineficacia.

El jefe de artillería sufrió un destino más extraño. Rodeado por los ingleses a los que deseaba rendir sus cañones, su fuerte y su honor, buscó con la vista a un oficial entre los invasores y vio al capitán McFee. Entonces hincó una rodilla ante él, abrió los brazos, exponiendo el pecho, y gritó en inglés entrecortado:

-¡Deshonrado ... fracasado ante el rey ... no tengo vida por delante ... matadme!

McFee quedó desconcertado ante esa súplica, pero no ocurrió lo mismo con Tatum, que estaba a su lado. Will, echando súbitamente mano de su pistola, la puso contra el pecho del hombre y apretó el gatillo.

Fue aquella la verdadera iniciación de Ned Pennyfeather en la vida y la moral de los bucaneros. Los ingleses victoriosos arrearon a todos los españoles del castillo hasta una habitación, pequeña como la celda en donde los ingleses rescatados aseguraban haber estado. Cuando estuvieron allí, Ned recibió órdenes de bajar al sótano para poner toneles de pólvora debajo. Cuando regresó donde estaba su tío custodiando a los prisioneros, vió con horror que éste había trazado un reguero de pólvora negra desde allí hasta los toneles, escalera abajo.

-Oled esto -Ordenó Will, rencoroso, a un capitán español-. ¿Qué es?

-Pólvora.

-Corred, si queréis salvar la vida -gritó Will a Ned y a los otros marineros.

En cuanto ellos se hubieron ido, prendió fuego a la pólvora, la vio descender por la escalera y corrió a lugar seguro. Antes de que los prisioneros pudieran escapar, una tremenda explosión destruyó el ángulo del castillo y todos volaron en pedazos.

Morgan había eliminado uno de los castillos, pero quedaba otro de notable fortaleza, bajo el mando de un hombre muy valiente, el gobernador en persona, respaldado por soldados de mérito, que rechazaron un ataque tras otro. Por fin, el propio Morgan se vio obligado a admitir:

-Si no hacemos algo, no venceremos.

Lo que hizo fue dar a los mismos españoles una lección sobre la brutalidad de la piratería. Interrumpiendo el ataque al castillo, tomó por asalto un monasterio y un convento, donde hizo varios prisioneros. Mientras tanto, sus carpinteros armaron escalerillas muy anchas, que permitieran subir a cuatro hombres a la par, escalando un muro.

Hecho esto, dio a monjes y monjas una orden muy sencilla

-Tú, .tú y tú, levantad esas escalerillas y llevadlas hasta el muro del castillo.

Detrás de los religiosos hizo marchar al alcalde de la ciudad, a los comerciantes y los ciudadanos principales para que ayudaran a cargar con las escalerillas.

-Quien vacile recibirá un tiro.

Para asegurarse de que las escalerillas avanzaran, intercaló a algunos marineros en el grupo. Ned recibió la orden de acicatear a las monjas. Mientras esa trágica procesión marchaba hacia las murallas, los hombres que rodeaban a Morgan dijeron:

-Los españoles no se atreverán a disparar contra los suyos, y mucho menos contra los religiosos.

-No conocéis a los españoles -fue su respuesta.

Las pesadas escaleras avanzaban lentamente hacia las murallas. Ned, nervioso, se agachaba para esconderse detrás de las monjas. Morgan azuzaba a la columna. En los parapetos aguardaba el gobernador, deliberando. Vio que las escalerillas eran de tal tamaño que, una vez instaladas, facilitarían el acceso a sus murallas. Y si eso ocurría, todo estaría perdido. Pero también comprendió que sólo podía detener el avance disparando contra los mejores habitantes de su ciudad.

Entre los portadores de las escaleras se elevaron gritos patéticos, dirigidos al gobernador:

¡No disparéis contra nosotros! ¡Salvadnos! ¡Somos vuestro pueblo!

Alguien lo llamó por su nombre. Otros le recordaron relaciones pasadas. Todos miraban hacia arriba, hacia sus cañones.

-¡Fuego! -ordenó él. Y las armas destellaron frente a la masa formada por sus amigos. Cuando las monjas muertas y los monjes destrozados hubieron caído, Ned y los otros instaron a los sobrevivientes a continuar avanzando con la carga. *( En 1678, uno de los bucaneros de Morgan, un holandés de dudosos antecedentes, conocido como Exquemelin - Esquemeling, publicó en Amsterdam De Americaensche ZeeRovers, que alcanzó gran popularidad. Cuando apareció en inglés, en 1684, Morgan lo demandó, asegurando que éste y otros relatos eran calumniosos, Dos editores se echaron atrás y se conformaron con 200 libras cada uno, pero otros bucaneros que habían participado en el ataque atestiguaron que el relato de las brutalidades de Morgan era cierto).*

-¡Fuego!

Cayeron otros, pero las escalerillas quedaron apoyadas contra las murallas y cien marineros, encabezados por el implacable Will Tatum, treparon de inmediato.

La pelea fue atroz, cuerpo contra cuerpo, y hubo actos de gran heroísmo en ambos bandos. No fue una victoria fácil, como la del primer fuerte, ni hubo oficiales españoles que pidieran la muerte inmediata. El gobernador, en especial, se comportó con una valentía tan destacada que hasta Tatum se vio obligado a admirarlo.

-¡Rendíos con honor, señor! -le dijo-. ¡Se os concederá la vida!

Convencido de que el gobernador no le había entendido, puesto que continuaba luchando denodadamente, Will pidió a Ned que le sirviera de intérprete, y su sobrino repitió en castellano:

-¡Honorable gobernador, ríndase usted con honor!

Esta vez, la noble máquina de luchar oyó las palabras y saludó

Como hizo ademán de arrojarle contra tres atacantes, éstos no tuvieron más remedio que matarlo.

Para Ned, los dos días siguientes serían para siempre una nebulosa que era preferible borrar de la memoria. Los corsarios, tras haber obtenido una increíble victoria contra una de las principales ciudades españolas, eslabón clave en la cadena Perú-Sevilla, se sintieron con derecho al libertinaje triunfal y se entregaron a él, sin tener en cuenta los derechos de los vencidos ni las normas mínimas de la decencia. La violación, el pillaje, la mutilación y los incendios convirtieron a la orgullosa Porto Bello en un matadero. Muchos hombres españoles acabaron atravesados por un sable al tratar de proteger a sus mujeres. Ned, que lo presenció, pensó cuando parte de Barbados no era esto lo que buscaba.

No fue un superviviente español quien relató la barbarie de esos dos días, sino un capitán holandés que formaba parte del grupo de Morgan.

Muchos años después, ya viejo y retirado en La Haya, escribió:

Lo que los ingleses hicieron en Porto Bello dejó una cicatriz en mi alma, pues era difícil de creer que tan decentes compañeros de a bordo pudieran ser en tierra tan malvados. Después de capturar los dos castillos, reunimos a todos los ciudadanos en la plaza pública y les dijimos: «Mostradnos dónde escondéis el tesoro u os obligaremos a decirlo».

Eso hizo aparecer algún dinero entre las gentes que sabían qué esperar de los piratas ingleses, pues no eran otra cosa, aunque quisieran dárselas de

corsarios. Tras haber obtenido el dinero fácil, se dedicaron a conseguir el difícil, y lo hicieron aplicando, a hombres y mujeres por igual, las torturas más infernales ideadas por el ser humano. Se instalaron potros en diversos sitios, para arrancar los miembros. Se aplicaba fuego a todas las partes del cuerpo, utilizaban una tortura terrible, llamada *woolding*, que consistía en rodear la frente con un cordón ancho, para luego, con unos palillos atados al cordón por detrás, ir apretando más y más el cordón y provocar los dolores más terribles que un hombre pueda sufrir, pues incluso los sesos se debilitaban y los ojos empezaban a salir del cráneo hasta que, por fin, la víctima se desmayaba o moría con el cerebro reventado.

Los vi descuartizar lentamente a algunas personas, repitiendo a gritos «¿Dónde lo escondes?», hasta que cuerpo y alma se fragmentaban al mismo tiempo. Los vi hacer con las mujeres cosas que es mejor olvidar. Pero lo que me persigue aún hasta el día de hoy son las indecencias que se cometieron con monjas católicas que no podían tener ni un solo peso.

En este horroroso relato del saqueo de Porto Bello, cierto párrafo arroja alguna luz sobre el modo en que semejantes extravagancias afectaron al joven Pennyfeather, embarcado en su primera gran aventura de corsario.

Todas las mañanas, el capitán Morgan enviaba a varios grupos para inspeccionar los bosques, en busca de hombres y mujeres que hubieran huido a los primeros disparos. «Si tuvieron la astucia de huir, también han de tener riquezas escondidas en años pasados. Debemos hallar esas joyas y esa plata», decía. Cuando se atrapaba a alguna de esas personas se la sometía a las peores torturas. En la cuarta mañana se me envió al frente de un destacamento, con órdenes de capturar a los últimos grupos ocultos. Venía conmigo un buen muchacho inglés, llamado Ned. El y yo descubrimos a tres familias de refugiados, pero cuando las llevábamos, atados todos con sogas, vi que Ned vigilaba con cuidado a los otros piratas y, convencido de que nadie miraba, desató a las mujeres para dejarlas en libertad. Descubrió que yo lo estaba observando, pero le volví la espalda para no verme obligado a denunciar estos actos.

Terminadas las torturas, se envió a emisarios hasta la capital de Panamá, al otro lado del istmo, para que exigieran un rescate de trescientos cincuenta mil pesos en plata. De lo contrario toda la ciudad de Porto Bello sería incendiada. Los funcionarios de Panamá respondieron que les era imposible reunir esa suma, pero ofrecieron a Morgan un pagaré contra un banco de Génova. El replicó, con sensatez: «Los corsarios nos sentimos más seguros ante el metal precioso. Finalmente, se le pagaron cien mil pesos. Veinticuatro días después del primer ataque, la flota corsaria levó anclas e inició el veloz regreso a Port Royal, donde Will Tatum, Ned Pennyfeather y cada uno de los participantes recibió, cuando menos, ciento cincuenta libras inglesas, que en esos tiempos era una suma enorme. Ned envió su parte a su madre.

Si en 1668, en el saqueo de Porto Bello, Ned Pennyfeather vio a Henry Morgan en lo peor de su brutalidad, al año siguiente presencié lo mejor de su estrategia en el ataque contra Maracaibo. Cómo llegó Morgan a atacar aquel lugar casi inexpugnable, constituye una de las mayores leyendas del Caribe.

Tras su sonada victoria en Porto Bello, el gobierno británico entregó a este sedicente almirante del continente americano un barco nuevo, potente, llamado Oxford. Era una fragata de treinta y cuatro cañones, con una tripulación de ciento sesenta hombres. La guerra naval en el Caribe iba a modificarse drásticamente.

En una reunión celebrada a bordo del nuevo barco, anclado en Isla Vaca -pequeña isla jamaicana, a medio camino entre Tortuga y Port Royal- J Morgan pidió a todos los capitanes interesados en participar en una gran incursión corsa; así como a una banda de desesperados asesinos, que decidieran qué rica ciudad del continente español atacarían a continuación. Se guiaban por la misma regla de siempre: «Si capturamos un barco; el rey se queda con una parte, pero si saqueamos una ciudad todo es para nosotros». Antes de que se iniciara la discusión, Morgan, exhibiendo un orgullo infantil, quiso mostrar su nuevo barco.

-Mirad la solidez de este camarote, la robustez de sus bodegas. Es un barco para el combate, -Luego añadió-: En unos pocos minutos, Caballeros, escogeremos nuestro próximo objetivo. Recordad que por primera vez tendremos en el corazón de nuestra flota este barco poderoso, más fuerte que cuantas naves puedan enviar los españoles contra nosotros.

-A continuación, con su encanto galés, no pudo dejar de dar una pincelada cómica-: El Oxford fue enviado con una sola finalidad: aniquilar la piratería. Así que si veis a un pirata, quiero ser el primero en saberlo.

Gracias al Oxford, el análisis de los blancos posibles se tornó animado. Ni siquiera tuvieron en cuenta las ciudades de menor importancia, como las que traficaban con Campeche.

-¿Se ganaría algo volviendo a Porto, Bello?

-Nada -aseguró Morgan-. Hemos dejado limpio ese hueso.

-¿Qué posibilidades hay en Vera Cruz?'

-Si Drake y Hawkins fracasaron, ¿cómo podríamos triunfar nosotros? Hemos demostrado, que somos fuertes y, con este nuevo barco, seremos fortísimos. Pero invencibles, no.

-¿Campeche?

-No es lo bastante rica.

-¿La Habana?'

-¿Con sus nuevas fortificaciones? ¡No!

Entonces el capitán McFee nombró el objetivo en el que todos estaban pensando sin reunir el coraje necesario para mencionarlo:

-¿Cartagena?

Ese nombre mágico evocó un torrente de recuerdos. Drake había obtenido allí un buen botín. Los piratas holandeses la habían atacado. También el francés L'Ollonáis, el pirata más cruel de cuantos navegaron por el Caribe. Muchos otros habían intentado apoderarse de sus casi ilimitadas riquezas sólo para verse rechazados por sus formidables defensas. Uno de los allí derrotados la describía así: «Una bahía dentro de una bahía, cuyas fortificaciones protegen a una bahía más pequeña e inaccesible, circundada de cañones. Se la puede tomar; pero no es obra para simples mortales».

-Drake la tomó -observó alguien.

-Sí, pero hace un siglo, antes de que se construyeran los fuertes nuevos,-replicó otro capitán, y antes de que nadie pudiera agregar comentario alguno, les recordó:-

Los ingenieros españoles, pueden construir muchas fortificaciones en cien años.

-Los treinta y cuatro cañones grandes de nuestro Oxford pueden silenciar a todos los cañones que tengan los españoles -dijo entonces Morgan-. ¡Será Cartagena!

Los capitanes más timoratos habrían recomendado menos audacia de no ser porque en ese preciso momento, una imprudente chispa cuyo origen jamás se conoció, cayó en las cargas de pólvora, provocando una explosión de tal magnitud que destruyó el Oxford por completo. El barco se fue al fondo con más de doscientos. hombres. Milagrosamente, Morgan y sus capitanes principales se salvaron gracias a la firme construcción del cuarto en que se hallaban. Cuando lo sacaron del agua, dijo despreocupadamente: «la suerte de Morgan sigue vigente».

Cuando los empapados sobrevivientes se reunieron en la orilla, Morgan no les concedió un solo momento para lamentar la enorme pérdida.



Mientras los pocos tripulantes que se habían salvado encendían fogatas para secarse, el pirata dijo a los capitanes:

-Como decíamos hace unos minutos, no tenemos fuerzas suficientes, para atacar Vera Cruz. Y ahora, sin el Oxford, no podemos atacar Cartagena. Veamos, pues, ¿qué otra ciudad hay disponible?

Un capitán francés, que había recorrido, y ferozmente, todos los rincones del Caribe, dijo:

-Almirante Morgan, hay un sitio que nadie ha mencionado: Maracaibo.

Los capitanes ingleses se miraron entre sí, vacilando no sin motivo. En la costa norte de Venezuela, unos setecientos cincuenta kilómetros al oeste de las grandes salinas de Cumaná, pero, sólo seiscientos kilómetros al este de Cartagena, se abría el enorme golfo de Venezuela, en cuyo, extremo sur existía un canal muy estrecho que llevaba a un lago de agua dulce casi tan grande como el golfo. Conocido a la sazón como «laguna de Maracaibo», siglos después, sería famoso por sus grandes depósitos de petróleo. Medía ciento treinta kilómetros de norte a sur y noventa de este a oeste. Era un mundo en sí mismo, prácticamente separado, del mar y, rodeado de fértiles campos, aldeas prósperas y, en el extremo del canal, la importante ciudad que llevaba su nombre.

Maracaibo era un objetivo tentador por su riqueza, pero también un lugar peligroso por el riesgo de que los barcos quedaran atrapados dentro de la laguna si llegaba una flota de naves de guerra españolas durante el ataque. Hasta los corsarios bien armados, con amplio poder de maniobra, lo pensaban dos veces antes de saquear la zona de Maracaibo: «El botín sería grande, pero siempre está el terrible riesgo de quedar atrapado en el canal. Y entonces, ¿qué pasaría?».

Morgan, al reflexionar sobre los peligros de intentar el ataque contra ese delicado blanco, dijo:

-Durmamos un poco, si podemos. -Por la mañana reunió a sus capitanes:.....: Tendrá que ser Maracaibo.

Así pues, en la mañana del 9 de marzo de 1669, Ned Pennyfeather, de pie en la proa del Glen Affric, verificaba con una sonda la profundidad de la tortuosa entrada a la laguna. A veces el paso era tan estrecho que tenía la sensación de poder tocar la costa con sólo alargar la mano, pero estaba tan ocupado en su tarea que apenas reparó en el fuerte español, construido en sitio prominente, cuyos cañones podrían destruir el barco. Era prodigioso, una inmensa masa de piedra y almenas de hierro, con pesados cañones apuntados directamente hacia los diez barcos que se aproximaban.

-¡Cañones -gritó tardíamente, en el preciso momento en que un disparo, demasiado alto pasaba aullando por encima y lejos de los buques

invasores. Era una repetición de la tragedia española: un magnífico castillo fortificado, con emplazamiento perfecto y debidamente provisto de armas, pero a cargo de soldados ineptos. Ned casi sentía vergüenza por la facilidad con la que los hombres de Morgan habían tomado esa excelente fortaleza y sin perder un solo marinero.

Pero su tío Will expresó la aprensión de los veteranos:

-Entrar ha sido fácil. Ahora bien, ¿podremos salir?

En los días siguientes, mientras la flota asolaba la gran laguna; logrando victoria tras victoria, los marineros de más edad seguían preguntándose:

-¿Cómo sacaremos nuestro botín de esta trampa?

El botín era enorme, pues las poblaciones asentadas en las riberas de la laguna eran ricas, pero los ciudadanos habían ocultado astutamente el oro y las joyas. Como consecuencia, Ned se enfrentó con una grave crisis moral. Por un lado, comprendía que, para que los bucaneros pudieran reunir una fortuna, alguien debía capturar a los ciudadanos ricos que habían huido a las colinas, traerlos engrillados y, de algún modo, obligarlos a revelar los escondrijos. Pero esto último le parecía horrible, pues implicaba el uso del potro, el fuego y el terrible *woolding*. El, no obstante, nunca participaba en las torturas. Lo que hacía era rastrear a los fugitivos y llevarlos a los cuarteles en donde los interrogaban. Cuando los prisioneros revelaban los escondites, él corría a desenterrar las joyas.

Durante una fiesta en la que los bucaneros celebraban bebiendo el éxito de la operación, un vigía que estaba apostado en la entrada de la laguna llegó con la noticia que todos temían:

-Hay barcos de guerra españoles bloqueando la salida.

De inmediato, hombres que estaban al borde de la embriaguez, volvieron a estar de pronto serenos. Todas las caras se volvieron hacia Morgan, que no pareció sorprendido por ese golpe de mala suerte. Pidió al mensajero que tomara asiento, le ofreció cerveza y le hizo muchas preguntas:

-¿Cuántos barcos?

-Uno grande y seis o siete pequeños, como el del Capitán McFee.

-¿Algún barco español ha intentado entrar en la laguna?

-Ninguno. Se han agrupado en el canal, esperando a que tratéis de pasar.

Entonces Morgan pareció irse por las ramas:

-El barco grande, ¿tiene costados altos? ¿Hay cerca del fuerte alguna zona en donde pueda amarrar una canoa para desembarcar hombres? ¿Bosques? cuando hubo escuchado lo suficiente, dijo con calma a sus capitanes-:

La solución es sencilla, caballeros: atravesamos el bloqueo, volvemos a Port Royal y distribuimos nuestro botín.

Ninguno de los capitanes se atrevió a preguntarle cómo.

Sólo tenía una opción: correr baquetas, pese a que las fuerzas contrarias, parecían muy superiores. El 27 de abril de 1669 se preparó. Ned, que ahora servía como tripulante en el buque insignia, tuvo oportunidad de observar desde muy cerca la ingeniosa manera en que Morgan se preparaba para huir hacia la libertad. Mientras hacía avanzar a sus diez barcos en dirección a la salida en disputa, habló a sus marineros:

-No tenemos por qué hacer las cosas como ellos suponen. Lo haremos a nuestro modo.

Y asignó diversas tareas a sus hombres. Algunos cortaron trozos de madera con los que tallar figuras de hombres, otros les pusieron sombreros, improvisados, mientras los restantes los armaban con palos. Seguro ya de que a Will Tatum se le podían confiar tareas importantes, lo hizo venir desde otro barco:

-Will, quiero que llenes esta cubierta de todo el material inflamable que encuentres, en especial, brea, alquitrán y pólvora. suelta. Luego cúbrelo todo con hojas secas y palos.

-¿Vais a sacrificar vuestro buque insignia?-preguntó Will en voz baja.

-Es algo que ningún almirante español haría, pero yo sí -replicó Morgan. Y mientras Will y su sobrino preparaban el barco para las llamas, indicó a sus herreros:- Forjad garfios de abordaje bien grandes, que doblen en tamaño a cuantos hayáis hecho hasta ahora.

Cuando aquellas monstruosas garras estuvieron preparadas, el mismo Morgan ayudó a sujetarlas a gruesas sogas.

Una vez que todo estuvo listo, con tres barcos menores amarrados a las regatas para que pudieran volar sobre el agua, Morgan dio la señal. Su flota, tan inferior, izó velas como si tratara de romper el bloqueo, pero el buque tea, timoneado sólo por Tatum Pennyfeather y ocho hombres, aparte de los marineros de madera: que montaban guardia en la cubierta, con aspecto feroz, se puso a la par del gran barco español que formaba la médula de la defensa enemiga y en vez de tratar de escabullirse, giró bruscamente hacia el adversario, mientras dos de los navíos más pequeños atacaban por la proa y por la popa. Los tres barcos ingleses golpearon simultáneamente al buque de guerra, echaron los garfios y dividieron a los tripulantes en tres grupos. Habrían hecho mejor atacando sólo con el barco mayor, pues en cuanto los garfios unieron firmemente a ambas naves, Tatum y Pennyfeather gritaron a los otros ingleses:

-¡Huid! ¡Encendemos la pólvora!

Y los hombres se arrojaron por la borda, mientras otro navío acudía al rescate y Will hacía lo que tanto le gustaba: prender fuego a un reguero de pólvora. La explosión se produjo aun antes de que él y Ned saltaran al mar, y una gran bola de fuego encendió todo el material inflamable de la cubierta, dejando al barco español envuelto en llamas.

En medio de, un gigantesco resplandor, los dos buques entremezclaron sus destinos, ligados por los garfios de abordaje, y ardieron hasta la línea de flotación, hundiéndose a un tiempo. El mayor obstáculo para la huida había sido eliminado.

Mientras tanto, el segundo de los barcos españoles había huido hacia el fuerte con intenciones de varar allí, a fin de que su tripulación pudiera desembarcar y reforzar la guarnición de la fortaleza. Pero uno de los navíos ingleses lo siguió, arrojándole teas encendidas hasta convertirlo en un casco humeante. El tercero fue perseguido hasta el exterior de la laguna y capturado en los estrechos. Morgan lo adoptó como buque insignia, para reemplazar el que había sacrificado a las llamas. La laguna quedó libre de barcos españoles. Estaba eliminado el primer obstáculo hacia la libertad.

Por la mañana, el capitán Morgan se dedicó al problema de cómo pasar frente a la amenazadora fortificación cuyos cañones podían destruir cualquier enemigo que tratara de escabullirse. La tarea parecía imposible.

Pero un mes antes, la mañana en que pasó por allí con sus barcos, había visto un modo de volver a salir. Y ahora lo puso en práctica. Después de reunir a su alrededor todas las canoas que sus hombres habían capturado en la laguna, puso en cada una a veinte hombres bien armados, claramente visibles, e indicó al timonel que se dirigiera hacia la costa, cerca de los accesos al castillo, para desembarcar entre los árboles. Allí las canoas descargaron ostensiblemente lo que debía convertirse en fuerza de asalto a la fortaleza, pero al regresar a las

naves piratas, con sólo dos remeros visibles, los otros dieciocho hombres iban tendidos en el fondo, cubiertos de follaje para que los reflejos no delataran la triquiñuela.

De esta astuta manera, Morgan fingió desembarcar una numerosa fuerza de asalto al pie del fuerte, cuando en realidad todos sus hombres estaban de nuevo a bordo, pero ocultos bajo cubierta. Los ocupantes del fuerte, resueltos a no ser tomados por sorpresa, desviaron los cañones de la costa marítima y los dirigieron hacia el punto donde habían desembarcado los marineros, pues desde allí se podía esperar el ataque.

Jamás llegó. En cambio, un solitario vigía que observaba el paso de mar gritó:

-¡Se escapan!

Cuando los defensores corrieron a ese lado, armados sólo con pistolas y espadas, puesto que los cañones apuntaban hacia otro sitio, vieron que Henry Morgan y sus diez barcos se adentraban serenamente por el estrecho canal que los llevaría a la libertad. Un oficial español, provisto de un catalejo, estudió el barco insignia y gritó a sus compañeros:

-¡Ese cerdo se ha apoderado de nuestro Soledad! ¡Y allí se ha sentado, a beber algo que parece ron!

Morgan estaba libre y retornaba a Port Royal.

El mortífero trío formado por el capitán McFee, con su Glen Affric, Will Tatum como segundo de a bordo y Ned Pennyfeather como auxiliar, malgastó el año de 1670 en varias actividades nada productivas: vagabundear por las posadas de Port Royal, beber y divertirse. Un misionero cuáquero, que había ido desde Filadelfia para predicar en Barbados, quedó varado en Port Royal por una avería en su barco. Tras pasar un horrendo día en tierra, se retiró a su camarote, de donde no quiso salir mientras el barco permaneció en aquel infierno: Con frecuencia, al leer sobre Sodoma y Gomorra, he pensado que no podían ser ciudades reales, sino símbolos del mal. Pero Port Royal es muy real. En los tiempos antiguos, Dios barrería este sitio de la faz de la tierra

Los hombres del Glen Affric se tornaban irritables por la ociosidad.

Por fin, se hicieron a la mar sin ningún plan sensato. «No queremos ir a los bosques de campeches», repetían los marineros. No perdían la esperanza de interceptar un galeón español, pero no apareció ninguno. Vagaron primero hacia Porto Bello, pero el inesperado arribo de todo un convoy español, proveniente de Cartagena, los ahuyentó de un desastre seguro.

En sus vagabundeos sin rumbo, llamaban Caribe al mar por donde viajaban. En aquel entonces, ese nombre no era de uso común. Debido a la curiosa dirección del istmo de Panamá -que iba de oeste a este y, no como habría cabido esperar, de norte a sur-, siempre se llamaba al Caribe «mar del Norte», mientras que el Pacífico era el «mar del Sur». Por lo tanto; Drake combatió con los españoles en el mar del Norte, después cruzó el estrecho de Magallanes y volvió a la patria por el mar del Sur, no por el Pacífico. Y sir Henry Morgan asolaba el mar del Norte, no el Caribe.

Un marinero insistía en decirle a McFee: «La plata está en México». Así que, a falta de otra cosa mejor, el Affric. navegó hacia el noroeste, hasta la primera tierra mexicana que hallaron. Resultó ser la histórica isla de Cozumel, pero cuando desembarcaron, con las armas listas, sólo encontraron un grupo de templos ruinosos, originarios de algún periodo antiguo. Will, al estudiar las piedras caídas, anunció que eran ruinas egipcias; los demás aceptaron esa opinión, pero se produjeron muchas discusiones sobre el modo en que los egipcios podían haber llegado a aquel rincón remoto olvidado de Dios.

En Cozumel no había un solo peso. Ned encontró una pequeña cabeza tallada, que debía de haber formado parte de una estatua, y la llevó al barco. Pero cuando su tío la vio, la arrojó por la borda.

-En este barco cristiano no queremos ídolos paganos. Traen mala suerte.

En los últimos días de 1670, el capitán Morgan hizo saber que tenía pensado. «intentar una de las mayores empresas jamás concebidas en estos mares». Al extenderse el rumor, varios capitanes, como Angus McFee, regresaron en tropel a Port Royal para oír la confirmación oficial.

-El capitán Henry Morgan, con documentos del rey y del gobernador de Jamaica, ha sido designado almirante y comandante en jefe de todas las fuerzas armadas que luchan contra los españoles. Invita a los barcos y tripulantes interesados a reunirse con él en Isla Vaca, frente al ángulo suroriental de La Española, donde se trazarán los planes.

A los pocos días, el puerto de Port Royal había quedado desierto.

Una pequeña armada convergía hacia la isla frente a la cual había estallado el Oxford, dos años antes; y, Morgan quedó encantado al ver en ella a diez o doce barcos franceses maltrechos, pues tenía en alta estima la capacidad combativa de los bucaneros galos. «Son los mejores del Caribe», solfa decir, añadiendo: «Cuando tienen un buen jefe". Y él tenía intenciones de llevarlos hacia el oro y la gloria.

Cuando Morgan reunió a sus capitanes, los asombró su audaz clarividencia.

-Caballeros, hemos congregado aquí a treinta y ocho barcos y casi tres mil hombres.-Interrumpió los gritos de júbilo levantando un dedo en advertencia:- Sin embargo, acabamos de saber que ahora Inglaterra está formalmente en paz con España. -Fuentes gruñidos-. Pero no todo está perdido, pues tenemos instrucciones que van más allá. Si descubrimos cualquier conspiración española para invadir Jamaica o cualquier otra posesión inglesa, tenemos orden de atacar a España donde sea vulnerable, a fin de imposibilitar tales propósitos.

-Más vítores. Luego, la noticia que los acallaría:- Caballeros, no tenemos pruebas de que exista ese plan español. Quedaría muy agradecido a quien pudiera descubrir alguno.

Lo que ocurrió a continuación está muy bien descrito en un escrito conmemorativo que compuso Ned Pennyfeather para el almirante Morgan, mucho después de su muerte:

Para tener pruebas de la duplicidad española, varios barcos pequeños navegaron, por doquier, tomando prisioneros dispuestos a atestiguar que las fuerzas españolas de Cartagena planeaban llevar a cabo un gran esfuerzo para recobrar Jamaica. Creo que no existía tal plan, pues capturamos dos barcos españoles. uno tras otro. Y pese a los prolongadísimos interrogatorios, en los cuales yo oficiaba de intérprete. No descubrimos nada. De ahí que los obstinados españoles fueran cargados de cadenas y arrojados al mar.

Sin embargo, otro de los buques exploradores capturó a dos prisioneros dispuestos a revelar los secretos españoles. Me trasladé a ese barco para garantizar la exactitud de esos informes. En realidad, los dos prisioneros no eran españoles, sino originarios de las islas Canarias, de clase indigna. Nunca me convencí de que dijeran la verdad ni de que supieran algo sobre lo que declaraban. Pero después de ver arrojados por la borda a tres de sus compañeros que se negaban a hablar, se mostraron dispuestos, a jurar sobre mi Biblia que, en Cartagena. estaban preparando una gran flota de muchos navíos e incontables soldados para el ataque a Jamaica. Cuando entregué mi copia de las declaraciones al almirante Morgan. éste las arrugó con la mano derecha, levantándolas en el aire y gritando: -¡Nos basta con esto!». Esa misma tarde informó a los capitanes reunidos: -Zarpamos hacia el istmo; lo cruzamos y saqueamos la rica ciudad de Panamá». Cuando oí estas palabras me eché a temblar, al igual que muchos de los capitanes.

Había dos rutas para cruzar el istmo desde el Caribe hasta el Pacífico. La primera era por tierra: la horrible senda seguida por Drake y las caravanas de mulas desde el Perú. La segunda era el río Chagres, unos kilómetros más al norte, temiblemente protegido por una magnífica fortificación construida en la

desembocadura. El emplazamiento de esta fortaleza revelaba tal sagacidad que, más adelante, uno de los hombres de Morgan necesitaría de dos apretadas páginas para describir sus virtudes: «Construida sobre una alta montaña ... foso circundante de nueve metros de profundidad ... con el apoyo de uno más pequeño ... provista de ocho grandes cañones que apuntan hacia el río». Y para acabar: «Además de todo esto, en la entrada del río hay una roca grande, difícil de detectar, salvo durante la marea baja».

El ataque a esta fortaleza, llevado a cabo con cuatrocientos hombres contra el mismo número de resueltos defensores españoles, fue largo y terrible. Cayó la noche sin que la batalla se resolviera. Ned, que combatía con los granaderos, cuya peligrosa función consistía en correr a lo largo de la muralla arrojando granadas y ramas encendidas, tuvo la sensación de que los defensores resistirían. Pero al menguar la luz ocurrió uno de esos hechos imprevistos que suelen detormillar el resultado de una batalla. Un hábil tirador indio, que combatía junto a los españoles, arrojó una flecha que atravesó por completo el hombro del granadero que Ned tenía a su lado. El inglés, maldiciendo, se la arrancó de la herida, le puso en la punta una mezcla de algodón y pólvora, le prendió fuego y volvió a lanzarla al interior del fuerte, donde aterrizó en un techo de paja seca. En pocos minutos todo ese sector de la fortaleza estaba en llamas. A lo largo de toda la noche, otros grupos de atrevidos granaderos -Ned entre ellos- continuaron arrojando teas al fuerte, de tal modo que por la mañana, casi todas las partes de madera estaban quemadas.

Siguió un día de horrores. Más de cien corsarios, número nunca igualado, murieron en el intento de someter el empecinado fuerte, cuyos defensores españoles perdieron casi todos sus efectivos. Ned nunca había visto luchar a tantos españoles con semejante valor. Se destacó especialmente el castellán a quien el fuego concentrado obligó primero a retroceder hasta un rincón de su fuerte y, desde allí, de aposento en aposento, defendiéndose con sable: Por fin lo acorralaron, pero mantuvo a raya a tres bucaneros hasta que un cuarto corrió a darle el golpe de gracia. Ned, que era uno de los tres primeros y había estado a punto de caer ante aquel hombre heroico, se arrodilló junto al cadáver, tomó la espada del español y la colocó sobre su cuerpo abatido, con el pomo a manera de cruz. Allí quedó tendido el castellán, mientras las llamas los envolvían a él y a su fuerte.

El 19 de enero de 1671, cuando el almirante Morgan inició el viaje por el río Chagres con una flota de canoas y casi dos mil hombres, ninguno sospechaba -el almirante menos que nadie- que aquella expedición resultaría ser una de las peor preparadas de la historia militar. Uno de sus marineros, al ver que dejaban todas las provisiones a fin de llevar las armas necesarias para el ataque a Panamá, preguntó:

-¿Qué vamos a comer durante la marcha?



-Viviremos de lo que dé la tierra -contestó Morgan serenamente, como tantos generales de la historia. poblados por indios que criaran ganado y cultivaran hortalizas. Corría entre pantanos donde no había chozas ni ganado ni, para asombro de los marineros, árboles frutales. Así pues, ese inmenso ejército pasó tres días sin probar bocado. Al cuarto día, los soldados tuvieron un perverso motivo de júbilo, pues los exploradores gritaron:

-¡Emboscada!

Para los hambrientos expedicionarios, aquello no significaba peligro, sino la posibilidad de librar una temeraria batalla y conseguir un poco de comida. Sin embargo, cuando llegaron al sitio de la supuesta emboscada descubrieron, con horror, que los españoles habían huido sin dejar siquiera un mendrugo. Sólo quedaban diez o doce sacos de, cuero, como los que utilizaban los soldados de todo el mundo para guardar sus objetos de valor, yeso fue lo que comieron los bucaneros muertos de hambre. Más adelante, uno de ellos escribiría:

*-¿Queréis saber cómo se puede comer el cuero? Es sencillo. Se raspa para quitar el pelo, se lo corta en tiras, se lo golpea entre dos piedras mientras se lo empapa en agua del río. Después es preciso hervirlo para que se ablande y asarlo para darle sabor . Aun así es imposible mascararlo, pero si se puede cortar en trozos muy pequeños, que uno hace rodar en la boca para saborearlo y, finalmente, tragarlo. No lleva alimento al vientre, pero al menos le brinda algo en que entretenerse y, por un rato, pone fin a los terribles retortijones que se sufren cuando el estómago trabaja sin encontrar nada.*

Ned estuvo a punto de perderse ese festín, si así podía llamárselo, pues cuando se distribuyó el cuero, él se hallaba de exploración río arriba. Cuando vio que los hombres masticaban algo, supuso que era comida y gritó, lleno de pánico:

-¿Dónde está mi ración?

Moinpox lo cogió por un brazo, lo hizo sentar, acalló sus protestas y le explicó qué era lo que los marineros trataban de comer. Luego separó la mitad de su ración y la entregó a su amigo. Más tarde Ned dijo a Will Tatum:

-Eso me salvó la vida. No habría podido continuar un día más.

El noveno día fue inolvidable. Después de ascender trabajosamente hasta la cima de un monte, los hambrientos hombres miraron hacia el sur y vieron algo que los asombró por su belleza y su significado. Al recordarlo, Ned Pennyfeather escribiría:

Mompox y yo nos levantamos temprano, pedimos a bendición de Dios para lo que, según temíamos, podía ser nuestro último día en la tierra, y

comenzamos a subir una empinada colina, antes de perder la poca energía que nos restaba. Yo forcejeaba con la cabeza gacha, para aliviar minimamente las molestias Y los gruñidos de mi panza vacía. De pronto, Mompox gritó: «¡Ned, oh, Ned!». Y cuando levanté la vista ví la inmensidad del mar del Sur, que se extendía infinitamente hacia donde el cielo se tornaba casi negro. Las suaves olas no parecían alzarse más que unas pocas pulgadas y, con gran esplendor, rompían incesantemente contra la playa. No habla señales del Panamá que Morgan nos había descrito. Sólo se vela ese vasto océano que se perdía más allá de la imaginación.

Desde atrás me llegó un grito: «¡Mirad! ¡Panamá!. Giré hacia un punto que había. descuidado y allí percibí la centelleante ciudad que debia hacernos ricos. Divisé muchas iglesias y la majestuosa torre de una catedral, e innumerables casas, atestadas de todo aquello que buscábamos. En la bahía frente a la ciudad, más de doce barcos, algunos de ellos galeones enormes que traían al norte la plata del Perú. Mompox y yo nos arrodillamos para dar gracias, pues en esa ciudad tenía que haber comida.

Al descender encontraron un valle con muchas vacas, toros; caballos, cabras y asnos. Después de matar a algunos animales, encendieron fuego para la barbacoa. Fueron muchos los que; como Mompox y Ned, no pudieron aguardar a que la carne se cociera: en cuanto comenzó a humear la arrancaron de las ramas y empezaron a comer, dejando que la sangre les manchara la pechera, hasta que estuvieron ahítos.

En el décimo día desde la captura del fuerte de Chagres, el almirante Morgan y sus repuestos hombres estaban ya listos para lanzar el ataque contra Panamá, cuyos numerosos defensores los esperaban formados para la batalla; en una planicie abierta ante la ciudad. Amén de tropas adiestradas, caballería y un mando fuerte, los españoles contaban eon un arma secreta en la que tenían gran confianza: dos inmensos rebaños de toros salvajes, que soltarían contra los piratas en el momento propicio. Al grito de «¡Viva el rey!», la caballería se lanzó a la carga, reforzada por valientes soldados de infantería, La batalla, se prolongó dos horas, sin que los españoles pudieran romper las empecinadas filas de los invasores, pues éstos sabían que, si perdían eSa batalla, pasarían Qteves e infernales días en las prisiones de España.

Al comenzar la tercera hora, los españoles soltaron los toros salvajes: eran mil doscientos en cada rebaño, a derecha e izquierda. Los animales se arrojaron directamente hacia los piratas, pero al oír el fragor de la contienda se produjo una estampida y los rebaños giraron hacia los españoles, que retrocedieron hacia la ciudad en total desorden mientras los hombres de Morgan corrían rugiendo tras ellos.

La entrada de Morgan en Panamá fue reciamente resistida. Al ver que caían tantos de sus hombres, la ira comenzó a consumido. Cuando descubrió que

los soldados y los clanes fugitivos se habían refugiado en zanjas, con la esperanza de rendirse una vez que pasara la furia, ordenó a los suyos que los mataran a todos .. hombres y mujeres por igual, sin tomar un solo prisionero. Ya dentro de los portones tropezó con un gran grupo de monjas y religiosos, y, en su furia ciega, gritó: «¡Nos atacan!». Y siguió a sus hombres en una carga que los masacró sin discriminación.

Su cólera aumentó después de conquistar la ciudad, cuando descubrió que había desaparecido toda la plata de los inmensos almacenes alineados en el puerto, así como las riquezas que ornamentaban los monasterios y las iglesias. Morgan acababa de ganar una victoria tremenda, contra todos los pronósticos, pero sólo tenía la cáscara de una ciudad.

Los tesoros se le habían escapado.

En una furia que no conocía límites ni decencia, entregó Panamá al pillaje de sus marineros. Después de dejarlos comportarse como locos durante varios días, les ordenó que prendieran fuego a la ciudad. En las cuatro semanas que él y sus hombres pasaron allí, las interminables llamas lo consumieron todo. Iglesias, monasterios, casas; almacenes; todo quedó destruido en un gran incendio. Sólo se mantuvo en pie la torre de la catedral, construida de piedra, como para señalar el sitio en donde se había levantado la espléndida ciudad.

Mientras tanto, los hombres de Morgan, enfurecidos por la ausencia de los tesoros que tantos sufrimientos les habían costado, se dedicaron a capturar a cuantos ciudadanos pudieron y los sometieron a tormentos para que revelaran sus escondrijos. Tanto Will Tatum como Mompox participaban en la búsqueda de los fugitivos y luego los sometían a las refinadas torturas que los piratas habían perfeccionado en incursiones anteriores. Utilizaban el potro, el fuego; el horrible woolding, el descuartizamiento y la violación. Cuando se les acababa la paciencia recurrían al asesinato. El saqueo de Panamá costó la vida a unos cuatrocientos soldados, muertos en el campo de batalla, y a un número varias veces superior de civiles que perecieron en los interrogatorios.

En esta ocasión, Ned no participó en la persecución de los fugitivos, pues estaba a cargo de los interrogatorios. Su deber era obligados a decir dónde estaban las riquezas de Panamá. Como compartía la desilusión de sus compañeros y sabía que, si no hallaban los tesoros ocultos, volverían a Port Royal con muy poca recompensa que justificara los combates y el hambre sufridos, se convirtió en un interrogador implacable. Cuando las mujeres se negaban a revelar los secretos de familia, gritaba a sus compañeros sin el menor reparo: «¡Preguntadle otra vez». La tortura empeoraba gradualmente, a veces hasta que la prisionera moría allí, en el cuarto improvisado donde trabajaba Ned.

Entre los cautivos figuraba un hombre de obvia importancia y considerable fortuna, capturado por Tatum y Mompox durante una exploración, lejos de la ciudad. Will, al entregarlo para ser interrogado, dijo:

"Lo acompañan tres sirvientes para protegerlo. Mompox y yo tuvimos que matarlos. Este sabe algo»"

Nadie pudo descubrir quién era. Por fin, Ned comenzó a pensar que podía ser miembro de alguna orden religiosa. Después de tormentos que pocos hubieran resistido, el hombre rompió en una carcajada demoníaca:

-¡Condenados. necios! ¡Idiotas! Traed aquí a Morgan y lo revelaré todo.

Cuando Morgan corrió al cuarto de interrogatorios, el prisionero atado al potro, lo miró con el infinito desprecio de un hombre agoniza.

-¡Grandísimo asno! ¡Te las das de general y no tienes una pizca de sentido común!

-¡Preguntadle dónde tiene el dinero! -chilló Morgan.

Cuando Ned repitió la pregunta, el español dijo:

-Lo tuviste en tu mano, Morgan. Estaba todo allí, a veinte metros de la costa, cuando entraste rugiendo en nuestra ciudad ... en nuestra bella ciudad.

Por un momento pareció que el hombre iba a llorar, no de dolor, sino por la pena que le causaba el incendio de Panamá. Morgan dijo a los hombres que manipulaban el potro:

-Tirad.

. El prisionero, después de dejar escapar un alarido contra su voluntad, dijo con un sosiego irritante:

-Antes de que vinieras ordené que todos los tesoros de Panamá, la plata de las iglesias, el metal precioso de los almacenes, los grandes tesoros de los monasterios y los edificios oficiales; todo, el sueño de cualquier pirata ... Lo puse en ese pequeño galeón que viste al invadir nuestra ciudad. -Jadeaba, pues era difícil hablar con la muerte tan próxima-. Pero tú, Morgan, perfecto idiota, perfecto asno ... cuando entraste permitiste que tus hombres se embriagaran, violaran a las mujeres e incendiaran las iglesias por diversión. ¡Qué patético general! Mientras tanto, el enorme tesoro que buscabas estaba a tu alcance....

Como las sogas tensas le impedían levantar la cabeza, bajó la voz a un susurro, obligando a Morgan a inclinarse hacia él para preguntarle, adónde había ido el tesoro. Entonces el moribundo le escupió en plena cara.

-¡Tirad de las-sogas! -gritó Morgan. Y el hombre fue lentamente descuartizado.

La destrucción y el incendio de Panamá mantuvo ocupado a Morgan entre el 28 de enero y el 24 de febrero: cuatro semanas exactas. Cuando él y sus hombres quedaron saciados de tanta desolación, volvieron a las aguas del río Chagres; con las manos casi vacías, y navegaron rápidamente por él en las canoas que allí dejaron un mes antes. Durante el viaje, Ned tuvo repetidas oportunidades de estudiar a su comandante, pues Morgan iba en su canoa y pudieron conversar varias veces. El capitán no salía de la conclusión a la que había llegado al saber que las riquezas de Panamá se le habían escapado.

-Fue un noble esfuerzo. Aunque sólo hubiéramos reducido aquella temible fortaleza, habría sido un triunfo. Los navíos ingleses podrán usar este río en las campañas venideras. ¡Y el saqueo de ese gran puerto de la plata! Cuando el rey de España se entere de lo que hicimos en estas semanas, temblará en su lecho.

En realidad, el nuevo rey era un niño de diez años, medio idiota, cuya incapacidad determinó el fin del reinado Habsburgo en España, el acceso al trono de los Borbones franceses y la decadencia de la hegemonía española en todo el mundo, sobre todo en el Caribe.

Naturalmente, Morgan ignoraba estos sucesos europeos.

-Todo hombre hace lo que puede, Ned, y hay suficiente botín. No es rico, pero alcanza. -En cuanto al descuido cometido al permitir que escapara el buque con los tesoros, cuando lo tenía al alcance de la mano, dijo-: En Porto Bello y Maracaibo tuvimos una suerte que no merecíamos; en Panamá; una mala suerte que sí merecimos. ¿Dices que interviniste parte en las tres empresas? Si has guardado tu parte; la suma resultante no ha de ser despreciable.

Cuando el bote pasó por el sitio en donde habían encontrado las bolsas que les sirvieron de alimento, Morgan rió:

-Un par de días sin carne nunca hacen daño. Reducen el vientre.

-Fueron diez días, señor -contestó Ned.

El famoso almirante recobró la sobriedad.

-Sí, al séptimo, al octavo, yo dudaba de poder continuar, pero al noveno empecé a olfatear el mar... -Miré fijamente las riberas, tan inhóspitas-. No me gustaría repetir ese viaje, al menos, de la misma manera. Pero tú y yo haremos otros viajes de los buenos, ya verás.

Para Ned, esas conversaciones con Morgan eran un tesoro, pues en ellas el gran almirante exhibió una calidez y una comprensión hacia sus hombres que muy rara vez se ponía de manifiesto. En la acción parecía implacable, dispuesto a sacrificar cualquier cosa, cualquier vida humana, para alcanzar sus brutales objetivos. Eran incontables los españoles que le debían la muerte en los tres últimos viajes, ya como resultado de sus acciones militares directas y limpias, ya por los interrogatorios sobre las riquezas ocultas, reales o imaginarias. Pero en los últimos días de esa extraordinaria expedición demostró ser un hombre poco común. Ned estaba convencido de que su fama se extendería por todo el Caribe, mientras hubiera un hombre que amara el mar y las heroicas acciones posibles en él.

Cuando apareció a la vista San Lorenzo, aquellas ruinas cuya reducción había costado tantas vidas, Ned se sintió impulsado a expresar su admiración a Morgan.

-Mi padre, almirante, murió cuando yo era demasiado pequeño para recordarlo. Después de estas aventuras que he vivido con vos, siempre os consideraré como el padre que me habría gustado conocer.

Y Morgan, que por entonces sólo tenía treinta y seis años, respondió con aire gruñón:

-Te he estado observando, Ned. Eres un hombre de verdad, me sentiría orgulloso si tuviera un hijo como tú.

Pero Ned no tardaría en cambiar su opinión con respecto al almirante Morgan. Sus apreciaciones llenaron las primeras páginas de un extenso libro de bitácora en donde registró los sucesos posteriores al regreso de la expedición a San Lorenzo, mientras los marineros se preparaban para volver a Port Royal. Transcritas a un lenguaje aceptable y purificadas de sus errores ortográficos, sus anotaciones dicen:

BITÁCORA DE UN BUCANERO

Martes, 14 de marzo de 1671. Uno de los días más negros de mi vida. Durante todos estos meses, mi tío Will Tatum y yo hemos seguido al capitán Morgan como cachorros, escuchándole jactarse de que volveríamos a casa «no con cientos, sino con miles». Bien, esta mañana ha reunido a su tripulación bajo tres grandes árboles y ha exclamado: «¡Registraos todos!». Nos hemos desnudado por completo y cada uno ha revisado las ropas del otro, palpando bolsillos y costuras, de modo que hasta el más insignificante objeto de valor fuera a la olla común.

Los cofres con los escasos tesoros que traíamos desde Panamá han sido descargados, para que todos pudieran verlos. Cuando todo ha estado ante nosotros, el capitán Morgan ha iniciado el reparto: «Esto para ti, esto para ti, dos partes para el capitán del barco y cuatro partes para mí». Así ha continuado hasta distribuir el último peso español. Entonces ha cometido un acto de audacia: se ha despojado de todas sus prendas, salvo de las interiores, y ha exclamado: «¡Regístradme también a mí!». No se le ha encontrado nada escondido. «¿Esto es todo lo que vamos a recibir!», ha protestado Will. La obvia desilusión presente en sus palabras ha alentado a Mompox y a otros, que han protestado: «¿Dónde están las riquezas que nos prometisteis?»; Por fin, aquello se ha convertido en una protesta generalizada, que habría podido acabar en motín. Pero el capitán Morgan ha gritado: «¡Silencio, borregos! Hemos perdido el gran tesoro de Panamá, pero cada uno de vosotros tiene una justa porción de lo que hemos conseguido». Eran once miserables libras y siete chelines por cabeza. «¡Nos habéis robado!», han clamado algunos. Si el capitán Morgan no hubiera indicado por señas a los capitanes que se reunieran a su alrededor, tal vez habría resultado herido.

Miércoles, 15 de marzo. El capitán Morgan ha pasado toda la noche durmiendo en su tienda, con custodia. Ha sido una medida prudente, pues yo, por mi parte, habría querido matarlo. Los marineros que llevan más de tres años, combatiendo junto a él tienen muy poco que agradecerle. En su amargura, han hecho correr el rumor de que él había robado mucho oro y cajas de monedas, sin que se supiera dónde las tenía escondidas. Por mi parte, creo que las ha llevado secretamente a bordo de su barco, que permanece anclado frente a la costa. Se lo he dicho a Will y él ha respondido: «Registremoslo ahora mismo». Pero los hombres del capitán Morgan, bien armados, nos han impedido coger los botes que necesitábamos para llegar al barco.

Jueves, 16 de marzo. Malditos sean sus puercos ojos, malditos sus gordos bigotes, maldita su barba de chivo, maldita su chaqueta floreada. Hoy, antes de que la mayoría de los soldados que estábamos en tierra despertáramos, el capitán Henry Morgan ha remado secretamente hasta su barco, ha levado anclas y se ha marchado, sin que pudiéramos impedirselo. Ha escapado con miles, quizá con millones de pesos nuestros, con incontables barras de oro que había

escondido para no compartirlas, honradamente. He gritado a Will: «¡Allí va!». Y mi tío ha corrido hasta la costa, aullando: «¡Ojalá estallen vuestras municiones! ¡Ojalá os hunda una ballena enorme!». Mompox y otros marineros han corrido a los botes y han tratado de alcanzado, pero el capitán Morgan, sabiendo que la persecución era inútil, ha permanecido en la popa de su navío, riéndose de ellos, y ha ordenado a su artillero disparar dos salvas de cañón como despedida. Las descargas han agitado las ramas sobre nuestras cabezas. Así, de esta manera, he terminado mis trabajos de bucanero con el capitán Henry Morgan y sus cartas de corso.

Viernes, 17 de marzo. Cuando se nos han enfriado los ánimos, el tío Will ha reunido a unos cuarenta hombres de confianza y ha razonado:

, «Olvidemos lo de esta mañana. Nos ha engañado un maestro. Propongo que actuemos como verdaderos bucaneros. Crucemos otra vez el istmo para capturar un galeón tesoro, saqueemos lo que aún quede en Panamá y volvamos a casa como Dios lo permita». Todos los presentes estaban dispuestos a intentar esa aventura, pues estábamos seguros de poseer el coraje y la fuerza necesarios para lo que Hill proponía. «A los bucaneros les gusta tener un capitán en quien confiar .. Creo que todos deberíamos votar por McFee.» Como todos hemos recibido la sugerencia con gritos de júbilo, Will y Mompox han disparado una salva y han anunciado «voto unánime». Cuarenta y seis combatientes han gritado: «¡Hurra!». Quince de los indios, incluido un misquito llamado David, que había demostrado su habilidad para la pesca y la carpintería, nos han rogado que les permitiéramos acompañarnos, al igual que diecinueve esclavos negros, reacios a volver con los duros plantadores de los cañaverales de Jamaica. Yo, por supuesto, he insistido para que Mompox se uniera a nosotros. Por lo tanto, somos ochenta y uno en el grupo, cada uno un asesino, en caso necesario.

Sábado. 18 de marzo. Escribo esto en el viaje de regreso al mar del Sur.

Nunca he presenciado un esfuerzo como el que hice ayer. Algunos de nuestros hombres reunieron un grupo de canoas indias, largas y amplias, en las cuales amontonamos todas las armas, los picos y la pólvora que pudimos retirar de los barcos que preferían volver a Jamaica. Al recordar el hambre pasada en el viaje anterior, quisimos llevar todas las provisiones posibles, pero algunos de los marineros que no nos acompañarían trataron de retenerlas. Will mató a uno de un disparo y no hubo más problemas. De uno de nuestros barcos, yo cogí dos trozos de bambú ahuecado, sellados en los extremos, para guardar mis plumas y mis papeles, pues quería llevar un registro sincero de nuestra tarea sin el capitán Morgan. En el primer día nos fue bien. Avanzamos casi veintidós kilómetros por el río.



Martes, 28 de marzo. Nos hemos levantado temprano, hemos pedido la bendición del Señor en esta jornada y hemos marchado sólo unos pocos kilómetros, Mompox y yo a la vanguardia, antes de ver una vez más la inmensidad del mar del Sur. ¡Qué diferente nos ha parecido esta vez!

Cuando lo ví por última vez desde esta colina, íbamos a saquear Panamá para volver a casa llenos de oro. En esta ocasión queremos tomar un barco y navegar por ese vasto océano, en busca de la costa opuesta, si es que existe. Cuando me he girado para observar las ruinas de Panamá he reparado en dos cosas. Una prometedor; la otra, no. Los españoles se han reagrupado en torno a la catedral, de modo que están convenientemente reunidos para el asalto. Esta vez vamos a capturar la riqueza antes de que la escondan. Pero anclados en la bahía estaban los barcos de guerra más grandes que he visto en mi vida. Me he echado a temblar.

Miércoles, 5 de abril. Uno de los días más apasionantes de mi vida, pues he demostrado que soy un bucanero de verdad. Nos hemos levantado temprano y hemos partido en nuestras ocho canoas, para vencer o morir en el intento de atravesar el cordón de buques españoles y capturar uno de los galeones anclados en el puerto. Cuando nos acercábamos a la flota, los españoles querían detenernos poniendo muchos de sus marineros y soldados en tres navíos pequeños y rápidos, a los que llaman «barcas». Éstas se han lanzado contra nosotros como para devorarnos, y me ha parecido que hubieran podido hacerlo. Pero cuando se nos acercaban, el capitán McFee, verdadero luchador, ha gritado: «¡Dejad que se acerquen más!». Hemos esperado durante un tiempo que se me ha antojado peligrosísimo, conteniendo el fuego. Cuando ya podíamos verles claramente la cara, hemos soltado una salva de tal magnitud y tan bien apuntada que han quedado aturdidos. Han tratado de responder al fuego, pero ya estábamos sobre ellos. Y, con gran destreza, hemos saltado desde nuestras canoas a sus barcas y hemos iniciado el combate cuerpo a cuerpo. En el entusiasmo de la batalla, he olvidado mis temores y he demostrado mi valor. Cuando dos de nosotros tratábamos de hacer retroceder a cinco de ellos hasta la popa de la barca han podido matarme con sus picos, pero Mompox se ha precipitado a defenderme, con espada y daga, matando a uno de los españoles e hiriendo de gravedad a su compañero. Antes de que el sol llegara al meridiano, nos habíamos apoderado de dos barcas, y la otra volaba hacia la protección del puerto.

Nuestra victoria nos ha dejado con unos ochenta prisioneros españoles, casi dos por cada inglés, mucho más de lo que podíamos controlar. Mi tío, que por haber demostrado una bravura especial tenía derecho a hablar, quería matarlos a todos. Al preguntarle porqué el capitán McFee, ha gruñido: «Son españoles, ¿no?»». McFee no ha querido saber nada de eso. Ha hecho venir a tres de las canoas hasta las barcas de las que nos habíamos apoderado y ha cargado en ellas a los españoles. Pero mientras se llevaba a cabo esta operación, mi tío y Mompox

los han examinado, matando a los que estaban malheridos y arrojando los cadáveres al mar. Los otros podrían remar hasta tierra.

Al capturar las dos barcas; hemos obtenido una buena provisión de alfanjes, pistolas, pólvora y balas. Ya no éramos una pequeña flotilla de canoas indias, sino dos veloces barcos guerreros, que, gracias a nuestra superioridad de luchadores ingleses, son capaces de enfrentarse contra los galeones más grandes, si logramos acercarnos. Yo también he cambiado. Ahora me sé capaz de saltar desde mi bote a la cubierta de un buque y barrer a todos los españoles de la cubierta. Creo que mis compañeros han ganado la misma seguridad, pues en esta batalla éramos cuarenta y seis contra un número cuatro veces superior y hemos vencido con dos muertos y tres heridos graves por toda pérdida. Los indios y los negros que han muerto no cuentan.

El capitán McFee ha reemplazado a los muertos de una manera curiosa: cuando nos disponíamos a enviar a nuestros prisioneros a tierra, él se ha detenido junto a la barandilla de la barca y desde ahí ha observado con atención los rostros de todos los españoles. Por ese único medio, ha seleccionado cinco que le han parecido inteligentes y fornidos, para que se quedaran con nosotros. Como no habla castellano, a mí me ha tocado servir de intérprete, y así he obtenido información valiosa. El galeón ricamente cargado que cruza el Pacífico desde Manila, nunca amarra en Panamá, pues sólo va a Acapulco. El galeón que huyó de Panamá durante el ataque de Morgan se mantuvo en alta mar hasta que nos marchamos; entonces regresó. Así pues, en la costa hay ahora un enorme tesoro esperando a que lo cojamos. Y el galeón que trae la plata del Perú aún no ha llegado. Cuando lo haga, vendrá asistido por numerosos barcos de combate. Sabiendo todo eso, esta noche duermo en un barco nuevo, en una hamaca nueva e ilusionado por sueños nuevos.

Viernes, 7 de abril. Uno de los días más decepcionantes de mi vida. Hemos tratado en vano de atravesar las defensas de Panamá, animados por la certeza de que allí nos espera el gran tesoro que Morgan perdió.

Me gustaría encontrarme con el pillo responsable de ese rumor de que los españoles son cobardes. Cuando tienen un tesoro a defender, por lo menos, no lo son. Hemos intentado vencerlos por todos los medios, pero hemos fracasado. En el mar nos han rechazado con una batería de cañones; en tierra se nos han impuesto por superioridad numérica. Me ha parecido que éramos sólo una nube de pestilentes mosquitos tratando de atacar a un león, pues dondequiera que nos encamináramos recibíamos una paliza. En el mar hemos perdido a dos ingleses, caídos bajo los disparos, y dos más en tierra; por lo tanto, de los cuarenta y seis sólo quedamos cuarenta. Ya veo que el trabajo de bucanero puede ser triunfal cuando las cosas marchan bien y peligroso cuando no es así. Derrotados y con la cresta baja, volvemos a casa, pero aún no hemos decidido si lo haremos por el

cabo de Hornos o por el de Buena Esperanza. En Panamá, los españoles eran demasiado fuertes para nosotros.

Lunes, 10 de abril. ¡Día de gloria, día de misterios! Ayer, cuando estábamos a 6° 40'al norte del ecuador, según mis cálculos basados en la tosca ballestilla que tenemos, nuestro vigía gritó: «¡Galeón de Lima dos puntos al este del sur!», Cuando todos los de mi barca se agruparon en la proa, vimos el espectáculo más gallardo que nuestros ojos hayan apreciado nunca: un galeón español, pequeño y esbelto, con la torre de proa muy elevada en el aire, ornamentos dorados, centellando al sol de la mañana. Se mecía majestuosamente, como un hidalgo sumamente rico que hubiera salido a dar un paseo matinal; de babor a estribor, suavemente, y con cada vaivén proclamaba: «Heme aquí, miradme, vengo cargado de tesoros».

La visión de ese galeón inflamó de tal modo nuestra hambre que, en tanto nos acercábamos a él, no había entre nosotros un solo hombre que no estuviera dispuesto a apoderarse del galeón o morir en el intento: El capitán McPee hizo que las dos barcas, se acercaran y dijo: «Este es el objetivo que soñábamos. Atacaremos desde babor, hacia el medio. Nuestros mejores hombres abordarán con pistolas y alfanjes, sin dar cuartel. Nuestros esclavos quedarán atados en las barcas, bajo custodia. Todos los hombres del grupo de abordaje: seguidme, que yo iré al frente».

Eran órdenes severas, todos los que las escuchamos sabíamos que en ese día, demostraríamos nuestro valor o iríamos a dormir el sueño eterno en el fondo del mar. La perspectiva no me asustaba, pero mi respiración se aceleró inquieta y se me secó la boca. Mi tío, que me acompañaba, se limitó a decir: «Bueno muchacho, esto es lo que buscabas. Aquí viene". Y cuando contemplé el enorme barco español, que se erguía tan alto sobre nosotros, debo confesar que me pregunté: ¿Podremos someterlo siendo sólo cuarenta?". Pero inmediatamente corregí la idea: «¿Siendo cuarenta ingleses?». Y me respondí a voz en grito para avivar el coraje: «¡Sí, por san Jorge e Inglaterra, podemos!». Y los hombres que me rodeaban repitieron:«¡Por san Jorge e Inglaterra!». Y aunque nuestro capitán es escocés, se unió a nosotros en el grito.

El capitán español, al vernos llegar, muy consciente de que ése podría ser un combate a muerte, adoptó las mismas tácticas que los galeones de Panamá, lanzó tres barcas, cada una más grande que la nuestra, en un intento de mantenernos lejos de sus flancos. Cuando los navíos se nos acercaron, nos lanzamos contra ellos como si fueran ovejas enviadas a pastar, y nosotros, leones hambrientos.

«¡Dejad que se ahoguen!», gritó mi tío, cuando las barcas españolas se hundieron, arrojando al agua a sus tripulantes. Entonces ocurrió uno de esos

misterios del destino: en tanto nos reagrupábamos para continuar hacia el galeón, cuyos oficiales debían de estar aterrorizados al ver la rapidez con que habíamos eliminado la primera línea defensiva, un colosal incendio barrió la cubierta, allá arriba. Algún descuido de la gente de a bordo debió de prender fuego en un barril de pólvora, matando más españoles que nosotros al abordarlos.

Una vez que los hubimos dominado, mi tío y yo arrasamos las cubiertas inferiores hasta localizar los vastos depósitos de plata. Todos los lingotes tenían un número de Potosí, y comprendimos que habíamos conseguido una presa de valor inconmensurable. Will gritaba de júbilo: «¡Esta vez no nos tocarán once libras a cada uno!». Allí, en la oscura bodega, comprendimos que seríamos ricos si lográbamos llevar el barco a Port Royal, en Jamaica.

Mientras estábamos en las entrañas del galeón oímos gritos confusos en cubierta. Temiendo que un grupo de españoles armados estuviera escondido, a la espera del momento adecuado para saltar contra nosotros y recuperar el barco, corrimos hacia arriba, con la cara sucia por la mugre de la bodega, pistolas y espadas en las manos. Pero me encontré cara a cara con la joven más hermosa que se haya visto nunca. Calculé que tenía unos diecisiete años, y era tan blanca como si el sol no hubiera tocado nunca su bello rostro. Vestía telas finas, más apropiadas para un baile que para un galeón, y su figura era perfecta. Su pelo y sus ojos oscuros, de gran hermosura danzaban de entusiasmo, pese a lo peligroso de la situación.

La acompañaba una mujer, que me pareció su madre, de alrededor de cuarenta años, pues no sé juzgar más allá de los veinte. Era de temperamento tan austero que desaprobaba todo lo que había ocurrido esa mañana, sobretudo el hecho de que unos ingleses carisucios estuvieran haciéndose cargo de ella y de su hija.

Esa misma tarde averiguamos quiénes eran y quedamos atónitos ante tan buena suerte. El alto y solemne sacerdote que las acompañaba nos dijo: «Son la esposa y la hija del gobernador de Cartagena, el muy honorable don Alfonso Ledesma Amador y Espina!. Han estado de visita en el Perú. Si les hacéis daño, la ira de todo el imperio español os perseguirá hasta la tumba». Dicho esto, nos presentó a doña Ana Ledesma y Paredes y a su bella hija Inez. Nos dijo, además, que él era fray Baltasar Arévalo, de la ciudad del mismo nombre; en la provincia de Ávila, lindante con Segovia. Pronunció estos nombres como si cada uno otorgara una grandeza especial a sus antecedentes familiares.

Era un hombre alto, de semblante oscuro, su expresión parecía decir que la carga de guiar aun rebaño de españoles católicos residentes en el Nuevo Mundo era algo horripilante (lo cual no pongo en duda), aunque su misión más importante era defender con su propia vida a las dos mujeres a su cargo. Mi tío, al verlo, me susurró al oído: -Ese me parece el hombre de la Inquisición que me

sentenció a muerte en Cádiz. Creo que si yo no lo hubiera detenido, habría hundido su puñal en el sombrío sacerdote.

Aún no me he acostado, pues el capitán McPee me ha asignado la misión de custodiar a los ciento y pico prisioneros que hicimos durante la batalla. Los oigo mientras escribo, encerrados bajo las escotillas y preguntándose qué destino les espera. Mi tío es partidario de matarlos, pero otros dicen: "Pongámoslos en un bote y enviémoslos a la costa. Que ellos se las arreglen». Me haría muy desdichado que se tratara así a la señorita Jnez.

Martes. 11 de abril. Cuando descubrimos que nuestro bello galeón se llamaba La Giralda de Sevilla, quisimos saber qué significaban esas palabras. El sacerdote nos explicó: en Sevilla, la ciudad más encantadora de España, existe una majestuosa catedral, tan grande, que si os la describiera no me creeríais. Junto a ella hay una bellísima torre, llamada la Giralda, que es en sí una obra de gracia construida por los moros.

«¿Qué es una giralda?», pregunté. Y él me espetó, impaciente: «Es como una veleta». Por algún ridículo motivo, los necios de los españoles dieron a una torre el nombre de veleta. De modo que nuestro barco se llama La Veleta de Sevilla. A algunos de los nuestros no les gusta navegar en un barco que lleve nombre español; pero cuando propusieron cambiarlo por un limpio y decente nombre inglés, como «Castle», puesto que tiene a popa una estructura similar a un castillo, se levantaron fuertes protestas entre otros, diciendo que los barcos que cambiaban de nombre caían en desgracia: «Capturamos a un St Peter y lo rebautizamos Master of Deal, a las cuatro semanas se incendió». Después de otras, cinco horripilantes historias, un hombre dio el testimonio contrario: «Nosotros nos apoderamos de un barco holandés que se llamaba Frau Rosalinde, y nuestro capitán, que tenía muchos problemas con su esposa, juró no navegar en un barco con nombre de mujer, así que lo cambiamos por el de Robin Hood; antes de que terminara el mes habíamos capturado a un navío español lleno de metales preciosos». Pero como los malos ejemplos superaban a los buenos por nueve a dos, votamos y se decidió que el Giralda conservara su nombre. Cuando se lo dijimos al sacerdote, él comentó, a regañadientes: "Buen presagio. Todo marino necesita una veleta».

Domingo, 16 de abril. Primero las plegarias para dar gracias a Dios por haber puesto este rico botín en nuestras manos. Luego, las grandes decisiones. El capitán McPee y sus cinco consejeros han acordado meter a todos los prisioneros en barcas, con alimento y agua, para permitir que vuelvan a su patria como puedan, pero sólo después de aserrarles los mástiles, a fin de que no inicien acciones contra nosotros. Además, han decidido conservar a bordo del Giralda al cirujano español, que sabe más de píldoras y ungüentos que nosotros. Pero mi tío

ha advertido: «Revisad sus frascos y retirad todos los venenos, si no queréis que nos prepare uno». Han decidido retener también a un tal maese Rodrigo, hombre muy sabio que servía de navegante al capitán español. El hombre me ha dicho, en excelente inglés: «Conozco estas aguas desde Acapulco al cabo de Hornos; informa a tu capitán que puedo serle bastante útil». Cuando he preguntado por qué quería trabajar con nosotros, ha respondido: «Para un marinero, la vida es navegar. En esas pequeñas barcas, ¿quién sabe qué puede pasar?». También hemos conservado a siete negros que servían como esclavos en el Giralda; continuarán haciendo lo mismo para nosotros. Nuestro nuevo navegante nos ha pedido que le permitiéramos conservar a su asistente, pero el tío Will, gruñendo, ha dicho: «Mi sobrino sabe de estas cosas. El será tu asistente». Y así se ha hecho.

Quedaba por resolver qué haríamos con las dos mujeres Ledesma y con el sacerdote. Mi tío era partidario de meterlos en una de las barcas y dejarlos a merced de Dios, pues sólo veía problemas si los reteníamos entre nosotros. Pero fray Baltasar lo ha interrumpido con una súplica angustiada: «¡Salvad a estas mujeres! El gobernador Ledesma pagará un noble rescate». Yo le he adelantado para retener a las damas .. pero el tío Will ha dicho: «El ofrecerá rescate, sí, pero ¿cómo haremos para cobrarlo?». McPee lo ha acallado recordándole: «La plata nunca está de más». Pero he visto que mi tío no se sentía satisfecho cuando las barcas se alejaban a la deriva, hacia alguna costa distante, sin llevarse a las Ledesma. En cuanto al lúgubre sacerdote, mi tío aún tenía ganas de matarlo. Tal vez lo haga antes de que termine el viaje.

Se me ha asignado la tarea de hallar alojamiento a las dos mujeres y al cura, y he dispuesto que conservaran los camarotes que habían ocupado hasta ahora, encima del castillo de popa. Pero cuando el capitán McPee se ha enterado de mi decisión me ha ordenado: «No pueden dormir ahí», Y cuando le he preguntado por qué no, su respuesta me ha dejado atónito: "Porque dentro de cuatro días ese castillo no estará ahí». He tenido que buscar camarotes más pequeños y menos lujosos entre los de abajo. Como fray Baltasar se ha opuesto, le he explicado, dando a mi voz un tono oficial: «Dentro de cuatro días ese castillo no estará ahí». y he dejado que él se encargara de explicarlo a las mujeres.

Lunes, 17 de abril. Aunque el Giralda no sea un gran galeón de Manila, está bien equipado: cuenta con los instrumentos más modernos requeridos para la navegación. Maese Rodrigo, después de asegurarse de que yo tenía cierta habilidad para usar la ballestilla en el cálculo de la latitud, me ha aceptado sin reservas como asistente. «Debes descartar ese instrumento, calcular con él es casi una apuesta al azar», me ha dicho. Y me ha mostrado por primera vez un hermoso instrumento, hecho con madera de peral blanqueada y marfil. Me ha parecido tan ingenioso que me costaba creerlo. «Cuando efectúes tus mediciones, no lo apuntes al sol», me ha explicado, «pues así la vista se cansa. Éste se apunta hacia el lado opuesto, capta aquí la sombra que el sol arroja y, si la alineas con el horizonte,

puedes mirar por este agujero». Siguiendo sus instrucciones he hecho una medición perfecta al primer intento.

Martes, 18 de abril. Hoy, tras darle a maese Rodriga la latitud de mediodía, le he preguntado: «¿Cómo aprendisteis inglés?», y él me ha dicho: «Un navegante holandés, y los holandeses son los mejores en este oficio, me dijo que consiguiera un ejemplar de Errors in Navigation, de Eduardo Wright, que ese libro me lo aclararía todo. Cuando lo conseguí tuve que aprender inglés para leerlo, pero valió la pena». Me ha dejado su precioso libro para que lo estudiara. Después de hacerlo hasta donde me era posible comprender, le he dicho: «Ahora estoy listo para ser un buen navegante». Pero él ha replicado: «Tal vez dentro de diez años».

Martes, 28 de abril. Gran pelea con maese Rodrigo. Cuando ha descubierto que yo había fechado la anotación anterior «Martes, 18 de abril», como era correcto, ha aullado: «Todo el mundo civilizado utiliza el calendario católico. Vuestro descabellado calendario protestante está atrasado en diez días: Cámbialo ahora mismo, si quieres seguir siendo mi asistente».

Así que lo he cambiado, como se ve, pero aún creo que Rodrigo debe de estar equivocado. No puedo creer que los ingleses hayan cometido semejante error.

Jueves, 30 de abril. Al anclar frente a la isla que tenemos ante nosotros, he tomado mis mediciones y he descubierto que estamos a 3 o 01' latitud norte, y un marino nos ha dicho: «Esta es la isla de la Gorgona; no está mal para vuestros propósitos». Así pues, remontando un pequeño arroyo, hemos avanzado tierra adentro con el Giralda, hasta donde nos ha sido posible. Cuando estábamos casi varados con marea alta, hemos arrojado cabos desde el barco a los árboles y después de atarlos bien, el capitán McFee nos ha informado: «Aquí permaneceremos alrededor de un mes, para hacer lo que es necesario a fin de llevar nuestro barco indemne hasta Port Royal». Antes de ponerse el sol se ha iniciado la tarea de convertir el galeón en un buen barco de combate, digno de un bucanero. Yo me he quedado atónito ante lo que proponía: «Quitad el castillo de popa». Cuando algunos han protestado; diciendo que de ese modo nos quedaríamos sin varios camarotes buenos, él ha gritado: «¡Los barcos son para combatir, no para dormir la siesta!», Los dos palos se reducirán a la mitad, descartando todas las velas altas y modernas, tan bonitas con buen tiempo y viento fuerte, pero tan inútiles, de modo que la mitad de nuestro velamen ya no será de utilidad. Las sogas muy gruesas y pesadas se guardarán en la bodega, no para prestar servicio en nuestro barco, sino para venderse en algún puerto en el futuro. Nuestra cubierta «se limpiará completamente», como ha dicho el capitán,

añadiendo: «Si el capitán español hubiera tenido sus barriles de pólvora abajo, no habría perdido este barco ante un grupo de abordaje». En casi todos los detalles de este hermoso galeón, ve algo que se puede cortar o eliminar y de inmediato insta a Mompo a que lo ataque con su hacha.

Martes, 5 de mayo. Esta mañana, cuando fray Baltasar y la señora Ledesma han visto que estábamos decididos a derribar los dos castillos de popa, el cura ha elevado una protesta indignada; ella, llorosa, ha clamado que el capitán McFee estaba destruyendo un bello barco. Pero éste se ha mantenido firme, proyectando hacia delante su mandíbula escocesa: «Estamos construyendo un barco de combate rápido, que podrá llevaros sanas y salvas a Jamaica, y transportará a la vez nuestro botín de plata. Lo demás no importa». Y hemos proseguido con la destrucción.

Lunes, 25 de mayo. Las modificaciones están terminadas .. Maese Rodrigo, mirando los desechos dejados en la costa, ha dicho: «Nuestro peso debe de haberse reducido a la mitad». Pero el capitán McFee, que contemplaba el mismo cementerio de mástiles, camarotes innecesarios y hasta cubiertas enteras que sólo servían para decorar, ha dicho a la tripulación: -Ahora tenemos un barco que puede cortar las olas y aventajar a cualquier buque español». Mañana cortaremos los cabos que nos sujetan a la costa y partiremos; .. ¿hacia dónde? Sabemos que deseamos llegar a Jamaica, pero no sabemos exactamente cómo. Podemos coger la ruta más corta, alrededor del cabo de Hornos, que según dicen no es un viaje agradable; o dar la vuelta al mundo a través del Pacífico hasta el Asia y luego, rodeando el cabo de Buena Esperanza, retornar cruzando el Atlántico. Tanto el uno como el otro son temibles. Pero el tío Will dice: «Da igual; siempre es bueno conocer otras tierras».

Jueves, 28 de mayo. Nunca he pasado en el mar un día tan satisfactorio. Esta mañana la señorita Inez, a quien su madre y fray Baltasar impedían acercarse a mí, ha escapado de la vigilancia y ha paseado conmigo por la proa, donde no podían espiarnos. Me ha permitido que le cogiera la mano. Creo que deseaba hacerme saber que me considera un hombre decente, aunque sea inglés. Domino el castellano lo suficiente como para comprender lo que ha dicho: «No me llamo Inez, como vos decís, sino Inés». Lo ha pronunciado de manera tan suave y encantadora que me ha gustado mucho más su versión.

Luego me ha explicado la historia de lo que llama "nuestra famosa familia». No me ha hecho ninguna gracia saber que su bisabuelo persiguió a nuestro sir Francis Drake hasta su muerte. Al verme fruncir el ceño, me ha



asegurado que su abuelo, quien llevaba el curioso nombre de Roque Ledesma y Ledesma, fue el gobernador de Cartagena que autorizó las relaciones comerciales con Inglaterra, de modo que debe de haber sido un buen hombre. Nuestra agradable conversación se ha visto interrumpida por mi tío, que nos ha ahuyentado del escondite, y así ha sido como fray Baltasar nos ha visto y ha acudido a toda carrera. Al preguntarle a Will por qué había hecho eso, me ha dicho: «En Barbados te espera una inglesita decente». Y cuando le ha preguntado quién era, me ha espetado: «¡Bien sabes quién es! ¡Alguien!». Y se ha marchado a grandes zancadas, maldiciendo a todos los españoles.

Viernes, 29 de mayo. He salido a pasear por la cubierta con la señorita Inés, pero cuando el tío Will nos ha visto ha ido a denunciarnos ante fray Baltasar, quien, sin pérdida de tiempo, se la ha llevado. Después, mi tío se ha disculpado: «Supongo que es preferible ella a Mompox. Pero debes recordar que es papista y aplaudirá cuando el cura te quemé por hereje ... si. tiene la oportunidad».

Jueves, 29 de junio. En el mar, a 2° 13' sur de la renombrada ciudad de Guayaquil, hemos capturado un gran barco español que navegaba hacia Panamá, sin pérdidas para nosotros y sólo tres bajas entre ellos. Lo mismo que antes. Todo el mundo ha sido embarcado en botes sin mástiles rumbo al continente, con deseos de buena suerte mientras nosotros trasladábamos todas las mercancías al Giralda, incendiábamos el barco español Y continuábamos rumbo al sur. Mientras nos regocijábamos de tanta buena suerte, me he encontrado una vez más a solas con la señorita Inés. Me ha dicho que la afligía mucho ver a esos hombres, que ningún daño habían hecho, lanzados a la deriva, sin velas ni mástiles. Yo me he mostrado de acuerdo con ella, pero de pronto, me he puesto a la defensiva, pues no soportaba que ningún español criticara a los marineros ingleses: «Debéis preguntarle a mi tío. ¿Qué pasó cuando vuestros españoles capturaron su barco? Quemaron vivos a nuestros marineros, e iban a hacer lo mismo con él, pero escapó». Ella no podía creer que su gente se hubiera comportado así. Cuando el vigilante fray Baltasar ha acudido en su rescate, le ha preguntado: «Decidme, buen padre, ¿es cierto que en España tenemos una Inquisición que quema a los ingleses?». Ha sido entonces cuando él ha iniciado sus esfuerzos para adoctrinarme. «Sí», nos ha dicho. «La santa Iglesia tuvo que establecer un consejo dedicado a protegerla de los herejes y los infieles. Y sí, a veces los castigos deben ser crueles. Pero no son peores que lo que hace tu tío, cuando vosotros os apoderáis de un barco y matáis a los heridos, o ahogáis a quienes os combaten con más vigor. El espíritu del hombre es rudo y requiere domesticación constante.»

Nos ha dicho que en el continente español, la Inquisición no quemaba a la gente, de lo cual él estaba agradecido, pero que la lucha contra los herejes

debía continuar, para que la única Iglesia verdadera no «se contaminara» .. Y ha añadido: «La protegemos tanto por vuestro interés como por el nuestro". Eso no lo he comprendido, de modo que me ha explicado: «Hace menos de ciento veinte años, todos los ingleses erais católicos, y uno de estos días, cuando llegue al trono un rey como es debido, volveréis a serlo». Antes de que yo pudiera protestar, ha añadido: «Has visto, la mayor parte del Mar del Norte, Ned. ¿No sería mejor y más sencillo que todos formáramos un solo grupo de islas, todas católicas y sometidas al rey de España y al papa de Roma?»».

He quedado tan estupefacto ante tal idea que, cuando él se ha llevado a Inés, he buscado a mi tío y le he dicho: «Dice fray Baltasar que hace cien años todos los ingleses éramos católicos». Y él, gruñendo, ha contestado: «Los míos no. Desde los tiempos de Jesucristo hemos sido todos anglicanos». Y yo no he sabido a quién creer.

Lunes, 13 de julio. Hoy me he ganado el respeto de nuestro capitán, pues a latitud 12° 05' sur nos hemos detenido frente al gran puerto de El Callao, en Lima, Perú. Al ver la multitud de navíos que allí había, con flotas de barcos de guerra, erizados de cañones, he pensado: «Buen Dios, protégenos si intentamos hacer algo aquí. Saben que un inglés vale por diez españoles, pero esos barcos son demasiados, aun para nosotros". Y para eterno agradecimiento mío, el capitán McFee debe de haber tenido la misma idea, pues ha dejado el catalejo y le ha ordenado a maese Rodrigo: «Seguid viaje». El navegante le ha hecho un saludo, replicando: «Muy buena decisión, señor".

Estoy confundido con respecto a este Rodrigo: Es un español leal y, sin duda, ansía que alguna nave de su país se apodere de nosotros; pero ante todo es un marino responsable y, como tal, desea preservar su barco y llevarlo por aguas seguras. Ví cómo sufría cuando cortamos en pedazos su galeón, pero ahora está muy satisfecho de su tarea. Nosotros confiamos en él, pues, tal como dice el capitán McFee, «¿qué otra cosa podemos hacer si él conoce estas aguas y nosotros no?».

Miércoles, 22 de julio. De Arica sólo puedo decir que es el puerto más rico del Perú, pues toda la plata del Potosí se embarca desde allí. Está defendida por los mejores soldados españoles. Esos granujas, muy astutamente, nos han dejado desembarcar como si fuéramos a capturar Madrid. Han aguardado a que estuviéramos bien lejos de nuestro barco y nos han enviado la caballería, derrotándonos por completo. Cuando volvíamos a nuestro barco, el tío Will me ha dicho: «¡Ya ves! No se puede confiar en los españoles".

Martes, 28 de julio. Nos hemos vengado por la pérdida de tres buenos soldados en Arica, pero el triunfo no me ha impresionado demasiado.

A buena distancia de ese puerto, hacia el sur, anclamos frente a la ciudad de Hilo y desembarcamos para tornar una plantación azucarera. Allí retuvimos como rehén al administrador y enviamos un mensaje a los propietarios, que estaban en el campo. Lo entregué yo, bajo la protección de una bandera blanca. Decía que si no se nos pagaba un rescate de cien mil pesos en el plazo de dos días, incendiáramos toda la plantación; Los propietarios nos aseguraron que tenían su dinero en Arica, y que el viaje era de dos días. Les respondí: «En dos días nos traeréis el dinero». Pasado ese tiempo se presentaron bajo bandera de parlamento, y nos alegramos, pensando que traían los cien mil pesos. Pero no era así, dijeron que el mensajero de Arica se retrasaba, pero que no debíamos quemar nada, pues en dos días más volverían con el dinero. Pasaron los dos días sin que hubiera dinero, de modo que volví con mi bandera blanca. Entonces se me dijo que el rescate había llegado ya a la aldea vecina, de modo que lo entregarían al día siguiente, que no incendiáramos la plantación. Y yo lo prometí. Pero como pasó el día de ayer sin que hubiera dinero alguno, el capitán McFee dijo, furioso:

"Han estado jugando contigo, Ned. Quemémoslo todo». Y corrimos a todos los rincones de la plantación, quemando casas y graneros, destruyendo maquinaria, hasta que no hubo nada en pie. Cuando nos marchamos de allí, mi tío dijo: «Bueno, ya has visto hasta qué punto los españoles son indignos de confianza. No vuelvas a tratar con esa muchacha ni con el sacerdote».

Viernes, 28 de agosto. Mi mágica ballestilla me dice que ahora estamos por debajo del ecuador; a 26° 21' sur. He pasado un buen rato en tierra, cazando jabalíes en las costas de la bahía y atrapando tortugas marinas. Hemos comido muy bien. Ahora estamos carenando el Giralda. Eso significa que hemos atado fuertes cuerdas a nuestro mástil, para poder volcarla, hacia un lado o hacia el otro, y con barras y hachas. arrancamos las lapas que cubren el casco; algunas tienen el tamaño de mi mano. También quitamos las algas que se aferran como ondeantes cabelleras. Estas cosas retrasan mucho la marcha de un barco, como si grandes manos nos retuvieran en el agua. Me dicen los veteranos que si se permite que las lapas crezcan sin arrancarlas, llega un día en que el barco no puede avanzar.

Pero la parte más importante de esta tarea no consiste simplemente en limpiar el casco, sino en quitar los gusanos que se multiplican en aguas cálidas, penetrando en la madera a tal velocidad que pueden carcomer el casco en un año. Sacamos una pequeña montaña de gusanos y cortamos por la mitad a otros tantos, dando de comer a cientos de gaviotas que nos rondaban sin dar las gracias.

Durante las dos semanas que dedicamos a esta tarea pude dar largos paseos con la señorita Inés. Pasamos momentos tan felices a la orilla de la bahía, contemplando los peces y las tortugas, que estoy seguro de que se interesó. Después de todo, cada vez que la he visto a bordo, ella me ha visto a mí. Y si yo me he aficionado tanto a ella, ¿no es razonable que ella pueda sentir otro tanto por mí?

Una tarde, mientras yo trabajaba con tesón, raspando el casco y preparándolo para la cobertura metálica que habíamos hallado en la bodega, ví que Inés caminaba por la orilla sin la acostumbrada protección de su madre ni del sacerdote, ese cauteloso y perro guardián. Mientras continuaba observando a la niña que he llegado a amar durante nuestros largos paseos, advertí que uno de nuestros pícaros peones, un sucio deslenguado a quien llaman Quintón, la seguía. En el momento en que ella se perdió de vista, la oí gritar. Entonces corrí de inmediato al sitio donde la había visto por última vez y, sin siquiera pensarlo, desenfundé la pistola para matarlo de un disparo. El ruido atrajo tanto a la señora Ledesma como a fray Baltasar, quienes envolvieron con sus brazos a la niña desvanecida y la llevaron a la tienda que ocupaban durante el carenado.

Hubo que reunir a los tripulantes, pues había caído uno de los nuestros. Se me absolvió con presteza, pero mi tío aprovechó la ocasión para reprocharme: «No deberías malgastar una bala en matar a un inglés que ataque a un español. Guárdala para matar al español que ofenda al inglés».

En medio de la reunión, alguien recordó la tradición: «Los bucaneros siempre han elegido a sus capitanes •. Luego, muchos se quejaron del modo en que McFee se había comportado en diversas oportunidades; Fueron tantos los que expresaron su disgusto que el segundo de a bordo presentó una moción, como si estuviéramos en el Parlamento: «Propongo que elijamos a otro capitán. Y antes de que yo pudiera darme cuenta de lo que pasaba, habíamos depuesto al capitán McFee para reemplazarlo por un marinero que habla mucho, pero actúa poco».

Jueves, 3 de septiembre. Hoy, mi tío, en un arrebato de mal genio, me ha gritado: «No me das más que dolores de cabeza, Ned. No te acerques a esa Inés o te meterás en problemas». Cuando iba a protestar, ha bramado: "y no te acerques tampoco a ese Mompox. Con él te meterás en problemas peores». Cuando le he preguntado el porqué de semejante estallido, ha respondido, casi quejumbroso: "Estás destinado a casarte con alguna buena inglesita de Barbados y, por todos los infiernos, me encargaré de que vuelvas a tu casa sano y salvo».

Lunes, 14 de septiembre. Nuestro nuevo capitán ha tomado una gran decisión: «Volveremos a casa vía China, India y el cabo de Buena Esperanza».

Con esa meta, hemos navegado hacia el oeste por latitud 34~ 07' sur hasta llegar a una isla llamada Juan Fernández, en cuya bahía principal descansamos la primera noche de viaje. Para mí, que aspiro a convertirme en un buen navegante, la visita a esta isla solitaria ha sido una especie de regalo, pues en los cielos, que se despejaron mágicamente como si lo hicieran por mí, vi esa noche por primera vez las grandes concentraciones de estrellas a las que, los marineros llaman Nubes de Magallanes, pues éste fue el primer hombre civilizado que las vio. ¡Qué misteriosas y magníficas eran, colgadas de los cielos australes como una colección de flores celestes! Pero mientras las contemplaba, Sobrecogido, maese Rodrigo se detuvo a mi lado y dijo, sombrío: «Bellas, sí, pero no valen la décima parte de nuestra Estrella del Norte, que nos indica dónde estamos». Luego me mostró el modo en que, gracias a la cruz del Sur, ciertamente tan bella como cualquiera de nuestras constelaciones boreales, se puede construir mentalmente un sustituto de la Estrella del Norte. Fue un inteligente ejercicio mental, por el que le di las gracias.

Cuando él se hubo ido, un paseante nocturno muy diferente ocupó su lugar. Sentí que me cogía la mano con suavidad. Era la señorita Inés, que venía a ver las Nubes de Magallanes. Al reunirse conmigo susurró: «Me alegro de estar contigo, Ned». Y antes de que yo pudiera cobrar conciencia de lo que pasaba, nos besamos. Fue más agradable que ninguno de los besos recibidos en Port Royal. Así pasamos casi una hora, contemplando las estrellas y besándonos, hasta que oímos una gran conrnoción bajo cubierta. De pronto aparecieron la señora Ledesma y fray Baltasar, corriendo hacia todos lados, juntos o en direcciones opuestas, siempre gritando: «Aquí no está. ¿Está ahí?»: Mientras ellos corrían, Inés se acercaba más y más a mí, reteniéndome los brazos con que le rodeaba la cintura, hasta que parecimos una sola persona. Me besó otra vez y se rió del escándalo que montaban su madre y el cura.

Por fin, fray Baltasar nos vió en la cubierta alta: «¡Tal como sospechábamos ¡Está con él!» y corrieron juntos por las escalerillas para rescatar a Inés, que permaneció en mis brazos hasta que ellos llegaron.

„¡Niña traviesa“, exclamó la madre, arrancándome a Inés. „¡Feo mozo!~, agregó fray Baltasar, apartándome a codazos de las dos mujeres. Pero una vez que la jovencita estuvo a salvo abajo, el cura volvió para observar las estrellas conmigo. Pasamos la mayor parte de la noche conversando. El me habló de su niñez de Arévalo, de diez o doce matrimonios que había visto, celebrados entre personas que no debían casarse, y de que todos habían terminado en amargura, a veces en tragedia .. Cuando hablaba fray Baltasar siempre abundaban las tragedias.

«¿Por qué dice que no habrían debido casarse?», pregunté. Y él me dio diez o doce ejemplos: «Una dama de la nobleza Se casó con un moro de diferente color y religión, muy malo; la mató con una daga. Una señora de nuestra ciudad, de cierta posición, se casó con un portugués de poca monta; él la estranguló para

quedarse con su dinero. Yo lo acompañé hasta el cadalso y me alegra decir que murió arrepentido». Me dió tres ejemplos en los que damas españolas de «cierta reputación», según sus palabras, se habían casado con protestantes, sólo para pasar por experiencias realmente lamentables. Al terminar los relatos, le pregunté: «¿Quién debería casarse con quién?». Y él respondió, con firmeza: "Una buena muchacha católica, como Inés, de noble origen, debe casarse sólo con un joven de buena familia, que también sea católico. Lo que hagas tú, como hereje, poco importa». Cuando me dejó solo con las estrellas era casi de día. Yo sentía aún los brazos de Inés alrededor de mi cuerpo y me acosté satisfecho, porque ella me amaba:

Miércoles, 30 de septiembre. Asombrosos acontecimientos. Durante nuestra estancia en Juan Fernández, nuestra tripulación se cansó de las estúpidas órdenes que nos daba el nuevo capitán, haciendo gala de su poder sobre nosotros. También se oyeron críticas sobre su decisión de llevarnos a casa pasando por China. Así, pues, anoche se celebró una reunión y le dijimos que ya no era nuestro capitán. Cuando él preguntó «¿Y quién lo será?», lo sometimos a votación y reinstauramos en su puesto al antiguo capitán, el señor McFee. Esto no me gusta; Los marineros comunes no deberían pasarse la vida expulsando y nombrando capitanes. La manera inglesa es mucho mejor: se nombra a un nuevo capitán y se lo mantiene allí hasta que se hunda con el barco. Claro que si se hunde con él, como debe ser, eso pone fin a todo.

La primera decisión del capitán McFee no fue afortunada. Decidí, con nuestra aprobación; no continuar el viaje a través del mar del Sur, sino dirigirse al cabo de Hornos para volver a casa. Abandonamos la isla de Juan Fernández con tanta rapidez que no hubo tiempo de comprobar si aún quedaban en tierra miembros de nuestra tripulación.

Llevábamos algunas horas navegando cuando mi tío empezó a gritar:

-«¡Regresemos, el misquito David aún está en tierra» .. Pero el capitán McFee no le hizo caso .. «Estamos demasiado lejos», dijo, y continuamos hacia el estrecho de Magallanes. Pasé muchas horas cavilando sobre David y sobre el destino que le esperaba. ¡Imaginad, solo por completo en esa isla perdida! ¿Qué comerá? ¿Y si enferma? Pobre David, pobre indio. Lloré por él! (Este indio misquito conocido como David fue rescatado años más tarde por William Dampier, legendario pirata, naturalista y escritor, y conducido a la libertad. Curiosamente, en 1704, el famoso marino escocés Alexander Selkirk quedó aislado en esta misma isla, donde vivió en total soledad durante cuatro años y medio, hasta que lo encontró también Dampier con una nueva visita a Juan Fernández, Daniel Defoe, que conocía a Dampier, utilizó posteriormente esta historia, sin admitirlo, como base de su novela Robinson Crusoe).

El siguiente alboroto de este día memorable se produjo cuando avistamos un barco español que se dirigía hacia el norte y decidimos darle caza. Muchos de los marineros, yo entre ellos, nos opusimos a capturar otro barco, puesto que tan al sur no podía llevar plata ni oro. Pero el capitán McFee dijo: - Cuando se hace un viaje largo nunca sobran la comida ni la pólvora». De modo que nos acercamos, lo abordamos sin perder un solo hombre; pasamos por la espada a nueve de ellos y los despojamos de todas las mercancías que valía la pena llevarse. Después de apoderarnos de sus botes, les aserramos los mástiles y los pusimos rumbo a tierra firme. Según mis cálculos, el continente estaba muy lejos. Pregunté a mi tío: «¿Crees que podrán llegar a la costa?». ,Y él respondió: «Espero que no».

Me he levantado de mi hamaca para escribir estas líneas. No podía dormir, pensando en el misquito David, abandonado en esa isla, y en los marineros españoles que trataban de llegar a la costa, sin velas y con tan pocas provisiones yagua. Descubro que estoy cansado de matar. Estoy harto de disparar contra prisioneros españoles desarmados y de ponerlos a la deriva para que perezcan. Capturar sus barcos sí, y luchar con valor si es preciso, a espada y a pistola. Pero esta matanza continua, no. No seguiré participando. Claro que mi tío Will no se preocupa por estas cosas, duerme en su hamaca, sobre la mía, y ronca.

Martes, 13 de octubre. Día tras día de aburrida navegación hacia el sur, rumbo a Cabo de Hornos. No se puede pescar, no hay aves que seguir, ni barcos españoles a los que dar caza; nada. Estos parecen los mares más solitarios del mundo. Pero hoy se han animado. las cosas, pues maese Rodrigo me ha desafiado: «Bueno: muchacho, ya que quieres ser navegante, veamos, si puedes hacer una medición correcta. Me ha dado una hoja de papel y él ha cogido otra, diciendo: «Es casi mediodía. Buscaremos los dos el sol, sin decir a nadie lo que calculemos, y anotaremos nuestra latitud en estos papeles para luego compararlas ... Me ha permitido ser el primero. Con los pies bien fijos y los brazos seguros, de espaldas al sol y con la ballestilla sujeta en las manos, he calculada una latitud de 39° 40' sur y la he anotado en mi papel: Luego él ha hecho lo mismo, con mucha más rapidez, y ha anotado su medición. «Ahora comparemos», ha dicho. Cuando mi hoja estaba junto a la suya, las dos decían 39° y había sólo 12' de diferencia: «Muchacho, eres un navegante en ciernes. Solo te faltan nueve años ...

Entonces le he preguntado: «Maese Rodrigo, si podemos calcular tan acertadamente nuestra posición al norte y al sur, ¿por qué no es posible hacer lo mismo con respecta al este y al oeste? ... El ha abandonado todo lo que estaba haciendo y me ha dado una larga lección comparando los dos problemas: «Para medir la latitud tenemos dos marcas fijas, el sol a mediodía y la estrella polar de noche: Dios los puso ahí, fijos para siempre, para bien nuestro. Si apuntas a cualquiera de los dos, sabrás exactamente a qué distancia estás del ecuador». Luego ha dicho algo que fray Baltasar no habría aprobado: "Pero Dios se

descuidó del este y el oeste: No tenemos puntos fijos. Y la longitud sólo se puede calcular aproximadamente». Ha pasado más de una hora enseñándome los secretos por los cuales los navegantes experimentados calculan la longitud. '.

«Supongamos que yo sé dónde está Cádiz cuando zarpamos, y que también sé a qué velocidad viaja mi barco, y en qué dirección. Transcurridas veinticuatro horas, puedo calcular aproximadamente dónde estamos, A partir de ese punto, haremos nuevos cálculos de marea, viento, corrientes, velocidad supuesta, y veinticuatro horas después podemos volver a efectuar un cálculo aproximado. Y así sucesivamente. Vamos adivinando. En este momento, como tenemos cartas marítimas y sabemos lo que estamos haciendo, yo diría que estamos a unos sesenta y nueve grados de longitud oeste con respecto a Cádiz".

Al terminar su lección frunció el ceño y ha dicho: «Me enfurece no tener un sistema digno de confianza. Tal vez alguien invente una cadena que se remolque en el agua y marque los kilómetros recorridos. O un nuevo modo de apuntar al sol de costado, en vez de hacerlo hacia arriba y hacia abajo. O un reloj que marque siempre qué hora es en Cádiz, de ese modo podremos comparar el mediodía de allá con el mediodía de aquí». Luego, señalando la ballestilla de marfil ha añadido: «Si los hombres pudieron inventar esto, seguro que podrán inventar otros artefactos útiles». y mediante astutos cálculos conjuntos sobre mareas, vientos y cartas, fiables o no, hemos decidido que, en algunos de estos tediosos días del sur, hemos cubierto hasta ciento cuarenta kilómetros, que equivalen a unas cuatro millas inglesas por hora; un día hicimos bastante más de ciento cincuenta, pero otras veces, con vientos adversos, apenas treinta, y hasta menos.

Sábado. 21 de noviembre: 56° 10' sur. Sí, es correcto. Lo he verificado con mi ballestilla cada vez que el sol asomaba entre las nubes heladas. Mis cálculos confirman una triste historia de canales perdidos, frustración, desesperanza y dedos congelados. Puesto que maese Rodrigo nunca ha navegado por el estrecho de Magallanes, que une el mar del Sur o Pacífico con el océano Atlántico, y puesto que un denso banco de nubes nos envuelve casi desde que capturamos el último barco español, nadie de a bordo sabe qué estamos haciendo. Varios marineros me dijeron: «Es una suerte que sepas manejar la ballestilla, de lo contrario estaríamos completamente perdidos: Si mis mediciones son correctas y nuestras Cartas no mienten (que bien podría ser), hemos pasado de largo junto al estrecho de Magallanes y vamos rumbo al Polo Sur. Pero al menos tenemos aguas abiertas, de modo que mañana el timonel y yo aconsejaremos al capitán McFee que se desvíe hacia el norte, pues estoy convencido de que hemos rodeado el cabo de Hornos y que ahora estamos en el océano Atlántico. No me impresionan mucho mis compañeros bucaneros, pues ni siquiera saben en qué océano estamos.



Domingo, 21 de noviembre. ¡Día de milagros! Perdido en el intenso frío de este sitio, he calculado en un avistamiento del sol que debíamos de estar a unos 52 ° 10' sur, y que el nido de nubes algodonosas que vengo viendo hacia el nordeste desde hace dos días está suspendido sobre alguna isla, sin anotar en nuestros mapas. He presentado mis conclusiones al capitán McFee, recomendándole que navegara en esa dirección; pero él ha dicho: "Vete al diablo. No será un muchachito el que me indique hacia dónde ir» .. Y se ha negado. Los marineros han convocado una reunión y han decidido quitarle el mando, una vez más, «pues pasó de largo por Magallanes y todo el extremo de América del Sur». Pero esa arrogancia no ocultaba el miedo que sentían al estar perdidos en un océano desconocido,

Por algunos minutos hemos estado sin capitán. Y entonces ha ocurrido el milagro, pues mi tío ha exclamado, en voz alta: «¡Las isla! ¡Justo donde el muchacho ha dicho que estaría!». Y cuando los asustados hombres se han vuelto a mirar, han visto unas bellas islas verdes, que prometían agua dulce y carne fresca.(Las Islas Malvinas). Will ha vuelto a gritar: «Maldita sea, si alguien aquí sabe dónde estamos es este muchacho». Y los hombres han vuelto a aplaudir y me han nombrado capitán" con una orden firme: llévanos a casa, hijo».

Y aquí estoy, a los veinte años, cerca de los veintiuno, al mando de un galeón español, convertido en barco de guerra inglés, con el nombre de Giralda. con una tripulación de cuarenta y un aguerridos ingleses, nueve marineros españoles que prefirieron seguir con nosotros, diecisiete esclavos y catorce indios, Mompox, maese Rodrigo, fray Baltasar y las dos mujeres Ledesma, además de una carga de lingotes de plata en la bodega.

¿Dónde estamos? Sólo sé que hemos entrado sanos y salvos en el Atlántico y que nuestro refugio de Port Royal está a unos diez mil kilómetros hacia el norte, si nuestras cartas robadas son correctas. Como capitán responsable por la seguridad de .mi barco, debo suponer que, tarde o temprano, nos encontraremos con algún barco de guerra español, con superioridad numérica y de fuego, y eso es lo que deseo evitar En las pocas horas transcurridas desde que se me puso al mando, no he pensado en la facilidad con que capturamos a los pequeños barcos españoles, sino en cómo huimos ante los grandes barcos de Panamá, Lima y Arica, recordando que los soldados españoles, bien provistos; nos derrotaron en el puerto de la plata. He decidido que, para ser un bucanero de verdad, no es preciso ser tonto.

Sábado, 12 de diciembre. 34° 40' sur, frente a la costa de Buenos Aires, donde ha ocurrido algo nuevo, para gran sorpresa mía. Corno capitán del barco, ahora como en el camarote donde lo hacen las Ledesma y su sacerdote. Esto me pone cara a cara, tres veces al día, con la adorable señorita Inés. Creo que

puedo hablar por ambos (por mí, ciertamente) si escribo, con la mano trémula y el corazón palpitante, que nos hemos enamorado magnífica, maravillosamente. Ella ha demostrado una gran habilidad para escapar de su madre y del cura y hallarme donde ellos no pueden hacerlo. La otra noche estuvimos solos cerca de tres horas; fue ... sobrecogedor. Al irse susurró: «Ned, siento en el corazón que al terminar este viaje nos casaremos». y yo le aseguré: «No, tengo otra meta.

Este mediodía, después de medir el sol con los resultados registrados más arriba, he preguntado durante la comida: «¿Dónde está la señorita Inés?». Su madre ha respondido, muy satisfecha: «Encerrada en su camarote». Como yo he ahogado una exclamación, el cura ha preguntado, con una leve mueca burlona: «¿Y sabéis quién está custodiando la puerta?». He dicho que no lo sabía, y él me ha aclarado.: "Vuestro tío».

Sí, el enemigo más severo de mi amor por Inés es mi propio tío, quien me ha dicho, cuando he corrido a desafiarlo: «Hijo, tu vida podría estar ... ». He tratado de interrumpirlo:-«No soy un niño .. Soy el capitán de este barco"~ Pero no he podido hacerlo ceder. Ha dicho que se ha aliado con el sacerdote y la señora Ledesma por el bien de mi alma y porque ningún inglés que lleve sangre de los Tatuni puede casarse con una española.

Tres, personas muy decididas, dos españolas y una inglesa, se han asociado para evitar que la empecinada señorita Inés y yo nos juremos amor. Puedo asegurar que anoche fracasaron, no porque yo hiciera nada audaz, sino porque Inés escapó mientras fray Baltasar la custodiaba, corrió velozmente al camarote en donde yo dormía y atrancó la puerta por dentro. Con dulce abandono, se me arrojó a los brazos, gritando: «¡No puedo vivir sin ti, Ned .... tan valiente ... capitán de tu propio barco ... tan deseado,.. Bueno, la verdad es que yo estaba abrumado por lo audaz de su acción y, sobre todo, por lo que repetía mientras cubría de besos mis labios trémulos: «Nos casaremos». Eso era exactamente lo que yo había soñado en el largo viaje al cabo, y comencé a pensar que el casamiento con esa deliciosa muchacha era posible, por mucho que se opusieran su madre y mi tío.

Pero aun mientras ella me juraba amor, que yo acepté como ése tipo de milagros que ocurren cuando un hombre se convierte en capitán de un buen barco; alguien golpeó con fuerza la puerta de mi camarote, oímos que la señora Ledesma y fray Baltasar, una voz aguda, la otra grave, rogaban a Inés que abriera la puerta y se comportara como una joven española decente. Ella se negó, exclamando repetidamente: «No abriré mientras no aceptéis que Ned y yo podemos caminar por el barco a nuestra voluntad. Mientras escuchaba esos golpes y la respuesta de la muchacha, me pareció que iba a armarse un gran escándalo, pues mi tripulación debía de estar al tanto de todo y yo no sabía qué efecto causaría semejante alboroto:

El problema se redujo a nada ante lo que ocurrió a continuación, pues oí que mi tío gritaba, con las primeras luces del alba: «¡Barco español a la vista! ¡Atacad!». Se formó un comprensible alboroto, pues nuestro Giralda avanzaba rápidamente, preparando las cubiertas para el abordaje. Era ridículo que yo permaneciera encerrado en mi camarote, prisionero de una niña española, cuando el barco bajo mi mando marchaba contra un enemigo que, probablemente, estaba armado. «¡Debo salir!», dije a Inés, forcejeando por liberarme. Pero ella se plantó contra la puerta cerrada y no me dejó abrirla. Pasé los minutos siguientes en un frenesí de indecisión, mientras la señora Ledesma golpeaba la puerta, fray Baltasar tronaba anatemas y mi tío lanzaba mi barco hacia la batalla, con un enemigo que yo no veía y cuyas fuerzas no podía estimar. Comprendí que no era posición digna de un capitán, pero no veía manera de escapar. Con Inés en los brazos, aguardé el entorchocar de armas que se oiría cuando los marineros del Giralda trataran de abordar el fugitivo barco español.

Fueron dos horas terribles, que pasé encerrado en el camarote con mi amada. Oímos la colisión de los barcos, los veloces movimientos de pies en la cubierta, el entorchocar de las espadas, tan distante que debía de provenir de la cubierta del otro barco; después, salvas de cañón y, por fin, los gritos de victoria. Sólo entonces Inés me soltó.

Cuando salí a cubierta, encontré a Will a punto de hacer que once prisioneros españoles, cargados de cadenas, caminaran por la pasarela hacia la muerte instantánea. «¡No!», grité. «Ponedlos en un bote pequeño. Mejor aún, dejadlos en su propio barco, con los palos aserrados.

Mi tío y los hombres violentos, siempre dispuestos a apoyar sus acciones, se negaron a obedecer mis órdenes. Entonces grité: «¡Basta! Soy el capitán. Y dos de los hombres me gritaron, al unísono: «Ya no, puesto que te escondiste en el camarote mientras nosotros combatíamos». Entonces se celebró una reunión, en la que me depusieron y devolvieron, al señor McFee su mando.

Cuando los bucaneros tratan de gobernar un barco suelen ser muy necios. Basta imaginario: elegir capitán al mismo hombre tres veces, alternativamente. Pero en cierto modo me alegré de que estuviera al mando, pues su primera orden fue: «Nada de llevar a esos prisioneros a la pasarela». Y como tenía más edad, los hombres tuvieron que obedecerle. Luego ordenó que el barco capturado fuera despojado de todo lo que nos pudiera ser de utilidad en el viaje a Port Royal, sobre todo los toneles de agua dulce y los alimentos. Nuestros marineros fueron invitados a coger tanta pólvora y municiones como creyeran necesitar; luego se aserraron los mástiles a la altura de la cubierta. Los españoles derrotados pudieron entonces volver a bordo de su barco y dirigirse hacia el continente, mientras nuestros hombres disparaban salvas de cañón para darles prisa.

He sido capitán quince días, tiempo en el cual he dirigido nuestro barco hacia casa, desde 56° sur hasta 34 0. Se podría decir que durante mi mandato capturamos al navío español sin perder una sola vida inglesa y que recibí una propuesta matrimonial de una maravillosa joven española. Muchos capitanes bucaneros tardan más tiempo para lograr menos.

Viernes, 25 de diciembre. Lejos de la costa, a 22° 53', frente a Río de Janeiro, Brasil. Esta tarde ha desaparecido todo el rencor que he estado albergando hacia fray Baltasar, pues cuando toda la tripulación del barco se ha reunido en popa; en una bella tarde de primavera, para celebrar los oficios que honran el nacimiento de Jesucristo, nuestro Señor, el alto y moreno sacerdote ha dicho, tras sus plegarias: «Que en este día bendito haya armonía entre nosotros. He rezado por mis compatriotas en el español de los católicos; Ahora rezad vos por los vuestros en el inglés de los protestantes. Y para asombro mío, me ha puesto la Biblia española en las manos. He quedado tan conmovido que, por algunos instantes, no podía hablar. Luego he oído que mi tío me gruñía: . «Anda, muchacho». Y de los labios me surgió un torrente de palabras:

Dios todopoderoso, hemos hecho un largo viaje en nuestro sólido barco y nos hemos ayudado mutuamente. No podríamos haber navegado a lo largo de las costas del continente sin la guía de maese Rodrigo; y por su buen trabajo te damos las gracias. Hemos sido ayudados por las plegarias y la gula de fray Baltasar, digno sacerdote. Por tres veces hemos recurrido al capitán McFee para que comandara esta nave. Que él pueda llevarnos sanos y salvos a casa, por fin, con nuestro tesoro intacto.

Me era imposible terminar una plegada navideña sin mencionar a la niña a quien había llegado a amar. Por eso, para asombro de la tripulación, he añadido:

Buen Dios, yo en particular te doy /as gracias por haber permitido que conociera, en este largo viaje, a una bella joven cuyo valor nunca menguó en días peligrosos ni dejó de inspirar el bien. Ha sido uno de nuestros mejores marinos. Protégela dondequiera que la lleven sus viajes.

Al decir estas palabras ella se ha apartado de su madre y se ha detenido a mi lado, sin que nadie tratara de llevársela. Y allí ha permanecido, mientras yo pensaba en las notables aventuras que había vivido con mi grupo de bucaneros: la decisión de tornar nuestro propio rumbo, cuando el capitán Morgan nos robó nuestra justa recompensa; la larga marcha a través del istmo, las batallas, las grandes victorias contra todo pronóstico, las derrotas de Panamá y Arica, los pequeños barcos capturados, y los grandes, de los que habíamos huido, las Nubes de Magallanes, por la noche, el estrecho que nunca hallamos... Y de pronto, una

mano de hielo parecía apretarme el corazón. En voz baja he puesto fin a mi plegaria:.

Dios misericordioso, que proteges a los marinos y los llevas al hogar tras largos viajes, envía Tu amor en este día sagrado, al indio David, abandonado a solas en Juan Fernández. Envía un barco para que lo rescate y llévanos a todos, sanos y salvos, hasta nuestros puertos.

Viernes, 8 de enero, en el nuevo año de 1672. En este día en que nada importante había ocurrido, ni siquiera una buena comida o una pelea entre los hombres, cruzamos el ecuador y todos comenzamos a respirar con más apasionamiento, pues nos acercamos a Port Royal.

Viernes, 29 de enero. ¡Día de victoria, día de desesperación! Desde hace varios días, el capitán McFee, tío Will, fray Baltasar y yo nos reunimos para idear un plan que nos permita entregar a las Ledesma y a nuestros prisioneros en las debidas manos españolas, y cobrar un rescate si fuera posible. Nadie, ni siquiera mi tío, quiere matarlos o hacerles daño en modo alguno, pero sería demasiado arriesgado navegar hasta Cartagena con ellos. No quieren que los desembarquemos en Port Royal, donde no tendrían seguridad de poder volver a Cartagena, donde los esperan sus respectivas familias.

El capitán McFee y mi tío estaban decididos a librarse de ellos, pues conservarlos podría traer problemas, pero no sabían cómo hacerlo. Quedó en manos de fray Baltasar y en las mías planear alguna táctica. Rabiamos en un rincón de la popa, y yo pregunté si Mompox podía participar también, puesto que, como hombre de color, tiene mucho que ganar o perder según lo que hagamos. Fray Baltasar replicó: «Y a mí me gustaría contar con la asistencia de maese Rodrigo, nuestro timonel».

Me mostré de acuerdo.

Cuando estuvimos reunidos, el sacerdote dijo, con gravedad: -Estamos hablando de vida o muerte. Un error y moriremos todos. Es preciso llegar. a las conclusiones correctas.

Mompox expresó, con admirable claridad:

-Teniendo en cuenta mi color, no debo ir donde hombres de mala voluntad puedan arrojarme a la esclavitud. A Cartagena, no. Tampoco a Barbados ni a Jamaica. Ni a las colonias americanas del, sur.

-¿Qué queda? .-preguntó Baltasar.

-Ponedme a bordo de algún barco mercante que vaya a Boston --  
respopdió Mompox.

Todos estuvimos de acuerdo en hacerlo, dentro de lo posible.

-¿Y cómo llevamos a las Ledesma a Cartagena? -preguntó fray  
Baltasar.

-Inés se queda conmigo -dije yo.

-Eso no puede ser, hijo mío. Ella es de un mundo y tú de otro -contestó  
él con la voz grave que he llegado a respetar; Y añadió, con mucha firmeza, No  
daría resultado. No puede ser. -Al ver mi espanto, agregó-: Has gozado de grandes  
triumfos en este viaje, hijo mío. Capitán de tu propio barco, éxitos en la batalla, un  
valor que ningún hombre puede igualar ... Déjalo así. -y viendo que yo estaba aún  
afligido y al borde del llanto, concluyó-: El viaje ya termina, hijo mío. El barco  
llega a puerto y se inician vidas nuevas, vidas de honor y dignidad; de amores  
correctos. Créeme, créeme, ella, a su refugio; tú, al tuyo. Así es mejor.

Yo no estaba dispuesto a aceptarlo, pero de pronto oí que un marinero  
preguntaba, aprensivo:

-¿Cómo haréis ese intercambio?

-Cuando pasemos ante la isla de Trinidad, navegaremos hacia el oeste,  
a lo largo del continente, hasta que encontremos un barco español -propuso maese  
Rodrigo-. Les decimos por señas que tenemos intenciones pacíficas, nos  
reunimos, y los españoles pasamos al otro barco.

-¿Cómo podemos enviar esas señales? -pregunté.

-No lo sé, pero es la única solución -repuso fray Baltasar.

Cuando reunimos a todos los marineros para explicar nuestros planes,  
tanto los españoles como los ingleses protestaron, y el capitán McFee dijo:

-Huirán, pensando que somos piratas. Y si los seguimos, dispararán  
contra nosotros, y entonces, por Dios, tendremos que hundirlos.

-Yo no confiaría en ningún barco español -aseguró Will.

Muchos de los nuestros lo apoyaron, pero maese Rodrigo dijo:

-No hay otra forma.

-Lo intentaremos, pero mis hombres y yo tendremos nuestros cañones apuntando hacia ellos constantemente -aceptó mi tío a regañadientes.

-Estoy seguro de que ellos también nos apuntarán con sus cañones -replicó maese Rodrigo-. Mientras tanto, hagamos dos banderas blancas, muy grandes, con la palabra «paz» pintada en letras azules.

Pasamos el resto de ese día costeano Trinidad por el norte, cinco días después vimos las salinas de Cumaná, donde se libraron las batallas con las flotas holandesas. Esa mañana, cuando ya casi habíamos perdido las esperanzas de dar con un navío español, avistamos uno y se produjo un hecho ridículo.

Al ver nuestra audacia y nuestros cañones, ellos decidieron que éramos bucaneros dispuestos a abordarlos y huyeron, mientras nosotros, con nuestras dos banderas blancas en alto, los perseguíamos. Pero cuanto más tratábamos de alcanzarlos, más veloces eran ellos para escapar. Ya parecía que nuestro plan acabaría en nada cuando el capitán McFee, con una hábil maniobra, puso al Giralda directamente delante del navío español, obligándolo a aminorar la marcha. Luego ordenó que se bajara un bote pequeño, en el que se embarcaron maese Rodrigo, fray Baltasar, mi tío y yo. Con nuestra pequeña bandera blanca a la vista, remamos hacia los asombrados españoles. Mientras mi tío apuntaba su arma directamente al corazón del capitán español y éstos hacían lo mismo con nosotros, maese Rodrigo gritó: «¡Tenemos prisioneros españoles que deben ir a Cartagena!». Y fray Baltasar anunció, como más importante: «Tenemos a bordo a la esposa y a la hija del gobernador Ledesma. Yo soy fray Baltasar, su sacerdote».

Los dos mensajes, especialmente el último, provocaron un efecto volcánico. Botaron dos embarcaciones, con banderas blancas rápidamente improvisadas, y el capitán en persona, tras haber llegado a la conclusión de que no mentíamos, saltó a una de ellas, seguido por otros tres oficiales, para remar hacia nuestro barco rápidamente. Cuando los cuatro subimos a bordo tras ellos, presenciábamos una escena muy extraña. El capitán, al ver a la señora Ledesma con su hija, corrió hacia ellas, hincó una rodilla y besó la mano a la madre, diciendo en voz alta: «¡OS saludo" condesa de Cartagena!». Como la madre de Inés expresó su sorpresa, los otros oficiales se agolparon a su alrededor para darle la buena noticia: «¡Sí! El rey ha nombrado a vuestro esposo conde de Cartagena».

Fue entonces cuando empezó mi desesperación, pues era obvio que tanto los españoles como los ingleses estaban ansiosos por sacar a los prisioneros de nuestro barco. Cuando los primeros botes se alejaron con marineros y prisioneros comunes, los cuatro españoles importantes (Rodrigo, Baltasar y las dos Ledesma, ahora hija y esposa de un conde) se prepararon para abandonarnos. Nuestros marineros ayudaron a los dos hombres a recoger las toscas pertenencias que habían reunido durante nuestro viaje. Mompox y yo auxiliamos a las mujeres. Pero cuando tuve listos los canastos de la señorita Inés y comencé a andar hacia la escalerilla con ellas me sentí ahogado por la angustia, no soportaba pensar que me

estaba despidiendo de la preciosa joven que me amaba y a quien yo amaba con todo mi corazón. Era una angustia que no podía soportar, cuando ella corrió a besarme como despedida, pensé: No puedo dejarla ir así. Pero, fray Baltasar me rodeó con un brazo y me apartó de ella: «Recuerda, muchacho, que todos los barcos llegan a puerto. El nuestro va hacia el oeste, el tuyo, al este». Y me abrazó, diciendo, mientras descendía a los botes: «Te has portado como un hombre, Ned, puedes estar orgulloso».

Pero la partida no sería tan apacible, para sorpresa de los españoles, la joven lady Inés se negó de plano a abandonar el Giralda. Apretando los brazos contra el pecho, dijo con voz clara y seca: «Nos amamos. Dios nos ha destinado a ser marido y mujer. No podéis separarnos». Cayeron sobre ella como un ejército que, atacara un fuerte. El capitán del buque español dijo, solemne: «Sois hija de un conde, señorita Inés. Representáis el honor de España. Simplemente, debéis ...»

La condesa interrumpió: «Eres una niña tonta y terca. ¿Qué sabes tú de ...?»

Pero fue fray Baltasar quien pronunció las palabras más sensatas: «Dulce criatura, es maravilloso ver, en primavera, que las flores se abren por primera vez. Pero el verdadero sentido del árbol se manifiesta más tarde, cuando se colma de fruta, como Dios quiso que fuera. Has tenido una maravillosa introducción al amor, que no podía ser mejor, pero los grandes años están por venir .. Da un beso de despedida a este buen mozo y encaminémonos hacia esos años mejores».

Al oír estas últimas palabras me mordí los labios, jurando que no derramaría una lágrima ante ella, pero ese coraje no hizo falta, pues el tío Will se adelantó gritando: «¿Y el dinero del rescate?». Otros marineros se unieron a él en su exigencia. El escándalo podría haberlo arruinado todo, pues el capitán español gritaba, en inglés entrecortado: «¡No! ¡Rescate por nadie!». Pero una vez más fray Baltasar salvó la situación, dirigiéndose a los tripulantes del barco español, que le escucharon atentamente, y recordándonos a todos los días olvidados: «Cuando estos ingleses nos capturaron habrían podido matarnos. Yo les dije que estas dos encantadoras mujeres eran miembros de una familia importante, que pagaría un rescate si eran devueltas sanas y salvas». Se interrumpió para mirarnos. «No sé qué impulsó a estos hombres a perdonarnos la vida, tanto a las mujeres como a mí y a maese Rodrigo. Me gustaría pensar que lo hicieron por caridad cristiana. Pero aunque sólo fuera por el dinero, puedo aseguraros que se lo han ganado. Aquí estamos todos, indemnes Capitán, si tenéis fondos a bordo, lo debéis a estos hombres». Al oír murmullos contra esta decisión, añadió: «El capitán McFee y yo remaremos hasta vuestro barco para recoger lo que tengáis». Algunos de los nuestros los acompañaron y trajeron gran cantidad de monedas. Ya nuevamente en el Giralda, el sacerdote las entregó con sólo cuatro palabras: «Una deuda de honor». Así, el intercambio quedó cerrado: mujeres por plata.



Yo quería acompañar a Inés en el bote hasta su barco, pero eso no fue posible, pues viajaba en uno de los botes españoles, que sería izado a bordo en cuanto descendieran sus cuatro pasajeros. De modo que permanecí junto a la barandilla, en tanto mi tío y sus artilleros mantenían las armas apuntadas hacia el barco español, atentos a cualquier maniobra traicionera que pudiera producirse. Mientras el bote se alejaba, ví, con el corazón dolorido, que uno de los jóvenes oficiales españoles atendía a Inés, envolviéndole los pies con una túnica. Una vez a bordo de su barco ocurrieron tantas cosas que ella no tuvo oportunidad de saludarme con la mano. Lentamente, los dos barcos se apartaron. Habíamos navegado juntos doscientos noventa y cinco días, durante los cuales ella robó mi corazón para siempre.

De repente, un oficial saltó a uno de los botes españoles que aún estaba a flote y voló hacia nuestro barco, entre gritos en español y en inglés: «¡Señor Ned ¡Míster Ned!». Cuando corrí hacia la barandilla, el joven oficial que había atendido a Inés gritó: «¡Dice ella que éste es su regalo para vos!». Y tendió hacia arriba la preciosa ballestilla de maese Rodrigo, de marfil y madera de peral, a la que habían atado un mensaje: "Para Eduardo, mi querido navegante, que nos trajo a casa».

Domingo, 21 de enero. Aquel último día, mientras yo estaba atento a la señorita Inés, el capitán McFee recibía noticias importantes del capitán español. España e Inglaterra estaban oficialmente en paz. El rey inglés, para hacer felices a sus primos españoles, según decía, había dado órdenes de que se ahorcara a todos los piratas, ingleses o no, sobre todo a los que navegaban en el Caribe: «En Port Royal, ya varios han bailado en el aire, así que andad con cuidado». Su advertencia fue un gesto de gracia en nuestro favor por la benevolencia con que habíamos tratado a los prisioneros españoles.

No hizo falta un debate muy prolongado para decidir que no iríamos hacia el noroeste, rumbo a Port Royal, sino al este, para llegar a Barbados. Una vez decidido esto, el capitán McFee nos dijo: «No conozco esas aguas». Lo que ocurrió a continuación me hizo pensar que los bucaneros no eran tan malos marinos, pues, en cuando decidimos no ir a Port Royal sino a Barbados, los hombres exclamaron: «¡Allí es donde vivía Pennyfeather!». Y me nombraron capitán otra vez. En los últimos nueve días he sido el único comandante del *Giralda*. Como maese Rodrigo no estaba ya encima de mí para acosarme con su maldito calendario, lo primero que hice fue echar las fechas atrás, como lo demuestra esta anotación, utilizando el calendario que Dios manda. Sin embargo, usé la ballestilla de Rodrigo para tomar mis mediciones más allá de San Vicente y las Granadinas. Esta mañana, al amanecer, hemos llegado a Barbados, mientras el sol rojo se elevaba detrás de sus hermosas colinas.

¡Qué magnífico ha sido llegar a casa y ver que, en nuestro puerto,

esperaba un barco de nuestra colonia de Massachusetts, que llevaría a mi fiel amigo Mompox (mezcla de español, indio y negro) a la libertad de Boston! Al separarnos definitivamente, me ha recordado: «Debes pedir a cualquier barco que navegue en esa dirección que busque a David, el misquito». Luego ha añadido, en voz baja: «¿Puedo darte un beso de despedida, Ned?». En consideración a todo lo que había hecho por mí, acepté, para disgusto de mi tío.

Ya estábamos en libertad de fondear nuestro barco y presentar nuestra patente de corso, demostrando que tenemos autorización del rey para proteger sus intereses en el mar. Pero ha surgido la gran duda: «¿Os habéis comportado dignamente o como piratas?». Entonces he entregado la carta firmada por el capitán español, certificando que «los oficiales y la tripulación del galeón capturado *Giralda* tuvieron un comportamiento caballeresco para con la esposa y la hija del conde de Cartagena, durante un largo viaje por mar». Así pues, nos hemos salvado dos veces de la horca. Como es domingo, nos parecía irreverente repartir el botín.

*Viernes. 26 de enero de 1672.* Nuestro viaje ha terminado, pero los funcionarios del rey tardaron todo un día en determinar y cobrar la parte que legalmente les corresponde de nuestro botín, y nosotros varias horas más en dividir el resto entre nuestros hombres. Una vez distribuido todo en cincuenta y seis montones iguales, los repartimos del siguiente modo: el capitán McPee recibió tres partes por su competente servicio; el primer hombre que lo reemplazó, dos; yo, dos, por haber alejado el barco del cabo de Hornos y haberlo llevado hacia el norte hasta Barbados; los treinta y ocho marineros, una parte por cabeza; los catorce indios, media parte cada uno por su leal ayuda; y los dieciséis esclavos; una cuarta parte. Todo junto equivalía a la suma total, menos el puñado de monedas que entregamos a Mompox cuando abordó el barco hacia Bastan. Los esclavos descubrieron, con gran placer, que tenían suficiente dinero para comprar su libertad, y todos les deseamos buena suerte.

Así regresamos a Bridgetown. He perdido a Inés, pero tal como me recuerda el tío Will, tengo oro español en cantidad suficiente para curar mis heridas. Y con esta confusa anotación termina esta bitácora de un bucanero.

#### NEO PENNYFEATHER

Cuando Will vio la laxitud que se había apoderado de su sobrino por la pérdida de Inés, le desafió:

-Si gobernaste un barco, bien puedes gobernar tu propia vida.

-No puedo olvidar a Inés -replicó Ned.

-Será mejor que la olvides. Está en otra parte del mundo.

De cualquier modo, Ned seguía melancólico y no salía del pequeño cuarto que su tío había alquilado en Bridgetown.

Para distraerlo, Will sugirió que hicieran una visita a sir Isaac. Una mañana, como no tenían caballos, fueron caminando hasta Saltonstall Manor, más hermosa que nunca con su camino bordeado de árboles tiernos y setos de crotón. Al llamar a la puerta atrajeron a varios de los esclavos que trabajaban dentro. Se oyó la voz de una mujer, que anunciaba:

-Di a Pompey aquí hombres, que venga.

Pronto abrió la puerta un negro con librea dorada, de grandes puños blancos, que preguntó con voz cortés:

-¿Qué desean, señores?

-Queremos ver a sir Isaac -le espetó Will.

-Ah, pues ...

Pero Will apartó al esclavo y entró a grandes pasos en el recibidor, gritando:

-¡Sal, Isaac! -Cuando su hermano apareció con su esposa, él les hizo una reverencia-. Hemos vuelto.

-Ya nos habíamos enterado -respondió Clarissa, gélida-. Dicen que habéis estado pirateando.

Como ni ella ni su esposo hacían ademán alguno de dar la bienvenida a sus parientes, Will preguntó:

-¿No vais a invitarnos a pasar?

La invitación fue hecha de muy mala gana, y Pompey salió en busca del té.

Mientras tanto, los Tatum mayores, que se acercaban prósperamente a los cincuenta años contemplaron con inquietud a los intrusos. En Will

veían a un veterano de la guerra naval; en Ned, a un joven de veinte años que, sin duda, había echado a perder su vida con sus andanzas de bucanero. Constituían una pareja deplorable. Lady Clarissa no sintió ningún arrepentimiento por haber hecho perseguir a su cuñado: bien estaba que el mundo lo conociera por lo que era.

La visita fue sumamente desagradable. Aun antes de que se sirviera la primera taza de té resultó dolorosamente obvio que sir Isaac estaba buscando el modo de liberarse de los indeseables parientes. Se echó hacia atrás, como si quisiera poner distancia, y preguntó:

-¿Y qué os proponéis hacer en Barbados esta vez?,

-Ya buscaremos algo. ¿Me pasas una de esas pastas?-respondió Will al tiempo que alargaba la mano para coger su taza.

Quiere que tío Isaac pierda los estribos, pensó Ned. Pero el plantador se resistía a morder el anzuelo. Giró hacia Ned, preguntando, siempre distante:

-Y tú, ¿qué vas a hacer? Hay varias plantaciones que necesitan capataces, pero supongo que vas a salir otra vez en busca de aventuras.  
-Puesto que mi madre ya no está, ..

-Murió poco después de tu partida. Lady Clarissa y yo asistimos a sus funerales.

-Gracias.

-Dejó unos ahorros para ti. Los administra el señor Clapton, el banquero, y me ha dicho que el capital está creciendo. Un hombre honrado, ese Clapton.

-Me alegro. Estaba pensando en establecer mi hogar en Bridgetown. Yá he visto todos los océanos.

Esa afirmación no despertó interés en el matrimonio Tatum, pues para ellos el mar era sólo un camino entre Barbados y Londres: El resto de los océanos resultaba superfluo. Will dijo con solemnidad:

-Este muchacho ha navegado en un barco desde los diecinueve años a los veinte, combatiendo contra los españoles.

-Se nos ha advertido -repuso Clarissa- que, a partir de ahora, quienes combatan contra los españoles serán ahorcados. Corren tiempos nuevos y hay leyes nuevas.

Así concluyó la fría entrevista, sin invitaciones ni ofrecimientos de ayuda por parte del señor y su esposa, Sir Isaac ordenó a Pompey, de forma altanera:

-Dile al mozo de cuadra que ensille tres caballos y acompaña a estos hombres hasta la ciudad.

-No gracias -replicó Will secamente-~ Iremos andando. Y marcharon por la larga arboleda. Cuando llegaron a su alojamiento, Will dijo:

-Tenemos que hablar seriamente sobre tu futuro, Ned.

Propuso que con el botín del *Giralda* alquilaran dos caballos y cabalgaran en línea recta hacia el este, a través de la isla, hasta la agreste costa atlántica, donde vivía un marinero conocido suyo, llamado Frakes, que poseía un extraño tesoro.

Ned jamás olvidaría ese viaje. A su modo, fue tan apasionante como tratar de atravesar el estrecho de Magallanes, pues pasaron por sectores de Barbados que nunca había visto: colinas desde cuyas cimas se veían interminables sembrados; sendas que cruzaban grandes plantaciones, donde la caña de azúcar formaba una masa tan tupida como los árboles en la selva; pequeños valles colmados de flores y grupos de chozas marrones, en donde vivían los esclavos que hacían posible esa prosperidad. La cabalgada, bajo un sol abrasador que asomaba entre nubes blancas, llegadas desde el océano invisible, fue una aventura en el corazón de esa espléndida isla. Con cada nuevo panorama, Ned se sentía más y más apegado a su tierra. Supo entonces que no quería abandonarla. El bucanero se había convertido en colono.

Pese a lo avanzado del día, Ned aún no tenía idea de cuál era la atracción que podía ofrecer el viejo Frakes. Por fin, llegaron al borde occidental de la meseta central, que comprendía la mayor parte de Barbados, y se encontraron a la orilla de un imponente acantilado. Un estrecho sendero descendía desde el borde hasta el mar. Abajo se agitaba el Atlántico, salvaje océano cuyas olas castigaban una costa desolada, muy diferente de la caribeña, mucho más suave.

Sofrenando a su caballo para saborear el magnífico panorama, Ned gritó:

-¡Y pensar que ha estado oculto todos estos años! -Sólo los fuertes se atreven a vivir aquí -replicó su tío.

Con el brazo derecho extendido, señaló el rasgo que diferenciaba esa costa de todas las otras. Ned vio por primera vez aquella intrigante serie

de gigantescos peñascos, de color rojizo, que en ciertos puntos se arracimaban a lo largo de la orilla, con la base hundida en el agua y sus desiguales facetas expuestas al sol. En algunos puntos había cuatro o cinco juntos, como enormes jueces tratando de llegar a un veredicto; en otros, un gigante solitario desafiaba al océano. Pero un sitio llamó especialmente la atención de Will: una fila de diez o doce rocas partía de la costa y se adentraba en el mar, constituyendo un peligro para la navegación, tal como lo atestiguaban los restos de un buque de carga que yacía allí destrozado.

~¿De dónde han salido? -preguntó Ned.

-Bien los dejó caer Dios por casualidad mientras construía la tierra, bien los gigantes los usaron para jugar a las canicas -;explicó Will.

Tierra adentro, donde se iniciaba la hilera de rocas, se alzaba una casita de tosca construcción, cuya puerta solitaria revelaba el enorme espesor de los muros de piedra.

-¿Frakes? -dijo Ned.

Su tío asintió. Los dos descendieron a la planicie. Cuando llegaron a la cabaña de piedra, cuyo techo estaba cubierto de musgo denso, Ned aún no sospechaba la razón del viaje. Tom Frakes acudió a la puerta, era un hombre alto y flaco, de melena hirsuta y barba despareja, como si se la cortara sólo de vez en cuando con unas tijeras desafiladas. Llevaba una camisa y un pantalón rotos, este último atado a la inexistente cintura por una sogas con los extremos deshilachados. Su cara había sufrido tanto el paso del tiempo como su vestimenta, pues le quedaban pocos dientes, tenía la nariz rota y los ojos le lagrimeaban sin cesar. Parecía cerca de los setenta años, pero tal vez no fuera tan viejo, pues había llevado una vida difícil, que ya se aproximaba a su apaleado fin.

Al reconocer a Will, que había navegado con él, se apartó de la puerta para abrazarlo.

-¡Querido Will! ¡Pasa, pasa! -Pero de inmediato se detuvo mirando a Ned-. ¿Quién es este muchacho?

-Mi sobrino -respondió Will.

-¡Doblemente bienvenido! -gritó el viejo.

Entraron. Ned suponía que el interior se parecería a su dueño, todo sucio y en desorden. De ahí su sorpresa al ver que, por dentro, la cabaña estaba limpia y contenía muebles, algunos de ellos señoriales, debidamente adosados a

las paredes, en las que, a su vez, colgaban buenos cuadros de marcos costosos. Dos alfombras cubrían el suelo, probablemente persas o de algún país similar, tres arcones con adornos de bronce ocupaban sendos rincones.

-¡Esto es una cueva llena de tesoros! -exclamó Ned, admirado.

-Frakes recoge los restos de los naufragios que se amontonan en aquellas rocas -le explicó Will.

Los barcos que naufragaban debían de ir cargados de preciosas mercancías, pues el viejo marino poseía objetos de gran valor.

Entonces, de la pequeña habitación interior salió la mejor de todas sus posesiones, su hija Nancy, una encantadora muchacha de dieciséis años, morena, esbelta y de singular belleza. En esos primeros segundos todos comprendieron claramente que Pili Tatum había llevado allí a su sobrino con la esperanza de que esa hija de las tormentas le resultara atractiva, de que quisiera casarse con ella. El viejo Frakes quedó encantado, pues ya le quedaba poco tiempo de vida; Nancy respiró profundamente, pues había comenzado a dudar de que algún día conociera a un joven de su agrado; y Ned, por su parte, estaba hechizado.

La visita se prolongó durante tres días. En ese tiempo, Frakes les enseñó los restos de los buques naufragados, maltrechos por las tormentas. Ned y Nancy los seguían, pisando las piedras y preguntándose cómo habían llegado aquellos gigantescos cantos rodados hasta la costa. En un momento en que se hallaban solos ambos visitantes, Will confesó:

-Las autoridades sospechan que en noches de tormenta, Frakes mantiene encendida en su cabaña una luz muy potente, para confundir a los navegantes, que piensan que es un faro. A la mañana siguiente selecciona los restos.

Por la tarde, Frakes, como para alentar a Ned, les mostró un depósito adosado a la parte trasera de la cabaña, donde había acumulado un verdadero tesoro en alfombras, muebles, cubiertos de plata e infinitas herramientas y máquinas pequeñas; todo eran restos de los barcos que se habían estrellado contra las rocas, a la puerta de su casa.

-Cualquier pareja joven podría hacer maravillas con estas cosas -dijo Frakes.

-¿Como qué? -preguntó Will.

-Eso depende de la pareja -respondió el viejo.

Al día siguiente, Will sugirió que los jóvenes dieran un paseo solos.

Nancy guió a su compañero hasta una altura desde donde se veía el atronador embate de las olas contra los cantos rodados.

-¿Cómo llegó tu padre hasta aquí? -le preguntó Ned.

Ella le explicó que había sido bucanero con Will Tatum, quien le habló de Barbados. Al final de un viaje, vino a la isla para inspeccionarla.

-Ya en Inglaterra, un día de otoño en que la niebla era espesa, nos preguntó a mi madre y a mí: «¿Quién quiere ir a Barbados, en busca del sol?». No tuvo que repetir la pregunta.

-¿Fue tu madre quien te enseñó esos modales de señora?

-Sí. Ese fue siempre el sueño de mi madre -respondió ella con la mirada baja.

-Pues te enseñó muy bien -barbotó Ned, en un arranque de emoción.

En el último día de la visita, Will dijo de improviso:

-Es hora de hablar seriamente. Los cuatro se sentaron en montículos cubiertos de hierba, entre los cantos rodados, y él abordó el tema que preocupaba a todos-. Ya eres viejo, Frakes. Tienes una hija estupenda que debería casarse. Yo tampoco soy joven, precisamente. Y aquí tengo un sobrino que debería buscar compañera. ¿Qué opináis vosotros, los jóvenes?

Durante un instante, todos contemplaron la costa, donde el Atlántico rompía, con enormes olas. Por fin, Nancy deslizó silenciosamente la mano en la de Ned y, al sentir la cálida presión de éste, exclamó:

-¡Qué día tan maravilloso!

Luego, para mayor asombro de Ned, le dio un ardiente beso. Esa noche, mientras cenaban, la muchacha dijo:

-Cuando mi padre se hacía a la mar, mi madre trabajaba como moza de taberna y ...

-Pero ¿siempre quiso ser una dama? -la interrumpió Ned.

-¿Ella? ¡Ni siquiera sabía lo que era eso! Pero trató de enseñarme:

«Si quieres casarte con un mozo de bien», me decía, «pórtate como



una dama, sea eso lo que sea». Le encantaba vivir aquí. Fue ella quien insistió en tenerlo todo limpio: cada cosa en su sitio. Era una buena mujer.

Una vez acordada la boda, Nancy se hizo cargo de todo, y tuvo una idea que provocaría muchos comentarios en los años siguientes.

-Aquí tenemos una fortuna en objetos. Bastará con que sepamos qué hacer con ellos. -A veces se interrumpía súbitamente para correr hacia su padre y darle un beso-. Oh, padre, cómo te amo. No nos abandones jamás. - Luego hacía un mohín-. Pero tengo muchos deseos de vivir en Bridgetown, entre los barcos y las tiendas. -También preguntó al tío Will, como ella lo llamaba-: ¿Qué podríamos hacer en Bridgetown para ganamos la vida?

Will y Ned decidieron quedarse un día más para pensar en las posibilidades. Sentados los cuatro entre los cantos rodados, fueron proponiendo y descartando ideas, hasta que Will dijo:

-Allí donde he ido Port Royal, Tortuga, Lisboa, he notado que los hombres necesitan posadas y tabernas, sitios donde conversar, donde averiguar qué barcos zarpan y con qué destino, donde beber con los viejos ,amigos y recordar sus combates. Bridgetown está creciendo. No le vendría mal tener otra taberna. Una taberna corno es debido.

Cuando eso quedó acordado, Nancy se dedicó a parlotear, como si ya fuera la dueña del establecimiento y estuviera bromeando con los parroquianos.

-Es una idea estupenda para dos jovenes -dijo Frakes-. Podéis llevaros todo lo que hay en la cabaña y en el depósito. Abrid una taberna bonita, muy acogedora. Yo me quedaré aquí, junto al mar.

Esta decisión echó ún balde de agua fría sobre las conversaciones, pero Will, por fin, admitió:

- Tiene razón. Hace bien en quedarse aquí, donde es feliz.

-En Bridgetown también hay un mar, ¿sabes? -le dijo Nancy.

-Hablo del mar de verdad -replicó Frakes.

Después discutieron el nombre que darían a la taberna.

-El nombre tiene mucha importancia, porque la gente llega a encariñarse con él -les advirtió Will, y sugirió nombres de las tabernas más populares de Inglaterra-: «Caballeros y Cabezas Peladas» o quizá «El Cerdo y el Plumón».

Nancy propuso «El Caribe» o «Reposo y Alboroto», Pero Ned permaneció en silencio hasta que todos hubieron exprimido su imaginación. Entonces dijo, sin levantar la voz:

-Se llamará «La Giralda».

-Como los otros protestaron, explicó:-

Por eso estoy aquí. Gracias a ese barco que ayudé a capturar, el barco del que fui capitán y que traje a puerto sano y salvo. También es el barco en el que descubrí el amor con Inés, pensó Ned, es justo que quiera honrar a ese navío.

Cuando llegó el momento en que Will y Ned debían irse, Frakes los sorprendió anunciando:

-Nancy y yo iremos con vosotros. Cuanto antes se casen, antes podrán acostarse juntos.

-Sugirió que Will y Ned exploraran la costa este, en busca de porteadores que llevaran sus cosas a la capital, para amueblar la posada., Encontraron varios hombres dispuestos a trabajar, que quedaron asombrados cuando Frakes les gritó:- ¡Sacadlo todo!

-¿Y ahora con qué vivirás?,-preguntó Nancy cuando vaciaron la cabaña.

-Ya me arreglaré -fue la respuesta.

Frakes debía de saber que moriría pronto, pues falleció dos días después de la boda, en Bridgetown, y de ver instalados los muebles y los cuadros en el edificio comprado por Ned con el dinero de su madre. También tuvo tiempo de encargar a un tallista que hiciese un gran letrero que anunciara: La Giralda.

La posada no tardó en hacerse famosa por tres detalles: el tabernero pelirrojo, que había sido bucanero a las órdenes de Henry Morgan; la bella y vivaz morena, que atendía el bar, y el hombre de cuarenta y un años, con una profunda cicatriz en la mejilla izquierda, que ocupaba una mesa en un rincón, donde contaba sus supuestas aventuras: el saqueo de Panamá, los locos días de Tortuga, y su huida de una prisión española. Tenía toda una colección de relatos y se convirtió en una de las razones por las que los marineros corrían a La Giralda en cuanto su barco atracaba allí. Era difícil nombrar un puerto en el que él no hubiera anclado:

Maracaibo, La Habana, Porto Bello, Cádiz, Lisboa ... Los había visto todos. Pero siempre añadía, con un dejo de sincera desilusión:

-A Cartagena nunca llegué. Lo intentamos, pero los hidalgos nos superaron. Tal vez si vuelvo a navegar ...

Sin embargo, Nancy era el alma del local, con su sonrisa constante, sus alegres carcajadas y las pequeñas tretas que había ideado para mantener contentos a los parroquianos. Cuando un marinero se propasaba con ella, después de un largo viaje por mar, la muchacha no se ofendía.

Levantaba la voz, dirigiéndose a todos los presentes, y anunciaba:

-¿Habéis oído lo que acaba de decirme? -Entonces repetía la indecente proposición, palabra por palabra, y cuando todos se estaban burlando, daba un pellizco al marino bajo el mentón y le plantaba un beso en la frente, asegurando en voz igualmente alta-: Pero no hablaba en serio, ni por un momento.

Su vivaz actitud suscitó el rumor de que La Giralda era un local de citas, y Nancy, poco más que una vulgar ramera. Cuando eso llegó a oídos de sir Isaac y lady Clarissa, el matrimonio se indignó: Isaac, porque eso denigraba la elevada posición que él ocupaba en la isla; Clarissa; porque era una ofensa contra la moral. Una vez más visitó a su obsequioso clérigo, exigiendo que él y sus colegas hicieran algo para acabar con aquel escándalo. Se organizó una campaña para cerrar La Giralda, aduciendo que era una amenaza al decoro de Pequeña Inglaterra. Entre sermones y discusiones, sir Isaac dirigía la operación, supervisado por su aguda esposa. Durante un tiempo se pensó que Will Tatum y su peligrosa estirpe serían nuevamente expulsados de la isla.

Pero ahora todo había cambiado. Muchos de los terratenientes -los menos poderosos, sin lugar a dudas- estaban hartos del dominio que ejercían los antiguos Caballeros, como Oldmixon y Tatum. Llegado el momento de aclarar las cosas, los isleños descubrieron que apreciaban al honrado Will Tatum, pese a su Cicatriz, mientras que desdeñaban a su pomposo hermano, sir Isaac.

El enfrentamiento se produjo en una reunión pública, a la que Isaac y Clarissa habían llevado a sus secuaces.

-Si la manejamos bien, mataremos dos pájaros de un tiro. -predijo Isaac-. Cerraremos La Giralda, por ser una amenaza pública, y Will; cuando no tenga la taberna, será expulsado de la ciudad.

La estratagema falló, pues subieron a la tribuna inesperados defensores y lanzaron tales peroratas contra la mezquina tiranía de los Tatum que los espectadores más rebeldes dieron en vitorear cada acusación. Sir Isaac quedó como un aspirante a dictador y, por añadidura un insufrible mojigato, Cuando estuvo claro que sus planes, cualesquiera que fuesen, habían fracasado, un modesto granjero ocupó el estrado.

-Creo que hemos descubierto las intenciones de este hombre -dijo, señalando despectivamente a sir Isaac-. Quiere echar a su hermano de Barbados, tal como lo hicieron él y su esposa hace muchos años. Me gustaría saber qué piensa de todo esto el interesado. Dínoslo, Will.

Agradecido al ver que se enmendaban las viejas injusticias, Will se levantó, se aclaró la garganta y, de espaldas a su hermano, dijo con serenidad:

-Cuando escapé por primera vez de esta isla, tenía ya esta cicatriz en la mejilla. Todos vosotros sabéis quién me la hizo. Viví como un pirata. Combatí contra los hidalgos españoles, y cuando me vencieron, estuve a punto de morir quemado. Corté campeches en Honduras y luché junto a sir Henry Morgan en Panamá. Rodeé el cabo de Hornos, cosa que ningún hombre debiera verse obligado a hacer. Ahora he vuelto a casa. Me preguntáis qué pienso de mi hermano. Después de semejantes aventuras, ¿creéis que puedo perder el tiempo en ocuparme de ese.

La multitud rugió, y Will fue llevado en hombros hasta La Giralda.

Cuando las luces se apagaron, cuando la noche volvió a apoderarse de la ciudad, sir Isaac y su esposa se marcharon a escondidas por callejuelas secundarias.

Dos noches después, Will decidió que era preciso celebrar la victoria de los honrados sobre los tiranos. Organizó una fiesta, pagando de su bolsillo la bebida y el refrigerio a todos cuantos llegaron del puerto.

-Un tardío festejo por mi sobrino y su flamante esposa –anunciaba Ned se preguntó a qué venía todo aquel alboroto que armaba su tío, cantando viejas canciones y contando disparatadas anécdotas. Pero al acercarse la medianoche, Will golpeó un vaso para llamar la atención y preguntó, sin aliar la voz:

-¿Cuántos de vosotros habéis visto anclar ese barco holandés, esta mañana?

-Dos hombres dijeron haberlo visto, y él les anunció:- Han pasado todo el día descargando. Por la mañana zarparán rumbo a Port Royal.

Nancy miró a su esposo, como para preguntarle «¿Qué significa esto?,»:

-Cuando zarpe, yo iré a bordo. Aún tengo cuentas que ajustar con los españoles -dijo Will.

Y todos los presentes se reunieron a su alrededor para ver si hablaba

en serio. Y así era. Cuando le preguntaron por qué abandonaba la buena vida, respondió con solemne énfasis:

-Llega un momento en que todo hombre quiere volver a lo que mejor sabe hacer.

Ned y Nancy, comprendiendo que si su tío volvía a su vida de pirata podían no verlo nunca más, se mantuvieron muy cerca, en tanto él, desde su mesa del rincón, obsequiaba a los marineros más jóvenes con sus relatos de lugares lejanos. Ya avanzada la noche, Nancy oyó que Will decía a un marino:

-Yo no debería tener esta cicatriz. Fue por descuido. Tú, muchacho, si algún día te ganas una, como así será tarde o temprano, que sea por intentar algo grande.

Por la mañana ya no estaba.

El barco holandés ancló en Port Royal, donde Will vio nuevamente la febril actividad de aquel infierno caribeño: los botes que se escurrían entre los buques de línea británicos, desembarcando a los marineros que deseaban ir a las tabernas y los prostíbulos; los carteristas que practicaban su sigiloso oficio, interrumpidos de vez en cuando por gritos de «¡Al ladrón!», y, sobre todo, el movimiento de gente, de todos los colores y todas las lenguas, que entraba y salía por centenares de tiendas y grasientas figones. Port Royal, en una luminosa mañana de enero, era un verdadero alivio para quien llegaba de la altanería inglesa de Barbados. No veía la hora de dedicarse a capturar barcos españoles, tripulaciones y cargamentos de plata.

Descubrió, con asombro, que no resultaba fácil conseguir una plaza de corsario. Pese a ser conocido por la bravura con que abordaba barcos, españoles, a pistola y alfanje, eran pocos los corsarios que salían a los mares en esos días. Tal como le explicó un viejo marino francés:

-Ahora Henry Morgan es sir Henry, es vicegobernador y, como quiere mantener contento a su rey inglés, arresta a todos los piratas. -Quieres decir ... -Tatum no podía creer que el viejo pirata galés se hubiera dejado seducir por un título y un pequeño sueldo. Pero el francés le corrigió:

-No se trata de un sólo título, sino de muchos. -Y enumeró las nuevas glorias de Morgan-: Gobernador en funciones, teniente general, vicealmirante, coronel al mando del regimiento de Port Royal, juez de la Corte del Almirantazgo, juez de paz y jefe de aduana. -Al ver boquiabierto ,a Will, añadió con un guiño burlón-: La vieja receta, usar a un ladrón para atrapar a otro ladrón.

-Tengo que verlo -interrumpió Will-. Si pudiera hablar con él, de hombre a hombre...

Pero cuando trató de visitar a su antiguo compañero de aventuras, en su despacho de Ciudad Española, el joven oficial que custodiaba la entrada le dijo, sin rodeos:.

-Sir Henry rehúsa recibir a los viejos corsarios. Ha dejado un mensaje para todos ellos: .. Volved a vuestra tierra y dejad en paz a España». -Tatum no podía marcharse sin más, pero cuando insistió en pedir explicaciones, el joven repuso-: Nuestro rey ha prometido al monarca español que no se permitirá la entrada de piratas en Port Royal ni habrá más ataques a barcos españoles. Y sir Henry obedece al rey.

Horrorizado por la desfachatez de tal cambio de actitud, Tatum volvió a Port Royal sin haber visto a Morgan. Después de mucho trajín, halló trabajo en un barco pirata holandés, cuyo capitán no se sentía obligado por los acuerdos firmados en Europa. «En el Caribe decidimos nosotros», decía, y decidió, para placer de Tatum, recorrer una vez más el continente español en busca de barcos españoles.

En los años siguientes, cada vez que lograban apoderarse de un barco de la corona española, Tatum era el primero en abordarlo. Mientras los marineros holandeses pugnaban entre sí por el botín, él luchaba con furia, matando con su alfanje y su pistola a todos los españoles que dieran la menor señal de resistencia, hasta que el capitán holandés se veía obligado a gritarle:

~¡Basta, Tatum!

Mientras el barco holandés vagaba por el Caribe, llegaron a Port Royal noticias de la conducta de Tatum, y los funcionarios británicos advirtieron al teniente gobernador Morgan.

-Tenéis que disciplinar a ese condenado. Si el rey español se queja a nuestro monarca, estaremos en un brete.

Cuando divisó al barco holandés, que regresaba a Port Royal, el gobernador en funciones Morgan, consumido por el dolor que le causaba la gota en el dedo de su pie izquierdo, fruto de sus excesos con la bebida, entró renqueando en su despacho y dió, entre gruñidos, una serie de órdenes:

-Interceptad ese barco. Traedme al loco de Will Tatum.

-Cuando tuvo al viejo pirata ante sí se limitó a decirle-: Eres una amenaza para el rey. Ya deberías estar muerto.

Will quedó horrorizado por el aspecto de su antiguo capitán: el vientre inmenso, la cara roja, el pie vendado; y la voz ronca a causa de la cerveza. Luego escuchó la sentencia.

- Tatum, para demostrar que procuramos mantener la paz, tengo que entregarte como prisionero al gobernador español de Cartagena.

-¡Nol -gritó Will. .

-Órdenes del rey.

-Los españoles me odian. Me matarán. -Como Morgan sonrió, Will suplicó:- Pero yo fui vuestra mano derecha en Porto Bello ... en, Panamá.

Este ruego, en especial, divirtió a Morgan, pues recordaba bien a Tatum, héroe cuando se trató de hacer volar a la soldadesca española en Porto Bello y también al organizar el ataque contra las defensas en Panamá, pero imprevisible enemigo en las fuertes protestas contra la división del botín, allá en la playa. Y la última ofensa borraba el mérito de las dos contribuciones, anteriores. Nada debía al viejo bucanero.

-Los tiempos han cambiado y nuestros problemas son otros -dijo secamente, y salió de la oficina renqueando.

Cuando el barco inglés que llevaba a Tatum prisionero se acercó a Cartagena, ese puerto nefasto donde habían perdido la vida tantos ingleses, Will no podía creer que la historia tuviera giros tan fatales. Años antes, en Cádiz, había estado a dos días de ser quemado en la hoguera, pero había escapado para servir a Portugal, a Inglaterra y a Henry Morgan, siempre contra España, el enemigo inmortal. Ahora se lo entregaba, maniatado, al cautiverio español del que huyera años antes y a un castigo igualmente bárbaro.

Su juicio ante la Inquisición se abrió con sus emotivas protestas: había sido un marino corriente, ni mejor ni peor que otros. Pero el fiscal presentó a seis españoles, quienes atestiguaron que aquel hombre, Will Tatum, de notoria fama en el continente, había conducido ataques contra sus barcos, matando a los timoneles para dejar a los otros a la deriva, en pequeños botes sin velas y con poca agua. Su culpabilidad era indiscutible. Cuando el juez principal dictaminó que había ofendido a Dios y a España, Will supuso que sería nuevamente condenado a muerte. Pero como la Inquisición de Cartagena detestaba las ejecuciones, la Sentencia fue más benigna: «Prisión de por vida y a galeras». Will, en cuanto oyó estas palabras, encontró irónico que, tras haber sido una verdadera amenaza para la navegación de España, se lo condenara a pasar el resto de su vida remando sus barcos por los siete mares.

De repente, un joven sacerdote de vista aguda reparó en la borrosa B de su mejilla izquierda, marca muy poco habitual. Recordó entonces que un prisionero inglés, marcado de ese modo, no sólo había escapado de la Inquisición de Cádiz, sino que había asesinado a varios guardias. Will fue llevado nuevamente ante los jueces de negras túnicas para escuchar una sentencia distinta.

-El castigo impuesto en España para Tatum, delincuente hereje, será ejecutado aquí, mediante la horca.

Otra vez en su celda, Will reflexionó sobre su tumultuosa vida de bucanero, las noches de desordenadas celebraciones en Port Royal, la tala de campeches en Honduras, el saqueo de Panamá, el rumbo extraviado al rodear el cabo de Hornos, la captura del galeón español frente a Cuba, la pérdida frente a Cádiz del Pride of Devon sus encarcelamientos; todo para acabar, dentro de cuatro días, colgado de una horca en Cartagena. Se encogió de hombros y se durmió.

A la tercera mañana recibió la visita de dos distinguidos ciudadanos de Cartagena: la condesa Ledesma y su consejero espiritual, fray Baltasar, quien fue el primero en hablarle:

-Will Tatum, la sentencia que se te aplica es justa. Mereces morir por los crímenes que cometiste, tanto en el Nuevo Mundo como en el Viejo. Sin embargo, la condesa tiene algo que decirte.

Y ella le dijo, con el tono seco que Will recordaba tan bien:

-Pese a nuestra larga y difícil prueba, Tatum, gracias a vuestra ayuda mi hija Inés llegó virgen a casa. No lo he olvidado, y por eso he conseguido que el conde os perdone la vida.

Fue puesto en libertad ese mismo día. En cuanto se vio libre corrió al puerto, para enrolarse en el primer barco que quisiera llevarlo de regreso a Port Royal. Pero al aproximarse al agua fue apresado por tres policías, por orden de fray Baltasar.

-Has sido un implacable enemigo para España, tanto que debes permanecer aquí, en Cartagena, por el resto de tu vida. No nos arriesgamos a que sigas pirateando contra nuestros barcos.

Will, sometido a esta sentencia, se convirtió en peón de las obras que construían calzadas desde el puerto. Tras siete meses de agotador trabajo, aceptó la horrible perspectiva de pasarse la vida en Cartagena.

Un día, a finales de 1692, el lúgubre fray Baltasar azuzó a su mula



para acercarse, a Will, que estaba trabajando, y le gritó:

-¡Tatum! ¡Te necesitan en el muelle!

Tatum montó a la grupa del sacerdote, aferrándose de sus hábitos; ofrecían una cómica imagen.

Un barco mercante holandés acababa de entrar lastimosamente a puerto, con las cubiertas destrozadas. Su tripulación contaba algo tan absurdo que el capitán se vio obligado a repetirlo seis veces, en su entrecortado español, sin que los funcionarios de Cartagena dieran crédito a lo que oían. En cuanto Tatum llegó, lo empujaron hacia adelante.

-Tú, que hablas inglés y conoces Port Royal, ¿qué conclusión razonable podemos sacar de lo que dice este hombre?

Fue el informe de Will el que quedó registrado en las crónicas de Cartagena:

*En la mañana del 7 de junio de 1692, día que no será olvidado jamás, nuestro barco se mecía apaciblemente, anclado frente a Port Royal, en Jamaica, cuando de pronto vimos que la tierra de la ciudad comenzaba a ondularse, rompiéndose en grandes fragmentos y sacudiéndose en violentas contorsiones. Aparecieron grandes cavidades en la tierra, que absorbieron iglesias enteras, sin que se las volviera a ver. Grietas menores devoraron grupos de gente desprevenida, y muy pronto grandes olas barrieron las ruinas, dejando bajo el mar más de la mitad de la zona. Dos mil ciudadanos perdieron la vida en los primeros minutos. Olas enormes castigaban los barcos en el puerto, azotando nuestras cubiertas y rompiéndolo todo.*

*Los marineros de a bordo, aquellos que se hablan salvado de ahogarse, ayudaron a rescatar a las víctimas que flotaban en el mar, allí donde antes estaban sus casas. Un anciano nos dijo: «Los antiguos dioses deben de estar asqueados por el libertinaje de los bucaneros, que han convenido nuestra ciudad en un 'pozo' negro, y han decidido sepultarla muy hondo, bajo las olas».*

Así desapareció de la tierra, en menos de veinticinco minutos, Port Royal, capital de los Bucaneros y refugio de los siete mares.

A Will le mostraron poco agradecimiento por haber traducido la trágica noticia, pues al día siguiente estaba otra vez trabajando en las calzadas. Pero dos días después le llegó una inesperada recompensa de mano de fray Baltasar, que reapareció a lomos de su pequeña mula.

- Tatum, el conde te agradece la ayuda del otro día. Dice que has sido un prisionero destacado, obediente y diestro en tu trabajo. Me ha dado

permiso para otorgarte un favor: Deja tu pala y ven conmigo, a compartir un guisado y una botella de vino tinto en casa de mi hermana.

Todos los españoles, fueran sacerdotes, pillos, viejos consejeros de confianza o astutos empleados de las oficinas de gobierno; se sometían a la ley de hierro que siempre había regido la conducta en Cartagena: «Cuida de tu familia". Ni siquiera Baltasar estaba exento de ese severo edicto. Su hermana era una viuda presentable, con trece hectáreas de tierra productiva, y desde hacía doce años trataba de conseguir otro marido. Cuando su hermano le llevó a aquel soltero (uno más) para que probara sus ricos guisados, les sirvió una comida tan espléndida, que Will regresó a la casa con frecuencia, sin necesidad de que fray Baltasar insistiera. Por fin, un día, el sacerdote se acercó a él en su mula, llevando una inesperada proposición para el inglés, en quien había llegado a confiar:

-Sin duda has observado, Will, que mi hermana necesita a alguien para que la ayude a labrar sus tierras. Se lo explicaré al conde: Sé que él te dejará en libertad ... y podrías vivir ...

-Pero ¿queréis que me case con vuestra hermana? Si no soy católico ni ...

-¿Quién habla de casamiento? -gritó el cura-. Para mí sería un pecado mortal casar a un protestante como tú con una buena católica como ella. Me asaría en el infierno. Pero he hecho construir una pequeña cabaña ... en un rincón de sus tierras ... ¡No hablo de casamiento!

Antes de que Will pudiera responder a la sorprendente propuesta, el cura dijo casi susurrando:

-Es una buena mujer, Will, y la quiero mucho. Ya tengo más de sesenta años. Debo cuidar de que tenga ayuda en sus cultivos.

De este modo, Will Tatum, enemigo mortal de todo lo español, se convirtió en capataz de una viuda española, dueña de trece hectáreas y maravillosamente hábil en la cocina. Con el correr de los años, puesto que comía de su mesa cada vez con más frecuencia, descubrió que «cuando uno conoce a los españoles, no son tan malos, no".

## VII

### LOS INTERESES AZUCAREROS

Los pobladores ingleses de Jamaica los llamaban cimarrones, eran esclavos negros de feroz temperamento, cuyos antepasados se habían fugado cuando los británicos, en la década de 1650, expulsaron de la isla a sus propietarios españoles. Estos esclavos huyeron a las montañas, en el centro de la isla, y allí sobrevivieron y prosperaron durante más de ochenta años, rechazando todos los esfuerzos de los ingleses para echarlos. Año tras año crecían en número, pues los nuevos esclavos, importados de Jamaica a un gran coste, trabajaban un tiempo en las plantaciones de caña azucarera y luego desaparecían en las montañas para formar una nueva especie de cimarrones.

En 1731, la situación se agravó, puesto que los cimarrones atacaban fieramente las plantaciones. Los propietarios blancos decidieron contra-atacar e iniciaron una campaña contra los ladrones montañoses. Se exigió a cada plantador una contribución en mas, dinero y, sobre todo, hombres blancos o negros de confianza, a fin de formar una milicia para castigar a los renegados. Como cabrá esperar, la Plantación Trevelyan; al norte de la capital, Spanish Town, contribuyó con muchas armas muchas municiones y un capitán para la tropa: sir Hugh Pembroke, que ese año había cumplido los cuarenta y seis. Era de porte militar y, gracias a su esbelta silueta, el uniforme de un regimiento inglés le sentaba admirablemente. Descendía de aquel audaz oficial que, en 1655, había sugerido al almirante Penn: «Puesto que los españoles nos han expulsado de La Española, ¿por qué no los expulsamos de Jamaica?», idea gracias a la cual se añadió esa bella isla al imperio. Sir Hugh adoraba la política y era miembro destacado del Parlamento, en Londres....

Un gran contingente, compuesto por más de cien hombres de Spanish Town y las plantaciones circundantes, marcharon hacia el norte, hasta J Trevelyan, donde se les unió un plantador extraordinario: Pentheny Croome, hombre de ciento diez kilos, cuya silueta parecía una bola de manteca recién batida, de rostro rubicundo como una llama. Al igual que sir Hugh, era miembro del Parlamento británico, famoso en el grupo por ser el único miembro de ambas cámaras que nunca ha leído; un libro ... En realidad, algunos de sus colegas decían, a sus espaldas: ¡Hasta dudamos que sepa el abecedario, pero sí sabe calcular el quince por ciento anual sobre sus inversiones... ..

Las inversiones de Pentheny, como las de todos los jefes de la improvisada tropa expedicionaria, se concentraban en el azúcar, pues su astucia natural, su avaricia y su latrocinio le habían llevado a adquirir una inmensa

plantación en activo, cuyo tamaño doblaba el de la finca de sir Hugh, y varios cientos de hectáreas que iba a dedicar al cultivo. Era un hombre gigantesco y violento, y cuando las tropas se preparaban para iniciar la cacería en las colinas, les dijo:

-¡Vamos a encontrar a esos cimarrones y a matarlos a todos! ¡Sin cuartel!. Sir Hugh, con su superior experiencia militar, le corrigió:

-No, Pentbeny, amigo mío, las órdenes del gobernador son muy diferentes. Llevamos tres décadas tratando de matar a los cimarrones, batida tras batida. ¿El resultado? Seis de los nuestros muertos, con toda seguridad; de ellos, a lo mejor cuatro.

-¿Y para qué vamos, pues?

-Para pactar una tregua. No vamos a disparar contra ningún cimarrón. Les ofreceremos una tregua. Basta de guerra... para siempre... si ellos juran devolvernos a los esclavos que se fugan.

-¿Podemos confiar en ellos?-preguntó Croome.

-¿Qué otra opción tenemos? -replicó sir Hugh.

Pentheny Croome se abrió paso hasta el frente, a fuerza de músculo, y acercó la cara a la de sir Hugh para preguntarle:

-¿Era ésa vuestra recomendación, Pembroke?

Y sir Hugh dijo, en voz lo bastante alta como para que todos oyeran:

-En 1717, cuando aprobaron esa ley, los esclavos rebeldes podían ser mutilados con sólo que vos y yo lo decidiéramos. Entonces os advertí que no daría resultado. Y así fue. -Miró a cada uno de los otros propietarios- Bueno, ahora intentaremos algo ,mejor, al menos en nuestro sector de Jamaica. y condujo a sus tropas hasta las colinas.

Tras cuatro días de subir y bajar por el terreno, aún no habían visto señales de los cimarrones que, con toda, certeza, debían de estar en esa zona, pese a haber enviado a exploradores con el encargo de gritar el nombre del jefe cimarrón:

-¡Cuffee! ¡Cuffee! ¡Sal! ¡Queremos dialogar!

No hubo respuesta, pero hacia el atardecer del quinto día los cimarrones dispararon desde una maraña de raíces de banano.

-¡Por allí! -gritó Croome, y se lanzó hacia la maleza enredada disparando su arma y matando a uno de los cimarrones-. Así es como arreglaremos esto -dijo; mientras se sentaba en un tronco para limpiar el arma, con el negro muerto a sus pies.

Pero sir Hugh no quiso saber nada de eso. Después de atar un pañuelo blanco a la punta de su fusil, llamó a su hijo Roger para que hiciera otro tanto, y juntos caminaron hacia la maleza de banano, gritando:

-¡Cuffee! ¡Cuffee! Soy sir Hugh, Ven a hablar conmigo.

Al caer la oscuridad, el líder de los cimarrones, un hombre de cuarenta años cuyos' antepasados habían sido arrancados del golfo de Guinea en 1529, salió cautelosamente para parlamentar con el enemigo, como si fuera un jefe de estado.

Cuando la fuerza expedicionaria volvió a la civilización, sir Hugh no se detuvo en Trevelyan, sino que, acompañado por Pentheny Croome, continuó viaje hasta Spanish Town, donde informó al gobernador, el general Hunter:

-Una breve escaramuza Croome, aquí presente reaccionó con suma valentía en un aprieto. Tuvo que matar a un cimarrón.

, -Un hombre excelente, este Croome .. ¿Y qué lograsteis?

-Me reuní con Cuffee. Vi a sus hombres. Vi su gran provisión de armas y municiones. Logré el acuerdo que habíamos decidido, vos y yo. Ellos no seguirán matando. No habrá más incendios en la noche. Por nuestra parte, les daremos más municiones por si se produjera una invasión inglesa.

-¡Pero, hombre, por Dios! -estalló el gobernador-o ¿Significa eso que eludisteis el asunto principal?

-Nada de eso, señor, con todo respeto. Cuffee y sus lugartenientes, acordaron no dar más albergue a los esclavos fugitivos. Los traerán de regreso. Diez libras por esclavo vivo, cinco por esclavo muerto.

-;Bien hecho, Pembroke. -;El gobernador le hizo la venia y salió. Al regresar, traía buenas noticias para Croome-: Sobre aquellas tierras, desmontadas ... los documentos están certificados, tal como asegurabais. Son vuestras.

Con un gesto de sincero afecto, pues Pentbeny Croome era el tipo de hombre que él entendía bien, lo aferró por los hombros y lo acompañó hasta la salida.

A la mañana siguiente, sir Hugh se levantó mucho antes del alba y salió a caballo con Roger, sin siquiera despedirse de Pentbeny, pues sentía

nostalgia del único refugio seguro que conocía en este mundo, superior aun a su firme escaño en el Parlamento: los campos verdes, de la Plantación Trevelyan. Al ver los límites exteriores, que encerraban tierras pulcras y limpias, gritó a su hijo: "-¡Mantenla así, Roger! Una finca como ésta alegra el corazón". Puesto que el sol ya estaba alto, no le sorprendió ver a sus esclavos marchando hacia las praderas, algo ondulantes, donde miríadas de pequeños rectángulos habían sido alineados con severa exactitud, con cuatro lados cuidadosamente trazados a golpes de azadón en la tierra suelta; dentro de cada uno de ellos serían plantadas las socas de la caña azucarera, y cada uno tenía su propio sistema de irrigación, asegurado por los bajos muros de tierra.

No esperaba que los esclavos mostraran placer, al verlo una vez más entre ellos, pero si hubiera observado con mayor atención habría visto que la gente lo prefería allí, en Jamaica, y no en Londres: «Cuando el pie del amo toca el suelo, las cosas crecen ...

De pronto, el corazón de Hugh se aceleró, pues se aproximaba a la leve elevación donde siempre se detenía al volver, después de cualquier ausencia prolongada. Al llegar a lo más alto sofrenó su caballo, se reclinó hacia atrás en la silla y contempló uno de los paisajes más bellos de Jamaica, quizá de todo el Caribe.

En lo alto de una loma; a lo lejos, se alzaba un edificio cilíndrico, bellamente construido en piedra, que brillaba bajo el sol de la mañana y desplegaba las cuatro grandes velas de lona que lo caracterizaban como molino de viento. Cerca de la base, en una gran explanada, había otra construcción de piedra, más o menos similar pero sin molino; su parecido con el primero estribaba en que ambos contenían un mecanismo vertical que transformaba la caña azucarera en jugo.

Estos dos bellos edificios, construidos tan sólidamente como una catedral, eran el corazón de la plantación. Cuando soplaba el viento, cosa que ocurría por lo menos un día de cada dos durante la temporada, de cosecha, el molino de viento cumplía con su función, pero cuando cesaban los vientos, cosa que a veces ocurría en los momentos más inoportunos, varios niños negros conducían yuntas de bueyes alrededor del edificio más pequeño, en un estrecho camino circular, para activar los pesados rodillos. Con que una de las dos construcciones funcionara; la plantación estaba lista para el trabajo.

Cerca del molino de viento pasaba un arroyo serpenteante, cuyo cauce no merecía el nombre de río, ni siquiera el de riachuelo; aun así era una corriente continua, que a veces cantaba al descender a tumbos por la colina, pasando bajo un bonito puente de piedra con dos arcos. Este puente, una estructura de elegantes proporciones, era el centro del proceso de elaboración del azúcar. De las dos trituradoras de la colina fluía el jugo recién extraído, que era conducido por medio de un canal a las tinajas en donde se almacenaba. Las marmitas de cobre en las

que se hervía, las cacerolas en donde se convertía en cristales marronzcos, llamados mascabado, y las ollas en donde éstos eran tratados con arcilla blanca, importada de Barbados, para producir los blancos cristales que mercaderes y amas de casa tanto deseaban; todo esto se hallaba dentro de una serie de pequeñas construcciones de piedra, que también albergaban el corral de las mulas y la destilería donde el desecho del proceso, la rica y oscura melaza, se convertía en ron.

La plantación Trevelyan tenía una envidiable reputación en el comercio de azúcar, melaza y ron, gracias a la inteligente decisión de uno de sus primeros propietarios, quien había dicho a la familia, en la década de 1670: «El algodón y el tabaco son cosa de tontos, aquí en Jamaica. Las colonias norteamericanas nos superan tanto en precio como en calidad.

Pero dicen que en Barbados hay un hombre, llamado Thomas Oldmixon, que ha comenzado a ganar mucho dinero cultivando caña de azúcar traída de la Guayana. Iré allí para ver cómo lo hace». Viajó y encontró a Oldmixon, que efectivamente obtenía enormes ganancias con su caña de azúcar, pero el hombre era suspicaz, pese a fingirse amigo de todos: «¿Por qué voy a confiaros mi secreto? ¿Para que el azúcar de Jamaica saque ventaja al mío?». No explicó nada a su visitante y nada le mostró. , Cuando sorprendió a Samuel Trevelyan rondando en el crepúsculo para ver cómo crecía la caña, le ordenó mantenerse lejos de su plantación y dejó sueltos a dos perros para asegurarse de que no se acercara.

La visita habría sido inútil, si Trevelyan no se hubiera encontrado con un simpático mozo llamado Ned Pennyfeather, propietario de la taberna La Giralda, frente al puerto de Bridgetown. El muchacho, tras escuchar la historia de sus frustradas esperanzas, le dijo: «Es comprensible, ¿no? Oldmixon trajo, sus cañas del Brasil" según creo, y allí se pusieron furiosos al descubrir lo que había hecho. Ahora no quiere compartir con vos sus ventajas».

" -Pero vengo de muy lejos. ¿Qué puedo hacer?

Pennyfeather caviló un momento, luego le dio una respuesta que sería la clave de la futura prosperidad jamaicana.

-En lo alto de esa loma, hacia el este, hay un hombre de espíritu mezquino. Si os estuvierais muriendo de sed, no os daría un trago de agua. Pero por un puñado de monedas os vende lo que deseáis, Se llama sir Isaac Tatum.

-:-Oldmixon dijo que yo iba contra los intereses de Barbados.

-Sir Isaac no respeta más intereses que los propios. Si tenéis dinero, tendréis la caña., Isaac Tatum exigió un precio alto, pero Trevelyan consiguió sus

cañas, y en Jamaica crecieron, tal como dijo a Pennyfeather en su nota de agradecimiento, «asombrosamente bien».

Claro que, al aumentar sus conocimientos sobre, la caña azucarera descubrió que sir Isaac lo había engañado. No le había vendido brotes que tuvieran vida para varios años, sino sacas, brotes de raíz de buena apariencia, pero que daban una caña' que sólo servía para un par' de temporadas .. Sin embargo, con esas socas, Samuel Trevelyan pudo iniciar su empresa, y dos años después compró buenos brotes a un plantador honrado. Así, la gran plantación jamaicana se puso en marcha hacia la enorme fortuna que él y su familia acabaron acumulando.

Un descubrimiento accidental representó gran parte de esa riqueza. Uno de los esclavos de la plantación, hombre descuidado, arrojó el alambique en la melaza que se estaba convirtiendo en ron, una vieja melaza cuyo contenido de azúcar se había acaramelado al sol., Al ver que el ron resultante era mucho más oscuro, lo ocultó en un tonel hecho con roble chamuscado. Cuando, por fin, Trevelyan descubrió el error, aquello no era el líquido dorado y claro que se producía habitualmente sino un ron fuerte y oscuro, de magnífico aroma, que ahora se llama «negro dorado», Trevelyan llegó a ser el nombre de este ron, buscado por entendidos que disfrutaban sólo con lo mejor, y el dinero llegó a raudales por su venta en Europa y Nueva Inglaterra, pues ninguna otra plantación había descubierto el secreto de su producción.

En el flanco derecho del puente se arracimaban las pequeñas cabañas de los esclavos: paredes de mampostería de mitad para arriba, postes de madera en las esquinas unidos entre sí por zarzas entretejidas y barro endurecido al sol, y techos de hojas de palma. El suelo era duro y seco, mezcla de barro, guijarros y cal, bien apisonado y barrido. Sir Hugh, que las inspeccionó sin mucha atención al pasar, las vio en buenas condiciones.

En la colina, no lejos del molino de viento, se alzaba la casa grande, una mansión solariega de tres pisos, con buhardillas y alas laterales, llamada Golden Hall -«vestíbulo dorado»- ¡por la hilera de árboles cuyos capullos, de un vivo color amarillo, daban alegría al lugar. Lady Beth Pembroke había amado a esos árboles, y su resplandeciente florecer era un recuerdo de su pasada presencia, tanto para sir Hugh como para sus tres hijos.

Por fin sano y salvo en la galería de Golden Hall, sir Hugh, de regreso de la guerra, podía contemplar un escenario con todos sus elementos tan perfectamente dispuestos -el puente arqueado, los edificios de piedra, los alojamientos para los esclavos, el alambique del ron, los campos arados, los bosques--- que parecía haber sido creado para el pincel de un artista medieval. Era



un pequeño reino, del que cualquier príncipe de aquella era pasada se habría sentido orgulloso.

Aunque no se la podía considerar la más grande de las plantaciones jamaicanas, pues Pentheny Croome poseía el doble de extensión, sin contar las tierras recientemente adquiridas, abarcaba doscientas ochenta hectáreas; de las cuales treinta eran de plantas jóvenes. La labraban doscientos veinte esclavos, cuarenta mulas y sesenta y cuatro bueyes, cuyos esfuerzos sumados producían casi trescientas toneladas de azúcar. La mitad de ésta se trataba con arcilla blanca; la otra, el mascabado, se embarcaba hacia Inglaterra para su refinamiento. Para orgullo de la plantación; todos los años se envasaban más de cien toneles de ron Trevelyan, lo cual equivalía a unos cuarenta mil litros, que se vendían en el extranjero a buen precio.

Sir Hugh, hombre apto para las cifras, calculó sus costes detalladamente: «Cada esclavo, doscientos cinco dólares americanos; cada mula, ciento ochenta; gastos menores de cada año, unos treinta mil dólares; ingreso medio anual, cincuenta y cinco mil; promedio anual, veinticinco mil dólares americanos». También calculaba sus cuentas en libras esterlinas y en moneda española, y sus ganancias eran siempre inmensas, teniendo en cuenta el valor del dinero en esa época. Eso les permitía a él y a su familia vivir conforme a lo que se conocía como «la magnificencia de los plantadores jamaicanos, lo cual se traducía en diez o doce sirvientes domésticos para la mansión, otros seis para atender a los animales, un médico para la plantación, un clérigo, para la pequeña capilla levantada más allá del puente, y muchos criados más.

Mientras sir Hugh estudiaba las excelencias de su plantación, reflexionó sobre la superioridad de Jamaica como isla. El último censo aproximado revelaba unos dos mil doscientos blancos, con la categoría de amos, otros cuatro mil blancos de categoría inferior, y setenta y nueve mil esclavos. Tal como él había dicho a un reciente visitante, llegado desde Inglaterra: «Nunca olvidamos que los blancos, en proporción, somos apenas seis contra setenta y nueve negros. Por eso actuamos con cautela y ponemos mucha atención en el trato a nuestros esclavos pues podrían sublevarse y matarnos a todos si así lo quisieran». Pero también confesó que, por su parte, obtenía ganancias sustanciosas con el tráfico de esclavos: «El año pasado, en Jamaica, importamos unos siete mil esclavos de África pero habríamos podido vender el doble, pues inmediatamente despachamos a más de cinco mil de los recién llegados a Cuba y a Carolina del Sur, y con esa venta obtuvimos buenos beneficios».

A cuanto extranjero preguntaba, en Jamaica o en Inglaterra, se le decía que la isla era un refugio para toda clase de personas: «Aceptan a los españoles que huyen de los crueles gobiernos de Sudamérica, a los esclavos que escapan de sus despóticos amos de Georgia, a los artesanos de Nueva Inglaterra que desean iniciar una vida nueva. Y el año pasado, el gobernador proclamó que, en adelante, admitiría a católicos y judíos si prometían no provocar escándalos públicos».

Pero la vida de los Pembroke no se limitaba a Golden Hall, pues cada uno de los tres muchachos había sido educado en Inglaterra, en la Rugby School de Warwickshire, y pasado gran parte de su juventud en Londres, en la casa de la familia, situada en Cavendish Square, cerca del Hyde Park, o en la pequeña y encantadora casa de campo de Upper Swathling Gloucestershire unos ochenta kilómetros al oeste de Londres, donde lady Pembroke, a quien todos conocían por el nombre de lady Beth, había supervisado la creación de uno de los mejores jardines florales del sur de Inglaterra.

Los Pembroke eran como casi todos los plantadores de azúcar de las Indias Occidentales: legalmente tenían residencia en la isla, donde estaba la plantación; pero emocionalmente permanecían atados a Inglaterra. En Inglaterra educaban a sus hijos y mantenían el hogar familiar, y también ocupaban escaños en el Parlamento, para proteger lo que todo el imperio reconocía como «los intereses azucareros». En esos años, veintitrés o veinticuatro plantadores como sir Hugh formaban parte de la Cámara de los Comunes, donde constituían un bloque para controlar la legislación, asegurándose de que el azúcar recibiera la protección que, a su modo de ver, merecía.

Pero ¿qué había hecho un plantador como Pentheny Croome, casi analfabeto y radicado en la remota Jamaica, para obtener un escaño en el Parlamento?, Simplemente comprarlo, igual que los otros. En esos años había en Inglaterra un grupo de poblaciones llamadas «municipios corruptos», restos de pueblos que habían gozado de alguna importancia al distribuirse originariamente los escaños del Parlamento y que posteriormente habían declinado, en algunos casos hasta desaparecer. Sin embargo, cada una de esas zonas retenía el derecho de enviar un hombre al Parlamento. Se convirtió en costumbre de los terratenientes que poseían los títulos de un municipio corrupto vender su escaño al mejor postor. Pentheny había pagado mil cien libras por su municipio; sir Hugh, mil quinientas por cada uno de los suyos, uno para si y el otro para Roger, , su hijo mayor. Los otros colonos de las Indias Occidentales habían hecho sus propios negocios y todos estaban de acuerdo con Pentheny: «Pocas veces he gastado mejor el dinero. Esto nos proporciona protección contra los truhanes». Los truhanes eran todos los que querían un precio justo para el azúcar.

Y ésa era la principal diferencia entre las colonias británicas de las Indias Occidentales y de Norteamérica. Las colonias maduras, como Massachusetts, Pensilvania y Virginia, no contaban con un solo escaño en el Parlamento y, por lo tanto, no tenían protección contra los impuestos y leyes tan arbitrarias. Sus políticos se quedaban en casa, donde dominaban los recovecos de la política norteamericana rural, que los llevarían a la libertad. Las islas de las Indias Occidentales, infinitamente más favorecidas en esas décadas, jamás aprenderían las lecciones locales, pues sus mejores hombres siempre estaban , en Londres.

De igual importancia es el hecho de que, mientras los jóvenes destacados de Jamaica y Barbados estaban en Inglaterra, estudiando, sus coetáneos de Boston y Nueva York asistían a las universidades de Harvard y King en sus ciudades natales, y así se establecieron las amistades entre colonias que tan fundamentales serían cuando decidieran buscar la libertad. Tiempo después, las Indias Occidentales pagaron un justo castigo por las efímeras ventajas de que disfrutaron en el periodo comprendido entre 1110 y la década de 1770.

Pero en 1731, sir Hugh se sentía muy contento de residir en Golden Hall mientras esperaba el momento de volver a Londres, para las siguientes sesiones parlamentarias, en las que se discutirían asuntos de gran interés para los plantadores de caña azucarera. Era agradable tener a sus tres hijos en casa. Roger, con veintiséis años, era el que un día heredaría el título de barón y se convertiría en sir Roger; por el momento, era dueño del segundo municipio corrupto bajo el control de los Pembroke y progresaba en el Parlamento, lenta y discretamente, de acuerdo con las instrucciones recibidas de su padre: «En las dos primeras sesiones, no digas nada, no llames la atención, pero mantente alerta para votar cuando surja algo relacionado con el azúcar». Roger sería, con la madurez, el líder de la delegación azucarera.

Pero en muchos sentidos era el segundo hijo quien aseguraba la posición de los Pembroke, pues Greville permanecía en Jamaica y dirigía la plantación. Aunque sólo tenía veinticuatro años, ya había demostrado su ingenio para controlar el trabajo de los esclavos, de tal modo que los mantenía medianamente felices y más que medianamente productivos. Era un experto en cálculo y tenía buen juicio cuando se trataba de decidir si era más ventajoso embarcar la melaza sobrante hacia Inglaterra o hacia Boston. Tal como decían los plantadores jamaicanos: «Los habitantes de Massachusetts deben de beber más ron por cabeza que nadie en el mundo. Tienen siete destilerías y el deseo que muestran por nuestra melaza es insaciable». Había ideado un trato ventajoso con Marcus, el hermano de Pentheny Croome, que tenía dos barcos dedicados a transportar cargas de Jamaica. Al parecer, dondequiera que Greville ponía la mano había dinero para los Pembroke.

Eso de tener un hijo como administrador de la plantación era una ventaja con la que pocas familias contaban. Ya que muchos de los terratenientes preferían pasar la mayor parte del tiempo en Inglaterra, debían dejar el control de sus plantaciones a jóvenes' escoceses o irlandeses sin experiencia previa, que iban a Jamaica con esa finalidad. Con fortuna, daban con un abogado de la zona que les mereciera confianza y oficiara de administrador; pero si no tenían suerte, caían en las garras de algún hombre deshonesto que les robaba la mitad de las ganancias en cuanto se descuidaban. En el año 1731, de los veinticuatro plantadores de las Indias Occidentales que defendían los intereses azucareros en el Parlamento, sólo dos habían tenido la suerte de hallar administradores honrados que dirigieran sus plantaciones, mientras que nada menos que trece habían marchado a Inglaterra en su juventud y no habían vuelto jamás a la isla para supervisar la producción de

azúcar. Sólo se ocupaban de defender las islas contra los intereses competitivos de Inglaterra, Francia y, sobre todo, Norteamérica.

El tercer hijo de sir Hugh era un problema. A los veintidós años, John Pembroke era uno de los mejores hombres que Jamaica podía originar. De haber sido el primogénito, habría heredado dignamente el título de su padre y su escaño en el Parlamento; en el lugar del segundón, habría podido administrar la plantación tan bien como Greville. Pero no tenía oportunidades en ese sentido, y el mismo John dijo a su padre, una noche: «Dudo que pudiera hacer el trabajo que hace Greville». Por lo tanto, la cuestión permanecía en pie: «¿Qué vamos a hacer con John?». Y nadie tenía respuesta. Se había desenvuelto bien en sus estudios y, por tradición, el tercer hijo ingresaba siempre en el ejército o en la Iglesia; pero John no demostraba inclinaciones por ninguna de estas dos instituciones. El muchacho, no obstante, aseguraba a su padre: «No hay problema; ya encontraré algo».

Mientras tanto, se dedicaba a una batalla que sus dos hermanos habían librado con éxito. Hester, la hija de Pentheny Croome, era una joven corpulenta y audaz, con perspectivas de heredar veinte mil libras anuales, que por aquellos días era una suma prodigiosa en Inglaterra, suficiente para que le sobrarian pretendientes. Desde muy joven, había decidido casarse con un Pembroke. Lo tenía tan fijado en su pelirroja cabeza que solo uno de los famosos huracanes de la isla habría podido arrancarlo de allí. A los dieciséis años había hecho insinuaciones al futuro sir Roger, quien la eludió casándose con la hija de un plantador de Barbados. A los dieciocho, afligida por la pérdida del mayor, se decidió por Greville, y con él habría llegado hasta el altar de no haberse interpuesto una vivaz muchacha, de una plantación cercana a Spanish Town.

Ya tenía veinte años y se sentía muy atraída por John Pembroke, a quien describía así ante su padre: «Probablemente es el mejor de todos los de Golden Hall». Audaz en sus intentos de conquistarlo, cabalgaba en su yegua gris hasta la casa del joven para invitarlo a un baile o algún otro acto social. En una ocasión, insistió en que la acompañara a la función de teatro que ofrecían los jóvenes de la zona para los oficiales de algún barco de guerra británico amarrado en Kingston: «Es una farsa francesa, John. Muy atrevida. Y yo soy la protagonista, en el papel de la criada».

Él accedió de mala gana, pero descubrió que le divertía inmensamente la entretenida conversación de los jóvenes oficiales y, por un momento, hasta contempló la posibilidad de incorporarse a la Marina. Durante la representación mantuvo la atención fija en Hester, que estaba estupenda en el papel de la criada bulliciosa. Demostraba un gran sentido del humor, capacidad para reírse de sí misma, y una asombrosa ternura en las escenas de amor.

En esas dos horas y media, la muchacha pasó de inaguantable a casi aceptable. Cuando él la llevó a casa, con los aplausos del público resonando aún

en sus oídos, estuvo a punto de confesarle su interés, pues había visto que ella, con su alegría, atraía a varios marinos. Pero al día siguiente John participó en una reunión, a la que también asistió el padre de Hester, hombre gordo, ordinario y prepotente. El muchacho vio en la imagen del padre a la hija y se acobardó.

A la reunión asistieron sir Hugh Pembroke y dos de sus hijos, Roger y John, Pentheny Croome y un plantador de Spanish Town, casi tan gordo como el padre de Hester. El tema del debate era crucial para los intereses azucareros, tal como sir Hugh explicó:

-Ya se la llama Ley de la Melaza, como si hubiera sido promulgada. Eso va a determinar nuestras ganancias durante los próximos veinte años, de modo que se impone una actitud firme. Si dejamos que se salgan con la suya, nuestros ingresos disminuirán considerablemente. Si los obligamos a redactarla a nuestro modo, tendremos ganancias ilimitadas.

Explicó luego que los plantadores de las Indias Occidentales se enfrentaban con tres enemigos:

-Esos truhanes de Boston y Nueva York, que quieren comprar nuestra melaza a precio mínimo, a fin de ganar fortunas con el pésimo ron que fabrican.

En este punto la conversación se convirtió en un ataque a las colonias británicas del continente norteamericano, con especial oprobio para Boston y Filadelfia, dos centros comerciales cuyos habitantes, puritanos y cuáqueros, trataban de robar a sus socios comerciales hasta el último centavo. Todos los presentes acordaron que, a la larga, el enemigo natural de los plantadores isleños era ese grupo de colonias americanas mal educadas. Pero los jamaicanos miembros del Parlamento conocían algunas tretas para vencerlos.

-Nuestro segundo enemigo está más cerca -advirtió sir Hugh-.

Me refiero a las islas francesas de Guadalupe y Martinica. El problema es el siguiente. Nuestras plantaciones azucareras cuentan con una bendición: vientos estables. Las islas francesas no los tienen, y puesto que ríen pueden usar molinos de viento, necesitan caballos y mulas. ¿Y dónde los consiguen? En Massachusetts y Nueva York. Cientos de barcos al año, cargados de animales en Boston, bajan hasta la Martinica y venden su carga con ganancias fantásticas.

-¿Y en qué nos perjudica eso? -preguntó el plantador de Spanish Town.

-Descargan en la Martinica, llenan el barco de melaza francesa y la llevan a Boston. Es totalmente ilegal en ambos sentidos, pero muy ventajoso -gruñó Croome.

-Hay una cosa que debe saber -comentó sir Hugh, cáustico-. Se rumorea que su hermano Marcus participa en ese negocio.

-Le convendría no hacerlo -replicó con aspereza Groome.

-Y si reprendemos a Boston y la Martinica -continuó sir Hugh-, nos enfrentaremos con nuestro enemigo permanente: el ama de casa inglesa, que clama constantemente por un precio más bajo para el azúcar.

Hizo una mueca de disgusto al imaginar las injustas presiones provocadas por las mujeres, que, con su vehemente deseo de conseguir azúcar a precios reducidos, podían poner en peligro los intereses azucareros. Roger explicó el hecho con el que debían enfrentarse:

-En Francia, el azúcar blanco de primera calidad se vende a ocho peniques la libra. En Inglaterra, el ama de casa debe pagar diez peniques la libra. Las protestas son estentóreas.

-¿Qué significa eso de «estentóreas»? -preguntó Pentheny.

-Que son muy fuertes. Reciben ese nombre del heraldo de potente voz de La Iliada -explicó Roger.

-¿Y eso qué es?

-Un poema de Homero. Grecia en guerra contra Troya.

-Eso sí que me suena. Pero Grecia y Troya no tienen nada que ver, con el precio del azúcar en Inglaterra.

En su opinión, el precio controlado por el monopolio debía subir en vez de bajar. En cuanto a las quejas de las amas de casa inglesas, que nada sabían de los problemas de la plantación: negros y cimarrones las colinas, la competencia francesa ... esas mujeres podían irse diablo.

Sir Hugh aconsejó a su amigo que no repitiera ese discurso en público, al menos cuando estuviera en Inglaterra y los reunidos acordaron volver a verse seis semanas después, en Londres, con un rígido plan, en el que participarían todos los plantadores, a fin de lograr los tres fines que sir Hugh resumió así:

-Conseguir que Boston nos compre la melaza a nosotros y a nuestro precio. Impedir el embarque de mulas y caballos hacia la Martinica. Y, por último, elevar el precio de venta del azúcar isleño en Inglaterra e impedir la entrada de mercancía extranjera, que se vendería a la mitad de nuestro precio.

Todos tenían la esperanza de alcanzar esos objetivos, si lograban que los miembros isleños del Parlamento se pusieran de acuerdo.

Al disolverse la reunión, Pentheny preguntó adónde iba John Pembroke, que acababa de salir; Roger, adivinando lo que se avecinaba, respondió:

-Pues, la verdad, no lo sé.

-Creo que va a la biblioteca -dijo sir Hugh, que siempre deseaba tener a Pentheny de su parte.

Pentheny se dirigió a la biblioteca en busca de John, y cuando lo halló le propuso:

-Hester, quería saber si estarás libre para cenar en casa esta noche. John iba a responder que no, pero su padre se interpuso:

-Lo hará con mucho gusto.

Cualquier observador que conociera a los poderosos plantadores de azúcar sólo de haberlos visto en sus toscas casas en Jamaica, Antigua o Saint Kitts, podía advertir ya algún detalle sobre el modo en cómo gastaban sus inmensas fortunas. Pero para conocer realmente el uso que hacían de su riqueza, destinada principalmente a alcanzar poder social y político, dicho observador habría tenido que ver cómo vivían los representantes de los intereses azucareros en Inglaterra. Cada uno mantenía, durante todo el año, una mansión en alguna de las populares plazas londinenses, además de una casa de campo, bellamente amueblada, en alguna aldea rural, no lejos de la capital. Si un plantador tenía tres escaños en el Parlamento, como era el caso de varios, lo probable era que la familia tuviera seis casas en Inglaterra, tres en Londres y tres en el campo. Tal como comentó un ingenioso observador: «En Jamaica estos hombres son unos patanes insufribles; en Londres, pulidos caballeros que invitan al príncipe de Gales a tomar el té».

En Londres, sir Hugh y su hijo Roger tenían sendas casas en lados opuestos de Cavendish Square; La del padre era algo más grande, pero no más ostentosa. Tenía cuatro plantas, una bella entrada y ventanas iguales en cada piso. La protegía una modesta cerca de hierro lo bastante baja como para que un caballero pudiera pasar por encima de ella. No daba muestras de riqueza, a excepción de la puerta, de madera tallada. En el interior, las habitaciones eran amplias y estaban bien, amuebladas, con abundantes cuadros en gruesos marcos dorados. Si uno los ignoraba sin prestar mucha atención, pensaba que el propietario tenía buen gusto y un adecuado criterio para determinar qué cuadro

convenía más en cada pared; pero una inspección más detenida terminaba invariablemente en sorpresa, debido a los nombres de los artistas grabados en pequeñas placas de bronce.

El primero era un Rembrandt, comprado en Dresde por elección del propio sir Hugh. La madre con su hijo, en bellos colores rojos, dorados y verdes, era un Rafael, comprado por lady Beth poco antes de su muerte. El hombre a caballo, un Van Dyck, y la escena de las ninfas del bosque, un Rubens. Pero la tela que sir Hugh prefería era un paisaje no muy grande, pintado por el holandés Meindert Hobbema. Mostraba una escena campesina en Holanda, con un puente muy parecido al de Trevelyan, y cuando sir Hugh lo miraba, sentía allí la presencia de su plantación jamaicana.

Había otras nueve pinturas, incluyendo una virgen de Bellini y un retrato de lady Beth Pembroke realizado por un pintor de la corte. En un cuarto trasero había expuesto un juego de seis pinturas inglesas, con motivos tan escandalosos que sir Hugh sólo los mostraba a amigos muy íntimos poseedores de un libertino sentido del humor.

Las plantas superiores estaban decoradas con sobriedad y reflejaban el gusto de lady Beth Trevelyan de Pembroke. Un instruido visitante que deseaba halagar a sir Hugh le dijo:

-Veo que, si bien vuestra esposa tenía buen gusto para el arte, debisteis de ser vos quien la alentó a efectuar estas compras.

-Nada de eso ---le espetó sir Hugh---. Fue ella. Con su dinero. Con su buen gusto.

A quien insistiera, le confesaba que, por sí mismo, había comprado sólo los dos paisajes, el Rembrandt y el Hobbema.

En la casa se habían llevado a cabo muchas reuniones para buscar estrategias, formales e informales. Pero también la visitaban líderes, como el anciano Pitt y Robert Walpole, para suplicar a los parlamentarios azucareros su apoyo en leyes beneficiosas para la nación en general. Normalmente conseguían sus votos, después de prometer que permitirían la promulgación de otras leyes que beneficiaran a los plantadores de azúcar.

Pero la casa Pembroke de Cavendish Square no era el cuartel general de los intereses azucareros, Tal rango, correspondía a la mansión que Pentheny Croome tenía, en Grosvenor Square. En realidad eran de bellas casas palatinas, erigidas originariamente flanco contra flanco, pero la señora Croome, hija de un azucarero jamaicano, había derribado los muros divisorios, para que el interior se convirtiera en un vasto salón donde exponer las curiosidades que había adquirido en sus tres viajes con Hester por Alemania, Francia e Italia. Las dos mujeres



estaban deslumbradas por las tallas que hacían los alemanes en piedra caliza traslúcida y por los cuadros de artistas italianos que representaban, por ejemplo, el lago de Como o el barco francés que las había llevado a Italia. Aunque eran firmes miembros de la Iglesia anglicana, habían quedado cautivadas por el retrato de un Papa, cuyo severo semblante, según el vendedor, estaba entre las obras de arte más notables del mundo.

En realidad, ese doble salón era un museo de arte para los visitantes. Había siete estatuas en sus plintos que representaban a mujeres casi desnudas, envueltas milagrosamente en sedas de mármol para tranquilidad de los puritanos que entraran en la habitación, Allí era donde se reunían con mayor frecuencia los parlamentarios con intereses azucareros, pues los Croome eran anfitriones espléndidos. Sus ingresos, gracias a la enorme plantación y a otras inversiones, totalizaban casi setenta mil libras anuales. Una vez que Pentheny había descontado los fondos necesarios para administrar las plantaciones, las pensiones a sus bastardos mulatos, las mensualidades para los caprichos de su esposa y su hija, aún quedaba más que suficiente para agasajar generosamente a los invitados durante toda la temporada londinense.

La prodigalidad era el rasgo dominante de sus fiestas: seis o siete tipos de carne roja, tres especies de ave y postres de intrincada fantasía. Había asimismo bebida en abundancia, pero por consideración a sus' colegas servía siempre un ron ligero, destilado en su plantación, y el licor denso y, oscuro de Trevelyan, la finca vecina.

En 1732, Pentheny Croome gastó más, de veinte mil libras en asegurar la aprobación de la Ley de la Melaza, pero tuvo la sagacidad necesaria para permitir que fuera su amigo, sir Hugh, quien tratara con los líderes del Parlamento. Tal como dijo a su esposa, después de una de sus fiestas a la que dichos parlamentarios habían rehusado asistir:

-A veces no sólo basta el dinero. Pero tú y yo podemos conseguir votos que sir Hugh no lograría nunca. Entre los dos formamos un equipo perfecto.

Había mencionado un factor importante del modo en que los intereses azucareros manejaban los votos contrarios en el Parlamento, Una vez, la sutil prensa inglesa había descrito a Pembroke y a Croome como «dos guisantes de la misma vaina». El nombre fue recogido por sus adversarios en la guerra sobre las cuestiones azucareras. Pero esos dos hombres no eran astillas del mismo palo, aunque a ambos se los pudiera calificar como astutos manipuladores. Sir Hugh usaba su gusto innato, la virgen rafaelina y el Rembrandt para captar a un tipo de votante, mientras que , Pentheny Croome atraía a los otros, demostrando, con su despliegue de riqueza, que un gran capital respaldaba sus peticiones.

Cuando se votó la Ley de la Melaza, en 1733, los dos «guisantes de la misma vaina» obtuvieron una victoria aplastante, Las colonias norteamericanas, sin voz en el Parlamento, sólo consiguieron una bofetada .

Los destiladores del ron bostoniano se ven obligados a comprar la melaza a Jamaica y a sus islas hermanas a precios altos: el tráfico de caballos y mulas a la Martinica quedaba interrumpido y, por consiguiente, no llegaría más melaza francesa a bajo precio en los viajes de retorno. En realidad, las colonias norteamericanas recibieron un trato tan desconsiderado que ciudadanos de Massachusetts, Pensilvania y Virginia, hasta entonces leales, comenzaron a murmurar: «Cada decisión de Londres favorece a las Indias Occidentales y nos perjudica a nosotros».

Pero lo más importante para los intereses azucareros era que todas las familias de Gran Bretaña pagarían un tributo anual a los plantadores - como Pembroke y Croome, cuyas riquezas irían en constante aumento. Hecho el recuento de los votos, sir Hugh abandonó la Cámara con Roger, volvió a su casa de la plaza y le dio las buenas noches:

-No hay padre e hijo que hayan hecho tanto en Inglaterra, en este día, como tú y yo.

Luego se retiró a su pequeño cuarto privado, al que pocos tenían acceso, y rió entre dientes mientras miraba las paredes. Los cuadros habían sido pintados por un artista inglés llamado William Hogarth, cuya popularidad iba en aumento tras una serie titulada Progreso de la meretriz, grabada y ampliamente vendida.

Sir Hugh se divertía estudiando las pinturas: «¡Dios mío! ¡Pensar que le pagué para que las hiciera! Y hasta le sugerí los temas relacionados con Jamaica».

El grupo de cuadros, que ya empezaban a despertar el interés de los grabadores, se titulaba: El plantador de azúcar en la patria y en el extranjero. La figura central, un plantador en el que todos los miembros del Parlamento habrían reconocido a Pentheny Croome, aparecía en los tres primeros de Jamaica, azotando a un esclavo, acumulando ganancias, y rodeado de concubinas negras y cuatro mulatos. En las tres escenas londinenses, Croome vestía galas de ciudad: recibiendo invitados en una enorme mansión, manipulando un voto en el Parlamento, haciendo gestos de aprobación ante las filas de empobrecidas amas de casa, que pagaban precios exorbitantes por el azúcar. Era Hogarth en su actitud más salvaje. Sir Hugh se estremecía pensando en cómo reaccionaría su amigo Pentheny.

No tenía por qué preocuparse. A fines de 1733, cuando los grabados aparecieron en las tiendas, Pentheny Croome detuvo con orgullo a otros miembros

del Parlamento para preguntarles: «¡Eh, amigo! ¿Has visto los grabados de ese fulano, ese tal Hogarth? El que aparece en sus cuadros soy yo ... Se convirtió en la expectación de Londres; todo el mundo quería serle presentado. «¡Cuéntanos, Croome! ¿De verdad tienes cuatro bastardos negros en las islas?» Muchos, alertados por los grabados, descubrieron que Pentheny Croome era muy rico y se arracimaron en torno a él, con la esperanza de beneficiarse. En la cumbre de su notoriedad, donó mil libras a una escuela para niños pobres y una suscripción de quinientas para un hospital que iba a edificarse en un sector humilde de Londres. Apareció vestido de gala en un concierto, Junio a dos cantantes, italianos, hombre y mujer, y ayudó a inaugurar tres ferias en el campo.

También compró seis juegos de los grabados de Hogarth para sus amigos de las islas, pero al regresar a Jamaica descubrió que su hermano Marcus, con los dos barcos, se dedicaba aun comercio nefasto, Después de cargar el Cartaginés en Kingsion con todos los toneles jamaicanos vacíos que podía conseguir, destinados al transporte de melaza isleña a Boston, Marcus falsificaba los documentos para certificar que los toneles iban llenos de melaza jamaicana. Una vez que levaba anclas, se dirigía subrepticamente a la Martinica y llenaba sus barriles con un producto francés barato. Cuando llegaba a Bastan, después de un viaje muy rápido, sus documentos demostraban ante la aduana que transportaba el mejor producto jamaicano. Las ganancias eran enormes.

Pentheny, al enterarse del engaño, le tendió una trampa a Marcus y después, cuando todo estuvo preparado, cabalgó hasta Golden Hall para mostrarle a Pembroke las pruebas que acusaban a Marcus. Sir Hugh sólo dijo:

-Nos está robando. Ese dinero es tuyo y mío, Croome. Hay que detenerlo.

Pentheny, enfurecido por la conducta de su hermano, juró detenerlo. En el puerto, donde en otros tiempos había florecido Port Royal con su horda de piratas, fletó un navío pequeño y veloz, tripulado por varios hombres, que le aseguraron estar dispuestos a cualquier cosa. Cuando estuvo seguro de que su hermano había zarpado hacia Boston en el Cartaginés, se hizo a la mar junto con sus marineros, y cuando le dio alcance, abordó por la fuerza al contrabandista.

-¿Qué pasa? -gritó Marcus.

-Estás engañando y robando a gente honrada! - rugió Perltheny.

-¡No es verdad! -gritó su hermano.

Sobre lo que siguió habría muchas versiones, pero quienes estaban cerca de ambos coincidieron en que Marcus Croome, tras haber dicho eso, echó mano de una pistola. Perltheny, que ya preveía algo semejante al abordar el barco,

sacó su pistola segundos antes que Marcus y disparó a quemarropa contra su hermano, abriéndole un agujero en el pecho.

Cuando se supo en Londres que Pentheny Croome había frustrado trágicamente este acto de piratería, a costa de la vida de su propio hermano, su fama creció. Varios mecenas de Hogarth sugirieron que el artista añadiera un séptimo dibujo a su famosa serie sobre el plantador de azúcar. Como el pintor protestó, aduciendo que un juego es un juego, un artista del montón imitó su estilo y corrió a las calles, con el séptimo dibujo, El pirata detenido por su propio hermano, que se vendió muy bien.

Hizo falta una gran inestabilidad política en Europa para que John Pembroke escapara de las maniobras envolventes, de Hester Croome. En esos años el continente parecía inmerso en un continuo alboroto, Por suerte para John, la oportunidad se presentó cuando más falta hacía.

Murió el rey de Polonia. La tradición exigía que los nobles polacos, gente tozuda, eligiera a un príncipe europeo que no fuera polaco para gobernar el país. Francia y España respaldaban a un aspirante; Rusia y Austria, a otro. Así las cosas, Europa no tardó en enzarzarse en la Guerra de la Sucesión Polaca.

Lorenz Poggenberg, noble de poca importancia en la corte danesa, salió de Copenhague hacia Londres con una misión secreta: proponer una alianza con Gran Bretaña para ciertas estrategias navales. Ya en Londres, se le aconsejó que presentara su solicitud a sir Hugh Pembroke, jefe del grupo mayoritario del Parlamento.

La propuesta danesa no tuvo buena acogida, pero durante las prolongadas discusiones, Poggenberg descubrió que sir Hugh poseía grandes cultivos de caña azucarera en Jamaica. Ello despertó tanto su interés que las empresas conjuntas de Gran Bretaña y Dinamarca en el Caribe quedaron olvidadas.

-¿Azúcar habéis dicho, sir Hugh? -Eso mismo, sí, y es un negocio difícil.

-Lo sé. Esclavos, mascabado, mercados propicios...

-¿Cómo sabéis esas cosas, barón? -preguntó sir Hugh, interesado.

-Mi familia posee una gran plantación en Saint John. Es imposible hallar un administrador que la lleve como es debido. Yo no puedo ir, porque estoy ocupado en la corte, y no tengo hijos varones que se encarguen de esa complicada tarea.

Tiempo después sir Hugh le comentó a su esposa:

-Cuando Poggenberg dijo eso, yo tardé casi cinco minutos en responder, pues la mente me daba vueltas como una peonza. Pero de pronto se aclaró todo como si saliera el sol después de una tormenta. Y pensé que el hombre perfecto para lo que buscaba era John. Así que le hice la propuesta con mucha cautela: «Barón, tal vez tenga la solución a vuestro problema». Poggenberg se inclinó hacia adelante, y yo añadí: «Mi hijo John. Tiene veinticuatro años. Es muy hábil en todo lo relacionado con el azúcar. Busca una plantación que pueda administrar». Hice una pausa, luego dije algo que cualquier cabeza de familia europeo entiende bien: «Es mi tercer hijo varón, ya comprendéis. En Jamaica no tiene perspectivas muy halagüeñas».

Así pues, allí en Londres, antes de que se pusiera el sol, quedó acordado que John Pembroke de Trevelyan, Jamaica, navegaría hasta Saint John, en las islas danesas, para poner en orden la plantación de los Poggenberg.

Cuando la noticia llegó a Jamaica, en el verano de 1732, llevó alivio y júbilo a John Pembroke, pues su traslado a Saint John le parecía un remedio del cielo contra las garras de Hester Croome. Hasta puso una expresión próxima a la tristeza cuando le dijo a la muchacha que, aun en contra de su voluntad, debía abandonar Jamaica para asumir las funciones que su familia había dispuesto para él en las islas danesas.

-Viajaré contigo. Para administrar una plantación de azúcar se requiere una mujer que se haga cargo de la casa, ya lo sabes -se apresuró a decir Hester.

Pero el hermano mayor de John le aseguró que Saint John era una isla tan primitiva y etcétera, etcétera, que ella retiró lacrimosamente su ofrecimiento. De cualquier modo, al zarpar el barco carguero, Hester prometió esperarle.

-¡Quizá tarde diez años en volver a Jamaica! -respondió él desde la cubierta.

Entonces la joven pronunció un juramento irrepetible.

Cuando John llegó a la plantación de Poggenberg, en las islas Vírgenes de Dinamarca, a fines de diciembre, descubrió que era mucho más bella que todo lo que él había visto en Jamaica. Compartía un terreno en el norte de Saint John con otras dos plantaciones. Desde la casa en la que viviría se veía el Atlántico al norte y el Caribe al oeste. Cada una de esas masas de agua estaba festoneada de islotes poblados de árboles. Se llamaba Plantación Lunaberg, y cuando se alzó la primera luna llena, encima del apacible escenario, con las olas acercándose silenciosamente, John reconoció que el nombre era idóneo.

La plantación era mucho más pequeña que Trevelyan -sólo ciento sesenta hectáreas-, pero la tierra parecía fértil y John quedó totalmente complacido al descubrir que Lunaberg no sólo contaba con sus bellezas sino

también con buenos vecinos en su linde occidental. Se trataba de Magnus Lemwig, un danés, y de su bellísima esposa, Elzabet.

-Nosotros te ayudaremos a empezar -prometió Lemwig, en buen inglés. Y su esposa, que llevaba la cabellera rubia bien ceñida en dos trenzas alrededor de la cabeza, se ofreció a enviarle sus esclavos personales para que pusieran un poco de orden en la casa.

-Como no habéis traído esposa, debéis poner atención al elegir esclavos para la casa. Podéis ser bondadoso con ellos, pero no dejéis que os dominen.

El propietario de la finca que lindaba por el este, aunque también danés, era muy distinto. Se llamaba Jorgen Rostgaard y era un cuarentón amargado, con una esposa gruñona.

-¡Cuidado con los negros! ¡Son capaces de robaros hasta los calcetines mientras dormís!

Tenía diez o doce sugerencias para conseguir que los esclavos obedecieran, todas ellas brutales:

-Tenéis una alternativa, Pembroke: podéis malcriar a vuestros esclavos, como hace Lemwig, o mantenerlos a raya, como hago yo. Ya descubriréis que mi actitud es la mejor. -y añadió, casi insultante-: Aquí no mimamos a nuestros negros, como hacéis los ingleses en Jamaica Lo importante es empezar bien. Que los negros sepan quién manda.

John Pembroke asumió su puesto como administrador de la Plantación Lunaorg el primer día de enero de 1733. Pasó el primer mes familiarizándose con la tierra y los esclavos a los que supervisaría. Cuanto más, conocía a ambos, más seguro estaba de que, con la debida combinación de firmeza y bondad, pondría orden en la finca y los hombres, asegurando a sus jefes, de Copenhague una satisfactoria ganancia.

La tierra era de primera. El hecho de que estuviera en la cima de una loma le proporcionaba buen drenaje, de modo que los cañaverales no se pudrirían por la humedad. Y como los esclavos parecían fuertes y saludables, tanto como los de la finca jamaicana de su familia, dio por sentado que lograría formar con ellos un equipo responsable. Al terminar el mes ya había dejado claro que deseaba verlos trabajar duro, pero también que, si así lo hacían, recibirían gratificaciones tales como un aumento en las raciones de comida y jugo de caña. Al iniciarse febrero, calculó que ya lo tenía todo listo para trabajar. Pero el día cuatro, un sargento de las fuerzas armadas danesas entró a caballo en Lunaberg, acompañado de un soldado que llevaba un tambor. Cuando todos los blancos de las plantaciones de la colina estuvieron reunidos, el sargento, hizo una señal al

soldado, quien tocó un largo redoble en el tambor. A continuación desplegó un pergamino que lucía el sello oficial y leyó las dieciocho nuevas reglas para tratar a los esclavos.

Firmado por el gobernador Phillip Gardelin, que Dios le dé larga vida, en Saint Thomas, islas danesas, el 31 de enero de 1733. He aquí las nuevas reglas para tratar a los esclavos:

1. El jefe de, esclavos fugitivos será marcado tres veces con un hierro al rojo y luego ahorcado.

2. Cada uno de los otros esclavos fugitivos recibirá ciento cincuenta azotes y luego se le amputará una pierna.

5. Todo esclavo que huya durante ocho días recibirá ciento cincuenta azotes; durante doce semanas, perderá una pierna, durante seis meses. será ahorcado.

6. Los esclavos que roben por valor de cuatro dólares, marcados a fuego y ahorcados. .

8. El esclavo que levante la mano para golpear a un blanco será marcado a fuego y ahorcado.

13. Todo esclavo que intente envenenar a su amo será marcado tres veces con un hierro al rojo y luego sometido al potro hasta la muerte.

15. Quedan prohibidas las danzas, las celebraciones y los juegos entre los esclavos, a menos que se obtenga el permiso del amo. Cuando Pembroke escuchó la última de las medidas y el redoble del tambor que marcaba la conclusión, se dijo: «Si los negros de Saint John son tan tozudos como los de Jamaica, las consecuencias serán nefastas», y esa misma noche comenzó a esconder en su casa, grandes provisiones de pólvora y balas. Cuando los esclavos se enteraron de las nuevas reglas, aplicadas en las diversas plantaciones, comenzaron a reunir también armas y municiones, así como cuchillos de cortar caña que habían podido robar con el correr de los años. Cualquier observador atento habría visto la ansiedad en las conversaciones entre blancos y una creciente agresividad en la conducta de los negros.

John, ansioso por mantenerse al tanto de los acontecimientos de la isla, pidió consejo a Lemwig, su vecino del oeste, y el Rostgaard, el del este. El primero admitió con franqueza: «Puede haber problemas, pero creo que es posible aplicar las nuevas leyes de una manera cristiana». Elzabet, hija de un clérigo rural y devota luterana, fortaleció las esperanzas de su esposo: «No veo ninguna posibilidad de que nosotros o vos podamos poner en práctica las crueles medidas del nuevo código. ¿Matar a uno de nuestros hombres en el potro? Casi daría mi propia vida para evitado».

-Pembroke- dijo Rostgaard, con su fuerte acento-, en esta colina tenemos dos negros que vale la pena vigilar: uno, en vuestra finca; el otro, en la mía. No pasará mucho tiempo sin que los dos acaben ahorcados... o algo peor.

-¿En mi plantación?

-Sí. El mío es el peor de los dos. Cudjoe, un mal tipo de la costa de Guinea. El vuestro es más astuto. Es ese grandote, Vavak.

John conocía a Vavak, era el líder entre los negros, pero en presencia de blancos se contenía.

-¿De dónde sacó ese nombre?

-Cosas de negros. Son todos paganos, como bien sabéis. Su anterior propietario me contó algo descabellado.

-Me gustaría saberlo, puesto que ahora es uno de mis hombres.

-En el barco negrero holandés que lo trajo aquí encadenado bajo cubierta, algo golpeaba incesantemente contra el costado del barco, a la altura de su cabeza. Para no enloquecer, él adoptó ese sonido: «Vavak! ¡Vavak! ... Día y noche, él mismo repetía «Vavak, Vavak» como si fuera él quien mandara y no el barco. Por eso, cuando salió a tropezones de la bodega, murmurando «Vavak, Vavak», la gente creyó que era su nombre.

-Ha de tener un verdadero nombre.

-¿Quién sabe? Pero lo que sí sabemos, Pembroke, es que, si continúa hablando con mis negros, lo haré ahorcar ... o algo peor.

Por dos veces Rostgaard había usado esas palabras, «o algo peor ... y John prefirió no saber a qué barbaridad se referían. Pero de que Rostgaard tenía intenciones de ponerla en práctica, si Cudjoe o Vavak se comportaban mal, no tenía dudas.

Los dos esclavos mencionados por Rostgaard como provocadores tenían antecedentes muy distintos. Ambos eran nativos de Africa y habían sido capturados por los negreros portugueses, quienes los depositaron en las barracas de Fredericksborg, el puerto danés, situado cerca del punto en donde la famosa Costa de Oro, al este, se encontraba con la Costa de Marfil, al oeste. Pero Cudjoe, el esclavo de Rostgaard, era ashanti, miembro de una tribu cercana famosa por sus guerreros, que causaban infinitos problemas cuando se los forzaba a la esclavitud; Vavak, en cambio, había sido capturado en un sitio distante, donde vivían los apacibles y superiores mandingos, y vendido por sus carceleros negros a los portugueses. Cada uno a su modo, los dos detestaban la esclavitud y ansiaban la libertad. Cudjoe reunió armas y se preparó para encabezar una rebelión contra los blancos, tan inferiores en número -doscientos ocho daneses, franceses, ingleses y españoles frente a mil ochenta y siete ashanti, fante,



denkyras y un mandinga-, mientras Vavak se movía en silencio, alentando a sus compañeros y preparándolos para presionar pacíficamente a los amos.

Puesto que sus plantaciones eran contiguas, los dos esclavos intentaban reunirse, pero las reglas contra lo que los amos llamaban «vagabundeo» eran tan severas que cuando Rostgaard se enteraba de que Cudjoe se había desviado unos metros, lo ataba a un árbol y le daba veinte latigazos. En el mes de junio, sorprendió a Vavak hablando con esclavos de su plantación, y él mismo se encargó de darle una buena paliza al esclavo de Pembroke.

Cuando John se enteró, montó a caballo para ir a casa de Rostgaard, una lamentable vivienda que siempre estaba en desorden. Quiso protestar, pero el hombre no estaba dispuesto, a tolerar sermones de un intruso inglés.

-Si os negáis a disciplinar a vuestros esclavos, tendré que hacerla por vos y juró volver a azotar a Vavak si lo veía traspasar otra vez los lindes de ambas plantaciones.

John, algo confundido, visitó a los Lemwig para tratar de solucionar los problemas que tenía con Rostgaard.

-Si pudiste ocupar el puesto en Lunaberg, Pembroke, fue porque Rostgaard había acobardado a todos los jóvenes que Poggenberg envió para administrar la plantación. Los mozos no soportaban la prepotencia de ese hombre y se iban.

-¿Qué puedo hacer?

-Te diré qué no debes hacer. No intercedas por tus esclavos. Si lo haces, Rostgaard pondrá a todos los blancos de la isla contra ti. Después de todo, la ley está de su parte. Las nuevas reglas lo dejan bien claro.

-Dejadlo en paz. Es un monstruo -dijo Elzabet.

La verdad de lo que los Lemwig decían quedó demostrada en julio, cuando Rostgaard capturó a uno de sus propios esclavos que había huido hacía doce semanas y un día. Puesto que eso lo hacía culpable bajo el nuevo decreto, apartado S, Rostgaard decidió dar una lección a los otros esclavos de la región. Un sargento, acompañado por un soldado que tocaba el tambor, fue a las otras dos plantaciones de la colina convocando a los esclavos y a sus propietarios a una reunión frente a la casa de Rostgaard. Allí, el plantador preparó su castigo.

Junto a una pequeña plataforma que había hecho levantar con leños recién cortados se colocaron, a un lado, el sargento, al otro, el soldado, con el tambor, que mantenía el redoble. Rostgaard subió por una, escalera improvisada, acompañado por, un esclavo que sostenía en sus brazos un enorme cuchillo, un

rollo de cuerda y un serrucho. Cuando el propietario estuvo en su sitio, llevaron al fugitivo a rastras desde una cabaña y fue atado a un poste delante de la plataforma. Un asistente blanco sacó un enorme látigo, con el que le dio ciento cincuenta azotes. Con cada movimiento del látigo, el tambor batía gallardamente y Rostgaard, desde, arriba, contaba. Mucho antes del centésimo golpe, el fugitivo se desmayó, pero eso no interrumpió el castigo.

Por fin cesaron los redobles, y el esclavo inerte fue arrastrado hasta lo alto de la plataforma, donde se le tiró agua fría para que estuviera consciente cuando se aplicara el siguiente castigo: el peor. Cuando estuvo despierto y atado con cuerdas en el suelo, Rostgaard hizo una seña al sargento, que sacó un ejemplar de las nuevas reglas y lo leyó de cabo a rabo.

-¡Escuchad esto! -aulló Rostgaard, desde la plataforma-. Así serán las cosas de ahora en adelante.

Hizo la venia al soldado, que le devolvió el saludo, dando a entender que la corona de Dinamarca aprobaba lo que él haría a continuación. Desde la plataforma, Rostgaard gritó, para que pudieran escuchar todos los esclavos de Lemwig y Pembroke:

-Este fugitivo ha estado fuera doce semanas. Según la ley, debe perder una pierna.

Dicho esto, cogió el cuchillo y, después de probar su filo, comenzó a cortar la pierna derecha del esclavo, por encima de la rodilla. Cuando, el corte estuvo hecho y la sangre manó a borbotones, el esclavo fue puesto boca arriba para que se pudiera hacer el corte por delante. Casi sin detenerse, Rostgaard cogió el serrucho y empezó a cortar el hueso. Una vez que la pierna estuvo amputada, el plantador la mostró en alto a los otros esclavos.

-Esto es lo que les ocurre a quienes se fugan -advirtió.

Luego, para horror de Pembroke, el danés, dio un sermón acerca de lo mal que actuaba el esclavo al huir y privar de su propiedad a su amo, que en verdad cuidaba de él como un padre. -Cuando huís, robáis a vuestro amo lo que es suyo por derecho, vuestra ayuda para hacer azúcar, con la que os viste y os alimenta.

Se llevaron a rastras al esclavo mutilado y la plataforma fue derribada. El sargento hizo el saludo militar, mientras el soldado continuaba tocando el tambor, y ambos se retiraron. En el sepulcral silencio que siguió, Lemwig susurró a Pembroke:

-En el nombre de Dios, ¿qué pueden pensar los esclavos a quienes se obliga a presenciar este horror?

Los dos líderes negros, tan diferentes entre sí, se habían hecho la misma pregunta aun antes de iniciarse la amputación. Mientras el látigo caía una y otra vez, Cudjoe, el ashanti, y Vavak, el mandingo, se movieron lenta, casi imperceptiblemente, lo suficiente para cruzar una mirada. Con gran dominio de sí, Vavak asintió apenas con la cabeza. Pembroke, que había apartado la vista, incapaz de presenciar el horrible corte, vio por casualidad la expresión horrorizada de su esclavo y el fugaz gesto a una señal proveniente de otro sitio. Al seguir la dirección de la, mirada, distinguió un semblante oscuro, probablemente el de Cudjoe, el esclavo de Rostgaard.

Fue entonces cuando el inglés Pembroke, rodeado de plantadores daneses, dedujo que la insurrección de los esclavos no tardaría en ocurrir. La escena que acababa de presenciar no guardaba ninguna relación con lo que habría ocurrido en Trevelyan si se hubiera capturado a un fugitivo: Tenía que producirse alguna reacción. A juzgar por el odio que veía en las caras de sus esclavos, bien tratados y obligados a presenciar el castigo, los sometidos hombres de Rostgaard debían de sentirse aún más atormentados y vengativos.

Fue entonces, afines de julio cuando inició un programa para mejorar en lo posible la suerte de los esclavos de Lunaberg. Ideó ritmos de trabajo más razonables, los alimentó un poco mejor y se esforzó especialmente por ablandar a Vavak, quien no daba señales de saber lo que estaba haciendo su amo: Ni un solo indicio hacía pensar que se hubiera establecido algún vínculo entre los dos. Cuando John trataba de decirle algo, Vavak fingía no comprender el danés en que le hablaba. De cualquier modo, John insistía en sus intentos de comunicación y, de vez en cuando, captaba una fugaz chispa de comprensión. De ese modo pasaron los críticos meses de agosto y septiembre.

Pero en octubre de 1733, Rostgaard atrapó a otro fugitivo y preparó otra amputación pública. El sargento y el tambor pasaron de una plantación a la siguiente, reuniendo a los esclavos para que presenciaran la horrible exhibición. Sin embargo, cuando el fugitivo era arrastrado hacia la terrible plataforma donde pronto lo dejarían inválido, se desprendió súbitamente de sus custodios y corrió a toda velocidad hasta el borde del promontorio sobre el que se extendían las tres plantaciones. Desde allí se arrojó por el precipicio, aullando su desafío. Quienes se agolpaban en el borde vieron su cadáver, destrozado y sangrante.

Rostgaard, privado así de un esclavo y de su venganza, arrancó el látigo al hombre que debería haber dado los ciento cincuenta azotes y se paseó rugiendo entre los esclavos, golpeando con el látigo tanto a los suyos como a los de Lemwig y Pembroke.

-¡Fuera, bestias! ¡No lo miréis! ¡Ha muerto, y también moriréis vosotros si no ponéis atención!

Después de golpear a diez o doce de los esclavos de pembroke, vio a Vavak, por quien sentía un odio especial. Aunque el negro estaba quieto, simplemente observando su obscena exhibición; Rostgaard se lanzó contra él con toda su furia, dispuesto a golpearlo en la cabeza. John se apresuró a intervenir, diciendo en su entrecortado danés:

-Ése no. Es mío.

Esta obvia interrupción de lo que Rostgaard consideraba justificado castigo a un esclavo, efectuada por un blanco a la vista de todos, enfureció de tal modo al danés que volvió su furia contra el británico. Lo habría azotado si Jobo, anticipándose al ataque, no hubiera sujetado el látigo cerca del mango. Por un momento, los dos permanecieron inmóviles, cada uno por la fuerza del otro. Después, lentamente, Pembroke obligo a su adversario a bajar el látigo. Entre bramidos y maldiciones, Rostgaard se alejó, azotando indiscriminadamente a los otros esclavos. Buscaba a Cudjoe, pero no lo halló.

Durante el resto de octubre y las dos primeras semanas de noviembre, Jorgen Rostgaard hizo circular entre los otros plantadores daneses la advertencia de que «ese maldito inglés no será digno de confianza cuando haya problemas». No llevó su mensaje a los Lemwig, pues sospechaba que estaban de acuerdo con las opiniones de Pembroke en cuanto al trato de los esclavos. Pero no hacía falta que tratara de asustar a Magnus y a Elzabet, pues ellos, como Pembroke, ya estaban horrorizados por lo que podía ocurrir en las semanas venideras. Veían el odio, en los ojos de sus esclavos, oían sus murmullos. Sabían que Cudjoe, el líder de los esclavos de Rostgaard, había desaparecido. Si ese hombre estaba tramando algo, suponían que Vavak, el de Pembroke, no tardaría en unírsele.

Pero octubre pasó y Vavak aún trabajaba en los cañaverales de Lunaberg. Pembroke se esmeraba en hablarle de modo tranquilizador, pues era obvio que el hombre estaba alterado. Vavak no respondía. Aun así, John estaba seguro de que sus gestos conciliadores eran captados y agradecidos, pues cuando llegó una ley especial desde la sede del gobierno, -en Saint Thomas, separada de allí sólo por unos pocos kilómetros de plácidas aguas, el propio Vavak se ofreció para ayudar a ponerla en práctica. Las nuevas instrucciones eran simples:

*Todo administrador de una plantación, so pena de multa y prisión, deberá atar con cadena y candado a algún árbol próximo a la costa cualquier barco pequeño, bote o canoa que pertenezca a su plantación, cuando dicha embarcación no esté en uso. Este acto impedía que los esclavos fugitivos, al llegar a la costa, roben embarcaciones para huir por mar al Puerto Rico o al Santo Domingo francés.*

Pembroke se enfrentaba con una situación difícil. Tenía dos botes de remo y dos catildados, pero no disponía de cadenas lo suficientemente largas para rodear un árbol. Por eso indicó a Vavak que cuidara los candados mientras él iba a caballo hasta la casa de Lemwig, que no tenía botes; para ver si podía prestarle unas cadenas. Magnus había salido, pero allí estaba Elzabet, bella como siempre con sus rubias trenzas, y ambos hablaron de la nueva ley.

-Es prudente --dijo John--. Los botes son una clara invitación a la fuga.

-¿Os parece que habrá dificultades? ¿Cómo dicen los otros?

-Cudjoe ha huido a los bosques. Uno de mis hombres ha desaparecido.

-Magnus dice...

Pero en ese momento apareció el joven danés para hablar por sí mismo. Al saber que Pembroke había dejado los candados con Vavak, se mostró intranquilo.

-¡John! Dos de mis esclavos han huido a los bosques. Tu hombre podría fugarse con los candados.

Pero cuando ambos galoparon hasta la costa allí estaba Vavak, custodiando los botes, con los preciosos candados a un lado; Observó con interés el movimiento de los dos blancos, que preparaban los botes para echarles cadenas, y les ayudó a llevar los navíos a la costa, donde Pembroke puso las cadenas de tal modo que si algún esclavo apartaba los botes de su amarre, el casco se rompería y la embarcación se hundiría. Vavak comprendió lo que hacían y por qué.

Al terminar la segunda semana de noviembre, Jorgen Rostgaard, acompañado por dos plantadores como él, recorrió la isla para asegurarse de que la ley de los botes hubiera sido cumplida. Casi les sorprendió verificar que el inglés había amarrado los suyos con firmeza.

-Buen trabajo -dijo Rostgaard, en danés-. Vigílad, Ese Cudjoe esta en algún rincón de los bosques. Y Schilderop ha perdido a dos de sus esclavos.

-Los atraparemos -dijo uno de sus hombres.

-Cuando lo hagamos -repuso Rostgaard- será el fin de Cudjoe. Con el índice extendido, hizo un gesto ondulante hacia arriba, imitando el movimiento del humo al elevarse, como para indicar que en esa oportunidad su esclavo sería quemado vivo.

En la noche del 23 de noviembre de 1733, John Pembroke despertó a las doce y cuarto al grito afligido de unos jinetes que anunciaban:

-¡Rebelión de esclavos! ¡Incendio de plantaciones! ¡Asesinato de hombres y mujeres!

Antes de que él pudiera interrogarlos, pasaron al galope con rumbo este, para alertar a Rostgaard y a otros que vivían en esa dirección. Pero en el momento en que salían de Lunaberg, uno se volvió para gritar:

-Será mejor que echéis un vistazo a los Lemwig. Allí no obtuvimos respuesta.

Una vez que John se hubo armado con toda la pólvora que había acumulado, más un cuchillo largo, corrió primero a inspeccionar las pequeñas chozas ocupadas por sus esclavos. Descubrió que todas estaban desiertas y que también faltaban los cuchillos de cortar caña.

Con creciente preocupación, corrió a la plantación de los Lemwtoo pero allí los alojamientos para esclavos también estaban desiertos. Cuando ya suponía que los dos Lemwig se habían dado a la fuga, oyó un gemido que provenía de la casa. Entró a toda prisa, pero sólo halló oscuridad. Por fin, un débil susurro en un rincón:

-¿Sois vos, John?

Era Elzabet. Cuando Pembroke encendió una luz, vio que la mujer estaba acurrucada debajo de una mesa. En sus brazos ensangrentados descansaba el cadáver de su joven esposo, a quien habían cortado el cuello hasta el hueso.

-¡Oh, Elzabet!

-Lo hicieron nuestros propios esclavos. Me habrían matado a mí también, pero me salvó vuestro Vavak -dijo ella, mientras Pembroke la apartaba a rastras del cadáver.

En las tierras bajas se veían llamas. Eran las diversas plantaciones en donde los amos blancos yacían muertos.

El terror provocado por la gran rebelión de esclavos de Saint John, en el invierno de 1733-1734, fue en aumento. Durante la primera noche, los esclavos mataron a todas las familias de plantadores que consiguieron apresar. Trataron de atacar la casa de Rostgaard, pero no pudieron con él. Por alguna razón, no trataron de matar a Pembroke ni de incendiar su plantación.

Un intensivo interrogatorio a los esclavos que se habían mantenido fieles a sus amos, que eran bastantes, demostró lo que Rostgaard había supuesto:

-Cudjoe está al mando. Vavak y los otros, del este, son sus lugartenientes. Será un infierno sacados de la selva.

Estaba en lo cierto. Los esclavos, con una destreza y una habilidad de las que sus amos blancos les creían incapaces, organizaron una guerrilla de ataque y defensa de notable sutileza. Tras cinco días de avances y retiradas habían quemado unas veinticuatro plantaciones y dejado en ridículo a sus amos en el intento de someterlos.

El 29 de noviembre, sexto día de la lucha, un buque de guerra inglés, que por casualidad estaba en las islas en busca de agua dulce, desembarcó un pelotón de soldados para que sometieran a los rebeldes. Tras marchar de un lado a otro, por fin tropezaron con un grupo de negros a las órdenes de Cudjoe. Se produjo una breve escaramuza. Los ingleses fueron derrotados tras veinte minutos de fuego contra mi enemigo invisible y se retiraron, dejando atrás a los heridos.

Rostgaard y sus plantadores no se acobardaron con tanta facilidad, aunque en sus batidas hallaron a pocos de los hombres de Cudjoe y Vavak. En venganza asesinaron brutalmente a treinta y dos no rebeldes, para dar una lección a los otros.

Conforme la noticia de la rebelión de Saint John corría por las demás islas, los plantadores y sus familias se aterrorizaban: «¿Será el principio del fin? ¿Habrá alzamientos generales en todas las islas?». Para evitar eso, en Saint Kitts se organizó una gran expedición, a las órdenes de un oficial llamado Maddox, quien desembarcó con sus hombres en Saint John al compás de tambores y una gaita. Pero después de una bizarra búsqueda por toda la isla, bajo una lluvia torrencial, estos voluntarios dijeron no haber visto a un solo esclavo, pese a terminar con tres ingleses muertos y ocho heridos: Ya habían hecho más que suficiente, y cuando se retiraron a su nave, los tambores no redoblaban y la gaita guardaba silencio.

En las semanas siguientes, Pembroke perdió todo interés en la marcha de la batalla contra los esclavos, pues centraba toda su atención en consolar y proteger a la viuda de Lemwig. Como los esclavos de la mujer habían desaparecido y no había peones blancos que la ayudaran a mantener la casa, estaba terriblemente sola. John no hallaba modo de auxiliarla. La visitaba diariamente, le llevaba comida que preparaba él mismo, pues también sus esclavos habían desaparecido. Después de muchas negociaciones logró que una negra, que había permanecido leal a su amo en una plantación del oeste, fuera a la colina para hacer compañía a Elizabet, y las dos mujeres quedaron vagando de un lado a otro por la gran casa desierta.

Lo más sensato habría sido que Elizabet huyera con un bote pequeño hasta Saint Thomas, donde la revuelta no había llegado, pero ella se negaba a abandonar la única propiedad heredada de su esposo, la plantación. También

habría sido razonable que ella y su servidora negra se mudaran a la relativa seguridad de Lunaberg, pero el decoro no se lo permitía. Pese a la crisis, se imponía la moral del clérigo luterano.

-¿Qué dirían los isleños? –respondió ella cuando John le propuso que fuera a su casa.

-¿Qué dirán si una mañana os encuentran degollada? -replicó él con aspereza.

Eso no modificó su actitud, y él tuvo que conformarse con ayudarla a distancia.

El terror que atenazaba Saint John se había extendido a las otras islas. Los franceses de la Martinica, propietarios de la isla de Saint Croix, pocas leguas al sur de Saint John, decidieron que la revolución ya había durado demasiado. El 23 de abril de 1734 despacharon un batallón hábil y bien armado, compuesto por más de doscientos criollos locales, cuatro oficiales franceses y setenta y cuatro indios occidentales, negros y mestizos. Los franceses buscaron de un lado a otro, pero pasaron muchos días antes de que pudieran localizar a los hombres de Cudjoe, quienes, mientras tanto, continuaban incendiando y asolando las plantaciones danesas. Por fin, el 29 de abril, los franceses atraparon a los esclavos en un desfiladero desde el cual no podían retroceder, y se libró una batalla. Como los franceses eran superiores en número y armas, vencieron. Después pasaron otras dos semanas persiguiendo al resto de los esclavos y, por fin, capturaron a Cudjoe, el general negro de la plantación de Rostgaard.

Muchos de los rebeldes, empecinados hasta el final, murieron durante la batalla, pero unos diez u once fueron apartados para «atención especial, según expresión de los funcionarios locales. Los detalles de su prolongada agonía en público no han sido registrados. Cuando Jorgen Rostgaard tomó por asalto los cuarteles franceses para exigir que se le entregara a Cudjoe, su esclavo rebelde, los invasores, respetando la furia implacable con que el plantador les había ayudado a rastrear a los sublevados, accedieron a su petición.

La ejecución de Cudjoe se llevó a cabo en la plataforma que Rostgaard había usado antes. El mismo sargento se irguió a un lado para leer la condena a muerte; el mismo tambor acompañó los ciento cincuenta latigazos con sus redobles. Pero en este caso habría una diferencia, pues la ley indicaba «potro y hoguera», y Rostgaard estaba dispuesto a supervisar ambas condenas.

En la plataforma, agrandada para dar cabida al potro, se habían instalado ruedas y palancas, con trozos de cuerda gruesa cuyos extremos libres esperaban a la víctima. Después de la flagelación se reanimó a Cudjoe y se lo arrastró hasta la plataforma. Se le sujetaron sogas a los tobillos, las muñecas y los



hombros. A una señal de Rostgaard, esas cuerdas fueron tensadas poco a poco, hasta que las articulaciones empezaron a desgarrarse.

Pembroke, que contemplaba la ejecución con la mayoría de los doscientos blancos sobrevivientes, a quienes las reglas obligaban a estar allí, junto con los esclavos que pudieran ser reunidos en la zona, se indignó ante la prolongada crueldad del potro. Pero eso era sólo un preámbulo de los horrores siguientes, pues cuando las sogas estaban a punto de romperse y el negro enloquecido por el dolor, Rostgaard hizo una señal a los esclavos para que prendieran fuego a los maderos y a la yesca acumulada bajo la plataforma. Pembroke apartó la vista. No quería ver cómo arrastraban aquel cuerpo inerte hacia la hoguera. Pero mientras contemplaba el plácido Atlántico oyó una exclamación ahogada. Al volver la cabeza se encontró con un espectáculo horrible. Jorgen Rostgaard, triunfal, había sacado un largo cuchillo y se acercaba al tenso cuerpo de su esclavo. Con rápidos tajos a las articulaciones distendidas, cortó brazos y piernas arrojándolos al fuego.

-¡Ahora bajadlo! '-gritó, mientras en un intento por revivirlo, tiraba agua sobre el torso aún palpitante antes de arrojado a las llamas.

Cudjoe, el resuelto ashanti, acababa de aprender a no rebelarse.

Cuando John Pembroke volvía, a paso vacilante, a la casa que ya no quería ocupar, cayó en la cuenta de que nadie había obligado a Elzabet Lemwig a asistir a la ejecución. Así que siguió adelante hasta llegar a la plantación vecina. Ansioso de consuelo, buscando un ser humano como él y no un monstruo vengativo como Rostgaard, que había provocado el terror en su comunidad, gritó:

-Elzabet, ¿dónde estás?

Cuando la mujer apareció, pálida y flaca, corrió hacia ella, la tomó entre sus brazos y exclamó:

-Elzabet, por amor a Dios, huyamos de este odioso lugar. Iniciemos una nueva vida con esperanza no con desesperación.

Ella trató de responder a lo que era una propuesta matrimonial, pero resultaba algo inesperada en un día tan horrible, y no halló palabras; se limitó a dejarse caer en los brazos de John, laxa, lo cual era, en sí, una señal de que en adelante confiaría sólo en él.

John, después de reanimarla, la condujo al exterior de la casa solitaria y se sentó a su lado en el porche, desde donde se veía un puñado de islas hacia el oeste. Por fin, ella se calmó lo suficiente como para preguntar, susurrante:

-¿Qué has dicho allí dentro?

-Que tú y yo debemos abandonar este lugar sangriento y comenzar una vida mejor en otra parte -repitió él.

-Creo que tienes razón -dijo ella. Y por primera vez desde que eran vecinos, hacía ya dieciséis meses, se besaron.

-¿No te extrañó que esos voluntarios franceses de la Martinica estuvieran tan deseosos de traer sus tropas para ayudarnos a sofocar la rebelión de esclavos? -le preguntó pasados unos minutos.

-No -respondió ella-. Desde hace años tratan de vender a los daneses la isla de Saint Croix. Gracias a ese gesto de buena voluntad, al ayudamos a luchar con nuestros esclavos, la venta se ha realizado. -¿Qué importancia tiene eso para nosotros?

-El gobierno de Dinamarca quiere que me traslade allí y establezca una plantación de azúcar al estilo inglés.

-No quiero vivir en ninguna plantación donde rijan nuestras nuevas reglas. No iré contigo, John -dijo ella con firmeza.

-¡Oh, Elzabet! En cuanto me hicieron el ofrecimiento les expliqué que regresaría a Jamaica. Te llevo a Trevelyan. Te encantará -exclamó él, jubiloso

Esta vez fue ella quien lo besó, mientras el sol se ponía.

-Hay algo más que debo hacer, antes de que acabe este día terrible -dijo John. Con ella colgada de su brazo, caminó hacia donde tenía los dos botes, atados a sendos árboles con cadena y candado--. He visto señales de que Vavak está en algún lugar de nuestro bosque. No lo han atrapado -dijo John cuando ella le preguntó qué hacía.

-Aquella noche él me salvó la vida.

-Y creo que también a mí. No hay otro motivo para que no me mataran.

Cuando llegó a los botes, John sacó del bolsillo la llave que abría los candados. Ante los ojos de Elzabet, quitó cuidadosamente la cadena de las embarcaciones, para que las usara cualquier esclavo que aún permaneciese oculto

en los bosques y quisiera intentar el largo trayecto hasta el Puerto Rico español o el Santo Domingo francés.

Mientras él y Elzabet iniciaban el trayecto de regreso a la casa, oyeron un susurro entre los árboles. De las sombras emergieron Vavak y una mujer. Fue un momento de miedo, pues el esclavo estaba armado y el amo no. El sendero era tan estrecho que sólo una persona podía pasar por él. Cuando los dos hombres se encontraron, cada uno se hizo a un lado para ceder el paso al otro. El inglés pensó, melancólico, en otra de las reglas nuevas: todo esclavo que se encuentre con una persona blanca debe hacerse a un lado y permitirle el paso, de lo contrario se le azotará.

Se cruzaron sin decir palabra, pero los cuatro sabían por qué Pembroke había desamarrado sus embarcaciones.

John y Elzabet se mantuvieron ocultos entre los árboles, mientras Vavak y su mujer probaban los dos botes, elegían el mejor y partían en el largo y peligroso viaje hasta la tierra que más adelante recibiría el nombre de Haití, donde sus descendientes continuarían la silenciosa lucha por la libertad.

Cuando John Pembroke se presentó por sorpresa en la Plantación Trevelyan acompañado, de una esposa danesa, las reacciones fueron diversas. Sir Hugh, ya tranquilo al ver bien casados a todos sus hijos, recibió con calidez a Elzabet y asignó a la pareja tres habitaciones en el segundo piso de Golden Hall. Los hermanos de John, Roger y Greville, se manifestaron aliviados al ver que el menor había escapado a las trampas de Hester Croome. Pero ésta, al saber del casamiento, acudió corriendo a Trevelyan, se abalanzó contra Elzabet y la encerró en un amplio abrazo, diciendo:

-¡Bienvenida a Jamaica! -después de lo cual rompió en sollozos incontrolables.

John no dio a su esposa explicación alguna sobre la asombrosa conducta de Hester, pero Roger le confió:

-Hester es un encanto de chica. Vale una fortuna y estaba decidida a pescar a uno de los Pembroke, aunque Dios sabe que no nos necesitaba. – Abochornado por la involuntaria franqueza de su revelación sobre una buena vecina, añadió--: Es una muchacha estupenda y no le costará conseguir marido. -y como para acabar de describirla correctamente, concluyó--: Cuando mi hermano Greville y yo nos casamos, ella adoptó a nuestras esposas. Con sinceridad y cariño. Y hará lo mismo contigo. No tiene una pizca de maldad en el cuerpo.

Así fue. En las grandes cenas que se daban en las diversas plantaciones, los tres jóvenes Pembroke, como se los seguía llamando pese a los años transcurridos se presentaban con sus bonitas esposas, mientras Hester Croome, corpulenta, torpe y bulliciosa, exclamaba: «¿No son el orgullo de

Jamaica, esas tres? ... Mostraba una amabilidad especial para con Elzabet, la danesa: «John trajo a casa a una auténtica belleza, ¿verdad?».

La familia decidió que John y Elzabet debían permanecer en Trevelyan, al menos durante los primeros años de matrimonio, para ayudar a Greville y conocer toda Jamaica, junto con las otras islas británicas. Fue una época de felicidad, pues parecía que Jamaica y el Caribe estaban en la cima de la paz y la tranquilidad. Aunque siempre había una guerra asolando algún sitio del planeta, tales conflictos rara vez tenían repercusión en las islas. John y Elzabet compartieron la euforia general cuando ella quedó embarazada.

Sin embargo, en el Caribe había un problema endémico: el debido control de los esclavos. En siglos posteriores escritores y eruditos se preguntarían con frecuencia: «¿Por qué eran los esclavos tan pasivos? Si superaban a los blancos en proporción de seis y hasta ocho contra uno, ¿por qué no se rebelaban?". Lo cierto es que sí se rebelaban, sin cesar y violentamente, en todas las islas, tal como lo demuestra la crónica de aquellos años: Jamaica, quince rebeliones en total; Barbados, cinco; las islas Vírgenes, seis; La Española, ocho; Cuba, dieciséis. Todas las islas experimentaron por lo menos una rebelión importante.

En 1737 tuvo lugar un hecho impresionante en un remoto rincón de Jamaica, que metió a los Pembroke de lleno en el problema de la esclavitud. Un clérigo de la iglesia anglicana envió por medio de un mensajero dos informes: uno, a la capital, que por entonces era ya la nueva ciudad de Kingston; el otro, al mismo rey, en Londres:

*Es mi penoso deber informaros que Thomas Job, miembro de mi parroquia en Glebe Quarter, es responsable, por solemne recuento, de la muerte de más de noventa entre sus esclavos. Los hechos, bien conocidos entre sus vecinos, me fueron ocultados, pero cuando me llegaron los rumores confirmé cada palabra de lo que paso a informar.*

*Job, ese monstruo inhumano, se deleitaba en tirar a sus esclavos contra el suelo, atándolos de muñecas y tobillos, para castigarlos durante más de una hora, hasta que expiraban. Castigaba a sus sirvientas obligándolas a mantener abierta la boca por medio de palos, y después les tiraba grandes cantidades de agua hirviendo por la garganta. Todas morían. Sé del caso de un esclavo que fue enviado a los bosques para capturar a unos fugitivos. Como no lo consiguió, le metieron un hierro al rojo vivo por la garganta, a consecuencia de lo cual murió, por supuesto.*

*Sé que os costará creerlo, pero en numerosas ocasiones Job, irritado por el comportamiento de algún niño, le ha hundido la cabeza en agua hasta*

*ahogarlo. Otros han sido arrojados a calderas de agua hirviendo. Por favor, haced algo para detener a semejante monstruo.*

Cuando el gobernador recibió esta súplica, llamó a Greville Pembroke, que tenía fama de ser un plantador sensato, para que hiciera el largo viaje hasta Glebe Quarter, a fin de investigar las acusaciones y, si eran ciertas, iniciar procedimientos legales contra Job.

-Pero debo advertiros -le dijo el gobernador- que nadie ha pronunciado una palabra en contra de Job desde que me hice cargo de este puesto. Esto podría ser falso.

-Excelencia, mis funciones en la plantación son muchas, y John, mi hermano menor, tiene más experiencia que yo en cuestiones de esclavos. Os recomendaría que lo enviarais a él -sugirió Greville.

Así se hizo. Diez minutos después de su llegada a Glebe Quarter, John tenía a Thomas Job en la improvisada cárcel del municipio. Actuando según las órdenes del gobernador, ordenó que se convocara un jurado. Quedó atónito al escuchar que los hombres, todos blancos y con intereses azucareros, declaraban a Job inocente, con la justificación de que -es difícil dominar a los negros sin medidas severas y a nuestro modo de ver, Thomas no se excedió en modo alguno con respecto a las costumbres de esta isla.

Al oír el veredicto, John se enfureció tanto que quiso organizar una partida de linchamiento para ejecutar a Job en el acto, pero el clérigo le aconsejó que no lo hiciera y Job quedó en libertad. A la mañana siguiente, Job, convencido de que no sólo había sido disculpado sino también autorizado a reanudar sus viejos hábitos, vio que un esclavo se entretenía en alguna trivialidad que él no aprobaba y lo mató a golpes de la manera acostumbrada.

Un joven escocés que trabajaba para Job, harto ya, fue a informar de esa nueva muerte al reverendo. Este llamó a Pembroke para que escuchara los detalles. Por una extraña casualidad, el nombre del esclavo muerto era uno de uso frecuente en las islas: Cudjoe. En cuanto oyó pronunciar ese nombre, John recordó el horrible momento en que se había visto obligado a presenciar la condena del Cudjoe de Rostgaard en el potro y en la hoguera, y comprendió entonces de qué forma debía actuar.

El nuevo juicio, que trataba de un caso totalmente distinto, sería diferente. En esta ocasión, John contaba con un hombre blanco para atestiguar contra la brutal conducta de Job. El caso causó gran sensación, pero cuando el joven escocés se levantó para declarar, un plantador sentado en la parte posterior de la sala gritó:

-¡Fusilad a ese cretino!

Hubo varias manifestaciones similares en apoyo de Job, pero el jurado, que ya no podía pasar por alto las pruebas, tuvo que pronunciar un veredicto de culpabilidad.

Esa tarde John Pembroke, bajo su propia responsabilidad, hizo erigir un patíbulo. Thomas Job, demoníaco amo de Jamaica, fue ahorcado antes de que se pusiera el sol.

Ya avanzada la noche, el pequeño barco de Pembroke zarpó del puerto de Glebe Quarter y volvió al hogar, con el joven escocés como pasajero. Habría sido una sentencia de muerte dejarlo entre los plantadores de azúcar que hervían por dentro al recordar que uno de los suyos había sido ejecutado sólo por castigar a sus negros,

Pero cuando Pembroke y el escocés llegaron a Kingston para informar de lo ocurrido en Glebe Quarter, descubrieron que un veloz jinete se les había adelantado, dando una versión distorsionada de lo acaecido. Entre los plantadores azucareros, los ánimos estaban caldeados. Pentheny Croome había organizado una banda para apalea al joven escocés o algo peor.

-Pentheny, ¿qué diantres estás diciendo? -le preguntó John.

-Si dejamos que un plantador sea castigado por lo que hacemos todos, nos espera la revolución. Los esclavos nos degollarán cualquier noche de éstas.

-Has dicho «lo que hacemos todos», Pentheny. ¿Quieres saber qué hacía en realidad ese hombre? Siéntate y escucha.

Con voz desapasionada, recitó la horrible conducta del ejecutado en Glebe Quarter. Cuando hubo acabado de relatar las barbaridades cometidas contra los esclavos, las indecentes torturas aplicadas a las mujeres y la increíble crueldad demostrada contra los niños, preguntó, en voz baja:

-Eres un viejo amigo de mi padre. Os llaman «guisantes de la misma vaina .. y a ambos se os respeta en Londres. ¿No ocupáis ambos puestos importantes en el Parlamento? ¿Quieres que la conducta de Tthomas Job empañe vuestra reputación? ¿Quieres perjudicar la causa de los intereses azucareros?

Pentheny estaba profundamente conmovido, y lo estuvo más aún cuando John prosiguió:

-Una copia de mi informe ha sido enviada al rey. Cuando él quiera saber cómo resolvimos este asunto, ¿qué diréis? ¿Que no veáis nada malo en lo

que ese hombre hacía? ¿Queréis ensuciar el propio nido? -Me gustaría escuchar a ese escocés que íbamos a ahorcar -dijo con voz muy débil y cuando recibió más detalles sobre el comportamiento, de Job, se levantó para abrazar al joven.

-Necesito a un hombre como tú para que se ocupe de mi plantación mientras yo estoy en Londres.

Una semana después, Hester Croome estaba otra vez en Trevelyan.

-¡Qué estupendo joven el que trabaja ahora para mi padre! En cierto modo, lamento que nos embarquemos el viernes hacia Londres.

En 1738, el joven John Pembroke atrajo favorablemente la atención de Londres por primera vez. Existían problemas con un grupo de cimarrones asentados en el extremo oriental de Jamaica, y el gobernador, en vez de enviar a un ejército contra ellos, mandó a Pembroke con una escolta de dieciséis hombres, procedentes del regimiento de Gibraltar, a la sazón estacionado en la isla.

-Lo que deseamos -dijo el gobernador cuando los hombres se pusieron en marcha- es que se repita la duradera paz que tú padre estableció para los cimarrones de su distrito. Las mismas garantías de nuestra parte, los mismos compromisos de parte de ellos.

El viaje fue largo y cubrió territorios difíciles. Cuando Pembroke llegó a la zona de los cimarrones se encontró con que los ex esclavos rehusaban dialogar, pero una diestra combinación de paciencia y presiones logró maravillas. Por fin se acordó una tregua.

En 1739, John fue enviado al oeste de Jamaica con la misma misión. También en ese caso pudo establecer una tregua duradera. La isla ya estaba pacificada, y los funcionarios de Londres enviaron a Kingston un despacho: «Notificad a John Pembroke: buen trabajo».

Eso condujo a una misión sorprendente, pues al anclar en Port Royal Roads una escuadra de combate inmensa, compuesta por un centenar de barcos al mando del almirante Edward Vernon, todos los funcionarios gubernamentales comprendieron que Gran Bretaña había decidido, por fin, expulsar a los españoles del Caribe.

Estos habían perdido ya muchas de sus colonias: Jamaica ante los británicos, la futura Haití ante los franceses. En ningún punto de la cadena oriental de islas, España lograba recuperar el dominio. En el extremo meridional, Trinidad seguía siendo nominalmente española, pero estaba poblada mayoritariamente por franceses y pronto pasaría a manos inglesas. Sin embargo, México y Perú continuaban siendo españoles, así como el continente. Pero para proteger su poderío en esas áreas vitales, España tenía que conservar el puerto de Cartagena. Por eso, los ingleses decidieron invadirlo, poniendo en peligro el resto de los dominios españoles en el Nuevo Mundo. Como había ocurrido ya con tanta frecuencia, una vez más el destino de las naciones europeas se resolvería en el Caribe.

Creció el entusiasmo cuando los funcionarios ingleses revelaron el objetivo: «Vernon invadirá Cartagena. Borrará las humillaciones que hemos sufrido allí». Y cuando el, almirante desembarcó para completar los últimos preparativos, dijo: «Esta vez borraremos del mapa esa ciudad».

Era un pintoresco lobo marino, de cincuenta y siete años, a quien invariablemente se veía envuelto en su ajado abrigo verde de grogram, una tela tosca de seda, pelo de cabra y lana. Por eso se le daba el nombre de «Viejo Grog». Cuando, en un esfuerzo por imponer la sobriedad entre sus marineros, diluyó la ración tradicional de ron con cuatro partes de agua, su nombre ingresó en el diccionario como cierto tipo de ron, hecho harto paradójico habida cuenta que por grog, en un principio, no se entendía «ron» sino «aguado».

En 1739 había ganado gran popularidad, al jactarse de que Porto Bello no era invulnerable: «Dadme seis buenos barcos y os aseguro la captura». El gobierno le dio los barcos, y él logró una victoria aplastante, sin perder ni un hombre ni una embarcación. Se encendieron fogatas en toda Inglaterra y se forjaron medallas en su honor. Pero los marineros que habían participado en la «Gran Victoria, susurraban a quienes quisieran escucharlos: «Los españoles ni siquiera trataron de defenderse. Había unos pocos soldados y una fortaleza vacía».

Aun así, Vernon era el héroe del momento, e inmediatamente propuso invadir Cartagena.

Puesto que necesitaría oficiales que lo ayudaran cuando dictara las condiciones de paz, tras la rendición del enemigo, pidió al gobernador de Jamaica algunos candidatos. John Pembroke fue recomendado por sus recientes actos de heroísmo. En el cargo de árbitro, se hizo a la mar con rumbo sur, el 26 de enero de 1742, y al poco tiempo se encontró frente a la formidable colección de islas, promontorios fortificados, estrechos defendidos y un puerto interno rodeado de cañones; todo eso era Cartagena. Cuenta la anécdota que el rey Felipe II, al conocer que en esas fortificaciones la Corona había invertido una suma equivalente a cincuenta millones de dólares, salió a la terraza de su Escorial, miró



hacia Cartagena y exclamó: «Con tanto dinero gastado, esas fortificaciones deberían verse desde aquí».

El sitio y la batalla, una de las más cruciales del hemisferio occidental, fueron una lucha injusta: El almirante Vernon había reunido en total ciento setenta barcos y veintiocho mil hombres, incluyendo grandes batallones de servicio obligatorio procedentes de diez colonias americanas, además de innumerables cañones. Los españoles sólo contaban con unos pocos barcos pequeños, rápidamente inmovilizados, y unos tres mil hombres. Pero también tenían en su bando a un hombre conocido con el apodo de «Dos tercios de almirante».

Don Blas de Lezo, uno de los grandes militares de la historia, había pasado su larga vida guerreando contra la Marina inglesa, perdiendo siempre algo más que la batalla. En Gibraltar, en 1704, perdió la pierna izquierda por culpa de una bala de cañón inglesa; en Toulouse, el ojo izquierdo, arrancado por un disparo; en un combate frente a las costas de España, el brazo derecho. Ahora en una batalla más contra su eterno enemigo, brincaba entre las fortificaciones, sin la ayuda de un asistente, inspeccionando las defensas. Por las noches permanecía despierto, tratando de adivinar qué podía intentar a continuación el almirante Vernon. y mientras se revolvía en la cama, a veces reía entre dientes, como si le divirtiera el aprieto en que se encontraba: «En Gibraltar, cuando ambos éramos jóvenes. el almirante Vernon y yo nos enfrentamos mutuamente en la batalla, y entonces ganó él. Pero éste es otro día y otro campo de batalla, y esta vez, tengo un aliado poderoso, el general Fiebre Amarilla».

Aún antes de que se iniciara la batalla atacó la fiebre, matando al general británico que debía conducir las fuerzas de tierra cuando éstas abandonaran las naves de Vernon. Para reemplazar al difunto, el almirante recibió a uno de los generales más ineptos de la historia, el general de brigada Thomas Wentworth, hombre chapucero y vacilante, impulsado aun mando que no deseaba y que no podía ejercer. Así informó Pembroke sobre las consecuencias:

*Yo era oficial de enlace a bordo del buque insignia del almirante Nelson, y todas las mañanas ocurría lo mismo. «¿Ha comenzado el general Wentworth a atacar el fuerte?», me preguntaba. Y yo respondí: «No,;. El se volvía para preguntar a los otros: «¿Por qué, no?». Y ellos respondían: «Nadie lo sabe».*

*Se malgastaba el tiempo. Comenzaron las lluvias. La fiebre atacó a nuestros hombres con una intensidad terrible, y Wentworth seguía sin avanzar. Al final, nuestra gran armada, más poderosa que la que atacó Inglaterra desde España, tuvo que retirarse sin haber logrado nada. Ni siquiera una batalla importante. Ni una muralla derribada. Nada.*

*¿ Y por qué fallamos? Porque en cada ocasión ese maldito almirante español nos adivinó las intenciones. Resultó ser un genio.*

Si la Marina y el Ejército británicos no lograron sino un desastre, John Pembroke hizo algo mejor, pues consiguió lo que ansiaban los combatientes ingleses: «Una mención en los despachos». El almirante Vernon informó a Londres:

*Cuando quisimos acercar el pequeño Galicia al fuerte español, para probar el alcance y la capacidad de nuestros callones, solicitamos voluntarios, pues la tarea era sumamente peligrosa. John Pembroke, guía civil, se adelantó de un salto. Cuando el buque se vio en problemas, ante el fuego de los fusiles y las baterías enemigas, se arrojó al agua entre las balas para liberarlo. El suyo fue un acto de heroísmo de los más elevados.*

Con eso no se logró nada, pues como el general Wentworth seguía negándose a atacar, su ineludible enemigo el general Fiebre Amarilla, auxiliado por el almirante Cólera, atacó a las tropas. La pérdida de vidas fue enorme casi de inmediato. Los hombres enfermaban como de un simple resfriado, se llevaban la mano al cuello y caían sofocados. Un soldado podía estar limpiando su fusil y, de pronto, el arma se le resbalaba de las manos, levantaba una mirada de horror y caía al suelo, sobre el fusil. Era común el porcentaje de un cincuenta por ciento de muertes en una unidad, y los reclutas de las colonias americanas sufrieron hasta un setenta.

Llegó el triste día en que el almirante Vernon, aún incapaz de mover a Wentworth, que ahora tenía justificaciones para no atacar, tuvo que dar la orden:

-Todas las tropas, a bordo. Todos los barcos volverán a Jamaica.

El intento inglés de expulsar a España del Caribe había sido frustrado por un valiente almirante, que era apenas dos tercios de hombre.

Durante el regreso a Port Royal, John Pembroke se paseó entre los oficiales y los soldados, reuniendo información de primera mano que, más adelante, incluiría en su conocido panfleto: *Verdadero relato de la conducta del almirante Vernon en Cartagena*, cuyos párrafos más citados fueron éstos:

*En cuenta fidedigna, perdimos dieciocho mil hombres. Según un soldado español que capturamos, ellos perdieron doscientos, a lo suma. El almirante, con su excelente liderazgo y su juego, mató a nueve mil de los nuestros; el general Fiebre, un número similar. La última vez que vi el puerto de Cartagena, su superficie aparecía gris de cadáveres putrefactos: nuestros hombres morían tan rápidamente que no podíamos sepultarlos, Los pobres y débiles agricultores de nuestras colonias norteamericanas murieron en una*

*proporción de cuatro por cada cinco. Pero la mayor pérdida fue que, si hubiéramos vencido, todo el Caribe habría quedado bajo el imperio inglés. Se habría convertido en un mundo unificado, con todas las perspectivas de desarrollo que brinda la unidad. Una ley, un idioma, una religión. Ahora hemos perdido la oportunidad, que quizá no vuelva a presentarse.*

La recompensa que John Pembroke recibió por su heroísmo en Cartagena resultó inesperada, vino en la forma de una carta enviada por su padre desde Londres:

*Todos estamos orgullosos de tu heroico comportamiento. Ojalá pudiera decir a mis amigos: «Así hemos respondido siempre los Pembroke ante el requerimiento de nuestra nación". Pero, ¡ay!, los Pembroke no tenemos antecedentes de tanta valentía en batalla, por eso te felicito por haber iniciado la tradición. Confió en que tú y Elzabet os apresuréis a venir, haciendo a un lado cualquier obligación que tengáis en Trevelyan, pues os tengo tres sorpresas. Te aseguro que son dignas de tu atención.*

El menor de los Pembroke partió de Trevelyan en 1743, ya avanzado el verano, llevando consigo a su esposa y a sus dos hijos. Cuando pasaban junto a los restos de Port Royal, John no sospechó siquiera que no volvería a Jamaica hasta los turbulentos años de la década de 1790, pues, cuando llegaron a Londres, sir Hugh los esperaba en el muelle, con la primera de las tres sorpresas:

-Te has comportado como un verdadero hombre en estos últimos años, John. Todo el contingente jamaicano está orgulloso de ti, sobre todo los que representamos los intereses azucareros. Estamos todos de acuerdo en que mereces esta recompensa. -Hizo una pausa para que la joven pareja tratara de adivinar las palabras siguientes, pero la expresión de sus caras le indicó que no habían averiguado su secreto- ¡Te he comprado un escaño en el Parlamento!

Sí, a la edad de treinta y cuatro años, sin experiencia previa en la política, John Pembroke se sentaría en un escaño comprado por su padre a uno de los municipios corruptos. A los tres años de ocuparlo, viajó al campo, muy al oeste de Londres, para ver de qué se trataba. Había allí tres cabañas, los restos de un pueblo que en otros tiempos había sido un importante centro comercial. Conoció a los dos viejos habitantes, los únicos votantes de todo el municipio, que por lo tanto lo elegían unánimemente, año tras año.

-Espero poder seguir siendo un representante digno de nuestro distrito-dijo.

-Sí -replicaron los dos hombres.

La familia Pembroke ocupaba ahora tres escaños en el Parlamento. John, como héroe militar, veía reforzada su capacidad de persuasión en los

debates secretos. Sus responsabilidades eran simples, con arreglo a la explicación del padre:

-No aflojes un centímetro ante los franceses. Recuerda que son nuestros enemigos perpetuos. Mantén en vereda a esos necios de las colonias norteamericanas. Y eleva el precio del azúcar.

Los Pembroke no eran, desde luego, la familia jamaicana más importante del Parlamento. En realidad, ocupaban sólo un tercer puesto en la estima pública, pues la familia Dawkins también tenía tres miembros en la Cámara, mientras que los notables Beckford, de una plantación próxima a Trevelyan, contaban con tres hermanos, sobresalientes. William Beckford había sido dos veces alcalde de Londres y ganó sus elecciones parlamentarias como representante de esta ciudad. Richard Beckford representaba a Bristol, mientras que Julius actuaba por Salisbury. Así pues, tres familias rurales de Jamaica ocupaban nueve puestos en el Parlamento, mientras que otros ocho plantadores jamaicanos detentaban uno por cabeza. Tras contar los escaños comprados por terratenientes ricos de islas menores, como Antigua y Saint Kitts, el poder de los intereses azucareros era formidable. Un crítico clamó: «Esos malditos isleños tendrán en esta sesión veinticuatro escaños, más veintiséis ocupados por hombres que están en deuda con ellos».

La peyorativa palabra «isleños» no describía con demasiada fidelidad este fenómeno, pues en toda Inglaterra los votantes consideraban al rico contingente de las Indias Occidentales como meros compatriotas que habían viajado temporalmente a las islas para hacer fortuna. En realidad, de los setenta isleños que ocuparían los escaños durante ese periodo, más de la mitad no conocía el Caribe ni lo visitaría nunca. Eran los famosos terratenientes ausentes, cuyos antepasados habían hecho el viaje a Jamaica para hacer fortuna y retornar a la patria definitivamente. Aunque tenían hogar en Inglaterra, no olvidaban que su fortuna provenía de Jamaica y votaban teniéndolo en cuenta.

Por el momento, lo que interesaba a John y a Elzabet era la segunda sorpresa de su padre, pero sir Hugh guardaba silencio, cada vez más nervioso conforme se acercaban a su casa de Cavendish Square. El carruaje no se detuvo allí, pues el cochero había recibido órdenes previas de llevar a la pareja hasta una bella casa, en el lado opuesto de la plaza, cerca de la residencia de Roger. Cuando se apearon, sir Hugh dijo, casi con vergüenza:

-Vuestro nuevo hogar.

A continuación, los condujo a las habitaciones, magníficamente decoradas.

-¡Padre Hugh! -exclamó Elzabet-. ¡Qué bello regalo!

-¿Qué nos estás ocultando como tercer regalo? -preguntó John.

Ante la palabra «ocultando», sir Hugh enrojeció, tosió y dijo, apenas en un susurro:

-Ya puedes salir.

De un cuarto interior, donde había estado esperando, salió una mujer que abrió la puerta con violencia, entró corriendo, como un huracán jamaicano, y exclamó, con voz gozosa:

-¡John! ¡Elzabet! ¡Soy vuestra nueva madre! -Era Hester Croome Pembroke, alta, corpulenta, pelirroja y casi a punto de reventar su corsé de tanta alegría. Cruzó el vestíbulo y envolvió a John en sus poderosos brazos, gritando:- ¡John, querido mío, por fin soy una Pembroke! -Luego se puso junto a sir Hugh para mirar a la pareja con aire benévolo- ¡Dios mío! ¿No formamos un bonito cuarteto?

Las dos décadas siguientes representaron la cumbre del poder de las Indias Occidentales en Londres. Cuando el alcalde Beckford no ofrecía una fiesta para sus partidarios, Pentheny Croome ofrecía una recepción, con cantantes de ópera italianos y violinistas alemanes: De vez en cuando, sir Hugh, lady Hester y sus dos hijos abrían sus casas a un tipo de recepción más tranquila: conversación serena y música de Haendel, quien a veces se presentaba para dirigir personalmente una pequeña orquesta. Las tres grandes familias -los Beckford, los Dawkins y los Pembroke- tenían en total diecinueve hijos y nietos en buenas escuelas inglesas, como Eton, Rugby y Winchester, de modo que el Caribe se tornaba más inglés de década en década.

En esos años, sir Hugh pareció escalar hacia un nuevo tipo de vida. Sus hijos se alegraban de que hubiera vuelto a casarse. Notaban que su paso era más ligero y su sonrisa más pronta, como si le divirtiera la burbujeante vitalidad de su nueva esposa. Tal como John dijo a Elzabet: «Lo mejor que ha hecho en muchos años ,es casarse con ese huracán jamaicano».

Cuando lady Hester estaba al mando, las cosas no podían mantenerse sobrias. La majestuosidad del gran salón para recepciones de sir Hugh, con sus serenos Rembrandt y Rafael, se vio alterada por la introducción, de una gigantesca escultura de mármol, que Hester trajo de un viaje a Florencia, en donde había conocido al artista. El encantador Rafael se veía ahora parcialmente oscurecido por la Venus resistiendo los acosos de Marte, un blanco enredo de piernas y brazos agitados. Cuando su esposo lo vio por primera vez, gruñó:

-Hester, vaya traer cuatro latas de pintura. Los brazos de él, en rojo; los de ella, en azul. Las piernas de él, en púrpura; las de ella, amarillas. Así podremos saber quién hace qué a quién.

También el Rembrandt perdió brillo junto a un gran cuadro que ella había traído de la mansión paterna, el mismo que un entusiasta mercader había vendido a los Croome, asegurándoles: «Una de las obras de arte más famosas del mundo. Fijaos en los ojos del papa. En cualquier sitio del salón en que estéis, los ojos os siguen. Si habéis hecho algo malo, no podéis ocultaros».

Poco a poco, las cenas de Hester se tornaron más bulliciosas, los miembros de todos los partidos preferían sus recepciones a cualesquiera otras. Ella tenía un sentido jamaicano de aceptar la derrota y la victoria por igual. Cuando un grupo de parlamentarios trataba de obligar a la Junta de Comercio a bajar el precio del azúcar y fracasaba, ella les daba ánimos tal como lo hacía cuando sus tres Pembroke perdían una batalla. Y esa actitud fue tan útil para ella como para los intereses del azúcar en los turbulentos años siguientes a 1756, cuando todas las naciones de Europa parecían guerrear entre sí: Prusia, Alemania, Austria, Rusia, Francia, España, Portugal e Inglaterra participaron en distintas alianzas, según el momento. Europa se estremecía.

Con la astucia que suelen exhibir las potencias, Francia e Inglaterra restringieron sus grandes batallas terrestres a la remota América del Norte, y los combates navales, al Caribe. En 1760, el general Louis Joseph Montcalm, al frente de los franceses, y el general James Wolfe, al mando de los británicos, murieron el mismo día en la gran batalla de las planicies de Abraham, en Quebec, marcando un triste final a la conquista británica del Canadá.

En el mar, en 1762, el almirante Rodney sembró el desorden al conquistar las islas francesas de la Martinica, San Vicente, Granada y Todos los Santos, sumándolas a la gran isla de Guadalupe, que ya estaba en poder de los británicos. Las victorias de Rodney fueron tan importantes para la seguridad del Imperio que, cuando la noticia llegó a Londres, se encendieron fogatas y la gente bailó en las calles. «No ocurría lo mismo con los representantes de los intereses azucareros, que se arracimaron en callados grupos, susurrando: «¡Dios, qué desastre! ¿Cómo haremos para neutralizar este espantoso error?»».

El peligro era real. Si Inglaterra retenía como botín de guerra las grandes islas francesas de Guadalupe y la Martinica, por no mencionar las más pequeñas, habría mucho terreno apto para el cultivo de caña azucarera compitiendo en el mercado británico, y las islas establecidas, como Jamaica y Barbados, sufrirían graves pérdidas. «¡Demonios!---dijo Pentheny Croome, con aguda previsión-, el azúcar podría ser en Inglaterra tan barato como lo es ahora en Francia, y eso nos aniquilaría.

Estaba en lo cierto. A finales de 1762 y a principios de 1763, los intereses azucareros, liderados por sir Hugh Pembroke, los poderosos Beckford y el riquísimo Pentheny Croome, tocaron todas las cuerdas posibles para lograr un solo propósito: los negociadores ingleses enviados a la conferencia de paz que se celebraría en París debían ser obligados a aceptar el Canadá, a cambio de las islas francesas del Caribe. Si Francia no las quería, que se las dieran a España o las echaran a la deriva, pero bajo ninguna circunstancia podían formar parte del Imperio británico.

Obviamente, había poderosas fuerzas contra las Indias Occidentales, a las que la prensa y los panfletos fustigaban por preocuparse sólo de sus egoístas intereses. Los poderosos líderes franceses querían conservar el Canadá y desprenderse de las islas, que habían sido una constante carga financiera. Los genios militares británicos, sobre todo los almirantes, estaban de acuerdo; se mostraban dispuestos a entregar Canadá, con tal de aferrarse a Martinica y Todos los Santos, dos islas que representaban los accesos orientales al Caribe: «En cualquier batalla naval futura que se libere en este mar, la nación que posea, esas islas tendrá la ventaja, ¿Canadá? ¿Qué utilidad tiene, salvo para los castores y los indios?».

Pero la voz más potente era la del ama de casa inglesa, que suplicaba a su gobierno: «Por favor, dadnos las islas francesas para que podamos comprar azúcar a precio razonable».

En los últimos años, un nuevo factor intervenía en el debate: la creciente popularidad del té tanto en los hogares como en los locales públicos. Pero para disfrutar debidamente de su té, los ingleses debían ponerle azúcar en abundancia. Por lo tanto, a medida que se elevaba espectacularmente la demanda de té, crecía la necesidad de azúcar más barata. Los azucareros de las Indias Occidentales comprendieron que estaban amenazados por las nuevas islas francesas.

En Londres se realizaban constantes reuniones. Los líderes políticos visitaban a los Beckford. Los miembros del Parlamento que disponían de unas cuantas libras consultaban con Pentheny Croome. y mientras tanto, los manipuladores de la opinión pública, los silenciosos personajes del Parlamento, conservaban su contacto con sir Hugh Pembroke y sus hijos. Las reuniones solían ser tensas, pues los representantes de los intereses azucareros presionaban para obtener sus objetivos básicos: «Aceptad Canadá; que tiene futuro. Devolved las islas a Francia. Inglaterra cometería un terrible error si las conservara».

Cuando algún miembro del Parlamento contraatacaba con la frase popular «Pero el público necesita azúcar a precios más bajos», los astutos azucareros no decían «Al diablo con el público», que era lo que barbotaban Pentheny y otros como él a puerta cerrada, sino que argumentaban, con melifluas palabras: «Pero sir Benjamín, ¿no sabéis que Jamaica es enorme?»

Tenemos vastos terrenos en donde cultivar más azúcar ... el doble, el triple que ahora. Dejad eso en nuestras manos». Claro que, en los últimos veinticinco años, todos ellos habían tenido en su propiedad muchas hectáreas de tierras cultivables que se negaban tercamente a sembrar. Tal como decía Pentheny, con su intuición: «¿Por qué hacer que mis esclavos labren cuatrocientas hectáreas si con doscientas y la mitad del trabajo puedo ganar el doble ... siempre que el precio del azúcar se mantenga alto? »

En 1760, los azucareros sufrieron un serio revés. Un economista, llamado Joseph Massie, publicó un panfleto de título intrigante: *Estado del comercio colonial del azúcar*. Allí mostraba cuánto dinero había perdido una familia de cada rango, grado o clase debido al prolongado monopolio de los plantadores de azúcar, calculando el dinero que había sido arrancado a Gran Bretaña en el plazo comprendido entre enero de 1759 y enero de 1760. Con impecables razonamientos y datos fidedignos, Massie demostraba que los plantadores de las Indias Occidentales habían logrado, en un periodo de veinte años, la prodigiosa suma de ocho millones de libras esterlinas.

El ataque era frontal y completo. Los azucareros quedaron al descubierto como enemigos del Estado y explotadores implacables, no sólo de sus esclavos negros: sino también de las blancas amas de casa de Gran Bretaña. La grave injusticia se podía solucionar, según argumentaban los partidarios de Massie, reteniendo la Martinica y Guadalupe. Tal como señalaba acertadamente otro panfletista: «Los grandes plantadores de Jamaica nos prometen, desde hace treinta años, que uno de estos días van a cultivar más cañaverales en su isla, pero tal como muestran mis cifras, Pentheny Croome ha acumulado cientos de hectáreas nuevas sin cultivar ninguna».

Estos nuevos ,ataques eran tan completos y convincentes que, una noche de 1762, los principales plantadores se reunieron a cenar en el comedor de sir Hugh y lady Hester. William Pitt, firme partidario de retener las islas francesas, había sido invitado para escuchar los argumentos contrarios, pero puso toda su atención en lady Hester y su relato de cómo había introducido la última monstruosidad de mármol por las puertas de su mansión.

-Se titula, como podéis ver, *La Victoria recompensando al Heroísmo*. Cuando llegó no había modo de hacerla pasar por nuestras puertas. Por lo tanto, hicimos venir a Luigi desde Florencia, y él mostró lo simple que era, en realidad. Cortó con un serrucho especial por aquí, dejando la Victoria a un lado y el Heroísmo al otro. Cada una de esas mitades resultó fácil de hacer pasar por aquella puerta.

-Pero ¿cómo unisteis otra vez las mitades? -preguntó Pitt-. No veo marcas deladoras.



-Ajá! -exclamó Hester acercándose a la estatua-. Es exactamente lo que yo pregunté, señor Pitt, y Luigi me dijo: «Todo artista tiene sus secretos», y se negó a revelar el suyo. Pero allí está ... ¿no es magnífica? "

Hizo la pregunta directamente a Pitt, quien respondió:

-Bueno, no se puede negar que es más grande que la mayoría.

La interrupción de lady Hester había dado tiempo a Pitt para reunir coraje, del cual tenía una provisión inagotable. Cuando la mujer se retiró a sus habitaciones, él dijo con franqueza:

-Como sabéis, caballeros, siempre he apoyado el proyecto de retener las islas francesas. Más comercio para Inglaterra, precios más bajos para el azúcar, ventajas estratégicas para nuestra Marina.

Varios plantadores lanzaron exclamaciones ahogadas y trataron de disuadirlo, para que no incluyera esa estipulación con respecto a la Martinica y Guadalupe en el tratado de Paz que se negociaba con los franceses en París.

No lograron nada, pero cuando circuló el oporto y se encendieron los cigarros, él se reclinó hacia atrás, mirando sucesivamente a cada uno de los plantadores.

-Caballeros, tengo buenas noticias para vosotros, y malas para Inglaterra -confesó.

-¿Cómo sería posible semejante cosa? -preguntó sir, Hugh con, suavidad.

-Voy a ser retirado del equipo negociador de París. Me reemplazará el conde de Bute, quien, como sabéis, es mucho más favorable a vuestra causa de lo que yo sería jamás -explicó Pitt.

Cuando se fue les dio una última idea, generosa y potencialmente productiva, aunque obrara contra sus propios intereses.

-En vuestro lugar, caballeros, haría que alguien de mi bando preparara rápidamente un panfleto para contraatacar la persuasiva publicación de Joseph Massie. Os está perjudicando mucho.

Entonces, Lady Hester, que había leído el panfleto con verdadera furia, se hizo cargo de la reunión.

-Pitt está en lo cierto. Nuestro bando debe contestar a esas falsas acusaciones. Y será mejor que lo hagamos cuanto antes.

Tras unos minutos de discusión, se acordó que se publicaría y distribuiría ampliamente una hoja informativa. Pentheny Croome se ofreció a pagar los gastos, pero luego el problema se tornó más complicado, pues ninguno de los plantadores se sentía capaz de contrarrestar las duras críticas de Massie. Cada uno favorecía a los otros, hasta que lady Hester deshizo el nudo gordiano:

-Lo redactará mi esposo. -y como él barbotó una ahogada negativa, la mujer dijo:- Yo te ayudaré con las partes difíciles, tesoro.

El y Hester pasaron las tres semanas siguientes elaborando una magistral respuesta a los panfletos antiazucareros. Señalaba sus errores, ridiculizaba suavemente las pretensiones referidas a asuntos internacionales y presentaba nuevos puntos de vista, así como variantes económicas inevitables. Al redactar, sir Hugh se mostraba conciliador; lady Hester, por el contrario, siempre apuntaba a la yugular. Formaban un buen equipo: un anciano estadista setentón y una vigorosa cincuentona. En brevísimo tiempo, apareció el ensayo y fue diseminado por Londres y las principales ciudades británicas:

---

## INFORME SIN FLORITURAS

Intitulado

### **IMPORTANCIA DEL COMERCIO AZUCARERO** para los

INTERESES PERMANENTES Y ASUNTOS FINANCIEROS  
de  
TODO EL IMPERIO BRITÁNICO  
incluida especialmente Inglaterra

con un breve y revelador argumento de  
POR QUÉ LAS ISLAS DE  
GUADALUPE y LA MARTINICA  
no deben formar

PARTE PERMANENTE DEL IMPERIO BRITÁNICO

respetuosamente presentado por  
UN GUISANTE EN LA VAINA  
UN PLANTADOR JAMAICANO QUE SABE  
LONDRES, 1762

---

---

El panfleto tuvo un éxito asombroso, pues apelaba a la tozudez británica, el heroísmo nacional, las esperanzas para el futuro y al patriotismo en general, disimulando eficazmente la vanalidad de los intereses azucareros y ocultando el pesado tributo que el ciudadano inglés medio pagaba para mantener a familias jamaicanas como los Beckford, los Dawkins, los Pembroke y los Croome, con su nivel de vida.

*Informe sin florituras* proporcionó poderosas municiones al conde de Bute, que trabajaba sobre el tratado de paz que solucionaría los asuntos de Europa, la India, Norteamérica y el Caribe, pues anticipaba todos los fines que él deseaba lograr y le ofrecía nuevos y reveladores argumentos. En un viaje de regreso a Londres envió una misiva a sir Hugh y sus plantadores: «Las cosas prometen. No tendréis a Guadalupe colgada del cuello».

Esta tranquilizadora frase; proveniente de alguien que ocupaba una posición tan encumbrada, causó regocijo entre los plantadores; pero no en la casa de John Pembroke, pues su frágil esposa, reducida a guardar cama por una serie de desmayos, tuvo graves presentimientos cuando él le dijo que las islas francesas serían devueltas.

-¡OH, John, no me parece correcto!

-Pero, querida, si para eso hemos estado luchando. Para proteger nuestro mercado de azúcar -se sorprendió él.

-Lo sé -dijo ella, con ligera impaciencia-, pero hay otras cosas que tener en cuenta.

-¿Qué otra cosa podría importarnos más en estos momentos?

-Sin duda alguna, el destino del Caribe es tener a todas las islas bajo un mismo gobierno. Tal como están las cosas ahora, resulta absurdo, tanto como un pastel agrio con pasas. Unas cuantas islas danesas, un par de suecas, otras holandesas... Luego unas cuantas españolas, algunas francesas. Podrían ser inglesas en su mayoría, con la posibilidad de invitar a las restantes a incorporarse.

-Pero todo nuestro programa ...-dijo él- .. deshacernos de Guadalupe..

-¡John!. ¡Haz lo correcto! ¡Brinda a nuestro maravilloso mar un gobierno unido! Hazlo ahora, que esta oportunidad puede ser la última. Hablaba con tal vehemencia que su esposo dijo:

-Nunca sospeché que tuvieras una opinión semejante, Elzabet.

---

-He estado observando, escuchando, leyendo. A las naciones se les brinda una oportunidad, quizá dos, de hacer lo correcto en el momento oportuno. Si se niegan ... Sólo preveo tragedias para ese maravilloso mar que se nos dio, si no lo unimos ... ahora, cuando se nos presenta la última oportunidad ... -respondió ella, echándose a llorar.

-Bett, ¿qué te ocurre? -le preguntó él.

-Tengo nostalgia de las islas. Esas bellas islas -sollozó su esposa. -Tan pronto como esto termine, Bett, volveremos. Yo también quiero volver a Trevelyan.

-Fui tan feliz allí...

A los pocos minutos había muerto.

-¿Cómo habéis permitido que ocurriera algo así? -les preguntó John a los médicos.

-Vivió intensamente. Era su hora de partir -respondieron ellos.

Después de los funerales, que fueron dispuestos por lady Hester por cuenta de John, demasiado afligido para tomar decisiones, él trató de retirarse de las últimas batallas con respecto al tratado de paz, por respeto a las opiniones de Elzabet. Pero ni sir Hugh ni lady Hester lo consintieron. Lo hicieron entrar cada vez más en las negociaciones, antes del importantísimo voto parlamentario por el cual se aceptaría o rechazaría la propuesta del conde de Bute.

Así, ayudado por lady Hester que demostraba ser una fiel defensora de los intereses jamaicanos, John dispuso una reimpresión de ochocientos ejemplares de *Informe sin florituras*, que ella misma distribuyó en los distritos donde más fruto darían. También fue ella quien organizó esplendorosas cenas, en las cuales algunos dieron su brazo a torcer y muchos parlamentarios rurales recibieron instrucciones sobre las ventajas sustanciosas que sus respectivos distritos conseguirían, si se aceptaban las condiciones del conde de Bute.

El debate continuó a lo largo de diciembre de 1762, durante todo enero y la mayor parte de febrero. Los intereses azucareros sufrían grandes ataques, pues los acontecimientos se sucedían contra ellos. Por fin, el 20 de febrero de 1763, no se pudo demorar más la votación. Los plantadores, que prácticamente dominaban en el Parlamento, observaron, satisfechos, los resultados: trescientos diecinueve votos a favor del tratado que devolvía las islas francesas a Francia y sólo sesenta y cinco en contra.

Esa noche, William Pitt, siempre agrio en el debate pero gracioso en la derrota, acompañó a lady Hester Pembroke hasta su casa, desde la Cámara de los

Comunes, y se sentó en un sillón de terciopelo, frente a La Victoria recompensando al Heroísmo, mientras observaba a los jubilados plantadores que celebraban su triunfo. Aprovechando una pausa en los festejos, miró por encima del hombro y señaló la ciclópea estatua:

-Caballeros, debo recordaros que la señora Victoria, por inmensa que parezca hoy en este salón, es una dama veleidosa. Temo que, al ganar, habéis perdido las colonias americanas para nuestro imperio. Allí hay hombres de gran valor, una nueva raza, y ellos no tolerarán las desventajas que hoy les habéis impuesto.

-¿Qué suponéis que puedan hacer? -preguntó Croome-. No tienen poder alguno. Nosotros sí.

-Supongo que se rebelarán. Se rebelarán contra estas injusticias.

Dicho esto, se acercó a lady Hester, le besó ambas manos y le pidió que lo acompañara hasta la puerta, donde le esperaba el carruaje.

Pitt estaba en lo cierto. Aquella victoria demostró ser muy costosa para sir Hugh. La energía que había dedicado a la defensa del azúcar, en los dos últimos años, lo había agotado. Sabía que se estaba consumiendo y halló poco placer en la celebración con que los plantadores festejaron lo que el señor Pitt había denominado «vuestra costosa victoria». También lo afligía ver a su hijo menor tan hundido tras la pérdida de su esposa. Sir Hugh se debilitaba día a día.

Sin embargo, hallaba consuelo en la notable vitalidad de su esposa. Una noche, sabiendo que sus fuerzas flaqueaban, le dijo:

-Los hombres como yo, educados en Inglaterra, solemos sonreír ante los plantadores jamaicanos como tu padre, que sólo saben aquello que la tierra les ha enseñado. Pero ahora comprendo que tú y él vivís de esos campos, de esas selvas. -De pronto rompió en sollozos:- ¡Jamaica, Jamaica! Jamás volveré a ver el puente de Trevelyan.

Al día siguiente había muerto. Casi todos los miembros del Parlamento que estaban en Londres en ese momento asistieron a su entierro, pues era al único partidario de los intereses azucareros que todos respetaban.

A la séptima semana de los funerales, es decir, en abril, cuando la campaña inglesa se pone más encantadora que nunca, un carruaje se detuvo ante la casa de campo de Upper Swathling, donde John Pembroke lloraba su doble

pérdida. Una mujer descendió ante la puerta y, sin molestarse en llamar, irrumpió en la sala donde estaba John. Era lady Hester Pembroke, su madrastra, y sus palabras fueron tremendas:

-¡Escúchame, John! No puedes echar a perder tu vida de este modo. ¡Por Dios, si tienes sólo cincuenta y cuatro años! -El se levantó para ofrecerle asiento, pero ella lo rechazó. Prefería permanecer de pie hasta que hubiera terminado de hablar.

-Te amo desde hace muchos años, John. Se me partió el corazón cuando trajiste a Elzabet de las islas Vírgenes, pero lo disimulé. Ya no tengo por qué disimular nada. Soy una Pembroke y siempre lo he sido. Ahora los dos estamos libres ...

Él quedó horrorizado. Salió sigilosamente de la sala y fue al piso alto, para observar el carruaje desde una ventana, con la esperanza de que su descortesía la obligara a marcharse. Pero no fue así. Al cabo de media hora, después de ordenar sus pensamientos, John regresó con intenciones de sermonearla. Fracasó, pues la encontró riendo. Era mía mujer cordial, que había madurado con la vida londinense, puliéndose hasta convertirse en una formidable anfitriona, dotada de gracias que las mujeres menos audaces nunca alcanzaban. Al verlo inquieto, Hester le dijo:

-Es inevitable, John. Sabes que nunca me rindo. Una vez te permití escapar y te perdí. No volverá a ocurrir.

Le aseguró que el hermano mayor, convertido en sir Roger, reconocería el buen tino de su propuesta, que los tres hijos de John y Elzabet, todos bien casados y, residentes en Londres, darían su aprobación.

-No querrían verte morir como una caña cortada al sol. -Este símil jamaicano le dio valor para añadir-: Además, John, no pensarán que yo te atrapé por tu dinero, que iban a heredar ellos.

Ese primer día no logró nada, pero como estaba en una posada cercana, lo visitó continuamente, hasta que, a su debido tiempo, la insensibilidad de John cedió. Poco a poco empezó a ver la conveniencia de lo que Hester sugería y que era inevitable. Le propuso matrimonio de una manera curiosa. Cierta día, mientras paseaban por un claro del bosque, le dijo:

-¿Sabes que perderás tu título de lady? Yo no soy sir John.

-Seguiré usando lo que alguna vez me perteneció y al diablo con todos -respondió ella.

---

También dio una respuesta contundente cuando él señaló que, sin duda, la Iglesia anglicana prohibiría el matrimonio de un hombre con su madrastra.

-No importa. Nos casaremos en Francia. Allí permiten cualquier cosa. También fue ella quien planeó la luna de miel. Lo llevó a rastras hasta Florencia, donde su amigo el escultor le enseñó una estatua enorme, recién terminada. *La Justicia defendiendo a los débiles*, la llamaba. Hester la compró. Su esposo, horrorizado ante la monstruosidad -una mujer semidesnuda protegiendo a seis hombres acobardados-, no pudo impedir la compra. Tal como explicó a sir Roger, una vez que la obra estuvo instalada en Londres:

-El dinero es de ella.

---

## VIII

### UNA BODA EN NEVIS

Cuando Port Royal, aquella infame cueva de piratas sobre la costa sur de Jamaica, se hundió bajo el mar, durante el terrible terremoto de 1692, una larga y delgada franja de tierra se salvó de la destrucción. Era un pequeño porcentaje de la superficie anterior, pero puesto que contenía una sólida fortaleza, de gruesos muros de piedra debidamente construidos como para soportar el ataque desde el mar, el Parlamento londinense había decretado que se instalaran nuevas baterías de cañones, a fin de que pudiera resistir cualquier ataque francés.

A diferencia de lo que ocurría en tiempos de la reina Isabel y Francis Drake, cuando los ingleses se inquietaban ante el menor gesto belicoso de los españoles, doscientos años después nadie tomaba en serio las amenazas hispanas. Eran los franceses quienes llamaban la atención con su hostil actitud, pues la Marina gala era una constante amenaza a la independencia británica. Lo curioso es que las grandes batallas de ese periodo no se libraron en aguas europeas, sino en el Caribe, donde las flotas de las dos naciones se enfrentaban con frecuencia, compartiendo victorias y derrotas alternativamente. En un gran choque librado frente a la isla caribeña de Dominica, Gran Bretaña consiguió una victoria importante, pero en los años que vamos a tratar los franceses tuvieron la capacidad y la intención de devolver el golpe. Todo oficial que navegara por ese mar vivía alerta, en espera del temible grito del vigía «¡Naves francesas en el horizonte!», pues entonces había que aprestarse rápidamente a la batalla.

En este clima de miedo, los restos de Port Royal, aún en la superficie tras el horrible terremoto, cobraron una importancia crucial para la flota británica, pues cualquier nación que poseyera Fuerte Charles dominaba sobre la inmensa bahía de Jamaica y el corazón del Caribe. Para mantenerlo seguro, el gobierno británico del turbulento año 1777, periodo en que los ingleses todavía trataban de disciplinar a las colonias norteamericanas, puso a su mando a un oficial que aún no había cumplido los veinte años y que pronto se convertiría en el capitán más joven de la flota.

Cuando los veteranos, que a veces le doblaban la edad, vieron su frágil silueta, que apenas llegaba al metro y medio y no pesaba más de cincuenta kilos, murmuraron: «Londres nos ha enviado a un muchacho». Mientras, el joven contemplaba el vasto puerto y pensaba: «En este puerto podríamos anclar todos los barcos del mundo. Si hace falta, lo defenderé con mi propia vida».



Era Horacio Nelson, muchacho poco adecuado para prestar servicio en un puesto tan alejado de Inglaterra: su porte poco impresionante, el pelo rubio desteñido, la voz chillona y el acento poco inteligible de la zona oriental de Inglaterra. Cuando se adelantó para asumir el mando parecía un sacerdote recién ordenado que apelara ante algún pariente rico para lograr el nombramiento en una de las iglesias de la hacienda familiar. Esto habría sido lógico, pues su padre, ambos abuelos y numerosos tíos abuelos eran o habían sido ministros... de la iglesia anglicana.

La fuerza que estaba bajo su mando era tan frágil como él, pues contaba con siete mil hombres, a lo sumo, aunque se sabía que el comandante francés recorría el Caribe con veinticinco mil veteranos y una flota de cañones. Por lo tanto, el primer día que pasó en el fuerte comió apresuradamente, para luego pasearse por las murallas de su nuevo cuartel, dándose órdenes a sí mismo: «Debes instalar aquí más cañones. Tendrás que ordenar maniobras para ver con qué celeridad llegan los hombres a sus puestos al sonar el clarín. Es preciso que hagas limpiar los escombros de la costa, no conviene que haya espías franceses escondidos allí».

Mientras hacía su ronda notó que un joven guardiamarina, que lo había acompañado desde Inglaterra, un pelirrojo de unos trece años, caminaba detrás de él. Sin previo aviso, se detuvo, giró en redondo y le preguntó:

-¿Por qué vienes tan cerca de mí?

-Por favor, señor, yo también quiero ver nuestro nuevo fuerte. Para elegir mi puesto, por si vienen los franceses -respondió el muchacho.

-¿Y quién eres tú, hijo?

-Serví con vos en el Dolphin.

-Lo recuerdo, pero ¿cómo te llamas?

-Alistair Wrentham. Mi abuelo es el conde de Gore y mi padre era oficial del Ejército indio, pero murió en combate.

Nelson, altanero en su actitud, se entusiasmó ante aquella información. Si el muchacho tenía posibilidades de heredar el condado, eso podía resultar de muchísimo valor para sus ambiciones. Pero el jovencito lo desilusionó.

-Mi padre era cuarto hijo varón y yo soy cuarto hijo varón, de modo que no tengo acceso a la herencia.

Nelson, recordando que en el viaje le había visto demostrar inteligencia y valor, le ordenó:

-Te quiero cerca de mí, para que te ocupes de todos los detalles. Y, juntos, recorrieron las fortificaciones

Pronto los soldados y los marinos estacionados en Port Royal descubrieron que su joven jefe poseía un orgullo inflexible, un insaciable deseo de fama y una envidiable devoción por el heroísmo y la rectitud.

En las largas guardias nocturnas, él les relataba, nunca de manera jactanciosa, incidentes de su asombrosa carrera; pese a sus veinte años, tenía más experiencia que otros marinos de cuarenta.

-Como mi hermano mayor se convirtió en el clérigo que la familia quería, yo fui libre para dedicarme a la Marina. Me hice a la mar a los trece años y navegué por el Caribe por primera vez cuando tenía catorce. Volví en, otras ocasiones, de modo que conozco esta agua. Cuando tenía quince, o quizá sin haberlos cumplido todavía, fui al Artico. Gran exploración, aquella .

-¿Fue entonces cuando luchasteis con el oso polar? -preguntó Alistair Wrentham, pues habían circulado dibujos en los que se veía a Nelson en liza con un enorme oso blanco. Como se le preguntaba con frecuencia sobre ese incidente, Nelson era meticuloso en su respuesta:

Thomas Flood y yo... él también tenía catorce años... abandonamos el Cargass para explorar por nuestra cuenta. Estábamos en un bloque de hielo, no lejos del barco, cuando un enorme oso polar rugió detrás de nosotros. Podría haberme matado si el capitán Lutwidge no me hubiera advertido.

-¿Fue entonces cuando luchasteis contra el oso? -insistió Alistair.

-¿Luchar? Yo no diría tanto. Iba caminando con un remo, quizá con un trozo de madera, y traté de defenderme con eso. Pero luchar, no.

-¿Cómo os salvaron?

-El capitán de nuestro barco vio el peligro en que estábamos y ordenó que se disparara un cañón. El ruido nos aterrorizó a Flood y a mí, pero también asustó al oso, que salió corriendo.

-¿Qué dijo el capitán cuando volvisteis a bordo?

-Que nunca jamás. volviéramos a explorar por cuenta propia -respondió Nelson.

En otras ocasiones contaba que, siendo apenas un muchacho de diecisiete años, había viajado a la India.

-Los grandes puertos, esas extrañas gentes... todo lo vimos. Luchamos contra los piratas y dimos protección a los mercantes. -Luego guardaba silencio, y al cabo de un rato decía a su público-: Allí cogí la fiebre, y habría muerto de no ser por un hombre maravilloso, el capitán Pigot, James Pigot; recordad ese nombre. El me tomó bajo su ala protectora y me salvó la vida. -Allí se detenía para mirar a cada uno de sus compañeros, y añadía-: No hay en la tierra ni en el mar nada mejor que la probada amistad de los camaradas de armas. En el campo de batalla, en la lucha política y, sobre todo, en el mar, nos mantiene erguidos la bravura del hombre que comparte nuestros peligros. Si ahora me veis aquí, es sólo gracias al capitán James Pigot.

Por la noche, especialmente si la luna tropical inundaba el viejo fuerte con luz plateada y misteriosas sombras, al joven capitán le gustaba reunir a su alrededor a un grupo de oficiales y jóvenes guardiamarinas, amén de cualquier marinero común que mostrara interés, y les daba instrucciones sobre tácticas militares, acentuando la atención sobre el manejo de barcos en tiempos de guerra. Pero insistía en qué era preciso apreciar la importancia del trabajo, que estaban realizando en el Caribe:

Este elegante mar siempre ha estado cerca del corazón de Europa, pues cuanto acontece en un sitio determina lo que ocurre en el otro. Supongamos que se libra una guerra en Europa. pero en tierra. Cuando se firme el tratado, de paz, sus condiciones decidirán si España. Francia. Holanda o Inglaterra son dueños de ésta o aquella isla caribeña. Y nada de cuanto nosotros hagamos aquí cambia las cosas.

Asimismo cuando nuestras Marinas luchan aquí en este mar, determinan lo que pasa en tierra allá, en Europa. ¿Os preguntáis por qué, si nuestras islas son tan pequeñas y esos países tan grandes? Pues porque aquí cultivamos azúcar. uno de los productos más valiosos de la tierra. y Europa se enriquece cuando llevamos allí azúcar, melaza y ron para la madre patria. Jamaica. esa isla tranquila que allí vemos, la que protegemos desde este fuerte. proporciona el dinero que mantiene viva a Inglaterra. Los barcos en que navegamos se construyen con dinero jamaicano. Lo mismo ocurre en Francia. Su pequeña isla de Santo Domingo, a pocos días de navegación desde esa montaña. es la tierra más rica del mundo. Si pudiéramos cortar la navegación entre Santo Domingo y Rochefort, estrangularíamos a la flota francesa, pues es el azúcar del Caribe lo que mantiene el funcionamiento de la madre patria. Caballeros, servís en un mar de tremenda importancia para Inglaterra.

Pero en esas reuniones nocturnas, que muchos recordarían en años posteriores, Nelson hablaba también de estrategia naval, pues su ágil cerebro especulaba. constantemente sobre nuevas tácticas que pudieran proporcionar a los barcos ingleses siquiera una leve ventaja en la batalla contra los franceses .

Recordad siempre que, hace unos pocos años, en 1782, el destino de Inglaterra se decidió frente a la isla de Todos los Santos, cuando nuestro almirante

Rodney se enfrentó a toda la flota francesa, con De Grasse al mando. Hasta entonces, antes de un enfrentamiento similar, las dos flotas se disponían en columna, de costado, con los cañones disparando constantemente: ¿Sabéis qué hizo Rodney?

El guardiamarina Wrentham lo sabía, pero Nelson, antes de que pudiera hablar, le puso una mano en la rodilla, pues no quería que echara a perder el efecto de su narración.

Abrió fuego con la flota en columna. como siempre, a la manera de bailarines en formación, pero hacia la mitad del enfrentamiento giró noventa grados y se precipitó audazmente contra el medio de la línea francesa. haciendo trizas los barcos enemigos que estaban de costado. Rompió la línea y provocó el desconcierto. Con eso creó un nuevo método de combate naval .

Supongamos que vosotros nueve sois los barcos franceses; nosotros, los ingleses. Formamos hileras, como en los viejos tiempos. Pasamos y pasamos, con los cañones tronando. ¡Pum, pum, pum! Ahora rompemos las reglas y, ¡paj!, justo en el medio de la línea francesa. ¿Veis la confusión? ¿Veis cómo podemos castigar a los desconcertados barcos franceses? Otra victoria para Inglaterra

-Perdón, señor -observó el guardiamarina Wrentham-, pero mi: padre me enseñó que ahora debemos decir siempre Gran Bretaña.

-Tu padre tiene razón. Escocia, Gales e Irlanda son buenas tierras, que dan hijos fuertes; pero recordad que son los obreros ingleses quienes construyen nuestros barcos, usando robles de Inglaterra, y que los tripulan marinos ingleses, como no los hay mejores en el mundo entero. Y si alguna vez fallamos en nuestro deber, las partes menos importantes de Gran Bretaña se hundirán con nosotros. Inglaterra es el corazón de Gran Bretaña. No lo olvidéis.

Había una anécdota reveladora en la carrera de Nelson, sobre la cual él nunca hablaba. Pero no lo callaba por modestia, virtud que desconocía, sino porque parecía más heroico cuando lo relataba el guardiamarina Wrentham con su juvenil entusiasmo:

El año pasado zarpamos de Port Royal para castigar a los corsarios de las colonias norteamericanas rebeldes. Estaban tratando de comerciar con nuestras islas. El capitán Nelson dijo que eran unos «cerdos arrogantes». Perseguimos a muchos y hundimos a dos:

Pero la última vez no tuvimos que hundir el barco, porque nuestros artilleros lo habían castigado hasta tal punto que sus tripulantes se mostraron felices de rendirse, os lo aseguro, y de arriar su insolente bandera. Entonces tuvimos un problema. El mar estaba tan agitado que los marineros. a mi alrededor,

preguntaban: «¿Será posible remar en un botecillo desde nuestro barco hasta ése, para que un grupo de abordaje se haga cargo de él?».

Yo estaba seguro de que se podía, de modo que salté al bote de inmediato, esperando que el primer teniente me siguiera. Pero al ver la violencia del mar y las aguas tan altas se acobardó y dijo: «Los botes pequeños no pueden llegar desde aquí». Y se negó a acompañarnos.

Apareció entonces el capitán Locker: «¿ Por qué no lo abordáis ?». y se enfureció tanto, al vernos allí abajo en nuestro botecillo, sin jefe, que gritó con sorna: «¿No tengo aquí un solo oficial lo bastante valiente como para abordar esa presa?». Hizo además de saltar hacia nosotros, pero en ese momento el teniente Nelson, que todavía no era capitán, saltó hacia adelante y lo detuvo. exclamando: «Este tumor es mío. Si yo fracaso os tocará a vos». Partimos por esas aguas que nos sacudan como a un corcho. Por fin llegamos al barco americano y Nelson lo abordó, seguido por mi. Y yo le oí gritar: «¡Teniente Horacio Nelson, oficial de Su Majestad el rey Jorge III y comandante de este navío!». Permitidme decir que, cuando se vendió en Jamaica la carga de ese barco, todos obtuvimos una buena ganancia.

Se contaron otras anécdotas en el fuerte, mientras los ingleses esperaban el ataque que jamás se produjo, y todos atestiguaban la bravura de Nelson, pero también su terquedad y su empeñamiento en hacer las cosas a su modo, aunque siempre, desde luego, según las reglas de la Marina británica y obedeciendo las antiquísimas leyes del mar. No toleraba la desidia entre los hombres que servían a sus órdenes, aunque con frecuencia le llevaban veinte años de edad, y tampoco sufría en silencio la incompetencia de sus superiores. Si éstos no ejecutaban bien sus tareas, él los reprendía sin miramientos.

Por el momento, en el viejo fuerte de Port Royal, esperaba, preocupado por otros asuntos. Era joven y, naturalmente, le interesaban las mujeres. Buscaba con avidez una esposa que le ofreciera apoyo en su carrera naval. Por eso, entre sus compañeros oficiales, todos menores que él e igualmente solteros, mantenía conversaciones largas y asombrosamente francas, referidas al tipo de mujer que les convenía. Con frecuencia, planteaba las dos reglas básicas para la boda de un marino:

-Primero: un oficial es sólo medio hombre si no tiene esposa e hijos, así que casaos. Segundo: es preciso elegir esposa con sumo cuidado, pues debe ser un firme apoyo, no la causa de nuestra caída. -Cuando hablaba en público solía mostrarse reacio a revelar las dos últimas reglas, pues se referían a su caso en particular-. Tercero: la esposa que yo elija debe ser rica, para que yo pueda mostrar una imagen responsable entre mis pares. Cuarto: debe provenir de una familia notable, cuyos miembros puedan ayudarme a obtener ascensos. Y estoy seguro de que en algún rincón de este mundo existe una joven que responde a estos requisitos. -Luego se apresuraba a decir-: Tampoco vendría mal que odiara a

los franceses, como nosotros debemos odiarlos cuando entramos en batalla con ellos.

Cuando un interlocutor le preguntaba si pensaba pasarse el resto de la vida combatiendo a los franceses, él le espetó:

-¿Qué otro enemigo podría haber? -Pero se corrigió apresuradamente-: Enemigos tenemos a montones, pero ninguno tan valiente en el mar como los franceses. Son el enemigo inmortal. .

Al pronunciar estas palabras estaba contemplando el mar en donde Drake, su gran predecesor, había dicho exactamente lo mismo de los españoles, y en donde sus sucesores declararían su inmortal enemistad contra los alemanes. El mismo mar, los mismos barcos de roble, hierro y acero, los mismos hombres de Devon, Sussex y Norfolk, el mismo enemigo bajo diferentes nombres, las mismas islas a defender y los mismos jóvenes preguntándose, en las largas guardias de la noche, con quién se casarían.

De sus cuatro requisitos, era el tercero el que le creaba más dificultades: que su esposa fuera rica. Como era el sexto de los once hijos de un humilde clérigo de Norfolk, tenía miedo a la pobreza y se preocupaba obsesivamente por el dinero. Eso lo convirtió en un desvergonzado cazadotes, deseoso de casarse casi con cualquiera que pudiera darle fortuna suficiente y parientes capaces de ayudarlo en su carrera naval. Por eso no confesaba a sus jóvenes compañeros la verdadera razón por la que había descartado el casamiento con las encantadoras jóvenes a las que cortejaba a manera de prueba.

En cada caso se atormentaba preguntándose: «¿Cuánto le darán sus padres? ¿Hereditará su fortuna cuando ellos mueran? ¿Cuánto pueden tardar en morir? ¿Será ella cuidadosa custodia de los fondos que tengamos?». Y la pregunta peor de todas: «Supongamos que, cuando acabe esta asignación no se me da otro barco y se me deja varado en tierra, con sólo cien libras anuales. ¿Podría ella vivir con media paga de oficial y sin perspectivas?». Y cuando las respuestas a esta andanada de preguntas retóricas resultaba adversa; cosa que ocurría siempre, huía de la joven, afligido por la separación, y tropezaba; como cualquier marinero enamorado, con el siguiente arrobamiento condenado a un final similar.

Esta terrible preocupación por el dinero sólo afloraba cuando reflexionaba sobre sus problemas matrimoniales. Cuando pensaba en su papel de soldado, pasaba por alto la ventaja personal, tal como informó el almirante Digby cuando le ofreció a Nelson el puesto de Nueva York: «Le saludé diciéndole: "Buena suerte, teniente Nelson. Se os ofrece un buen puesto para ganar una fortuna". Y él me dejó atónito respondiendo: "Sí, señor, pero es en el Caribe donde se gana el honor" .».

Y era el honor, la fama, la gloria lo que buscaba Horacio Nelson. En verdad, ansiaba tanto esas ventajas de la carrera naval que de joven rogaba para

ser asignado a barcos de combate, y de adulto sufrió indecibles humillaciones implorando a sus superiores que le confiaran un barco más grande. Si se le concedía, por fin, uno de veintiocho cañones, él conspiraba para conseguir uno de sesenta y cuatro, pero en cuanto lo abordaba iniciaba las pesquisas para conseguir otro más importante. Cuando cenó a bordo del barco español Concepción, con ciento doce cañones, no se mostró deslumbrado; por el contrario, no tardó en descubrir que «si bien los hidalgos hacen buenos barcos, parece que no tienen los hombres aptos para tripularlos. ¡Ojalá sigan mucho tiempo así!».

Conforme avanzaba en edad, Nelson también se tornaba más audaz.

De vez en cuando, llegaban informes que revelaban su indiscutible deseo de gloria. Una noche, en la fortaleza de Port Royal, mientras contemplaba la maravillosa bahía en donde la vieja ciudad había desaparecido bajo las olas, pensó: ¡Qué horrible sería morir antes de haber tenido una oportunidad de alcanzar la gloria! y al día siguiente empezó a escribir un torrente de cartas a sus superiores, suplicándoles que lo ascendieran, que lo asignaran a puestos mejores, que se le pusiera al mando de éste o aquel barco. Desmedido en su ambición, se dedicaba a los atributos del liderazgo que algún día lo harían digno del mando, si alguna vez se le presentaba la oportunidad.

Puesto que en Jamaica no pudo hallar ninguna heredera blanca que respondiera a sus requisitos, se vio forzado a buscar pasajera compañía entre las vivaces bellezas sin medios que se arracimaban alrededor de Fuerte Charles. La leyenda jamaicana insistiría siempre en que, en su soledad, encontró cálido consuelo en los brazos de tres muchachas de color. Sus nombres no han sido registrados, pues como eran mestizas, según las llamaba despectivamente la aristocracia local, no se las consideró dignas del recuerdo; pero sí fueron localizadas años más tarde, cuando el apellido Nelson estaba ya grabado en letras de oro en el corazón de los ingleses, las casitas cercanas al fuerte donde estas mujeres vivieron. «Ahí es donde el capitán Nelson vivía con su bella morena», decían los lugareños. Y con el tiempo, las tres pequeñas viviendas dieron un soplo de humanidad a los relatos referidos al austero y joven capitán que enloquecía con la inactividad, en tanto esperaba el ataque francés a Port Royal.

Entre las tropas, que seguían la conducta amorosa del capitán con mucha atención, figuraba el guardiamarina Alistair Wrentham, que por entonces tenía dieciséis años y comenzaba a sentir la innegable fascinación que toda muchacha bonita puede ejercer en un joven marino. Aún carecía del valor necesario para estudiar la posibilidad de abordar a una mestiza, y pasaba el tiempo vagabundeando por las ruinas de Port Royal y por la costa interior de la isla, tratando de divisar las casas que se habían hundido bajo las olas con el terremoto. Otros decían vedas, pero él no. Sin embargo, una tarde, mientras navegaba frente a la costa en una barca, distinguió los restos de un barco que se había hundido en aquella época lejana. Cuando corrió a la fortaleza con el anuncio de su descubrimiento, el capitán Nelson quiso ir en persona a ver la maravilla. En una

especie de celebración, pidió a su amante que preparara un cesto de pan, queso y Carne seca y llevó también una botella de vino.

Fue una tarde espléndida. Wrentham se sentía orgulloso de poder enseñar a Nelson algo, relacionado con el mar, pero quedó abatido cuando el capitán, al aguzar la vista entre las olas, dijo:

-Ese barco, ese estilo, de barco, no puede tener más de diez o doce años.

Y cuando remaron hasta la costa para averiguar cuándo se había hundido, los veteranos que los observaban rieron entre dientes.

-Sabemos qué pensáis, el terremoto y todo eso. Ese se hundió hace diez años, atrapado por uno de nuestros huracanes; tenía los maderos ya flojos.

Por lo tanto, en vez de recibir alabanzas por su agudeza de marino, Alistair fue objeto de burlas hasta del mismo Nelson; éste no se mostró insultante, pero le dio a entender que, la próxima vez, debía poner más cuidado.

Wrentham apartó la atención de esos asuntos cuando dos sirvientes de Trevelyan, la plantación de azúcar que ocupaba el centro de la isla, llegaron con un carruaje hasta un punto de la isla grande, frente a Port Royal, y botaron una pequeña barca para navegar hasta el fuerte.

-Traemos un mensaje para el guardiamarina Wrentham -dijeron los hombres, de los cuales uno era blanco y el otro negro. Cuando él se adelantó, los sirvientes se volvieron hacia el capitán Nelson:- Los Pembroke, dueños de nuestra plantación, son íntimos . amigos de los Wrentham de Todos los Santos, y nuestro amo solicita permiso para agasajar al joven por seis o siete días.

Miraban a Nelson con gesto interrogante. El capitán asintió enérgicamente, diciendo:

-Excelente joven. Lo ascenderán pronto. ¡En marcha! -Pero en el momento en que Alistair iba a abandonar el fuerte, Nelson lo alcanzó para advertirle:- Siete días no, sólo cinco, pues es posible que pronto me trasladen a otro puesto y me gustaría veros antes de partir.

Los sirvientes guiaron el bote hacia el oeste, hasta cubrir la breve distancia hasta el lugar donde aguardaba el carruaje. Luego lo llevaron con dirección noroeste, hasta Spanish Town, la majestuosa capital de la isla, que aún conservaba vestigios de los tiempos en que Jamaica era propiedad española. Wrentham, cautivado por la primera visión del interior de la isla, sobre el que tanto había cavilado mientras montaba guardia en el fuerte, tuvo la esperanza de que los hombres se detuvieran allí para pasar la noche, pero la marcha continuó por un estrecho camino que conducía hacia el norte por las orillas de un arroyo.



Primero, con el arroyo a la izquierda, después de un vado, con el agua a la derecha. El camino estaba bordeado de altos árboles, donde los pájaros entretejían sus vuelos en las ramas bajas y se llamaban entre sí, como para proclamar la llegada de Alistair Wrentham al reino de las grandes plantaciones azucareras .

Cuando se apartaron de la frondosa senda para cruzar la amplia extensión de sembrados, en donde crecían los cañaverales, los criados le explicaron:

-Trevelyan no es la más grande de las plantaciones. La más grande es la que queda ahora a nuestra derecha. Se llama Croome y es enorme.

Pero la nuestra es más rica: tiene mejor suelo... y su mantenimiento es mejor.

Al llegar al lugar desde el cual, años antes, sir Hugh Pembroke solía contemplar su finca, vieron más o menos lo mismo.

-Más allá, en la colina, los molinos de, viento, con las aspas al vuelo. Por debajo, otros molinos en donde los bueyes hacen el trabajo de los vientos. ¿Veis esa estrecha cinta de piedra que baja de la colina hasta los edificios pequeños? Es el canal que trae el jugo para cocerse y elaborar el azúcar. Y allí está lo más precioso de todo. Allí es donde hacemos ese ron negro que a la gente tanto le gusta, el Trevelyan. Cuando se es hombre no se bebe otra cosa, porque los hombres de verdad beben Trevelyan.

Azuzando a los caballos, los hombres llevaron a Alistair hasta el bonito puente de piedra, con sus dos arcos y el acueducto que formaba uno de los parapetos; al cruzarlo se encontraron en una leve cuesta que ascendía hacia la casa.

-Golden Hall, la llamamos. Ahí es donde viven los Pembroke.

Al aproximarse, el cochero sostuvo las riendas entre las rodillas para hacer bocina con las manos, emitiendo un poderoso: «¡Hola!... A la puerta principal no acudió uno de los Pembroke mayores sino la joven más arrebatadoramente hermosa que, Alistair había visto jamás: pelo rubio bien trenzado, piel muy blanca, ojos oscuros centelleantes, un asomo de hoyuelos en el mentón y misteriosos huecos en las mejillas. Llevaba un sencillo vestido blanco, ceñido muy por encima de la cintura con una cinta rosada cuyo cuidadoso lazo flotaba en la parte delantera. El reparó hasta en sus zapatos, unas delicadas zapatillas sin tacón; pero notó algo desalentador: la muchacha parecía mayor que él; quizá tuviera diecinueve o veinte años. Alistair imaginó, casi con terror, que estaría casada o comprometida con algún joven del distrito.

-Me llamo Prudence -dijo ella alegremente al acercarse para ofrecerle la mano. Él bajó del carruaje y se la estrechó. Por el brazo le subieron trémulas corrientes.

Los cinco días que pasó en Golden Hall, con Prudence Pembroke y su familia, fueron un despertar para el joven Alistair, pues aunque los Wrentham de Todos los Santos estaban más o menos emparentados con los condes de Gore, residentes en Inglaterra, no contaban con un ingenio de azúcar ni con la tremenda fortuna que surgía de la venta del mascabado y el ron a los representantes de Londres. Él nunca había visto una plantación tan bien administrada ni una mansión como Golden Hall, ni tampoco una familia como los Pembroke: muebles cuidados, pinturas en las paredes, retratos de sir Hugh y su poderoso amigo, William Pitt, sirvientes con uniforme militar e indicios de lujo por todas partes. También la conversación era lo que él consideraba «elegante», pues trataba a medias de los problemas jamaicanos y a medias de los londinenses. El guardiamarina descubrió, con horror, que muy pronto los Pembroke volverían a la casa de Londres, incluida Prudence.

Ya el primer día en Golden Hall comenzó su azoramiento. Tal como había adivinado, Prudence tenía diecinueve años, cronológicamente tres más que él, pero ocho o nueve en cuanto a sofisticación e interés por el sexo opuesto. Aunque era bondadosa y no se jactaba del favorable efecto que ejercía sobre los varones, no pudo dejar de insinuar que, tanto en Jamaica como en Londres, había hombres que la encontraban atractiva o que la habían llevado a bailar. Y cuanto más decía, más claro quedaba que Alistair, un desmañado mozo de dieciséis años, no tendría la menor posibilidad de atraer su atención.

Pero ella, como toda señorita de buena educación, sabía que su responsabilidad consistía en agasajar al amigo de su familia. Por lo tanto, lo llevó a visitar el ingenio, vieron el edificio donde se fabricaba el ron de Trevelyan y hasta hicieron una excursión a la Plantación Croome, donde él conoció a uno de los hijos del propietario, un joven que se acercaba a los treinta años. ¿Será él su prometido?, se preguntó, en un arrebato de celos. Se sintió aliviado cuando Prudence le susurró: «Es aburridísimo. No piensa más que en caballos y cacerías».

El tercer día, mientras él la ayudaba a subir una escalerilla para pasar una cerca, la muchacha tropezó en uno de los peldaños y cayó en sus brazos. Alistair sintió una enorme necesidad de retenerla allí, abrazarla, hasta de besarla, pero no pudo hacer nada de todo eso .

En cambio, fue ella quien lo besó, dejándolo atónito, mientras exclamaba:

-¡Sois un perfecto caballero, guardiamarina Wrentham, y la muchacha que os conquiste será afortunada!

Y continuaron caminando, en tanto observaban a los esclavos que cuidaban las cañas.

A raíz de ese beso, Alistair empezó a pensar seriamente en ella. Se daba cuenta de que la muchacha no podía interesarse en él; pero él se interesaba cada vez más en ella. Ya avanzada la noche, se irguió de repente en la cama.

-¡Dios mío! Estoy seguro de que es el tipo de joven que busca el capitán Nelson. -y recordó los requisitos que había oído recitar tantas veces a su capitán: Sería leal, sí, de eso estoy convencido. Sus padres la han educado bien. Proviene de una familia importante, que le ayudaría a conseguir ascensos. También sería la perfecta esposa de un oficial. Sabe qué hacer en tierra. Pero entonces pensó: ¿Es rica? Obviamente, la familia tiene dinero, pero ¿recibirá ella una parte?

No pudo volverse a dormir, convencido como estaba de que, si Prudence Pembroke tenía dinero, era la esposa ideal para su capitán. A la mañana siguiente, bajó temprano, nada más romper el alba, para esperarla. En ausencia de la joven trató, con torpes y reveladores silencios, de interrogar a los anfitriones sobre los planes que tenían para su hija.

. -¿Qué ocurre con una inmensa finca como ésta cuando ... ?

No fue capaz de decir: « ... cuando los dueños mueren".

-Ése siempre ha sido el problema de todos nosotros, los plantadores de azúcar. Cómo legar la plantación sin que se divida -respondió el señor Pembroke.

-¿Y cómo lo hacéis?

-La legamos siempre al hijo varón mayor. Es el viejo sistema inglés, el más seguro.

-¿Y si no tenéis hijo varón?

-En ese caso, la familia puede verse en dificultades. Yernos avariciosos y ese tipo de cosas. Por fortuna, nosotros tenemos un hijo varón excelente. Ahora está en Inglaterra, trabajando en la oficina de nuestros representantes, para aprender cómo se maneja el comercio del azúcar.

-Tenéis suerte.

Y allí terminó la conversación, pues ya entraba Prudence, con cintas muy rojas en el pelo y en la cintura. Dijo que llevaría a Alistair hasta el sembrado más lejano, para mostrarle el ganado recién importado de Inglaterra. Y cuando estuvieron juntos, inclinados contra la barandilla que cercaba el pequeño corral en donde se aclimatava a los animales, Alistair preguntó, audaz:

-¿Sois rica, Prudence?

-¡Qué pregunta tan tonta, Alistair! No es de buen gusto.

-Lo digo en serio. ¿Os darían vuestros padres fondos suficientes para allanar el camino a un oficial de la marina... si os casarais con uno? .

Ella se volvió para mirarlo de frente y dijo, casi con ternura: -Sois un muchacho encantador, Alistair, de verdad. Apuesto y bien educado. Pero sois casi un niño y yo no podría...

-¡No me refiero a mí! -barbotó él, más atónito que ofendido.

-¿A quién, pues?

-¡Al capitán Nelson!

Y a continuación hizo un retrato tan magnífico de Horacio Nelson, de veintidós años, miembro de una buena familia, valiente hasta lo inconcebible, destinado a altos puestos y en seria búsqueda de una esposa que respondiera a sus requisitos, que ella se vio obligada a escuchar. Alentado por esa buena disposición, él le habló del heroico combate de Nelson con el oso polar, de la forma en que había saltado al bote para abordar a los piratas norteamericanos y de lo mucho que sus hombres lo adoraban, considerándolo el mejor entre los oficiales jóvenes de su época.

Pasaron toda la mañana hablando sólo de Nelson y de lo que sería la vida a su lado.

-Sería fiel hasta la muerte -dijo Alistair.

Habló con tanta persuasión que ella, por fin, dijo en voz muy baja:

-Me cortejan muchos jóvenes, tanto aquí como en Londres, pero nunca me he decidido por uno. Vuestro capitán Nelson parece ser... es decir, vos lo convertís en, un héroe.

-y lo es. -De pronto, una idea sagaz estalló entre ellos al mismo tiempo. Pero fue él quien la expresó el primero--: Volved conmigo a Port Royal y permitidme que os presente...

-Sí. Sí, me gustaría conocer a vuestro capitán Nelson.

-Pero no debemos demorarnos, ¿sabéis? Debe embarcarse hacia otro destino y podríamos llegar tarde.

Pero, naturalmente, cuando los Pembroke oyeron semejante propuesta, se lo tomaron a risa:

-Una señorita no sale corriendo al encuentro de un joven que no le ha sido presentado.

-Pero yo los presentaría -protestó Alistair-. Nelson es un hombre excelente. Os gustaría.

-No lo dudo -dijo el señor Pembroke-. Inglaterra existe gracias a su Marina. No la hay mejor.

-Sería inconcebible que fueras a Port Royal, Prudence -le dijo la madre, con firmeza.

-Pero si yo me apresuro a volver y cuento a Nelson lo maravillosa que es vuestra hija... -replicó Alistair.

-¡Alistair! -objetó la señora Pembroke-. No tenemos ninguna prisa en deshacernos de Prudence. Estamos muy contentos con ella, y a su debido tiempo ... Conoce a muchos jóvenes que serían un buen partido.

-Pero no a Horacio Nelson -respondió él con tanta fuerza que los tres Pembroke se vieron obligados a prestar atención. Este joven no es tonto, se decían los tres, y si él sostiene que Nelson es tan buena presa, tal vez convenga escuchar.

-Todos los plantadores de Jamaica estamos en deuda con la Marina Real. Ellos nos mantienen libres. Protegen nuestra línea vital con Londres. Sería un honor que vuestro capitán Nelson pasara una semana con nosotros, siempre que pudiera abandonar sus deberes -dijo la señora Pembroke, y fue a su despacho para escribir a Horacio Nelson una nota, cortés y alentadora, invitándolo a visitar la Plantación Trevelyan como huésped de la familia que tanto apreciaba los grandes servicios de los marinos. Luego le pidió a Alistair-: Por favor, entregad esto a vuestro capitán.

-Todos recordaremos este día -: dijo él con entusiasmo.

Pero cuando Alistair, Wrentham llegó al extremo de la carretera y dobló la esquina para llegar a la fortaleza de Port Royal, se llevó una amarga desilusión:

-El capitán Nelson recibió órdenes ayer y se ha embarcado esta mañana hacia su próximo destino.

Aturdido, el joven Wrentham se paseó por los familiares pasillos del fuerte, lamentando haberse retrasado un día en acordar el encuentro entre Nelson y Prudence Pembroke, pues estaba convencido de que ese casamiento estaba ordenado por los dioses de la historia. Y cuando le llegó la noticia final se estremeció de pena, pues la última tarea realizada por Nelson antes de hacerse a la mar había sido dejar una nota a Wrentham: «En el día de la fecha he recomendado

oficialmente, como reconocimiento a vuestros ejemplares servicios, que se os ascienda al rango de primer oficial en la Marina Real. Horacio Nelson, capitán».

Los ojos de Wrentham se llenaron de lágrimas. Aquel papel tenía un valor especial, no sólo porque el ascenso era un escalón hacia el grado de teniente, sino porque contenía la firma de Nelson.

-Demasiado tarde -murmuró, tratando de contener el horror-. Demasiado tarde. Ella era la esposa que él buscaba, estoy seguro.

En ese momento, Nelson, a bordo del barco que lo alejaba para siempre de Jamaica, había llegado a ese punto del Caribe en que las murallas de la fortaleza que habían estado bajo su mando hasta entonces comenzaban a hundirse en el horizonte. Hizo un saludo militar al viejo edificio en el momento en que desaparecía y reflexionó sobre su constante mala suerte: «Heme aquí, con veintidós años, en viaje de retorno a casa, sin esposa y sin mando propio. Sólo un pasajero en este barco aburrido, que lleva sacos de azúcar y toneles de ron en vez de cañones». Su último juicio sobre Port Royal, que ya se esfumaba de la vista, fue un pensamiento amargó: «Aquél famoso terremoto debió hacer desaparecer toda la ciudad».

Los cuatro años siguientes no fueron los más decepcionantes en la vida de Nelson -pronto veremos que los tuvo peores-, pero sí torturantes. No tenía más ocupación que la de marino y estaba en tierra, sin barco y sin perspectiva alguna de tenerlo. Estaba a media paga: sólo cien libras al año -un salario de fregona, como él decía-, lo cual era inadecuado para mantener a la esposa y los hijos que deseaba.

Fue durante ese periodo de ocio cuando cristalizó su visión de sí mismo. «Soy marino», escribió en su diario. «Nací para mandar un gran barco en la batalla. No hay en Inglaterra ni en Francia hombre que conozca mejor las tácticas navales y la brea del marino. Necesito encontrar un barco o mi vida estará cortada por la mitad inútil y sin sentido.

A los veinticuatro años, argumentando que pasaría el resto de su vida en conflicto con los franceses, decidió dedicar sus horas de inactividad al estudio de ese idioma. Y utilizó su magra pensión para viajar a Francia, con el propósito de estudiar no sólo el idioma sino las costumbres francesas, con miras al día en que pudiera aprovecharlos. Pero cuando llegó a la pequeña ciudad provinciana donde había decidido instalarse, encontró la casa ocupada por un caballero inglés: un predicador; su esposa y sus muchos hijos, incluyendo dos jóvenes de veintidós o veintitrés años. Vestían bien, hablaban francés sin el menor acento, tocaban el piano como virtuosas y sabían expresarse sobre cualquier tema que se les propusiera.

Además, eran hermosas, coquetas y divertidas. Pero lo mejor, en opinión de Nelson, era el rumor de que recibirían una dote sustanciosa.

Así que no pasó mucho tiempo antes de que Nelson abandonara sus lecciones de francés -en el futuro, intentaría otras cuatro veces dominar ese difícil idioma, fracasando siempre- y comenzase a cortejarlas. A un amigo le escribió: «Por fin estoy enamorado de una joven admirablemente adecuada para ser esposa de un oficial de la Marina». Pero lo extraño es que en ninguna de sus cartas especificó cuál de las hermanas era la escogida. Después las enamoradas cartas cesaron: había descubierto que si bien su señorita Andrews tenía dote, era modesta, no alcanzaba la cuantía a la que él creía tener derecho. Interrumpió el cortejo y abandonó Francia malhumorado.

El 14 de enero de 1784 comenzó a escribir una serie de cartas a viejas amistades que podían ayudarlo. Una sola sirve de resumen a todas las demás: «En la vida de todo hombre llega un momento en que sus amigos influyentes deben hallarle un puesto, en el que pueda sentirse seguro por el resto de su existencia, o de lo contrario darle directamente el dinero suficiente para garantizar su posición en la sociedad y en el mundo. Para mí, ese momento crítico ha llegado».

Con gran franqueza, comunicó a un amigo que había hallado en Inglaterra una joven digna en todo aspecto de casarse con un oficial, salvo que no tenía fortuna. Puesto que él, Nelson, recibía por entonces apenas ciento cincuenta libras de su media paga, solicitó a dicho amigo, si era posible, que le asegurase una donación anual de cien libras más. Por añadidura, esperaba que su amigo hiciera todo lo posible para, conseguirle la capitanía de un barco o, cuando menos, «algún empleo público donde yo no deba trabajar. Debe de haberlos en abundancia, para quien pueda hallarlos».

Puesto que su amigo no podía prometerle una pensión anual ni un puesto seguro, el hombre destinado a convertirse en el mayor genio naval de la historia dio su carrera por terminada a los veinticinco años. A principios de 1784, decidió abandonar el mar y presentarse como candidato al Parlamento. Por varios meses, dedicó sus considerables energías a ese propósito, pero su silueta menuda y su pelo rebelde, que él ataba en una enorme y desaliñada coleta, así como su débil voz, conquistaron a muy poca gente. Este intento de conseguir un puesto público fue un fracaso.

En ese lamentable momento, uno de sus amigos respondió a sus llamadas de auxilio y convenció a los lores del Almirantazgo de que concedieran a Nelson el mando de una pequeña fragata de veinticuatro cañones, el Boreas, que se encaminaba hacia las Indias Occidentales.

Lleno de alegría ante este inesperado golpe de suerte, él informó a sus amigos de la Marina.

-¡Otra vez un barco! ¡Navegar en un mar que conozco bien! ¡Defender de los franceses las islas que amo! ¡Nunca hasta ahora había sentido tanta exaltación!

Su nuevo puesto era importante, pero no estaba libre de contratiempos. Cuando se presentó en el Boreas recibió una información de su primer oficial, el ex guardiamarina Listair Wrentham, ascendido en Port Royal:

-El Almirantazgo ha dispuesto que llevéis con vos a doce jóvenes guardiamarinas de buenas familias, el mayor tiene catorce años ...

-¿Y el menor?

-Once. Es mi sobrino y está destinado a ser el próximo conde de Gore. -Mientras Nelson tosía, Wrentham continuó-: También debéis llevar hasta Barbados a una mujer bastante difícil, lady Hughes, y a su hija Rosy, una muchacha poco agraciada...

-¿Qué significa eso de «poco agraciada»?

-Un tonel de grasa, risitas agudas, un cutis horroroso y desesperación por cazar un marido.

En cuanto, Nelson vio a aquel desagradable par de mujeres que se acercaban por el muelle, acompañadas de tres sirvientas, decidió ejercer sus prerrogativas de capitán y exclamó:

-No las llevaré a bordo de mi barco. ¡Decidles que se larguen!

El teniente Wrentham sonrió, asintiendo como si se dispusiera a cumplir la orden, pero dijo:

-Conviene que sepáis, señor, que lady Hughes es esposa de sir Edward Hughes, almirante a cargo del Puesto de las Indias Occidentales. Fue él quien sugirió que viajara con vos.

Nelson se meció sobre los talones, estudiando el cielo. Luego dijo en voz baja:

-Wrentham, traed a bordo a lady Hughes y a su cortejo. Y Alistair se apresuró a obedecer.

Esa noche, cuando las mujeres se retiraron a sus camarotes, el teniente le preguntó:

-¿Qué os parece la hija, señor?

-Repulsiva.



-Perdonad, señor, pero ¿no es obvio que la envían a las Indias Occidentales para que busque marido? Tantos oficiales jóvenes y ninguna mujer inglesa ...

-¿Qué decís, Wrentham?

-Que os andéis con cuidado, capitán, si me permitís la osadía de advertiroslo.

-¿Cómo decís?

-Lady Hughes os quiere para yerno, no lo dudo. .

Fue el viaje más desagradable de cuantos Nelson haría, pues lady Hughes era aborrecible, metía las narices en todo por cuenta de su esposo, en tanto Rosy se tornaba más inaguantable cada vez que se cruzaba con él. Entre los descarados intentos maternos de acercar a Rosy y Nelson y el porcino comportamiento de la muchacha -hacía ruido al comer, pues sorbía los líquidos con sus gruesos labios-, Nelson habría renunciado de buen grado al mando que por tanto tiempo suplicara.

-Son horrendas -,dijo a Wrentham, durante una guardia nocturna.

Pero aún no sabía lo peor.

-¿Sabéis, señor, que según las reglas de la Marina vos sois responsable de sus pasajes, puesto que lady Hughes, su hija y sus tres sirvientes son técnicamente vuestros huéspedes?

-¿Responsable? ¿En qué sentido?

-Como anfitrión, os corresponde pagar el pasaje. Ciento diez libras, según creo.

-¡Por Dios, Wrentham! ¡Es más de la mitad de mi paga!

-Así son las reglas de la Marina, señor.

En adelante, cuando Nelson se cruzaba con sus dos feas pasajeras, no veía sólo el descaro de la madre y la grosería de la hija, sino también el vuelo de su paga. Pero, como eran familia del almirante Hughes, estaba obligado a mostrarse sumamente cortés. Por lo tanto, una noche; mientras el Boreas se acercaba a Barbados y ellos cenaban, fingió respeto y atención para escuchar la impertinente pregunta de lady Hughes:

-Capitán Nelson, ¿me equivoco al pensar que no estáis casado?

-Como de costumbre, señora, estáis en lo cierto.

-¿Y existe, quizá, alguna joven afortunada que os espere en tierra?

-Temo que las señoritas tienen poco tiempo para hombres como yo.

Lady Hughes traicionó su desesperación.

-Rosy, querida, haz el favor de traerme el chal de seda gris. Cuando la fea muchacha se hubo alejado al trote, su madre dijo directamente al capitán:

-Mi querida Rosy piensa maravillas de vos, capitán. La proximidad y todo eso... -Le asestó un codazo-. Por eso son famosos estos viajes románticos, ¿sabéis? «Bajo las estrellas el mundo parece más vasto. El corazón, arrullado por las olas, late más deprisa».

-Dicen que así suele ser.

Rápidamente, antes de que Rosy volviera con el chal, lady Hughes dijo con audacia:

-Os diré, capitán Nelson, que cuando Rosy se case llevará al matrimonio una considerable herencia recibida de su abuela. Considerable, sí... - Mientras Nelson cavilaba sobre esa información, la mujer añadió:- Además, el almirante y yo le prestaríamos mucho apoyo. La queremos tanto... Le prestaríamos mucho apoyo, naturalmente.

Al terminar la cena, Nelson se levantó de la mesa con un dilema desconcertante. Lady Hughes había descrito la situación tan claramente que nadie podía poner en duda las perspectivas. El afortunado oficial que se casara con la hija del almirante recibiría una importante herencia por parte de la abuela, un buen regalo de los padres y el apoyo en su carrera por parte de Hughes, que había demostrado ser un hábil combatiente político cuando se trataba de ascensos y capitanías de buenos barcos.

Todas las preocupaciones que Nelson había expresado en sus famosas cartas podían encontrar así una solución favorable: dinero, un buque de guerra, ascensos y una esposa ya habituada a los asuntos navales. Mientras se paseaba a la luz de las estrellas, nervioso, imaginó su carrera ya forjada: si contaba con el buque adecuado, un puesto de mando y un adversario francés vacilante, podría elevarse a las esferas más altas de la gloria. Pisó con fuerza la cubierta, reuniendo valor para expresar sus pensamientos más íntimos: «Si tuviera un comienzo justo, acabaría en la abadía de Westminster, sepultado entre los grandes, y mi memoria sería respetada».

Atrapado en la grandilocuente euforia: de batallas y heroísmos futuros, pronunció la frase final: «Llegará el día en que Inglaterra me necesite. No puedo fallar. Y no fallaré».

Pero, entonces, la horrible verdad asomó su fea cabeza por la borda del barco, como un temible dragón que llegara para matar a los desprevenidos defensores: «La llave para conseguir todo eso es Rosy, y no se puede pedir a hombre alguno que pague tan alto precio, ni siquiera por la inmortalidad". Y continuó paseándose por la cubierta a grandes pasos, murmurando por lo bajo: «¡No, no, no, no, no!».

Cuando sonaron las campanas de medianoche ya estaba decidido: si su futuro debía pasar por la detestable cama de Rosy Hughes, tendría que renunciar a él. Y en los últimos días del viaje proporcionó a lady Hughes suficientes insinuaciones negativas como para que ella adivinara su decisión.

Le sorprendió ver que aquella avezada veterana de las guerras matrimoniales no demostrara rencor contra él por haber rechazado a su hija. En la última cena a bordo dijo, con efusión:

-Os predigo un gran futuro en la Marina, capitán Nelson.

-¿Qué he hecho para inspiraros tan generosa opinión?

-Os he visto actuar con los jóvenes que sirven a bordo.

-¿He sido demasiado duro con ellos? Requieren disciplina, ¿sabéis?

-Por el contrario. Sois amable y comprensivo.

-Señora -reconoció él, con forzada galantería-, no llevo a comprenderos.

-Por dos veces, cuando alguno de esos niños tenía demasiado miedo de trepar hasta el puesto del vigía, os oí decirle, con voz bondadosa: «Bueno, señor, voy a trepar a lo alto del palo mayor y espero encontraros allí». Cuando el muchacho os veía subir por el cordaje, tenía que seguirsos, siquiera por respeto. Y cuando lo saludabais allí arriba, todo el miedo había desaparecido.

Le deseó tanto bien en su carrera en la armada de su esposo y lo hizo con tanta calidez que esa última cena terminó con benevolencia general. Nelson llegó a sonreír a Rosy la Redonda, como la llamaban los oficiales más jóvenes, y le dijo:

-Señorita Rosy, creo haber visto que algunos de mis hombres os echaban miradas lánguidas:

Bromeó simpáticamente con la muchacha y, al terminar, un oficial de ojos brillantes, que tenía ambiciones pero pocas perspectivas de recibir ayuda de su familia, se detuvo a solicitar permiso para llevar a la señorita Rosy a pasear por la cubierta. Tanto lady Hughes como el capitán Nelson lo concedieron. Cuando los dos se alejaron, Nelson pensó: Joven astuto. Ha oído lo de la dote. Y se sintió tan aliviado por verse libre de responsabilidad con respecto a la fea hija del almirante que estuvo a punto de olvidar que los costes de ese cortejo los cubría él, con su magro salario.

Horacio Nelson tenía veintisiete años cuando dejó el Boreas frente a Barbados y buscó alojamiento momentáneo en el Giralda. Su carácter ya estaba formado, aunque muchas partes de él no fueran agradables. Ambicioso casi hasta el frenesí, defendía con celo cualquier prerrogativa que le correspondiera. Era tan audaz en la defensa de sus derechos que, a los pocos días de su llegada, quedó en claro que tratarlo iba a ser difícil. El tuerto almirante Hughes, próximo ya al retiro y deseoso de terminar sus funciones sin inconvenientes, dijo a su esposa:

-Creo que tendremos problemas con ese joven que tanto parece gustarte.

Pero ella defendió a Nelson:

-Es severo, pero justo. Dudo que hayas tenido nunca otro mejor. La predicción del almirante era acertada, al menos por el momento, pues el joven capitán precipitó, con inaudita prontitud, una serie de crisis, todas a causa de su vanidad, y su obsesiva exigencia de respeto. La primera, como cabía esperar, nació de la mortal desconfianza que le inspiraba todo lo francés. Al anclar en la isla de Guadalupe para hacer una visita de cortesía a Point-II-Pitre, se enfureció porque no se demostró el debido respeto a la bandera británica y protestó tan vehementemente que se habría podido llegar a la guerra. Por suerte, los franceses se echaron atrás y dispararon las correspondientes salvas de cañón. El bajó tempestuosamente a tierra y exigió que se castigara al oficial responsable. Sólo cuando vio satisfecha su demanda cedió su enojo.

-Ningún francés puede humillar a un barco capitaneado por Horacio Nelson -dijo al teniente Wrentham.

Pero también sabía mostrar su furia a los malhechores ingleses. En ese mismo viaje, al acercarse por primera vez al amarradero de la isla de Antigua, conocido entonces como Puerto Inglés y más adelante como Nelson, no contempló la belleza del lugar ni estudió la seguridad que ofrecería a una flota de guerra, sino que fue a reparar en un detalle militar que lo encolerizó.

-¡Teniente! -gritó, con su voz aguda-. ¿Qué es lo que veo colgar del peñol de aquella nave?

-Me parece que es un pendón, señor. ,

Al llevarse el catalejo a los ojos, Nelson vio confirmadas sus sospechas: el barco inglés anclado lucía un ancho pendón, una especie de bandera larga, señal de que la nave estaba al mando personal del oficial principal de la zona. En ese caso, el oficial no podía ser otro que el mismo Nelson.

Con palabras lentas, cautelosamente pronunciadas, Nelson dijo: -¿Qué barco puede ser éste, teniente?

-Un buque de aprovisionamiento, con base aquí, en Antigua.

-¿Y quién será el capitán de este; barco?

-Alguien designado por el oficial en tierra a cargo de la base, presumo.

-¡Que vayan a buscarlo! -tronó Nelson.

Cuando tuvo ante sí al infeliz y nervioso joven, preguntó en tono glacial:

-¿Tenéis órdenes del almirante Hughes de enarbolar pendón?

-No, señor.

-En ese caso, ¿cómo os atrevéis a hacerlo, si yo soy el oficial de mayor graduación presente?

-El oficial a cargo de la base me dio autorización.

-¿Comanda él algún barco de guerra?

-No, señor.

-Arriadlo, pues; señor. Inmediatamente. Yo soy el oficial de mayor graduación en Antigua y exijo el debido respeto a mi rango.

Siguió con la vista al teniente Wrentham, que llevaba a remo al asustado joven hasta su barco, donde los dos oficiales se apresuraron a arriar el pendón. Sólo entonces izó Nelson el propio. Cuando el teniente regresó, el capitán le dijo:

-Yo estoy al mando en estas aguas y quiero que la gente lo sepa. Pronto tuvo oportunidad de poner a prueba esa decisión, pues una tarde serena y soleada, mientras el Boreas, con sus veinticuatro cañones, navegaba entre las pequeñas islas situadas al norte de Antigua, dio por casualidad con un buque mercante que navegaba bajo bandera de los Estados Unidos de América, la nación recién constituida. Puesto que la famosa Ley de Navegación de 1764 prohibía

todo comercio, hasta el más insignificante, entre las islas británicas del Caribe y los mercaderes de Boston, Nueva York y Filadelfia, Nelson, obediente a esos mandatos, se consideró en el deber de arrestar al intruso.

-Tened la bondad de disparar un cañonazo por delante de su proa, teniente.

Cuando se disparó el segundo cañonazo, el barco de Boston se detuvo y permitió que los ingleses lo abordaran. Cuando su capitán fue llevado a bordo del Boreas, Nelson le interpeló:

-¿Por qué comerciáis en estas aguas si sabéis que os está prohibido?

-¡Pero, señor! Comerciamos con vuestras islas desde tiempos inmemorables. Vosotros necesitáis nuestros mástiles y nuestros caballos. Nosotros necesitamos azúcar y vuestra melaza -respondió el capitán.

Nelson quedó boquiabierto.

-¿Significa eso que hay otros barcos vuestros dedicados a este tráfico ilegal?

-Muchos. Todas vuestras islas necesitan nuestras mercancías.

-Pues ese comercio termina hoy mismo.

Nelson ordenó a sus hombres que abordaran el mercante norteamericano y que arrojaran por la borda toda la carga; pero Wrentham no tardó en regresar, informando:

-Decía la verdad, señor. Tiene dieciséis buenos caballos a bordo.

-Arrojadlos al mar, como el resto de la carga.

-Pero, señor ...

-Desembarcaremos los caballos. Propiedad confiscada -cedió Nelson.

No obstante, al hacerlo, descubrió que nadie en Antigua había encargado los animales ni tenía cómo aprovecharlos. Eso lo dejó perplejo, hasta que el joven oficial culpable de enarbolar su pendón le sugirió en un susurro:

-Podríamos llevarlos a las islas francesas, donde la falta de viento hace necesario importar caballos para las molineras de caña. En Guadalupe, esos dieciséis caballos valdrían una fortuna.

-¿Yo, Horacio Nelson; traficar con los franceses para beneficio de ellos? ¡Jamás! -respondió, y ordenó luego que los caballos capturados fueran distribuidos gratuitamente entre los granjeros de Antigua.

Pero este acto de generosidad no sirvió para que los habitantes de la isla ni los plantadores ingleses de las vecinas Saint Kitts y Nevis lo vieran como un héroe. Los comerciantes adinerados de todas las islas, ingleses y franceses por igual, se habían acostumbrado a los barcos norteamericanos y dependían de ese comercio para obtener sus ganancias. Por lo tanto, se sintieron inquietos cuando el nuevo comandante de la flota caribeña declaró públicamente su intención no sólo de poner fin a esa ilegalidad sino también de arrestar a todos, los comerciantes de tierra que se prestaran al tráfico.

Cuando la noticia circuló por las islas, Nelson empezó a recibir severas advertencias: «Capitán Nelson, si interferís en este ventajoso comercio, nuestras islas se verán muy perjudicadas», Y más tarde se encontró con verdaderos actos de rebeldía, pues hubo quienes anunciaron descaradamente sus intenciones de continuar con el tráfico, le gustara o no a Nelson. El capitán, echando chispas en su camarote del Boreas, amenazó con ahorcar a quien comerciara con los violadores del bloqueo a Norteamérica; pero antes de que pudiera anunciar su decisión en tierra, Wrentham le advirtió que hacerlo no sería prudente. Nelson apartó su atención de los ingleses de Antigua para dedicarla a los insolentes norteamericanos de alta mar. En las semanas siguientes capturó un navío yanqui tras otro, confiscando y arrojando al mar verdaderas fortunas en mercancías, con lo cual puso en peligro el comercio isleño. Las indignadas protestas de los capitanes norteamericanos se vieron apoyadas por las quejas de los comerciantes ingleses, pero Nelson, se mantuvo impertérrito ante ambos.

Detestaba a los norteamericanos, marinos o no, por razones que expresó enérgicamente ante Wrentham:

-¡Por Dios, hombre! Eran parte del Imperio británico, ¿no? ¿Qué mejor podría ocurrirle a un país que formar parte honrosa de nuestro sistema? ¡Mirad esas patéticas islas francesas y comparadlas con el orden y la cordura que reinan en Barbados y Antigua! Esos condenados norteamericanos, casi salvajes, deberían ponerse de rodillas y suplicarnos que los aceptáramos otra vez... en la decencia... en la civilización. ¡Recordad mis palabras, Alistair! El día menos pensado así lo harán.

Sencillamente, no comprendía por qué guerreaban las colonias por su independencia si podían continuar formando parte de Inglaterra.

Enfurecido por tal ingratitud, hallaba verdadero placer en hundir o capturar naves americanas, sin tener en cuenta el efecto que eso tendría entre productores de azúcar y haciendo oídos sordos a la súplica tan bien expresada por su portavoz, cierto señor Herbert, de Nevis:

-No hay suficientes barcos mercantes británicos para aprovisionarnos y no llegan con la frecuencia necesaria. Sin los norteamericanos, pasaremos hambre.

Nelson, como casi todos los oficiales de la Marina, sobre todo los que procedían de la alta sociedad, sentía gran respeto por las familias notables que habían heredado sus fortunas, pero despreciaba a los esforzados comerciantes que iban camino de adquirirla. Estos últimos no merecían la mínima consideración y, aunque quizá fueran necesarios, sin duda no eran gente digna de trato. Oírlos quejarse del modo en que sus superiores manejaban el Imperio era intolerable:

-Maldita sea, Wrentham, Inglaterra envía los barcos que considera oportuno y cuando le viene en gana. Que ellos se ajusten a nosotros, no nosotros a ellos.

El personal de la Marina que trataba con Nelson notó muy pronto que él nunca usaba las palabras Gran Bretaña, y tampoco aceptaba de buen grado que sus oficiales lo hicieran en su presencia:

-Esta es una flota inglesa, comandada por oficiales ingleses, adiestrados según las grandes tradiciones de los marinos ingleses. Y los advenedizos piratas norteamericanos que invaden nuestras aguas harían bien en cuidar de sus barcos... y de sus vidas.

Se aferraba a sus rudimentarias convicciones y nunca vacilaba: los norteamericanos eran una molesta pandilla de filibusteros desagradecidos; los comerciantes, gente codiciosa que debía ser ignorada; y tanto los unos como los otros necesitaban la disciplina de los oficiales navales, quienes sabían lo que más convenía a cada uno. Unos veinte años después, en la mañana de su muerte, a la temprana edad de cuarenta y siete años, cuando llegara el momento de pronunciar la frase más famosa de la historia naval, no se referiría a Gran Bretaña, volvería a su convicción básica de que era Inglaterra la nación destinada a gobernar el mundo: «Inglaterra espera que cada hombre cumpla con su deber».

(La frase original de Nelson fue: Nelson confía en que cada hombre .... Un oficial sugirió que “espera” era una palabra más expresiva; otro, que el mensaje cobraría fuerza. si decía -Inglaterra espera ..... Y Nelson aceptó de buen grado todas las correcciones.)

En un histórico día de 1785, el capitán Nelson llevó el Boreas hasta la bella isla de Nevis para discutir ciertos asuntos respecto del tráfico de azúcar con el principal plantador inglés de esa comunidad, el señor Herbert que, en Antigua, lo había sermoneado sobre la conveniencia de permitir que los filibusteros norteamericanos continuaran su ilícito comercio en el Caribe. Siempre fascinado por el dinero, pero reacio a tratar con mercaderes, antes de la reunión con Herbert dijo a Wrentham:



-No lo olvidemos: es un plantador de azúcar con fincas como es debido, no un vendedor ambulante de hortalizas.

-Este Herbert, señor, es el tipo más rico de Nevis, Kittis y Antigua. Tiene una hija llamada Martha, pero ella no heredará un centavo de su gran fortuna, pues va a casarse contra la voluntad paterna, Esa fortuna irá a manos de una sobrina muy atractiva, cierta señora Nisbet... -le informó Wretham.

-Pero ¿si ya está casada...?

-Es viuda. Cinco años menor que vos, como conviene. Tiene un hijo de cinco años.

Ante esta información, Nelson comenzó a soñar despierto: Una viuda atractiva, muy rica, con un hijo... Eso cumple todos los requisitos para un perfecto matrimonio naval, se dijo. Con fondos asegurados y una familia esperándolo en casa, cualquier hombre puede guerrear tranquilo contra los franceses. Conseguir de una sola vez esposa, fortuna y un gran barco de setenta y cuatro cañones... Ya me parece oír la majestuosa marcha de los deudos al entrar en la abadía de Westminster.

Así pues, estaba dispuesto a enamorarse de la viuda Nisbet, aun antes de verla, pero cuando la mujer entró como un pájaro en la sala de la mansión de su tío, lo conquistó por completo. Era encantadora, de delicada belleza, ingeniosa en la conversación y bien dotada para la música. Sus atributos, que eran muchos, se realizaban con el buen comportamiento de Josiah, su hijo, que a los cinco años ya deseaba hacerse a la mar. Pero lo más tranquilizante fue el dato que el fidedigno Alistair Wrentham tenía para Nelson, cuando este último volvió al Boreas con ojos soñadores:

-Es imposible determinar cuánto dinero tiene el viejo Herbert, pero ha de ser muchísimo, pues posee tres plantaciones de azúcar bajo su mando, y sus representantes me aseguran que, todos los años, envía a Londres por lo menos seiscientos toneles de azúcar. He contado personalmente sus esclavos y calculo que no valen menos de sesenta mil libras. ¿Imagináis cuál será el total de su fortuna?

Nelson no lo imaginaba, pero Wrentham, entusiasta y habituado a las grandes cifras, gritó:

-Con esa fortuna, Herbert podría proporcionar fácilmente a su sobrina veinte mil libras. Ahora bien, si las invirtierais al cinco por ciento, tendríais... ¿cuánto? ¡Estupendo! ¡Tendríais mil libras al año!

Pero tras reflexionar, Wrentham se dijo que el viejo bien podía estar dispuesto a desembolsar cuarenta mil libras de inmediato, cuyo rendimiento ascendería a la atractiva suma de dos mil libras anuales. Esta cifra quedó tan fija

en la mente de Nelson como si el señor Herbert se la hubiera prometido por escrito: sería rico, situación a la que se sentía con derecho.

Pese a que el teniente Wrentham había comprobado personalmente que Nelson sería rico, con frecuencia su memoria lo transportaba a los maravillosos días pasados en la Plantación Trevelyan, y entonces se lamentaba: ¿Por qué no pudo ser Prudence Pembroke en vez de ésta? Prudence tenía todo el dinero que Nelson necesitaba, y también belleza. Su familia era aún más influyente para obtener ascensos. En este asunto hay algo que no me gusta... tal vez el hecho de que ella tenga un hijo. Además, Nelson no goza de buena salud. De tanto prestar atención a los detalles se está agotando; creo que debería pensar en tomarse, un largo descanso en vez de planear una boda. Entonces recordó a Prudence tal como la había visto aquel primer día, en los peldaños de Golden Hall, una aparición deliciosa con un encantador vestido, y su sonrisa de bienvenida. Dejó caer la cabeza y la movió lentamente, como si tratara de volver atrás el reloj, a aquellos felices días en que él se esforzó por conseguir esposa para el hombre a quien reverenciaba.

Ya no hay tiempo para lamentaciones, se dijo un día mientras observaba a Nelson cortejando a la señora Nisbet. Frustrado ya tantas veces y más necesitado de dinero que nunca, Nelson sentía también que no debía dejar escapar esa oportunidad. Como Fanny Nisbet parecía sentir lo mismo, la boda por amor estaba en marcha. Pero una leve nube amenazaba ese paisaje de ensueño: el señor Herbert señaló que su sobrina se había comprometido con él a actuar en su casa como ama de llaves, y no creía poder liberarla de tales obligaciones hasta pasados dieciocho meses. Por lo tanto, la enamorada pareja tuvo que malgastar todo el año de 1785 y gran parte del siguiente en el noviazgo, en vez de contraer matrimonio. Pero como esto ocurría en la encantadora isla de Nevis, esos largos meses adquirieron un cariz de cuento de hadas, y Nelson se contentó con eso.

Sólo había un aspecto arriesgado en el plan: que la hija de Herbert pudiera recobrar su cariño, poniendo así en peligro la fortuna de la señora Nisbet. Pero Wrentham hizo discretas averiguaciones y dio a Nelson una noticia tranquilizadora a la par que escandalosa:

-Martha insiste tercamente en casarse con el candidato que su padre no aprueba. ¿Y quién suponéis que es ese hombre?

-No me interesa.

-Os interesará cuando sepáis que es un tal Hamilton, emparentado con ese otro Hamilton de Nevis, el famoso Alexander que desempeñó un papel tan despreciable en la revolución norteamericana contra nosotros, el mismo que ahora se exhibe como uno de los jefes de la nueva nación.

-Me niego a tratar con traidores y amigos de traidores -protestó Nelson, enojado.

-No tendréis necesidad de ver a ese patán norteamericano ni al de Nevis, os lo aseguro. Recordad que padre e hija no se tratan. La fortuna irá a manos de Fanny, sin duda.

El 11 de marzo de 1787, en una lujosa ceremonia que se realizó en la mansión del señor Herbert, Nelson marchó bajo un dosel de festones hacia donde esperaban Fanny Nisbet y su hijo. El padrino fue el príncipe Guillermo hijo de Jorge III, que más adelante ascendería al trono, convirtiéndose en el rey Guillermo IV. Fue una gran fiesta: se casaba un prometedor oficial de la Marina con una heredera cuya fortuna pondría espuelas a su carrera. Pero el futuro rey, a quien sus amigos llamaban Billy el Tonto, tuvo un punto de vista más cauto; en una carta enviada a un amigo hizo cuatro declaraciones: «Yo entregué a la novia. Es bonita. Tiene mucho dinero. Nelson, la ama. Pero necesita más de una enfermera que de una esposa». Y añadió: «Ojalá no se arrepienta del paso que ha dado».

Wrentham, ahogando sus propias aprensiones con respecto a la boda, participó esa noche de un banquete con los otros oficiales, de menor rango. Todos se felicitaron de haber colaborado; en cierta medida; para que el talentoso capitán alcanzara la seguridad financiera que desde hacía tanto tiempo buscaba sin éxito. Wrentham, pensando en las oportunidades de ascenso que tendría si Nelson prosperaba en el servicio, recordó a sus camaradas:

-Una marea alta levanta todos los barcos del puerto. Cuando Nelson trepe por la escala de la preferencia, todos treparemos con él.

Y de pronto todo pareció venirse abajo. Llevándose un disgusto que a punto estuvo de matarlo, Nelson descubrió que su esposa no era cinco años menor, sino cinco años mayor. Descubrió asimismo que el, señor Herbert, dueño de una inmensa fortuna basada en el azúcar, no estaba en absoluto dispuesto a entregar a su sobrina una suma que le permitiera recibir una renta de dos mil libras por año. La dote se reducía a una pensión anual de cien libras. Eso, sumado a las cien que Nelson tenía por derecho propio, significaba que los recién casados podían contar con la magra suma de doscientas libras anuales hasta que el, señor Herbert muriera, momento en que toda la fortuna pasaría, presumiblemente, a la señora Nelson.

Pero el teniente Wrentham le dio una noticia horrorosa:

-Martha Hamilton, la hija recién casada de Herbert, ha logrado reconciliarse con su padre y es ella quien heredará toda la fortuna.

Cuando Nelson, temblando de agitación, interrogó al respecto al señor Herbert, éste le contestó que «la sangre es más espesa que el agua» y que en adelante haría mejor en ocuparse de sus propios asuntos, pues los mercaderes

caribeños estaban decididos a presentar una acusación legal contra él por interferir en el comercio con Boston y Nueva York.

Los enemigos de Nelson le tendieron una trampa. Sabedores de que era rigurosamente honrado y fiel cumplidor de toda instrucción impresa, utilizaron una triquiñuela para hacerle llegar la noticia de que dos oficiales de la Marina apostados en tierra a cargo de los astilleros caribeños estaban apropiándose indebidamente de fondos gubernamentales. Aunque Wrentham le aconsejó no emprender ninguna acción precipitada, Nelson reaccionó como un toro furioso, acusó públicamente a los hombres de latrocinio y luego retrocedió, aturdido, pues ellos rebatieron la acusación y le entablaron pleito por la temible suma de cuarenta mil libras.

Sus últimos días en el Caribe, mar al que había llegado a amar por su opulencia, sus islas maravillosas, y sus puertos seguros, fueron patéticos. Amarrado a una esposa casi indigente, cinco años mayor de lo que se le había hecho creer, cargado con la educación de un niño que no era suyo, escarnecido por los poderosos azucareros y acosado por sus demandantes, se sintió tan atacado por todos los flancos que, como Job, gritó en voz alta:

-¿Por qué he tenido la desgracia de navegar por este maldito mar? En su desesperación, pasaba por alto el hecho de que en esas aguas había descubierto sus verdaderos méritos: su valor, su fortaleza, su ingenio, su don de mando; atributos todos esenciales para el liderazgo militar, que con frecuencia los futuros comandantes no desarrollaban. Fue en el Caribe donde forjó su carácter, casi aterrador por su empeñamiento, casi vergonzoso por su disposición a rogar y humillarse ante las autoridades para conseguir el mando de un barco. El era producto del Caribe, como quizás intuyese, en el comienzo de su carrera, al rechazar una tentadora asignación a la flota de Nueva York en favor de un puesto en el Caribe, «porque ése es el sitio donde obtener honores». En sus días oscuros pudo haber renegado del Caribe, pero cuando se alejó de él era uno de los hombres más resueltos de la época y del mundo. Las grandes batallas marítimas suelen ganarse en la costa, donde los futuros capitanes se fortalecen para la prueba.

Pero, como siempre, consideró que los otros le debían dinero para su carrera y recomendaciones para mejores puestos.

-¿Por qué? -preguntó quejumbrosamente a su amigo Wrentham -el almirante Hughes; allá en Barbados, no hace nada por defenderme de mis enemigos y ascenderme entre mis amigos? ,

-Bien sabéis que Hughes es un inútil Se ha pasado media vida sin hacer otra cosa que buscarle marido a Rosy -le respondió Alistair.

-¿Qué ha sido de esa pequeña bola?

-¿No os enterasteis? El almirante ofreció cinco mil libras al joven teniente Kelly, el que navegaba con nosotros, si se casaba con Rosy. Pero Kelly no es tonto. Se casó con la bonita prima de vuestra esposa.

-¿Y Rosy?

-No sabéis lo descansado que me quedé cuando el asunto se zanjó.

Lady Hughes y el almirante revisaron toda la flota sin poder presionar a riadie. Sin embargo, un indigente comandante del Regimiento 67 de Infantería, un don nadie llamado John Browne, mordió finalmente el anzuelo. Tomó las cinco mil libras y también a Rosy. Yo asistí a la boda. No se ha visto una pareja más feliz: Rosy, que desesperaba por hallar. esposo; y el bueno de Brown, sonriente, porque desesperaba por hacer fortuna. Y a un lado, el almirante Hughes, con aspecto de haber ganado una batalla a los franceses.

-Hughes no puede ser tan malo como dice la gente. Después de todo, perdió un ojo en combate. Lo respeto por eso -replicó Nelson.

-Pero ¿es que no sabéis cómo lo perdió en realidad?

-En la batalla con Rodney contra los franceses, supongo.

-No. Estaba en su cocina, en Barbados, intentando matar una cucaracha gigantesca con un tenedor. No alcanzó a la alimaña, pero se pinchó un ojo.

Vinieron entonces unos años terribles, que habrían aniquilado a un hombre de menor valía. Pocos comprendieron lo terribles que eran, pues no hubo en ellos huracanes, incendios en la noche, muertes súbitas, encarcelamientos ni torturas. Lo que esos años sí le reportaron a Nelson fue una feroz tormenta que no agitaba la superficie del lago, pero que desgarraba el alma, dejándola tan asolada que la cáscara visible habría podido desintegrarse, si su propietario no hubiera afirmado su coraje y su voluntad, gritando: «¡No! ¡No puede ser! ¡No permitiré que esto siga así!».

Cuando Nelson llegó con el Boreas al Támesis, en Inglaterra, recibió las instrucciones que temía: «Vuestro barco será decomisado y vuestra tripulación despedida». La palabra «despedida» tenía un sonido siniestro, pues significaba que los marineros comunes, pese a haber servido largo tiempo con lealtad, serían arrojados a la costa con unas pocas libras -en algunos casos, sólo cuatro o cinco-, sin promesa de empleo ni dinero para atención médica si habían perdido un brazo o una pierna. Los guardiamarinas no recibían nada, y los oficiales, al abandonar el barco que tan fielmente habían gobernado, desembarcaban sin una paga que les permitiera vivir decentemente en los años venideros.

Claro que, si Francia se alborotaba -y desde ese infortunado país llegaban sin cesar rumores amenazadores- cabía esperar que el Boreas se hiciera a la mar, tripulado por un grupo de ingleses como los que ahora quedaban arrinconados. Por lo tanto, Horacio Nelson dejó su puesto de capitán con sólo media paga y alguna promesa de ser nuevamente convocado al servicio activo «en el caso de que se presente la necesidad».

¿Qué podía hacer a los veintinueve años, con una flamante esposa, un hijo pequeño, sin fortuna y sin siquiera una casa a la que pudiera mudarse? Hizo lo mismo que otros oficiales en tiempos de paz, volvió a la casa paterna, en Norfolk. Allí se dedicó a cuidar el jardín. Plantaba hortalizas en primavera, flores en el verano y «limpiaba la casa» durante todo el año.

Los vecinos, al verlo dedicado a tareas rurales y presente en las ferias donde se vendían verduras y se comparaban hogazas de pan, lo aceptaron como uno de ellos y empezaron a llamarlo familiarmente con su nombre de la niñez: Horace. Pasaban semanas sin que Nelson oyera su verdadero nombre, y no tardó mucho en considerarse Horace el Granjero.

Pero nunca perdió ese otro lado de su naturaleza, pues con frecuencia, tras asistir a alguna fiesta rural, volvía a la rectoría de su padre y se sentaba ante el escritorio, hasta bien entrada la noche, para escribir innumerables cartas, largas y suplicantes, implorando a sus amigos influyentes que le buscaran un puesto en la Marina, y en un asombroso número de casos no pedía que le prestaran dinero, sino «asignadme esa suma que podéis permitirnos y que yo necesito desesperadamente para mantener mi situación de capitán de la Marina Real».

Sus súplicas, de las que escribía docenas año tras año, quedaban sin respuesta. No se le asignó ningún barco. Recibía una miserable media paga. Durante cinco años desesperados, vivió gracias a la magra generosidad de su padre, privando siempre a su esposa, fiel pero aburrida, de vestidos nuevos y de los pequeños goces a los que tenía derecho. Horace Nelson y su esposa vivían en una pobreza decorosa; las doscientas libras anuales sólo les permitían las mínimas cosas esenciales y ninguna frivolidad.

Sin embargo, la pareja ahorra para que Horace pudiera, de vez en cuando, viajar a Londres, donde iba de una delegación gubernamental a otra implorando por un barco. «Me preparé para ser oficial de la Marina», decía a los lores del Almirantazgo. «Sé comandar, un barco, despertar el coraje de mi tripulación y combatir contra el enemigo como nunca se ha hecho antes. Necesito un barco, señores». Siempre se lo rechazaba sin motivos lógicos.

Por fin, en 1792; ya avanzada la tarde, después de haberse arrastrado de una entrevista insultante a la siguiente, se encontró casualmente con un viejo amigo de la Marina, que salía de la sede del Almirantazgo. Era el ex teniente Alistair Wrentham, muy apuesto con su uniforme de capitán. Intercambiaron abrazos y buscaron una cafetería, donde Wrentham informó, con placer, que se le

había asignado la capitanía de un barco de sesenta y cuatro cañones, destinado a patrullar la costa francesa. Pero en cuanto hubo dicho esas palabras vio a Nelson ponerse rígido. De inmediato dedujo que su amigo, seis años mayor y con un dominio muy superior de los barcos, estaba «varado en tierra», con escasas perspectivas de hacerse a la mar.

-Lo, siento mucho, Nelson, Es terriblemente injusto. ,

-¿Qué ha provocado este embargo contra mí? Si lo sabes, dímelo.

-¿De veras queréis saberlo? -le preguntó Wrentham.

-¡Sí, claro!

Antes de hablar, Wrentham se inclinó hacia delante y puso las dos manos sobre las de su amigo, como para impedir que tuviera una reacción violenta al oír la explicación:

-Debéis saber , Nelson, que por el Almirantazgo circula el rumor de que sois un hombre muy difícil.

El capitán retiró las manos con un tirón feroz, exclamando con dolor:

-¿Difícil? Manejo mi barco con corrección. Brindo dignidad y eficiencia a la Marina.

Puesto que ya estaba lanzando en esa, desagradable discusión, Wrentham no iba a detenerse en medio del vuelo. Con tono firme fue apuntando la quejas acumuladas:

-Recordáis, en el primer día que pasasteis en Antigua hicisteis que ese otro oficial bajara su pendón por la fuerza, como requería la situación.

-Pero él no tenía ningún derecho, Alislair. Estaba totalmente contra las reglas.

-También provocasteis a los franceses de Guadalupe. Eso podría haber tenido repercusiones internacionales.

-Los franceses han de mostrar el debido respeto al barco que yo mando.

-Luego continuasteis con vuestra guerra contra los contrabandistas norteamericanos.

-La Ley de Navegación exigía que yo los castigara.

-Y los castigasteis, sí. Los capitanes han iniciado juicio contra vos en los tribunales de Londres.

-¿Quién hizo circular esas acusaciones en el Almirantazgo?

-El almirante Hughes, desde el puesto de Barbados. Dice a todo el mundo que sois terco y difícil.

-¿Ese inútil de Hughes? ¿El padre de Rosy, el que trataba de venderla de puerta en puerta por toda la flota? ¿El que se arrancó un ojo tratando de matar una cucaracha?

-El mismo. Un amigo que ocupa un alto puesto, Nelson, me informó de que no se os volverá a dar un barco a menos que los revolucionarios de Francia se alboroten.

Nelson oyó, en silencio esta cínica estrategia. Luego, para sorpresa de Wrentham, levantó su taza de café y la sostuvo delicadamente entre los dedos de la mano derecha, volviéndola hacia un lado y hacia otro. Sólo entonces dominó su enojo lo suficiente para decir:

-Alistair, lo mismo ocurre en todas las marinas del mundo. En tiempos de paz, lo que el alto mando quiere es un caballero educado, que sepa manejar tazas de té en los salones de las señoras, que pueda conversar con el embajador de Turquía, que mantenga las cubiertas limpias y blanqueadas. Nunca escogen a un verdadero marino como yo, que sabe comandar un barco, y combatir con la total fidelidad de sus hombres. ¡Al diablo con las tazas de té!

Y estrelló la suya contra el suelo, con un gran estruendo que hizo acudir corriendo a una de las camareras.

-Lo siento, muchacha -se disculpó él-. Se me ha caído.

Cuando la camarera le trajo otra, él reanudó su discurso:

-Pero en cuanto los cañones empiezan a rugir y la costa está en peligro, por la presencia de la armada española o la fuerza expedicionaria francesa, entonces las marinas del mundo piden a gritos hombres como yo: «Venid a salvarnos... ¡Drake, Hawkins, Rodney!». Y nosotros responderemos siempre, pues no tenemos otra función que la de salvar a la patria. -Temeroso de haber revelado de sí más de lo que deseaba, miró mansamente a Wrentham y apoyó las manos en las del joven capitán-. Es obvio, Alistair, que os envidio por vuestra capitanía. Ojalá fuera mía. Tener un barco otra vez... -Vaciló, pero acabó por apretar las manos con fuerza-: Debéis comprender, querido amigo. Aunque os envidie, no os tengo resentimiento. Debéis hacer vuestra propia carrera y comenzáis bien. -Guardó silencio por un momento antes de concluir-: Cuando Francia ataque y me llamen otra vez para comandar... toda la flota de combate; querré que estéis a



cargo de la línea de estribor. En vos puedo confiar, porque no os preocupáis sólo por las tazas de té.

Si bien Nelson, generosamente, había dicho en Londres que no guardaba resentimiento al joven Wrentham por haber tenido la suerte de conseguir un barco de sesenta y cuatro cañones, en el solitario viaje de regreso a Norfolk no pudo impedir que lo invadiera una terrible indignación: ¡Niños! Están dando el mando a "niños, cuando nosotros, los hombres de treinta, nos oxidamos en la inactividad, Mientras la diligencia marchaba a tumbos, repasó su lamentable situación: Cargado con una esposa que se vuelve más rezongona día a día; responsable de la educación de un hijo que no engendré; defraudado por un tío que me niega la herencia a la cual yo tenía derecho, y privado de un barco por los rumores ... Apretando el puño contra las rodillas, concluyó: Mi vida está hecha pedazos y no hay esperanza.

En ese triste estado llegó a su casa, sólo para encontrar muy afligida a su esposa:

-¡Oh, Horace! Dos hombres horribles han llamado a nuestra puerta casi hasta tirarla abajo, preguntando si yo era la esposa del oficial naval Nelson: Cuando he dicho que sí, Me han arrojado estos papeles:

-¿Qué papeles?

-Aquel pleito de Antigua. Lo han trasladado a Londres y exigen cuarenta mil libras. Me han dicho que, si no pagas, te pudrirás en la cárcel durante el resto de tu vida.

En la cólera siguiente, Nelson hizo tantas cosas aparentemente irracionales que su esposa y su padre, de común acuerdo, decidieron enviar un mensajero a Londres para hablar con el capitán Alistair Wrentham, puesto que Nelson lo mencionaba como el único amigo en quien podía confiar. Al descubrir que el joven oficial era miembro de la familia del conde de Gore, concibieron la esperanza de que él pudiera arrojar alguna luz sobre la confusión que dominaba a Horace; Con una prontitud que sorprendió a la familia, el joven Wrentham llegó a Norfolk y encontró a su antiguo capitán preparando sus maletas para huir velozmente a Francia.

-¡Por Dios, Horacio! ¿Qué hacéis?

Nelson lo sorprendió cayendo sobre, él con un abrazo ardiente:

-¡Cómo me alegra oír otra vez ese nombre, Alistair! Aquí me llaman Horace. Y comienzo a pensar en mí mismo con el nombre de Horace. ¡Maldita sea, soy capitán de la Marina, uno de los mejores, y me llamo Horacio!

-Pero ¿a qué viene ese equipaje?

-Huyo.

-¿A dónde?

-No lo sé. Esos bandidos de Antigua han trasladado el pleito a Londres... cuarenta mil libras... prisión de por vida si no pago. -En un gesto de desesperación e inutilidad, exclamó con su voz aguda:- ¿De dónde voy a sacar cuarenta mil libras?

-¡Sed sensato, Horacio! El gobierno ya ha prometido defenderos en ese juicio. Actuasteis en su nombre, y eso lo admite el mismo almirante Hughes.

-pero me enfrento a otro pleito. ¿Recordáis a esos hombres que sorprendí robando los fondos del Almirantazgo? ¿Sabíais que los descubrí en un desfalco por más de dos millones de libras?

-A los gobiernos no los hace felices que un subordinado les señale los errores, aunque asciendan a dos millones. Pero no tenéis motivos para huir.

-Voy a Francia. Por fin dominaré esa despreciable lengua, en previsión del día en que capture algún barco francés y tenga que, recitar las condiciones a su capitán.

-Nunca seréis feliz en Francia, Horacio. Dejad que yo presente vuestro caso al Almirantazgo. Mi abuelo, el conde, tiene influencia

-replicó Wrentham.

-Lo que voy a hacer, Alistair, es cruzar Francia hasta San Petersburgo, y allí ofrecer mis servicios a Catalina de Rusia y su flota -dijo Nelson como si no hubiera oído a su amigo.

Esa declaración era tan asombrosa que Wrentham quedó sin habla. Nelson prosiguió, muy entusiasmado y agitando mucho las manos:

-¿Recordáis a ese maldito escocés, John Paul; el que nos volvió la espalda en la guerra americana, se puso el apellido de Jones y se convirtió en el héroe de sus mares? Pues como le daban el título de almirante, que merecía, debo reconocerlo, pues sabía combatir con una nave, se ofreció a Rusia y recibió el mejor nombramiento de la Marina.

Por lo que sé, aún está allí. Será un placer luchar junto a un hombre de tanto espíritu.

-Vos no sois John Paul Jones, Horacio. Ese hombre era más voluble que una brisa de primavera. Siendo escocés de nacimiento debería haber

combatido con nosotros, pero ofreció sus servicios a Francia, luego a las colonias americanas, ahora a Rusia... y sabe Dios a quién las ofrecerá después. Tal vez a Turquía u otra vez a Francia.

-Se puso de pie junto a Nelson y pronunció su ultimátum-: Sois inglés, Nelson, y no podréis dejar de serlo. En cuanto a pleitos, yo me ocuparé de ellos. Por el momento quiero que deshagáis el equipaje. Y por favor, aceptad este pequeño presente para que recuperéis el sentido del decoro.

Había adivinado que Nelson estaba en penosos aprietos y traía consigo, desde su barco londinense, la cantidad de doscientas libras que entregó a: su ex capitán. Durante unos segundos Nelson se quedó con las manos extendidas y los billetes en ellas. Por fin dijo:

-¡Las humillaciones que he soportado! ¡Las infinitas cartas sin respuesta! Las apelaciones al Almirantazgo, que pasaron desoídas... Arrastrarme, hacer economías, no poder comprar a mi esposa los vestidos que merecía, aceptar constantemente dinero de mi viejo padre, y la impotencia, cuando mi hermana casada necesita algo de ayuda. He vivido estos años en el infierno, no hay nada peor en la tierra. Si estalla la guerra y consigo un barco, ¡que Dios proteja al francés, con el que tenga que enfrentarme, pues seré todo fuego y pólvora negra! -Pero de pronto su actitud cambió por completo y agitó los billetes en el aire, exclamando-: Desde que me pusieron el mote de Horace el Granjero he querido comprarme una jaca. Nunca he tenido dinero. Pero si estoy destinado a ser granjero y no oficial de la Marina, ¡quiero esa jaca!

Casi jubiloso, condujo a Wrentham hasta la aldea, donde tiempo antes había visto el pequeño animal que deseaba. Para sorpresa del propietario, gritó:

-¡Jack, amigo mío, me lo llevo! Aquí tienes cien libras. Puedes llevarme el cambio cuando te convenga. -y con una satisfacción que no sentía desde hacía años, condujo la bestia a su casa, diciendo con sinceridad-: Si debo ser granjero, Alistair, seré de los buenos.

La perspectiva de que ese capitán de alta mar malgastara su vida como agricultor disgustó a Wrentham; Al ver las míseras condiciones en las que vivía, sometido a su padre, y el gimoteante temperamento de la señora Nelson, súbitamente envejecida en aspecto y actitud, se conmovió tanto que tuvo la tentación de revelar algo. Más adelante lo lamentaría.

-Cuando me permitisteis visitar aquella gran plantación jamaicana, Nelson, conocí a la hija de los propietarios., Tenía diecinueve años, demasiado para mí, pero le hablé tanto de, vos que ella dijo: «Me gustaría conocer a ese capitán Nelson». Y todo, quedó arreglado: Yo volé a Por! Royal con una invitación de su familia, que era rica. Admiraban a los marinos. Vos, Nelson, debíais visitar Trevelyan. Pero cuando llegué a la fortaleza os habíais hecho a la

mar... pocas horas antes. -Inclinó la cabeza hacia la mesa de la cocina y añadió-:-: Todo pudo haber sido muy distinto. Aquélla os habría seguido a la batalla.

-Es una infamia que me lo contéis ahora; Alistair, en este momento. - Iba a ordenar al joven oficial que abandonara la casa de su padre cuando vio, por casualidad, una serie de hortalizas que alguien había dejado en la mesa, para el guiso del día siguiente, y dijo:-: Supongamos que vos y yo combatimos contra la flota francesa, frente a la Antigua, digamos, o en cualquier otro océano. Supongamos que tratan de escapar de nosotros en esta formación...

De pronto la mesa de la cocina se llenó de patatas que representaban la flota francesa y de cebollas que hacían el papel de los ingleses: Hasta muy avanzada la noche, Nelson reveló las estrategias navales que había estado ideando mientras caminaba por la campiña de Norfolk.

-¿Recordáis lo que os dije en Port Royal sobre los movimientos del almirante Rodney en Los Santos? Giró para golpear con toda su fuerza en medio de la línea francesa. Observad qué confusión... -y en la mesa se formó un gran alboroto de patatas francesas y cebollas inglesas- -. Pero suponed, Alistair, que en la próxima batalla, que la habrá no lo dudéis, porque los franceses no nos dejarán descansar, ni nosotros a ellos... Suponed que esta vez, cuando parece que estamos a punto de repetir la estrategia de Rodney, para la cual los franceses se habrán preparado, dividimos súbitamente nuestra flota en dos líneas: yo aquí, a babor; vos allí, a estribor. Bien separados. Y en esta formación nos lanzamos contra la flota francesa; ¡Qué terrible confusión en los dos flancos! Barcos combatiendo entre sí por todo un océano.

Cuando Wrentham vio las patatas y cebollas en desorden preguntó:

-Pero ¿cómo harán nuestras fuerzas para mantenerse en contacto... para hacerse señales y pasarse las órdenes de batalla?

-¡Alistair! En esa batalla, cuando yo os envíe a, estribor, no tendréis más órdenes mías. Cada barco de vuestra línea será su propio comandante. Vos libráis vuestra batalla; yo, la mía -respondió Nelson.

-Se diría que es un caos.

-Un caos planificado, en el cual yo esperarí que vos y todos los capitanes a vuestro mando cumplieran con su deber... cumplieran sensatamente. - Concluyó con una convicción que había crecido en él durante los últimos meses-. Los franceses se mantienen lejos y disparan contra nuestras velas. Nosotros preferimos acercarnos y barrer sus cubiertas. ¡Cerca, Alistair! ¡Siempre cerca!

Durante toda la noche movieron sus flotas de un lado a otro. Cuando rompió el alba todavía estaban librando batallas imaginarias, con los mares rojos de sangre y llenos de barcos que se hundían. Y antes del desayuno Wrentham

ayudó a su antiguo comandante a deshacer las maletas que, de otro modo, lo habrían llevado a Rusia.

El capitán Alistair Wrentham, cumpliendo todas las promesas hechas en Norfolk, salvó la carrera naval, de su amigo. El gobierno, en efecto, se presentó para defenderlo en los juicios; el Almirantazgo escuchó la apasionada defensa que de él hizo Wrentham, y hasta los franceses acudieron en su ayuda, pues en París los locos de la Revolución Francesa, insistían en hacer movimientos, tan amenazantes que la guerra, obviamente, estaba a un paso. Hacia fines de enero de 1793, cuando los espías corrieron a Londres con pruebas irrefutables de que «toda la flota francesa parece estar reuniéndose para un ataque a nuestra costa», el Almirantazgo hizo exactamente lo que Nelson había predicho aquel día en la cafetería: envió mensajeros al galope para informar al capitán Horacio Nelson de que debía tomar inmediatamente el mando de un gran barco de la flota.

Cuando los mensajeros se fueron, Nelson permaneció a solas en la rectoría, sin jactarse por el, triunfo que había previsto ni rabiarse contra las injusticias sufridas; se preparó simplemente para las oscuras tormentas que veía ante sí: Ahora viene la prueba de grandeza. Escapo del valle de la desolación y navego al fragor de la batalla. Que Dios me fortalezca en mi resolución.

En, décadas posteriores sería muy común afirmar, que el almirante Horacio Nelson había forjado sus estrategias revolucionarias y su imperturbable carácter durante sus variadas experiencias en el mar, sobre todo en el Caribe. Pero no había sido así. Fueron dolorosamente templadas en esos cuatro años, en los que estuvo «varado en tierra», en la rectoría de su padre. Allí, humillado, empobrecido y olvidado, forjó sus principios e ideó esas estratagemas que, lo convertirían en el mejor oficial que jamás comandó una flota de batalla. Consciente del milagro que había creado dentro de sí, se despidió de la impuesta prisión de Norfolk, giró el rostro hacia Londres, y exclamó:

-¡Basta de Horace! ¡Horacio para siempre!

El 7 de febrero de 1793, mientras Francia se dejaba arrastrar por su ardor belicista, Nelson, nuevamente capitán en activo de la marina de Su Majestad, abordó el elegante Agamemnon, de sesenta y cuatro cañones, giró para saludar hacia el castillo de proa y tomó inmediatas medidas para poner a su escogida tripulación en condiciones de librar batalla.

Algunos días después, con todo el entusiasmo de un guardiamarina de once años que corriera a inspeccionar su primer barco, gritó a sus hombres: .

-¡Levad anclas! Y a su timonel:

-¡Adelante!

Al sentir que el gran barco cargado de cañones se mecía bajo sus pies, lo dirigió canal abajo hacia el Mediterráneo, donde lo aguardaba el destino para concederle la victoria en el mar, escándalos en Nápoles con la seductora lady Hamilton, y la inmortalidad en Trafalgar.

